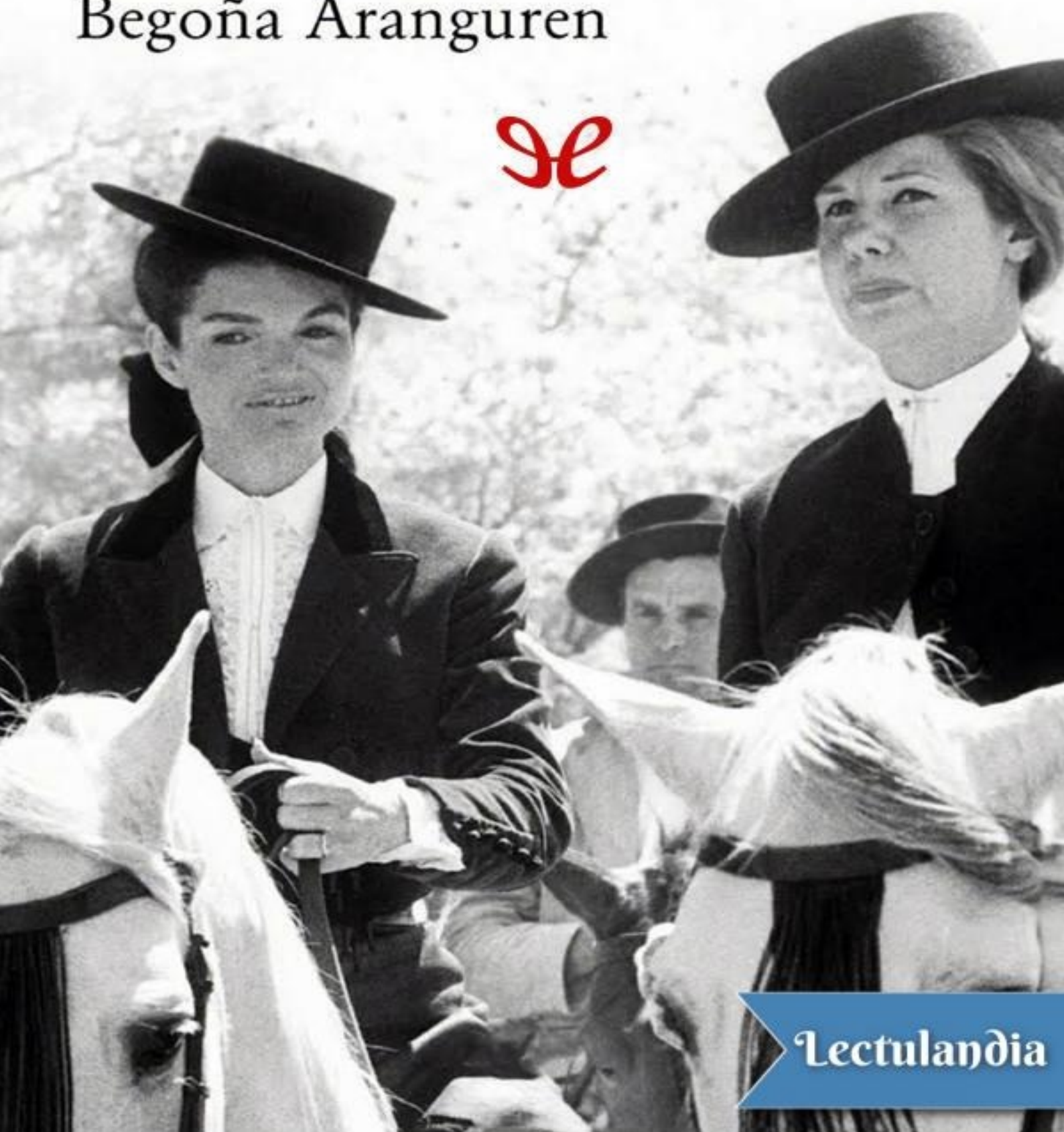


La insólita corte
del franquismo

ALTA SOCIEDAD

Begoña Aranguren



Lectulandia

A manera de relectura de un diario personal que comienza en el verano de 1956, Begoña Aranguren evoca en su nuevo libro el mundo de la clase alta española de los años cincuenta, sesenta y setenta, un mundo artificial y lleno de hipocresía, creado a conveniencia de unos pocos. *Alta sociedad* recuerda los veranos en San Sebastián o en la Costa Brava, las fiestas de Sevilla, las tediosas clases de idiomas, la presentación en sociedad de las «señoritas bien» y las costumbres regionales. En estas evocaciones se confunden la alegría de la juventud con un dejo de tristeza por la falta de autenticidad.

Con su característica calidez, Aranguren nos brinda frescas imágenes que van desde su infancia hasta su madurez, en las que caben tanto la ternura y la amistad como el miedo, la mentira y el dolor. En lugar de describir y juzgar desde una posición externa y cómoda, la autora prefiere internarse en el ayer y dejarse invadir por sus recuerdos, sin prejuicios ni concesiones. En *Alta sociedad*, Begoña Aranguren nos hace testigos privilegiados de sus vivencias más íntimas, de su necesidad de escapar de unas convenciones sociales asfixiantes y de un mundo felizmente extinguido.

Lectulandia

Begoña Aranguren

Alta sociedad

ePub r1.0

Titivillus 08.06.2018

Begoña Aranguren, 2006
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A todos los de mi generación y, en especial, a aquellos que fueron educados sin herramientas para hacer frente a la vida ya que, al parecer, su destino era única y exclusivamente ser felices y, aun así, lejos de rendirse, tiraron hacia adelante por ellos mismos y por sus hijos.

También a mi queridísima sobrina y ahijada Beatriz, alguien que, como la protagonista de esta novela, conseguirá hacer de la necesidad virtud. Por ello, toda su sensibilidad, que es enorme, en lugar de hacerla débil la convertirá en una persona tan humana como fuerte a través del sentido del humor algo a lo que es proclive, que viene a ser como un terciopelo que acaricia y suaviza nuestra existencia.

Prólogo

Alta sociedad trata de ser una irrupción en el devenir diario de cierta clase social — tan escasa como poderosa— en un determinado momento histórico de nuestro país. Me refiero a la dura posguerra en la que muchos de los miembros que a ella pertenecían actuaron de manera sumamente indigna. Y es que no sólo traicionaron a sus compatriotas en el sentido amplio de la palabra. Desde su frívola hipocresía —y siempre hablando en líneas generales— practicaron la vileza con aquellos de su propia casta.

Con el fin de no incurrir en una indeseable equivocación, optaron por una decisión sin riesgo en aquellos tiempos convulsos: mantener, cuando menos, dos velas encendidas. Una a Dios y otra al diablo hasta saber quién se hacía finalmente con el poder para, de inmediato, apostatar del perdedor. Fue ésta la única razón que, en mi opinión, justifica su inmediata conversión en «franquistas de primera hora». No, no esperaron siquiera un tiempo prudencial para olvidar su frágil lealtad a la monarquía en la que decían creer. De esta institución, ellos sólo esperaban las prebendas que, como cortesanos que fueron, habían disfrutado en su día. Pero ya marcados por su propia genética, estaban muy acostumbrados a acercarse siempre a caballo ganador.

Y el ganador indiscutible de entonces, quien durante cuarenta años mantuvo a este país bajo la bota, no era otro que el general Franco. De ahí, sus contradicciones que escandalizaron a todo aquel que contara con un ligero sentido de la ética: un sentimiento a todas luces inconciliable con su insensibilidad. Por ello, hicieron bajezas para ser alguien en un eterno Régimen mientras jugaban, al mismo tiempo, sus cartas de carácter exclusivamente estético. Es decir, no era extraño comprobar cómo ejercían un gran puesto lleno de responsabilidad política al que habían sido requeridos por el astuto general —quien les hacía ganar dinero a manos llenas, algo que, tal vez a él más que a nadie, podría producirle náuseas— y tener sus propios hogares llenos de fotografías dedicadas de Don Juan de Borbón o del propio Alfonso XIII, el rey a quien no dudaron en abandonar a su suerte.

Fueron todos ellos —mi intención, repito, no es generalizar pero escasearon las

«honrosas excepciones»— peores que el propio Caudillo y, por supuesto, escoria comparados con los que, por extraño que nos pueda resultar, creyeron en aquella dictadura. Hablo de todos los que, muchos años después, no se atrevieron a apostar por Don Juan Carlos porque jamás pensaron que el máximo hacedor era capaz de saltarse una generación llevando a cabo la instauración de una nueva monarquía y nunca la restauración de la anterior. Y es que los motivos para actuar de este modo podían ser de tan poca entidad objetiva como el que no simpatizara con el heredero oficial de la Corona. Cuando este hecho tuvo lugar, una vez más, jugaron la carta del desconcierto con el fin de no perder comba. ¿Saltarse ellos la figura del padre favoreciendo al hijo? ¡Nunca! Y aceptaron al Monarca actual en cuanto se dieron cuenta de que el padre no reinaría jamás. Acto seguido, en lugar de ayudarlo en aquel bendito encaje de bolillos que se llamó Transición, comenzaron a exigir una corte con la que el soberano no contaba ni pensaba contar después del trato que sus miembros procuraron a su abuelo.

Este libro intenta reflejar el ambiente, la manera tan inconsciente de actuar de la mayoría de los miembros de una familia de estas características. Es decir, de una alta sociedad que, acostumbrada a ser siempre triunfadores, un cierto día, el mismo en el que quedaron de brazos cruzados mirando cómo fue enviada su Familia Real al exilio, perdieron el norte. De hecho, hoy siguen sin encontrarlo. Y es que a ellos les habían hecho creer por alguna razón —no sencilla de explicar y que jamás cuestionaron— que el universo se dividía en dos tipos de personas: aquéllas a los que los dioses, el azar o la propia cuna había colocado en puestos de mando y el resto. Éstos se encargaban, y a mucha honra, de servirles, de rendirles pleitesía.

De todos es sabido que las élites de la España de entonces, y tal vez, de manera especial, la catalana y la vasca se convirtieron en franquistas de toda la vida de la noche a la mañana. Indudablemente, sus gentes se han sentido personas elegidas, nacidas para triunfar. A pesar de ello, hay que dejar claro que este libro no es, en modo alguno, una autobiografía, sino pura ficción. Y que, como en tantas películas, puedo decir de él que cualquier parecido con mi realidad es mera coincidencia. Por fortuna, ni mis padres eran como los padres de la protagonista ni mis hermanos o mi existencia han tenido algo que ver con la vida de Beatriz Villachica. Doy fe que, sin tener nada en común con esta aristocrática familia, los personajes inventados por mí responden, siempre y en cada caso, a diferentes personas de similares características que he conocido a lo largo de mi vida. Cierto es que, desde niña —esto es algo que me ha ocurrido de la misma forma que le ocurre a la protagonista— he tratado de fijarme en detalles, por nimios que parecieran. En sucesos, en principio tan insignificantes, que no contaban con más categoría que la de chascarrillos. Porque son éstos los que, en última instancia, retratan la injusticia, la prepotencia, la idioticia y la superficialidad de un mundo absurdo. De un planeta hecho a la medida de muchos de sus componentes que, naturalmente, nada tiene que ver con la realidad, con esa otra existencia que vive la calle. Es verdad que coexisten, sobre todo en los

comienzos de mi relato, nombres auténticos con otros inventados. Ha sido, por una parte, una manera de intentar demostrar, haciendo un guiño a mis lectores, de que, en efecto, la ficción es tan real que puedo —sirviéndome de testimonios de diferentes personas a las que he entrevistado— permitirme el lujo de utilizar nombres propios porque en algunas ocasiones coincide con lo que alguien comentó sobre ellos; en otras, no coincide en absoluto. Pienso que al hacerlo así no hago daño a nadie ya que no existe ninguna persona que figure en el mismo de la que, de verdad, hable mal.

Para no incurrir en un contenido localista hago un recorrido por varios puntos de la geografía española. Comienzo por la Cornisa cantábrica. Recuérdense que, durante muchos años del franquismo, San Sebastián —con el Caudillo atracado a bordo del *Azor* en la bahía de la Concha— fue lo «más», como también la gente «bien negurítica» consiguió escandalizar con sus usos y costumbres al resto de los otros «bien» pertenecientes a otras provincias de España. La gran mayoría de aquellas personas pasaban el invierno en Madrid, donde yo vivía por entonces. Otros, que, a su vez, se daban cita en los estíos norteños —Domecq, Osborne, Maestre, Caballero —, bajaban al sur, de donde habían llegado.

Y para terminar, confesar que lo que de verdad me resulta fascinante es el intento de retratar a unos personajes que, si es que viven, han dejado de serlo. Que se habrían convertido en melancólicos enfermizos, en trasnochados. Aunque en la actualidad, muchos años después, nuevos lobos disfrazados con distinta piel de oveja, partiendo de otros supuestos muy diferentes, siguen haciendo el mismo daño. Esta vez desde una progresía para mí equivocada y, del mismo modo, insolidaria. Por ello, decir que todo lo que he pretendido con este libro ha sido dar cuenta de una raza en extinción y otra en expansión que son los que han hecho y siguen haciendo todo tipo de escaramuzas para no lograr entre todos una sociedad más equitativa y más justa. Esto es algo que, en absoluto, les interesa. Siguen entorpeciendo —con y desde su ignorancia o prepotencia— el paso generoso y definitivo para conseguir una España plural y democrática. La Historia les juzgará...

BEGOÑA ARANGUREN

La Granja de San Ildefonso, julio de 2005.

Una cierta nostalgia

Muchos años después, me hizo partícipe de sus recuerdos, que confundía, de manera progresiva, con el presente. Hasta que llegó un momento en el que ella misma no fue capaz de discernir la realidad de la ficción. Me costó mucho darme cuenta de esto. Pero le sobrevino la hora en la que los acontecimientos, tal y como los contaba, no casaban en el tiempo. Y es que continuaba su soliloquio en el que no cuadraban las fechas, los nombres, los años... Ese descubrimiento fue para mí de un inmenso dolor.

—Fíjate que algo más tarde —decía mi madre— fue cuando Nacho Caviedes y Sol Portago regentaban la discoteca Play Boy en Biarritz. Entonces salíamos mucho con Patrick Léglise, que se casó, para sorpresa de todos, con María Tamames. Claro, fue una boda tan extraña que nadie daba un duro por ella y, de hecho, se separaron al poco tiempo. También salíamos con los Arcanges, con los Guerlain, que venían a Las Arenas a pasar unos días desde París y me traían alguno de sus perfumes en un frasco inmenso y un pañuelo de Hermés impresionante... ¡Eran unas personas que estaban de moda! ¡La gente enloquecía por estar con ellos!

Se me quedaba mirando fijamente, lo que me hacía pensar que ya necesitaba otra voz para convertir su monólogo en diálogo:

—Ahora también hay unas personas de moda que nosotros, en su día, despreciábamos olímpicamente.

—¿Como quién? —me preguntaba con curiosidad.

—Pues mira...

Yo simulaba recordar con cierta dificultad o, incluso, probaba a decir inexactitudes para averiguar si ella era capaz de detectarlas y, también, por si lo hacía, que pensara que el pasado es como una densa bruma que te impide ver la luz del sol de cada día:

—En una ocasión, Samuel Flores, el ganadero, apareció por San Sebastián con un coche azul claro descapotable. Nos llamaba a Silvia, a Guiomar o a mí para salir. Mamá, ¿recuerdas a mis dos mejores amigas...?

—¡Cómo no!

Pienso que las recordaba, pero vagamente. A pesar de eso, yo seguía mi historia

como si estuviéramos manteniendo una conversación normal:

—... Y le decíamos que no porque nos parecía un TBO, o sea, un hortera.

—¡Fíjate tú! —respondía mamá, ensimismada.

—Luego se casó con Isabel Santos Suárez, una chica que yo conocía, muy buena y guapa, que iba a mi mismo colegio. Las vueltas que da el mundo, mamá, ¿sabes que la hija de mi amiga se ha casado con Adolfo Suárez Jr., el hijo del ex presidente de Gobierno?

Mi madre me miraba. Yo intentaba recuperar algún otro recuerdo, que nos uniera aunque sólo fuera un instante:

—¿Te acuerdas cuando organicé en casa, en Las Arenas, una cena de muchísima gente?

Podía ver por su expresión que no se acordaba:

—Sí, mamá. Una cena a la que iba a invitar a un círculo pequeño de amigos y que, al final, resultó multitudinaria, que tú te enfadaste y me echaste una bronca monstruosa...

Asentía con la cabeza, pero no se acordaba de nada. Yo proseguía porque me escuchaba con muchísimo interés.

—Pues en esa famosa cena se presentó Juan Abelló, a quien yo no había invitado, por supuesto por mediación de Johnny Güell. Al ser Johnny el guapo y el elegante, Abelló no lo dejaba ni a sol ni a sombra y trataba de copiarle en todo... También estaban Tomás Ybarra, Toño Torremaura y Jesús Sáez y Luca de Tena, tan inteligente y tan original. Todos eran de mi pandilla...

Yo seguía hablando, citando nombres y lugares, tratando de reavivar su memoria:

—¿Y te acuerdas de las temporadas que pasábamos en San Sebastián, en casa de tía Baby? ¿Y de la casa que allí tenía esa gran señora que fue Angustias Ruisseñada, la madre de Johnny, adonde íbamos algunas veces a jugar al frontón y al tenis? Se la habían comprado a los Caviedes y estaba junto al palacio de Miramar... En mi opinión, se trataba de una de las casas más bonitas de España... ¿Te acuerdas, mamá?

Nada más ver su mirada perdida sabía que no se acordaba, aunque de manera mecánica, como si le ruborizara no hacerlo, me decía que sí. Yo seguía, rota por el dolor pero firme, sin titubear ante aquella amnesia:

—Sí, mamá, tu amiga era maravillosa, Angustias Ruisseñada. Tenía unos criados que apenas podían atender la mesa por el peso de las medallas del Trabajo que lucían en las pecheras de sus uniformes porque habían servido en aquella casa como cincuenta años. Pesaban tanto las condecoraciones que casi daban contra la fuente que te pasaban para que te sirvieras.

—¡Ah sí, creo recordar!

No. No se acordaba tampoco de esto. Pensé que lo que no debía de hacer era ir cambiando, cada poco, de tema:

—Perdona, mamá, te hablaba de Abelló... Abelló estaba por entonces piando por Victoria Arceche. Pero ella le miraba por encima del hombro. La verdad es que

Juanito Abelló era guapísimo: buena pinta, ojos azules y expresivos, pero inseguro.

—Ya... —decía mi madre, como esperando a que yo acabara la frase.

—Y esa inseguridad no le confería ningún atractivo. Por eso debía de tratar de copiarle en todo a Johnny Güell porque éste sí que gustaba. También tenían un éxito bárbaro los Senmenat, Santi, Juan y Carlos, que luego se convertirían en tíos de la famosa diseñadora Ágata Ruiz de la Prada...

—Es verdad... —musitaba mamá con brillo en la mirada.

Era cierto, se había acordado de algo. Esto me animaba a proseguir:

—Y José Vicuña, que era un cañón de hombre.

—¿Hermano de Teddy? —llegaba ella a preguntar.

—Sí, claro, mamá. Hermano de Teddy, que estaba casado con la Wember, argentina, y un auténtico bellezón... O los hermanos Ortúzar, hijos de la mayor de las Wakonning, unos hombres guapos de morirse. Y también Gonzalo Arnús, espléndido y encantador... Es que los Senmenat tenían un piso en la avenida de Satrústegui y ¡organizábamos unos guateques allí!

—¿Quiénes íbamos de chicas?

Me sorprendía su inesperada pregunta y para no nombrar a Silvia o a Guiomar de nuevo, me lanzaba hacia otros apellidos que pudieran resultarle de más fácil recuerdo:

—También estaban Merceditas Arnús, hermana de Gonzalo, Tona Sert, Nurita Fontcuberta...

—Y tú, Marta, ¿recuerdas a los Arcos de Tajuña? —preguntaba de pronto con toda normalidad.

—Yo no soy Marta, mamá. Soy Beatriz. Te has confundido.

Y sin dejar siquiera que fuera consciente de su despiste, trataba de no descentrarla, de que continuara por el terreno que parecía dominar:

—¿Ése era un matrimonio a tres bandas que estaba todo el día en Ondarreta, en la playa?

—Sí, efectivamente. Los duques de los Arcos de Tajuña iban siempre y en todo momento acompañados por el amante de ella. Nunca podré olvidar el toldo o, mejor dicho, la carpa de Franco, que estaba sola, claro, aislada de las demás —lo decía tan convencida y tan certera en todas sus palabras que parecía, de pronto, como una broma de mal gusto el haber podido pensar hacía tan sólo unos minutos que mamá tenía claras ausencias—. Era a rayas azules y blancas, como todas, y estaba situada según se entraba en la playa hacia la izquierda, junto a la rampa de El Tenis, mirando hacia la isla de Santa Clara. Luego estaban las sombrillas, que eran muy elegantes. El resto de la playa era una birria. Nadie normal iba hacia el otro lado, La Concha. De vez en cuando alguien se acercaba hasta el Pico del Loro pero únicamente para bañarse, porque en aquella esquina el agua estaba más limpia...

Yo deseaba fervientemente que continuara tan bien como lo había hecho hasta entonces. Sólo me permitía a mí misma esta escueta interrogación para no

desubicarla, para que no se le fuera el santo al cielo:

—Y los Arco estaban cerca de nuestro toldo y no lejos del de Franco. Así que, durante todo el verano, cuando hacía bueno y la playa quedaba despejada a mediodía, sus criados bajaban todos uniformados, dejaban la comida en la trasera del toldo de los señores y bajo su sombrilla disponían una mesa plegable con tres servicios. La mesa estaba puesta con todo lujo de detalles: mantel de hilo, cubertería y bandejas de plata, buena cristalería y, por supuesto, unas sillas que se hacían bajar de casa *ad hoc* con la altura de la mesa. Entonces, Lilly se sentaba entre su marido y su amante, el conde de Baliza. Sin apenas cruzar palabra, comían dos o tres platos, postre, licores y copa y puro para los señores. Jorge Baliza era un soso tremendo. Tenía muy buena pinta, eso sí, altísimo y muy, muy delgado. Daba junto a Lilly grandes paseos por la playa, generalmente, también en silencio. Mientras, Arco leía toda la prensa nacional y extranjera sentado en su hamaca. Lo que vería aquella mujer tan guapa, tan rica y tan distinguida en Jorge nadie lo sabrá excepto ella. Porque los demás nunca lo entendimos. Por la noche, coincidíamos con ellos en algún cóctel o cena y seguía el trío junto. Pero jamás nadie pudo comentar que los había visto cogidos de la mano, lanzándose miraditas de tórtolos ni nada parecido... ¡Es que entonces los ligues eran otra cosa! Había mucho más de complicidad, de amor sublimado que de amor carnal. Bueno, no niego que tal vez cada seis meses el amor sublimado se cambiara por el otro y tuvieran un *petite affaire* con cama incluida. Pero a diario eso era impensable. Y también, innecesario... Totalmente innecesario cuando se sabe que toda posibilidad de cambio existencial no es viable.

Era una tarde luminosa de primavera cuando todo lo arriba relatado ocurrió en la soledad del gabinete de mi madre. Sus problemas de salud comenzaban a dar la cara. Hasta entonces, al haber sido imperceptibles, ningún médico llegó a diagnosticar su falla de demencia senil que, tal vez en la actualidad, habría sido otro: Alzheimer. Una vez denominada la enfermedad, todos nosotros fuimos hilando su falta de memoria y ciertas actitudes que ahora explicaban su deterioro final. Pero, por entonces, no aportaron nada a nuestra desinformación. ¡Tan ajenos éramos en aquellos momentos a cualquier desajuste de su salud!

Decía que fue una soleada tarde de primavera cuando mantuve este largo cambio de impresiones con mi progenitora. Sin duda de ninguna clase se trató del rato más mágico y misterioso que nunca sostuve con ella. Era imposible saber si hablaba desde el corazón, desde su cabeza o desde su desmemoria progresiva. Dudo que quisiera engañarme. Si acaso, engañarse a sí misma. No lo sé...

Todo esto pasaba como una película por mi mente mientras regresaba a casa después del funeral de mamá. Me refugié en mi dormitorio y lloré. ¿Por qué lloraba? ¿Por mi madre? ¿Por mí? ¿Por aquel mundo del que ella formaba parte y del que sus protagonistas se iban marchando poco a poco? La verdad, tenía tantas cosas por las que llorar y todas tan incrustadas en mi corazón. En este momento, me acordé del cuaderno de anillas que había estado escribiendo cuando yo había tomado la decisión

de cambiar de rumbo en mi vida...

Abrí el cuaderno, depositado en el fondo del cajón de mi mesilla de noche. Encendí la lamparita y me dispuse a leer. Necesitaba reencontrarme con ella, mi padre, mi abuela, mis hermanos, Fermín, Elvira, Guiomar, Silvia... En sus hojas está escrito mi pasado. Leerlo será revivirlo en cierta manera.

Capítulo 1

Verano de 1956

Por ser la virgen de la Palomaaa, un mantón de la China-nana, na-na, Chi-na-na, tarareaba mi abuela paterna María en la terraza de la casa del Muelle, frente a la ría de Las Arenas, en Bilbao. Era la casa donde la familia, todos juntos pasábamos el verano. En la sobremesa de una tarde cualquiera, contemplábamos el continuo ir y venir por el río Nervión de los barcos mercantes y de recreo. Los que avanzaban hacia el faro del Abra salían, desde mi pequeña libertad pero enorme imaginación, hacia el mundo grande y misterioso, un mundo por descubrir. Todavía no sabía de las heridas de la vida. Bastante tenía entonces con lidiar otras muchas cosas que, inconscientemente, quedarían grabadas dentro de mi pequeño universo de entonces y me marcarían para siempre. A la abuela también la llamábamos «Gran». Era una costumbre heredada de mi padre, por influencia de la palabra inglesa *grandmother*.

—Gran, eso que cantas ¿es de Vivaldi?

—¡Pero qué cosas dices, Beatricita! Seguro que te refieres a las *Cuatro Estaciones*. Es algo que tu madre oye sin parar. Pero eso es música. No tiene letra.

—¿Y qué era eso que cantabas, abuela?

—Una zarzuela preciosa, *La Verbena de la Paloma*. En cuanto seas un poco mayor te llevaré al teatro a verla.

—Y también a escuchar otras músicas ¿no, abuela?

—¡Claro, mi sol! Te llevaré adonde tú quieras.

—Es que me gusta mucho la música. Y también verte cantar. —¿Verme cantar dices, querida?

—Sí, Gran, porque cuando cantas pienso que estás contenta.

—Estoy contenta casi siempre, Beatriz, ¿acaso tú no lo estás?

—A veces...

—¿Qué quieres decir? ¡A tu edad una debe estar siempre contenta! ¿Es que existen cosas que te entristecen?

—Algunas... ¡Mira, abuela, cuántas gaviotas llegan del mar y se posan sobre el puente colgante!

—Las gaviotas por el cielo revueltas quiere decir que el tiempo se va a estropear. Pero a mí, Beatriz, lo que me interesa saber son las cosas que te apenan.

—¡No me acuerdo de todas, Gran! Bueno, tampoco son tantas...

—Mi querida nieta, deberías tener confianza conmigo y contarme lo que te ocurre. Dime ¿cuáles son las cosas que te ponen triste, aunque sea un poco?

—Pues... Cuando mamá se va de viaje con papá y, en vez de saber cuándo estarán de vuelta, dicen que ya telefonarán para decirlo...

—Es que esa manía que tiene tu madre de no dejar a papá ni a sol ni a sombra... ¡Ni que se le fuera a escapar!

—¿Papá se va a escapar, abuela?

—No, querida, no. ¡He hecho únicamente un comentario sin importancia! Pero continúa, ¿cuáles son las otras cosas que no te gustan nada?

—Salir con *mademoiselle*... Es que no tenemos suerte, Gran. No me gustan nada ninguna de las *mademoiselles* que hemos tenido. Son malas y no nos quieren. La que nos quería era el año Avelina. ¡Esa sí que nos quería!

—¡Es que al demonio se le ocurre traeros como *mademoiselles* a estas chicas tan poco refinadas de San Juan de Luz o de Bayona! Me pregunto qué tipo de francés os pueden enseñar. Basta oírlas para saber que el acento con el que hablan su propio idioma es detestable. *Mon Dieu!* ¡Y el acento en una lengua es tan importante o más que la lengua en sí!

—¿Qué quiere decir detestable, Gran?

—En realidad, quiero decir que cambiaros de año a *mademoiselle* es normal. Pero hay que encontrar a la persona adecuada para impartir una buena educación en todos los sentidos. Y no recurrir, como siempre hace tu madre, a cualquier cosa a última hora...

Mirando al cielo, me daba la impresión de que las nubes corrían en la dirección opuesta a la de las gaviotas. La abuela tenía razón y, como pasaba con tanta frecuencia, el día que, hasta entonces, había sido soleado y agradable, se torcía. Poco a poco, la amenaza de lluvia se hacía realidad.

—Luego llegará una *miss* y veremos también de quién se trata. ¡Lo cierto es que tiene que estar una siempre pendiente de todo! —seguía diciendo mi abuela.

Quise recuperar la gratificante sensación de intimidad con ella. Su presencia disipaba mis miedos, me llenaba de una seguridad con la que, normalmente, no vivía. Yo no quería seguir hablando de *mademoiselles*, ni de *misses*...

—Y hay otra cosa que me entristece, Gran, porque me duele.

—¿Qué te duele, querida mía? ¡Pero de qué me hablas!

—De los zapatos de charol que mamá nos obliga a ponernos cuando nos convidan a una fiesta. ¡Me duelen tanto, abuela!

—Se dice me hacen daño, Beatricita. Se te habrán quedado pequeños. Estás creciendo muchísimo.

—No, abuela. Es que el dedo pequeño de este pie lo tengo muy arriba y me roza.

—¿Pero ése no es el «dedo martillo» del que te cortó un trozo de hueso aquel bárbaro de médico?

—Sí, Gran, pero me lo dejó mal. Y a mamá, eso le da igual. Dice que son

exageraciones mías y que a Zugazarte, por las tardes, puedo ir con valerinas. Pero para ir convidada, no. Las sandalias sólo nos las deja poner por las mañanas. Y las katiuskas sólo cuando llueve.

—¿Y qué otros zapatos tienes?

—Más valerinas. De muchos colores. Y los «mercedes» de charol. A mí me gustaría tener unas wambas, pero mamá dice que son de chico. Bueno, o de chicas ordinarias. También me gustaría tener unos mocasines, pero mamá dice que son de señorita hecha a todo correr.

—Ja, ja, ja... Querrás decir de señorita hecha de prisa... Ja, ja, ja...

—Eso. Sí, es eso lo que dice mamá. Aunque no sé qué significa.

—Una señorita hecha deprisa es una niña a la que le permiten hacer cosas que no son adecuadas para su edad. ¡Una niña cursi, querida!

Fue inmediatamente después de su explicación cuando *mademoiselle* Valérie se asomó a la puerta de la terraza. Tras hacer una inclinación de cabeza a la abuela, se dirigió a mí con su voz mandona y crispante:

—*Beatriz, il faut que vous vous habilliez pour aller faire une promenade. Il est trop tard. Ángela est déjà préparée pour...*

Gran le interrumpió:

—*Mademoiselle* Valérie, le pido que a las seis en punto se encuentre con las niñas en el paseo de Zugazarte.

—*Mais oui, madame la marquise. On se retrouvera...*

Sí, *mademoiselle* le ponía tan nerviosa a la abuela como a mí, o más. Es cierto que era una mujer altiva, pero es que a *mademoiselle* se dirigía con una indisimulada aspereza, con una total ausencia de amabilidad:

—Antes de contestar debe esperar a que yo acabe de darle instrucciones.

—*Oh, je le regrette, madame la marquise. J'attends que est ce ça que vous voulez...*

—Quiero que a la hora convenida se encuentren no sólo en Zugazarte, sino en el banco que está junto a la entrada de las Esclavas. Allí estaré yo a recoger a Beatriz para llevarla a merendar. Y ahora puede retirarse. *C'est tout!*

—Abuela ¿vas a llevarme también esta tarde a Zuricalday?

—Claro, mi vida. ¿Acaso no te apetece ir a tomar un buen chocolate a la francesa con bollos?

—¡Sí, Gran! Me encanta que me vayas a recoger a Zugazarte porque es un sitio muy aburrido. ¡Casi todas las cosas a las que podemos jugar las tenemos prohibidas!

—¿Y quién os lo prohíbe?

—*Mademoiselle*. ¡Casi nunca nos deja sacar la bici o los patines!

—¿Cómo dices? ¿Quién es ella para no dejarte sacar la bicicleta roja que yo te regalé o los patines que te trajo tu madre de Francia?

—Es que no quiere que nos manchemos los trajes. Juliana tampoco. Y dicen que cuando nos caemos, nos ponemos perdidas.

—Ponerse perdida es una expresión vulgar. Mejor si dices que os ensuciáis los trajes.

—Pues eso, dicen que nos ensuciamos los trajes.

—¡Qué vergüenza! De modo que ella... Así que ha llegado a un pacto con la doncella para quitarle trabajo. ¿Dónde se ha visto semejante trapisonda? Cuando digo que estas personas que busca tu madre para vosotras no son las idóneas, tengo toda la razón. ¡Son pura fachada! Y es que una cosa es «*to look like a lady*» y otra bien diferente es «*to be a real lady*»... *They are all of them good looking girls but that's all.*

—No he entendido nada, Gran, porque no sé mucho inglés. Empezamos las clases el invierno pasado y las palabras que tú has dicho todavía no las hemos dado.

—*Forget it.* Quiero decir, Beatriz, que no importa que no me entiendas. Será mejor que vayas a arreglarte. Se va a hacer tarde.

Obediente, salí de inmediato de la terraza. Yo siempre quería tener a la abuela de mi lado. Mi existencia con su cariño y protección era muy diferente a vivir sin ellos. Lo notaba cuando se iba de viaje o a pasar una temporada en casa de sus otros hijos, tío Diego o tío Juan, hermanos de mi padre.

Capítulo 2

Los hermanos mayores

Al dirigirme a mi cuarto, que se encontraba al final de un larguísimo pasillo, tuve que atravesar el resto de las habitaciones de la casa: el enorme salón azul con una chimenea al fondo y con los muebles tapizados de alegres telas que mamá había encargado en Inglaterra, el despacho de papá con una magnífica biblioteca de caoba que ocupaba todas las paredes, la sala de estar y el salón dorado dejando a la derecha el inmenso comedor donde, debido a mi edad, aún no había sido requerida mi presencia. Mis hermanos mayores se encontraban tomando café y en animada tertulia en el salón azul.

En aquellos tiempos, los chicos de casa, en verano, iban siempre vestidos de blanco. Luego, cuando salían a bailar por la noche, se ponían esmoquin. Estaban muy elegantes. Alfonso, mi hermano mayor, y a quien rendíamos casi pleitesía por pura jerarquía impuesta por papá y mamá, se encontraba hablando por teléfono mientras los demás protestaban. Constanza se impacientaba de verlo agarrado al auricular sin la menor intención de cortar sus conversaciones. Creo que esperaba una llamada importante de alguien que debía de interesarle mucho, pues le oí decir: «Os lo ruego, chicos, ahora os lo pido por favor, dejad un rato el teléfono tranquilo. Estoy esperando una llamada que no puede producirse por vuestra culpa. Todo el mundo me dice lo mismo. ¡No hay manera humana de llamar a esta casa!» Álvaro decía que él también necesitaba telefonar a alguien con urgencia. Marta hacía una labor de *petitpoint*, mientras Ignacio permanecía, como siempre, al margen de todo poniendo música en el *pick-up* y refugiado en una especie de obstinado silencio.

Las canciones que sonaban me hacían estremecer, aunque entonces yo no tuviera ni noticia de que existiera esa palabra. Sólo notaba dentro de mí una cierta melancolía por un lado y, de otro, el presentimiento de que la vida era algo maravilloso. Algo que tenía por delante y que, en algún momento, todavía lejano, me correspondería a mí administrar. Eso sí, cuando fuera un poco más libre. Por entonces yo me sentía presa, sin aire, condenada a dejar transcurrir mi presente entre una gente mayor que en absoluto me entendía. ¡Si no fuera por Gran!

Yo comprendía muy bien que mis hermanos gustaran. Y mucho. Por más que quisieran evitar mi innata curiosidad, la verdad es que se aprendía mucho oyendo hablar al servicio. Una hora de planchero o de cocina era más productiva para lidiar

con la realidad de la vida que un año en la prestigiosa escuela de Eton, en Inglaterra. Se oían comentarios de todo tipo. Unos, respetuosísimos, como los que hacía Elvira la cocinera, que llevaba muchos años con nosotros en casa, cuando decía extasiada que «los hombres de la casa eran una joya, una auténtica joya: chicos buenos, bien parecidos, con linaje y posibles...» No sabía exactamente lo que querían decir estas dos últimas cosas, pero sin duda hablaban de algo enormemente halagador. Dioni, la pinche de cocina y sobrina de Elvira, así como la planchadora y la lavandera opinaban igual... Una tarde en la que me encontraba en el *office* buscando un poco de chocolate, oí a la planchadora comentar:

—El que está como un tren es Alfonso y no Álvaro, que es el que te gusta a ti. Bueno, Álvaro también está muy bueno, pero nada como el mayor.

—Ahora, lo que yo no hago es lo que hiciste tú, ¡ponerte unos calzoncillos de Alfonso porque decías que estabas enamorada de él y así lo tenías muy cerca! —dijo Dioni, bajando la voz—. ¡No quiero ni pensar como alguien se entere!

Esta conversación tan extraña me sonó a algo sucio. De hecho, salí del *office* sin llevarme el chocolate ni nada, por si me pillaban. No quería que se dieran cuenta que les había estado escuchando.

En lo único en lo que se asemejaban Alfonso y Álvaro era en que los dos tenían el pelo liso y más bien largo. Siempre iban muy repeinados, con raya de lado. Alfonso era dueño de una mirada verde y luminosa, de una piel soberbia, parecida a la de mi padre, y una dentadura espléndida. También era alto como una torre.

Álvaro no era tan guapo como Alfonso, pero lo cierto es que tenía un mayor atractivo. Sus ojos color caramelo reflejaban la personalidad de alguien muy vivo, muy despierto. También tenía muy buena piel, pero lo que no tenía discusión posible era su alegría de vivir. Siempre estaba contento. A veces usaba una dosis de superficialidad muy parecida a la de mi madre. No profundizaba en las relaciones, como si tuviera miedo al dolor, como si éste fuera un sentimiento innecesario, gratuito. Era el típico seductor en el más amplio sentido de la palabra porque era un hombre muy masculino, lleno de *charme* y de *glamour*. No se decía «glamur» como ahora. Esa detestable palabra que dicen todos los paletos, no. Se pronuncia «gleimur», «la erre tocándola únicamente con la punta de la lengua», como indicaba mi madre.

Todos en casa consideraban que Alfonso era el «mimí de mamá». Pienso que tenían razón. No sólo porque fuera el mayor sino porque, según decía ella, era un auténtico calco de su propio padre, al que idolatraba. Alfonso también era un entusiasta de mamá y, siempre que se les veía juntos, estaban en animada conversación. Era muy cariñoso con ella. Cuando el resto de mis hermanos mayores le echaba en cara a mi madre —aunque fuera en broma— esta preferencia, ella no lo negaba:

—Sois unos pelmazos. No es que Alfonso sea mi preferido. A los hijos se los quiere a todos por igual. Pero lo que sí es cierto es que es el más detallista de todos.

¿Cuántos días aparece Alfonso en casa con una rosa roja para mí y, sin decir nada, la coloca en el jarroncito de mi cuarto de baño? ¡Éstas son cosas que a una madre le enternecen!

—¡Por eso, por eso lo hace! ¿Eres tan ingenua de creer que no sabe el efecto que te produce este tipo de gesto galante? —saltaba Álvaro, riéndose.

—Si fueran así las cosas, además de poco detallistas, voy a empezar a creer que vosotros sois tontos. Os preguntaría: ¿Y por qué no actuáis de la misma manera? Bueno, es igual. Ni lo intentéis. Porque una mujer sabe cuándo las galanterías de los hombres nacen del corazón y cuándo se deben a simples *manners*.

Y mamá decía esto enormemente divertida porque le encantaba demostrar que era más rápida que el aire y, por otro lado, disfrutaba encontrando los momentos adecuados para impartir a todos sus hijos clases de lo que ella llamaba «mundología».

De pronto, haciendo añicos estos ratos de esparcimiento de mis hermanos mayores con mamá, se oía el vozarrón de Ignacio, que nunca participaba de estas reuniones:

—¡Yo no creo que las mujeres sean tan agudas como tú las pintas!

A mamá le cambiaba la expresión de la cara y respondía a Ignacio con rabia:

—¡Díjolo Blas...! Me sorprende cómo puedes ser tan patoso sin tan siquiera proponértelo. O, tal vez, te lo propones... ¡Qué sabrás tú de mujeres!

Ignacio, la verdad, muchas veces me daba pena porque no lo veía centrado y divertido como al resto. Ya por entonces me daba cuenta de que no era un chico como los demás. Mis temores se confirmarían con el tiempo. De momento, sólo me percataba de que no caía bien a nadie. Tampoco a la abuela. Siempre se estaba quejando de él. Era una de las pocas cosas en las que coincidía con mi madre.

Cuando Ignacio salía a relucir, trataba de saber más, de porqué era el bicho raro de la familia. Yo sentía una inexplicable afinidad hacia este hermano, le comprendía sin hablar. Por eso necesitaba saber la razón de que los demás le ignoraran o, mejor dicho, le rechazaran.

—A mí, a veces, Ignacio me da un poco de pena —le decía yo a la abuela en una de nuestras meriendas en Zuricalday.

—Pena... ¿por qué pena, mona?

—Porque siempre está solo. Y porque siempre se la carga. Aunque no tenga la culpa de nada.

—Es que este chico ha conseguido irritar a toda la casa con sus mañas y su manera de ser, tan impertinente.

—Ya...

No sabía qué decir. Gran proseguía entonces como si yo fuera una interlocutora tan válida como una persona adulta. Quizá no tenía la pobre con quién desahogarse...

—No puede decir que quiere estudiar en Inglaterra y, en medio del curso, decidir que no le gusta el sistema y enfrentarse a los profesores hasta conseguir ser expulsado.

—Y eso, abuela ¿qué es?

—¡Pues algo horrible, mona! ¡Le han despedido, y claro, el disgusto que se han llevado tus padres ha sido monumental!

—Pero, Gran, ¿tú crees que lo ha hecho sólo para fastidiar?

—No, eso no. Pero quiere llamar la atención y no son maneras. En mi opinión, este chico está marcado porque tu madre, con esa obsesión por la estética, parece que no le perdona ser menos agraciado físicamente que el resto de sus hijos. No lo resiste y ahora, después de la campanada, excuso decirte...

Yo intentaba seguirle pero era imposible. Ella no se daba cuenta y continuaba como si tal cosa:

—Además, Alfonso y Álvaro son unos chicos sociables, guapos... Y cuentan con la suerte de que el día de mañana tendrán un título nobiliario de mucho rango. El pobre Ignacio no pasará de ostentar una baronía... aunque ésta también hay que saber llevarla con dignidad y no parece que este chico vaya a estar a la altura de las circunstancias.

—Gran, y Constanza y Marta, que también son mayores, ¿llevarán algún título?

—Eso no lo sé... Dependerá de qué tipo de boda pretenda tu madre que lleven a efecto.

A mí me daba completamente igual. Sólo preguntaba por seguirle la corriente:

—¿Dependerá de quién se enamoren?

—Pero no, mi sol. ¿Cuándo se ha visto que alguien con dos dedos de frente se case por algo tan tonto como lo que llaman amor? Así se casa el pueblo: los maestros, los aparejadores, las peluqueras...

—¿Es que el amor no existe?

Yo intentaba no cortar el discurso de la abuela que me estaba, literalmente, apabullando, con sus verdades del barquero.

—¡Esas son tonterías! Está bien tener un *flirt*, incluso algo más serio, un *affaire*... Pero buscar el amor para casarse es del género idiota. En realidad, para el matrimonio, hay que tener en cuenta tres cosas: dinero, tierras y títulos. Uno pone una cosa, el otro la otra y de esa entente salen sólidos matrimonios. ¡Y es que no hay cosa mejor que no esperar casi nada de un marido para que, con el tiempo, le acabes queriendo y respetando! Hablo, claro está, de personas con una exquisita educación para hacer posible la convivencia.

—Lo que no acabo de entender...

Y la abuela proseguía con cosas que me aburrían y que me eran ajenas. No lo pasaba muy bien cuando ella se iba por estos derroteros. Sí, seguro que estaba muy sola para hablarme a mí de aquella manera:

—Es la fijación que tiene tu madre con el dinero nuevo, con fortunas sin pasado. Conoce a alguien con poder económico y pierde el norte. ¡Cualquiera diría que ella lo ha echado en falta! Su padre era una de las grandes fortunas de Vizcaya.

—¿Sí? —pregunté por preguntar algo.

—¡Ya lo creo! También fue embajador y aristócrata. Algo que en las Vascongadas es francamente difícil ser, ya que aquí, prácticamente, no existen los títulos nobiliarios. Me refiero, claro está, a los de verdad, no a los pontificios, o aún peor, a esos que ha tenido a bien otorgar el Caudillo y que aquí, la gente (¡vergüenza les debería de dar!) utiliza con toda naturalidad. Además, que yo sepa, tu abuelo tuvo una gran fortuna. Por eso, me pregunto: ¿Por qué esa fijación de tu madre con el dinero? Sí es cierto que con Franco la economía empieza a despegar, pero la aristocracia se ha metido tan de lleno en los negocios que ha terminado por tratar a los poderosos advenedizos de igual a igual, están perdiendo la noción de quién es quién...

Ahora sí que me había perdido del todo, pero yo miraba fijamente a Gran, que proseguía su discurso incendiario:

—Y ése es mi verdadero pánico con relación a las bodas de tus hermanas. Sería espantoso que Constanza, ese ser amoroso y lleno de bondad, tan femenina, con su mirada de ángel y tan bella de cara, aunque en el tipo ha salido a su abuela materna, acabe con un garrulo, con un miserable chatarrero a los que hoy en día la gente normal trata sólo y exclusivamente porque durante la guerra han hecho dinero... o Marta, una mujer también enormemente valiosa que puede, en efecto, no ser tan inteligente y tan guapa como Constanza, pero que es una mujer importante, primero de todo porque se tiene muy bien...

—¿Qué quiere decir eso de «tenerse», Gran?

—Pues que tiene un porte distinguido, se mueve con estilo, en fin que en conjunto resulta muy atractiva. Además es tan dócil, tan bien mandada.

—No entiendo mucho de lo que estás hablando... —me atreví a decir finalmente, pensando que era mejor hacerlo en este momento que salir con una pata de banco que pudiera contrariarla cuando menos lo esperara.

—Lo sé, mi sol, lo sé. Perdóname porque no tienes edad de saber nada de lo que te digo. Ha sido mi culpa porque me enervo y...

—No abuela —todo menos que ella acabara disculpándose—. Si yo te escucho y me entretengo. Pero, la verdad, es que son muchas cosas las que no entiendo.

—Claro, mona, claro. De todos modos, no tengas pena. Tú que eres tan receptiva y tan lista, el día de mañana, en un determinado momento pensarás: ¿Es esto lo que Gran me dijo aquella tarde en Zuricalday? ¿Sí, una tarde soleada de verano en la que yo me aburrí tanto porque no la entendía?

—Seguro, abuela. Seguro que de eso me daré cuenta y pensaré que es algo que tú ya me enseñaste hace mucho tiempo...

¡Qué gusto, ya podía relajarme! La conversación complicada había llegado a su fin sin que Gran se enfadara o desilusionara debido a mi ignorancia.

Capítulo 3

Tardes en Zuricalday

A las seis en punto de la tarde, con puntualidad británica, el coche de la abuela frenaba con suavidad a la entrada de las Esclavas, en el paseo de Zugazarte. Francisco, su *chauffeur*, guiaba el Bentley gris oscuro, amplio y reluciente. Antes de marcharme se me escapó una mirada de conmiseración hacia mi hermana Ángela, dos años más joven que yo y la última de todos mis hermanos.

Ángela era de una bondad difícil de creer y, por eso, en muchas ocasiones, podía resultar aburrida. Me era prácticamente imposible tratar de convencerla para llevar a cabo cualquier travesura que entrañara el más mínimo riesgo. No se atrevía a desobedecer a ningún adulto. Supongo que ella no entendería la razón por la cual Gran me recogía con tanta frecuencia para merendar juntas y, sin embargo, a ella no la llevaba nunca. Pero jamás preguntó ni se quejó de nada. Tampoco venían con nosotras ninguno de nuestros primos, los Zulueta, con los que jugábamos a diario. Pero éstos sí se quejaban, aunque a Gran no parecía importarle nada. Ella jugaba la baza de la arbitrariedad con tal *suplesse* como si tuviera bula. Y, en cierto modo, la tenía. La abuela María parecía tener una máxima: hacer aquello que le venía en gana a cada momento.

Ahora, desde la perspectiva de mi experiencia, pienso si su actitud no sería una especie de revancha ante lo que la Vida con mayúsculas le había hurtado. Ante la infelicidad, ella se tomaba la venganza por su mano, haciendo caso omiso de las opiniones ajenas, aunque fueran las de su propia familia.

Francisco nos dejó en la entrada del salón de té Zuricalday, en Las Arenas, la zona residencial más elegante de Bilbao. Cuando yo iba a abrir la puerta del coche para bajarme, Gran me dijo:

—No, Beatriz. Toda dama que se precie debe esperar a que un caballero le abra la puerta del automóvil. Francisco, después de abrir mi puerta, abrirá la tuya.

—Bien, Gran.

Francisco se sacó la gorra de plato, que al ser verano no era solamente azul marino, sino azul y blanca, y muy serio, abrió la puerta de la abuela. Luego, sonriente, abrió la mía. Yo creo que me tenía simpatía porque cuando lo encontraba en casa charlando con Fermín, el mayordomo, o con cualquier otro miembro del servicio siempre le preguntaba por sus hijos, a qué colegio iban, si sacaban buenas

notas y otras cosas por las que sentía curiosidad. También por su mujer, que se llamaba Piedad. No he olvidado este nombre nunca. Al principio, porque me pareció horrible. Según iba creciendo, y aunque aún no sabía lo que significaba la piedad, porque intuía que era algo importante en la vida.

Antes de retirarse, Francisco, se dirigió a la abuela:

—Si le parece bien a la señora marquesa, le esperaré aquí frente al establecimiento.

—Bien, Francisco. O mejor será que se acerque un momento a Los Encajeros a recoger unas sábanas. Han telefoneado esta mañana para decir que ya estaban bordadas las iniciales.

—Como diga la señora marquesa. Así lo haré y luego estacionaré enfrente.

De la mano de aquella mujer tan alta que a veces, y aunque no quería pensarlo, me recordaba a Cruella De Vil, la de la película *101 dálmatas*, nos asomamos al escaparate de Zuricalday. Pastas de té, tartas, bollos (suizos, cruasanes, Cristinas, medias noches...), tentaban a la clientela desde dentro.

—¿Sabes ya lo que vas a pedir, mi sol?

—Creo que sí, abuela. Si tuvieran bollos de mantequilla...

—¡Sí, mira, en aquella esquina los veo! No comprendo que no hagan más siendo lo que antes se acaba. Los comerciantes no son lo que eran. Parece que no quieran vender. ¡Qué tiempos más convulsos vivimos!

El salón de té era agradable y luminoso gracias a dos grandes ventanales que daban a la calle. Varias mesitas redondas con sus sillas estaban repartidas por el mismo. También había dos mesas alargadas junto a una chimenea, con un chester pequeñito de un lado y más sillas en el otro. Debía de ser el mejor sitio, ya que siempre que aparecíamos, una de las camareras (todas con uniforme negro y cofia de dos pisos) se acercaba a la abuela y, discretamente, le decía:

—Buenas tardes, señora marquesa. Allí, en aquella mesa alargada, estarán más cómodas.

—Buenas tardes. Gracias, Dolores —era todo lo que mi abuela respondía sin dejar traslucir un amago de sonrisa en sus labios—. Ya puede usted tomarnos nota.

Y allí degustábamos nuestro chocolate a la francesa, el bollo de mantequilla y el bizcocho que pedía la abuela y que no me gustaba nada, y sigue sin gustarme, pues me forzaba a acabarlo. Ahora el agua con azucarillos, lo mejor de todo. Un apetecible monte de azúcar que se iba deshaciendo muy lentamente con el agua. Aunque luego, la verdad, sabía exactamente igual a la que nos administraba Juliana cuando teníamos indigestión o decidían que la padecíamos. Algo, en mi caso, muy frecuente.

La abuela María inspeccionaba los alrededores con su mirada de águila y su gesto adusto por si se encontraban en el salón personas a las que debía saludar. En estos casos, también lo hacía con una tal distancia, con tan elocuente desdén que yo, desde mi ignorancia, pensaba que era casi mejor que no saludara. Me sentía obligada a suplir su poca simpatía para con los ajenos y sonreía a diestra y siniestra. Y me

imaginaba a mí misma con cara de tonta. Estaba prácticamente segura de que aquellos que eran saludados por mi abuela e inmediatamente sonreídos por mí pensarían «¡qué niña más rara!»

También examinaba las larguísimas y pecosas manos de la abuela. Siempre me impresionaron sus cuidadas manos que la manicura arreglaba en casa cada semana. Gozaba de una piel verdaderamente buena, aristocrática, de ésas que no abundan. Yo tenía la manía de mirárselas constantemente y contemplar sus largos dedos adornados con hermosos anillos. Creo que, desde entonces, me di cuenta lo que manos tan bellas expresaban: el desconocimiento de cualquier tipo de labor, por un lado; y por otro, eran manos que habían acariciado poco...

—Beatriz, ese traje que llevas puesto ¿es el que os hizo la modista de Alfa?

Alfa era la tienda de ropa de niños preferida de mamá en Madrid. Cada temporada, mamá nos encargaba unos cinco o seis vestidos.

—No estoy segura, pero creo que sí, abuela. ¿Te gusta?

—Ya lo creo que me gusta —respondió, conteniendo la risa, supongo que por mi inesperada salida—. ¿Es que a ti no te gusta?

—Me gusta más que esos otros que mamá nos encarga abiertos por la mitad y que se nos ven los pantalones porque...

—¿Te refieres a esos que lleváis con pantaloncito a juego? ¿Y qué ocurre con ellos?

—Pues que todos los niños cuando nos ven se empiezan a reír. Y yo me suelo quedar quieta, sentada en un banco para que nadie note la abertura.

—¡Ay qué desastre, mi sol, lo que sufres! No sé si me entusiasman, pero tampoco son como para que se rían de vosotras. Hay que decir a mamá y a Juliana que no os los vais a poner más.

—No, si a mi hermana le da igual. Como es pequeña...

—Pues que se los sigan poniendo a ella, pero no a ti. Ahora, Beatricita, tú debes tener más seguridad en ti misma. ¡Nunca permitas que nadie se ría de ti!

—De acuerdo, abuelita.

Si ella me llamaba mi sol, mi vida, querida... yo debía corresponder a su cariño de la única manera que sabía hacerlo. Seguro que esto de «abuelita» a mamá le habría parecido una cursilada. Pero a ella, no. La familia de papá era más propensa a demostrar sus sentimientos.

—Veo que hoy no te has manchado el traje en absoluto. ¿A qué jugaste con tus amigas?

—*Mademoiselle* me insistió para que sacara los cromos. Decía que ya se lo había dicho a Cristina Eulate para que llevara los cromos también. Si yo llevaba la bici, Cristina se iba a aburrir, porque no iba a sacar su bicicleta y se quedaría sin poder jugar a nada. Pero eso es un rollo...

—Beatriz, di que no te divierte o que te aburre. No que es un rollo. Ésa es una palabra ordinaria. Y dime, ¿por qué te aburre jugar a los cromos? El día pasado,

cuando me los enseñaste, los tenías muy bien ordenados y son preciosos.

—Ordenados sí, abuela. Como a Constanza y a Marta les gustan mucho más que a mí, en cuanto ven mi caja de cromos se empeñan en ordenarlos. Y ponen papeles haciendo separaciones: ingleses, alemanes, brillantes, y españoles, que son los birriosos.

—Y tú ¿a qué juegas?

—Con mis amigas sólo puedo jugar a verdades cuando son españoles. Porque sus madres les dicen que con los otros sólo jueguen a mentiras. Y pasamos toda la tarde dando fuerte con la mano para, al final, ganar tres cromos horrorosos.

Era una costumbre miserable, pero había niñas a las que no les dejaban jugar a verdades con cromos buenos, que eran los extranjeros y más caros que los nacionales. Por eso, el juego era un simulacro, nadie se desprendía de los cromos ingleses o alemanes y sólo se jugaban los españoles, sin valor alguno.

—Tus amigas son unas aburridas. Se lo puedes decir de mi parte.

—No, mejor no decirles nada porque luego se ríen de mí y de mi vestido, aunque no tenga abertura.

—¿Qué es lo que tiene este traje tan bonito de gracioso?

—Ellas dicen que encañonados, puntillas, encajes, y que llevar el lazo de la cintura del mismo color que el del pelo es de niñas mimadas.

—Empiezo a pensar que aquí, en Las Arenas, las amigas que tienes son un poco tontas. Hasta que dé comienzo la temporada de ópera, voy a ir a buscarte a Zugazarte siempre que pueda. ¿Te parece bien?

—¡Sí, abuela! ¡Muchas gracias, abuela!

—Pues ahora, sol mío, vámonos. Francisco nos está esperando fuera y hoy conviene que os bañe Juliana cuanto antes. Tus hermanos tienen un baile en el Club Marítimo y, después, hay problemas si coinciden vuestros baños con los de ellos, que tardan tanto en arreglarse.

—Cuando quieras y gracias por la merienda, Gran.

—Gracias a ti, mi vida, porque me haces mucha compañía y lo paso muy bien contigo. ¡Te quiero más!

—Y yo a ti también. ¡Ah! ¿Sabes qué dicen los hermanos? Que me quieres tanto porque me parezco a papá y él es tu hijo preferido.

—¡Cuántas tonterías dicen tus hermanos! Y de ser así, ¿qué habría de malo en ello?

No quise decir una sola palabra más, pero interpreté que la abuela confesaba, o casi, quererme más que a los demás. No sólo algo, sino mucho más. Yo no me alegraba por egoísmo, sino porque esta sensación me proporcionaba mucha seguridad. Yo, por dentro, era como dos personas, la que cada noche tenía miedo de Dios sabe qué y la otra, la que como se sentía querida —y además se lo confirmaban con palabras, algo que mamá jamás hacía—, estaba contenta y no tenía miedo de nada.

Capítulo 4

Bolas negras

Estaban todas las luces de los salones encendidas cuando llegamos a nuestra casa del Muelle. Fermín, con su uniforme veraniego de tarde, nos abrió la puerta. Había sido un día muy bonito, pensaba cuando Francisco pedía a la abuela la orden para la mañana siguiente. Antes de que nadie tuviera que recordármelo de nuevo, iba corriendo hacia el *office* en busca de Juliana. Quería que me bañara cuanto antes para no tener que oír quejas de los hermanos, de Gran ni de nadie. Luego, en bata, observaba cómo se ponían sus mejores galas «para seducir», según decía Elvira. Yo no sabía entonces qué significaba esta palabra, pero adivinaba que debía tratarse de algo maravilloso e indescifrable.

Contemplé aquella noche, como tantas otras, salir a mis hermanas Constanza y Marta con unos trajes largos con los hombros desnudos y mucho escote. Solían llevar alguna joya y el pelo recogido en un moño. Un día oí decir a Rosa, la doncella de mamá, que sus trajes se llamaban «palabra de honor» y que Álvaro, para tomarlas el pelo, decía que sus trajes, en realidad, se llamaban «palabra de honor que se me cae».

A mí lo que más me gustaba de mis hermanas era cómo olían. Mamá siempre dio mucha importancia a ir bien perfumada. Decía que se trataba de un arte. Y les había enseñado muy bien cómo hacerlo: en el lado interior de las muñecas y detrás de las orejas, sobre todo, para perpetuar el aroma. Dejaban una estela por toda la casa que se incrustaba en el cerebro y hasta mareaba de gusto. Con mis hermanas no me ocurría tanto, pero con el perfume de mi madre... Siempre que entraba en alguna habitación sabía que ella acababa de abandonarla. Y no sólo porque olía como en su gabinete. Mamá siempre olía a mamá...

Mis hermanos vestían esmoquin de verano: chaqueta blanca y las originales fajas de cuadros escoceses o de lunares a juego con las pajaritas, que mi madre les había traído de Londres para distinguirse de los demás, que vestían todos iguales. Otras noches se ponían el uniforme del Sporting, que era precioso: azul marino con bordes dorados. Favorecía tanto a los hombres que tenían que ser monstruosos para que no quedaras *bouche bée* al verlos.

El Sporting era un club sólo para hombres. Del anglicismo de Vizcaya en aquellos tiempos no se ha hablado lo suficiente. Los hombres vestían como los lores y los niños como los niños ingleses de alta alcurnia. Las casas eran exactamente iguales a

las buenas casas inglesas. Y es que había sido un bilbaíno de origen irlandés, Manuel María Smith Ibarra, quien creó una escuela de soberbios arquitectos a la inglesa, como Luis Gana, Galíndez y Aguinaga, entre otros. Por eso, debido al trato estrecho que existía entre Gran Bretaña y Vizcaya, los muebles buenos se importaban de allí, al igual que los *yachts*, la ropa o los coches antiguos Silver Cross para bebés o los Austin y Blenteys, de los de verdad, como el que tenía la abuela. Por eso ¡cómo no tener un club que fuera una pura réplica de aquellos clubes anglosajones!

El Sporting era una casa flotante situada en mitad del puerto del Abra. Salvo puntuales excepciones, la entrada de mujeres no estaba permitida. Allí se reunían los hombres que, atendidos por un nutrido servicio siempre vestido de etiqueta, se bañaban o tomaban desnudos el sol. También había grandes comilonas —los cocineros del Sporting eran de alta escuela—, tomaban copas, jugaban a cartas, leían la prensa u organizaban tertulias. En fin, todo lo que podía hacer un día enormemente agradable para todo aquel que lo visitara. Y con la tendencia que todo vasco tiene por su grupo, por su pandilla —en la que, ciertamente, no incluyen a las mujeres—, pasaban unos ratos en el club que para los misóginos debían ser los mejores de su vida. No había más acceso a él que por mar, bien en embarcaciones particulares o en las que salían regularmente desde el puerto de Arriluce.

Existían también por entonces las gabarras, ubicadas asimismo en el puerto del Abra. Eran como unas plataformas para bañarse en el puerto sin tener que ir a la playa. Había familias que contaban con una para ella sola y familias que bien por parentesco o amistad, compartían gabarra. Podía haber varias juntas, de manera que se hacían grupos en los que se participaba de los baños, del aperitivo y la conversación. En fin, que se organizaba una gran tertulia entre gente conocida en medio de la bahía, por lo que ser invitado a una gabarra era muy apreciado. Dada su situación, era imprescindible un barco para llegar a ellas, y que algo por entonces, tenía mucha gente. Los menos se acercaban manejando un bote con un motor que llamábamos «gasolino». Desde las gabarras teníamos más cerca el Sporting y, con un poco de mala suerte para sus visitantes, podíamos verlos de lejos desnudos, lo que nos producía una risa enorme. Digo a veces ya que los auténticos nudistas solían ponerse del lado del faro. Pero, en realidad, entre los hombres en general, el exhibicionismo no ha dejado de ser inusual.

En todo este tipo de club eran esenciales ciertos requisitos para hacerse socio. Me refiero tanto al Marítimo como al Real Club de Golf de Neguri o al Real Club de Tenis Jolaseta. Se daba por hecho que todo el mundo pertenecía a todos los clubes existentes y lo cierto es que no conocíamos a personas que no lo fueran. Pero no hay que olvidar lo pequeño de nuestro círculo, aunque para todos los que allí estábamos, éste representara a los cinco continentes del *monde entier*. Si uno no pertenecía a ellos estaba perdido porque en sus instalaciones se llevaban a cabo todo tipo de festejos que convertían el verano en algo especial, como decían los de Madrid, Barcelona y los propios lugareños.

A las personas que no vivían en Bilbao y que únicamente pasaban allí el verano, siempre les quedaban dos soluciones: sacar en las oficinas del club pertinente la tarjeta de correspondencia que existían, por ejemplo, entre el Golf o el Marítimo y Puerta de Hierro, el Club de Campo y Jolaseta, etcétera, o bien, que un socio invitara a un foráneo a su club, pagando para que éste pasara el día o simplemente acudiera a cenar.

Mucho más tarde me enteré de lo que, de verdad, ocurría en todos estos lugares: una descalificación y un revolcón social vergonzante que se organizaba por mucho que no quisieras. Esto se producía cuando alguien se apuntaba en cualquiera de estas sociedades como aspirante a miembro de la misma y recibía la noticia de que había sido rechazado por la junta directiva. Bastaba con que un solo miembro dijera que no lo consideraba apto para que la única explicación que recibía el aspirante fuera: «Ha sido usted rechazado mediante una bola negra.» Para colmo, no siempre existía una bola negra, sino que podía acumular varias.

Realmente, era infrecuente el que te pusieran bola negra. De ahí que prácticamente hubiera sólo una razón: ser nacionalista o tener unos orígenes que fueran de este modo calificados. En esto, tanto la junta directiva como los socios en general eran implacables. La sombra de la contienda civil seguía levantando muros infranqueables y los nacionales, los ganadores, seguían alardeando de manera escandalosa. No estaban dispuestos a pasar nada por alto. El odio y el desprecio que se destilaba hacia aquellos en cuyas familias hubiera habido algún adepto al partido de Sabino Arana era inconmensurable. Cuando fui más mayor, escuché conversaciones de este tipo:

—¿Sabes que los Rotaeché han intentado entrar en este club?

—¡Qué horror, hasta ahí podíamos llegar! Y ¿qué les han dicho?

—Nada. El administrador no ha tenido más que mostrarle todas las bolas negras que han impedido su entrada.

—¡Menos mal! ¡Es que esta gente piensa que los demás no tenemos memoria! Si tanto sus padres como sus abuelos fueron los lacayos de José Antonio Aguirre y cuando Bilbao fue tomado por los nacionales, tuvieron que salir a Francia por la frontera, como ratas...

Todavía, cada 19 de junio, en Bilbao se celebraba la toma de la ciudad por las tropas franquistas. Por eso, en aquella fecha tan señalada, al igual que en las festividades de san Ignacio, de la Virgen del Carmen o del Pilar, las autoridades y los ricachones del Municipio mandaban al servicio izar la bandera española en su jardín o en las terrazas de sus casas. En Neguri, en casa de los condes del Cadagua, el día de la Virgen del Carmen, onomástica de la señora condesa, el matrimonio abría las puertas de su espléndido jardín a todos los pobres de la Casa de Misericordia que quisieran acudir, los cuales eran invitados a un almuerzo atendidos por el propio servicio de la casa. A los postres, los pobres se ponían en fila y, acercándose con un máximo respeto a sus benefactores, recibían de sus manos unas cuantas monedas,

según hubieran calculado éstos la urgencia de sus necesidades. En ese momento y, alentados por el administrador de los condes, gritaban todos ellos a coro:

—¡Viva el señor conde!

—¡Viva!

—¡Viva la señora condesa!

—¡Viva!

—¡Y vivan las señoritas!

—¡Vivan, vivan todos ellos! ¡Que Dios los guarde muchos años!

Las señoritas, dos seres a los que les faltaba un hervor para llegar a ser dos personas normales, eran las hijas del matrimonio en cuestión. Tía Stefi, hermana de mamá, era su vecina y contaba siempre cómo, debido a la influencia familiar, las altas jerarquías municipales habían cometido la insensatez de dotar a ambas chicas del carné de conducir. Ciertamente es que, por aquellos años, el tráfico en Guecho era escaso, pero no justificaba tamaña locura. Según decía tía Stefi, casi a diario le ocurría algo que, de no ser por su proverbial precaución respecto a ellas, habría acabado en tragedia. Y es que sucedía que, al ir mi tía a cruzar por la salida del garaje de la mansión de los Cadagua para bajar hacia Los Tamarises, solía encontrarse con ambas a punto de salir del garaje. La educación era algo que no se les podía negar: al ver a mi tía, paraban el automóvil en seco y, con un más que afectuoso gesto, la invitaban a atravesar aquellos metros de acera para otorgar la preferencia a su vecina. Ésta, también de la manera más amable posible, se paraba en la acera y, a su vez, les hacía una seña agradeciendo su gesto pero cediéndoles a ellas el paso, teniendo en cuenta lo mal que guiaban. Tras repetir las unas y la otra tanta *politesse* sin llegar a acuerdo alguno, tía Stefi se decidía a atravesar sin más dilación los pocos metros que separaban una esquina de la otra del garaje. En ese mismo instante, la «graciosa» que conducía ese día pegaba un fuerte acelerón, una auténtica embestida. Así, mientras a las dos hermanas les daba una especie de risa tonta, mi tía pasaba un rato largo a punto del colapso. Y, como esto acabara convirtiéndose en rutina, tía Stefi, como si de una espía de película de Hitchcock se tratara, antes de salir de su portal observaba cuidadosamente a izquierda y derecha para no coincidir con las «señoritas». Ya, en última instancia, si la suerte se le volvía en contra y, de improviso, aparecían, se negaba en rotundo a pasar antes de que hubieran despegado con su modelo de alta gama. Con el fin de no perder tiempo, les pedía que abrieran sus ventanillas y les decía sin el menor rubor:

—Chicas, no sabéis hasta qué punto agradezco vuestra gentileza. Pero haced el favor de salir del garaje. Os juro, por todos mis muertos, que no seré yo quien pase antes.

Y se quedaba tan reverenda porque decía que todo tenía gracia hasta que se trataba de un asunto de vida o muerte y que, por no hablar claro, ella había estado a punto de morir a manos de ese par de atontadas en numerosísimas ocasiones. Con semejantes cretinas, bromas las imprescindibles.

Capítulo 5

Serenatas nocturnas

Entramos Ángela y yo en el salón dorado para dar las buenas noches a Gran. Mi hermana desapareció enseguida. Yo me quedé apoyada en la butaca de la abuela:

—Gran, ¿tú también te vas a ir a dormir enseguida?

—Enseguida no, mi sol. Voy a escuchar el «Parte» y después, cenaré algo ligero.

—El «Parte» es donde cuentan lo que hace Franco cada día, ¿no, abuela?

—Ja, ja, ja. No exactamente, pero algo muy parecido. Es donde cuentan las noticias que se han producido a lo largo del día.

—Fermín dice que Franco manda mucho en España...

—¡Ya lo creo que manda! ¡Manda sin parar, *darling!*

—También dice Fermín que manda desde hace mucho tiempo. —Mucho, no. ¡Muchísimo! ¡Demasiado, diría yo!

—¿Cuando tú eras pequeña también mandaba Franco, abuela? —¡Qué cosas dices, Beatriz!

La abuela apenas podía contener la risa y esto me animó a proseguir:

—¿Quién mandaba cuando tú eras joven?

—El rey don Alfonso XIII, y antes su madre, la regente doña María Cristina.

—¿Preferías al rey o a Franco?

—Siempre al rey, mi sol. ¡Siempre al rey!

—¿Y él dejó de mandar porque se murió, abuela?

—No. Se vio obligado a abandonar España porque casi todos los nobles...

—¿Los nobles?

—No se interrumpe a las personas mayores cuando hablan. Pero te lo he explicado de manera complicada. Quería decir que fue abandonado por casi todos sus amigos cuando las cosas le fueron mal y se vio obligado a abandonar España.

—¡Qué malos sus amigos!

—Sí, Beatriz. Pero tampoco es nada extraño. Hay que recordar que eran los padres de los que hoy no paran de viajar de Madrid a Estoril, a rendir pleitesía a don Juan, pasando antes por El Pardo para saludar a Franco.

No entendí nada de lo que dijo. Más bien parecía que hablaba consigo misma. Por eso, agradecí que zanjara esa especie de improvisado monólogo:

—Y, ahora, ¡a descansar! Otra cosa, no quiero que oigas conversaciones de

mayores y mucho menos del servicio. Nunca son apropiadas para niñas.

—Bien, abuela.

Era inútil tratar de seguir retrasando mi retirada y, dicho sea de paso, el miedo paralizante que sentía una noche tras otra:

—Gran, ¿puedo decirte la última cosa?

—Si es breve, sí.

—Es muy breve. ¿Puedo decir a *mademoiselle* que das permiso para que deje la luz del pasillo encendida hasta que me duerma?

—Sí, querida. Pídeselo de mi parte y duerme tranquila. Reza un poco y piensa que no debes temer nada. El Niño Jesús descansa cada noche junto a ti.

Ángela y yo compartíamos habitación. Cuando alcancé la puerta del cuarto, venía de lavarse los dientes. Yo hice lo propio y, antes de acostarme, me acerqué a la cocina y al planchero para recordar a todas aquellas personas del servicio que allí se encontraban que no fueran a despistarse y cerrar la luz. Es que ya se había despistado alguien en más de una ocasión y, luego, aunque yo gritara, no me oían porque la casa era enorme.

Al meterme en la cama, me acordé de papá. Él, cuando estaba en casa, venía todas las noches a nuestra habitación. Daba igual que estuviéramos en Madrid o en Las Arenas, y nos colocaba bien el embozo. Después nos besaba varias veces. Ya no tardarían en regresar de su viaje. La abuela me había dicho que estarían de vuelta el martes o miércoles de la siguiente semana.

—Ángela, ¿tú has rezado? —pregunté a mi hermana al tiempo que apagaba la luz de la mesita de noche.

—No. Te estaba esperando para hacerlo. Pero Bea, reza sin reírte porque cuando te da la risa creo que no vale.

—¿Qué es lo que no vale? —inquirí, desconcertada.

—No damos gusto al Niño Jesús ni al Ángel de la Guarda ni a la Virgen María ni a nadie... Y pueden enfadarse.

—Bieeen... no lo haré —comenté con resignación—. Pero entonces empieza tú y yo te sigo.

Se hacía entonces un largo silencio en el que yo me imaginaba a ambas en la oscuridad al borde de la carcajada. Y de pronto se oía la voz de mi hermana:

—Ángel de mi guarda, dulce compañía...

Y yo iba repitiéndolo en voz baja. Como tantas otras noches, tardaba en dormirme. No me era nada fácil conciliar el sueño. Al rato, oí cómo Ángela respiraba fuerte.

Encendí la luz de la mesita de noche. Estaba completamente dormida. Pensé en despertarla porque no quería sentirme sola. Pero no me atreví. La última vez que lo había hecho, comenzó a llorar de manera desconsolada. Tuvo que acercarse mamá hasta la habitación y me la cargué... Volví a apagar la luz y me abracé a la almohada.

Era una noche poco silenciosa. Además del ruido que, como siempre, hacía la

barcaza del transbordador, sonaba una canción italiana por la ventana: *Questa piccolissima serenata...* Constanza había dicho —ahora lo recordaba— que al baile de gala del Marítimo venía esta noche el mejor cantante italiano de todos los tiempos. Y así debía de ser porque los hermanos mayores tenían varios discos de él en casa. Me había fijado en la funda de cartón de uno de ellos y se llamaba Renato Carosone.

La noche anterior, desde el quiosco de música de la banda municipal del pueblo, había escuchado otra melodía también muy alegre. Ese disco no estaba en casa y mis hermanos desconocían esa canción. Pero a Elvira, la cocinera, le vi bailándola en Portugalete un día que fuimos a una modista. Creo que su novio se llamaba Pepe y que era guardia civil. Ella siempre decía que le gustaba más cuando iba vestido de uniforme que de paisano. Yo suponía que paisano vendría a ser «de normal». Se movían mucho, que era algo que a mamá le ponía nerviosa. Pero a mí no me parecía que bailaran mal:

*«Ya viene el negro zumbón
bailando alegre el bayón
repica la zambomba
y llama a su mujer...»*

Era imposible tratar de entender algo de la letra de aquella canción, aunque fuera en castellano. A mí, lo que más me gustaba es que, entre estrofa y estrofa, hubiera un trozo en el que, con mucha nitidez se oía: «Tarará, tarará, tarará...» Y seguido, subiendo a Do —lo sabía por las clases de música— insistía en un tono más alto: «Tarará, tarará, tarará...» para acabar bajando a La: «Tarará, tarará, tarará...» Y continuaba:

*«Tengo ganas de bailar el nuevo compás
Y todos cuando la ven pasar
Chica adónde vas
Me voy a bailar
El bayóoon...»*

Un día estaba yo en la terraza tarareando esta canción. Creía que estaba sola cuando de repente oí que mamá me reprendía porque era «una canción horrenda, ordinaria e impropia de mi edad». Preferí no decir nada. Con mamá, cuando se ponía así, lo mejor era callarse. Además ¿yo qué iba a decir? ¿Cómo explicarle por qué sabía esa «atroz» musiquilla? ¡No le iba a decir que la escuchaba muchas noches desde mi cuarto cuando había baile en la plaza! Nos hubiera cambiado de habitación y, entonces, además de dormir mal, me habría quedado sin oír músicas de ningún tipo. ¡Mucho menos podía decirle que se me había quedado grabada porque me gustó

mucho ver a Elvira y a su novio, el guardia civil, bailando en Portugalete! No recuerdo con quién cruzamos en el trasbordador ese día para ir a la modista. Pero, de haberse enterado que nos entretuvimos un solo segundo asomándonos al baile, hubiera despedido al culpable. Supe más tarde que la bailaba Silvana Mangano en la película *Ana* y que a los hombres les parecía atrevidísima.

Si no era para algo puntual y concreto, teníamos prohibido tanto subir al puente colgante como pasar a Portugalete. Mamá decía que María Perales, hija de Mary Earle, había sido atropellada en la barcaza por una moto que le llevó media pierna. Yo había oído hablar de esto, pero creo que mamá exageraba porque le parecía inadecuado el que estuviéramos en Portugalete. Ese tipo de plan era propio de maqueros, de gente de fuera del País Vasco, que por entonces llegaban en grandes cantidades para trabajar en las fábricas y en el servicio de las casas particulares. A mí me hubiera gustado ir más porque, en verano, había baile todos los jueves y los domingos. El servicio de casa estaba toda la semana hablando de cómo lo habían pasado de bien el jueves o qué fenomenal lo iban a pasar el domingo. Siempre me ha gustado ver bailar.

Capítulo 6

Mademoiselle Valérie

Como de costumbre, *mademoiselle* entró en nuestra habitación a las nueve de la mañana. Venía a despertarnos para que desayunáramos antes de impartirnos hora y media de clase de francés. A las 11.30 horas, Francisco, el mecánico de la abuela, o Jesús, el de casa, nos recogerían para llevarnos hasta la playa de Ereaga, en Neguri. Las Arenas, por supuesto, también tenía playa, pero no apetecía ir porque su tamaño era mínimo. Cuando éramos más pequeñas, sí que íbamos allí. Pero ahora ya no. Éramos «casi» unas señoritas y mamá decía que teníamos que ir haciendo amistades. Esto último lo recalaba mucho. Además, ya teníamos *mademoiselle*, y esto por lo visto, además de un fastidio, era como muy importante para ella.

Mientras desayunábamos en bata en el *office* con *mademoiselle*, coincidíamos con la llegada de Ignacia, la lechera. Llegaba a diario desde su caserío de Berango a Las Arenas y Neguri en un carro tirado por un burro. Nos traía leche «de verdad», como decía Elvira, la cocinera, y también patatas, verduras, melones... Era una mujer fuerte y mofletuda con cara de vasca y maneras bruscas, pero muy vital, con esa inteligencia natural de la gente sencilla aleccionada por una existencia dura. Gastaba bromas a todo el servicio porque su humor era excelente y, a nosotras, nada más vernos, nos daba unos caramelos durísimos y, al parecer, con mucho colorante, pues en cuanto nos los metíamos a la boca, los labios se nos quedaban de inmediato totalmente naranjas, violetas o verdes... *Mademoiselle* hacía un gesto de desaprobación que a Ignacia parecía tenerle sin cuidado. Y aprovechaba el desconocimiento que la francesa tenía de nuestra lengua para hacer unos comentarios —ni el mismísimo Cervantes los hubiera entendido— que provocaban la risa de todo el servicio:

—Y desir yo una cosa, la remilgada esta ¿qué? Parese que le fastidia que yo dé caramelos a las chiquillas... ¡Anda! ¡Morro prieto parese ésta!

Y como los otros se reían, ella se crecía sobre la marcha:

—¡Qué elegancia, oyes, la franchuta esta del carajo! Ignacia soy y yo miro de alegrar la vida de las chiquillas... Y no como otrrrras, ¿eh?

Yo trataba de contener la carcajada porque sabía que, más tarde, *mademoiselle* me lo haría pagar caro. Ángela, siempre en las nubes, no se enteraba de nada —yo creo que tampoco entendía a Ignacia— y ni se inmutaba. Después de colocar con Elvira o

con Dioni la mercancía en la fresquera y, antes de abandonar la casa, la lechera se acercaba a nosotras. Escupía en su delantal azul marino y nos limpiaba los embadurnados y coloridos labios, mientras decía:

—¡Ay, Amá! Esto sí que tendríamos que quitar. Si aparese ahora la señora marquesa algo me da. Y más si aparese la señorita marquesa. Grasia estas cosas no crrreoyo yo que le hagan. Maja sí es cuando la conoses, pero sensilla... ¡sensilla no puede desirse que sean ninguna de las dos! Buena gente, ¿eh? Pero... otra cuna, otra elegancia. Ya se sabe, oyes...

Las clases de francés resultaban pesadas y tediosas hasta límites insoportables. Parecía que se hubieran detenido los relojes. O, quizá, era un ejercicio de paciente espera que, sin siquiera saberlo entonces, me inducía a pensar en algo que más tarde me atormentaría gracias a la terrorífica educación religiosa que recibí: la eternidad. ¿Qué podía ser más eterno que hora y media repitiendo frases vacuas con alguien con quien no lograbas comunicarte ni para sonsacarle media sonrisa? *Je vais a l'école avec Caroline. Regarde par la fenêtre. Ma fenêtre est vert. Le ciel est bleu. Ma robe est blanche...*

Acabado aquel suplicio, regresábamos a nuestra habitación a ponernos el traje de baño y el albornoz. Casi todas las mañanas íbamos a la playa por indicación de mamá. Ella insistía en decir que para que estuviera justificado el quedarnos un solo día sin playa no debía llover, sino hacer frío. Y como en verano es tan infrecuente que haga frío, íbamos hasta cuando caían chuzos de punta, como decía Juliana, que era como ella daba a entender que estaba lloviendo muchísimo.

—¡Qué disparate que en un clima como éste tuvierais que estar pendientes de que luzca el sol para ir a la playa! Lo importante son los baños de mar, el yodo... sólo los niños melindrosos se bañan cuando hay sol.

Y con estos razonamientos maternos no quedaba más remedio que agarrar el cubo y la pala, la pelota y el paraguas rumbo a la playa. Todavía le quedaba tiempo a mi madre de añadir algo más antes de que la puerta de casa se cerrara detrás de nosotras y de *mademoiselle*:

—Además, desde que el mundo es mundo, toda la gente bien veranea en el norte...

Antes de partir, debíamos despedirnos de los mayores: Gran, papá y mamá, y mis hermanos. Por este orden. Tras llamar a la puerta del gabinete de la abuela y sólo después de oír su enérgico «¡adelante!», trasasábamos el umbral:

—Buenos días abuela —decíamos las dos casi al unísono, aunque Ángela siempre se quedaba detrás de mí, sin poner mucha atención ni a la abuela ni a nada.

—Buenos días, queridas. ¿Cómo habéis descansado hoy?

—Muy bien, gracias. ¿Y tú, Gran?

—Bien, Beatriz —se dirigía sólo a mí, ya que mi hermana había desaparecido para entonces—, aunque no me resultó fácil conciliar el sueño. Primero fue Ignacio, desde el salón azul con sus músicas... ¡Qué chico más raro, Dios mío! Y después...

—¿Te parece raro Ignacio, abuela?

—*Forget it*, mi sol. Para un día bueno que hace no perdáis más tiempo. ¿Quién os va a llevar a la playa?

—Acaba de decirnos Fermín que es Jesús quien está abajo.

—¡Pues no perdáis el tiempo! *Allez, allez* —repetía, mientras me acercaba su mejilla para que la besara.

Esto era algo que no siempre permitía al resto de mis hermanos. Mientras me estiraba para besarla, me dijo con cariño:

—Beatricita, hoy parece que va a hacer bueno y el mar estará precioso. He leído en la prensa que a las doce es bajamar. Fíjate en el color del cielo, del agua, del sol y también en la gente que estará por allá y luego, por la tarde, me lo cuentas todo. ¿Te parece bien?

—Sí, claro, abuela, muy bien. Luego te lo cuento y...

Sin poder reprimirme, aunque me arriesgara a caer pesada por mi insistencia, le hacía la pregunta de rigor:

—Gran, ¿me llevarás esta tarde a merendar a Zuricalday?

—¿A ti te gustaría ir?

—¡Me encantaría! Además, mañana no podré. Ha dicho Juliana que estamos convidadas a casa de Mariví Lezama Leguizamón porque es su cumpleaños y que hace diez días que su madre habló con mamá y que tenemos que ir.

—En ese caso, a lo mejor, cambio yo mi plan de teatro en Bilbao de esta tarde para mañana y, así, hoy podríamos merendar juntas.

—¡Bien! Gracias, abuela.

—Bueno, todavía no estoy segura de poder hacer este cambio. Después de almorzar lo organizamos todo. Ahora, vete. Aprovecha, siquiera una vez, el yodo con el sol. ¡Y es que con esas teorías tan raras que tiene tu madre que debéis ir a la playa hasta con lluvia! ¡Un día pillareis una neumonía!

Todavía nos quedaba rendir pleitesía a mis hermanos mayores antes de salir hacia la playa. Para ellos, éramos una especie de juguetes. En muchos casos, juguetes de esos que los niños malcriados tienen durante un tiempo como si fueran auténticas joyas y luego se cansan de él y lo dejan arrinconado... Nos sometían a todo tipo de bromas que, por supuesto, nosotras debíamos de aceptar de buen grado, como por ejemplo hablarnos en francés para chincharnos porque sabían que aborrecíamos todo lo relacionado con *mademoiselle*.

Aunque, la verdad, eran cariñosos con nosotras. Iba a decir que nos daban conversación, pero supongo que esto sería exagerar. En realidad, bastante que respondían a todas las preguntas que, sobre todo yo, continuamente les hacía. También es cierto que para ellos éramos como dos pajecillos dispuestos a hacerles diversos favores que, según ellos, eran convenientes para nuestra educación.

—Beatriz —decía Alfonso, aún enfundado en su bata de seda azul marino y verde, mientras hojeaba uno de los periódicos que cada mañana subía Mario, el

portero—, di en la cocina que hoy no almuerzo en casa. Y, de paso, pide a Fermín un vaso de agua para mí.

—Oye, muñeca —Álvaro se dirigía también a mí—, cuando vuelvas de la cocina, haz el favor de entrar en mi habitación y tráeme una cajetilla de Camel que he debido dejar encima de mi cama.

—Pero... ¿también tengo que hacerlo yo?

Protestaba con tono angelical por si pudiera inspirarles algo de lástima. Pero era inútil ese tipo de artimaña en mi casa. Aunque las chicas nos mandaban hacer muchos menos «favores», mamá y la abuela les habían inculcado una especie de amor desaforado y servicial hacia el hombre, así que no fallaba y Constanza añadía:

—Bea, cuando un hermano te pide algo, no se puede poner mala cara y, mucho menos, protestar. Eso no lo haría nunca una niña simpática. Y tú, cuando quieres, lo eres y mucho.

Tal vez mi hermana mayor ya pertenecía a ese grupo enorme de mujeres vascas que, como acabo de decir, sienten pasión por los hombres y les atienden en todo lo concerniente a sus posibles necesidades de la misma forma que si fueran inútiles. Con algo añadido que es ancestral y no se improvisa: una ferviente idolatría. Eso sí, de otra parte, se saben dueñas y señoras de todo lo que concierne a la casa, en el más amplio sentido de la palabra y, por supuesto, también a los hijos. Se trata de un trueque, de un reparto de roles que a hombre y mujer les compensa con creces. Claro, yo por entonces nada sabía de esto, pero que, en el fondo, existían entre ellos unas curiosas u originales relaciones de poder, sí. Al menos se trataba de algo que a mí nunca me pareció lógico. Luego —todo hay que decirlo— cuando hacíamos los «favores» con buena cara, sin protestar y, por supuesto, sin pedir nada a cambio, nos hacían encantados cualquier regalito: unos caramelos, unos bombones, dinero para que en la playa compráramos pirulís de la Habana al barquillero e, incluso, a veces, nos convidaban a tomar el aperitivo. En casos extremos y escasos nos llevaban a las barracas de las ferias y, en alguna otra ocasión, más rara aún, nos llevaban al circo.

Capítulo 7

Un día de playa

Al fin parecía haber llegado ese «típico día bueno del Norte» que a todos los que somos de allí nos compensa —o, al menos, eso hacemos creer a los demás— de todos esos otros en los que, con recia fortaleza, sufrimos las inclemencias del tiempo. En la playa no solía haber tanta gente a diario, pero hoy, un día tan soleado, parecía que medio mundo se había dado cita para coincidir a la hora del baño. Como decía la abuela, no sin una cierta indignación, debíamos de ser los únicos niños del mundo que iban a la playa tronando.

Hacía un día bueno, sí. Incluso el frío que era normal sentir al bajar a diario hasta la orilla para tomar un baño apenas se notaba. Te daban ganas de zambullirte en el agua. Los toldos de rayas azules y blancas, colocados desde mitad de la playa, más o menos desde el Hotel Los Tamarises hasta el muelle de Arriluce, eran todos de familias conocidas: los Artiach, los Aguirre, los Mac-Mahón, los Echevarrieta, los Arteche..., que eran amigos nuestros. La Arteche madre estaba aquel día en la playa con sus hijos y *mademoiselle* la llamaba «*madame, la comtesse*». Pero, normalmente, las personas mayores dejaban Ereaga para los niños y los jóvenes.

Los adultos, por regla general, se iban hasta la playa salvaje de Sopelana, para lo que ya había que estar motorizado. Allí, cuando en contadas ocasiones me habían llevado, pude ver muchas tertulias en las que los criados servían un aperitivo y, seguido, el almuerzo. Después, colocaban las mesas de juego y, bajo los toldos que también se habían encargado de levantar, atendían a sus señores hasta última hora de la tarde, cuando decidían regresar a sus casas con el fin de arreglarse para la cena. Las mujeres que podían presumir de sus cuerpos espléndidamente moldeados, de su belleza incuestionable, se alejaban de su grupo para, normalmente en compañía de una amiga, pasearse por la orilla. Imagino, desde mi perspectiva actual, que con la mala e indisimulada intención de provocar una enorme admiración. Algo que, sin duda, tendría su gratificación en el baile de turno al que acudirían aquella misma noche, bien fuese en el club de Golf, en el Marítimo o en casas particulares, donde se recibía muchísimo. Cuando estos grupos de gente, entre los que se encontraban papá y mamá, no se animaban a llegarse a Sopelana, ya fuera por la inseguridad del clima, porque tenían abono para la feria taurina de la Semana Grande o por cualquier otra razón, solían bañarse y tomar el sol en el club de Golf de la Galea. Aquí se fraguaban

muchas cosas que yo todavía ignoraba... citas clandestinas, timbas donde se jugaban grandes cantidades de dinero y algún que otro coqueteo con la droga.

Nos encontrábamos ya en el toldo con *mademoiselle* cuando aparecieron los primos Zulueta —los que eran más o menos de nuestra edad, claro— con su correspondiente francesa. Entre la suya y la nuestra había una corriente de amistad o de patriotismo que hacía que no pararan de hablar mientras estaban juntas. Jesús, el mecánico, se encargó de inflarnos las colchonetas y los flotadores en forma de pato que nos colocábamos en la cintura. Aquel mismo verano, entre los niños de mi edad, se empezó a comentar que si uno se bañaba con flotador no podía «coger olas» y, sobre todo, que era de niños pequeños.

La *mademoiselle* de los Zulueta, dentro de lo malo, me parecía mejor que la nuestra. Claro que tal vez era menos pesada e histérica porque ella tenía cuatro niños para cuidar. Y casi no le daba tiempo a encargarse de todos. Tanto nosotras dos como los primos, al menos a la playa, acudíamos también con las niñeras —la nuestra era Juliana—, quienes se encargaban de las consideradas labores menores. Eran ellas quienes se metían en el toldo para ayudarnos a vestirnos y desvestirnos, a cambiarnos de traje de baño y quienes se acercaban a la orilla para aclararlos antes de abandonar la playa. Y por supuesto, quienes siempre en uniforme —nunca jamás se les permitía cuando estaban con nosotros usar traje de baño— se ocupaban de recoger junto con nuestro *chauffeur* y el de mis primos toda la parafernalia de objetos que se nos hubiera ocurrido llevar para jugar con la arena y el mar. Además de lo que se llevaba por indicación de las madres: agua, recambios de albornoz y de trajes de baño, jerséis, sombrilla, que lo mismo servía para el sol que para la lluvia...

Los uniformes que las criadas usaban para venir con nosotros a la playa eran de colores alegres, de mañana. Podían llevar una bata azul claro o rosa de manga corta y un delantal blanco inmaculado. Otros días, una vez que mamá y sus amigas habían decretado que tanto para uniformes de años como para el servicio resultaba estupenda la tela de Liberty's, les hacían vestir un uniforme de florecillas que, aunque estuvieran hechos en España, les daba «un aire muy British», como decían ellas. Aunque también añadían entre risas que «no por vestir las de Liberty's conseguiremos quitarles el aire de la dehesa».

Aquellas pobres desgraciadas que vestían de uniforme no dudaban en cumplir con su deber que, entre otras cosas ya mencionadas, estaba el de vigilar todas nuestras ocurrencias que, a decir verdad, no eran nada tranquilizadoras: subir al *pirauchu* o colchoneta y meternos mar adentro; ponernos las gafas de bucear en un alarde de valentía y que nos revolcara una ola, razón por la que, a veces, podíamos estar tanto tiempo bajo el agua que cuando salíamos a la superficie, estaban las pobres aterrorizadas pensando que ya nos habíamos ahogado y que cómo se lo iban a decir a nuestros padres... Para colmo, debían vigilarnos pero sin mojar y, mucho menos, arrugarse el uniforme.

Era una sociedad que podría ser definida como obsesivamente jerarquizada. Para

darse otra categoría, las francesas, inglesas o alemanas, por más que llegaran de la dehesa del otro lado de los Pirineos, como pensaba la abuela, ejercían en ciertos momentos de señoras. Parecía que su *métier* consistía en mandar a las niñeras y, eso sí, en traje de baño, quedarse debajo del toldo. Tenían horror al sol, pues sus pieles eran blancas y lechosas y, en cuanto les rozaba un rayo, pasaban unas noches toledanas.

Otra de las tareas asignadas a las extranjeras era la de imponer orden si reñíamos o si nos pegábamos por los barquillos o los pirulís y, en último extremo, controlar con un reloj el tiempo que pasábamos dentro del agua. Por indicación de mamá, era de todo punto imposible el que estuviéramos sumergidas más de quince minutos seguidos. Debíamos tomar el sol y, más tarde, entrar de nuevo. Yo, cuando me venían a avisar que había que salir, solía hacerme la despistada. Miraba para otro lado como si no hubiera oído.

Sigo pensando, a día de hoy, que aunque Valérie, nuestra *mademoiselle*, era tonta, sí se percató enseguida de mi ardid. De modo que se hizo con un silbo de guardia municipal para que mis despistes no fueran ni tan siquiera planteables. Y es que, de algún modo, yo podía ya percibir que entre las nacionales y las foráneas —como no podía ser de otra forma por parte de las primeras, claro— había cierta falta de simpatía, por no llamarlo odio ancestral.

Si la ocasión se les ponía a tiro, y si no la buscaban, solían llegar a casa chivándose unas de otras para que mamá, la abuela o algún miembro del servicio por el que sentían respeto tuvieran cumplida información de cualquier cosa que no se hubiera desarrollado como exigían la señora marquesa o la señora marquesa viuda. Esto acababa siempre convirtiéndose en una fuente de problemas que quedaban al arbitrio de mamá fundamentalmente y que no trascendía de una manera directa a nosotras, claro está. Pero era algo tan cacareado que una, a poca atención que pusiera, se acababa enterando de una parte o, incluso, de todo el contencioso.

Un ruido ensordecedor retumbó en la playa. Sobre nuestras cabezas, a muy poca altura, pasaba una avioneta. Alguien dijo:

—¡Es la avioneta de Manolo Zubiaga y es él quien la pilota!

Era frecuente que Zubiaga sobrevolara la playa haciendo piruetas calificadas de «imprudentes» por la abuela, y «típicas de un amante del riesgo», según mamá. A mí me daba un poco de vértigo cuando lo veía aparecer porque sí, daba la impresión de que podía caer con su avioneta en cualquier momento. También me hacía ilusión pensar que aunque Gran hablara de él como lo hacía, se veía que le admiraban por su destreza. De vez en cuando, venía al piso del Muelle a cenar o a tomar unas copas y le gustaba hablar y cambiar impresiones con los niños. Era un hombre pelirrojo y guapísimo, con una pinta de inglés impresionante, algo que, con el tiempo, me di cuenta que se trataba de lo más valorado en aquella sociedad «negurítica». Ahora tenía otra anécdota para contar a la abuela: tío Manolo Zubiaga pilotando y haciendo acrobacias por el cielo tan azul.

Para cuando nuestros hermanos mayores hacían su llegada a la playa de Ereaga, nosotras estábamos a punto de regresar a casa. Debíamos tomar un baño, lavarnos el pelo y estar arregladas para la hora de almorzar. Y todo esto se llevaba a efecto con mucha calma. Cuando hacía bueno, sentía dejar la playa. Pero era, entonces, impensable el pretender comer en ella. «Las niñas bien —decía mamá— por la tarde no van jamás a la playa.» Mis hermanas mayores también volvían a comer a casa. Aunque lo hicieran tarde. Los chicos, sin embargo, siempre y cuando dieran el recado de si se les debería de esperar o no, hacían lo que les venía en gana. Y es que según mamá: «Lo que hicieran los hombres no importaba nada.» Ellos, con mantener en todo momento las normas de educación cumplían y podían hacer aquello que más les apeteciera.

Me disponía a dejar pesarosa la playa cuando aparecieron en el toldo Constanza y Marta con unas amigas. A algunas las conocía de casa de Madrid o de Las Arenas. Otras eran amigas de ellas de Bilbao, de toda la vida, y también venían con alguna chica catalana o bien andaluza. Yo conocía a las hermanas de la andaluza por coincidir en el paseo de Zugazarte o de la Avanzada y me hacía mucha gracia cómo hablaban, aunque apenas entendía casi nada de lo que decían. La familia se apellidaba Osborne y se componía sobre todo de un elenco de mujeres rubias y guapas, de ojos claros y con tendencia a la obesidad. La abuela siempre decía que eran muchas las chicas que se acercaban a mis hermanas porque su auténtica pretensión era adorar al santo por la peana. Me resultaba imposible descifrar semejante dicho. Lo que sí me maliciaba es que muy bien intencionado no era. Un día pregunté a Juliana su significado:

—Juliana ¿tú sabes qué quiere decir adorar el santo por la peana?

—¡Ay, Beatriz, por favor te lo pido! ¿Eh?

—¡Pero si yo sólo te he preguntado una cosa!

—¡Ese es mi temor! En mi vida he conocido a una niña que pregunte tanto como tú. Todo lo tienes que saber. ¡Qué cansina eres!

—Lo que pasa es que no sabes lo que quiere decir...

—Mira, saber sí que lo sé. Lo que no me parece fácil es explicártelo en palabras.

—Pero Juliana... ¡No me lo vas a dibujar!

Yo estaba contenta porque había conseguido picar su amor propio, y ya no le quedaría más remedio que contestarme:

—Bueno, anda, tú ponme un ejemplo con una frase y yo te lo explico.

—Mira, Juli —decía yo—, cuando alguien piensa que otras personas pueden tener amigas porque están «adorando al santo por la peana», ¿qué significa?

—¡Hija, qué cosas tienes! ¿Qué va a significar? Pues quiere decir por interés.

—¿Interés de estar interesado o de ser interesado? Es lo último que necesito que me aclares, Juliana.

—¿Ves como contigo no hay que entrar al trapo? ¡Lo sabía, lo sabía! Quiere decir interés de aprovecharse, del malo. Y no preguntes nada más porque tengo muchas

cosas que hacer. Como dice la señora marquesa, tú eres capaz de levantar un dolor de cabeza a cualquiera... Todo el día preguntando y preguntando... Como un disco rayado.

Desde entonces comencé a mirar fijamente a los ojos de las amigas de mis hermanas. ¿Qué interés podían tener ellas en hacerse pasar por sus amigas sin serlo, qué ocultaban?

Para cuando oí a la catalana preguntar por uno de mis hermanos a Marta, ya estaba al cabo de la calle:

—¿Que es cierto que tu hermano Álvaro dijo que iba a venir a la playa?

—Sí —contestó Marta, riendo—, ya me lo has preguntado dos veces, Katina. Y, con esta, va la tercera. ¿Es que te gusta Álvaro?

Katina nada contestó y el resto de sus amigas, al percibir mi presencia, callaron. Pero yo sabía lo de la peana y el santo. A esas chicas les interesaban mis hermanos y por eso se hacían amigas de Constanza y de Marta. No porque les fueran simpáticas. ¡Pobres hermanas!

Capítulo 8

Ovejas y cumpleaños

Como estaba anunciado por Juliana, acudimos a la fiesta de cumpleaños de Mariví Lezama Leguizamón. Vivían en el palacio mejor de todo el municipio de Guecho, junto al Triángulo, frente al monte Serantes y el puerto del Abra. Su arquitecto había sido Manuel Smith. Mamá dejó encargado a Constanza comprar un buen regalo para Mariví. Mi hermana mayor se acercó a una tienda muy conocida, Razquin, donde nunca se pagaba al contado. La costumbre era que antes de hacer efectivo el pago, la tienda (cualquier tienda de Bilbao, Las Arenas o Neguri) pasaba la factura a casa. Una vez en poder de mi madre, ésta se la enviaba al administrador, que se encargaba de la liquidación de la deuda, excepto que, por casualidad, ella o las hermanas la hubieran ya saldado. Las Arenas y Neguri eran los únicos pueblos en los que, a pesar de vivir en ellos gente con grandes fortunas, se dejaba todo «a la cuenta». Pero cuando digo todo es todo: desde las cosas más elementales como podían ser las verduras, frutas o el pescado de la plaza hasta un bollo de Aberasturi, o las copas que los bebedores contumaces se metían entre pecho y espalda cada mediodía, tarde y noche en Los Tamarises. Igual ocurría en La Galea o el Club Marítimo. La frase, dicha en un tono muy bajo de voz, o insinuada con el gesto de una mano que simulaba hacer un garabato en el aire, consistía en: «Fulano, apúntalo en mi cuenta.»

Esta posibilidad daba, naturalmente, como más tarde comprobé, un margen enorme para vivir del cuento y, además, se consideraba «elegante». Es decir, lo que no concebía la gente es que se saliera de casa con un fajo de billetes, gran ordinariez que sólo hacían los foráneos a quienes en aquel lugar no conocía ni Braulio. Así, había toda una serie de doncellas y cocineras que iban por el pueblo dejando pufos en nombre de sus señoras: «Apunta esto a la nota de la señora marquesa», «apunta esto a la nota de Echevarría». La señora marquesa o la de Echevarría, por supuesto, enviaban a su servicio a saldar sus deudas cuando les venía en gana. Supongo, y no creo errar demasiado, que más de una vez aquellas ganas podían no llegarles nunca, y que las pobres aldeanas de la plaza, el carnicero o el pescadero de turno se habrán quedado sin cobrar la mercancía fiada.

Como mamá no estaba, conseguí ir a la fiesta con valerinas y sin zapatos «mercedes» de charol, los del botón en el lado, los que me hacían polvo el pie derecho. Éramos unos sesenta niños de entre seis y doce años y, como en tantas otras

fiestas que se celebraban durante el verano, los Lezama Leguizamón habían organizado la de Mariví como correspondía a su alto *standing*. Eran una de las fortunas más grandes del País Vasco y, de otro lado, una familia que jamás hacía ostentación de su riqueza. Además de tener a paladas todo lo imaginable para merendar, incluyendo quesos de broma que saltaban del plato, también hubo payasos, carreras de sacos, música de una banda que nos hacía el juego de las sillas y... ¡globos de gas!, que era lo que daba más postín. Para lanzarlos al aire vino un especialista porque los aficionados los estropeaban todos. Y consiguió tirar muchos con unos colores tan bonitos... azul claro con rayas blancas, rosa de color chicle, verde y azul... Esto de los globos resultaba tan espectacular que atraía hasta las puertas de la casa a mucha gente del municipio, que se acercaba hasta allí para contemplar el espectáculo.

Por último, hubo rifa. Había muchísimos regalos. Casi uno para cada niño. Pero no todos eran importantes. A alguien le tocó un plumier o unos libros de aventuras de Guillermo. Ahora bien, nos quedamos paralizados cuando vimos en qué consistían los grandes premios: ¡animales de verdad! Había cuatro o cinco cachorros, tres ovejas, cuatro gatos...

Una cosa parecida habían organizado unos contrapariantes suyos en Madrid, haría unos dos años, los Entrecanales Vicinay, Jesús y Luisita. Él tenía fama de excéntrico y de gustarle mucho los animales, hasta el punto de que además de sortearlos en las fiestas infantiles, tenía un loro maravilloso en su cuarto de baño con el que charlaba habitualmente. Al parecer, un día que estaba de viaje, su mujer, que era una santa despistada, dejó la ventana abierta con la mala fortuna de que el loro se enfrió y murió. El miedo que ella sentía por la reacción de su marido era tan grande que, aterrada, lo llevó a la pajarería inglesa para que lo disecaran y después lo colocó de nuevo dentro de su jaula, en el cuarto de baño. Pasó mucho tiempo hasta que Jesús Entrecanales se dio cuenta que había algún problema con el loro, puesto que le hablaba y no le contestaba. Luisita, por supuesto, siempre se hizo la loca.

Volviendo a la fiesta en Neguri, en casa de Mariví, yo no tuve suerte porque quería un perro, que nunca nos dejaban tener en casa, sólo en el campo. Me tocó una oveja. *Mademoiselle* se empeñó en decir que no nos la llevábamos y ¡cogí un berrinche! Fui a hablar con la madre de mi amiga y, al final, salí de la casa hacia el Muelle con una oveja que llevaba al cuello un lazo rosa. Ese día, el que a mí me habían puesto en el pelo era verde, a juego con las valerinas. ¡Me hubiera encantado coincidir!

Yo notaba que la gente nos miraba, pero me daba lo mismo. *Mademoiselle*, sin embargo, iba muerta de vergüenza. ¡Esta francesa era tonta perdida! De hecho, procuraba ir bastantes metros detrás de mí para que nadie la relacionara conmigo... Ángela tampoco parecía muy espabilada. Con lo que me estaba costando llevar a la oveja hasta casa —a cada momento se paraba y no quería andar o se asustaba y, soltándose de la cinta, empezaba a correr muelle abajo—, cuando parecía que se

tranquilizaba, mi hermana se empeñaba en hablarle al oído y la oveja volvía a asustarse.

El recibimiento en casa fue inaudito, algo que desde mi ingenuidad no esperaba en absoluto. Todo el mundo alborotado, sorprendido, divertido o indignado:

—Pero Beatriz, ¡qué típico de ti esta excentricidad! ¿Cómo es posible que aparezcas en casa con una oveja? ¿De dónde ha salido este animal? —preguntaban mis hermanos muertos de risa.

Y *mademoiselle*, roja aún debido al mal rato que había pasado, decía con una indisimulada crispación que la oveja era un regalo que me habían hecho en el festejo al que habíamos asistido.

Era tan ruidosa la juerga que se traían mis hermanos que desde la cocina fue llegando el servicio para ver qué ocurría, añadiéndose inmediatamente al coro de risas. Yo, mientras tanto, sólo podía pensar con más motivos que nunca que el mundo de los mayores era algo a lo que, por incomprensible, nunca tendría acceso. Tampoco quería tenerlo.

Estábamos todos en el salón dorado cuando, de pronto, apareció la abuela. Habían organizado tal algarabía que no oímos ni los timbrazos del portal que Francisco, su mecánico, solía dar para avisar de su llegada a Fermín. Éste se vio sorprendido cuando la abuela en persona hizo sonar el timbre ya desde el piso.

A Gran por poco le da un vahído. La pobre oveja, que estaba muerta de miedo, corría hacia el vestíbulo y daba brincos como si se hubiera vuelto loca, y balaba sin parar. Casi se había roto la cinta con la que me la habían entregado. Todo el mundo pretendía hablar al tiempo y así era imposible que la abuela se enterara de nada. Exigió silencio absoluto y pidió, sin miramientos, a *mademoiselle* que hiciera el favor de explicarle aquella absurda situación. Todos pensaron que pondría el grito en el cielo y a la oveja en la calle. Pero yo creo que al encontrarse con mi mirada fija y suplicante en ella, se apiadó.

—Pues sí. Lo cierto es que no deja de ser un regalo original. Demasiado original. Pero tampoco veo la necesidad de precipitarnos. Vamos a intentar tenerla en casa. Siempre puede ser un entretenimiento para las pequeñas —dijo, mientras me miraba con complicidad.

Me acerqué y le cogí de la mano en señal de agradecimiento. Naturalmente, no me dejaron dormir con ella en la habitación. Pero antes de acostarnos le dimos leche y miga de pan mojada para que estuviera bien alimentada. Ella dormiría en el planchero.

¡Qué noche! Toda la casa, excepto en las habitaciones principales, sin pegar ojo. Fue como si la oveja hubiera enloquecido totalmente y no paró de dar saltos y patadas contra las paredes. Sus balidos de angustia también fueron interminables.

A primera hora de la mañana, como estaba cantado, Dolores, la doncella de la abuela, me informó de que ésta me quería en su habitación. Entré habiendo ya tirado la toalla y, con mirada compungida, de alguien que se siente culpable, escuché:

—Beatriz, lo hemos intentado, pero no ha sido posible. Según me cuentan, la inmensa mayoría de los habitantes de esta casa ha pasado la noche en blanco por culpa de la oveja. Es eso cierto ¿no, *darling*?

—Sí, Gran. Sí lo es.

—Pues no puede ser. Hay que tomar medidas drásticas.

—Ya lo entiendo, abuela. Es que jamás pensé que una oveja pudiera ser tan ruidosa y tan mala...

—Y no lo será. Supongo que lo que habrá ocurrido es que a lo mejor la trajeron del campo ayer y no es posible pretender que, en tan poco tiempo, pueda acostumbrarse a una nueva forma de vida.

—Ya...

—Además ¿tú has visto alguna vez ovejas en las casas? ¡Es un animal de campo! Y es allí a donde debe volver. Se me había ocurrido que podríamos decir a Ignacia, cuando llegue esta mañana, que se la lleve a su caserío. Allí estará muchísimo mejor. ¿No lo crees?

—Sí, sí, abuelita. Como tú digas.

—Pero además de como yo diga, me gustaría, Beatriz, saber que tú, que eres una niña inteligente, comprendes que es lógico lo que estoy proponiendo.

—Por supuesto que lo comprendo, Gran.

Mi oveja, aún sin nombre, fue trasladada por Ignacia en su carro al caserío. Durante bastante tiempo, ella se encargó de traernos de vez en cuando una fotografía del animal para que viéramos cómo crecía. Hasta que debió darse cuenta que tampoco era un amor inmenso el que yo sentía por aquella oveja. Que, en realidad, en unas horas de enormes problemas y una noche de desesperación general, no había tenido tiempo para guardar de la oveja un imborrable recuerdo. Y menos aún, ningún tipo de amor que me hiciera sufrir demasiado.

Un mediodía, mis padres regresaron de su viaje. Yo todo lo que sabía es que se encontraban en Francia. Pero aquella tarde, mientras Constanza, Alfonso y Álvaro tomaban café con mamá en el salón azul, yo permanecí quieta y callada como una muerta en una esquina de la habitación. No podía, evidentemente, correr el riesgo de esconderme, ya que si me cazaban, me echarían una gran bronca. Por eso, tirada en el suelo, hacía que jugaba con unos cromos para enterarme de más cosas.

Papá y mamá venían por lo visto de pasar unos días en Capri y Montecarlo. Le oí decir a mamá que el príncipe Rainiero era un hombre que cada vez resultaba más atractivo, porque de joven era muy remilgado. Se había casado este mismo año con una actriz norteamericana, Grace Kelly. La familia de ella era muy rica. Según mamá, era más princesa que muchas europeas y, además, tenía mucho *savoir faire*. Constanza le preguntó si realmente era tan guapa como salía en las películas y mamá dijo que era mejor que guapa porque era una mujer importante y que estaba segura que con ella el príncipe había hecho una buena boda, porque se la veía que se movía muy bien en el ambiente de las altas finanzas. Esa señora que mi madre tanto alabó la

conocería yo años más tarde, en 1966, y era realmente excepcional. Grace de Mónaco, para cuando yo la vi, era una de las mujeres más atractivas del momento y portada de las mejores revistas de sociedad, en las que aparecían príncipes, princesas, reyes, reinas y gente de la *Upper class*. De hecho, Mónaco se convertiría en lo que es gracias a ella y a sus amigos americanos que establecieron allí una pequeña corte en torno a su persona.

Mamá también les contó que, estando en Montecarlo, habían asistido a una representación del Gran Ballet del Marqués de Cuevas y que luego tuvieron ocasión de saludarle personalmente. Les decía que era un hombre muy rico y muy interesante que se llamaba George de Piedrablanca. También que su compañía era de una gran calidad y que la ropa del *ballet* era muy vistosa, de mucha categoría, y que los bailarines eran magníficos. Cuando más absorta estaba en la conversación, Ángela hizo su entrada en el salón. Como siempre, se dirigió a mí para preguntarme qué íbamos a sacar, bici, patinete o cromos. Justo entonces, mamá se dio cuenta de que yo estaba allí. Se puso de pie y muy seria nos conminó a abandonar la estancia de inmediato:

—Estamos manteniendo conversaciones que no son para gente menuda —yo odiaba que pudieran llamarme «gente menuda»—, así que hasta la hora de ir con *mademoiselle* a Zugazarte, haced el favor de estar en el cuarto de jugar.

—Pero... pero mamá... —balbuceó la tonta de Ángela.

—Pero nada, Ángela. Obedeced y demostradme que sois unas niñas bien educadas.

Y ya con semejante comentario, salí de aquel salón con un ataque de rabia contenida. Yo podía ser una niña, pero nunca «gente menuda». Además, esas tonterías de «demostrar cosas» me parecían indignantes. Los niños somos niños, pero no tontos. Y no nos debían tratar así, como si fuéramos bebés. En algún momento lo comentaría con Gran. Seguro que ella me comprendería. Y es que a mí, la abuela me trataba, cuando menos, como si fuera un ser normal, medianamente inteligente y comprensivo.

Para colmo, una vez más, mamá no acertó nada con los juguetes que nos trajo: la muñeca más cara del mundo, según nos dijo cuando nos la dio, y también ¡la más fea que yo había visto en mi vida! Igualmente, apareció con una caja enorme, la más grande de la tienda, de juegos reunidos Geyper. Dijo que para no venir cargada todo el viaje, la había comprado al llegar a España porque sabía que nos haría mucha ilusión. Mamá tenía una memoria muy flaca o le importábamos un comino, no sé qué era peor, porque ya llevábamos tres cajas en los dos últimos años, la penúltima en Navidad. A mí me agobiaba pensar en la cantidad de juegos allí metidos. Me haría vieja sin llegar a jugar con todos ellos. Supongo que pensaría que con una cosa así, estaríamos quietecitas, como unas tontas, toda la tarde en el cuarto de jugar sin meter ruido y sin dar la lata. Pero ¡si todos ellos eran juegos incomprensibles! A Ángela, sin embargo, no le parecía mal y decía que así, cuando se nos perdiera alguna ficha,

podíamos usar otra caja. La verdad es que Ángela me sacaba de quicio con su conformismo y su tono impertinente cuando a mí se me ocurría decir que no entendía cómo se jugaba a algo. Ella, preguntaba muy sabihonda:

—Y ¿para qué crees que están las instrucciones?

Y así, yo quedaba de tonta de capirote y ella como muy inteligente. Y es que, entonces, no podía expresarme de verdad y decirle lo que debería haber dicho. ¿Quién era el guapo que para jugar a algo iba a leerse antes un libro de 300 páginas? ¡Si parecía uno de esos de derecho romano que estudiaba Alfonso en un año e, incluso, a veces, en dos! Y, para colmo, ¡qué lenguaje! Era imposible entender nada de lo que decían las reglas del juego. Todavía, a día de hoy, no conozco a nadie que haya confesado ser capaz de entender aquel libracó...

Sin embargo, lo que más me molestaba de todo esto no eran los juegos repetidos ni la actitud de Ángela. Es que yo sentía que no le importaba a mamá, que cumplía conmigo metiéndome en el mismo saco que a mi hermana pequeña. Y éramos ya tan diferentes...

Capítulo 9

Mis padres, Connie y Patricio

Desde luego, nuestros padres no coincidían para nada en gustos. Esto resultaba evidente en cualquier ocasión. Por ejemplo, en algo tan simple como ir en barco. El nuestro, *El Talape*, tenía su punto de atraque en el embarcadero del Muelle de Las Arenas. Papá decía siempre que era de mamá porque se lo había regalado a ella por algún aniversario de boda. A mamá le encantaba salir en barco y, sobre todo, ir a pescar. A papá no le gustaba nada ni el barco ni cualquier otra actividad relacionada con el mismo. Cuando accedía a ir, era siempre de mala gana. Iba rodeado de amigos o, si no, de novelas policíacas, su única lectura. Cuando encontraban un banco de peces, mi madre enloquecía de contenta con Ramonchu, el marinero, y le mandaba echar el ancla y tirar, inmediatamente, el aparejo.

Mamá se obstinaba en compartir con papá la emoción de la pesca del jibión. Indicaba al marinero que preparara un aparejo para mi padre, cuya presencia era de por sí una nota pintoresca. En lugar de vestirse de *sport* para ir a navegar, se vestía igual que si hubiera ido al Real Club de Tenis Jolaseta a tomar el aperitivo con alguna visita de trabajo: camisa cruda de seda natural, pantalón gris de alpaca y chaqueta *beige* de verano. Por supuesto, calcetines de hilo y zapatos ingleses, como casi siempre de la casa Church y un sombrero de jipi-japa que cada año renovaba en los establecimientos Selfridges, de Londres. La última vez que lo vi de esta guisa sostenía con una mano el aparejo que literalmente mamá le había obligado a mantener y, con la otra, una novela de Agatha Christie en inglés, mientras permanecía imperturbable y ensimismado en su lectura. Para mí que los jibiones picaban sin parar, mas a él le daba pereza comentar que lo hacían porque lo que quería era seguir leyendo su novela. Pero cuando ya este hecho era, a todas luces, imposible de ocultar, cuando prácticamente su fuerte corpulencia se ladeaba, miraba en derredor suyo y, cuando localizaba al marinero, tendiéndole el aparejo le decía:

—Ramón, cuando pueda, mire aquí. Creo que tengo algún bicho en el anzuelo.

—¡Ahí va! —se le escapaba al marinero—, el señor marqués tiene aquí dos jibiones enredados y, de a poco, ni se entera...

Nosotras no embarcábamos con frecuencia, pues éramos los últimos monos y siempre había alguien más importante que se apuntaba corriendo: los amigos de mis padres o mis propios hermanos. Además, a mamá le daba terror que, una vez

embarcados, pudiéramos marearnos y hubiera que volver a tierra firme. Eso supondría perder la tarde entera. En una ocasión pasó con Ignacio y mi madre, por no regresar, ordenó a Ramonchu volver pero sólo hasta el faro de Punta Galea donde, después de haber dado a mi hermano dinero para que tomara el tren hasta Las Arenas, volvieron todos a hacerse a la mar sin conceder a este asunto un segundo pensamiento. Y no sólo eso, según decía Ignacio, además se ganó una gran bronca de mamá:

—¿Cómo puede un chico joven y vasco marearse en una embarcación? ¡Eres más cursi que el agua de limón!

Papá me dio siempre una pena enorme. Creo que era muy bueno y, por supuesto, muy cariñoso. Se trataba de un hombre al que le gustaba agradar y sabía crear un buen ambiente para que lo disfrutara todo aquel que estaba a su lado. Era risueño y su educación, también victoriana sin duda de ninguna clase, no había conseguido encorsetar sus manifestaciones de cariño o sus sentimientos tanto como en otras personas.

Mamá era una mujer mucho más marcada por su educación. También mucho más dura (como mujer) que él como hombre. A mí, desde que fui muy pequeña, me pareció que era ella quien ejercía una enorme influencia sobre él. Como si lo amedrentara con sus juicios despiadados y su falta de sensibilidad para explicitarlos, cosa que hacía en público sin ningún pudor. Seguramente, si no hubieran sido mis padres sino cualquier otra pareja, habría pensado que era mucha Connie para tan poco Patricio. Pero esto nunca fui capaz de ponerlo en palabras.

Lo que sí creo es que, al ser mamá tan guapa y tener un carácter tan fuerte, mi padre dependía mucho de ella. Sí, pienso que era demasiado dependiente en su relación. Y mi madre lo sabía y se aprovechaba de ello. No se parecía en nada a tantas madres de mis amigas. Nunca la vi actuar de una manera sumisa como lo hacían muchas mujeres de entonces. ¡Qué va! En mi opinión era más inteligente que papá o, al menos, más rápida. Y él temía su verbo ágil y mordaz. Tal vez se trataba de alguien a quien siempre le habían reído las gracias. Y es que, cuando estaba de buenas, podía llegar a ser enormemente ocurrente, divertida y vital. Me parece que era esto lo que mi padre admiraba y, a la vez, temía de ella. Él se sabía menos brillante y este hecho le creaba una especie de complejo familiar y, también, social.

Ahora, en este momento de recapitulación, pienso que mi padre era una persona más auténtica o, ¿cómo lo diría?, con menos recursos para fingir aquello que no sentía. Era un hombre introvertido, lleno de ternura y sin malicia. Alguien que enseñaba sus cartas sin siquiera haber empezado la partida. Y, claro está, por lo mismo, vulnerable e, incluso, perdedor.

En muchas ocasiones podía oír a mamá ponerlo contra las cuerdas sin recato alguno. Escuché, en su momento, reprocharle cosas muy fuertes, como que era un débil que se dejaba manejar por cualquiera y, sobre todo, por su madre; que su conversación se limitaba a las cosas del campo y sus problemas, y otras lindezas

similares. Cuando mi padre le inquiría si tenía alguna queja de la vida que le ofrecía gracias al campo, ella respondía:

—No es eso, Patricio. No va por ahí mi queja. Sé muy bien que contáis con una enorme fortuna. Conozco muy bien todos los campos de vuestra propiedad. Pero no sólo de campo vive el hombre...

—Bueno, en nuestra educación... —trataba de justificarse él sin ninguna convicción.

Pero ella no le dejaba ni acabar la frase:

—Mira, Patricio, te recuerdo que vemos continuamente a hombres de tu generación, educados como tú o mejor. Y lo que no hacen es estar todo el día mirando al cielo. Aunque le vaya a uno la vida en ello, es de una pésima educación hablar del tiempo como haces tú, constantemente.

—Connie, no seas injusta ni exagerada. Una cosa es que esté interesado en saber del clima cada día, que les haga telefonar a diario a mis capataces... Y otra, bien distinta...

—Pero Patricio, si eres monotemático. Yo, a veces, me pregunto de qué hablarás con las mujeres con las que bailas o con las que tienes a tu lado en una cena. Eres un hombre bueno, pero te falta *esprit*.

Afortunadamente, había un momento en que mi padre, herido en su amor propio, sacaba un genio que en mi opinión debería haber sacado con más frecuencia:

—Connie, creo que te estás sobrepasando y no estoy dispuesto a seguir esta conversación.

Aquel tono firme de mi padre era lo único que hacía callar a mi madre. Sabía que si seguía atacándole, él le echaría en cara sus propias contradicciones, ya que si por un lado le acusaba de ser «un hombre de campo», sin iniciativas, por otro le criticaba cuando mi padre había querido realizar alguna operación mercantil importante. Entonces le llamaba «comerciante» o le comparaba con los nuevos burgueses, esa nueva aristocracia del dinero que, curiosamente, a ella le epataba y, sin embargo, a mi padre le reprochaba.

Así de sangrante y de dura podía ser mi madre en sus críticas. Desde muy pequeña tuve la mala suerte de escuchar este tipo de comentario tan despectivo por su parte. También desde entonces tuve la impresión de que su actitud se asemejaba a un despecho, como si tratara de ocultar algo. Era una especie de provocación gratuita y cruel para que papá abriera sus ojos ante una realidad a la que era ajeno. Podía decirse que, en cierto modo, le echaba en cara su confianza ciega en ella. O, al menos, que diera esa sensación de cara a la galería. Yo, por supuesto, no era capaz de explicarme esta extraña relación entre mis progenitores.

Capítulo 10

El final del verano

El verano seguía su curso pero ya se palpaba en el ambiente esa melancolía que, inevitablemente, nos acecha cuando se acerca el final. Yo veía que tanto papá y mamá como los hermanos salían más y más por las noches. Daba la impresión de que lo verdaderamente importante era divertirse. Parecía que la gente trataba de condensar más cenas, bailes y galas en el menor tiempo posible para alargar un verano que nunca más volvería a nuestras vidas.

A los niños —no a «la gente menuda»— nos faltaban unas cuantas cosas para cumplimentar las ilusiones, poco ambiciosas, que hacían de unos meses evanescentes, una *saison* en toda forma. Aquella que, durante todo el largo invierno, recordaríamos. Nuestra ambición de verano era tan simple pero tan grande como ir a las barracas de las ferias que se celebraban en Neguri por san Ignacio y a las fiestas patronales de Las Mercedes en Las Arenas. Únicamente nos quedaba por celebrar esta última festividad, que era el 24 de septiembre, con la que se daba por concluido el largo estío.

Como casi siempre, en lo concerniente a nuestros planes especiales, el ir a las barracas nos producía tanto anhelo como luego frustración. En idea se trataba de un proyecto absolutamente extraordinario. De hecho, nosotras y los primos Zulueta, con los que siempre compartíamos esta experiencia, pasábamos días enteros hablando de ello. Llegado el momento de la realidad, creo que casi todos nosotros podíamos haber declarado que resultaba mejor pensado que vivido. Aunque creo que los demás no se planteaban estas cosas. Comían varios helados o algodón de azúcar y dejaban escapar la tarde.

Francisco o Jesús eran los encargados de llevarnos en el coche hasta las barracas, acompañados inevitablemente por nuestras respectivas *mademoiselles*. Pero casi todas las atracciones tenían algún tipo de cortapisa: a las sillas con cadenas que llevaban los tiovivos no nos dejaban subir por principio. Para ilustrar y dejar clara la prohibición, mamá ya se había encargado de contarnos dos o tres historias truculentas de personas que habían muerto desnucadas y enredadas previamente con la silla de delante... ¡Algo que te producía un miedo atroz! Por supuesto, debíamos tener muy en cuenta el peligro que entrañaban los autos de choque. No teníamos más que acordarnos del golpe que se dio nuestra prima María Zulueta el verano pasado, que se

partió el labio y acabó siendo asistida en la Casa de Socorro. En la chocolatera, lo normal era marearse sin parar y, además, se trataba de la típica atracción como de pueblo, para paletos, sin el menor interés. Porque, claro, subirse ahí para que alguien girase fuerte el volante y llegar a vomitar y sentirse fatal toda la tarde... ¡Al demonio se le ocurre! El tren del infierno era un asco donde no debíamos entrar bajo ningún concepto. Y es que unos tipos, disfrazados de payasos, se metían allí dentro —¡Dios sabe hasta qué punto podía estar sucio porque olía a pipí!— y se encargaban de propinarnos unos escobazos en la cabeza. Sin duda, con una escoba sucia que convertiría en obligatorio no sólo el bañarnos como cada noche, sino también lavarnos la cabeza por segunda vez en el día —ya lo hacíamos al volver de la playa— a lo que tendríamos que dedicar mucho tiempo porque como a mamá le gustaba el pelo largo, llevábamos el cabello por la cintura y el secarlo era una labor de horas... En fin, si no te gustaba la rifa o el tiro al blanco, como era mi caso, no quedaban muchas posibilidades para divertirse.

Había una atracción a la que, al menos en nombre del terror, nadie mencionaba expresamente: una barquilla denominada «balansé» que yo intuía altamente peligrosa pero a la que, no obstante, me subía una y otra vez. Incluso siendo consciente de que era una burrada, ya que la velocidad e inclinación que llegaba a alcanzar aquella especie de barcaza hecha con madera de ínfima calidad era impresionante. Además, la parte de atrás de los asientos era tan baja que la ley de la gravedad hacía que te levantarás por los aires sin apenas tener dónde agarrarte. Lo cierto es que el peligro era máximo por lo que creo que ya, desde pequeña, me gustó vivir a fondo y, sobre todo, intuí que no deberían ponerme en trance de transgredir porque era una transgresora nata.

No puedo recordar aquellas tardes de pequeña e inmensa gloria sin incluir en ellas a Johnny Prado. Guapo, rubio y solo, subido en aquel «balansé», desafiando ambos el peligro de una manera un tanto suicida. Más tarde, siendo oficialmente adultos, pude saber que Johnny seguía obstinado en jugarse el tipo, pero ya en situaciones más complicadas. Según me contaron, cuando los obreros —casi todos maqueros, claro— que trabajaban por dos duros en las importantes empresas de su padre, se empezaron a plantear la mera posibilidad de reclamar algunos de sus derechos que, únicamente como seres humanos, les correspondían, la dirección les plantó cara. Ante la posibilidad de convocar una huelga, en medio de la crispación, Johnny apareció por los talleres, como siempre impecablemente vestido, y vociferando, con cara de asco y acento inglés, no en balde su madre (una Earle) era de ascendencia inglesa, les increpó:

—¡Hijos de puta! Estaréis contentos de crearnos problemas. Mi padre no se ha podido ir a cazar a Kenia como pensaba por vuestra culpa. Pero el que ríe el último, ríe mejor.

Ante esta frase amenazadora los obreros quedaron total y absolutamente desconcertados. Su hermano Javier, gerente por entonces de la empresa, rojo como un

tomate, tuvo que echar a empujones a Johnny de la fábrica. De seguir con su discurso, podrían haber acabado golpeados todos y cada uno de los miembros de su familia. ¡Si conocería él cómo estaban los ánimos, que ya le habían reventado un par de ruedas del coche!

Había un último entretenimiento de final de verano: el Circo Atlas. También se trataba de esos planes que eran mucho mejor pensados que vividos. Todos los años íbamos con los Zulueta. Y, visto con un mínimo de perspectiva, se podía decir que íbamos a sufrir, en plan morboso, sólo que sin saberlo. Pasábamos una tarde toledana. Ángela y yo éramos más discretas en nuestras manifestaciones, pero mis primos no paraban de llorar. Y es que nos daba miedo todo: las fieras —¡que hay que ver cómo olían, y sobre todo, cómo rugían!—; los payasos, los famosos hermanos Tonetti, que no sólo no nos hacían ni sonreír sino que, a base de sus bofetadas sonoras, los ruidos de sus zapatos y algún cohete que solían tirar, nos producían pánico, sobre todo el más listo, el que iba vestido como de macho-hembra o de merengue con la cara toda blanca; ¡y para qué hablar de los trapeceistas! ¡Qué enorme vértigo sufríamos tapándonos la cara con las manos para no verlos mientras la orquestina insistía en tocar la terrible musiquilla que anunciaba el salto mortal y el presentador lo comunicaba por una deficiente megafonía!

Pero lo peor de todo era que ocupábamos la primera fila, la más cara, porque como en casa el ir al circo era un extra muy cacareado, llegado el momento, siempre nos sacaban las mejores entradas. Después de alardear ante nuestros amigos en la playa o en Zugazarte, el circo se volvía en nuestra contra como una maldición. ¿Quién nos habría mandado ir allí a contemplar todo aquel horror y encima como espectadores de primera fila?

Aquella tarde, en el circo no pasó, afortunadamente, nada fuera de lo habitual. Sin embargo, dos años más tarde hay en nuestra existencia una tarde por la que, tanto los Zulueta como nosotros, quedamos marcados para siempre. Actuaba la célebre trapeceista Pinito del Oro, a quien nosotros llamábamos «del Loro», y que el personal de servicio decía que era muy provocadora porque llevaba un maillot que mostraba las nalgas. —A Juliana, sobre todo, le parecía muy mal que nos llevasen a ver a esa señora porque «enseñaba demasiado»—.

Ya habíamos vivido el mal rato de las fieras, los payasos y todo tipo de actuación electrizante, con lo cual teníamos todos los nervios de punta. Como es lógico, el plato fuerte, la actuación de Pinito, quedaba para el final. Comenzó a balancearse de cuerda a cuerda, de barra a barra, como si se creyera un ángel con alas. Ya la habíamos visto en Madrid, en el Circo Price varias veces y, de ahí que, con más fuerza que nunca, nos tapáramos los ojos con las manos. Por supuesto, anunciaron el triple e, incluso, el cuádruple salto mortal... La orquestina tocaba la música terrible que era como si llamara a lo peor... Cuando nadie se lo esperaba, sucedió la tragedia. Pinito cayó como un saco sobre la pista. La lógica actitud del público fue de tal alarma y el golpetazo de la artista de tal envergadura que, de poco, los que morimos fuimos los

espectadores. Lo cierto es que nos pusimos, literalmente, enfermos y llegamos a casa a punto de darnos un colapso. Desde entonces, ninguno de nosotros volvió al circo. Oí a Juliana decir a la doncella de mamá que eso había sido «un castigo de Dios» y me quedé bastante preocupada con Dios y su forma de castigar.

Capítulo 11

Mi primera confesión

Todavía quedaba otra cosa muy importante programada para antes de que finalizara aquel verano: mi Primera Comuni3n. Se haba3a planteado por decisi3n de mam3a una vez que yo haba3a insistido en ello. Entonces era impensable llevarla a cabo con otros ni3os. Mam3a no tuvo m3as que hablar con la superiora de las Madres Esclavas para que ellas, a su vez, lo hicieran con el coadjutor y fijar la fecha que a mis padres les viniera mejor. S3lo exig3an una cosa: el d3a anterior deb3a pasarlo «en retiro» desde primera hora de la ma3ana hasta la noche.

—Pero mam3a, ¿qu3 significa «en retiro»? —pregunt3 inquieta.

—Pues hija m3a, no s3 exactamente a lo que las monjas se refieren. ¡T3, tranquila! Ser3 algo normal.

Y all3, en el convento de las Esclavas, de la mano de Juliana y no de *mademoiselle*, por fortuna, qued3 a pasar el d3a bajo el cuidado de la madre Chavarri, que era hermana de Gabriel, marqu3 de Triano, una persona con la que llegu3 a mantener conversaciones de gran calado dada su extraordinaria perspicacia. La verdad es que no entend3 mucho lo del retiro. Pas3 el d3a en el enorme jard3n, excepto a la hora de almorzar, que me llevaron a un lugar que las madres llamaban refectorio y que, en realidad, era un comedor tan siniestro como los pasillos, los despachos, incluso los c3nticos que llegaban de la capilla...

La madre Chavarri me dijo, cuando llegu3, que fuera haciendo examen de conciencia que, por la tarde, vendr3a don Julito (personaje inefable de Guecho) para confesarme por primera vez.

—Madre —tuve que decir llena de vergüenza—, no s3 muy bien qu3 es examen de conciencia. Es que eso no lo he estudiado con *mademoiselle*.

—Pues consiste, hija m3a, en ir pensando en todos los pecados de tu vida para poder, luego, decirlos uno por uno a don Julito. S3lo as3 y, por supuesto, con los otros requerimientos necesarios para la confesi3n, se te perdonar3n los pecados.

—Los otros... —yo cada vez estaba m3 despistada.

—S3. Ya sabes: dolor de coraz3n, prop3sito de la enmienda, decir los pecados al confesor y cumplir la penitencia. De todos ellos, el primero es el examen de conciencia.

—Ya entiendo, madre.

No entendía nada, pues sólo muy por encima, me habían hecho leer el Catecismo el invierno anterior. Deduje que mi madre era una inconsciente y una frívola. ¿Y si no estaba aún preparada para hacer la Primera Comunión? Y esta posibilidad, sabiendo, además, que acababa de mentir a la madre Chavarri, me puso nerviosísima. Por cierto, ¿había dicho don Julito? ¡Qué horror! Pero si yo había comentado un día, cuando tenía como cinco años, que don Julito era un idiota y un imbécil. Y es que Dolores, la doncella de mamá, me llevó a misa porque me empeñé en acompañarla y duró casi tres horas... Y ¿cómo le iba a decir eso al sacerdote? ¡Tampoco lo podía omitir! ¡Era imposible hacer la Primera Comunión de aquel modo!

No sabía muy bien qué hacer. Mi panorama era más que inquietante. Tal vez por estar sobrepasada, trataba de desconectar en la soledad de aquel jardín y me empeñaba en pensar en los regalos. Desde siempre quise ser frívola, pero nunca lo conseguí, no me resultaba fácil. Traté de mantener el ánimo pensando en el reloj que me habían comprado mis padres, en el crucifijo de oro que me regalaba la abuela, en la merendola de la tarde a la que asistirían tantos niños, amigos míos. Pero nada me hacía olvidar la que se me venía encima. Las horas pasaron lentas hasta el momento en el que la madre Chavarri me anunció solemnemente que don Julito, el idiota y pesado don Julito, había llegado y que me esperaba en la capilla.

Y, de pronto, me encontré a mí misma, confesando:

—Ave María Purísima —era lo único que tenía claro que debía decir.

—Sin pecado concebida —contestó, amable, el sacerdote—. Y dime, Beatriz, ya que vas a proceder a tu primera confesión, ¿cuáles son las cosillas que tienes que decirme?

—Pues... que he dicho alguna mentira.

—Eso no está bien, Beatriz. Hay que ir siempre con la verdad por delante. Pero tampoco es grave. ¿Y qué más cosas tienes que decirme, hija?

—Pues que algunas veces he pegado a mi hermana Ángela. También que he sido desobediente, que tengo manía a *mademoiselle* y... y...

—¿Y qué más? Piensa bien en cualquier otro pecadillo que no tengo prisa.

—Pues don Julito —solté de golpe, arriesgándome a todo—, un día dije que era usted un idiota y un imbécil.

—¿Yo? ¿Por qué razón?

—Porque tardaba muchísimo en decir la misa, padre.

—Mira, hija, si yo fuera eso, no sería coadjutor de este hermoso colegio...

Creo que su reacción fue una forma como otra cualquiera de tirar balones fuera. Pero era evidente que mi confesión no le había agradado en absoluto. Yo lo comprendía humanamente hablando. Ahora, para ser sacerdote y perseguir por todos los medios la humildad... ¿Por qué le parecía mucho peor que le hubiese insultado que el que le pegara a la pobre Ángela?

Llegué a casa exhausta después de la tensión acumulada durante aquella jornada. Todo el mundo hablaba del día siguiente. A mí ya no me interesaba nada. He llegado

a pensar después que tal vez aquella apatía podría haber sido interpretada como la primera depresión de mi vida. Todo me era indiferente, estaba agobiada por cosas a las que no era capaz de poner nombre, y no porque no lo tuvieran sino porque se trataba de cosas del alma o, tal vez, de la mente...

—Bea, ¿los chicos Candarías vienen mañana a tu festejo? —me preguntó Constanza.

—No lo sé. Es que me están llamando para bañarme y tengo que irme pronto a la cama...

—¡Qué formal, de pronto! Debe de ser porque *ya* mañana te convertirás, por fin, en una niña buena...

«¡Qué pesada —pensé—, siempre ocupándose de cosas sin importancia! Y, en cambio, yo mañana voy a hacer la Primera Comuni3n sin saberme el Catecismo. ¡Eso sí que debe de ser grave! ¡Gravísimo!»

Capítulo 12

Angustiosa Primera Comuni3n

Al contrario que muchas personas, yo no guardo ning3n buen recuerdo de mi infancia. Ahora, nada como aquel d3a de primeros de septiembre de 1956. La ceremonia tuvo lugar en la capilla de las Esclavas. ¡Qu3 horror cuando vi aparecer a don Julito! Lo peor es que me encontr3 como en una encerrona. Y es que me hab3an dicho hasta la saciedad que no pod3a desayunar nada. Si esto ocurr3a, la ceremonia no se podr3a llevar a cabo. Tan obsesionada estaba con no cometer un error que, al salir de casa, comenc3 a pensar que, antes de abandonar la cama, sin darme cuenta y, seguramente provocado por los nervios, me hab3a metido un trocito de manta en la boca y jurar3a que hab3a tragado algunos pelillos de lana. Adem3s, nadie me hab3a avisado de qu3 hacer en el caso de cepillarme los dientes y, justo despu3s de meterme la pasta en la boca, pens3 que era 3sta otra raz3n por la que iba a comulgar en pecado mortal. ¡Qu3 angustia! ¿Y si luego mor3a por cualquier accidente de bicicleta o goitibera sin siquiera haberme dado tiempo a confesarme de nuevo?

Se me ocurri3 la posibilidad de explicarle estas cosas a mam3. Pero no me daba confianza. No me atrev3. Tampoco a Constanza, ni a Marta, pues ellas se lo contar3an de inmediato y, seguramente, acabar3an todas creyendo que me hab3a chiflado y, para quitarse problemas, me har3an hablar otra vez con don Julito. Claro, como ellas no sab3an lo que hab3a tenido que confesar sobre su persona...

Pap3 y mam3 estaban conmigo. Uno a cada lado y en sendos reclinatorios de terciopelo rojo, como el m3o. La abuela, en un puesto de honor, estaba delante del resto de los hermanos, t3os, primos y personas del servicio. Afortunadamente, la ceremonia fue corta porque tambi3n lo fue la homil3a. Yo not3 que don Julito no estaba lo que se dice estimulado para hablar demasiado. Parec3a, por el contrario, como si quisiera acabar cuanto antes. Una vez que recib3 la Sagrada Forma, me qued3 all3, en el reclinatorio, sin poder pensar. Una luz ya otoñal entraba por las vidrieras de colorines con im3genes de santos y 3ngeles. Mi vista alcanzaba a ver a mis hermanos Ignacio, Constanza y 3lvaro, y tambi3n a *mademoiselle*, a quien le deseaba la muerte. Tal vez esto lo tendr3a que haber dicho en la confesi3n del d3a anterior. Me hallaba completamente abstra3da en estos pensamientos cuando mam3 me dijo al o3do en un tono de voz que seguro que ella consideraba discreto, pero f3cil de escuchar por cualquiera:

—Beatriz, pide sin falta, ahora que estás dando gracias a Dios, por unos asuntos de papá.

—¿Que pida por qué?

Yo no volvía en mí. O, mejor, no podía creer lo que oía.

—Por unos asuntos que tiene papá muy importantes entre manos —volvió a creer que susurraba, pero de eso nada.

Esta salida de mamá me pareció, como tantas otras veces, de lo más improcedente. ¡Al demonio se le ocurre, sin dejarme respirar, indicarme por quién tenía que pedir y, sobre todo, por qué! Acabó, es cierto, la frase añadiendo:

—Y pide por todos nosotros, por toda la familia.

Pero ¿quién era ella para dirigir mi supuesto contacto con el Señor? Además, con el trabajo que me estaba costando comunicar con la divinidad pensando que estaba en pecado mortal... ¡Como para acordarme de otros! ¿Y si la Sagrada Forma se ponía a sangrar allí mismo, delante de todos, acusándome de mi pecado, haber comulgado después de haber comido un poco de manta y algo de pasta dentífrica?

Para colmo, con su petición, me metía nuevos escrúpulos, ya que ¡con lo que yo quería a papá! Sólo faltaba que me sintiera culpable de un problema suyo importante por el que tenía que pedir yo aquel fatídico día. No, en el cielo no me escucharían. De ningún modo era el momento para que me confiaran un problema importante, de esos que hay que esperar solucionar contra toda esperanza. Yo, comulgando en pecado mortal, ¿cómo podría resolver nada? ¡Si conseguía no irme al infierno antes de la próxima confesión sería más que suficiente!

Por la tarde, nuestro inmenso piso del Muelle se llenó de gente. No estaban únicamente los muchos niños a los que mamá, formalmente, había invitado sino que también se encontraban en él sus *misses*, sus *mademoiselles*, sus señoritas de compañía... Incluso vi a dos o tres años que habían venido a traer a alguno de ellos porque habría sido el día libre de su cuidadora.

Las años solían ser unas personas maravillosas que querían realmente a los niños. Casi todas me recordaban a Ignacia, la lechera, por el amor a los miembros de la familia donde trabajaban y, seguramente, por su acento vasco que, de tan cerrado, a veces no había manera de entender nada de lo que decían. Además, como para expresarse, cambiaban de lugar los verbos, los adverbios y hasta los artículos, lo cierto es que parecía que hablaban como los indios. Yo me sabía casi todos sus nombres porque me di cuenta que, si en lugar de llamarlas solo «aña» les decías «aña Jesusa» o «aña Karmele» o «aña Julia», te querían más y, en cuanto se daban cuenta de que sabías sus nombres de pila, inevitablemente acababan diciendo que «la cría esa de Villachica bien maja es, oyes. Simpatía a raudales ya tiene. No se perderá esa chavala, no. No hay más que verla». Y como en su conjunto, me parecían mujeres de una enorme sabiduría, me tranquilizaba que se refirieran a mí de manera tan halagadora. Sobre todo porque yo sabía que ellas no mentían. Decían todo aquello que se les pasaba por la cabeza. Y eran incapaces de decir una cosa por otra tanto a

una niña, a una semejante, a la señora marquesa o al lucero del alba. Esa sinceridad siempre fue algo que valoré mucho en ellas. Además, estaban tan guapas con sus uniformes de tarde, con sus delantales, con su moño en lo alto de la cabeza y con aquellos pendientes que parecían picotas. No cerezas, sino picotas...

Ángela y yo estrenamos unos preciosos trajes que, por indicación de la abuela, no llevaban ningún tipo de abertura. Bueno, también estrenamos unos pantalones de perlé con lazos que eran, la verdad, horrorosos y que, sobre todo, irritaban nuestros muslos al rozarlos. Las enaguas eran muy tiesas, muy almidonadas con puntillas de encaje y los zapatos, unos «mercedes» de charol con lazada de grogren, como de paje. Para no variar, eran lo más parecido al infierno o, al menos al purgatorio, por el daño que hacían. Como siempre me pareció que el calzado se reflejaba en la expresión de la cara de las personas, con zapatos «mercedes» no se podía tener más que cara de alma en pena. Tan concienciada estaba yo ese día que todos los ejemplos que se me ocurrían tenían que ver con el temor divino: el purgatorio, el infierno, el alma en pena...

Los regalos fueron múltiples y variados. Además de los puramente religiosos como la cruz de oro macizo de la abuela, rosarios de palosanto, un rosario de plata que decían había sido bendecido por su santidad el papa, un escapulario con cadena de oro (por un lado el Sagrado Corazón de Jesús y, de otro, la Virgen del Carmen), misal, benditeras para tener agua bendita, aunque una se daba cuenta inmediatamente que no había espacio ni para guardar dos gotas de agua... Debo reconocer que todo esto me hizo ilusión, pero no mucha. Lo que verdaderamente me llenó de alegría fue la bicicleta negra marca Orbea que papá y mamá habían encargado a la fábrica, en Eibar. Tenía guardabarros plateados y mis iniciales, B. V., pintadas en blanco en la barra de abajo, porque era de chica, claro. ¡Qué chulada! También me encantaron unos patines con unos frenos de primera en las punteras y un patiné francés, de color azul y con ruedas gordas ¡magnífico! Tuve otros muchos regalos: un libro con las aventuras de Guillermo Brown, un juego de pluma y bolígrafo Parker, un reloj —al fin algo para controlar el tiempo, para hacerlo mío con el inconsciente afán de dominarlo en el futuro—, un coche inglés de muñecos, exactamente igual a aquellos que habíamos tenido todos en casa de pequeños y de la misma marca Silver Cross, que me pareció, a decir verdad, una ridiculez. Para colmo, dentro de él se encontraba una Mariquita Pérez. Oí que Alfonso comentaba a Álvaro:

—¿Quién habrá regalado este adefesio a la pobre Bea?

—El regalo habrá costado tela marinera, pero un coche de muñecos con Mariquita dentro es, sencillamente, una mariconada —añadió Álvaro, para terminar de corroborar mi apreciación sobre el regalito en cuestión.

Los trajes de mis invitados eran, al parecer, elegantísimos. Al día siguiente escuché una conversación entre mi madre y mis hermanas mayores: hubo mucha vainica ciega, lorzás, seda, hilo salvaje, punto de cruz, nido de abeja, enaguas, vestidos con talle bajo que, al parecer, aquel verano se habían puesto de moda

también para las niñas, pero que a ellas no les gustaban... Como siempre que algo no les gustaba, lo encontraban «impropio» o de «señorita hecha a todo correr.» Bueno, era de «señorita hecha deprisa», lo que pasa es que yo no me acordaba nunca de cómo se decía.

Tuve una pena grande porque al vivir en un piso y no en un chalé, no pudimos tirar globos de gas, que era algo por lo que yo siempre quedaba enajenada. Cuando di cuenta a mamá de aquella pena al comenzar a organizar mi festejo —tampoco fue tanto tiempo, pues se preparó todo en un «pis-pas»—, ésta comentó la posibilidad de hacer la Primera Comuni3n al regresar a Madrid. Si me esperaba, podr3a tener lugar en el campo durante el otoño. La finca de Guadalajara era muy grande «y allí —decía mi madre— el festejo podr3a resultar estupendo, con globos franceses que tienen colores más bonitos». Lo único es que nos arriesgábamos a que no hiciera buen tiempo. Vamos que, inmediatamente, percibí su prisa por sacarse aquel asunto de encima. Yo, francamente, no iba a empeñarme en nada que pudiera impacientarla. Renuncié a los globos franceses y me liberé de lo que para todos no era más que un trámite y para mí, una pesadilla.

Aquella noche, después de un buen baño caliente que me procuró Juliana, seguía excitadísima. Supongo que debía de ser un jueves, ya que, al acostarme, oí la música que llegaba desde el otro lado del puente colgante, desde Portugalete y, gracias al viento, se oía en nuestra habitación, como si los músicos estuvieran en la terraza:

«Acuérdate de Acapulco, de aquellas noches... María bonita, María del alma...»

Capítulo 13

Miss Snowdon

A principios de octubre, papá y mamá decidieron regresar a Madrid. Los chicos se habían ido hacía tiempo y ya no quedaban apenas veraneantes en Las Arenas. Mis padres, antes de regresar, habían pasado, como cada año, unos días en Biarritz, donde se encontraban con muchos amigos, tanto españoles como extranjeros. Alojados en el Hôtel du Palais, hacían una vida muy tranquila, como jugar a golf, a tenis y, a media tarde, una gran partida de *bridge*. Esto es lo que nos contaban ellos, pero a mí, por lo que escuchaba en sus conversaciones, me daba la impresión de que también tenían cenas y bailes muy *collet monté*, que es como decir muy elegantes, muy tralará. Por descontado, acudían cada noche al afamado casino de Bellevue. Pero de esto procuraban no hablar. Lo que pasa es que casi siempre se les acababa escapando un pequeño comentario.

La abuela, por su parte, durante la estancia de mis padres en Biarritz, se iba al balneario de Cestona, donde todos los años se reunía con unas amigas. La mitad del servicio, más o menos, estaba en Madrid con los chicos y empleándose a fondo para tener la casa lista a nuestra llegada. Yo notaba que mis hermanas aprovechaban para salir, a su vez, mucho más que cuando se encontraban papá y mamá en casa. También sus planes eran diferentes a los de pleno verano. Hacían excursiones en grupo, iban a pescar o invitaban a casa a un grupo grande de gente para jugar «a cartas» antes de cenar.

El verano había sido largo, correspondía a una de esas eternidades que se viven siendo niño, como si nunca fueran a tener fin, aunque más tarde, todos somos conscientes de la brevedad del tiempo. La idea de cambio de ambiente y de vida se hacía necesaria o, cuando menos, apetecible. Tampoco es que el cambio para nosotras fuera drástico en absoluto. Continuábamos con nuestra vida insípida y desperdiciada sólo que en otro escenario. Y es que, en invierno, no íbamos como tantos niños al colegio. Mamá encontraba que eso no era más que «igualar por abajo». Fue mucho el tiempo que debió transcurrir para entender aquella frase lapidaria que nadie le discutía. Papá no la cuestionaba porque él no se metía jamás en ese tipo de problema o decisión doméstica. Ni ganas que tenía. Y, de otro lado, la abuela, la única que podría haber llevado la contraria a mi madre, en este asunto en concreto le daba toda la razón.

Gran aseguraba que los colegios no eran más que «focos de enfermedades y de nefasta educación». Luego, hacía una descripción cruel, como tantas de las suyas, de los educadores de hoy en día. De esos que, por entonces, pertenecían a la chusma que venía a ser el nacional-catolicismo.

—Una forma de entender la religión —decía la abuela— de un petimetre proveniente de una familia de tres al cuarto del Ferrol.

Y se quedaba tan reverenda. Eso sí, en principio, teníamos un horario rígido lleno de actividades: las clases de cultura general (mis hermanos lo llamaban «incultura en general») nos las impartía una señorita, maestra nacional, y segoviana, de Coca. Era ella la encargada de que aprendiéramos de todo un poco... Un poco de geografía, otro poco de matemáticas, algo que siempre nos produjo alergia, otro poquito de historia... A otras materias, como ortografía o caligrafía, mamá le daba más importancia. La señorita se ocupaba de que hiciéramos muchas redacciones y dictados. Estaba con nosotras de diez a una del mediodía. En el momento en el que terminábamos las clases, almorzábamos para que, al menos durante el invierno y teniendo en cuenta el frío que hacía por aquellos años en Madrid, viniera a recogernos uno de los mecánicos, Francisco o Jesús, para llevarnos durante tres horas a tomar el aire. Unos días al Pardo, otros a la Casa de Campo o a Puerta de Hierro, o al Club de Campo, aunque los dos primeros lugares eran más salvajes y, por tanto, preferidos por mí.

Este año, entró en nuestras vidas *miss* Snowdon, en sustitución de *mademoiselle* Valérie. *Miss* Snowdon era una inglesa «de muy buena familia», según mi abuela. Y Dios me libre de poner en tela de juicio esta afirmación porque su físico, su gran estatura, su piel transparente de puro blanca y unos ojos de un color azul indefinido daban a su imagen una distinción que solamente una mujer inglesa de buena cuna puede llegar a tener en sus primeros treinta años de vida. Como decía papá, las mujeres inglesas son las más guapas del mundo, pero su belleza es muy breve, son flor de un día. También decía que recuperan una distinción que ya no las abandona hasta su muerte a partir de los cuarenta y tantos o cincuenta años. Lo cual en el caso de *miss* Snowdon también se cumpliría.

Miss Snowdon era una solterona con falta de medios pero de unos modales exquisitos. Había estado al cuidado de los chicos Fordlander en Londres, y en casa de los embajadores de España en París, a través de los cuales llegó a nuestra casa. Fue mi abuela la que, después de obtener los mejores informes de dichos embajadores, se empeñó en que viniera a casa, y la verdad es que la trataba con una consideración que no era habitual en ella.

Miss Snowdon era, ciertamente, muy estricta. Pero, aun así, yo la prefería a *mademoiselle*. Tanto mi madre como la abuela insistían en decirnos que estaba allí para que nuestro inglés fuera perfecto y también para que nuestras *manners* no pudieran ser cuestionadas en el futuro por nada ni por nadie. Por eso, cada almuerzo o cada cena podían ser interpretados como una clase más. En este caso, de protocolo:

—Beatriz, *please, take your elbow away from the table...* Ángela, *will you please...*

A veces, sus correcciones eran, incluso, en francés. Y la verdad, no tenía mal acento. Ante una duda, al ir a elegir uno de los pasteles de la fuente de plata que nos traía Juliana los domingos al comedor de pequeños, nos insistía:

—*Une fois que vous l'avais touché, ça fait.*

Las clases de inglés riguroso nos las impartía *miss* Snowdon una vez que habíamos regresado de la calle, ya caída la tarde. Dos horas que, dentro de lo malo, eran preferibles a las de francés de *mademoiselle*, cuyo solo recuerdo me irritaba. Sin embargo, seguíamos con clases de francés, que estaban a cargo de una profesora nativa que venía tres horas por semana. Era «importantísimo» —decían en casa— el no dejar de practicarlo. Y es que en mi familia, además de muchas otras, había una obsesión clara: las lenguas. No tenía la menor importancia que alguien no supiera dónde quedaba Burgos —siempre que fuéramos chicas, claro— ni, por supuesto, Berlín. Ahora bien, el desenvolvernos a la perfección tanto en inglés como en francés lo encontraban de primer año de cajón de armario. Si, además, aprovechabas la oportunidad que siempre te brindaban de aprender también alemán, italiano o chino, mejor que mejor. Pero siempre por este orden. De hecho, mis hermanos mayores, además de las lenguas que nos exigían, también hablaban alemán porque, de pequeños, tuvieron a una *fräulein* Von Mayer. Respecto al italiano, «¿cómo podéis pensar en moriros sin aprender italiano? ¡La lengua del amor viril, la de las óperas más bellas como las de Verdi!», aseguraba mamá una y otra vez. Era incansable con esto de los idiomas:

—Es lo único que acaba siendo patrimonio de una persona. Es un arma con la que ya contaréis para toda la vida y, en realidad, lo único que os acabará distinguiendo de la gente vulgar, sin sensibilidad.

A todo esto hay que añadir las clases de *ballet*, de piano y de canto... En muchas ocasiones he pensado que las de *ballet* eran, exclusivamente, para que mi padre se riera. No contábamos con ningún tipo de aptitud o facilidad. Éramos nulas, pues flexionábamos mal:

—*Développer, plier, demi-plier...* Y nosotras, con una enorme torpeza, hacíamos lo que podíamos, que era, objetivamente, poco. La barra también se nos daba fatal y yo acababa literalmente mareada de estar tanto de puntas.

Eso sí, en cuanto papá encontraba un hueco en su saturada agenda deportiva (golf, tenis y esgrima eran citas ineludibles a diario), daba igual si se encontraba desayunando o preparándose para salir mientras esperaba a mamá, nos decía *miss* Snowdon:

—*Young ladies, your father is waiting for you in his bedroom. He wants both of you to dance for him. Go ahead!*

Y corriendo por el pasillo, aparecíamos en su dormitorio vestidas de bailarinas:

—¿Nos llamabas, papá? —preguntábamos deseosas de agradar en la forma, ya

que en el fondo no sería posible.

—Sí. Quería veros. Dadme un beso antes de nada y...

Apenas le dejábamos acabar:

—Pero nos llamabas porque querías vernos bailar también, ¿no, papá?

—Sí, claro que sí. Me encantaría. Además, quiero comprobar que seguís ensayando *La muerte del cisne*, que es lo que he preparado para vosotras en el *pick-up*.

—Sí, seguimos ensayando eso desde el principio... —Ángela era tonta, ¿para qué tenía que darle tantas explicaciones?—. Y dice la profesora que no puede enseñarnos nada más.

Era entonces cuando las carcajadas de papá daban comienzo:

—¿Decís que aún no habéis podido ir más allá de la muerte del cisne, que es con lo que empezasteis hace años?

—Bueno... —yo no pretendía mentir, pero mi amor propio se resentía al ser consciente de que nuestra dificultad le hiciera pasar tan buen rato—, tampoco son años, papá... No te rías de nosotras.

Emitía esta frase a modo de queja y él, entonces, acariciaba mi larguísima melena con un gesto pacificador, pero sin poder contener su risa.

La música daba comienzo mientras nosotras dos éramos incapaces de sujetarnos cuando tocaba *grand-plier* y comenzábamos a dar traspies sin parar. Cuando las carcajadas de mi padre se oían en toda la casa, iban, poco a poco, apareciendo mamá, los hermanos y hermanas que anduvieran por allí y el servicio. Era entonces cuando yo, desde mi ingenuidad, me enfadaba. Me enfadaba tanto que lo tomaba como un reto personal. Era por esta razón por la que, con la voz entrecortada por la rabia contenida, pedía a mi padre que pusiera de nuevo aquel disco de vinilo negro para tratar de mejorar, al menos, mi actuación. ¡Imposible! Y es que no se trataba de un acto de voluntarismo. Es que, sencillamente, éramos negadas para aquel *métier*.

Mamá, al principio, se reía tanto o más que nuestro padre. Pero viendo mi desesperación y —¿por qué no decirlo?— también nuestra total incapacidad, contenía su risa, nos tomaba a mi hermana y a mí de la mano y nos dejaba claro que lo importante del *ballet* no era el baile en sí. Lo importante del *ballet* era la sólida base que te daba para tener, en el futuro, unos movimientos bonitos, distinguidos, elegantes... Y lo cierto es que para aprender a andar como «se espera que lo haga una auténtica dama», se nos obligaba a caminar de un lugar a otro de la casa con libros en la cabeza. Para mi madre, que una mujer «se tuviera» mal era absolutamente imperdonable.

El canto se nos daba mejor porque nuestras voces no eran malas. Pero, evidentemente, una cosa es cantar una canción francesa: «*Avec mes mots d'amour, j'ai allumé le feu, mes chagrins, mes plaisirs, moi je ne besoin de...*», y otra muy distinta era aquel espanto que la señorita Alicia —una alumna aventajada de un magnífico pianista madrileño— se empeñaba en que aprendiéramos a toda costa y a

base de pura insistencia: «La, la, la», mientras aporreaba el piano para que siguiéramos sus instrucciones. Yo respiraba cuando acertábamos por casualidad. Pero en lugar de dejarnos descansar tras el esfuerzo, insistía: «Mi, mi, mi...». Era una repelente. Cuando desesperadas de su desesperación soltábamos un gorgorito, se indignaba y como si de una mera reacción de su enfado se tratara, en lugar de insistir en las notas, alterada, comenzaba a tratar de explicarnos lo que era una corchea o una semifusa. Llegaba a desconcertarnos hasta el punto de perder toda esperanza de acertar algo, aunque fuera por puro azar. Mas luego, comprendiendo que no había estado del todo oportuna, sin aclararnos su cambio de planes, volvía sobre las notas:

—¿Es eso Re? —preguntaba impertinente—. No, mis queridas niñas, eso es Sol.

Con este panorama, tampoco en canto o en piano podíamos lucirnos. Sin embargo, a papá esta realidad le hacía menos gracia, al ser un gran aficionado a la ópera. Mis padres debieron de pensar que insistiendo conseguirían algo. De hecho, durante varios veranos más, la señorita Alicia interrumpiría toda su actividad docente e, incluso, personal para por indicación de mis padres pasar el verano con nosotros en Las Arenas. Según ellos, era una barbaridad el hecho de estar tres meses desconectadas de las clases de piano y de canto. Después de tanta dedicación y tantos ratos amargos, aprendimos a tocar *Para Elisa, La retirata di Madrid, C'est ci bon...*

Capítulo 14

Invierno del 56

En invierno éramos requeridas a las típicas fiestas infantiles de cumpleaños y de disfraces. Aunque el carnaval no se celebraba oficialmente, en nuestras casas nos vestían con disfraces hechos expresamente para la ocasión. Los más solicitados entre las niñas eran los de princesa y de Blancanieves. Entre los niños, los de vaqueros y espadachines. Al no ir nosotras al colegio, las reuniones que teníamos eran organizadas por los hijos de los amigos de mis padres que, no siempre pero con frecuencia, eran también amigos nuestros. En otras ocasiones invitábamos nosotras, ya que el piso de Velázquez era enorme, daba la vuelta a toda la manzana.

Nuestros horarios (los de Ángela y los míos) eran muy estrictos: «Imposible educar sin férrea disciplina», decía mamá, y apenas veíamos a nuestros padres. Pero nuestros hermanos mayores sí porque solían cenar todos juntos, para lo cual se cambiaban de ropa. No es que se pusieran como para salir, pero los hombres se ponían un traje o una americana y corbata. Las mujeres debían llevar vestido o falda, pues estaba terminantemente prohibido presentarse a cenar en pantalones. En ocasiones especiales, como Navidad o similar, después de cenar le pedían a Ignacio que se ocupara del *pick-up* y bailaban entre ellos. Bueno, en realidad, papá bailaba con las chicas y les daba recomendaciones, y mamá con los chicos. Según ella, los hombres no tenían por qué ser Fred Astaire, pero aquellos que no tenían ni la más ligera idea de cómo dar un paso de tango, de pasodoble, de *slow* o *swing*, eran unos cazurros.

—Son cosas a las que, en un principio, no se les da importancia. Pasado el tiempo, una se da cuenta que la tienen y mucha porque, aunque en apariencia es un detalle nimio, en realidad, significa muchas cosas, como falta de sensibilidad, de delicadeza, complejo social...

A los hermanos les obligaba —literalmente obligaba— a saber «tener entre sus brazos a una mujer porque es una grosería apretar mucho. Pero tanto o más lo es el hecho de dejarla sin sujeción, a su suerte, demostrando un claro desdén por su persona».

Yo, para no variar, intentaba escuchar y ver todo lo que podía, utilizando mil argucias para engañar a *miss* Snowdon. El mundo de los mayores era algo prohibido, y por eso mucho más interesante de lo que luego descubriría cuando, con el tiempo,

accedí al mismo.

Este año de 1956 hubo una novedad importante en casa. La televisión entró en nuestras vidas y nos acompañó durante mucho tiempo. Una televisión incalificable, eso sí, en la que dos o tres locutores cumplían con todos los cometidos. Lo mismo presentaban un concurso de «canción española» en el que, evidentemente, triunfaba aquella persona que gritara más cuando cantaba:

*«Que se me paren los pulsos si te dejo de quereeer,
que las campanas repiquen si te miento alguuuna vez.
Eres mi vida y mi muerte, te lo juro compañero,
no debía de quererte, no debía de quererte
y, sin embargo, te quierooo...»*

Llegado a este punto, había un requiebro, una voz rota, entrecortada, que en vano intentaba reprimir un llanto.

Pero lo peor era que cuando ya iban por el tercer concursante, como el siguiente no estaba aún preparado para salir a plató, interrumpían de pronto la emisión diciendo que «debido a causas ajenas a nuestra voluntad», el concurso debía de parar unos minutos y que, si no nos parecía mal, aprovecharían para darnos algunas noticias que habían llegado a la redacción y, antes, pasarían unos anuncios. Es decir, la misma persona que se encontraba presentando el concurso, era la que, a su vez, lo interrumpía y, con unos folios en la mano como todo potaje, comenzaba a convencernos de que «OMO» lavaba más blanco. Y, sin solución de continuidad, pasaba a leer aquellas hojas en las que alguien le había resumido unas noticias que, entre la terrible censura y que, de otra parte, era evidente que habían improvisado, acababan siendo de este tipo:

—Almería. Nota de agencia: esta pasada madrugada, la temperatura bajó mucho, produciéndose las heladas que tanto temen los almerienses por aquello de las naranjas y los cítricos en general.

—Su Excelencia el Jefe del Estado Generalísimo Franco ha inaugurado esta mañana un pantano en la provincia de Cáceres. Los cacereños se tiraron contra su coche al verlo pasar, y enardecidos, gritaron: «¡Viva el agua! ¡Viva Franco! ¡Arriba España!»

—Hoy se esperan chubascos en el norte de España. Sol en el sur y en el centro. Perdonen... Repetimos de nuevo: en el centro... ¿Por qué habéis omitido el tiempo que va a hacer en el centro? Bueno, pues lo sentimos mucho, pero tampoco tiene importancia. Ya se enterarán del tiempo después.

Fueron verdaderamente surrealistas aquellos comienzos de Televisión Española. En casa tuvimos televisión, me refiero al aparato, claro está, mucho antes que la gente en general, ya que un amigo norteamericano de mi padre se lo regaló cuando todavía no habían comenzado las emisiones.

Llegó un momento que, cada tarde, al regresar a casa del paseo, cambiamos la pregunta de si se encontraba mamá por otra:

—¿Han empezado a emitir?

—No.

Siempre la misma respuesta, hasta que nos cansamos de preguntar. Entonces fue cuando aquellos tres cuerpos «para todo» comenzaron a hacer sus chapuzas desde el paseo de la Habana, en Madrid, donde se instalaron los primeros estudios de Televisión Española.

Respecto a la revolución que significó el comienzo de la era de la imagen y con la que todos mis hermanos nos reíamos tanto, nunca podré olvidar una broma que le gastamos a Mercedes, la segunda doncella de mi madre. No hubo en ella ninguna crueldad, pues creíamos que no nos haría caso. Nos quedamos perplejos cuando pudimos comprobar hasta qué punto la ignorancia de nuestros compatriotas era moneda de cambio entonces.

Un día, al entrar Mercedes en la biblioteca donde nos encontrábamos varios de nosotros, oyó decir al locutor de turno que, después de contarnos las bondades del detergente «OMO», daría paso a las noticias:

—¡Esto es un desastre! Justo van a dar las noticias cuando el señor marqués no ha llegado aún a casa...

Mi hermano Álvaro le dijo:

—¡Tiene usted toda la razón! ¡Con lo que le interesan siempre al señor marqués las noticias! ¡Qué faena! Ahora, siempre se puede llamar por teléfono para que el locutor dé antes las previsiones del tiempo. Así, lo probable es que nuestro padre esté de vuelta para cuando comience el noticiario.

—Eso sí que es una buena idea. Ahora mismo voy a hacerlo.

Tras quedarse un rato pensativa, comentó:

—Bueno, voy a llamar... Aunque no tengo ni idea de adonde tendría que llamar para pedirles ese favor...

Nosotros nos tapábamos la boca con los almohadones del sofá tratando de Contener la carcajada. Pero Álvaro le siguió la broma:

—Eso es bien sencillo. Se pregunta en información telefónica por el número de Televisión Española en el paseo de la Habana y se lo dan.

—Bueno —dijo la pobre un poco sobrepasada—, si yo no puedo hacerlo, alguien en la cocina me ayudará.

Y, al cabo de un rato, la oímos desde el teléfono del cuarto de estar preguntar con enorme seriedad:

—Oiga, ¿es ahí la Televisión Española? Mire, llamábamos de aquí, de casa del señor marqués de Villachica... Sí, marqués de Villachica, aquí en la calle Velázquez. Bueno, en realidad, no era más que para pedirles un favor: si pudieran ustedes retrasar el parte... Ya, ya sé que está programado para dentro de unos minutos. De ahí pedirles el favor de que esperen a darlo. Mire, es que al señor marqués le interesan

mucho las noticias y como estará a punto de llegar a almorzar...

Al otro lado del hilo telefónico le debían de estar tomando por una chistosa, pero ella insistía:

—No. Yo sería incapaz de tomarles el pelo... Digo que como el señor marqués salió a media mañana a un consejo, según me dijo Fermín el mayordomo, pensamos que no puede tardar en llegar. Era ése el favor... ¿Que lo intentarán? Pues muchas gracias. Agradecida de antemano.

La habían tomado, seguro, por una «loca a pedal». Pero eso ella ni se lo representaba. Así, con un poco de suerte, papá llegaría para mirar con su media sonrisa aquel número de circo que resultaba ser el noticiario. Si al día siguiente cuando anunciaban el informativo, mi padre todavía no había regresado a casa, ella inasequible al desaliento, se ponía de nuevo en contacto con el Ente, hoja en mano en la que ya había apuntado el teléfono para siempre. Duró cuatro o cinco días más, hasta que la pobre se convenció de que sus llamadas caían en saco roto.

La abuela, que vivía junto a los primos Zulueta, en el mismo edificio pero en el piso de abajo del nuestro, seguía mostrando su enorme preferencia por mí. Aunque quizá se notaba menos que en verano. La visitaba en su casa constantemente y allí seguíamos platicando de cosas aparentemente tontas unas veces y, otras muchas, de la vida, aunque de esto último sin darme cuenta en aquel momento.

Ya entonces me intrigaba sobremanera la escasa simpatía que se profesaban ella y mamá. Nunca pudo reprimir este sentimiento que a mí, lejos de molestarme, me producía una enorme, casi morbosa, curiosidad:

—Beatriz, querida ¿salieron tus padres anoche de nuevo?

—¿Anoche? Sí, Gran. Tenían un baile en casa de unos amigos.

—Y yo me pregunto, ¿no se cansarán de salir cada noche? Bueno, en verano lo entiendo más. Pero con este frío, en pleno invierno... ¡Qué barbaridad!

—Sí, abuela. Mamá se va a enfriar cualquier día porque sale con unos trajes de noche todos escotados y aunque por encima lleve pieles...

—¡Eso es lo que digo yo! Pero ¿qué va a hacer una? ¡Nada! Si tu madre no perdona...

—¿A quién no le perdona, abuela?

—Quiero decir que está incapacitada para perderse cualquier tipo de acto social.

Yo sabía que se estaba metiendo con ella y pensaba que me encantaría preguntarle un día, por las bravas, cuáles eran las razones que la llevaban a despotricar contra mi madre. Cuando hablábamos de ella, siempre acababa acordándome de una conversación que le oí a mamá, palabra de honor que sin querer, una tarde de domingo. Para mi sorpresa, no estaban citados en la casa de unos amigos suyos donde solían jugar largas partidas de *bridge* este día de la semana.

Mi madre hablaba por teléfono desde su gabinete con tía Stefi y fui entonces testigo de un discurso que, sin motivo aparente, me llenó de inquietud:

—Desengáñate, Stefi. Nuestros maridos han sido siempre el sí de las madres y el

no de las niñas. Otra cosa es que, por entonces, no nos atreviéramos a disgustar a papá... Pero estos seres no valen más que para procrear. He conocido algún ejemplar fabuloso en Las Arenas o en San Sebastián, en Sevilla o en Barcelona que, créeme, son de otra pasta.

Y seguía hablando sin que, aparentemente, mi tía le interrumpiera:

—Son hombres que no serán nobles y no tendrán tierras, pero, sin duda, las tendrán en el momento en el que lo deseen. Porque lo que tienen, Stefi, es algo mucho más difícil de conseguir. Se llama poder. Y resulta muy interesante saber todo lo que han tenido que hacer para hacerse con él, los entresijos de sus negocios, de su dinero...

Mi tía debió de decir algo, porque mamá, tras un breve silencio, le contestó:

—*¿Nouveaux fiches?* Sí, todo lo que tú quieras. Pero les gusta arriesgar, no se les mueve el pulso a la hora de apostar por nada. Gente que tiene que ganar o ganar. Además, justo porque no son nobles tienen una ventaja añadida: la de jugar la carta del cinismo, algo que ejercen con una enorme *suplesse*. Tienen muy claro que para perpetuarse en el poder hay que tener una vela encendida a Dios y otra al diablo. Carecen de esas lealtades adquiridas que no conducen a nada. Aquí están los nuestros, que siguen piando por una monarquía que no ha de volver. Y, encima, creyéndose en la obligación de sentir lealtad por una persona invisible... No hay monarquía, no hay corte, no queremos que se nos note cualquier veleidad franquista, y así nos luce el pelo...

Y ante una nueva y brevísima intervención de mi tía, supongo, seguía con esta especie de monólogo:

—Sólo te digo que se vive una vez y que todos nosotros no somos más que unos desubicados. La gente ha jugado ya la baza del Caudillo con descaro, mientras nosotros esperábamos el santo advenimiento. Hay que irse olvidando de puestos relevantes, de consejos de administración o de prebendas. Hay que aceptar, a la vez, que tenemos unos maridos que sólo hablan de animales y miran al cielo. Si con eso a ti te basta...

Me dejaba llevar por este recuerdo cuando, después de un denso silencio, era la propia abuela quien daba un giro de ciento ochenta grados a la conversación:

—Entonces, cuéntame, querida, ¿cómo te arreglas con *miss Snowdon*?

—Bien, Gran.

—Me parece una mujer de mucho fundamento. Alguien ya de una edad y unas maneras francamente idóneas para vuestra educación.

—Sí... —replicaba yo sin mucho convencimiento—. Sí creo, abuela. Lo que pasa es que el estar siempre bajo las órdenes de alguien es muy pesado. ¡Tengo unas ganas de ser libre!

—¿De ser libre, dices?

—Sí, abuela.

—¿Y para qué quieres ser libre?

—Pues... —me había dejado sin respuesta—, pues para que no me mande nadie.

—No digas cosas raras. Con lo que te pareces a tu padre físicamente y de manera de ser, cuando dices algo así, me da la impresión de estar hablando con Connie. Quiero decir, con tu madre, claro está.

Y seguido, como si quisiera olvidar lo que acababa de decir, añadió:

—Ayer estuve almorzando con tus padres.

—Sí, te vi. ¿Recuerdas que estuve contigo un ratito justo antes de empezar las clases de inglés con *miss* Snowdon...?

—Estuvimos hablando de la posibilidad de mandaros al colegio ahora que vais siendo mayores. Concluimos que sería algo bueno siempre y cuando se elija el centro adecuado. Llegada una determinada edad, unas niñas tampoco deben de estar eternamente entre algodones porque la disciplina es fundamental para saber comportarse en la vida.

—Y saber lenguas —yo ya hablaba como ella. No decía «idiomas».

—Bueno, sobre las lenguas ya hemos quitado el cuidado. Os falta un sólido alemán que ya llegará. Pero el francés lo habláis como el español. Y el inglés, entre lo que sabíais, *miss* Snowdon y, para rematar, un buen colegio inglés donde parece que os van a mandar vuestros padres... ¡El próximo curso, iréis al colegio!

Capítulo 15

Octubre de 1957

El otoño siguiente comenzó nuestra etapa escolar. Mamá había cambiado de idea respecto a nuestra educación y ahora opinaba que debíamos integrarnos, al menos en algunas cosas, con las niñas que recibían una educación general en los colegios. Según ella, los tiempos estaban cambiando muy deprisa y más valía coger el tren que quedarse en tierra. Cosa inaudita, consiguió convencer a la abuela de este cambio de planes tan *new wave*. Mi padre se mostró en absoluto desacuerdo. No le resultaba fácil aceptar que el mundo, su mundo, hubiera cambiado tanto como para que fuera necesario o conveniente que sus hijas fueran a un colegio a recibir una educación que, en su opinión, además de innecesaria, resultaría contraproducente.

Usando como excusa nuestra escolarización —posiblemente harto de no tener nada que decir sobre la intendencia de la casa—, la utilizó como un arma arrojada contra la displicencia continua con la que su mujer le maltrataba. Escuché fuertes discusiones entre ellos frecuentemente con este tema de fondo:

—¿Puedes explicarme, Connie, qué van a enseñar a las niñas esas monjas inglesas de tres al cuarto, esas indocumentadas?

—¡Mira que te ha dado fuerte con este tema! Y a ti, Patricio, ¿te parecería mejor que carezcan de un mínimo, tan siquiera de un mínimo —repetía—, de preparación intelectual para sostener al menos una conversación interesante?

—Esa base, como tú la llamas, pueden tenerla tomando clases en casa como hasta ahora, evitando que se traten con unas niñas que Dios sabe de dónde salen.

—Pero Patricio, ¿sabes lo que estás diciendo? El colegio al que hemos decidido enviarlas es el mejor de Madrid y...

—Perdona que te interrumpa, pero quiero hacerte un ruego, Connie, no pluralices. Yo no he decidido enviarlas a ningún colegio.

—No, si contigo no hay manera... A ti lo que te molesta, igual que a todos los hombres educados a la antigua, es que el día de mañana, las mujeres puedan estar preparadas tanto o más que vosotros. Con lo cual, hasta podrían casarse mejor, sin verse obligadas a aguantar a ningún pelmazo sólo porque un día creyeron estar enamoradas y se casaron con él.

—¡No resisto tu discurso tan moderno, tan feminista! —gritaba papá sulfurado—. *You went too far!*

Las discusiones entre mis padres aumentaron a medida que octubre se aproximaba. Y no se mordían la lengua ninguno de los dos. Poco a poco fueron teniendo menos preocupación porque éstas tuvieran lugar en público. Como no quería pensar en este enfrentamiento entre ellos por nuestra causa, comencé a poner ilusión en el uniforme azul marino que habíamos ido a comprar la víspera. También las camisas blancas, la corbata, las medias de *sport* inglesas de lana, ya que mamá se negaba a que lleváramos calcetines porque, según decretó de repente, no pegaban nada con el largo del uniforme. Largo que, naturalmente, también lo decidió ella: mucho más corto que el que las monjas habían recomendado en una comunicación recibida en casa por correo. Eran bonitos los mocasines, sí mocasines al fin, que nos había comprado en una zapatería de niños de la calle Serrano. También se negaba a aceptar la disciplina en este asunto del calzado:

—¡Ni loca os voy a comprar esos horrendos zapatos abotinados que nos sugieren! Pero ¿por qué tendrán este incomprensible interés en que vayáis vestidas de pobres?

Comentarios similares hacía sobre el resto de las prendas:

—Recomiendan que, como *overall* llevéis un «comando». Yo no sé lo que es esa prenda ni me interesa. Con ese nombre no puede tratarse de nada medianamente aceptable. Os compro estos abrigos ingleses de *tweed*, que son ideales y se ha acabado la historia.

—¿Y si nos riñen por no llevar lo que decía en el papel que recibimos? —yo estaba agobiada pensando que podríamos cargárnosla al día siguiente.

—Beatriz, trata de no ser tan tiquismiquis. De otro modo, acabarás comida por las normas. Esto es como lo que dice el padre Lizarraga: «El Evangelio se hizo para el hombre y no el hombre para el Evangelio.» ¡Es el único sacerdote con el que se puede hablar en Madrid!

No era fácil seguirla en sus conversaciones ni en sus comentarios. Pronto comprendí que estaba aburrida y que, además, tenía prisa, como siempre que salía con nosotras. La delataban sus movimientos, que aunque seguían siendo exquisitos, mostraban nerviosismo, llegando incluso a parecer un poco déspota. Parecía una reina destronada, una princesa en el exilio. Tal vez porque no ocultaba, sino todo lo contrario, esa especie de orgullo de raza de quien se sabe no sólo guapa sino distinguida, especial, exclusiva...

Ángela sólo mostraba interés en su burrito blanco con un imán con forma de zanahoria a modo de comida del animal. Únicamente reaccionaba cuando mamá le pedía que se probara alguna cosa, así que era yo quien tenía que preguntarlo todo:

—Mamá, mañana, ¿quién nos llevará al colegio?

—¡Qué pregunta! Pues *miss* Snowdon. Quiero que se dé a conocer. A todos nos vendrá muy bien que haga buenas migas con sus compatriotas.

—Mamá, por ser el primer día ¿no nos puedes llevar tú? —me atreví a sugerir.

—¿Yo? ¿Que te lleve yo al colegio?

—Bueno, quise decir que, a lo mejor, no te importaba...

—¡Eres graciosa cuando quieres! ¿Que me tire de la cama a esas horas para llevarte al colegio? Además, ese argumento del primer día es una cursilada. ¿Qué hora es?

—Son las siete y media, señora marquesa —contestó Jesús, el *chauffeur*.

—¡Por Dios, qué tarde se ha hecho! Regresamos a casa de inmediato. Mañana alguien se ocupará de compraros las cosas que faltan.

—Mamá, perdona, pero ¿los lápices, cuadernos, sacapuntas?

—¡No seas pesada, mona! ¿No acabas de oír que mañana terminaremos las compras o piensas que va a ser llegar allí y examinaros de ingreso? Mañana no haréis más que conoceros y ya os dirán cuáles son las otras cosas que necesitáis.

No sé por qué se me hizo un nudo en la garganta al contestar:

—Sí, mamá.

—Además, ya me has oído decir que tengo prisa. Tenemos hoy el baile de los duques de Sueca en Puerta de Hierro. Necesito el tiempo para arreglarme y, por supuesto, espabilar a papá que tarda tanto en bañarse, afeitarse, vestirse...

Me costó conciliar el sueño. Sin embargo, Ángela cayó en la cama como si nada nuevo fuera a ocurrir al día siguiente. De una parte, me daba envidia el no ser como ella, tan tranquila y pánfila. Pero había algo en su manera de ser que me preocupaba. Era envidiable, sin duda, que no se agobiara por nada. Pero, al mismo tiempo, no dejaba de ser extraño.

Tuvieron que pasar muchos años para saber que su actitud escondía grandes dosis de escapismo. No, no era poco inteligente y mucho menos tonta como yo, en ocasiones, había imaginado. Se trataba de una persona bondadosa y despierta que había comprendido que en nuestro pequeño mundo el herir, el tirar a dar y, de hecho, hacer daño era un *hobby* que, desgraciadamente y por pura frivolidad de unos y otros, se llevaba a cabo con una frecuencia inusitada. De ahí que ella se hubiera parapetado en una especie de silente anonimato en el que, al pasar inadvertida, los dardos no le llegaban. Y, para colmo, pienso que, como varios de nosotros y en ella en mayor medida, padecía una dislexia que, en su momento, había sido interpretada por mí erróneamente:

—Bea, dime, ¿los cerdos tienen bancos? —cuando hacía preguntas de este tenor yo pensaba que, en ese momento, definitivamente, había perdido la cabeza.

—Es que no entiendo nada de lo que dices, Ángela.

—Te preguntaba si los cerdos tienen bancos.

—Pero, antes que nada, dime de qué cerdos me hablas, ¿de los de los pueblos?, ¿con los que se hace el chorizo?

—Claro, de éstos —me respondía, mientras miraba fijando su vista tras una ventana del cuarto de jugar que daba a la calle Velázquez.

—Y cuando dices bancos, a qué te refieres, ¿a los de sentarse?, ¿a los de un parque?

—Nooo —replicaba enfurruñada—, hablo de los bancos en donde la gente guarda

su dinero y esas cosas...

—¡Pues no, pues claro que los cerdos no tienen bancos! ¡Preguntas unas cosas!

—Y entonces ¿por qué pone allí esas letras? ¡Ven, mira!

—¿A qué letras te refieres? —mi desasosiego iba en aumento mientras me ponía en pie, siguiendo sus instrucciones, para acercarme hasta la ventana.

—Justo a aquellas doradas de enfrente. ¿No las ves?

—Sí. Las veo y las leo. ¿Tú qué lees?

—Pues lo que pone: Banco Español del Cerdito...

—Del cerdito, no Ángela. Vuelve a leerlo.

—Espera. Ban-co Es-pa-ñol del Cer-di-to.

—¡De crédito, hija, de crédito!

Abandonaba la habitación tendiendo a aceptar resignada que mi hermana era, definitivamente, boba. Claro, era una época en la que se desconocía la dislexia, así que ni se planteaba. Tampoco lo de ser zurdos, diestros o ambidiestros. Todo el mundo era diestro casi por decreto, como tantas otras cosas. Así, a la hora de calzarnos, cuando el zapato de la derecha nos lo tratábamos de meter en el pie izquierdo y viceversa, decidían que éramos zurdas, nos regañaban y ya se acababa el problema. A un zurdo había que forzarle a contracorriente hasta que dejara de serlo...

Capítulo 16

Incultura general

El colegio estaba situado en la calle Zurbano. Se trataba de un inmenso edificio tan antiguo como feo. Contaba con un gran jardín que ocupaba toda la manzana de la calle. En el centro cabían dos posibilidades: estudiar el bachiller para, a fin de curso, examinarse en un instituto público, o bien hacer aquello que las monjas recomendaban: cultura general, la «más general de las inculturas», como decían mis hermanos. Con el tiempo, pude comprobar que ellas no sólo recomendaban esta última opción por mentalidad —¿con qué fin iba en aquel entonces a estudiar bachillerato una chica?—, sino porque, de este modo, las monjas se ahorraban un gran cúmulo de problemas. Y es que como, por regla general, se trataba de «chicas bien» que, por razones diversas, supongo, les había dado por abrazar los hábitos, también en líneas generales —como ya había advertido papá— eran indocumentadas hasta el extremo. Para las chicas que elegían hacer bachillerato, al no ser ellas capaces de explicar las materias, se veían obligadas a contratar a profesoras tituladas.

Una cosa que nunca dejó de sorprenderme fue comprobar, desde el primer día, que, pegado al colegio, se hallaba otro edificio mucho más pequeño y, en absoluto ostentoso, como sí era el nuestro. Contaba con una puerta diferente de acceso por donde muchas niñas desconocidas entraban y salían a nuestras mismas horas. Extrañada, un día pregunté quiénes eran y, seca y escuetamente, me contestaron que «becarias», sin añadir nada más. Se daba por hecho que todas sabíamos qué significaba aquella oprobiosa palabra para los que pertenecíamos a una clase social de la que, al parecer, monjas incluidas, debíamos encontrarnos muy orgullosos. Aquel día, de inmediato, comprendí cuán injusta era la vida. Desde una edad tan temprana ya había dos grupos de personas que, compartiendo un mismo lugar, estábamos separadas por el hecho de ser ricas o pobres. No parecía que a nadie se le hubiera ocurrido que las becarias se unieran a nosotras con la discreción suficiente como para que no se supiera si lo eran o no y que, por tanto, tuvieran las mismas posibilidades. ¡Sólo faltaba! Ellas no pasaban de ser más que esa especie de tranquiliza-conciencias que, en aquella época, tanto se utilizaba.

Nuestras monjas eran, en su mayoría, inglesas, como *mother Mary* y *mother Ann*. También había alguna española y, dentro de este grupo y sin saber a qué respondía, mucha andaluza: *mother Elisabeth* tenía un acento jerezano del «cerrado». Más tarde

me enteré que se trataba de una hija del ganadero Pablo Romero y que acabó dejando los hábitos, como lo hicieron también dos de las tres hijas de don Antonio Garrigues y Díaz-Cañabate, embajador de España en Estados Unidos y, luego, ante la Santa Sede.

El primer día de colegio no hicimos más que recibir los libros que utilizaríamos en el nuevo curso, apuntar los horarios y escuchar consejos: el uniforme debía estar siempre impecable, los zapatos lustrados, el uniforme de gala (blanco, horrendo) tenerlo siempre en casa preparado por si, por cualquier circunstancia, hacía falta usarlo, y silencio en los pasillos. También se hizo un ensayo general en la capilla para adjudicarnos el sitio que ocuparíamos cada una durante el resto del año. A continuación fuimos saliendo, camino de las aulas, al ritmo que marcaba *mother Àngels* con sus tiesos nudillos, que los hacía sonar como si tuviera una «rana» en sus manos. *Mother Àngels* tenía un aspecto y una distinción que le hacían parecer una persona dura y curtida, pero enormemente interesante.

Mis compañeras de clase me parecieron bien. Eran simpáticas. Pero también muy «pelotas», muy obsesionadas con las monjas y el poder que éstas ejercían. Aunque para todas era el comienzo del curso escolar, muchas ya llevaban en el colegio juntas un tiempo, y eso se notaba. Entre ellas ya se conocían, algunas desde párvulos. Esto me hizo resguardarme y pasar un poco de mal rato por timidez. ¿Les molestaría yo al no conocerme de nada? Pero, por fortuna, esta desagradable sensación no duró mucho. Pronto salió mi sociabilidad a flote y me las fui ganando porque, la verdad, yo era una niña simpática y abierta. Seguramente, más simpática y abierta de lo que en aquel rígido colegio, las monjas hubieran deseado.

Aquella disciplina a la que nos tenían sometidas era, además de aburridísima, casi inhumana: de 9 a 9.30, meditación; de 9.45 a 10.45, gramática; de 10.45 a 11.45, matemáticas; después, quince minutos de recreo. A continuación, de 12 a 13, labores; a las 13.30, misa. Después, comida para las internas y mediopensionistas. Las que no lo éramos, esperábamos al coche de casa que venía a recoger nos metidas en un cuarto muy pequeño. Nada más llegar a casa, almorzábamos, nos lavábamos los dientes, nos peinábamos y, con dificultad porque no podíamos ni cruzar palabra por la falta de tiempo, nos despedíamos de nuestros padres si es que no almorzaban fuera.

A mí, la verdad, me hubiera importado menos hacer todo aquello si no hubiera sido por esa exigencia horaria escrita e inquebrantable. Únicamente el verla, me agotaba. Y es que, luego, las cosas no eran tan horrorosas. Pero sobre el papel...

Miss Snowden me dijo, por supuesto en inglés, que me lavara las manos y, luego, se sentó con nosotras en el comedor de pequeños para almorzar. Nos iba indicando todo lo relacionado con las *manners* que una debía observar en la mesa: nunca hablar o beber con la boca llena, los codos fuera, la postura en la silla enormemente recta y sin apoyarse en el respaldo de la misma, como si no existiera, llevar el cubierto a la boca y nunca al revés... También nos preguntó con interés y cariño qué tal nos había ido en el colegio. Yo traté de saber algo de Àngela. Me parecía que no le había

gustado mucho todo ello, como a mí. Y, de pronto, me di cuenta que tenía preparado para cuando termináramos de comer su juguete-refugio: el burrito que, a modo de zanahoria, tenía un imán donde aquél metía su cabeza. No quiso contestarme nada en concreto. Inmediatamente, tuvimos que prepararnos para salir corriendo al colegio de nuevo. Era Jesús quien nos llevaría en coche. Pregunté a Dolores por mamá. Y me contestó con otra pregunta:

—Está tomando el oporto de antes del almuerzo. ¿Es que la necesitas para algo?

—No. Para algo, no... Para verla.

Esto ya lo dije muy bajito porque me daba vergüenza.

—Beatriz —me contestó, tras ir a preguntar a mi madre—, dice la señora marquesa que ahora no te puede atender a menos que sea algo urgente. Que si no lo es, os verá a la vuelta del colegio. A ver si vais a llegar tarde.

Yo no quería nada especial, pero tampoco era tan raro que tuviera ganas de verla. O, mejor dicho, era bastante raro, la verdad, que no fuera a ella a quien le apeteciera vernos a nosotras. Éste era el típico detalle de mamá que yo, con mi sensibilidad, no comprendí nunca. Me fui triste al colegio. En lugar de usar el ascensor y, a pesar de tener prisa, bajé las escaleras hasta el piso de la abuela. Tampoco estaba. Me quedé más triste aún. No quería nada especial de Gran, sólo un poco de calor familiar... ¡Con haberle dado un beso! Y es que a mí me había costado mucho ir al colegio aunque no decía nada. Me producía inseguridad y miedo. Pero como nadie lo entendería, yo me lo guardaba para mí misma. Además, para que no se notara, me hacía la fuerte...

La tarde de aquel primer día, por fortuna, se me hizo más corta que la mañana. Eso sí, el recreo era tan breve que no comprendía para qué nos hacían salir al jardín. Entre bajar y subir en fila hacia nuestra clase, no merecía la pena.

Otra cosa que me pareció una verdadera pesadez fue el rosario que yo, hasta entonces, no había rezado nunca. Tampoco me parecía que aquella repetitiva obsesión pudiera poner muy contenta a la Virgen María ni a nadie. Era como si alguien te decía «guapa». Claro, lo normal es que te hiciera ilusión y que lo agradecieras. Pero si después de haberlo oído una vez, insistía en repetirlo y tripitirlo y venga y dale: «guapa, guapa, más que guapa, guapísima...», yo habría pensado que a esa persona en cuestión le faltaba un tornillo. Y ¿qué decir de la letanía? Otra cosa que ni siquiera sabía que existiera. Y, mucho menos, que formara parte del rosario: «*ora pro nobis, ora pro nobis, ora pro nobis...*», todo ello en latinajos que no había manera humana de entender en absoluto. Y otra vez, «*salus infirmorum, refugium peccatorum... y ora pro nobis, ora pro nobis...*». A modo de colofón y cuando ya comenzaban a bailar las imágenes de la capilla de puro aburrimiento y por el olor a incienso, llegaba la bendición. Había asistido a una bendición en la basílica de Nuestra Señora de Begoña, en Bilbao, con la abuela. Pero no me acordaba que los cánticos fueran tan tétricos.

Cuando todo acabó a las seis y media de la tarde, salimos en fila hasta la portería

y, una vez allí, hui escaleras abajo hasta el jardín. Necesitaba respirar aire puro y, sobre todo, encontrarme a buen recaudo. ¡Qué horror sólo imaginar que una monja pudiera mencionar mi nombre y, sin más, tendría que haber regresado a aquel túnel del tiempo en donde había pasado el día entero!

¡Cuán penosa experiencia aquel primer día de colegio! Y, además, debía considerarme afortunada, ya que habían avisado de que, como tendríamos que ocuparnos de forrar los libros, comprar los cuadernos, los lápices de colores y un larguísimo etcétera, hoy no iban a mandarnos deberes para hacer en casa. Es decir, eso de los deberes es algo que, al parecer, todo el mundo daba por descontado que tendríamos que hacerlos a diario. Y muchos. ¿En qué espanto de vida me habían metido, podría decirse que sin previo aviso? ¿Consideraban que era acaso ese tipo de experiencia la adecuada para una niña como yo?

Capítulo 17

Hogar, ¿dulce hogar?

Llegué a casa hecha polvo. La responsabilidad, la disciplina, la monotonía, todo este conjunto de cosas me amargaban la existencia.

—¿Está mamá? —pregunté a Fermín nada más entrar.

—No te lo puedo asegurar. Solamente sé que el señor marqués se encuentra en casa. Creo que está en su despacho.

Toqué con los nudillos en la puerta del despacho de papá y cuando dijo «adelante», me colé dentro. Estaba limpiando el polvo, con un trapito, a todas sus escopetas de caza:

—Espera, Beatricita, que ahora mismo estoy contigo. A pesar de estar guardadas, de cuando en cuando hay que limpiarlas —me dijo—. Ya sabes lo importante que es el que deje las escopetas bajo llave.

—Sí, papá, ya lo sé —comenté, mientras le contemplaba girar la llave dentro de la gran cerradura de aquella estructura de cristal.

—Ven y dame un beso. Anda, siéntate conmigo en este sofá —dijo complaciente, mientras se atusaba despacio, su bigote rubio, tirando a rojizo, como preparándolo para besarme sin que me picara.

Besé su mejilla con ganas, concentrándome en lo que hacía, del mismo modo en que besaba él. No al aire, sin tocarle siquiera el moflete, como besaba mamá.

—¡Hola, papá! —dije a modo de saludo, mientras me fijaba en su pantalón escocés, con el que seguramente habría jugado golf en Puerta de Hierro, y sintiéndome acariciada por su jersey azul marino de puro cachemir. ¡Qué bien vestido iba siempre! Y, sobre todo, ¡qué bien olía a colonia fresca, a Álvarez Gómez, que usaba a chorros!

—¡Hola mi sol! —contestó, tomándome la mano mientras colocaba sus pies calzados con unos zapatos ingleses bicolores, marrones y *beige* encima de la mesa—. Ya sabes, hija, que esto que hago es una ordinariez, que tú no debes de hacer jamás.

—Ya lo sé, papá. Pero no te preocupes porque yo no lo haré nunca ni diré a nadie que tú lo haces.

—Y, cuéntame, Beatriz, ¿cómo ha ido ese primer día de colegio?

—Vaya... —Yo no quería hablar mucho de ello.

—¿Cómo vaya? ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues regular, papá. Sólo regular... —casi se me saltaban las lágrimas al recordarlo.

—Pero ¿no te has encontrado con niñas simpáticas? ¿No habéis hecho deporte?

—Bueno, hoy, sobre todo, nos han dicho cómo teníamos que estar todo el tiempo en una fila y no hemos parado de rezar.

—¿De rezar? Y ¿qué es eso de la fila? ¡Pero esas monjas son completamente bobas! ¡Ni que estuvierais en una academia militar! ¡Si esto estaba cantado! Y mira que se lo dije veces tanto a tu madre como a la mía. Bueno, no vamos a culpabilizarlas por igual. Gran es una señora mayor que no entiende bien cómo funciona el mundo actual. Sin embargo, tu madre es una mujer de hoy que le ha dado, de pronto, por ensalzar los valores culturales y piensa que no debéis de perder un determinado tren que, en mi opinión, no lleva a ninguna parte. Y ¿Ángela? ¿Cómo le fue a ella?

—Me parece que no muy bien, papá. Creo que también está triste —se me escapó el también que me delataba.

—¿Cómo que también triste? ¿Las dos estáis tristes?

—Un poco, papá. Pero supongo que se nos pasará.

—Di a Ángela que venga.

—Ahora mismo. ¿No está mamá en casa?

—No, hija, no. Se ha ido al teatro con unos amigos...

Avisé a Ángela para que fuera a ver a papá. Yo no quise volver a su despacho. Lo había notado contrariado al ver mi estado de ánimo y preferí buscar a mis hermanos. Constanza y Marta se hallaban en su habitación. Me asomé y me preguntaron, también, qué tal nos había ido en el colegio. Pero con poco interés. Creo que estaban hablando de una cena que tenían porque se probaban trajes largos y se aconsejaban la una a la otra.

—Bien —contesté sin entusiasmo—. Pero me preocupa que mañana tenemos que llevar todos los libros forrados. ¿Podría bajar alguien a comprar forro y celo? Es que mamá no está y *miss* Snowdon puede ayudarnos, pero sólo si tenemos las cosas necesarias para hacerlo.

—Tampoco será algo de vida o muerte —contestó Marta, fijándose en el escote de la espalda del traje que se había probado Constanza—. Si no lleváis los libros forrados mañana, los lleváis pasado...

—¡No! ¡Eso no! Porque nos lo han repetido mil veces. Y no nos han puesto deberes para que nos dedicáramos a forrarlos.

—No te agobies, mona —dijo Constanza—. Eso no es de niñas maduras y fuertes.

—Yo me agobio porque me ha parecido que lo decían completamente en serio...

Pero ellas seguían a lo suyo sin importarles en absoluto mi preocupación. Vagué, entonces, por la enorme casa sin saber bien lo que buscaba. Era incapaz de comprender que lo que buscaba era consuelo, alguien que me tranquilizara, que me

dedicara tiempo... Los chicos estaban por allá, volcados en sus cosas: Alfonso estudiaba en el cuarto de estar de los mayores; Álvaro hablaba por teléfono, cigarrillo tras cigarrillo; e Ignacio, que también se encontraba en casa, estaba como siempre oyendo música: *Un uomo in frac*... Al verme, tuvo la delicadeza de bajar aquella triste canción y, acariciándome el pelo, preguntó:

—¿Qué tal, enana?

—Yo no soy enana —contesté airada.

—Tienes razón. Era sólo una broma, pero te lo pregunto otra vez porque veo que no estás de muy buen humor. ¿Qué tal el primer día de colegio, Beatriz?

—¡Bah! ¡Bien!

—No te desanimes, pequeña. Es algo duro y muy largo. Tienes que tener mucha fuerza para poder resistirlo. ¡Así es la vida de estudiante, hija!

Ignacio, sinceramente, no animaba mucho con estas frases. Pero, al menos, lo intentaba. Y yo se lo agradecía mucho.

—Toma, coge de esta caja de bombones dos o, incluso, tres —me dijo, subiendo otra vez el volumen del aparato de música—. ¡A ver si te alegran la vida!

—Gracias, Ignacio.

—Pero, dime Beatriz, ¿qué te ocurre? ¿Por qué estás tan triste? No puedo creer que todo sea porque te hayas aburrido en el colegio.

Tenía un nudo en la garganta imposible de disimular:

—Pues sí, por eso un poco. Y, la verdad, también por otras cosas...

—¿Qué es lo que te pasa? ¿Me lo quieres contar? A lo mejor podría ayudarte...

—No sé muy bien... Pero hoy no he visto a mamá en todo el día. Y, además, tendría que comentar con ella cosas del colegio. *Miss Snowdon* dice que sin permiso de mamá, no puede comprar forro para los libros, ni gomas, ni lápices de colores, ni sacapuntas, ni cuadernos... ¡Todo lo que nos han mandado llevar para mañana!

—¡Eso es una lata y yo te entiendo! Ahora, si no se lo dices a nadie, te voy a dar un consejo.

—Te prometo que no, Ignacio.

—Mira, Bea, mamá jamás va a solucionar nada relacionado con la intendencia.

—Y eso ¿qué es?

—Que mamá es una nefasta organizadora, aunque ella piense todo lo contrario. Por eso, sería mucho más útil y menos desgastante que digas a *miss Snowdon* que sea ella quien hable con mamá. Pero siempre y cuando venga de ti... ¡no tienes nada que hacer!

—Gracias, Ignacio. Hablaré ahora con *miss Snowdon* y apuntaré en un papel todo lo que necesito. Pero...

—Sé lo que me vas a decir —me miraba, con ternura, a los ojos—, y ni tan siquiera sabes cómo hacerlo.

—Eso. Es que no sé cómo decir que...

—Que lo que de verdad te duele es no haber visto a mamá en todo el día de hoy,

justo cuando has empezado el colegio.

—Exactamente.

—Y que te has sentido como abandonada por ella... Que has llegado a pensar que no le importas y casi no te quiere.

—Pues sí. Y tú, ¿cómo sabes lo que yo siento?

—Por una razón muy sencilla, Bea, es algo muy parecido a lo que yo he sentido durante toda mi vida.

—¿Has pensado durante toda tu vida que no le importas mucho a mamá?

—Sí, claro. Y lo sigo pensando. Pero ahora ya no me importa o, al menos, me importa menos.

—Y ¿cómo has hecho para conseguirlo?

—Pasarlo muy mal porque, antes que nada, he debido de asumirlo. Y luego, tomar distancia de ella.

—No sé si te entiendo del todo, Ignacio...

—Mira, para empezar, yo no tuve a nadie a quien podérselo comentar. Por eso lo pasé tan mal. Y también por eso he pretendido ayudarte adelantándome a tus sentimientos.

—Y luego...

—Y luego, tuve que aceptar a mamá. Alguien lleno de cosas buenas y de otras, malísimas. Para aceptar su personalidad que es tan castrante...

—¿Cómo dices?

—Digo que para aceptar sus cosas malas tuve que reconocer que una de las peores es su arbitrariedad...

—¿Arbi... qué?

—Me refiero a que no es una persona muy ecuánime. Unas veces te quiere mucho y otras, sin saber por qué, parece que le estorbas.

—Eso, Ignacio. Es justo eso lo que yo, tantas veces, siento.

—Pero tú no tienes que preocuparte, Beatriz, le haces mucha gracia.

—¿Tú lo crees?

—Sí, claro. Estoy convencido de ello. Al igual que sé de memoria que se le cae la baba con Alfonso, con Constanza... Con Álvaro también mucho y con Marta y Ángela un poco menos, pero también... Es que ella es partidaria de la gente que nunca le planta cara.

—¿Tú le has plantado cara?

—Sí. Lo he hecho. Y así me va.

—Pero yo en la vida me atrevería a plantarle cara...

—Sí, cuando te cuestionas algunas cosas que hace, que son impresentables. Mira, papá, en realidad, tampoco le planta cara. Sin embargo, ella puede llegar a ser muy cruel con él.

—¿Tú crees que no lo quiere?

—Eso no lo sé. Lo que digo es que mamá tiene una capacidad de amor que a mí,

personalmente, me resulta insuficiente.

—¿Y...? —me parecía que no había acabado Ignacio la frase.

—Y nada. Como hijo me tengo que aguantar. Si fuera su marido, otro gallo cantaría...

—¿Tú crees que no quiere a papá porque no sabe?

—No dije eso, Bea. Creo que te estás haciendo un lío.

—Perdona, Ignacio, no quería...

—No te preocupes. Si es normal que no sepas el significado de muchas palabras. La culpa es mía por no explicarme mejor. Mira, yo sí creo que lo quiere. Pero para ponértelo muy claro, si es que no fuera así, nosotros poco podemos hacer. Si papá se conforma con lo que le da... Es sólo un problema entre los dos.

—Ya...

—Lo que yo digo es que espero que, en el caso de tener mujer algún día, me quiera más de lo que mamá quiere a papá. Y, sobre todo, que sea más expresiva en sus demostraciones de cariño.

—Seguro que encontrarás una chica muy buena que te quiera mucho, Ignacio. Ya lo verás.

—Gracias, Bea. Y tú, hazme caso. No sufras por cosas que no tienen arreglo.

—Eso haré.

—Pero por puro egoísmo, ¿eh? Para no llevarte chascos continuamente.

—Bien, Ignacio.

—Ahora, vete corriendo a darle el papel con todas las cosas que necesitas para el cole a *miss* Snowdon.

Nunca llegaré a saber mi hermano pequeño el bien que me hizo al hablarme de aquella manera tan sincera, tan espontánea, tan de «adulto a adulto». Esto, quizás, es lo que más agradecí, y también lo que más me impresionó. Era la primera vez que hablaba de esta forma con alguien. Con Gran conversaba mucho, pero de otro tipo de cosas, menos íntimas e importantes. Ni que decir tiene que todo lo que me dijo con relación a mamá me dio mucho que pensar. Desde entonces no he vuelto a saber si las cosas malas o desagradables que se intuyen pierden fuerza e importancia cuando haces a alguien partícipe de ellas. Si realmente es mejor decirlas o si, por el contrario, es preferible dejarlas en un presentimiento. Aunque sea un doloroso presentimiento. Bueno, probablemente, es mejor decir las cosas, ponerlas en palabras siempre y cuando la persona que te escucha te quiera... Ignacio me dio más pena de lo que, habitualmente, ya me daba porque hacía mucho tiempo que yo notaba cómo mamá, en realidad, le hacía de menos. Ignoraba si él era consciente de sus desaires y quedé pasmada al ver que sí lo era, y, además, sin permitirse a sí mismo albergar el más mínimo resquicio de duda.

Capítulo 18

Escrúpulos de conciencia

El segundo día de clase fue mejor. ¿Cómo habría podido ser peor? Era casi inimaginable. No me riñeron por no llevar los libros forrados. Pero me apremiaron, eso sí, para que lo hiciera de inmediato. Al ser otro día de la semana, las asignaturas que nos impartieron fueron distintas a las del día anterior. Lo que, al parecer, nunca iba a cambiar era el que nos tuvieran rezando en la capilla: la Santa Misa, como decían las monjas, la visita al Santísimo, la meditación, el Santo Rosario, la Bendición... Además, nos dijeron que todos los viernes del año también teníamos que hacer el vía crucis. Otra cosa que no sabía ni que existía. Pude comprobar que las niñas de mi edad ya se sabían de memoria las estaciones, cuándo debían o no arrodillarse, y una serie de cosas que a mí no dejaban de sorprenderme muchísimo.

Sobre todo me llamó la atención el afán tan desmedido que muchas compañeras tenían por confesarse. Cada tarde, cuando entrábamos en la capilla para rezar el Santo Rosario y asistir a la Bendición, había otro sacerdote en uno de los confesionarios. Siempre se organizaba una cola enorme de chicas que, entre ellas, se iban preguntando: «¿Tú te vas a confesar?» Yo, al principio, no me confesaba. No quería quitar ningún lugar a niñas que veía con cara de angustia. ¿Qué habrían hecho? Yo seguía pegando a Ángela —cada vez con menos frecuencia y, sobre todo, con menos fuerza pues, como me dijo un día enfadada: «Hemos quedado que vale pegar. Pero no con tanta fuerza»— y también se me había escapado alguna mentirijilla, y otras cosas de este tipo... Vamos, que las confesiones que yo pudiera hacer eran enormemente aburridas...

El tercer día, y desde entonces todos los jueves a lo largo del curso, tuvimos una hora de clase de religión. La impartía *mother* Rose. Una monja sevillana, gorda y vieja que, en más de una ocasión, me hizo pensar que estaba como una cabra. ¡Qué clases! Las cosas tan alambicadas que nos decía, gesticulando mucho y con aquel acento tan denso que aburría a los muertos, no era capaz de entenderlas:

—¡Yo no digo ná! ¡Ná de ná! Pero hablo de la noshe, una shiquilla, un shiquillo, solos en un coshe y... —Permanecíamos todas en un suspense terrible y un silencio en el que podría oírse el vuelo de una mosca, esperando que continuara:

—¿Y...? —se atrevía alguien a romper el silencio.

—Pue ezo, la niña, el shico, la noshe, una cuesta, Sevilla... Y ez que Sataná ronda

por too lao...

Y como, al parecer, no encontraba bastante agobiante su mensaje pretendidamente subliminal, proseguía:

—Conosí, en una ocasión, a un shico que, lleno de tentasione y por no estar bien aconsejao, cayó de lleno en un pecao grande, el de puresa... Él s'arrepintió enseguida. Má no fue suficiente. La noshe inmediatamente anterió al día en que iba a pedí perdón al Santísimo a travé del confesor, se encontró mal, le falló el corasón, y se murió de madrugá...

Veía, cada jueves, las caras descompuestas de mis compañeras cuando seguía contándonos truculencias siempre en torno al mismo tema. En aquella clase comprendí por qué aquellas niñas, al igual que acabé yo por hacer, no paraban de acercarse al sacramento de la penitencia. Fueron muchos, muchísimos, los religiosos de todo tipo y condición que, durante aquella época del nacional-catolicismo, se encargaron de deformar conciencias. Se trataba de gente enferma a la que le favorecía el Sistema. El ambiente que respirábamos, el entorno en general, fomentaba el miedo. Estos enviados que creían portar un mensaje mesiánico lo conseguían sirviéndose de algo terrible: la manipulación del amor divino, del Evangelio...

También nos impartían clases de «labores». Teníamos unos pañitos en los que practicábamos bodoques, ojales, vainica ciega, punto de cruz... que solían acabar negros de tanto coser una puntada para deshacer cuatro. Gracias a Juliana y sus habilidades con la aguja pude presentar los pañitos en la exposición de final de curso y más o menos impolutos debido al almidón y al planchado.

Mientras andábamos enredadas entre los hilos, se encargaban de leernos vidas de santos. Tuve conocimiento de la santa que le arrancaron los pechos por guardar íntegra su castidad, del que asaron vivo en una parrilla enorme o del que le dejaron el cuerpo acribillado a flechazos y otras existencias similares que de no ser alguien muy relajado y muy fuerte, algo difícil a los nueve años, te dejaban los nervios de punta y el corazón y la conciencia encogidos.

Teníamos clase hasta el sábado a mediodía. Durante el día y medio que nos quedaba para comenzar la semana de nuevo, nuestra actividad social era frenética: cumpleaños en casa de las Pedregal, dos hermanas buenísimas de origen asturiano que vivían en la calle de Alfonso XII; en la de Escudero, Tere y María José, cuya espléndida casa se encontraba en General Goded; también en casa de Urioste y de Ramón y Cajal, en General Mola. Recuerdo la Primera Comunió de Ana María Entrecanales, de María José Gómez Acebo o de Pili González del Valle, mujer risueña y con un sentido del humor a prueba de bomba, actual condesa de la Vega de Anzo, entre otras.

También nos invitaban e invitábamos mucho a pasar el domingo en el campo. Y cuando digo campo, me refiero naturalmente a las fincas privadas, nunca a ese campo abierto adonde iba el pueblo, que según mis padres «acababa de descubrir, cuando todavía no había terminado de salir de él». Allí era más sencillo cantar, gritar o correr,

sin necesidad de recurrir a los odiosos juegos Geyper.

El domingo por la tarde no había consuelo posible ante la inevitable realidad de comenzar una nueva semana y recuerdo, con nitidez, el pedir en misa al Niño Jesús que me concediera el ferviente deseo de ponerme enferma. En general, no me hacía caso. Por eso, en algún momento, me vi forzada a poner el termómetro junto a la bombilla de mi mesita de noche para que la temperatura subiera. Y es que aquella leyenda de ponerse los papeles secantes en los pies a mí nunca me funcionó. Desconocía el *know how*. ¡Esos días sí que disfrutaba de una injustificada holgazanería! Jamás sentí el menor remordimiento.

Nuestra asistencia al colegio continuó siendo el contencioso que daba pie a una guerra abierta entre papá y mamá. En muy pocas ocasiones había visto a mi padre pelear sin tregua, como hizo, con el fin de que ella abandonara su idea. Sea como fuere, debo reconocer que, a pesar de que fuésemos nosotras, esta vez, el motivo de sus irreconciliables diferencias, decidí aprovecharme de ello siempre que tuviera ocasión. Por eso, había mañanas frías de invierno que, cuando *miss* Snowdon nos despertaba temprano para ir a clase, a pesar de que lo hacía con dulzura, con tanta que, en general, se ponía a cantar canciones en inglés, a nuestro oído, a mí me daban unos ataques de pereza monumentales y, como siempre he sido de la opinión de que no hay peor gestión que aquella que no se hace, salía de nuestra habitación, cruzaba la casa entera por la parte de recibo hasta alcanzar el vestidor de mi padre. Una vez en él, me acercaba a la puerta de su cuarto de baño y en voz baja, para que mamá no se enterara, utilizaba todas las armas a mi alcance para no asistir ese día al colegio:

—¿Quién es? —preguntaba papá.

—Soy yo, papá, Beatriz.

—Espera. Ahora mismo te abro.

—Hola, mi vida. ¡Qué gusto verte! —decía, dando un beso al aire en esta ocasión, ya que se encontraba con toda la cara enjabonada para afeitarse.

—Buenos días, papá. Es que...

—Es que me da la impresión de que te pasa algo.

—Pues la verdad es que sí... Yo creo que...

—También me parece que sé lo que te pasa...

—¿Sabes lo que me pasa? —preguntaba yo, incrédula.

—Pienso que sí. Pero dímelo tú por si coincide con lo que yo pienso.

—Es que creo, papá, que me duele un poco la garganta.

—Es eso, exactamente eso, lo que iba a decirte.

—Y tú ¿cómo lo sabías?

—Pero querida ¿cómo te sorprende que te duela la garganta con este horrible frío que hace? ¡Si está toda España acatarrada! Hoy no podéis ir al colegio. Pero bajo ningún concepto, ¿eh?

—¿Tú crees que no, papá?

—No es que lo crea. Es que estoy convencido de que se trataría de una temeridad.

Como hacia las doce mejorará el tiempo, diré a uno de los mecánicos que os lleven a disfrutar de un día de aire y sol. Como si fueseis niñas normales.

—Gracias, papá —decía yo, conmovida.

—Ahora, corre a la cama, métete en ella y quédate allí descansando, que es, en realidad, lo que deberíais hacer a diario. Dame un beso, mi sol.

—Pero ¿qué he de decir a *miss* Snowdon? —preguntaba yo, de puntillas, para alcanzar su mejilla.

—Nada. Que papá ha dicho que hoy no vais al colegio. Así de fácil.

—Y ¿mamá? —mi pretensión era dejarlo todo atado, sin ningún fleco que pudiera, luego, amargarme el día.

—Y mamá... Nada. De eso me encargo yo.

Cuando ya mi padre me había tranquilizado hasta el punto de poder relajarme, se oía a lo lejos, la voz de mi madre:

—¡Paddy! Me ha parecido que hablabas con alguien y...

—Ahora voy a tu dormitorio, Connie. Ahora te cuento.

Había abierto para entonces la otra puerta del cuarto de baño, la que daba a un saloncito que compartían y, al mismo tiempo, me despedía a mí haciéndome una cruz en la frente y rogándome con la mirada que desapareciera de allí, que regresara a mi habitación corriendo. Antes de desaparecer de aquella zona noble, me daba tiempo a seguir escuchando las terribles quejas de mamá:

—¡De qué dolor de garganta me estás hablando, Patricio!

Y yo no podía escuchar lo que decía el pobre papá en su propia defensa. Pero sí imaginaba que bien, lo que se dice bien, no lo estaría pasando. Además, cuando tuviera que decirle, para colmo, que a media mañana vendría a recogernos el mecánico para pasar el día en el Pardo... Eso ya no quería ni imaginarlo... Así que optaba por volver a nuestra habitación a informar, con gesto triunfal difícilmente disimulable, a *miss* Snowdon de la decisión de papá.

—*But tell me something, Beatrice, did you lie to your father?*

—*Not really, miss Snowdon.*

—*What does not really means?*

—*Not so much. Just a little bit.*

Después, guiñaba un ojo a Ángela y le decía:

—Vamos, a la cama. Hoy tenemos que descansar porque tengo un poco de dolor de garganta.

Y luego, cuando *miss* Snowdon había abandonado nuestra estancia:

—Ángela, ¡mira qué bien me ha salido todo! Ahora dormimos otro rato largo en lugar de salir con este frío horrible. Y después, a media mañana, iremos a jugar al campo...

—Bea, dime, ¿has mentido a papá, aunque sea un poco?

Su inagotable bondad llegaba a hacerme sentir una mala conciencia que yo rechazaba de pleno:

—Mira, puedo decirte que no le he dicho toda la verdad. Pero debes estar tranquila. Papá sabía tan bien como otras veces que yo exageraba un poco lo del enfriamiento. Lo que pasa es que es él quien no quiere que vayamos a clase con este frío. Bueno, en realidad, ni con este tiempo ni nunca.

—¡Qué cara dura tienes, Beatriz! —murmuraba mi hermana con un tono de voz lastimero.

—¡Encima quéjate! Consigo que no vayamos al colegio y además pasar el día en el campo y me vas a reñir... Y tú, mientras tanto, sin mover un dedo, sin arriesgar nada. ¡A mí me encantaría que alguien se ocupara de hacerme las gestiones que yo te hago a ti! Pero tú, como siempre, en vez de agradecérmelo, te quejas.

—Yo no me he quejado, Beatriz. Nunca me he quejado de lo que haces porque me parece muy difícil. Son cosas que yo no podría hacer nunca.

—¡Claro! ¡Como tú eres tan buena hay ciertas cosas que nunca podrías hacer!

—No he dicho nada de eso. Al revés, no las puedo hacer porque no me atrevo.

—¡No exageres, Ángela! —me empezaba a dar pena su enorme humildad—. Vamos a acabar este asunto para poder dormir un poco. ¿Hacemos las paces?

—Sí. Me parece muy bien lo que dices. Yo quiero hacer las paces contigo. No me gusta nada discutir. Ni que pienses cosas que yo no siento y...

—Pero Ángela, ¿hacemos las paces y guardamos silencio?

—Muy bien, Bea. Nos dormimos. Pero luego, ¿jugarás conmigo a las visitas?

—Sí, pero no mucho tiempo, ¿eh? Prefiero mirar el álbum de Peter Pan para ver si de una vez acabamos la colección.

—Mamá dice que parecemos tontas porque los de los quioscos no ponen una serie de cromos para que los niños gasten dinero tratando de acabar un álbum y, así, ellos se forran.

—Eso no puede ser Ángela, porque si no, la gente no compraría los sobres. Además, dos niñas de mi clase ya la acabaron hace tiempo. Y ahora, Ángela ¿paramos de hablar y nos dormimos?

—Sí. Como tú quieras, Bea.

El juego de las visitas, algo que a Ángela le entusiasmaba, era verdaderamente horrible. En más de una ocasión, según pasaba el tiempo y mi hermana pretendía seguir jugando a lo mismo, llegué a preguntarme si no se trataría de algo anormal. Pensaba que o bien Ángela no era muy lista o, por el contrario, a lo mejor sí lo era pero conservaba esta afición que a mí siempre me pareció muy extraña. Más tarde, comprendí que no respondía a ninguna de las dos cosas. Más bien todo lo contrario. Mi hermana manejaba su aislamiento con enorme imaginación y también con una dosis de observación poco corriente en una niña de su edad. Y es que el juego, en concreto, consistía en hacer una parodia de los mayores, de aquel mundo que nos rodeaba y al que el acceso que teníamos era escaso. Pero ya para entonces Ángela se fijaba en todo tipo de movimiento, de frase e incluso de entonación que utilizaba mi madre para hablar con sus amigas, con sus hermanas... De este modo, para hacer ella

una magnífica *mise en scene* trataba de que yo le siguiera la corriente, haciendo de segundo personaje, aunque estuviera prácticamente muda. Cuando yo me negaba o me cansaba de jugar a aquello que, por entonces, me parecía un sin sentido, ella proseguía a su aire. Era entonces cuando yo podía observar el mérito que tenía:

—Paddy —imitaba a mi madre entrando en una habitación con el mismo y afectado tono de voz—, ¿dónde te has metido?

—Estoy aquí, Connie, en mi despacho —se contestaba ella a sí misma, esta vez, imitando también perfectamente a papá.

—Paddy, dicen los Azqueta que estarían encantados de que mañana noche comiéramos con ellos y con el embajador de Austria antes de que dé comienzo el baile. ¿Qué te parece?

—Yo no tengo inconveniente alguno, Connie.

Ángela, para entonces, había tomado un periódico en sus manos y lo leía como lo hacía mi padre, mientras con la mano derecha se atusaba el bigote del mismo modo que él solía hacerlo:

—¿La embajadora es esa gorda que almorzaba el día pasado contigo en Puerta de Hierro?

Mamá, supuestamente, comenzaba a crisparse:

—Sí. Es gorda y más cursi que el agua de limón... *But anyhow you are not answering to me.*

Ángela imitaba a la perfección esa especie de indolencia de nuestro padre:

—*I don't mind, dear. Just as you like...*

—¡Patricio! —De nuevo, volvía a hacer de mamá, sólo que algo más crispada esta vez—. ¡Mírame! Te estoy tratando de robar sólo un minuto de tu tiempo. Te agradecería fueras lo suficientemente amable, por no decir correcto, para que durante ese minuto me mires a la cara. Haz el favor de dejar el periódico hasta que resolvamos esta duda.

—Bien. Tienes razón, Connie. Pero que yo sepa, no hablamos de ninguna duda existencial ¿no?

—Pero ¿tú sabes lo que es existencial? —preguntaba yo a mi hermana, impresionada por su vocabulario.

—No, claro que no. Es que si tuviera que conocer todas las palabras que dicen los mayores, nunca podría jugar a esto.

Y así podía continuar mi hermana durante horas tan entretenida representando aquella escena que reflejaba fielmente la convivencia entre nuestros progenitores.

Lo que sí notaba, cuando estaba enferma real o imaginariamente, era la diferencia entre el enorme caso que me hacía la abuela y el escasísimo que me hacía mamá. También papá venía a mi habitación, al menos dos veces al día, a preguntar cómo me encontraba y, una vez allí, me tocaba la frente por si tenía fiebre, me arreglaba el embozo y me sonreía, mostrando aquella espléndida dentadura que tenía. Siempre tuvo una mano dispuesta a acariciar... suave, pecosa y llena de ternura.

Gran también subía a verme sin parar. Como yo me tenía que hacer la enferma y debía poner un gesto triste, quería alegrarme como fuera. Por eso, en muchas ocasiones en las que estuve en cama, solía mandar a Francisco o a Jesús a Pabú, la mejor tienda de juguetes de Madrid, en la calle Serrano. De pronto, me encontraba una enorme muñeca en mi habitación o un coche con pedales que tenía que limitarme a mirarlo porque no iba a ponerme a jugar allí, curada como si fuese un milagro, delante de todos.

—Abuela, gracias, muchísimas gracias.

—De nada, querida.

—Pero ¿sabes qué, Gran?

—¿Qué?

—Que no me puedo levantar. Y así, calculando a base de mirarlo, no sé si habría que subir el volante del coche.

—¡No te preocupes, mi vida! A ver si mañana estás mejor y ya lo pruebas.

Pero no sabía de mi impaciencia:

—Abuela ¿puedo pedirte un favor que es secreto?

—Dime ¿de qué se trata?

—Ahora, cuando *miss* Snowdon vaya a vigilar el baño de Ángela y nos quedemos solas... ¿me dejarás levantarme un momento para ver hasta dónde me llegan las piernas?

—Si te pones la bata y las zapatillas, sí. Pero no se lo tenemos que decir a nadie, Beatriz.

—¡Eso, Gran! No se lo vamos a decir a nadie. Gracias, Gran.

—Dime, *darling*, ¿y tu madre?

—No lo sé, abuela —ya sabía que iba a dar contra mamá y casi me alegraba—. He preguntado por ella...

—¿Y...?

—Y unas veces me dijeron que estaba almorzando, otra que tomando café, otra que hablando por teléfono...

—¡Qué caso de mujer!

—Bueno, ella hizo venir a Marta para saber si quería algo. Pero yo lo que quería era verla y no iba a decírselo a Marta para que me llamara mimada.

—¡Yo, mí, me, conmigo...! ¿Qué va a querer la pobre niña?

—Ahora creo que está en casa de Churruca jugando a *bridge*.

—Pobrecita, ¿quién te quiere a ti?

—Gran.

No dudaba que era eso lo que quería oír. Pero era más generosa de lo que yo había supuesto:

—Gran, papá, tus hermanos, *miss* Snowdon, Juliana, y tanta y tanta gente... —me decía mientras me besaba la mano.

Y así, entre enfermedades reales y fingidas, vacaciones de Navidad y de Semana

Santa iba pasando el curso. Un tiempo que se me hacía eterno, supongo que como sucede a la mayoría de los niños.

También este primer año de colegio me enteré de lo del «lacito». Mi tutora comenzó a comentar que en unos días nos diría quiénes de nosotras podíamos acceder al mismo, que era, según explicó, el primer paso para obtener más tarde la banda estrecha, luego la mediana y, finalmente la ancha. Una vez que tuviéramos esta última, ya nos convertíamos en «Hijas de María». Pero no se trataba de algo fácil. Todas y cada una de las monjas que creían instruirnos en alguna asignatura tenían el derecho a hacer una cruz junto a nuestro nombre en un listado que ellas manejaban. Si esto ocurría, la posibilidad de obtener cualquiera de las cintas se posponía hasta el siguiente trimestre.

Para mí, el tener o no las cualidades que ellas consideraban oportunas para esto carecía del valor que las monjas y las otras niñas le otorgaban. Un sábado por la mañana, después de la procesión que hacíamos andando por todo el jardín en fila, cantando unas cosas rarísimas, nuestra tutora pasó a informarnos de toda aquella historia de las cruces. Se respiraba cierto nerviosismo en la clase cuando ocupamos nuestros sitios. Mamá había dispuesto que ése fuera el último día de colegio. Nos daban las vacaciones el miércoles santo. Pero ella había decidido que no íbamos a perder días de tomar el sol y el aire, que dejaríamos Madrid al día siguiente, domingo, junto a mis padres.

Contemplé estupefacta cómo rompían a llorar las niñas que eran nombradas por tener cruces, por lo cual no podrían recibir el famoso «lacito» este trimestre. Al mismo tiempo, se decía quiénes habían sido las monjas que se las habían puesto, por lo que entre lágrimas se les oía comentar:

—¡Lo sabía! ¡Ya lo sabía! Es que a mí *mother* Filomena me tiene manía porque cree que soy igual de descarada que mi hermana y no es cierto. ¡Esto no es justo!

—No se pueden decir esas cosas sin saber las verdaderas razones de *mother* Filomena —respondía *mother* Mary—. Eso, de cara al Señor, es peor que no tener «lacito». Porque es, sencillamente, el demonio el que te arrastra a tener este ataque de soberbia...

Y seguían a éste todo tipo de comentarios igual de demenciales. No podía entender aquel drama que, de pronto, se había organizado. Menos aún pude comprender el hecho de ser yo «apta» para recibir la distinción. Lo cierto es que me puse contenta, seguramente, por puro mimetismo. Si aquellas niñas se sentían tan desgraciadas por no haber tenido acceso a él, se suponía que yo debía de estar encantada de la vida.

De pronto, caí en la cuenta: me encontraría ya en el campo el martes, que era cuando iban a condecorarnos. Por tanto, cuando los ánimos en general, se calmaron, me acerqué con discreción a *mother* Mary y se lo dije.

—No me estará usted diciendo, Beatriz, que prefiere irse al campo, de vacaciones, que recibir este honor que le ha sido concedido.

—No, *mother*. Es que yo tengo que obedecer a mis padres. Seguro que mi madre no me deja quedarme en Madrid para recibirlo.

—¡Esto que me está diciendo es un descaró y una desvergüenza! ¡Haga el favor de sentarse!

Ya, desde mi pupitre, seguí oyendo su voz de pito:

—¡Nunca jamás había visto desplante semejante! Pero quiero que conste, Beatriz, que no se trata de un feo, de una bofetada que me da usted a mí, ¿eh? Es una bofetada que usted le propina a la Virgen María.

Ante semejante burrada, sin saber si llorar o reír, pero teniendo claro que las cosas no podían quedar de aquella manera desde mi pupitre contesté:

—*Mother*, si usted lo interpreta así, debo responderle que la Virgen María, con lacito y sin él será siempre mi madre del cielo. Aquí, en la tierra, tengo otra que se llama Constanza...

¡Se organizó un revuelo! La monja, roja de ira, dejó su estrado y, tomándome por el brazo, me daba empujones hacia la puerta de la clase, gritando:

—¡Así, así son los hijos de la aristocracia española! Menos mal que el Caudillo nos asiste para impedir que los nobles nos arrollen con sus prebendas, con su arrogancia... ¡Vamos al despacho de *mother* superiora!

Y allí nos fuimos. Yo, muy seria y la monja, con lágrimas de cocodrilo en los ojos, cada vez más histérica y más fuera de sí. Estuvimos en la antesala de la superiora unos quince minutos, tiempo que ella aprovechó para meterse, otra vez, con los nobles, los aristócratas e, incluso, la monarquía. Quería que mi madre viniera, inmediatamente, al colegio. No tenía ni la más ligera idea de la desproporción de su exigencia. ¡El lío que organizó para que su compañera en Cristo pudiera entender algo! Al final, tuvo que inventarse frases y palabras nunca dichas por mí para resultar más convincente.

Llamaron a casa. Atendió el teléfono Fermín:

—La señora marquesa ha salido.

—Pues haga usted el favor de decirle, en el mismo instante en que llegue, que llame aquí, al colegio de su hija Beatriz, por un asunto grave.

La histérica monja se fue escaleras abajo y yo quedé de rehén en la antesala del despacho de *mother* superiora. Esta, menos tonta que *mother* Mary, prosiguió con sus asuntos. Le escuché mantener una conversación telefónica con alguna floristería. Quería conseguir claveles blancos al menor precio posible... A la media hora, sonó un teléfono y, enseguida, comprendí que era mi madre:

—No, doña Constanza, no. En ningún momento hemos tratado de darle un susto de muerte como usted dice. Simplemente, Beatriz se ha soliviantado y ha dicho cosas muy improcedentes a *mother* Mary. ¿De qué tipo? No sé explicárselo bien porque yo no he presenciado el incidente. Pero se trata de algo relacionado con la Virgen... Sí, con la Virgen... Pero no me grite, doña Constanza... Bueno, señora marquesa, no creo que sea para ponerse así.

Era evidente que mamá le estaba cantando las cuarenta en bastos a la superiora.

—Es que ha debido decir cosas muy terribles... Pues algo de pegarle una bofetada a la Virgen María... ¡Ah! También que a ella, como se tiene que ir al campo, no le importa no ser Hija de María porque ya es hija de Constanza. Asimismo, dijo. Y, claro, *mother Mary*, su tutora, pretende que, a ser posible, venga usted por aquí para aclarar todo.

Ahora empezaban las monjas a captar la personalidad de mamá, y a escandalizarse, por supuesto:

—Pero ¿cómo que la señora marquesa no está para aclarar tonterías entre una monja y una niña? Si quiere que sea franca, no le entiendo, señora marquesa... Sí, de acuerdo, como usted diga. Ahora mismo pueden pasar a recogerla.

Se oyó una voz fuerte desde el otro lado de la puerta:

—Beatriz, haga el favor de recoger sus cosas y bajar a portería. Espere allí hasta que vengan a buscarla.

Esta reacción de mi madre, tan inusual, tan *au-dessus de la meleé*, como diría ella, era algo muy difícil de asimilar siendo tan niña. Mamá tenía cosas malísimas y buenísimas, como la de descubrir, de inmediato, la forma de ser de aquellas monjas. Sólo con las tonterías que había oído decir a la superiora podía imaginarse las que escucharía de la monja «rasa». En este caso concreto salí ganando por la mano, al menos, en principio, porque luego me tomarían manía para siempre jamás. En cualquier caso, había que admitirlo ¡Mamá siempre se salía con la suya!

Capítulo 19

Periodista, un pelo en la sopa

El verano de 1960 fue algo diferente a los anteriores. Poco a poco iba ganando libertad, ya que mamá abría la mano. Más que por ninguna razón aparentemente meditada ni, por supuesto, con un afán de agradar que era inexistente, lo hacía como por pura desidia. Pude hacer algún plan extra como, por ejemplo, asistir al torneo de tenis internacional que se celebraba en el Real Club de Tenis Jolaseta al que hasta entonces no se me había permitido entrar.

No es que me apasionara el tenis como juego, ni tampoco llamaban mi atención las grandes figuras como Gimeno o, luego, Santana. Lo que realmente buscaba era sentirme algo más libre y mayor de lo que se me había permitido hasta entonces. Al ser un evento de importancia, se daban cita todo tipo de personas de diferentes edades, excepto los niños, naturalmente. Iban a ver los grandes partidos desde mis padres y sus amigos hasta mis hermanos con los suyos. En fin, que en el Jolaseta teníamos la posibilidad de mezclarnos personas de todas las edades.

La pobre Ángela permaneció compartiendo las tardes con *miss* Snowdon en Zugazarte, la Avanzada o el Muelle, mientras yo acompañaba a mis progenitores. Una vez allí, mi sociabilidad me ayudaba a entablar conversación con unos y otros. Me fijaba, sobre todo, en los chicos que tenían, por lo menos, un par de años más que yo. Esos a los que no había tenido ocasión de tratar nunca. ¡Eran mucho más atractivos e interesantes que los de mi edad!

Cuando el torneo finalizó, era incapaz de volver a seguir con mi aburridísima rutina de la que Ángela y *miss* Snowdon formaban parte. No me quedó más remedio que hacer de tripas corazón. Pero consideré el momento oportuno para, de vez en cuando, preguntar a mamá si podía ir de excursión, a una chocolatada a la ermita de San Bartolomé. Curiosamente, no me lo negó. En otra ocasión dije que me había llamado una amiga para animarme a que compartiera plan con ella y otras muchas niñas: como hacía un día espléndido, habían decidido ir al golf en un autobús, que subía y bajaba desde allí a Las Arenas pasando por Neguri con regularidad, y quedarse a almorzar en la piscina. Su cara, como expliqué antes, no reflejaba ningún entusiasmo desbordante. Pero tampoco me negó aquella posibilidad. Ni tan siquiera para san Ignacio, patrón de Vizcaya, me impidió acudir con el mismo grupo de gente a las barracas. Allí, en el «balansé», cuatro años más tarde, continuaba Johnny Prado.

Seguía tan guapo como siempre. Tan bien vestido como toda la vida e igual de suicida. Debí de pensar, entonces, no así como ahora lo expreso, pero con otras palabras, que los chicos maduran mucho más tarde que las mujeres. Yo ya no pensaba subirme allí ni atada. Además, había escuchado a papá decir que este tipo de cosas en España eran de un peligro máximo. La razón era muy clara: aunque se decía que había control en estas atracciones, rara vez se correspondía con la realidad. Según él, en Europa sí existía un riguroso control, ya que todas ellas estaban concentradas en un parque. Pero en España, la misma barraca estaba tan pronto en Santander, en Bilbao o en Sanlúcar de Barrameda y sus propietarios, como eran pobres de solemnidad, no se gastaban ni un duro en su mantenimiento. Por eso, tan indocumentados ellos y sin tener ni la más ligera idea de la que les podía caer encima por un desgraciado accidente —aunque lo más probable es que ni así se les cayera encima nada—, cuando notaban que los goznes del artilugio chirriaban, decían a su socio:

—Manolo, a ver si das algo de grasa a estas cadenas. Y, de paso, echa un vistazo a las zapatas de los frenos...

Papá decía que montarse en esos cacharros era como pedir al santo Ángel de la Guarda que te llevara con él. Y que no hubiera más muertos en este tipo de ferias era en su opinión menos comprensible, mucho menos —enfaticaba— que el misterio de la Santísima Trinidad. Mi padre hablaba poco, pero lo que decía tenía fundamento. Para nada practicaba el *easy talking*, algo por lo que mi madre siempre le recriminó. Así que cuando él afirmaba algo, yo le creía a pies juntillas.

La abuela continuó invitándome constantemente —a mí y sólo a mí— a merendar a Zuricalday y, también por sus conversaciones, yo podía detectar que ella que había sido pionera en tratarme con el respeto y la consideración que toda persona merece, hasta los niños pequeños, ahora se permitía dirigirse a mí con menos cortapisas, haciéndome incluso partícipe de secretos que, de otro modo, habría tardado mucho en enterarme:

—Ya sabes el notición ¿no? —me preguntó una tarde que merendábamos en el sofacito, en la mesa reservada por la doncella del establecimiento, junto a la chimenea.

—No sé a qué te refieres, Gran —pretendía no desilusionarla, pero tampoco iba a mentirle.

—Me refiero, Beatriz, a las novedades amorosas de Constanza, tu hermana.

—Pues yo, abuela, no sé mucho. Sólo que un chico de Madrid le llama por teléfono sin parar. Y que, además, ha venido mucho este verano a verla.

—Lo imaginaba. ¡Es curioso el observar hasta qué punto somos las personas diferentes unas de otras!

—¿Qué quieres decir, Gran? ¿Te refieres a que mamá no nos ha comunicado nada sobre ese asunto?

—Exactamente.

—Bueno, yo no sé si a los mayores les dijo algo. O, tal vez, la propia Constanza les ha podido hablar de ello. ¡A mí como me toman por el pito del sereno!

Esta respuesta guardaba un cierto cinismo, pero de cara a la abuela, haría el efecto suficiente para que me contara todo con mucho más detalle.

—A eso me refería, Beatriz. Creo que vas teniendo edad para ser informada de las cosas importantes, de los acontecimientos que ocurren en el seno de tu familia más cercana.

—Eso pienso yo. Pero...

—Pero es que como tu madre está como un puma con ese noviazgo, pues se lo calla. Puedo entender y, de hecho, entiendo que no es el de tu hermana un compromiso de ilusión. Que tus padres esperaban algo mucho mejor para su hija mayor, sí. Pero tampoco hay que dramatizar porque...

Y me precipité, cortándole y siendo maleducada, sin querer:

—¡Y mamá dramatiza!

—¡Claro! Dramatiza porque no tiene idea de cómo actuar. ¡Como si por hacerlo de una determinada manera fuera a frenar el noviazgo! De cuando en cuando, no deja de sorprenderme su ingenuidad.

—Sí, puede que a veces lo sea, Gran.

—¿Cómo no, *darling*? Está, en estos momentos, dando una clara prueba de ello. No hay nada peor que oponerse a la boda de un hijo, para que algo que puede acabar por sí mismo tome una fuerza casi sobrenatural.

—Entiendo, abuela. A lo mejor ellos no se iban a casar finalmente y por...

—Ésa es la cuestión. Todos los amores prohibidos son los que, más bien antes que después, acaban en el altar. ¡Pero ella, tan inteligente no es capaz de asumir esta realidad y reaccionar de otro modo!

—Pero ¿tú crees, Gran, que de haber reaccionado mamá de manera diferente, Constanza no sería novia de este chico?

—¡Ah, no! Yo no digo eso porque eso es mucho decir y no soy adivina.

—Te entiendo. En tu opinión, de haber reaccionado mamá de otra manera cabía la posibilidad...

—Naturalmente. ¡Pero como estamos ante una mujer tan temperamental! No son pocas las ocasiones en las que es presa de su propio carácter. Yo que ella jamás le habría organizado la escena que le organizó a Constanza el día pasado cuando esta infeliz osó intentar abrirle su corazón...

—Pero, dime una cosa, abuela. ¿Por qué no le gusta el chico?

—Eso es sencillo de comprender. ¡No es nadie!

—¿Es un don nadie?

—No Beatriz. Ni siquiera es don. ¡Es nadie!

No me resultaba fácil captar el matiz que en un cierto círculo debía de ser de primer año de catón, ya que luego me hartaría de oírsele decir a mi madre con las mismas palabras.

—Será que no le conocen, que no es un chico conocido, ¿no, abuela?

—Más bien tengo para mí que no le conocen ni en su casa...

—Creo que se llama Jaime —dije tontamente, pensando que, tal vez si daba su nombre, podría echar una mano a la pobre Constanza, que me estaba empezando a dar una pena tremenda.

—Sí, eso creo yo también. Es Jaime el que no para de telefonarla, ¿no?

—Y pasa que no saben cómo se apellida —añadí yo, con cara de póquer.

—¡Pero qué dices, Beatriz! Saben cómo se apellida porque se lo ha comentado Constanza a tu madre. Pero es un pobre hombre a quien nadie conoce. Si hasta creo que es periodista, ¡con eso te digo todo!

Y soltó lo de periodista con el mismo desprecio con que podía haber dicho carbonero.

—¡Pobre Constanza! —dije como pensando en alto y sintiendo lástima por ella y no en el sentido en el que la abuela interpretó mi comentario.

—¿Te das cuenta? ¡Periodista! Es que hay profesiones que, realmente, son oficios. No es serio, la verdad, decir que tu yerno es periodista. Es algo tan tonto que yo no sabía ni que existían semejantes estudios. En mis tiempos, el que valía para la pluma ¡pues escribía! ¡Como ha cambiado todo ahora!

—Te entiendo, Gran.

La verdad es que no entendía nada. Sólo que, desde su edad, el mundo actual le pareciera incomprensible. Sólo eso. La abuela cambió de protagonista y ahora se refería a mi padre, su adorado hijo.

—Me parece que la reacción de tu padre más sosegada, más tranquila, es mucho más práctica y eficaz que los aullidos de tu madre.

—¡Pobre Constanza! —repetía yo, sin saber qué decir y tratando de no entrar en profundidades.

—Pobre, sí, pero hasta un punto, la verdad. No me parece normal o, incluso, me parece rebuscado que una chica que ha estado toda su vida rodeada de gente conocidísima y estupenda vaya a enamorarse de un pobre que no se sabe ni de dónde sale.

Me dieron ganas de ser sincera y decirle que precisamente por eso, tal vez por haber estado toda la vida rodeada de gente tan «maravillosa», había surgido en ella una especie de rechazo por las personas consideradas como tales. Esto lo pienso ahora, pero entonces, probablemente, no habría sido capaz ni de formularlo.

Fue llegar a casa y darme cuenta de todo lo que me había contado Gran. Me reproché, hasta el infinito, no haberme dado cuenta de las ojeras que tenía mi hermana mayor. Tampoco del grado de férrea seriedad que reinaba en aquel enrarecido ambiente. Marta, Alfonso y Álvaro se comportaban de una manera demasiado solícita con Constanza como para no descubrir la huella de la tragedia. Papá no cenaba en casa y mamá estaba descansando en sus habitaciones. Ignacio, otra noche más, escuchaba el *pick-up*, ajeno a todo, y hasta Ángela, en un determinado

momento, preguntó a Juliana por su burrito, el del imán. Me habría gustado decir a Constanza que la quería, que no se preocupara y cosas de este tipo. Pero sentí miedo de meter la pata. Sin embargo, yo también pasé a ser muy amable con ella y todo lo cariñosa que pude, sin que se notara que nadie me había avisado de su drama. No paraba de dar vueltas a mi cabeza. Empezaba por pensar cómo lo habría tenido que pasar de mal si, como decía la abuela, mamá se había puesto, al enterarse, como una fiera. Y la verdad es que esta posibilidad no me parecía improbable ni mucho menos. Y también pensaba cuál sería la razón por la que una determinada persona, ante un hecho concreto, reaccionaba de una forma opuesta a otra. Esto, en unos padres, no podía ayudar nada. Ahora, lo que no se me quitaba del pensamiento es lo que de verdad significaría ser un periodista para que se hubiera organizado semejante lío.

Y es que parecía que teníamos idea de lo que era un periodista. Pero a la hora de la verdad, como aquella, cuando queríamos saber con precisión lo que hacía en su día a día, yo, como supongo que el resto de mi familia, no tenía ni idea. Sí, claro, escribe en periódicos... Pero ¿de qué podía escribir en un periódico una persona seria como imaginaba yo que sería Jaime? ¿Sobre la guerra, sobre Eisenhower y los Estados Unidos? ¿Acerca de Evita y Perón? Porque, pensándolo bien, una persona que se dedicara al periodismo no tendría que ser alguien que escribiera notas en *El Diario Vasco* poniendo, por ejemplo, las personas que habían llegado a pasar el verano a San Sebastián: «Llegó de Pamplona doña Dominica Zabalegui, viuda de Ruin, con sus hijos, los señores de Bidegain-Nuin, y nieta María Isabel. Del mismo punto, los señores de Labiano-Nuin, con sus hijas Elena y María Jesús...» ^[1] Tampoco iba a redactar esquelas ¿no?: «Los padres, hermanas, hermano político y demás familia del joven Guillermo Berruelo Nicolás (q. e. p. d.) fallecido recientemente, agradecen por nuestro conducto las innumerables muestras de pésame recibidas y uniéndose al dolor que les aflige por esta pérdida.» ^[2] Era imposible que Constanza se hubiera enamorado de alguien que le gustara escribir estas cosas. ¿Qué otras secciones había en un periódico? ¡Ah sí! Esa parte que miraban también papá y Gran, sobre todo ésta, antes de las esquelas y que le hacía comentar en alto mientras tomaba su café con leche y sus tostadas con mantequilla:

—¡Qué cosa más inesperada, pero ya te lo había advertido yo, Patricio! Bajan las iberdueros, sube cementos Rezola, quedan estabilizadas las telefónicas...

Una noche que estaba con mis hermanos en el salón azul, comenzamos a oír a lo lejos una enorme discusión entre mis padres a causa de Constanza y su novio:

—Lo que no es de ninguna de las maneras aceptable —oí decir a mi padre con bastante firmeza— es que te pases cuarenta y ocho horas en cama por este asunto.

—¡No sabes lo que dices, Patricio! Además, yo no te he preguntado tu opinión. Simplemente he querido saber si me habías disculpado bien por no asistir a la cena.

—Te he dicho ya varias veces que sí, Connie. Además, te he repetido hasta la saciedad que todo el mundo se ha interesado por tu jaqueca, que se lo han tragado. Lo que sientes puedo entenderlo. Pero no tu reacción.

—Y ¿cómo quieres que reaccione? Para ser te sincera —gritaba mi madre con gran indignación—, la que no entiende tu reacción soy yo.

—¿Pretendes, acaso, que me meta yo también en cama y me ponga a lloriquear? —preguntaba papá irritado—. ¿Es eso, tal vez, lo que te parecería mejor?

—Nadie está lloriqueando. No te permito que me ridiculices. Pero, de reaccionar de otra manera, al menos contaría con la tranquilidad de que eres consciente de la que se nos viene encima. Y lo que sí me preocupa es que, a pesar de todo, tengas el ánimo como para irte a cenar por ahí...

—¡Te agradecería que no juzgues actitudes, Connie!

No era para nada habitual oír a papá dirigirse en este tono a mamá.

—Pero ¿tú te has enterado que tu hija mayor pretende casarse con nadie? —era lo mismo que decía Gran—. ¿Sabes, acaso que como padres, vamos a asistir al horror de ver cómo se tira al pozo Constanza?

—¡Connie, tampoco es eso! ¡No creo que haya que ponerse así!

—Pues a mí te agradecería me dejes ponerme como me parezca oportuno. Sobre todo cuando a ti no te parece nada importante el que una hija tuya se estrelle, en la elección de marido, del hombre con el que va a compartir el resto de su vida.

—A eso que tú haces se le llama chantaje emocional. Ya lo creo que habría apostado por otro tipo de novio para Constanza. Pero ¿y quién sabe? Puede que el que ha elegido no sea el peor...

—No, si ya lo sé. Si a ti te parece bien que se case con un penoso de quinta división y...

—De acuerdo que no es el candidato que habríamos elegido para yerno. Pero, contéstame. ¿Por qué has decidido que ese chico es de quinta división?

—Mira, Patricio, voy a enumerarte algún detalle que otro: es periodista, que si fueras sincero, me confesarías que no sabías ni que existía esa carrera; hijo de militar mutilado de guerra, es decir, cojo desde que era joven y, por tanto, sin un duro partido por la mitad; además, por si esto no fuera suficiente, quiero que sepas que son ocho hermanos y, para remate, viven por Cuatro Caminos. ¿Te parece poco?

—Bueno, insisto en decir que a nosotros nos habría encajado más otro perfil de hombre. Sé que nos habría dado más tranquilidad el que en vez de ser periodista hubiera sido diplomático. ¡En fin, si se hubiera tratado de otro tipo de gente de otra clase social y, además, ricos de familia!

—Claro, tú como siempre, minimizándolo todo: nos habría encajado más, como si fuera la pieza de un *puzzle*. Pero como no se parece ni de lejos a nuestro ideal, pues nada, ¡a vivir, que son dos días!

—Connie, te recuerdo que últimamente no te has cansado de alabar a las personas que eran alguien por sí mismas y no por familia. Incluso puedo llegar a recordarte que me has echado en cara que yo tuviera casta y dinero y, a la vez, fuera enormemente aburrido. ¿O ya no te acuerdas?

—Lo recuerdo. ¡Cómo no recordarlo si ese detalle lo sufro a diario! —parecía que

mamá iba a tirársele a la yugular—. Me habrás oído comentar la posibilidad de cambiar un duque por un banquero, nunca por un bancario. También la de cambiar un vizconde con pocas luces por un prestigiosísimo catedrático, un historiador, un intelectual reconocido en todo el país... ¡Pero nunca por un periodista!

—Dices un periodista como si se tratara de un pederasta...

—¡Déjame en paz, Patricio! Es esto todo lo que te pido. Y no creo que sea mucho pedir.

Tras las constantes llamadas de tía Baby, mamá dijo que se iba a Biarritz a pasar unos días, a despedir el verano. La casa de su hermana era muy agradable y como tenía desde siempre una cabaña en el Hôtel du Palais podían pasar el día en la piscina o en la playa. También los almuerzos en el Palais, eran extraordinarios. El hotel había sido recientemente reformado y se comentaba que los decoradores habían venido expresamente desde París. Gracias a esto, no sólo era uno de los mejores y más selectos hoteles de Francia, sino que sus huéspedes también lo eran. Gran me dijo que ella, a veces, se había encontrado allí con el rey de España, Alfonso XIII, y con otras personas de mucha categoría. Como el mes de septiembre solía ser el mejor de todo el verano, podían bañarse y jugar golf por las mañanas. Y, por las tardes, siempre *bridge*. Mi madre, como tía Baby, habían pasado muchos veranos en ese lugar de la Côte Basque debido a que su padre, mi abuelo, fue embajador de España. Estuvo destinado hasta en seis diferentes países y, al final de su carrera, había representado al Gobierno español en Londres y París. Por eso, aunque «nada es como lo que era» —según ellas—, tenían muchísimos amigos.

Los chicos comenzaron a irse a Madrid a examinarse de alguna asignatura pendiente o bien a preparar el siguiente curso. Parte del servicio también regresó para tener todo arreglado y dispuesto en Velázquez para cuando llegáramos el resto de la familia. Otra vez más quedamos papá, Ángela, Gran, *miss* Snowdon y unas cuantas personas del servicio en Las Arenas. ¡Ah! Esta vez, también se quedó Ignacio. Siempre pensé que este hermano mío era un ser solitario por naturaleza. Que no sabía qué tipo de problemas tenía, pero que los tenía y muchos. También que ésta era la razón para sentir verdadera necesidad de estar solo. Lo que ocurría es que, cuando algo le preocupaba más allá de todo tipo de gabardina que se hubiera colocado para que las cosas le resbalaran, necesitaba hablar. Una tarde se asomó a mi habitación y me vio sola. Pidió permiso y entró.

—Beatriz, ¿te has enterado de todo el problema que se organizó con Constanza y su novio?

—Sí —contesté con poca convicción porque me daba miedo que quisiera descubrir mi fuente de información.

—Y ¿qué te parece?

—A mí horrible. ¿Y a ti?

—¿Qué quieres que me parezca? ¡Un horror! ¡Pobrecita Constanza!

—Sí. ¡Pobrecita! —repetí lo mismo porque lo sentía de verdad.

—Lo que no entiendo, por más vueltas que le doy, es cómo no había dado por hecho la reacción de mamá.

—¿A ti te pareció normal?

—No. Normal, no —contestó Ignacio, rotundo—. De ningún modo. Ahora, típica de mamá, sí. No sé cómo Constanza no previó su reacción.

—¡Pues a lo mejor Constanza no quiso ni pararse a pensar!

—Probablemente...

Me hubiera gustado preguntar a Ignacio, de una vez, qué era, en realidad, un periodista. Pero no me atreví a mostrar mi supina ignorancia.

Capítulo 20

Escribidora de cartas

Me encontraba leyendo en la terraza de casa cuando apareció Dioni, la sobrina de Elvira, que todos los veranos venía desde su pueblo leonés para ayudar a su tía en las tareas de la cocina. Era una chica de dieciocho años, bastante espabilada y con la que yo hablaba de vez en cuando porque me hacía gracia su manera de expresarse.

—Beatriz, ¿puedo pedirte un favor en secreto?

—Pues claro, Dioni. ¿Qué te pasa?

—Antes tienes que prometerme que no vas a decírselo a nadie. —Te lo prometo.

—Pero a nadie, ¿eh?

—¡Que no, Dioni, que a nadie!

—Me gustaría que me escribieras una carta.

—Cuando quieras. ¿Es para tus padres?

—No. Verás, es que tengo un compromiso.

—Pero habla de una vez, Dioni, que no voy a decir nada.

—Pues tengo que escribir a un chaval de un pueblo vecino al mío. Porque coincidimos en las fiestas de san Pedro en el baile y ha habido un malentendido.

—¿Malentendido? ¿De qué tipo?

—Mira, hija, yo iba un poco chispeada y, de pronto, me dijo que si quería arreglarme con él. Le dije que sí, que muy bien.

—Y ahora no te gusta...

—Pues no. No me gusta lo suficiente como para guardarle ausencias, que es lo que me pidió antes de despedirnos.

—¿Qué es la ausencia, Dioni?

—¡Ay, hija! ¿Qué va a ser? Él no quiere que baile con ningún hombre que no sea él, y llevo todo el verano sin poder cruzar a Portugalete a echarme una pieza porque luego, como la gente en los pueblos es muy mala, hacen comentarios de los que una suele salir mal parada.

—Entiendo.

No era cierto. Entendía poco y mal.

—Y claro, no me gusta mentir porque luego te toman por una cualquiera. Pero tampoco es cuestión de amargarme la juventud...

—¿Cuándo prefieres que lo hagamos?

—Cuando tú quieras.

—Si te parece que escribamos la carta esta noche...

—¡Ah no! ¡Aquí en casa, no! Mejor si quedamos fuera, en cualquier cafetería. Tú puedes decir que vas a Jolaseta y...

—Bueno, pues esta tarde a las cinco... ¿Quedamos en Zuricalday?

—¡Pero cómo vamos a quedar allí donde suele merendar la señora marquesa viuda! ¡Se te ocurren unas cosas!

—Y entonces, ¿dónde quieres que quedemos?

—En Romo.

—¿En Romo? —subí sin querer el tono de voz porque, a pesar de ser un barrio pegado a Las Arenas, era un lugar al que no íbamos jamás, porque era de maqueros.

—Bueno, mira, a la entrada de Romo. Solamente pasar las barreras del tren, a la izquierda, verás un establecimiento donde en letras rojas y blancas pone: Bar Paco.

Y allí me fui a la hora convenida. No me costó nada encontrar el bar en el que nos habíamos dado cita. Era un pequeño y sucísimo local con todo el suelo lleno de colillas, palillos usados, cáscaras de gambas o de lo que fuera aquello, servilletas de papel con grasa... Había unas pequeñas mesas de contrachapado color verde clínica en hilera, como si estuvieran dispuestas en el vagón de un tren. Dioni había comprado papel de carta con un cartoncillo lineado para ponerlo debajo de la hoja y evitar que se me torciera la letra, lo que daría una impresión garrafal. También había comprado un lápiz malísimo que casi no marcaba. Y con este par de cosas envueltas en papel de estraza, nos sentamos en una de las mesas para escribir la carta:

—¿Cómo se llama? —pregunté a Dioni, mientras me disponía a fechar el folio.

—Pero así, sin el cartón rayado debajo no, chiquilla, que te vas a torcer.

—Yo no me tuerzo. En caligrafía siempre saqué muy buena nota.

—Pero tampoco vayas tú a lucirte. ¡A ver si se da cuenta de que me han escrito la carta!

—No te preocupes. Lo importante es que sea correcta sin pasarse. A ver, ¿cómo se llama?

—Servando.

Me costó trabajo contener la risa al oír el nombre, pues me imaginaba cómo podía ser Servando.

—Mi querido Servando...

—¡Pero, chica, tú estás tonta! ¿Cómo voy a dirigirme a él como «querido» si no tengo relación alguna con ese hombre?

—Alguna, alguna, habrás tenido, Dioni. Si no, no estaríamos aquí tratando de aclarar un malentendido, como tú dices.

—Pero no pongas «querido» ¡carajo! ¡Ay, perdón, hija, encima de que me estás haciendo un favor!

—¿Y cómo la encabezo?

—Oye, Beatriz, un respeto, ¿eh? Porque no compartas tus opiniones a mí no me

insultes. ¿O es que ya vas a empezar a decir que me falta un tornillo?

—Pero ¿cuándo he dicho yo eso?

—¿No acabas de decir algo de la cabeza? Y vamos a hablar más bajo, que los de la primera mesa nos están mirando. Y si luego resulta que nos conocen, podrían contárselo a tu madre.

—Bueno, Dioni, yo no he dicho nada insultante hacia ti...

—Pues entonces, ni aumentar —decía aumentar en lugar de mentar—. Mira, tú pon solamente Servando. Y, así, no empezamos con querido y no querido porque la vamos a liar más.

—Como tú digas: Servando...

Y continué escribiendo, dándome cuenta ya del lío en el que me había metido:

—Unas líneas para aclararte algo que me preocupa y que, de una vez por todas...

—¡Pero hija! ¡Y cómo entrar en materia así, sin más ni más! Mejor comienza de otra forma para que no crea que no fui a la escuela.

—Como por ejemplo...

—Pues como se pone cuando una persona con estudios comienza una carta: «Al recibo de la presente espero te halles bien de salud como todos los tuyos. También espero que, a estas alturas del año, Florinda, tu vaca, habrá parido y todo haya ido bien como la cosecha de alfalfa...»

—¿Estás segura? ¿No crees que es darle muchas vueltas hasta llegar al meollo de la cuestión?

—Es que yo directamente al grano no debo ir...

Me di cuenta de que cualquier cosa que yo sugiriera no sería más que una pérdida de tiempo, así que decidí escribir al dictado. Después de «alfalfa» y por indicación de ella proseguí:

—Por aquí todo bien, gracias a Dios, al envío de la presente. En mi casa también parió la vaca, pero se ha quedado seca después de parir y no hay manera de sacarla una gota de leche. Mi hermano la ordeña seis y siete veces al día, no fuera a ser vagancia o depresión posparto, como lo llaman aquí en la capital. Ésta es una enfermedad muy mala que en las ciudades grandes y la gente elegante suele padecer. Pero siendo de esta clase no importa porque te enchufa una enfermera un sacaleches en las tetas para que no te suba la fiebre porque podría darte una «masteidioditis», que yo ya conocí un caso de la señora condesa del Vallturner y por poco se les revientan en el coche cuando ella se dirigía a la clínica con su marido. Por si no sabes lo que es una clínica, pues viene a ser una casa de socorro en grande y para gente que puede pagar. También aquí eso lo arreglan tomando un ama de cría, o bien alimentando al neófito con biberones, y se acaban, de esta manera, las buenas y las malas leches. Las mujeres nobles con depresión guardan cama hasta que el cuerpo se les organiza, que tarda, cuanto menos, la cuarentena.

Y ¿a qué iba todo esto? Pues quería notificarte que hubo un malentendido cuando nos encontramos el pasado mes de junio en Cogollos por san Pedro, porque cuando

me dijiste «bailamos» y yo miré para otro lado, no quise ofenderte. Pero fue por no querer ofenderte el que luego me pusiera a pedirte que bailaras conmigo. Ahora, sí debo decirte que el pasodoble no es como el tango, que hasta podría comprenderse que te meta uno la pierna por mis partes... Y, por eso, no entendí que siendo «*España cañí*» lo que tocaba la banda tú me estrujabas hacia ti y apochabas mis pechos cuando quisiste besarme. Bueno, y lo conseguiste porque todo el pueblo se quedó mirando, y yo atacada de los nervios. Que los lugareños bien malos y jodidos que son y luego te sacan cantares. Aquella noche porque estabas tan pesado y me lo pedías te dije que no bailarías con nadie más hasta las fiestas del año que viene. Pero te advierto que voy a dejar de cumplir la promesa porque no tiene ni ton ni son. A mí nadie me hace tilín en el pueblo a excepción del Mariano. Y ni por él voy a dejar de ir a Portugalete.

Muchos recuerdos de los de aquí para los de allá. Una amistad que lo es,
Dioni Seisdedos Sánchez

Y con este disparate de carta debió de quedar pasmado el pobre Servando. Pero es que no hubo manera humana de que me escuchara siquiera cuando yo le aconsejaba otro tipo de misiva. El hecho es que Dioni, tan buena persona ella, se quedó encantada de cómo había quedado. Me repitió otras treinta veces que hiciera el favor de no comentarlo con nadie y quedamos a la espera de la contestación de su amigo. Si es que contestaba, claro...

Debo reconocer que a consecuencia de la carta para Servando, tomé una de las decisiones más importantes y fructíferas de mi vida: empezar a conocer palabras y utilizarlas siempre que pudiera. Y, por supuesto, como decía *miss* Snowdon, leer muchísimo más de lo que leía para ampliar mi vocabulario. De todos modos, me llevó tiempo. En mi casa, si un día venía a cuento y se te ocurría decir una palabra nueva, por más que fuera la adecuada, se reían todos sin parar. Esto desanimaba mucho. Hasta que este detalle me dio igual tuvieron que pasar muchos años. Entonces se inventaron un mote para mí, «la letrada». Pero ya no me importaba nada porque leía mucho y lo pasaba fenomenal. También, para entonces, conocía un dicho que retrataba a casi todos los miembros de mi familia: «Disimula su ignorancia con alegres risotadas.»

Capítulo 21

Adolescencia y hormonas

Mamá llegó de Biarritz cuando ya íbamos a regresar a Madrid. El curso comenzaría de nuevo y tendríamos que probarnos los uniformes del año pasado o comprar unos nuevos porque habíamos dado un estirón tremendo, como decía Juliana. Lo cierto es que a Ángela se le notaba que crecía, efectivamente, a pasos agigantados. Pero lo que sucedía con mi cuerpo era algo muy diferente. Iba cambiando de una manera virulenta, tan agresiva que me producía casi susto y, por supuesto, una enorme extrañeza. Pasé de ser plana como una tabla a notar cómo se insinuaban unos pechos turgentes. Mamá me dijo un día que encargaría a mis hermanas mayores que me compraran nueva lencería, que era hora de cambiar mi ropa interior. En mi rostro empezaba a aparecer algún grano, algo que siempre me pareció vergonzante. En una palabra, había entrado de pronto en plena adolescencia y mis hormonas estallaban en todo mi cuerpo. También afectaba este cambio a mi estado anímico. Tan pronto me encontraba no sólo contenta sino eufórica como, al poco rato, una tristeza infinita e injustificada me embargaba totalmente. Era entonces cuando me creía la persona más desgraciada de este mundo. Pasaba de la risa al llanto sin solución de continuidad, sin motivos que lo justificaran en absoluto.

Comenzó el curso y pude comprobar que aquella sensación de revolución hormonal no era algo personal e intransferible. Eran varias las niñas de mi clase a las que encontré en estado semejante. Tal vez, al ser yo la más alta de todas, lo notaba más. Pero ellas, en general, tampoco se libraban de esa edad tan terrible como es la del cambio o «la del armario», en palabras de mamá. A las más bajas se las veía como acoquejadas. Ya entonces era una obviedad que para ser mayor, no queda más remedio que atravesar esa especie de selva solitaria.

Creo que las personas se sienten tan solas en esa edad crítica que por eso se pegan unas a otras como lapas, para evitar la angustia del vacío. Es entonces cuando pensamos que tenemos tanto amor para dar, y aún no conocemos el sexo contrario, que se hace necesaria una transferencia por la cual entregamos una pequeña parte de nuestra afectividad a unas amistades que imaginamos indisolubles y para siempre.

Tuve la enorme suerte de encontrar aquel curso dos magníficas amigas que se hallaban internas en el colegio por primera vez y ambas en mi misma clase. Una era Silvia Maqueda, una catalana lista y rápida como el aire que, con su sentido del

humor y su cariño, conseguía hacerte la vida más fácil. La otra con la que formamos el «trío calavera» (como nos llamaba el colegio entero) era una sevillana alegre y sincera, Guiomar Egeda. La amistad entre nosotras se volvió, enseguida, fuerte y sólida. Las tres juntas afrontamos nuestro diario quehacer con mucha más tranquilidad y sosiego de lo que, cada una por nuestro lado, habríamos podido hacerlo.

Los padres de mis dos amigas creían a pies juntillas, igual que mamá, que en aquel colegio inglés sus hijas podrían tratar con lo mejorcito de Madrid. Pronto fuimos las tres capaces de darnos cuenta de todo esto y de ponerlo en palabras, que era lo más difícil. El sabernos unidas por intereses familiares comunes y, a la vez, contar con la capacidad suficiente como para explicárnoslo a nosotras mismas y, así, poder ubicarnos, creó una gran complicidad entre las tres.

Mis padres ya conocían a ambas familias, así que mamá, tan cascabel de casa ajena, en cuanto se enteró de que Silvia y Guiomar se hallaban en el colegio, no dudó en telefonar a sus «amigos de toda la vida» para hacerles saber que se alegraba mucho de que entre nosotras pudiera crearse un vínculo amistoso y que, además, se ocuparía de ellas «como si fueran sus propias hijas». Esta frase, dicha como ella sólo era capaz de decirla, resultaba muy conmovedora. Comprendí que los padres de mis dos nuevas amigas del alma quedarán eternamente agradecidos, mientras yo, en mi fuero interno, esperaba que se ocupara de ellas con un poco más de interés del que a nosotras nos dedicaba. Bueno, tampoco se trata de poner mal a mi madre. Su gesto fue muy amable y los progenitores de Silvia y Guiomar, quedaron encantados con su llamada. Debo decir a favor de mamá que a pesar de que por entonces las internas no salían del colegio los fines de semana, ella consiguió que esta posibilidad les fuera permitida al menos dos veces al mes. Un fin de semana alterno venían las dos a pasar un día y medio en casa y lo disfrutaban muchísimo. Por supuesto, yo también.

Su estancia en mi casa fue la disculpa para hacerme con mucha más libertad de la que había disfrutado hasta el momento. De hecho, *miss* Snowdon quedó al cuidado de Ángela mientras nosotras salíamos juntas, pero solas. Nuestros planes eran de una ingenuidad total: a mi madre, en el fondo, le importaba que se divirtieran y me daba dinero para que fuéramos al cine —siempre, por supuesto, comentando de antemano con *miss* Snowdon qué película pretendíamos ver— y para ir a merendar a California 47, una de las cafeterías más de moda y más conocidas de Madrid.

¡Al fin libre, gozando de una libertad que jamás había tenido antes! Como a ellas les pasaba algo parecido, había tardes que llegamos a hacer cosas rarísimas, como ir a un cine de sesión continua y ver una determinada película dos o tres veces si nos había gustado. Incluso, cambiábamos el horario de la merienda para que nos diera tiempo a todo. Mientras la gente tomaba el típico café de después de comer, nosotras nos hartábamos de tortitas con nata y batidos. Pienso que en esta edad la comida sustituye otras cosas que el cuerpo te pide y de las que aún no se es consciente y, sobre todo, no se pueden, de ningún modo, llevar a cabo. Luego, nos llegábamos al

cine sin prisa para aprovechar la sesión continua a fondo. Al llegar a casa, jugábamos a cosas extrañas. Ésas que indican que se ha perdido o se está en el proceso de perder la ingenuidad. Por ejemplo, mirábamos en el diccionario ciertas palabras que no nos hubiéramos jamás atrevido a preguntar su significado:

—Bea, guarda bien el diccionario por si entra alguien. Pero antes busca la palabra «aparear».

Una vez descubierto su significado, íbamos aún más lejos:

—Silvia, mira «follar», que es algo que le oí decir el otro día a nuestro mayordomo, a Fermín...

—Y polla —saltaba Guiomar con su acento gracioso y cantarín—, ¿sabéis ustedes qué significa?

—No —contestábamos Silvia y yo.

—Pues buscadla de una vez porque a Beltrán, mi hermano, no se le cae de la boca, digo...

Encontrado su significado, exclamábamos las tres casi al tiempo:

—¡Ah! ¡Pito! ¡Quiere decir pito! Es que hay muchos sinónimos para decirlo: falo, pene, verga, miembro...

También jugábamos a las «verdades» o a las prendas. Es decir, dependiendo de cómo hacíamos una determinada cosa, si no superábamos la prueba, la que perdiera, debía responder con el corazón en la mano cualquier pregunta que quisiéramos hacerle. Éstas siempre versaban, claro está, sobre el mismo tema: ¿Te ha besado un chico alguna vez?, ¿quién te gustaría que fuera el primero?, ¿qué diferencia encuentras entre un beso en la boca y otro en la mejilla?, ¿te has masturbado alguna vez? Guiomar, algo más ingenua que nosotras y casi pasando vergüenza por ello, se atrevió a decirnos una tarde que no olvidaré nunca:

—Creo que sé lo que es masturbarse. Pero no estoy segura. ¿Vosotras lo sabéis?

—Sí —contestamos entre satisfechas y avergonzadas.

—Y ¿por qué lo sabéis vosotras?

—Porque yo se lo oí decir a mi hermano Juan hablando con un amigo —contestó Silvia.

Después de su explicación, las dos se volvieron hacia mí, esperando mi respuesta:

—Yo... —me costaba lanzarme a hablar—, porque en la última confesión me lo preguntó el padre Cosme.

—¿Qué te pregunto? —saltó Silvia con una indisimulada curiosidad.

—Que debía confesarme de cuantos tocamientos me hubiera hecho.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Guiomar con los ojos como platos.

—Que no sabía lo que eran tocamientos.

—¿Y...? —volvió a preguntar Guiomar.

Entonces me preguntó qué cuantas veces me había masturbado. Yo le dije que ninguna, pero él no lo creyó. Pensó que le mentía y me dijo que las personas que mienten al confesarse acabarán en el fuego eterno...

Mi expresión, como mi voz, había adquirido un tono de honda y culpable preocupación.

—¿Y así, tan mal, acabó la confesión? —preguntó Silvia con un innegable deje catalán.

—No. Acabó peor —contesté.

—¿Cómo peor? ¿Qué puede ser peor? —insistió Silvia con curiosidad.

—Se enfadó más. Incluso llegó a decirme que él no había preguntado si me masturbaba o no. Que estaba tan seguro de ello que lo que había hecho era preguntar cuántas veces. Yo no entiendo al padre Cosme porque luego se empeñó en saber cuántos malos pensamientos había tenido. Y yo pues sí... algún mal pensamiento había tenido, pero le dije que no los contaba y me echó del confesionario diciéndome algo rarísimo.

—¿Qué te dijo? —me interrogaron mis dos amigas impacientes.

—Lo escribí en la tapa del Catecismo para acordarme. Voy a por la cartera y os lo digo porque no lo había oído en mi vida.

Cuando regresé a la habitación, leí en voz alta: «Mira, guapa, a otro perro con ese hueso. Y ahora, haz el favor de abandonar el confesionario porque a mí nadie me toma el pelo.»

—Qué, a mí también me preguntó un día por los tocamientos —saltó Silvia.

—¿Y qué le dijiste? —dijo Guiomar.

—Pues iba a preguntarle que qué era eso, pero me callé y no dije nada.

—¿Creéis que está obsesionado con los tocamientos? —pregunté yo.

—A mí, la verdad —contestó Guiomar—, de los tocamientos no me ha dicho nunca nada. Algo me preguntó de pecados de la carne hace poco que no comprendí, pero disimulé y salí por peteneras... Yo creo que como él vive en un internado de chicos... ¡Es que los chicos de nuestra edad deben de ser más lanzados o más guarros o yo qué sé!

—¡Qué tonterías dices, Guiomar! —me oí a mí misma decir de manera impulsiva—. Esa historia de las necesidades de los chicos es muy antigua, ¿no?

—¿No te lo crees? —me preguntó Guiomar con cierto asombro.

—Pues sólo a medias. No tenéis más que fijaros en esas hermanas que están internas como vosotras, las gallegas, las Ouliñas. ¿Por qué están confesándose casi a diario? No estarían allí reclinadas en el confesionario si lo que tuvieran que decir fuera que han sido desobedientes y que han pegado a su hermana pequeña. ¿O sí?

—Pues tienes razón Beatriz —dijo Silvia—, seguramente ya se nos ha pasado la edad de confesarnos de esas cosas.

Estábamos ya en el segundo trimestre de aquel nuevo curso cuando Ana Ayala, una fantástica e incondicional prima mía, que siempre ha tenido una chispa enorme que le hace poner todo en solfa y sabe tomarse la vida como lo que es, una broma, nos habló de que todos los domingos por la tarde, en el colegio Areneros, de los jesuitas, daban películas, en general buenas, a las que podían asistir las chicas. Su

hermano Federico, alumno del colegio, también simpático y guasón, nos invitó a acercarnos el siguiente domingo a las cinco de la tarde, ya que habían anunciado una película de John Wayne, *El Álamo*.

Como aquel fin de semana Silvia y Guiomar lo pasaban en casa, nos presentamos las tres. No es que fuésemos las únicas chicas en aquella sala no demasiado grande pero, la verdad es que no había tantas como habíamos imaginado. Fede, mi primo, nos presentó a uno de sus amigos, Carlos Ferrer.

—Voy a buscar a Perico, que es otro amigo nuestro de siempre para que lo conozcáis. Si no, luego, nos echará la bronca. Es muy sensible —dijo Carlos, saliendo de la sala.

Apareció enseguida con Perico. Se apellidaba Valdés y con sólo estrechar su mano sentí algo especial, difícil de explicar con palabras. Antes de que empezara la proyección, Perico ya nos dio una muestra de su simpatía:

—Voy al bar a comprar palomitas antes de que se acaben o ¿preferís que os traiga alguna otra cosa?

—No, gracias, déjalo —nosotras no queríamos dar la lata a aquel chico tan guapo que nos acababan de presentar. Ya nos proveeríamos, por nuestra cuenta, de algunas golosinas para comer mientras veíamos la película.

—¿Queréis que nos sentemos juntos? —preguntó de nuevo Perico, con un sorprendente desparpajo, antes de dirigirse al bar.

Miré de inmediato a mis amigas, pero sin darles tiempo a que hicieran alguna indicación, dije en nombre de las tres:

—¡Muy bien! ¡Estupendo!

—Es que, en ese caso, Carlos —dijo Perico—, deberíais buscar butacas porque se ocupan enseguida.

Carlos y Fede se lanzaron a encontrar las siete butacas que precisábamos. La sala estaba bastante llena y no hubo ninguna posibilidad de encontrar más de cinco butacas juntas. Del otro lado del pasillo, Fede reservó otras dos. En el momento de distribuirnos los asientos, pasamos todos por una cierta tensión. La timidez general nos impedía tomar una decisión con rapidez. ¿Quiénes serían los dos que se sentarían solos? Y en la fila de cinco ¿cómo deberíamos sentarnos? Lo pensamos tanto mientras se instalaba entre todos nosotros un elocuente e incómodo silencio que agradecí en el alma cuando Perico que, para entonces yo había descubierto que no sólo era guapo sino enormemente atractivo, dijo con su aterciopelado tono de voz:

—Si os parece bien, yo me quedaré aquí con Beatriz, de este lado del pasillo —quedó muy natural, al ser yo quien se encontraba en aquel momento más próxima a él—. Y, de ese lado, lo tenéis fácil: Ana junto a Carlos para que ni a ella ni a Fede les dé un ataque, pues estarán hartos de estar juntos, y tú, Fede, en medio de esas dos bellas damas...

Quedé anonadada por el *savoir faire* de Perico, augurándole en el futuro un magnífico puesto de embajador en un soberbio destino. Había algo que me habría

gustado saber: ¿Me eligió para sentarse junto a mí por alguna razón en concreto? ¿O era solamente porque yo le quedaba más cerca? Esta última posibilidad me produjo en principio cierta inseguridad. Pero, poco a poco, se me pasó gracias a la simpatía y la naturalidad de mi nuevo y aguerrido amigo.

—¿Estás interna en el colegio inglés, Beatriz?

—No. Yo voy al colegio, pero no estoy interna...

—Es que había entendido a Ana que...

—Le has entendido mal porque son Silvia y Guiomar quienes están internas. Silvia es de Barcelona y Guiomar, de Sevilla.

—¿Y qué tal es el ambiente del colegio? Ana se queja con frecuencia. Pero yo creo que exagera.

—Bueno, ya sabes, las monjas son monjas por más que una buena parte de ellas sean inglesas.

—¿Qué me quieres decir con eso, Beatriz? —preguntó Perico, brindándome una sonrisa que ponía de manifiesto la blancura de su perfecta dentadura.

—Pues no sé cómo explicarte. En general suelen ser chocholas.

Se rió abiertamente. Una risa con la que soñaría aquella noche.

—¡Qué graciosa! ¿Eres vasca, no, Beatriz?

—Sí. Soy de Bilbao. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque se nota. Pero explícame qué significa para ti la palabra «chochola».

—A ver cómo te diría... sosa, rancia y, posiblemente, para Guiomar, como es andaluza, ¡desaboría!

La película fue entretenida, sin más. Para ser sincera, lo que más me gustó fue estar allí, junto a Perico, aquel chico extraordinariamente simpático y atractivo, durante la proyección del filme. Me gustaba su nariz recta como de romano, sus manos delgadas y bien cuidadas, la forma de su cabeza, aquellos labios tan marcados como si alguien se los hubiera perfilado, abiertos en esa sonrisa franca y cordial... No se trataba, en absoluto, de esas personas con la que vas al cine y se ponen a hablar y te destrozan la película —¡que hay tantas y las detesto!— pero, al mismo tiempo, de vez en vez, hacía algunos comentarios verdaderamente graciosos e inteligentes.

Fui consciente que ya me era imposible conocer a un chico sin hacer un juicio sobre él. Primero estético, luego caracterológico y, finalmente, de conjunto. Mamá iba a tener razón en otra cosa que yo descubría por vez primera: «No hay que ser maniqueo. Las personas no son guapas y despampanantes o feas como pecados... Las personas deben ser juzgadas por un conjunto. No se trata tanto de una belleza formal, que corresponda a determinados cánones, como de resultar atractivo en general.»

Cuando terminó la película y, una vez que la sala de proyecciones quedó desalojada, nos pusimos en pie y salimos hacia la calle juntos los siete. Me sorprendieron los tres chicos por sus buenas maneras. Nos ofrecieron tomar una coca-cola. Cuando dije, mirando a mis amigas como para consultarles, que se iba a hacer un poco tarde, ellos y Ana decidieron acompañarnos hasta casa. Fuimos

charlando de unas cosas y otras. Todos parecíamos entretenidos y, de hecho, quedamos en vernos de nuevo. Perico me pidió el teléfono, petición que, por aquel entonces, a poco que te gustara el chico que la llevaba a efecto, el corazón se te ponía a latir a mil por hora. Era, además, el síntoma inequívoco de un innegable éxito y buenísimo, por tanto, para mi pobre autoestima. No teníamos ni papel ni bolígrafo. Enseguida comentó que no me preocupara, que se pondría en contacto conmigo a través de mi prima. Inolvidable personaje a quien me volvería a encontrar más tarde en el tiempo.

Capítulo 22

Apocalipsis religioso

En mi casa, el ambiente por el noviazgo de mi hermana estaba más distendido. Por supuesto, de Jaime, el novio de Constanza, seguía sin poder hablarse. Mamá continuaba disgustada pero, a la vez, entregada y, por tanto, más tranquila. Quizá le había compensado de su pena el nuevo noviazgo de su mimí, Alfonso, quien le había proporcionado una alegría inmensa. Y es que se había ennoviado con María Cister, hija de unos íntimos amigos catalanes de mis padres. Bueno, se apellidaban Graumet o algo así. Pero sus padres llevaban el ducado del Cister. La conocíamos ya porque, debido a sus clases de canto con alguna profesora importantísima, venía con frecuencia a Madrid. Y fue así, en casa, donde se conocieron y tontamente comenzó el romance. A mí no me parecía nada especial. Sí era una chica simpática y bien educada, pero no le encontraba ese misterio que le encontraba mamá y, al parecer, también Alfonso. Pero como era a él a quien debía gustarle... Papá también pareció alegrarse con la buena nueva. Sin embargo, María acabaría dejando a mi hermano para casarse con un rico hombre de negocios norteamericano con el consabido drama, sobre todo para mi madre. Pero en aquel momento nada presagiaba el triste desenlace del noviazgo. Marta y Álvaro salían sin parar y casi nunca cenaban en casa. Para sorpresa de todos, Ignacio comenzó a salir y apenas entraba. Mis hermanos empezaron a llamarle Proust porque, según decían, «había salido en busca del tiempo perdido». Me alegré por él.

También Gran comenzó a pasar largas temporadas en su finca de Málaga. Se empeñó en afirmar que el Mediterráneo alargaba la vida. Por ello desaparecía cada vez con más frecuencia. Pero cuando se hallaba en Madrid, yo seguía viéndola casi a diario y manteníamos ambas una relación maravillosa, como siempre. Ya había dejado de viajar por el extranjero. Cuando se dio cuenta de que esto se le hacía muy cuesta arriba, decidió aceptarlo con dignidad. Decía que un Villachica se diferencia del pueblo porque todo, bueno y malo, lo acepta con sencillez, sin aspavientos ni grandilocuencias. También me dijo que antes de retirarse a los «palacios de invierno», o sea, de tener que renunciar a ciertas cosas de la vida, hay que cerrar ese ciclo de la existencia con un broche de oro. Ella aprovechó una invitación de su amigo Carlos de Beistegui para concluir esa etapa viajera.

—¿Y quién era ese señor, abuela?

—Era un hombre muy, muy rico y un gran coleccionista de arte. Su castillo de Groussay, cerca de París, estaba lleno de objetos valiosísimos.

—Abuela, cuéntame otra vez la fiesta esa a la que fuiste en Venecia —sabía que le gustaba recordar este acontecimiento, y yo, ante todo, quería que fuera mi confidente, que me hiciera partícipe de cosas que a los demás no contaba.

—Pues verás, Beatricita, ocurrió en 1951, espera que saco el recorte para asegurarme. Sí, ves, aquí dice 3 de septiembre de 1951. ¡Cómo pasa el tiempo!

—Gran, cuéntame lo de los botes...

—Se llaman góndolas, Beatriz. Los invitados, seríamos unos mil, llegamos en góndolas hasta el palacio Labia... Fue una fiesta soberbia... Estaban todos los hombres y mujeres importantes del momento... Hasta los fotógrafos eran famosos.

Gran me enseñaba unas fotos grandes, con gente muy elegante, como si fueran actores de películas.

—Carlos murió al poco tiempo de esta fiesta... con él se fue algo irrepetible, el *glamour* y la *joie de vivre* de una época, que tú ya no conocerás nunca, porque los tiempos están cambiando muy deprisa...

La abuela se quedaba ensimismada viendo las fotografías. Parecía como si se trasladara a ese lugar, a esa época... Cuando llegábamos a este punto, yo prefería cambiar de tema, pero Gran ya no me escuchaba... Entonces yo le daba las buenas noches y me retiraba a mi habitación con una sensación extraña, difícil de explicar: la abuela me daba pena y, por otro lado, me hubiera gustado conocer a esa gente, saber qué pensaban de Gran... También acababa prometiéndome a mí misma que el primer viaje que hiciera al extranjero sería a Venecia, a conocer esos palacios y esas góndolas... Tardó en hacerse realidad, pero cumplí mi promesa, mi sueño. Venecia es una de mis ciudades favoritas.

Al llegar la primavera, pude comprobar, por mí misma, que no era ninguna tontería eso que se decía de que «la sangre altera». Siempre me produjo mucha alegría despertarme con el cielo azul de Madrid, la ciudad alegre y confiada, sobre todo por aquellos años. Era delicioso salir a la calle y gozar del fresco de la mañana sin tener frío. También que los días fueran tan largos, que los rojos anocheceres que llegaban por la sierra fueran acercándose a la ciudad con tanta pereza. ¡Ah! Y, sobre todas las cosas, el gran invento de los aguaduchos, la maravilla de poder pasarte horas al aire libre ante una horchata o un granizado de limón charlando sin prisa. Creo que debo a los aguaduchos muchas horas deliciosas. Eran una invitación a la intimidad, a escuchar y ser escuchada, y no simplemente a oír a una persona. Además estas terrazas, igual que el heladero que se encontraba cada mediodía y cada tarde a la salida del colegio, indicaban que el verano estaba próximo y, con él, las merecidas vacaciones nos aguardaban a la vuelta de la esquina.

Debo confesar que la primavera tenía varios inconvenientes. En primer lugar, las procesiones del mes de mayo que las monjas organizaban en el colegio cada sábado. Debíamos acudir con un uniforme horrendo de gala, blanco y de tela deslavada. En

nuestros respectivos lugares en la capilla, asignados el primer día de curso, empezaba a oírse al coro acompañado por unos acordes de órgano que parecían tocados a mala idea. Los cantos se elevaban hasta el infinito dando una gran monserga a la pobre Virgen María, que permanecía presidiendo el altar, decorado de azul y blanco, y sin tener la menor culpa. Eran desde luego de una intencionalidad estupenda pero, a todas luces, poco acertados.

De incalificable considero la repetida representación de los pastorcillos de Fátima. Terminé por tomarles tal manía que cuando leí en la prensa, en febrero de 2005, que había muerto sor Lucia, la última de los visionarios que seguía viva, debo confesar que no me importó nada. Además de tener unos ciento cuarenta años en mis estimaciones (97 en la realidad, para ser justa), yo ya la había dado por muerta. Seguramente se trataba del inconsciente que, imposibilitado para seguir guardando tantas y tantas historias, quería verlos muertos a los tres. A decir verdad, nunca llegué a creer en tal suceso. Según Juliana y Dolores, que tenían una cabeza mejor amueblada que las monjas, los pastorcitos en cuestión se contradecían en cuanto les separaban y les hacían preguntas a solas.

Pero lo verdaderamente imperdonable fueron aquellos sobres que dijeron recibir de manos de la Virgen María en los que, de manera taxativa, les indicaba en qué preciso momento se nos echaría encima el fin del mundo. Aseguraban no poderlos abrir, siempre por indicación mariana, hasta una determinada fecha. Así, hasta entonces, yo al menos, y supongo que una gran parte de los niños —aquellos medianamente sensibles—, vivimos aterrados, esperando el advenimiento del último cataclismo. Cuando éste se acercaba en el tiempo, decían haberse confundido, o bien haber recibido nuevas instrucciones marianas por las que no se les permitía abrir el sobre hasta un nuevo aviso. Era sencillamente angustioso.

Me consta, porque todo este asunto lo vivía con una gran inquietud, como es normal, que en una ocasión, los tres pastorcillos abrieron por fin el dichoso sobre. Todo lo que recuerdo es que el fin del mundo sucedería a un mes vista y me pillaba desprevenida. Casi podía decirse que sin tiempo siquiera para hacer una confesión en regla. ¡Qué miedo, Dios mío, qué miedo! Por eso, tanto en casa como en el momento de poner un pie en la calle, yo miraba al cielo por si comenzaban a asomarse en él aquellas trompetas que los ángeles tocarían para anunciar la inmediata y definitiva hecatombe según el Apocalipsis y las estampas con las que nos obsequiaban las monjas.

La psicosis de catastrofismo que nos embargaba era tan grande que un día comenzó a llover de una manera extraña. Las gotas eran marrones. Fue entonces cuando en Madrid se prodigó el rumor, convertido, prácticamente en certeza, de que se trataba de una lluvia de arena que, procedente del Sahara, advertía sin pamplinas de que el final había llegado. Nunca podré olvidar que los niños Carvajal, vecinos nuestros del quinto, a cuyo piso había subido yo invitada a jugar, lloraban sin parar. No era para menos. La madre, una extremeña muy visceral y crédula, pedía a sus

hijos mayores que no salieran de casa. Puesto que el fin del mundo había llegado, su deseo era morir todos juntos. Recuerdo haber presenciado la escena atónita, en un principio, para pasar, acto seguido, a querer yo también abrazarme a aquella mujer que, con tanto dramatismo, se despedía de la vida. Yo, en realidad, «buscaba un pecho para morir abrazada».

Y es que, por más convencida que estuviera de que todo era como la madre de mis amigos decía y viviera la sugestión con credulidad absoluta, sabía a la vez que ese tipo de calor ante el dramatismo no lo encontraría en mi casa jamás. Primero de todo, porque si hubiera dicho que aquella lluvia presagiaba el final, no me hubieran ni escuchado. De haberlo hecho, tanto mi madre como *miss* Snowdon me habrían puesto de vuelta y media por ignorante, por histérica, por paleta. Y, poniéndonos en lo mejor, suponiendo que se lo hubieran creído un poco —por poco que fuera ya era mucho creer—, tampoco me habrían abrazado ni nada parecido. De tener que morir de aquella manera inesperada, tan a trompicones, hacerlo con un mínimo de dignidad, de clase, sin musitar la más mínima queja.

Otro gran inconveniente de esta época de estudiante fueron las meditaciones. En ellas, no como telón de fondo sino como lema primordial, nos hablaban de la eternidad. Nunca se les pasó por la cabeza pensar en algo agradable que durara para siempre. Más bien todo lo contrario. La eternidad estaba siempre ligada al demonio, al pecado, al fuego eterno: «¡Imaginen ustedes un reloj que, sin darle cuerda, jamás pasará de hora! Para siempre en la misma hora, para siempre, para siempre... ¡Eso es la eternidad!»

De esta guisa (disciplina, terror, rezos) transcurrieron unos cursos escolares bastante grises en el recuerdo. Eso sí, al menos las que fuimos instruidas por las monjas, aquellas que hacíamos «incultura en general», no aprendimos nunca nada de historia, geografía, gramática ni, por supuesto, matemáticas. Y es que, a nosotras, las señoritas que el colegio se encargaba de contratar para las niñas que hacían bachillerato, algo que venía a ser muy ordinario, como de pobres, nunca nos daban clases. De todas las asignaturas se encargaban las monjas. Y, de hecho, se intercambiaban las clases con muchísima frecuencia porque igual daba. Ninguna de ellas sabía media palabra sobre las asignaturas a impartir. Su desconocimiento sobre las distintas materias era total. Por eso, se dedicaban a seguir un libro de texto que no es que no fueran capaces de transmitir, es que, sencillamente, estaban incapacitadas para interpretar.

Además y aparte de los deberes, nuestras actividades extraescolares continuaron cada vez con más afán: alemán, francés, solfeo y *ballet*. Y todo con un fin último: brillar en sociedad con el mejor estilo, ejercer de excelentes anfitrionas y mantener alto el honor —la honra, mejor dicho— y el prestigio del apellido familiar.

Capítulo 23

Corto y largo verano del 63

El tiempo empezó a correr más deprisa todavía. Un síntoma de que ya se había abandonado totalmente la infancia. Sin duda, contribuía a esta apreciación el hecho de que los planes se me habían abierto mucho: las chocolatadas eran continuas, los días que, con un grupo de amigos y amigas, nos quedábamos a comer en la playa, frecuentes.

Pero el gran cambio consistió en que ya empezamos a vivir nuestras *soirées*. No es que saliéramos de noche, no. ¡Eso de ninguna manera hasta que no nos pusiéramos de largo! Pero en Jolaseta, cada tarde, entre ocho y diez y media, un grupo musical de inolvidable nombre, Los Optimistas, tocaba sus alegres melodías. Este club presumía de tener la barra de bar más larga de España —¡no lo dudo, con lo que bebían!—. Cuando llegábamos al bar, siempre había alguna amiga que te quería mostrar, como si de un mono de feria se tratara, el chico que le gustaba:

—Si me acompañas a la barra, hacemos que pedimos un Kas y te digo quién es.

—Y dime, ¿quién es?

—No mires, Beatriz. No seas anormal, ¿cómo se te ocurre mirar?

—Pero ¿hacia dónde no debo mirar?

—Pues hacia él...

—Pero ¿cómo voy a mirar hacia él si no sé quién es?

—Pues, por si acaso, tú mira hacia arriba. ¡Es que se va a dar cuenta! ¡Ya verás como metemos la pata!

—¿Me vas a decir de una vez quién es el que tanto te gusta?

—¿No ves aquél de azul marino?

—No me estás hablando en serio, ¿no?

—Sí, el de azul marino, te digo.

—¡Pero si de azul marino van todos!

—Ya. Pero yo hablo de aquel que lleva una Lacoste.

—¿Azul marino? —preguntaba yo, sorprendida, sin saber si mi amiga era tonta o me estaba tomando el pelo.

—¡Claro, ése! —respondía nerviosa.

—¿Te importa mirar a la barra más larga de España y molestarte en contar cuántos hombres hay con una Lacoste azul marino en este preciso instante?

Y es que, por entonces, era verdaderamente difícil encontrar un solo vasco que no vistiera de azul o de gris marengo. Cualquier otro color les parecería de una intolerable superficialidad cuando no un signo inequívoco de poca hombría. Luego, como es lógico, las cosas cambiaron. Cambiaron hasta el extremo. Es decir, con el tiempo, lo que se hizo raro fue ver un vasco no atusado hasta la exageración: pantalón y cinturón a juego que, a su vez, combinaba con el color de la camisa y los zapatos; bermudas escocesas, pantalones de palmeras de color salmón y prendas similares. Eso sí, bien conjuntados.

A pesar de la playa y de las chocolatadas, a las siete en punto de la tarde estábamos cada uno en nuestra casa para cambiarnos. Nos duchábamos, nos lavábamos el pelo, nos lo arreglábamos, nos pintábamos... Es decir, salíamos para gustar. Y, después de semejante trabajera, ¡qué menos que alguien se fijara en ti y, además, contara con el valor de pedirte que bailaras con él! Con disimulo, aguardábamos bajo unas sombrillas azules que suavizaban la humedad a que se acercara algún chico a hacernos una pregunta elemental: «¿Bailamos?» Creo que nunca en mi vida, y menos entonces, me atreví a decir que no. Además ¿por qué razón iba a hacerlo? Sólo el hecho de que te viera la gente en la pista, a menos que el que te hubiera pedido bailar fuera un espanto, era algo que redundaba en tu beneficio. Quería decir que eras una mujer exitosa. Y es que, en el norte, es imposible pedir más que eso.

A las diez y media de la noche, yo tenía que estar de vuelta en casa. ¡Qué vergüenza cuando mamá se empeñaba en que fuera a recogerme a la puerta el mecánico! Pero ¿qué incoherencia era ésa? Iba a salir morena, vestida a la última, con rímel y bien perfumada para, después de haber estado abrazada a alguien mientras bailaba, decirle de pronto: «Perdona, te dejo porque me espera en la puerta el *chauffeur*» ¡No se lo permití jamás! Y es que, por otro lado, tenía mucha emoción el saber si al chico le habías gustado lo suficiente como para, después de bailar, cuando decía que tenía que irme a casa, insistiera en acompañarme. Incluso, a veces, te bajaba en su moto. Y las motos eran perfectas para abrazar a alguien con mucha o con muchísima fuerza, incluso:

—Tengo que irme inmediatamente. Si llego hoy también tarde a casa me la gano.

—Si quieres, te bajo yo en moto...

—Bueno, si me prometes que no correrás... Porque a mí, las motos me dan pavor. Esta última frase resultaba muy femenina.

—No, no te preocupes. Si no quieres no corro —decía él, haciendo una concesión, aunque tuviera una birria de motocicleta sin apenas potencia.

—Bien. Entonces, encantada.

Y si el chico te gustaba mucho, añadías, como dejándote caer y para que no se creyera que eras tonta:

—Es que no me importa guiar una moto, lo que sí soy es muy mala copiloto. Siempre me parece que me voy a caer.

—Tú agárrate fuerte a mi cintura y no te preocupes.

Al dejarte en casa en diez minutos, a mí no me salía decir sólo gracias y desaparecer. Trataba de añadir algo amable y, cuando iba a despedirme, le daba un beso en la mejilla al acompañante de turno. Claro, en Neguri, los chicos quedaban pasmados. Pero no es que lo que yo hacía, de manera natural, les escandalizara. Es que aquella sociedad en la que aún nos movíamos —no la de los mayores— era muy timorata y, como se sabe de todos los vascos, con un desarrolladísimo sentido del ridículo. Ése del que siempre hemos sido presa.

Este verano también descubrí una actividad fascinante: acudir al «escuche». Como los bailes, las puestas de largo, las cenas de gala se producían sin cesar y era de todo punto impensable el tener acceso a las mismas, los jóvenes nos dábamos cita allí donde tenían lugar. No asistíamos a ellas, pero he llegado a pensar que lo pasábamos mejor que si lo hiciéramos. Sobre todo, los jóvenes que, con aquel motivo, aprovechábamos para charlar encaramados a las verjas del jardín del Club Marítimo, las que daban al Abra:

—Beatriz —me decía Álvaro Escudero—, en este momento entra tu hermana Marta acompañada de tus padres.

—¿Sí?

—Sí. Son un trío de guapos. Si me das la mano, te ayudo a subir aquí para que los veas.

—Pero no me sueltes, ¿eh?

—Y esa cursi de azul ¿quién crees que es? ¡Seguro que es de Madrid!

—¿Por qué lo dices? —inquiría yo.

—Porque la gente de Madrid, puesta a ser cursi no hay quien la gane...

—Álvaro, dime, ¿la que entra con lazo y zapatos rosas no es tu prima Verónica?

—¡Ah, sí! Pobrecita...

—¿También la encuentras cursi?

—No. A Verónica, ni cursi. Aunque la mona se vista de seda...

—¡No seas cruel! —decía yo divertida.

—No hago más que decir la verdad. Para casarla, como primera medida, van a tener que colocarle un bozal para que no pueda comer y adelgace. Y, aun así, se las van a ver y desear. Para colmo, la tía es antipática. ¡No le falta detalle!

—Fuensanta, ¿quién me dijiste que vestía a tu hermana Teresa?

—Pedro Rodríguez.

—Pues me encanta el traje. ¡Es maravilloso!

—Bea... Ese tipo tan raro que en vez de esmoquin parece que lleva frac, ¿quién es?

—No tengo ni idea.

—Es que antes le he visto hablar con tu hermano Alfonso y su novia.

—¡Pues será catalán! —respondía yo—. Porque, ¿os habéis fijado? Los catalanes bien, que se creen los mejores del mundo, tienden siempre a dar la nota.

—Sí —decía Álvaro, riéndose—. Es como si no fueran capaces de pasar inadvertidos.

Lo más chocante es que, en la puerta de entrada del Club, la que da al paseo de Zugazarte, se encontraban toda una serie de personas que habían trabajado lo indecible para que aquellos invitados lucieran sus mejores galas. Hablo de las manicuras, peluqueras, peluqueros, sastres, modistos y, también, curiosos en general.

Era otro tipo de espectáculo el visitar una tarde previa a un festejo semejante una peluquería de señoras, por ejemplo. Se palpaba en el local un nerviosismo generalizado. El de las peluqueras y manicuras, con cansancio incluido; y otro, el de las clientas, con ilusión, como si fueran las auténticas protagonistas de una obra de teatro que fueran a representar de inmediato. Siempre me sorprendió que, en tan pocas horas, aprovecharan a hacerse de todo. Así, se veía a mujeres que luchaban la tarde entera con su moño. Pero las de más edad, por lo general, se hacían mechas, se cortaban el pelo, se lo alisaban, se hacían la manicura y la pedicura e, incluso, la cera. Algo para lo que, después, encontré su explicación. Bien, pues toda esta pobre gente a la que, evidentemente, habían hecho ganar dinero pero, a la vez, habían dejado exhausta, iba a contemplar el resultado de sus esfuerzos. Querían ver entrar a sus clientas y clientes al recinto donde el baile de gala daría comienzo. Presumían de ser responsables, en cierto modo, de que aquellas personas llamaran la atención por su buena imagen, por sus fastuosos trajes o por sus sofisticados peinados. Pero no lo hacían como el que ha llevado un trabajo a cabo y quiere ver sus resultados, no. Lo hacían con una admiración natural y no profesional en aquel ambiente en el que la diferencia entre clases era abismal. Estas personas querían ver la elegancia de unas señoras, de unas gentes a las que ellas, por descontado, jamás en su vida tendrían acceso. Como si fuera normal que el mundo estuviera dividido de esta manera: los ricos y los otros, los que les servían, que debían estar orgullosos de hacerlo para que los primeros continuaran siendo cada vez más ricos y poderosos, como si de un derecho adquirido se tratara. A los pobres se les permitía servir a los primeros para que se vieran satisfechos en su humilde vanidad y además, les admiraran:

—¡Ahí llega la señora marquesa de Lamiaco! —gritaba Loren, la peluquera.

Mientras, sus compañeras y amigas, las años que conocían a la señora marquesa, la modista que, de cuando en cuando, le fusilaba un modelito de la revista *Elle*, y el servicio de su propia casa, la ovacionaban mientras la señora marquesa, entre azorada y enormemente satisfecha, se volvía y se sentía literalmente obligada a saludar al más inefable estilo Hollywood, pero siempre de manera recatada, claro.

—El coche azul que entra ahora viene guiado por Aniceto, el mecánico de los señores de Erhardt. ¡Mirad qué pareja hacen los señores!

De nuevo, todo el *entourage* de don Alberto Erhardt y su encantadora mujer Eli Alzaga, aplaudiendo con verdaderas ganas un rato largo. Primero, Aniceto había parado el automóvil justo delante de la puerta y, mientras tanto, el matrimonio había quedado dentro, sonriente e inmovilizado, naturalmente. Seguido, el mecánico había

abierto la puerta a la señora, que saludaba a su público e, inmediatamente después, por el otro lado del automóvil salía, también contento, don Alberto. Para entonces, otro flamante automóvil, guiado también por un *chauffeur*, esperaba detrás con el fin de llevar a cabo la misma operación que había realizado Aniceto. Y, así, sucesivamente...

—Y estos señores que llegan en el Mercedes, ¿quiénes son? De aquí, del municipio, no son, ¿o sí? —preguntaba alguna de las doncellas-espectadoras. Se escuchaban murmullos hasta que, alguien muy puesto, muy avisado, aclaraba la terrible incertidumbre:

—No, estos señores son foráneos. Catalanes o valencianos para más señas y están hospedados en casa de los marqueses de Castelfuerte.

—¡Ah! ¡Eso ya lo sabía yo! Pero lo que no sabemos es cómo se llaman.

—Pues con exactitud...

Al segundo, salía una vocecita que daba el nombre del matrimonio en cuestión y que, al ser repetido entre los allí presentes, parecía que era retransmitido por megafonía:

—Son los marqueses de Sot. Él es un Trenor y ella, una belleza andaluza, una Suárez de Lezo.

Mis padres no se perdían una cena de éstas ni por casualidad. Excepto, claro está, cuando se encontraban de viaje, aunque generalmente su agenda la ajustaban para coincidir con las galas más importantes. Por eso, cuando se desplazaban, era sobre todo para asistir a diferentes bailes, cenas o campeonatos de *bridge* con personas con las que, previamente, se habían comprometido. Antes de decidirse a contestar a cualquier invitación tenían que hacer un verdadero encaje de bolillos. No hablo de moverse por los alrededores por donde, la verdad, se movían como peonzas. Toda la cornisa cantábrica era un juego de niños para ellos, ya que el alojamiento en un hotel o en una casa particular se daba por hecho.

Capítulo 24

Malditos escrúpulos

Gozando de esta incipiente libertad, pude hacer una escapada en solitario a los Picos de Europa, en Santander. Había sido invitada a una cena de gala en el palacete que los López Dóriga tenían en tan privilegiado paisaje. Entonces ocurrió un acontecimiento que dejó su impronta en mí, no tanto por el acontecimiento en sí como por lo que sucedió después.

Los veranos de toda la provincia cántabra tenían mucho encanto y prestigio, por lo que en la fiesta se concentró toda la gente «bien» de Santander, mucha de Madrid y, también catalana, que se daba cita para pasar un par de meses en aquellos parajes, que entonces no estaban tan masificados como ahora.

La cena, espléndida, estuvo amenizada por una orquesta que luego fue sustituida por otra cuando dio comienzo el baile. Para la ocasión se había montado una gran pista con madera deslizante, estupenda para lucirse.

Siempre me había hecho gracia la diferencia tan grande que existía entre nosotros, los vascos, y los santanderinos, incluidos los que vivían habitualmente en Madrid. Había un algo castellano que no podían ni querían, supongo, negar que corría por sus venas. En Madrid los trataba muchísimo y, en general, eran hombres suaves, delicados, incluso galantes. Algo que se supone que por la timidez, los vascos no eran, estuviesen o no afincados en Madrid. Es decir, eran un intermedio entre la rudeza del vasco y el «Pepito Sociedad» madrileño. Pienso que, al menos en su momento, eran hombres a los que les interesaba mucho el sexo femenino y no tenían grandes inconvenientes en demostrarlo.

Los cántabros considerados «bien» solían ser, por lo general, «muy bien». Conservaban ese acento cantarín que te puede gustar o parecerte horrendo, y los hombres eran muy guapos y bien plantados. Lo único malo es que, aunque fueran grandes como torres, se empeñaban en llamarlos Ramonín, Juanín o todo tipo de nombres acabados en «ín» que, para los vascos, resultaba un poco cursi. Para nosotros, los Juanes eran Juanchus y los Ramones, Ramonchus...

Se trataba también de unas personas —hablo de sus padres, puesto que, nosotros, como era lógico entonces, no hablábamos de política— un pelo nostálgicas respecto a la monarquía. Tenían a gala el haber albergado a don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia en su magnífico palacio de la Magdalena, en la capital santanderina. Pero

esto era una reminiscencia sentimental que en absoluto impedía su acomodación al régimen del Caudillo, con el que a la gente «bien» parecía haberles ido «muy bien». Esto, al menos, es lo que me decía mamá siempre que visitábamos tan maravillosa región y, sobre todo, cuando nos hallábamos en Santander capital:

—¡Qué de gente en este paseo Pereda! —decía ella, contrariada, porque tenía pavor a las masas.

—Claro —contestaba yo—, es que estamos en pleno verano y...

—¡Qué va! ¡En Santander eso no importa! Aquí las calles siempre están invadidas.

A mí no me interesaba el tema, pero como se empeñaba en hacer alguna observación, le seguía la corriente:

—¿Y por qué razón?

—¡Pues porque aquí, pasa que todo el mundo es rentista!

—¿Rentista?

—Sí, hija, sí. ¿No sabes lo que significa la palabra «rentista»?

—Claro, mamá, que viven de las rentas.

—Pues por eso. Como trabajan tan poco y sólo hacen que hacen, se tiran a la calle a desayunar, suben a perder el tiempo a sus oficinas y, enseguida, bajan de nuevo para tomar el aperitivo. Por las tardes, o no trabajan, o aquellos que quieren salir de casa y dicen que van a la oficina vuelven a bajar a tomar el café, la copa y el puro. Luego suben de nuevo a su despacho hacen un par de llamadas telefónicas y se tiran otra vez a la calle para ir al cine, a merendar o a tomar una copa. ¡No dan golpe, Beatriz, no dan golpe!

Por supuesto, para entonces, yo todo lo que mamá decía, a pesar de hacerlo con tanta vehemencia, lo ponía en cuarentena. Ahora, con el tiempo, pienso que, en algunas cosas, puede que tuviera razón. Seguramente era cierto que en Bilbao o San Sebastián se trabajaba más que en Santander. Incluso puede que hubiera menos rentistas. Tal vez las diferencias socioeconómicas fueran mayores: los ricos, riquísimos, y practicando el *dolce far niente* y, los otros, que eran tantos, a currar. Puede que allí, también, el problema político, que emergía a pasos agigantados, hiciera que las personas estuvieran más inquietas y tuvieran que trabajar más para conseguir sus logros.

Evidentemente, en Santander la gente podría compararse, en cierto aspecto, con la de La Granja de San Ildefonso, en Segovia. Algo así como cortesanos sin corte que, a su vez, se habían adaptado también a los nuevos tiempos. Eso sí, quizá con más nostalgia y menos dinero. Mi abuela siempre se refirió a ellos diciendo:

—La gente de La Granja, los nuevos pobres...

Pero pienso que esto lo hacía, más bien, para fastidiar a mi madre. Y es que ésta contaba con muchos amigos en el maravilloso pueblo segoviano y, en cuanto hacía buen tiempo, se acercaba a pasar unos días con ellos. Para mamá era un plan espléndido, ya que tenía partida todos los días seguida de cenas o cócteles. Se divertía

muchísimo y como papá no iba nunca —ni tan siquiera sé si fue requerido—, a la abuela le sentaba fatal que el matrimonio fuera adquiriendo costumbres tan liberales que ella, la verdad, creo que comprendía, pero no quería aceptar.

Mucha gente que pasaba el verano en La Granja de San Ildefonso me contó de las simpatías que mi madre despertaba en aquel Real Sitio. Todos la encontraban divertida y graciosísima, además, claro está, de una especie de representación de la elegancia. Me repitieron algo que, efectivamente, la retrataba. Se empeñaba en decir cuando allí se encontraba que el Meridiano de Greenwich pasaba por La Granja. Bueno, para hacer la historia más creíble, al parecer, decía que no estaba convencida si era justo por este pueblo o por el de al lado, Valsaín. Y lo decía tan seria y daba tantos datos fantásticos, llenos de imaginación, para convencer a sus contertulios de esta realidad, que la gente se moría de risa con sus comentarios.

Resultan curiosos los saltos que da la memoria cuando se trata de recordar. Todo esto ha venido a mi mente quizá por la necesidad de justificar mi actitud en el festejo en el que me hallaba, en los Picos de Europa. Y es que hay ciertas cosas que, aunque se sospeche que le ha pasado a mucha gente —si no las mismas, sí parecidas—, produce una enorme vergüenza contarlas. Pero allá va. Y es que ligué. Y ligué mucho. Mi amigo, a quien ya conocía de Madrid y con el que, de una manera muy solapada, había siempre mantenido un claro coqueteo, es más, habíamos llegado a salir juntos a cenar y bailar, se llamaba Roberto Ruiz Baraibar. Era un chico encantador, no muy alto y tampoco muy delgado. Es decir, no se trataba ni de un maniquí ni de un hombre innegablemente fetén. Pero tenía, además de unos enormes ojos azules rasgados, una piel fantástica que le hacía enormemente atractivo. Y sobre todo, era muy simpático. Pasamos la noche entera bailando sin parar. Cuando sonaban dos de mis canciones favoritas, *Da una lacrima sul viso*, de Bobby Solo, y *La solitude ça n'existe pas*, de Gilbert Bécaud, y todo tipo de «romantiquez» imaginable, yo me estremecía por dentro.

Se encontraba también en la cena una amiga mía que pasaba el verano en El Sardinero y en cuya casa me alojaba cuando iba a Santander. A altas horas de la madrugada, mi amiga sugirió la posibilidad de retirarnos. Ella se encontraba con un paisano, amigo suyo, de nombre Vicente Lantero, con el que, a su vez, no había dejado de ligar en toda la noche. Más que nada, por tratar de dar celos al que, de verdad, le gustaba, Gonzalo Campuzano. Ante nuestra sorpresa, los dos chicos se ofrecieron a acompañarnos yendo en el coche de Vicente. Roberto y yo pasamos detrás, como era lógico, para dejar a mi amiga ir de copiloto junto a su enamorado.

En aquel pequeño automóvil, un Mini-Cooper, la música continuó como si se tratara de una improvisada *boîte*; «*Quand j'étais triste, moi je veux pleurer...*» Entontecida por las canciones y por el humo —los cuatro fumábamos y el pequeño espacio del Mini se había convertido en Altos Hornos de Vizcaya—, me dejé coger la mano por Roberto, que me la besó. El paso siguiente fue notar que éste ya no se andaba con rodeos ni trataba de besarme de una manera furtiva, sino que había dejado

mis manos en busca de mis labios. Manejaba los hilos de la seducción con incuestionable maestría: un beso en la mano con delicadeza; en la oreja con suavidad extrema; uno en una mejilla y, el siguiente, otro que empezaba en la misma mejilla y que, como por error, se iba desplazando hasta provocar un encuentro de boca contra boca. Yo lo rechazaba, es cierto, pero con muy poca rotundidad, sin convencimiento alguno...

Al llegar a Santander, Roberto sugirió dar un paseo por Mataleñas. Yo no sabía bien lo que era aquello. Pero mi amiga se mostró de acuerdo y yo la seguí. Era una playa preciosa donde pudimos contemplar el mar en todo su esplendor con los primeros rayos de sol brillando sobre la marea baja. Allí hubo más y más besos. Como si nunca pudiéramos llegar a aburrirnos de aquel contacto apasionado. Y, al fin, abandonamos el estratégico lugar para dejarnos en El Sardinero, donde vivía mi amiga.

Nada más bajarnos del coche yo, presa de una inmensa angustia, me eché a llorar.

—¡No es posible! —dijo mi amiga—. En cuanto he mirado por el retrovisor y os he visto en actitud cariñosa, estaba segura que me acabarías montando un número. Pero dime, ¿por qué lloras?

—Porque estoy muy arrepentida de mi comportamiento. ¡Me siento fatal!

—Y ¿esto no podías haberlo pensado un poco antes?

Mi llanto iba acompañado por auténticos hipidos:

—Es que yo tengo un problema...

—¿De qué me estás hablando ahora, se puede saber?

—Mira, si me vas a reñir —protesté, llorando más alto—, déjalo, no te diré nada. No te daré la lata.

—No te estoy riñendo. Estoy recordándote que no se pueden hacer las cosas sabiendo que, inmediatamente después, vas a arrepentirte. Porque no has empezado a llorar delante de ellos de milagro. Bueno, al grano, ¿cuál es el problema?

—Que me cuesta mucho decir que no a los hombres. ¡No sé cómo pararlos!

Mi amiga empezó a reírse, no sé si de mí o de la situación:

—Pues hija, a eso se aprende.

—Pero es que soy incapaz de decir que no. Si supiera, no estaríamos ahora hablando de este problema porque, sencillamente, no lo tendría.

Y ya mi amiga se reía a carcajadas:

—Bueno, en lógica aplastante, acepto que me has ganado.

Claro que mi amiga ignoraba la segunda parte de la conversación, cuando le dije:

—¿Tú me harías un inmenso, inconmensurable favor, antes de volver a casa?

—¿Quieres que tomemos un chocolate y unos churros por ahí? —preguntó solícita.

—No. No tiene nada que ver con eso.

—Pues ¿de qué favor me hablas?

Yo me sentía fatal, casi incapaz de decírselo, pero me podían los escrúpulos, el

miedo:

—Quiero confesarme...

—Pero, Bea, y ¿por qué no te confiesas mañana?

—¿Y si me muero esta noche? No creo que fuese capaz de dormir en estas condiciones...

—¡No entiendo tu educación religiosa! ¿En qué tipo de Dios crees tú, en el que te está esperando con un garrote para mandarte al fuego eterno a la primera de cambio?

—No. Nunca dije eso.

—Lo estás diciendo con tu actitud. Dime, ¿tu Dios es amor o representa el temor?
—inquirió, aguda, mi amiga.

—No sé lo que representa en este momento. Yo lo que quiero es que me lleves a una iglesia.

Me juró por sus muertos que a ella no la veían así, vestida de noche, recorriendo las iglesias de la ciudad. Conseguí que fuéramos en un taxi. Yo entraba y salía del coche buscando una misa de siete, que era a la que, con más celeridad, podíamos llegar. El taxista no decía nada, pero podía ver su cara de extrañeza y sus miradas furtivas, como si estuviéramos locas o fuéramos a causarle algún problema.

Fue una faceta mía que no conocí muy bien hasta aquel momento. Por fin encontré un sacerdote dispuesto a oírme en confesión:

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—Padre...

—Sí, dime hija...

No sabía cómo empezar:

—Es que me arrepiento de...

—Si, continúe, hija...

—Pues me arrepiento de haber besado a un chico que ni tan siquiera era mi novio...

—¡Cómo es posible besar a su novio! Bueno, la carne es débil. Pero justo a un novio no se le besa porque supongo yo que usted querrá guardar todo lo relacionado con nuestros más bajos instintos dentro de sí. De este modo, cuando se casen, tendrá muchas cosas que ofrecerle y...

—No, Padre, es que no era ni mi novio...

—Por eso le digo que hay que pedir pureza, pureza y pureza a la Santísima Virgen cuando se sale con los novios. Porque si hay algo claro es que el demonio está siempre al acecho. Como primera medida, usted no debería salir sola nunca con su novio, sino con muchas personas porque la soledad propicia...

—No padre, es que no era mi novio. Era sólo un amigo y...

—¡Pero yo no entiendo nada! ¿Hablamos de su novio o de un amigo de su novio?

En vista de que este sacerdote no se aclaraba con mi confesión, opté por buscar otro, y así, de confesionario en confesionario, fui arrastrando conmigo una enorme

confusión difícil de comprender. Ahora, en general, los confesores no eran, precisamente, psicólogos ni nada parecido. Enredaban más las cosas, que ya era mérito, y en lugar de tratar de encauzar la conciencia de alguien indiscutiblemente escrupulosa, alimentaban su desasosiego.

Recuerdo que en una ocasión, siendo muy pequeña, comenté a un confesor que, en mi casa, se preocupaban de que sintiera la urgencia de confesarme varias veces al día. Me respondió que nunca había que hacer caso a las personas de tu familia, que solían ser ignorantes e insensibles. Como ejemplo definitivo, puso en mi conocimiento que san Ignacio de Loyola, siendo todo lo santo que era, se confesaba treinta veces diarias. Me dejó callada durante lustros.

Capítulo 25

La muerte de Gran

Una noche que mis padres estaban en un baile de debutantes en el Palais, en Biarritz, llegué a casa en el Muelle algo más tarde de lo habitual. Me había quedado charlando un rato con Juan Cardenal, Álvaro Gamboa y Estrella Olabarri, quienes comenzaban a vivir un bello romance que, según creo, dura a día de hoy. Al llegar al portal, me sorprendió ver aparcado sobre la acera el Topolino de mi hermano Alfonso, junto a un Simca que solía conducir Álvaro. También, sobre la acera, se encontraba la Vespa de Ignacio. Subí a casa algo preocupada porque les había oído decir a mediodía que saldrían a cenar fuera. Timbré la puerta y abrió Fermín:

—¿Qué pasa, Fermín? Parece que hay mucha gente en casa, ¿no? —pregunté temerosa porque esto no era síntoma de nada bueno.

—Sí, Beatriz. Ha habido una emergencia. Y al encontrarse los señores marqueses en Francia... Nos ha costado localizar a tus hermanos, pero por fin...

Estaba muy nervioso el hombre y era evidente que contestaba como podía. Entré en la biblioteca y me encontré a Constanza y a Marta llorando.

—¿Qué ha pasado? —pregunté angustiada.

—Gran está fatal —contestó Marta.

—Me quedé allí, sin saber qué hacer, paralizada por dentro y por fuera durante unos minutos eternos.

—¿Y los chicos?

—Están en la habitación con la abuela. Acaba de marcharse el médico y se están despidiendo de ella.

—¿Se va a morir? —pregunté incrédula.

—Eso ha dicho el galeno —siempre contestaba Marta; Constanza no era capaz de hablar.

—¿Habéis podido localizar a papá y mamá? —pregunté nerviosa.

—Sí. Están volviendo de Francia —respondió Marta.

—Yo quiero entrar a verla —dije con los ojos llenos de lágrimas.

Fue entonces cuando Constanza reaccionó, me miró fijamente y me dijo:

—Beatriz, ¿estás segura de querer verla?

—Sí, claro. Claro que quiero verla.

—Me alegro —comentó entre sollozos—. Cuando le dio el derrame cerebral y

volvió en sí, lo primero que hizo, según el servicio, fue preguntar por ti.

Me dio un vuelco el corazón de saberme tan querida por aquella mujer. ¿Y si llegaba demasiado tarde? Salí corriendo pasillo adelante hasta alcanzar la puerta de su gabinete. Pedí paso con tal suavidad al tocar en la puerta de su habitación que nadie se percató. Entré despacio. Alfonso y Álvaro, con los ojos llenos de lágrimas y atentos al mismo tiempo a cualquier palabra que saliera de la boca de la abuela, me miraron sintiendo pena de mí. Ignacio estaba de pie mirando por la ventana y tenía la cara blanca como un folio. También me miró con cariño. Alfonso me cedió una butaca que alguien había colocado junto a la cabecera de Gran. Yo le indiqué por señas que no se moviera, que me era igual. Pero él insistió y pude ver que, mientras me miraba, seguía acariciando la mano derecha de la abuela. Ella estaba más guapa que nunca: su piel de melocotón en la que destacaban aquellos ojos con unas pestañas tan largas que cualquiera podría pensar que las habría dado rímel, su mentón poderoso y el pelo recogido, no como cuando salía sino como cuando se preparaba para acostarse, por lo que deduje que debía de estar ya en cama cuando le sobrevino el accidente. De vez en cuando entreabría los ojos y, con un tono de voz firme, preguntaba:

—¿Quién está ahí?

Álvaro captó mi expresión de dolor y fue él quien contestó:

—Gran, ya ha venido Beatriz. Es Beatriz.

—Beatriz, nieta querida...

En ese momento, la abuela abrió los ojos, como si me estuviera esperando. No quise que hablara por si se cansaba. Me limité a tomarle la mano con suavidad y con todo el cariño que por ella sentía, que era inmenso:

—Gran, soy yo. ¿Cómo estás, dime?

—Mal, mi vida. Mal.

—Bueno, todo pasará abuelita —dije yo muy bajo, acercándome a su oído en un intento de tranquilizarla.

—No pasará, hija, no pasará...

No quería llevarle la contraria pero sí, a todo trance, tranquilizarla, quitarle el miedo si es que lo tenía, ese que yo daba por hecho que sentía.

—Estoy aquí para cuidarte. Tú no digas nada. No quiero que te canses.

—Mira, Beatriz, yo me voy a ir... —pude ver a Alfonso llorando en silencio mientras abandonaba la habitación—. Pero antes, quiero agradecerte toda la compañía que me has hecho y lo que me has alegrado mis últimos años de vida.

—¡Qué cosas dices, Gran! Yo sí que tengo que darte a ti las gracias por cómo me has tratado...

Iba a añadir «siempre», pero no lo hice porque se me entrecortó la voz, y continué acariciando su mano con mucho cuidado, sabiéndola muy frágil. Ignacio seguía mirando por la ventana, hasta que finalmente salió junto con Álvaro de la habitación. En ese momento entraron Constanza y Marta. Con los ojos enrojecidos, Álvaro

susurró al oído de Marta, antes de salir:

—¿Ha habido alguna noticia de papá y mamá?

—No —contestó ella muy quedo—. Dudo, la verdad, que vayan a llegar a tiempo.

—Beatricita —otra vez la abuela se dirigía a mí como si fuera yo la única que se encontrara en su habitación.

—Dime Gran... Pero corto. No te canses.

Mis hermanas mayores cruzaron sus miradas.

—¿Recuerdas que en una de nuestras conversaciones de Zuricalday hablamos de la importancia del carácter de las personas?

Cada vez iba teniendo más dificultades para hablar. Yo trataba de que no se fatigara:

—Claro que sí, abuela. Recuerdo todas las conversaciones que contigo he mantenido...

Y para darle más tiempo a que tomara oxígeno, rematé la frase de la manera más amable que pude:

—Porque de todas ellas aprendí tanto...

—¡Qué ternura la tuya, niña querida! Puede que pases malos ratos en la vida porque ésta casi nunca es un camino de rosas y también porque eres muy sensible...

Respiraba peor a cada instante.

—Ya, Gran, puede ser. Pero tú no te preocupes. Y, sobre todo, no te canses. No hables. Ya hablaremos cuando estés mejor.

A mí se me saltaban las lágrimas, pero Constanza comenzó a hipar y Marta abrió la puerta de la habitación para que saliera.

—Beatriz, que nada ni nadie consiga cambiarte el carácter...

Y, seguido, oímos su respiración fuerte y claramente definitiva por la que Marta y yo —a pesar de no haber visto en mi vida un muerto— comprendimos que habíamos sido testigos de sus últimas palabras. Besé su mano, aquella mano que durante ese rato había guardado entre las mías, besé su frente y luego me abracé a Marta, llorando desconsolada. En la biblioteca estaban mis hermanos mayores. Dije:

—¡La abuela ha muerto!

Cuando todos ellos se levantaron para dirigirse a su habitación, mirándome con cierta desconfianza, oímos el llavín de papá en la puerta de entrada. Nos miramos asustados, sin saber muy bien qué frente atender. Fue Alfonso quien dio órdenes con rapidez:

—Constanza, entra tú con Marta para ayudar a lo que sea preciso con la abuela y el resto vamos, antes que nada, a saludar a papá y mamá.

Creo que a nuestros padres no les hizo falta más que ver la expresión de nuestros rostros para comprender que llegaban, desgraciadamente, tarde. Fuimos uno tras otro, abrazando primero a papá con cariño, con fuerza, y después a mamá, que hizo su aparición en el vestíbulo con una esmeradísima, al menos yo lo interpreté así, muy buena *mise en scene*, como transida de dolor.

—¿Ha muerto? —preguntó papá más bien ido, pero como seguro de nuestra contestación.

Y fue Alfonso, de nuevo, quien habló:

—Sí, papá. Pero todos te lo pueden decir, no ha sufrido nada.

Sin emitir ningún sonido, hicimos un gesto negativo con la cabeza. Fue muy impresionante la entrada de papá en la habitación de su madre. Mis hermanas, al parecer, tan preocupadas por cerrarle los ojos y ponerla bien el pelo y sus manos en la cama, habían olvidado sacarle el sello del marquesado que, como ella misma había dicho ininidad de veces, era la única joya que no se quitaba nunca, ni para dormir. Papá procedió a sacársela de inmediato del dedo meñique. ¡Y cómo besó su mano! ¡Y cómo acarició su frente y su cara una y otra vez, conteniéndose las lágrimas! Mamá para entonces, me pareció que se había olvidado un poco de su autocontrol y empezó a tirar discretamente de la americana blanca de hilo de mi padre. Luego, viéndolo absorto, como si no reaccionara, le agarró por el hombro para que se volviera hacia ella y, así, poder abrazarlo. Cuando el abrazo cesó, también los ojos de mamá estaban llenos de lágrimas. Pero, como ella no podía permitirse ni la más ligera debilidad, se rehízo enseguida, y dijo:

—Chicos, salid conmigo. Tenemos que arreglar una serie de cosas.

Salieron tras ella Alfonso, Álvaro e Ignacio. Mientras, Constanza, Marta y yo nos quedamos mirando cómo, de qué manera tan amorosa, nuestro padre se despedía de Gran. Mamá entró en la habitación y, dirigiéndose a papá, le dijo con suavidad:

—Paddy, ¿puedes salir un momento conmigo? Los chicos y yo hemos decidido una serie de cosas para las que, naturalmente, queremos contar con tu aprobación.

- salieron ellos y permanecemos nosotras en silencio, sin cruzar palabra, sin saber muy bien, yo al menos, si era por inercia, por puro dejarse ir, o si se debía a un íntimo y casi irreconocible deseo de no dejar a Gran sola. Debía de ser por lo primero, ya que cuando los hermanos entraron de nuevo, permanecemos allí hasta que nuestra madre, al poco rato, hizo de nuevo su aparición:

—Chicos, os ruego que nos dejéis solas a las mujeres porque vamos a ponerle el sudario a la abuela. Pase, Matilde —le dijo a la doncella de la abuela, agarrándola protectora del brazo—. ¡Claro que verá usted a la señora marquesa la primera! Además, le agradeceré nos ayude a las chicas y a mí a prepararla.

No sabía qué podía ser aquello de prepararla, pero no me sonó bien. Me levanté con intención de dar un beso a Matilde y, de paso, abandonar la habitación. Me sentí con derecho a llorar un rato en soledad, a mis anchas. Pero mi madre, con esa obsesión que tenía por hacernos saber tanto de su período de dama de la Cruz Roja en la guerra como de la dureza que las personas debían tener para estos casos, no me lo permitió:

—¿Adónde vas, Beatriz?

—Iba un momento a mi habitación.

—No. No ahora, hija mía. Cuando se es mayor para unas cosas, se es mayor para todo. Quiero que te quedes con nosotras y que aprendas todo lo que hay que hacer a una persona que muere antes de meterla en una caja y darle sepultura.

Aterrada por todas aquellas palabras como cadáver, sepultura, sudario... intenté de nuevo evitar aquel trance. Además, necesitaba llorar.

—Vengo enseguida. Voy a...

—He dicho que no, Beatriz. Que no quiero que te muevas de aquí. Tus hermanas tienen ya alguna práctica en estas cosas. Pero tú ninguna y va siendo hora de que aprendas.

Y siguió aleccionándome con contundencia:

—¡Son muchas las situaciones en las que no se puede escurrir el bulto en la vida y ésta es una de ellas! Después pasa lo que pasa. Hay personas que con una disculpa u otra siempre se escapan de estos menesteres. Suele ser gente débil, que no vale para nada. Y ninguna de mis hijas va a serlo.

—Si yo no es que quiera...

—No insistas, Beatriz. No tenemos tiempo para hablar de la impotencia. Sólo la gente sin educación alguna es la que, ante una muerte, grita, llora, se tira al suelo... Como si, por hacerlo, sintieran más o menos el fallecimiento del que se ha ido. Es también la misma gente la que busca a alguien que prepare a la persona fallecida. Y si para ello tienen que recurrir a la funeraria, recurren. Les da igual.

Estaba en lo cierto. Aquello de prepararla fue algo verdaderamente horrible. Tan horrible que no encuentro palabras para calificarlo. Por eso, no diré nada. Después de tapar agujeros con kilos de algodón, lavar a la abuela y otros menesteres, le colocaron una sábana blanca. Aún tenía que llegar el médico a certificar su muerte, como un puro trámite y, después, vendrían los de la Funeraria Sarria, quienes traerían la caja correspondiente. También recogerían la esquela que, previamente, habían redactado mis hermanos mayores y que, después de dársela a leer a papá, la enviarían a la prensa junto con una foto de Gran. También, por entonces, los de la funeraria se encargaban de colocar, cerca de la parroquia a la que la persona fallecida pertenecía, copias de la esquela oficial. Estas podían verse no sólo en la puerta de las iglesias, sino también colgadas de los árboles del Municipio —algo que a mí nunca dejó de sorprenderme— con el fin, claro está, de dar a conocer tan triste noticia.

Todo se llevó a cabo como estaba previsto. Papá telefoneó de inmediato a sus hermanos, que se encontraban pasando el verano fuera de Las Arenas y se pusieron en camino. Mamá hizo lo mismo con sus parientes y con los amigos íntimos de papá. Es decir, que después de estar allí un buen rato el médico y también los de la funeraria, comenzó a sonar el timbre de abajo hasta que el portero, como era costumbre, cuando una persona fallecía en su domicilio, dejó abierta una de las hojas de la puerta del portal. Luego, el timbre del piso sonaba tanto que, finalmente, se dejó la puerta abierta y nosotros nos encargamos de saludar a la gente que entraba y de

hacer saber a papá quiénes eran, por si debíamos pasarlos o no a la tertulia que ya, en el salón azul, se había organizado. Otra cosa que me pareció rarísima y, a la vez, típica de mi madre fue que a todos aquellos que se encontraban en el salón se les empezó a ofrecer una copa y el ambiente empezó a tornarse no sólo lejano al duelo sino muy próximo al guateque. No les faltaba más que los discos. Menos mal que yo sabía a ciencia cierta el auténtico desconsuelo de papá. Él no tenía la culpa de nada. Era mamá quien quería distraerlo y, no nos engañemos, por encima de esto, a ella le parecía elegante que, después de haberse ocupado con eficacia de los detalles importantes, con tal de no convertir el hecho en «un duelo de plañideras», diera la impresión de que apenas había sucedido nada. Para nunca jamás dejar de ser una mujer de mundo, sus preguntas eran del tipo de:

—Gonzalo ¿te pongo un *whisky*?

—Constanza, hija, di en la cocina que preparen unos sándwiches para luego. La noche será larga.

—Tristán, ¿prefieres el *whisky* con agua o con soda?

—Ana, ¿me habías dicho un *gin-fizz*?

Se organizó, ya digo, lo más parecido a una reunión festiva. Yo debía de ser muy pura por aquel entonces, puesto que era, con Ignacio, cómo no, la única que se sintió herida por la actitud de mamá. Se veía que el resto ya había vivido esa curiosa experiencia y la encontraba lo más normal del mundo. ¡A mí me parecía incomprensible tener en una habitación de la casa a la abuela muerta y, en otra, separada tan sólo por un enorme pasillo, a un grupo de gente que iba creciendo, tomándose unas copas y hablando y riendo cada vez con más fuerza! Una cosa era, y yo lo entendía y lo repudiaba, el «duelo con plañideras» del que con tanto desprecio hablaba mi madre. Pero aquello... Enseguida comprendí que nada había que hacer sino aguantarse. Como tenía a Ignacio a mi lado, cuando nos encontramos solos por unos minutos en el vestíbulo, le dije con indignación:

—¡Son todos iguales!

—Menos mal —me respondió— que empiezas a darte cuenta de las cosas, Bea. Es el único sistema para no sufrir... Bueno, sufrir se sufre. Pero algo menos.

—Ignacio, no pretendo que me des la razón. Aunque nunca he asistido a un duelo, ¿es normal la actitud de mamá y del resto de la familia?

—¡Cómo va a serlo! Tú lo has dicho, Bea, ¡son todos iguales! Igual de frívolos en ocasiones en las que no procede y de dramáticos, de trágicos, también cuando no viene a cuento.

—Es que yo he pasado hoy un rato, imagino que como todos, pero es que la abuela para mí... Y, claro, verla decirme esas cosas y luego morir.

Mi llanto era incontrolable.

—Es que es como si tuvieran el termostato cambiado. Pero... Beatriz, no llores. Bueno, perdona, llora todo lo que quieras, que ya va siendo hora.

La actitud receptiva y abierta de Ignacio y su comentario final me dio pie a

verme, de pronto, llorando en su hombro con un inconmensurable desconsuelo. Y como yo no me separaba de él y lloraba cada vez más, sin saber muy bien cómo actuar, me separó de su cuerpo suavemente y aseveró:

—Tal vez te vendría bien tomarte una copa.

—No, gracias, Ignacio. Yo no he tomado una copa nunca. Y, aparte de no tener ganas, tampoco sé cómo podría sentarme.

—Yo sí bebo copas con frecuencia —me dijo en plan cómplice, aunque yo ya lo había oído comentar a alguien en casa—. Eso sí, no doy la lata a nadie. Y, además, no las tomo para reírme u organizar escándalos. Es porque encuentro consuelo en el alcohol. Me adormece el dolor de alma. Igual que adormece el dolor de muelas. ¿Te importa, Beatriz, que vaya a ponerme una ginebra con agua?

Y después de haber escuchado mi negativa, cuando volvió junto a mí, sentí la obligación de comentarle:

—Ignacio, tampoco beberás mucho, ¿no?

—No. Sólo de vez en cuando.

—Ignacio, me asusta la comparación que has hecho con el dolor de muelas. Si alguien bebe para mitigar el dolor de muelas y, por desgracia, tiene una dentadura mala... ¡No quiero pensar cómo puede acabar!

—No seas catastrofista, hermanita —me dijo con un cierto reproche o, al menos, con un tono bien distinto al que hasta el momento había utilizado—. ¡No me amargues la copa!

Gran fue visitada, ya en su caja de buena madera, brillante por fuera y aterciopelada por dentro, por decenas de personas que quisieron presentarle sus últimos respetos. Me pregunté si serían aquellos respetos que tendrían que haberle presentado en vida y que, sin embargo, tal vez nunca lo hicieron. La esquela, para sorpresa de todos, como comentó mamá, salió en prensa sin errata y sin errores. La casa se llenó de flores y tuvimos que enviar varios ramos a la parroquia de las Mercedes donde, la tarde siguiente, sería el funeral de cuerpo presente.

No había un alfiler en aquel inmenso templo y, naturalmente, todas nosotras acudimos a su funeral de luto riguroso. Papá y los chicos vestían frac. Y como mi padre se negó a que fuera conducida hasta allá en un furgón fúnebre, como sugirieron los de la funeraria, y la iglesia se encontraba a unos trescientos metros de casa, la caja fue llevada a hombros por mis hermanos, por mis primos y también por el servicio de la abuela y de casa, incluyendo a los mecánicos. Todos ellos se turnaron. Una vez en la iglesia, las mujeres nos pusimos en los bancos de la derecha y los hombres, en los de la izquierda. Eso sí, cada cual en el lugar que, previamente y con plano en ristre, mamá y Alfonso habían establecido siguiendo unas estrictas reglas de protocolo. Después, el féretro fue introducido en el coche fúnebre para emprender viaje a Madrid, acompañado de los hombres de la familia. En la capital sería inhumada en el panteón de los Villachica, en el cementerio de San Isidro. En dicho panteón están enterrados el abuelo Alfonso, padre de papá, y también tío Fernando, un hermano

suyo que fue fusilado por los «rojos» en la Cárcel Modelo de Madrid. Lo de los «rojos» era algo de lo que había oído hablar desde que era muy pequeña. Siempre se dijo en casa que entre la familia de mi padre y la de mi madre ascendían a treinta y dos personas las que habían asesinado los «rojos» sólo por pertenecer a los «nacionales». Cuando alguno de nosotros preguntaba cómo era posible que fueran tantos los miembros de nuestra familia que habían caído así, yo notaba que, con cierto disimulo, no contestaban a la pregunta. Más bien comenzaban a hablar de los distintos hermanos, primos y parientes en grado muy remoto. Mamá se enfurecía siempre que salía este tema a colación y, con rabia nada contenida, hablaba de Paracuellos del Jarama. Hasta que no fui algo mayor, no tuve ni la menor idea de a qué se refería. Tampoco estaban los ánimos como para hacer muchas preguntas al respecto. Algunas noches, siendo pequeña llegué a soñar con los «rojos» sin siquiera poderles poner cara.

Al día siguiente del funeral, mi madre estaba que trinaba pues ya en la misma ceremonia habían surgido voces de señoras que se hacían pasar por amigas de la abuela e, incluso de ella misma, que habían ofrecido, a través de algún intermediario, puestos de trabajo para el servicio de Gran, sabiendo que se trataba de unas personas inmejorables. ¡Qué burrada, qué mala impresión tenía, cada vez mayor, del ser humano! ¡Pero si somos como auténticos depredadores por más que intentemos disimularlo!

Capítulo 26

Vivir el duelo

La verdad es que yo me mantuve ausente, dándole vueltas al único pensamiento posible: no volvería a ver a la abuela nunca. Jamás cruzaría mi mirada con la suya tan inteligente, tan cariñosa cuando, de verdad, la conocías. Antes que nada, me costó una barbaridad asumir el hecho. Nunca lo había vivido antes. Sí, claro que sabía que la gente moría cada día. Pero jamás había vivido la muerte próxima y dolorosa de un ser querido. ¿Cómo que la abuela, mi abuela, había muerto? Pensaba que, en cualquier momento y en cualquier esquina, podría oír su voz. Quería pensar que me encontraba atrapada en una pesadilla. Su ausencia me paralizaba. Todos esos miedos que su predilección por mí, que su atención había conseguido empequeñecer, se alzaban de nuevo agigantados. Y es que ahora me sentía sola. Era demasiado consciente de haber perdido a mi mayor valedora. Fue arbitraria hasta en su muerte, pero yo esto lo interpretaba como un incondicional apoyo: además de las cosas que dejó a papá y sus hermanos, en su testamento constaban aquellos bienes que dejaba a sus nietos. A mí, me mejoró con un paquete de acciones —yo no sabía nada de lo que esto, de verdad, era por entonces— de Iberdrola y de Cementos Leona. También me favoreció en cuanto a sus joyas: el mejor de sus solitarios quiso que fuera para mí. Esto sí que me hizo ilusión y me llenó de orgullo. De acuerdo con mis padres, quedó depositado en el banco. Que contaran conmigo para esta decisión significaba que se me consideraba mayor de una manera oficial, y que no era sólo porque yo hubiera sido la nieta favorita de la abuela.

El duelo con copas incluido duró tanto en casa que mis padres optaron por marcharse a pasar unos días a Biarritz, a casa de tía Baby, y después a San Sebastián. Y es que en Las Arenas no conseguían sacarse a la gente de encima. Cada tarde, los salones y la biblioteca se ponían hasta la bandera de personas. Los «íntimos» se quedaban hasta el amanecer tomando copas y algo de comer. Cuando cesaron las visitas de carácter formal, aquellos «íntimos» siguieron haciendo acto de presencia. En realidad, habían trasladado sus lugares habituales de reunión a los salones de nuestra casa. Entre que mis padres no salían para guardar el luto y que siempre se presentaban algunos amigos, decidieron escapar de Bilbao.

Debo confesar que cuando mamá y papá anunciaron su partida y mi madre nos dio tan puntillosa explicación, imaginé que a ella, por lo menos, ya le estaba

cansando pasar tanto tiempo encerrada en casa. Por mucho que vinieran amigos a verlos, era muy distinto a poder salir una noche aquí y otra allá. Así, tendí a creer que, sin ser mentira las razones que nos dio para irse, también se sentiría más libre, de cara a papá, para cenar en un lugar discreto, algo que, de ningún modo, podían hacer en Las Arenas.

Tanto en Biarritz como en San Sebastián también tuvieron que atender a varias personas que fueron a presentarles sus condolencias, pero no tantas como en Bilbao. Además, al no hallarse en su domicilio, debió de ser todo más llevadero.

Mis hermanos decidieron guardar luto durante un mes. Esto quería decir que sus cenas quedaban restringidas a su pequeño grupo de amigos, que no asistirían a ningún baile oficial y que cuando tuvieran que ponerse corbata, ésta sería negra. En repetidas ocasiones fui testigo de hasta qué punto sus amigos insistían en que salieran de una vez y ninguno de ellos cayó en la tentación.

Yo, por mi parte, a pesar de tener amigos y gente que quería allí, volqué mi soledad en Silvia y Guiomar. Mis dos amigas del alma se encontraban lejos de mí. Pero en cuanto percibieron que lo estaba pasando mal, ambas se acercaron con sus llamadas telefónicas, sus cartas y todo tipo de detalles. En un determinado momento, pensaron en venir a Las Arenas. Pero luego, por unas cosas y otras, no fue posible. Silvia, como cada año, pasaba el verano en una magnífica torre que sus padres tenían en Gerona. Concretamente, en la urbanización S'Agaró que daba nombre al hotel de La Gavina, uno de los más lujosos de España, pero, sobre todo, de los más bonitos debido a su privilegiada localización. Guiomar, con sus padres y hermanos, se encontraba ya a aquellas alturas del verano en una finca que su familia tenía en la provincia de Málaga.

Quedé un poco desprotegida por la circunstancia en sí, pero la muerte de la abuela no repercutió en ninguno de mis planes habituales, puesto que yo no salía de noche. Es decir, el ir a Jolaseta a jugar al frontón o al tenis o, incluso el acercarme a un «escuche», no suponía el más mínimo problema para mí en relación con nada que tuviera que ver con vivir el luto de puertas afuera. Lo que pasa es que no me apetecía mucho hacer ciertas cosas. Aprovechando que papá y mamá estaban fuera, descubrí el placer de quedarme toda la tarde sola en casa. Lo que jamás pude imaginar sucedió: aprovechando que Ignacio se había marchado a Madrid para presentarse a unos exámenes, me pasé las horas en la biblioteca escuchando música de todo tipo, sobre todo los nocturnos de Chopin, que me ponían el vello de punta.

Durante aquellos días como perdidos o raros, en los que más tarde comprendí haber vivido mi propio duelo, también me dediqué bastante a mi hermana Ángela. El día del funeral estaba tan afectada que, por un momento, pensé que iba a sacar otra vez de su bolsillo el burrito del imán. Luego, se quitó de en medio y, junto a *miss* Snowdon, siguió haciendo su vida sin mostrar la más mínima pretensión de querer estar en otro lugar que no fuera el anonimato. Por eso, era yo quien se la llevaba a comprar un helado a Aberasturi y, de paso, charlar con ella. De este modo, me percaté

que Ángela fue mucho más consciente de la situación de lo que los demás nos creímos. Pero lo guardaba todo para dentro, apenas exteriorizaba nada. Siempre fuimos muy diferentes y, sin embargo, nos quisimos tanto...

La desaparición de la abuela contribuyó a que me diera cuenta de la falta de amor que, de manera irreversible, me perseguiría el resto de mis días y que yo bauticé como «hueco de madre». Con una nitidez impresionante —la misma que conservo a día de hoy—, llegó un día en el que, harta de su falta de preocupación y cariño hacia mi persona, decidí fríamente dejar de quererla. Daba igual lo que pudiera costarme conseguirlo. Más me costaba vivir pendiente de todos sus afectados gestos, de sus siempre dudosas palabras, de sus movimientos, con el afán de recoger atenciones que, en realidad, nunca llegaban a mí. En mi adolescente planteamiento no fui capaz de sustituir su hueco de otra manera.

A mí me pareció justo comunicar a Ignacio, al cabo de unas semanas, la decisión que había tomado con respecto a mi renuncia al juego afectivo, casi morboso, de nuestra madre. Con ello trataba de conseguir dos cosas: una, ser leal y no ocultarle que, al igual que había hecho él en su momento, yo me había visto obligada a dar el mismo paso; y la segunda, más positiva, explicarle de qué modo lo había llevado a cabo, ya que, aun sabiendo que era un procedimiento duro, me parecía menos violento y, por tanto, menos doloroso que la relación que entre ellos existía. Cegado ya por una animadversión beligerante, no quiso o no pudo entender casi nada de lo que traté de compartir con él:

—A ver, trata de explicar, Bea, con palabras normales esa teoría tan poética del hueco de madre que por lo visto padecemos tú y yo en exclusiva...

—Mira Ignacio, está claro que nosotros sentimos que nos falta el cariño de nuestra madre, siempre lo hemos vivido así, pero en mi opinión, será mejor alejarla de nuestros corazones que odiarla, como has decidido tú.

Ante la reacción obstinada de mi hermano, vislumbré la diferencia tan abismal entre la forma de entender la vida que teníamos Ignacio y yo. Su actitud tan negativa no podía compartirla porque sencillamente era un camino sin retorno en el que yo no estaba dispuesta a acompañarle.

Capítulo 27

Estrategia de guateque

De nuevo en Madrid, comenzaron las llamadas telefónicas de mis amigos. Querían hacer planes. La diferencia era que, así como en Bilbao los chicos tenían a gala no telefonar a las chicas, puesto que daban por hecho que nos encontrarían seguro en algún lugar a lo largo del día —no les faltaba razón, ya que nos movíamos todos por los mismos sitios—, en Madrid era otro cantar. A menos que quedaras con alguien, era imposible verlo. Estas llamadas que a ciencia cierta a ellos les costaría un cierto esfuerzo llevar a cabo, eran un regalo para mi autoestima. Las salidas que proponían las llevaban a efecto con una enorme timidez. De ahí que me resultara muy desagradable dar una respuesta negativa.

Para empezar, sugerían ir al cine. Pero habíamos dado un paso de gigante: nunca más asistimos a aquellas sesiones bastante infantiles del colegio Areneros en las que, para intentar ver una película, aunque esto fuera una simple excusa, teníamos que pasarnos la tarde luchando con niños pequeños que comían pipas, con curas que procuraban el silencio en la sala para escuchar algo de lo que hablaban los protagonistas y, sobre todo, el saber que, cada cuarenta y cinco minutos se hacía la luz, con todo el revuelo que esto suponía, para cambiar de cinta. Muy por el contrario, acudíamos a salas de estreno de la Gran Vía o de la calle Fuencarral e, incluso, algo después, jugando a pseudointelectuales, a aquellas otras de arte y ensayo.

También el cambio fue notable en cuanto a lo que hacíamos al salir del cine. Nada de meriendas a base de tortitas con nata, sino que los chicos nos invitaban a tomar «algo» en un lugar de copas como Gitanillos o Parsifal y, si no, en una *boîte* como Tartufo, que abría por las tardes para ser ocupada por gente joven, menores de 18 años. Estos lugares fueron una buena escuela para seguir aprendiendo a relacionarnos, fundamentalmente, con los seres del sexo opuesto.

Otro cambio, más sustancial si cabe, fue el primer guateque. Tuvo lugar en casa de los Loring Martínez de Irujo. El padre de éstos era el conde de Mieres. En el grupo de unas veinte personas que allí nos vimos se encontraban Carlos Sotomayor, futuro duque del mismo nombre; su hermana María, guapísima, quien se casaría luego con Alfredo Pickman; José Mari Mazarrasa, Javier Botella, Virginia Urioste y Ramón y Cajal, Javier Barcaiztegui, persona por la que he seguido sintiendo una enorme

simpatía toda la vida, Romanchin Vastameroli, Ana Monterrón, Godo Casasola, Ricardo Gasset, primo de los anfitriones, Lola Nardiz, Almudena Peña, Choni Herrera Oria, Javier Carrión, Manolo Melgar y otros muchos.

Jamás olvidaré que era un sábado por la tarde. Allí comprendí hasta qué punto era yo tímida y, sin embargo, me comportaba como una osada. Es decir, practicaba sin parar la osadía de los tímidos. Llevaba un traje de lana fina azul clarito, tipo Chanel, y estrenaba zapatos de tacón. Los pies no me habían mejorado en absoluto. Estuve toda la tarde con un dolor de gritar. Pero haciendo una concesión, me acordé de aquella frase que encontraba tan tonta y que mi madre repetía sin parar: «Para presumir hay que sufrir.»

Había unas cosas de las que, a todo trance, había que huir y que Silvia, Guiomar y yo, previo cónclave, habíamos definido para que no hubiera lugar a dudas. Tal vez la primera y, al menos socialmente más importante, se trataba de hacer cualquier cosa—todo valía— para no quedarse como «la fea de turno», ésa que se encargaba, a falta de compañeros de baile, de poner en el *pick-up* los discos que otros, aquellos que estaban divertidos, claro, le pedían. También acordamos ser enormemente simpáticas y naturales, pues lo contrario era horrible e imperdonable. En ese sentido no tuvimos ninguna de las tres problema alguno. La desafortunada fue, por supuesto, una chica gorda y poco agraciada de cara.

Los chicos, en general, llevaban su pantalón de franela, *blazer* y corbata de Hermés o de Gucci que, sin duda, habían pedido prestada a sus hermanos mayores o a su propio padre. Todavía no eran muchos los que usaban traje de chaqueta azul marino, que ya en otros guateques o cenas lucirían. Javier Barcaiztegui a veces se presentaba con un traje gris oscuro que le convertía en el más elegante y original. Las tres amigas tuvimos bastante éxito. Excepto en algunos momentos en que fingíamos hablar como cotorras con unos y otros para presentarnos como chicas muy animadas, en líneas generales, no había disco que no se nos acercara alguien a decir eso de: «¿Bailamos?» Bueno, esto tan escueto ya sólo lo decían los provenientes del norte. Los madrileños, con muchas más tablas e, incluso algún andaluz o catalán que se encontraba en la fiesta, eran más graciosos o más explícitos. Eran, incluso, capaces de decirte cuando comenzabas a bailar con alguien: «Niña, prométeme que el próximo baile me lo dedicarás a mí.» La fórmula que decidí como la que más me gustaba era la que usaba algún prematuro don Juan que, al oír el comienzo de una determinada canción, mirándote fijamente a los ojos, se acercaba a ti, te tendía la mano y, con los dedos entrelazados, te sacaba a bailar en silencio: «*Sapore di sale, sapore di mare...*»

También tuve que convenir en algo que decía mamá en el momento de bailar con alguien: era, verdaderamente, igual de ordinario el que te apretaba a matar como el que por timidez, no parecía que supiera qué hacer con tu cuerpo. Es cierto que el que te apretaba te ponía en un brete, porque si le dejabas, podían colocarte el cartel de «fresca», que era lo peor que socialmente podía ocurrirte, ya que aquello no era más que comida para hoy y hambre para mañana. Esto lo teníamos toda nuestra

generación grabado a fuego: si eras una mujer fácil, claro que te llamarían, saldrían contigo, se divertirían... Pero jamás podrías soñar que, a la vez, pensarán en ti como madre de sus hijos. Estaba claro que los hombres se divertían con unas y, naturalmente, se casaban con otras totalmente diferentes.

Aquella tarde aprendimos mucho. Y todavía más con la charla que, luego, hasta muy tarde, mantuvimos mis amigas y yo. Nos dimos cuenta de la actitud de unas cuantas «frescas» de las que, en efecto, enseguida se empezó a hablar. También de las normales que, por entonces, no debían de hacer ni tan siquiera «manitas» o «caritas», por supuesto. Y también de las «ñoñas», aquellas que parecían que habían acudido a una fiesta del siglo XIX, que recordaban una barbaridad a lo que pudieron ser sus abuelas sólo que en mucho peor. Algo que también procuraba un inmenso descrédito.

En cuanto a los hombres, también los habíamos encontrado de todas las calañas: los guapos sin saberlo, los que iban de ídem, los feos atractivos, los frescos que iban a meterte mano para presumir y, sobre todo, para probar hasta dónde te dejabas, los cortados y tímidos que te hundían en su propio fracaso... En fin, toda una serie de tipos, de comportamientos humanos para los que tratamos de poner remedio. A los caraduras, guía telefónica. Es decir, como no íbamos a atrevernos nunca a decirles que no queríamos bailar con ellos, tener el brazo muy preparado para formar una barricada entre su pecho y el tuyo, entre tu sexo y el suyo... Porque, ¿cómo era posible acercarse a don Cosme a decir que, bailando con un chico, habías notado algo duro y raro entre sus piernas? Tenía razón Guiomar: no era cosa de estar todo el día imaginándonos el horror, el número de decir este tipo de cosas a nuestro sacerdote del colegio. Ella sugería que, en caso de necesidad, lo hiciéramos con cualquier confesor de parroquia, pero no con don Cosme.

Capítulo 28

1966, un año decisivo

Fue este año de 1966, un año importante en nuestras vidas, la de mis amigas y la mía propia. Cumplíamos 18 años y nos iban a presentar en sociedad. Esto suponía la entrada en el mundo de los adultos, o lo que era lo mismo, conseguir un espacio de libertad hasta ahora vislumbrado, pero inalcanzable. También fue el año, haciendo memoria, en que mi vida pudo ir en otro sentido pero en el que por falta de experiencia, siguió su curso según lo establecido en nuestro círculo, ése al que yo pertenecía por nacimiento, pero con el que no terminaba de identificarme. Este cambio hubiera venido de la mano de Perico.

Era una tarde lluviosa en la que, además, el viento impedía sostener medianamente rectos los paraguas. En una embestida de aire, mi paraguas se volteó y al tratar de sujetarlo, mi mirada se cruzó con la de un transeúnte cuyo paraguas acababa de sufrir el mismo percance. Antes de darme cuenta de que era él y debido a mi ligera miopía, me sorprendió su rostro. Era un chico guapo, con mirada limpia, y muy alto, con muy buena pinta. En el momento en el que cruzamos nuestras miradas, nos reconocimos. Nos dio la risa a los dos:

—¡Perico! ¡Tú eres Perico Valdés!

—¡Y tú, Beatriz! ¿No?

Había pasado mucho tiempo desde aquella única tarde en la que, gracias a mis primos, Ana y Fede Ayala, Perico y yo nos sentamos juntos en la sala de cine que los jesuitas tenían en la calle de Alberto Aguilera. A mí me produjo mucha alegría el verlo. Creo que a él, si no se me juzga de presuntuosa, más. Me invitó a tomar una copa en el Roma y acepté sin dudarle.

¡Cuánto había cambiado Perico y, sin embargo, ya entonces anticipaba el futuro que ahora tenía ante mis ojos, un hombre hecho y derecho! Amable, vital, inteligente, lleno de vida y proyectos... Estaba estudiando arquitectura. Pero ya, desde hacía un año, trabajaba en el estudio de un amigo de su padre. Le gustaba lo que hacía y estaba muy centrado. Tan galante como entonces, me dijo una y mil veces que me encontraba guapísima y, sobre todo, se interesó por mi vida, por mis cosas. Los dos queríamos que fuera el otro quien hablara. No tardó mucho en preguntarme —percibí en él cierto miedo al hacerlo— si tenía novio. No. No había adquirido ningún compromiso amoroso con nadie:

—Será porque no quieres —me dijo.

—Pues será...

Perico tampoco tenía pareja. Había salido con una chica pero fue una corta historia. Pronto se dieron cuenta de que no habían nacido el uno para el otro.

—Luz era superficial. Una bellísima persona, pero incapacitada para mantener una conversación medianamente profunda. Llegué a pensar, a complejadísimo, que se aburría conmigo. A ella le gustaba otro tipo de hombre, más sociable, más vividor. Yo no soy capaz de salir a bailar casi a diario. Mis intereses personales son otros.

Me contó lo mal que lo pasó cuando terminó con Luz y que había estado tan absorbido por su carrera que no había tenido ni tiempo ni ganas de comenzar ninguna otra relación...

Yo le conté lo que pude sobre mí, que tampoco era tanto. Me di cuenta, entonces, que no era casi nada. ¿Había vivido o había vegetado durante todo aquel tiempo? Había vivido pero sin proyectos, sin meta alguna que pudiera justificar, realmente, mi existencia. Charlamos una barbaridad. Tomamos una copa y luego otra. Después, una vez había escampado, nos metimos en el parque del Oeste y, sentados en un banco, la caída de la tarde fue testigo de nuestra larga y variada conversación. Luego me acompañó a casa. Antes de despedirnos, me preguntó si podía llamarme para salir cualquier día. Me dio mucho que pensar el encuentro con Perico.

Llamó veinticuatro horas más tarde. Y nos volvimos a ver. Y charlamos hasta el infinito de nuevo. Perico era un hombre de fuerte personalidad, amigo, protector y, sobre todo, bueno. Tenía muchas preocupaciones sociales y esto fue algo que me atrajo sobremanera. Sí, Perico era una persona comprometida. Religioso y comprometido como nunca hasta entonces había conocido a nadie. ¡Un contraste! Eso era aquel chico que tenía un claro sentido sobrenatural de la existencia y que le preocupaba su prójimo. Tanto como para acudir los fines de semana a atender a niños y a personas mayores necesitadas que vivían en los barrios periféricos y pobres de Madrid.

Nos veíamos casi a diario. Paseábamos mucho y solíamos recalar en algún buen restaurante, nunca lujoso, para cenar. También íbamos al cine, siempre y cuando hubiera algo de calidad en la cartelera, para, después, comentar juntos la película. Tanto su inteligencia como su formación eran profundas. Por eso la conversación con él siempre resultaba enormemente enriquecedora. A veces, consideraba que demasiado. Y es que llegaba a vivir mi propia existencia como una esquizofrenia. Confieso que, en ocasiones, llegué a evitarlo. No me consideraba capacitada para su conversación y luego, acto seguido, regresar a mi mundo. Semejante contraste me producía un malestar que aún no calificaría como mala conciencia. Pero sí comenzaba a darme cuenta de que su mundo y el mío no eran conciliables.

Mis dos amigas y yo habíamos iniciado el *Finishing School* del colegio inglés. El mismo solar y distinto edificio: se trataba de aprender un poco de todo y nada, en realidad. Como yo tampoco estaba muy centrada, esto no supuso ninguna frustración.

Las clases nos ocupaban la mañana entera. Pero a las dos de la tarde, terminaban. Conocía a muchas de las chicas que, como yo, iniciaron el *Finishing*. A otras las conocí allí y, en general, lo pasé muy bien porque todas eran encantadoras.

Las clases englobaban una serie de materias, a cual más dispar, pero todas organizadas con vistas a que el día de mañana fuésemos distinguidas y perfectas anfitrionas. Junto con unas lecciones para reforzar nuestro dominio de lenguas (francés e inglés), taquigrafía y máquina —por si ejercíamos como secretarias de algún alto puesto ejecutivo a la espera de contraer matrimonio—, eran muy importantes las relacionadas con protocolo, saber mantener una conversación, movernos y sentarnos con elegante naturalidad, elegir la ropa apropiada para cada ocasión y la manera de conjuntarla, cómo cruzar las piernas, caminar con distinción —mamá tenía razón, las clases de *ballet* fueron muy útiles—, y en fin, todo un catálogo de buenas maneras que, la verdad, si se tomaban como si una fuera estudiante de arte dramático, hasta podía resultar entretenido.

Y haciendo alusión al arte dramático debo confesar que, asimismo, nos enseñaban a vocalizar con claridad, así como a desarrollar un tono de voz ni muy bajo ni muy alto, diciéndonos que «la voz de una mujer indica inmediatamente cómo es». Debo reconocer que estas clases de vocalización provocaban no pocas carcajadas cuando salían mal y grandes aplausos cuando por fin habíamos conseguido ese tono medio tan «adecuado para una dama».

También aprendimos a saludar, la mano no muy fuerte pero tampoco floja, a hacer los distintos tipos de reverencia, a usar todos los cubiertos... que no eran pocos. En realidad, muchas de estas cosas ya las sabíamos desde la cuna pero ahora adquirían rango de enseñanza, algo que sería ya imperdonable que no practicáramos en cualquier momento y en cualquier lugar.

Hubo algo que me costó mucho, tanto que acabé por no usarlo. Fue la firma. Tuvimos que ensayar hasta que nuestro nombre evidenciara, a los ojos de un grafólogo, una personalidad atractiva, segura de sí misma pero no retadora. Nunca lo conseguí. Toda aquella descabellada enseñanza tenía que ponerla en práctica cada vez que se presentara la ocasión, generalmente bajo la estricta y atenta mirada de mi madre.

Por las tardes me dediqué a cumplir, de una vez y para quitármelo de encima cuanto antes, con lo que entonces se consideraba un deber para con mi patria. Me refiero, ni más ni menos, al Servicio Social, trámite imprescindible para poder sacar el carné de conducir o disponer de pasaporte. Según el Código Civil de la época franquista, la mujer no alcanzaba la mayoría de edad hasta los veintitrés años, y sólo podía irse de casa cumplidos los veinticinco. Si lo hacía antes, era porque se casaba y, por tanto, pasaba a estar bajo la tutela de su marido, o porque se metía monja. Bonito panorama el que se nos ofrecía. Así, por debajo de esta edad y para viajar sola, era imprescindible conseguir un pase especial a través de contactos de gente influyente, que no se nos permitía permanecer fuera de España más que unos pocos días, o bien

viajar con tus padres, quienes, hasta tu mayoría de edad, eran los encargados de tus actos por el simple hecho de quedar registrada en sus pasaportes.

Personalmente, no conté con mayor problema para pasar cuatro horas cada tarde cumpliendo con mi «Servicio Social», a cargo de la Sección Femenina de Falange. Lo hice en un lugar sito en la calle de Lista, casi esquina a Serrano, que llamaban «Misión del Japón». Todavía sigo sin saber qué es lo que hacíamos un grupo nada desdeñable de chicas, más o menos de mi edad, en ese local. Además de recibir órdenes de unas señoras que por su aspecto indiscutiblemente poco femenino y adusto nos producían un cierto miedo, lo realmente terrorífico era el que no dieran por buena nuestra tarea junto a ellas y, de este modo, alargar nuestra prestación con la inverosímil labor de meter sellos usados en agua, secarlos cuidadosamente y guardarlos en cajas de latón. Dudo mucho que aquel tonto *métier* haya servido a los japoneses a mejorar su nivel de vida.

Además, nos impartían charlas en las que se nos insistía en la sumisión al padre o al marido cuando nos casáramos, en la humildad y la docilidad. La mujer debía ser el refugio del hombre, del guerrero, cuando éste llegara a casa después de luchar por su familia y su mantenimiento en el mundo exterior. En nosotras, como mujeres, descansaba la estabilidad familiar y la educación cívica y religiosa de los hijos. Como las que la Patria requería para hacer de nuestros vástagos hombres y mujeres dignos de representar a una España Grande y Libre. Como ejemplo de mujeres se nos citaba continuamente a Isabel la Católica y Santa Teresa de Jesús. Nuestra propia naturaleza nos había elegido para ser madres, y nunca debíamos intentar imitar a los hombres. Es decir, hacían hincapié en lo que consideraban los valores específicamente «femeninos».

A nosotras, todo aquello, incluido el ideario político de Falange y de José Antonio Primo de Rivera, nos importaba un bledo. Lo único que realmente nos interesaba era superar el trámite administrativo-burocrático.

Capítulo 29

Un señorito andaluz

De las tres amigas, la primera que se puso de largo fue Guiomar. Para acompañarla, Silvia y yo nos trasladamos a Sevilla, donde se celebraría el baile de presentación, que este año tendría un carácter muy internacional. Los padres de Guiomar vivían en una casa con jardín en La Palmera, algo así como la avenida de Zugazarte. Un paseo impresionante donde se hallaban todas las casas buenas de la «gente bien» sevillana. Los chalés eran propiedad de la marquesa de Valencina que los tenía alquilados a los Medina, los Guardiola, los Maestre, los Benjumea, los Rojas, los Salinas... En uno de los mejores vivía José María Mendaro, marqués de Casa Mendaro, un solterón simpático, conocido como «*Pastel*».

La ciudad olía a azahar y a naranjo. De inmediato me llamaron la atención sus atardeceres siempre rojizos y violetas y, también, los caballos. Los coches de caballos. Guiomar nos presentó a sus amigas. Casi todas vivían también en La Palmera: las Zugasti, las Fernández de Córdoba, las Andrade, Fernandito Atienza... Todos ellos simpáticos. Eso sí, debo de confesar que yo, en principio, los encontré un punto demasiado localistas. Estaban encantados pensando que todo lo suyo era lo mejor del mundo. Esta actitud me sorprendió porque era la opuesta a la de la madre de Guiomar: Inés era una mujer maravillosa, sevillana de pura cepa pero, a la vez, capaz de reconocer el valor de las diferentes culturas y maneras de vivir. Al día siguiente de nuestra llegada, mantuve con ella una grata y natural conversación. Me contó que su madre, la abuela de Guiomar, también una sevillana de pro, una vez que conoció el norte, no hacía más que decir que volvería a Andalucía a pasar temporadas, pero nunca a vivir. Según ella, el modo de vida de la gente de San Sebastián o Bilbao era infinitamente más abierto. Los donostiarras, tal vez por tener la frontera al lado, eran muy afrancesados y los bilbaínos, enormemente anglófilos. Esto les daba a ambas ciudades un ambiente muy cosmopolita que las del sur no tenían.

Tanto a Inés como a su madre les chocaba que nos relacionáramos con gente diversa y, sobre todo, el hecho de que nuestras casas estuvieran, por definición, abiertas. Me comentaba que en Sevilla, por ejemplo, nunca te invitaba nadie a almorzar.

—¿Cómo no van a invitarte a almorzar? —le pregunté yo, extrañada.

—Bueno, me he explicado mal. Te invitan a almorzar pero con tiempo. Con fecha y hora, como en Cataluña. Si un día estás a mediodía en casa de alguien y no te ha convidado previamente, no se les ocurre improvisar y decir: «Quédate a almorzar.»

—Ya será menos... —dije yo para quitarle importancia y no ser descortés.

—No hace falta que seas tan bien educada —me respondió con un acento graciosísimo—. Si yo no estoy diciendo nada malo de mi tierra. Es más, te aseguro que en Andalucía se vive muy bien dentro de las casas. Pero éstas son un poco rancias.

—¿Qué quieres decir con «rancias»?

—Pues ya tú me entiendes, muchos salones cerrados. Eso sí, con unas vajillas preciosas que nadie usa porque son para cuando vienen «visitas».

Le interrumpí con mi carcajada.

—Te lo digo en serio, Beatriz. Aquí sólo se usa una habitación a la que llaman «la salita».

—Y ¿qué es exactamente la «salita»?

—Pues un salón más bien grande y siempre con una mesa camilla en una esquina. Ahí es a donde los criados te traen los braseros. Y es que en muchas casas, si tienen criados, viven de espaldas a la electricidad porque les gustan más las brasas, como antes, como siempre...

—Este ejemplo sí me parece curioso...

—Es éste el motivo que, aún hoy, sean muchas las señoras que tienen «cabretilla» en las piernas.

—No tengo la menor idea de lo que significa «cabretilla» —contesté, riéndome de nuevo—, pero bien, muy bien, no suena.

—Son unas ronchas rojas que, con las medias, a menos que sean extremadamente tupidas, se transparentan. Y es que parece que, desde lustros, al no estar las casas preparadas para el frío y sufrirlo, porque en Sevilla cuando hace frío no es broma, se les hubiera quedado el efecto de congelación metido en el cuerpo. Como las casas son tan grandes y tienen estos patios inmensos, pasan un frío y un desconfort tremendo.

Guiomar tenía una hermana mayor, Inés, de unos veinticinco años, que estaba ya casada y tenía un par de niños. Mi amiga, sin duda, había llegado al mundo sin que nadie para entonces la esperara. Seguro que había sido el fruto de un descuido de esos en los que las mujeres de cierta edad solían incurrir pensando que ya no pasaría nada. Esta posibilidad tenía más visos de ser cierta que otra muy común también por aquella época. Me refiero ni más ni menos que a ser hijo producto del método Ogino. Un método *antibaby* que de manera continua fallaba y por el cual fuimos muchos los de nuestra generación a los que nos otorgó la suerte de vivir.

Evidentemente, se notaba que nuestra amiga era la pequeña y, por supuesto, que no habían previsto su llegada al mundo. Esto, a la vez que le hacía tener detalles esporádicos de niña mimada, le daba un aire de mayor, como de muy espabilada. Enseguida se notaba que había tratado mucho con adultos. Además, Rafael, su padre,

quizá más que nadie en aquella casa, se las gastaba con una arrogancia de la que ella, muy lista, podía tomar ejemplo. El padre de Guiomar era un hombre muy bien parecido, de piernas largas, piel tostada y pecosa (piel de rico) y potente cabeza con pelo rizado y canoso.

Faltaban ya sólo un par de días para que la puesta de largo tuviera lugar cuando ocurrió algo que se nos quedó grabado a fuego en la memoria. Guiomar, Silvia y yo acompañamos a su padre al centro de Sevilla. Rafael estaba empeñado en regalar unos botos camperos a mi padre, cosa que hacía, dicho sea de paso, con relativa frecuencia y que éste solía utilizar cuando iba de caza o a alguna otra actividad campestre. Por supuesto, nada más entrar, los empleados del establecimiento poco menos que se cuadraron, como hacían siempre que entraba un gran cliente, o un señorito si se habla de Andalucía. En la planta baja había rifles, zajones, escopetas, sillas de montar... y en la superior, balines, sombreros, cañas, botas de agua... Guiomar le había dicho que se diera prisa porque tenía aún que pasar por el taller del modisto para la última prueba.

Rafael no tardó nada en llevar a cabo su cometido. Ya salíamos con los botos de mi padre en sus manos cuando nos dirigimos a la caja para abonarlos. Una joven e inexperta señorita estaba tras aquellas maderas que bien podían parecerse a un confesionario:

—¿Qué le debo? —preguntó él distante y serio.

—Espera un momento que ahora mismo me dan el importe —contestó la pobre tonta sin ser consciente que era, de primer año, el no tutear a un cliente.

Rafael, crispado, volvió a decirle algo aprovechando para recalcar el «usted» y que se diera cuenta. O, tal vez, pensó que no la habría oído bien, por lo que insistió:

—Señorita, tengo poco tiempo para esperar aquí. Le agradecería a usted se sirva cobrarme lo antes posible.

—Si no tardo nada. Espera un segundo...

Como cada vez que la cajera se dirigía a él, seguía tuteándolo, la irritación de Rafael iba en aumento. Él guardaba silencio, yo creo que por no organizar un número de circo. Pero la señorita, boba y descarada, sin percibir nada, repitió:

—Espera, ¿eh? Ya mismo me traen tu cuenta.

El padre de mi amiga no pudo aguantarse más y, con ese desparpajo rápido e incluso cruel que, a veces, podía recordar al de Guiomar, se volvió hacia la dependienta y le espetó:

—Señorita, llevo un rato largo pensando en la incoherencia que es el que yo la llame de usted y, sin embargo, usted me tutee. He pretendido que fuera consciente de semejante incorrección. Pero como veo que no toma usted nota, quisiera preguntarle algo.

—Dígame —contestó ella, con expresión horrorizada.

—Mire usted —replicó Rafael, con voz pausada, aparentando serenidad—, debo confesarle que son muchas las mujeres con las que me he acostado en mi vida. Me he

ido a la cama con tantas señoras como púas tiene un peine.

Hasta ahí ya lo sabíamos Guiomar, su propia esposa, Silvia, yo y todo el universo en pleno. Lo que no entendíamos era el fin que perseguía con hacerlo público justo en aquel instante.

—Pero lo cierto es que, a pesar de mi proveccta edad, suelo no olvidarme nunca de las caras de mis amantes. Incluso, de sus cuerpos... Curiosamente, no recuerdo el suyo.

La dependienta se quedó cortada. Comenzó a balbucear unas palabras de disculpa, pero, indignado, no la dejó acabar:

—¡Las intenciones no valen de nada! ¡Yo tampoco tenía ninguna intención de tener que parar los pies a una descarada como usted cuando he salido de mi casa!

El encargado de la armería vino hacia nosotros desencajado:

—¡Don Rafael! ¿Qué es lo que pasa aquí, don Rafael?

—Pasa, Antonio, que esta señorita que han tomado ustedes para atender la caja es una auténtica maleducada. Y yo no suelo frecuentar lugares donde soy mal tratado.

Las tres nos miramos, entre otras cosas porque no queríamos mirar a la chica por la que comenzábamos a sentir auténtica lástima.

—Pero ¿es cierto, Julia, lo que me dice don Rafael?

Y, de la misma, creo que pensando que su actitud no había sido lo suficientemente enérgica añadió:

—Mire, Julia, no me conteste porque de nada serviría. No necesito más que la versión de don Rafael para decirle que, en este mismo instante, queda usted despedida.

Sin mediar una palabra más, abandonamos la armería los cuatro, mientras el encargado de la misma nos siguió hasta donde nos aguardaba el mecánico con el coche, frente al establecimiento...

Una vez dentro del automóvil, estuve a punto de pedir al padre de mi amiga que aceptando, por supuesto, que la postura de la chica había sido enormemente incorrecta, volviera para interceder por ella ante el encargado. Pero no me atreví. Luego, Guiomar y Silvia me confesarían que ellas pensaron en hacer lo mismo y tampoco fueron capaces de dar el paso. Rafael guardó silencio hasta que llegamos a casa. El nuestro podría ser calificado de compasivo, tal vez, o de cobarde. Pero, igual que él, nuestros labios no se abrieron. Nunca pensé que no tuviera razón para enfadarse. Ahora, tenía sangre fría para consentir que una pobre chica fuera despachada de su trabajo. Trabajo que le habría costado sangre conseguir... Era amable el padre de mi amiga. Pero como tanta gente que conocí, lo era cuando le apetecía o le daba la gana. Puede que no fuera una luz. De hecho, cuando pretendía hacer un chiste, éste duraba toda una vida. Por ejemplo, me dijo Guiomar que aquel comentario que le dio por hacer cada vez que nos veía comer algún dulce o algo que pudiera engordar, llevaba años repitiéndolo:

—Queréis estar delgadas, ¿no?

—Sí. Eso pretendemos.

—Pues deberíais saber que eso que os estáis metiendo entre pecho y espalda sólo acaba de convertirse en algo incuestionable.

Y yo, las primeras veces, como una tonta, le preguntaba:

—¿En qué?

—Eso no acabará por ser más que un segundo en el paladar y toda la vida en la cadera...

- se reía a carcajadas porque se hacía una enorme gracia a sí mismo. También se festejaba mucho una ocurrencia que hacía suya y que, yo al menos, la había oído con anterioridad:

—Como yo digo siempre, lo importante de una mujer es que sea señora en el salón, cocinera en la cocina y puta en la cama. A ver si tomáis nota porque es esto en lo que podría resumirse el éxito en el matrimonio.

Si no me equivoco, Inés, su mujer, no había seguido pasito a pasito sus instrucciones. O, tal vez, Rafael era demasiado tonto como para haber fallado en otros aspectos de más calado como, por poner un ejemplo, tener una aventura amorosa con toda pichichi, como ya se encargó de explicar a la pobre cajera de la armería...

Capítulo 30

Baile de debutantes

El 25 de abril de 1966, justo antes de la inauguración de la Feria de Sevilla, tuvo lugar en la Casa de Pilatos, residencia de los duques de Medinaceli y Alcalá, la puesta de largo de Guiomar. Fue un soberbio baile de debutantes, patrocinado por la Cruz Roja sevillana, que tuvo mucha resonancia mundial, ya que Cayetana de Alba se encargó de invitar al príncipe Rainiero de Mónaco y su esposa, la princesa Grace, para presidir el baile de este año. También Jackie Kennedy, ya convertida en la «Viuda de América», había confirmado su asistencia. Según muchos, Jackie estaba viviendo un fascinante *love affair* con el apuesto y codiciado embajador de España en Washington, don Antonio Garrigues y Díaz-Cañabate. Ambas mujeres daban mucha categoría al baile, ya que pocas personas a nivel internacional podían ser consideradas más de moda, a pesar de lo que se comentaba de ellas, algo que, si cabe, le añadía un porcentaje de «morbo». Y es que se decía que las relaciones entre ambas eran nulas, que apenas se saludaban aun siendo compatriotas. Las dos estaban acostumbradas a ser las primeras, las únicas, allí donde apareciesen. Esto, lógicamente, atrajo una nube de reporteros tanto nacionales como extranjeros. De ahí que el presentarse en sociedad en un evento semejante no fuera únicamente el sueño de muchas chicas, sino también el de muchos padres para sus hijas. Aunque antes y después hubo estos bailes, nunca volvió a tener la repercusión de aquella vez. Debo reconocer que, aun no compartiendo este tipo de cosas, el espectáculo que supuso aquella fiesta y lo bien que lo pasamos es de los recuerdos más gratos que conservo.

Huelga decir que no sólo se encontraba en aquel palacio lo más granado y florido de la sociedad sevillana. También había gente de Jerez, de Madrid, de Barcelona o Bilbao... y de otros países, como Francia. Entre las chicas que «lucieron sus primeras galas de mujer», como siempre se decía entonces, y compartiendo la noche con Guiomar, estaban Katin Oriol y Bustamante, hija del ministro de Justicia; Teresa García-Pita Pemán, nieta del escritor José María Pemán; Alejandra Bemberg Hatch; Ángela Moreno Pidal; Beatrice de Boisseson; Cristina Cervera Goizueta; y María Victoria Maroto de Mesa, marquesa de Casa-Ferrandell, entre otras. No estuvieron seguro todas las que quisieron, pero sí las que pudieron.

El palacio renacentista donde iba a tener lugar el acto social era fuera de serie, como también su propietaria, Mimi Medinaceli. Una señora infinitamente más

importante dentro del Gotha y más distinguida que cualquiera de las grandes invitadas de aquel baile. La duquesa de Medinaceli, gran amante de Sevilla, ha viajado por todo el mundo. Y eso, como el sacerdocio, imprime carácter. ¡Una persona tan abierta, hablando tres idiomas a la perfección! Seguramente, las *epatadas* serían las foráneas y nunca, por supuesto, Mimi Medinaceli.

La rivalidad entre ambas norteamericanas quedó más que evidente desde el mismo comienzo de la fiesta. Para empezar, Jackie Kennedy llegó con retraso, cuando ya había comenzado la gala. Mientras estuvieron juntas, no hicieron ningún intento por hablarse. Yo creo que mucha sonrisa, pero las dos estuvieron demasiado divas. Aunque sí debo reconocer que ambas destacaron por su gran estilo. Grace estaba espléndida con una chaqueta soberbia de martas cibelinas y un vestido bordado con pedrería impresionante. También llevaba el pelo sujeto con una diadema de brillantes, aparte de otras joyas nada desdeñables. Jackie hizo su aparición en la Casa de Pilatos con una gasa por su hombro desnudo de un color azul indefinido, muy especial, y un traje blanco elegantísimo y guantes a juego por encima del codo. No llevaba tantas joyas, pero igualmente vistosas. Parecía una debutante más, pero con un estilo que evidenciaba muchas tablas, como diría mi madre. Cayetana, duquesa de Alba, también iba muy bien arreglada, con un vestido rosa pálido y bordado de pedrería blanca. Entre los invitados se comentaba que se lo había confeccionado el modisto francés Jacques Heim, de Cannes, que estaba muy de moda estos años porque fue uno de los que lanzó el biquini como traje de baño.

Guiomar, como el resto de las debutantes, iba de un blanco impoluto, lo que establecía un hermoso contraste con el rojo de la decoración. Rojo por todas partes, los manteles, las flores... y el blanco de los vestidos de las jóvenes.

Cada chica llevaba una rosa roja en la mano y fueron presentadas ante los príncipes de Mónaco de una en una. Cada vez que el jefe de protocolo pronunciaba su nombre, la debutante se acercaba, hacía una reverencia y se situaba a un lado. Después de un pequeño discurso, salieron y entraron nuevamente con sus *chevaliers servants* respectivos: que yo recuerde, Tomás Terry, Rafael Medinaceli, los hermanos Domecq, los Osborne, Miguelito Primo de Rivera, los Guardiola... Lo cierto es que fue una gala superior a muchas que hubieran podido celebrarse en cualquier otra ciudad europea y que, sin embargo, no era fácil de ver en la España de aquellos años.

Hubo una fiesta flamenca con Antonio Gades y música variada. Terminamos de madrugada, por no decir a plena luz del día, tomando chocolate con churros en una cafetería de la ciudad.

Al día siguiente, con un inmenso clavo, me levanté a media tarde. Mis amigas seguían durmiendo. Coincidí con Inés, la hermana de Guiomar. Era simpática y, de pronto, surgió una esclarecedora conversación entre ella y yo:

—¡Hay que ver la de frescas que hubo en el baile! ¿Te fijaste, Beatriz?

—¿A qué te refieres cuando dices «frescas»? ¿A las que se van a la cama con un hombre sin haberse casado? —le pregunté, sorprendida.

—Pues a todas esas que hacen una serie de porquerías sin llegar a «funcionar» cuando te gusta un señor o tienes un noviete, porque eso sí, existe una firme teoría: mantener la virginidad hasta el matrimonio como sea.

—¿Lo dices por tu período de noviazgo con Jorge? —le pregunté con ironía.

—No, hija. Estamos hablando en general y no en particular, ¿no?

—Sí, claro, Inés. Era sólo una broma.

—Ya lo sé. Pero es que me da mucho coraje —dijo la hermana de mi amiga— que la considerada fresca en la actualidad es la que consiente bailar pegada a su pareja y que, al mismo tiempo, que el señor te meta un poquito de pierna.

—Eso ¿a ti qué te parece?

—Pues sí, puede ser algo que no se deba consentir. Pero es que vivimos en una sociedad enormemente hipócrita.

—¿Por qué lo dices?

Lo que había comenzado como una broma se había convertido en una opinión interesante para mí.

—Porque una puede hacer lo que le venga en gana y lo único que se exige a cambio, es que las cosas se desarrollen con la máxima discreción.

—En eso estoy totalmente de acuerdo contigo, Inés.

—Es que los hombres largan mucho y, por tanto, de la que es facilona enseguida se corre la voz.

—Creo que eso ha pasado siempre.

—Sí, Bea, habrá pasado siempre. Pero no quiere decir que luego haya otras facilonas que, en cierto modo, son más listas, más sutiles. Pero está claro que son tan frescas o más que aquellas de las que se sabe. Por supuesto que los hombres proponen de todo por si cuela. Unas pocas no aceptan sus proposiciones en absoluto. Y, luego, hay otras muchas que sí lo hacen. Unas de ellas a las claras, de las que todo el mundo acaba hablando, y otras, más sibilinas, a la chita callando que, si te descuidas, pasan por santa Gema Galgani.

—Inés, insisto en darte la razón. Pero de aceptar, creo que es mejor hacerlo sin que se entere el universo entero...

—Sí, claro. Pero lo que yo quiero decirte es que la educación que hemos recibido es absolutamente hipócrita.

Se iba poniendo furiosa por momentos y yo quería tirarle más de la lengua:

—¡No sé si es para ponerse así! ¡Te va a dar un infarto!

—¡Claro que es para ponerse así! Porque si quieres que te sea sincera, te diré que, en el fondo, nosotras hemos sido unas «calientapollas».

—¡Caramba, Inés, no sé si pedirte que seas menos gráfica!

Y, así, ella iba enervándose todavía más:

—Pienso que a los hombres de nuestra generación les hemos hecho mucho daño porque como se habían acostumbrado y no podían hacer lo que querían a fondo, con naturalidad, lo hacían por su cuenta.

—¿Hablamos de masturbación?

—Sí, claro —lo dijo como en un susurro, pasando de puntillas sobre el tema, pero sin poder contenerse—. Eso ha hecho que existieran muchos problemas sexuales en nuestra generación. Bueno, hablo de la mía que, en el fondo, considero que es prácticamente la vuestra.

—Creo que sigues teniendo razón, aunque no sé si exageras un poco...

—No, Bea, no exagero nada. Luego les costaba hacer las cosas con una novata y tenían la sensación de estar haciendo algo sucio, contra natura. Mira, como dice Jorge, la función crea el órgano. Y lo crea como es debido. Y en ese campo ha habido muchos problemas.

—Te entiendo...

—Es que los señores no te proponían «funcionar». Lo que te proponían eran otras cosas. Las mujeres, cuando se casan, no están acostumbradas y claro...

Qué mujer más graciosa y flamenca, pensé yo, mientras la dejaba continuar con su discurso:

—Bueno, eso se te pasa con unos añitos y coges el aire al asunto. Entonces, al fin, algunas señoras conseguían ser putas en la cama con sus maridos, que es lo que tienen que hacer.

—Claro... —contesté yo, preguntándome si esta idea no sería su padre quien se la había metido en la cabeza.

—Sí, claro, Bea, pero no siempre consiguen que esto sea así. Porque hay mujeres que tienen metido a sangre y fuego en su interior que hay ciertas cosas que no están permitidas. Ni siquiera con sus maridos. Y esto rompe muchos matrimonios.

—Ya...

Casi no me dejaba meter baza de tan enardecida como estaba:

—Tengo alguna amiga que me ha dicho: «Eso no se puede hacer en el matrimonio.» Y yo les contesto: «Claro que se puede hacer. Se puede hacer todo. Como si quieres ponerte del revés, arriba y un turbante de paje de Rey Mago en la cabeza.» Yo siempre he dado mucha importancia a mis principios pero trataba de aclararles: «Se puede hacer todo siempre que acabes llevando a cabo el acto.»

Inmediatamente enlazamos con la Feria de Abril de Sevilla. Fuimos invitadas varias veces a las casas de Pablo Atienza y de Pablo Benjumea. Eran conocidos como Pablo A y Pablo B, y ambos eran íntimos amigos de mis anfitriones. Pablo A, marqués de Salvatierra era el padre de Fernandito Atienza, el suegro de Soledad Becerril, casado con una Medina, hija del conde de Campo-Rey. Una mujer que de tan buena, rayaba en el más inalcanzable de los misticismos. Pablo B estaba casado con una Morenés, hija del marqués del Borghetto. También fuimos invitadas a otras casas, sobre todo, a meriendas-cenas o guateques que no tenían la categoría ni la pretensión de baile. Comenzaban hacia las nueve de la noche y duraban hasta las dos de la madrugada, más o menos.

No puedo olvidar las invitaciones a las afueras de Sevilla, en una casa

maravillosa, propiedad de Pablo A, llamada Majaloba, donde guardaban una extraordinaria colección de coches de caballos. ¡Era un auténtico museo! También había una piscina impresionante donde organizaban unos almuerzos fantásticos. Yo reconozco que no disfrutaba de ellos como debería porque mi sentido de la ética —no es que quiera presumir de nada, pero quiero pensar que algún sentido tenía sobre el particular— me hacía estar incómoda cuando, en vez de poner la comida a modo de bufé para que nos sirviéramos, éramos atendidos por criados de uniforme, con chaquetilla blanca. Nosotros estábamos allí, en traje de baño, tomando el sol y disfrutando del agua, y aparecían ellos perfectamente uniformados —con el calor que ya hacía en Sevilla— a servirnos el aperitivo, que solía consistir en unos langostinos traídos directamente desde Sanlúcar de Barrameda, que ciertamente eran un verdadero manjar.

A mediodía íbamos al Club Pineda, que viene a ser como el Puerta de Hierro de Sevilla. En él se encontraban, hacia la una, todos los sevillanos y, como decían Guiomar y su madre, convenía acudir a este lugar, pues era cuando se hacían los planes para la tarde y la noche: carreras de caballos o corrida de toros y una copa en cualquier sitio de moda o en la caseta de algún conocido. Nos contaron Guiomar y sus amigos que en Semana Santa, para ligar plan, no había nada como estar por el recorrido de alguno de los pasos más renombrados (como el de la Macarena, por ejemplo), o bien justo a la salida del mismo, al lado de los cofrades. En cualquiera de aquellos balcones en los que sus propietarios invitaban a sus amigos a ver la procesión, en cuanto terminaba de divisarse el paso correspondiente, sacaban una cena los criados que se había preparado para todo el mundo que allí se encontrara.

Durante mi estancia en la capital hispalense fuimos con frecuencia a una *boîte* cuyo nombre no recuerdo y que estaba en la parte de arriba del Hotel Cristina. Algunas noches, también acabábamos en algún tablao flamenco de moda a las afueras de la ciudad. Una de aquellas noches nos encontramos a Lola Flores con el «Pescáilla», Antonio el bailarín y un enorme grupo de gente. Pero no sólo de la farándula, sino mezclados con los sevillanos de más alcurnia que los trataban con sumo respeto. Lo comprendí en el mismo instante en el que el «Pescáilla» tomó una guitarra —me impresionó muchísimo su voz tan rota, tan varonil— y se lanzaron por bulerías la Faraona y Antonio. Nunca he sabido ni media palabra de flamenco. Pero no hacía falta ser nada intuitiva para tener conciencia de que aquello era un espectáculo único al que, por fortuna, tuve el privilegio de asistir. ¡Qué fuerza, qué vitalidad, qué vendaval la Faraona!:

Soy la que no tiene nombre.

La que a nadie le interesa.

La perdición de los hombres.

La que miente cuando besa.

Yo soy ésa...

Entre la primavera sevillana, con el intenso olor a azahar y naranjos, que hasta puede marear al foráneo, la Feria de Abril y los locales de moda, Silvia y yo estábamos entusiasmadas. Entre estos locales, el bar del Hotel Alfonso XIII (el «Arfonso» para los sevillanos) era llamado algo así como «la horca». Y es que si no habías ligado plan para la noche en Pineda durante la hora del aperitivo y no lo enganchabas en este bar, estabas perdida. Las mujeres acudíamos allí divinamente vestidas tratando de evitar el fracaso que suponía que nadie te invitara a cenar —no hablo de un *vis a vis* sino en grupo— para, seguido, ir a la feria. Si no te sacaban a cenar, había que volver a casa compuesta y sin novio... no había nada que hacer. Bueno, sí podías llorar en el silencio de tu habitación preguntando al cielo qué era aquello que te llevaba al fracaso de manera tan estrepitosa...

A nosotras, nos pusieron en guardia Guiomar, su madre y su hermana:

—Tened cuidado, porque en Andalucía los hombres son unos conquistadores.

Yo siempre intentaba que largaran por aquellas bocas porque sus comentarios y conclusiones eran verdaderamente ocurrentes:

—Como en el resto de España ¿no?

—En Andalucía —dijo Inés—, los señores mandan porque si no, no hay nada que hacer... Al ser ellos los que pagan las copas, la cena y todo, son ellos los que eligen con quién quieren salir. Suponiendo que seas la agraciada, si quieres, lo aceptas. Pero tú nunca tendrás la capacidad de elegir.

—Es que hay veces que, aunque el chico no te guste —nos decía Guiomar—, si te invita a cenar o a bailar, sales. Y sales aunque no sea más que por no quedarte colgada y sola que, no nos engañemos, es un desprestigio...

—En mi pandilla de soltera —decía Inés hija—, la meta de muchas niñas era salir como fuera. Es más, incluso salían con uno para, más tarde en la noche, procurar dar el cambiazo por otro. ¡Eso sí que es feo!

—¡Pero qué putas que eran! —exclamó Inés madre sin asomo de sorpresa en su voz.

—Todo lo putas que quieras, mamá —le replicó la mayor de sus hijas—, pero tenían claro una cosa: todo menos volverte a casa sola después de que te habías puesto como un primor. ¿Es que tú te das cuenta de lo que es pasarse la tarde entera con el traje de sevillana, los volantes, el rímel, el moño, los pendientes, los zapatos machacándote los pies y, después de pintarte como un mono y salir con los labios bien perfilados, en forma de beso, volverte sola a casa...?

No fueron muchos días en Sevilla, pero tan intensos que me acuerdo de ellos como si hubiera sido ayer. También me acuerdo del agotamiento con el que llegamos a Madrid para reiniciar el curso.

Capítulo 31

Madrid ardía en fiestas

Los guateques iban sucediéndose cada vez con más frecuencia. Mis amigas tenían mucho éxito y yo no me podía quejar. Íbamos, poco a poco, desenvolviéndonos mejor. Aprovechando el buen tiempo, comenzamos a salir por la noche. Tuvimos la suerte de vivir un Madrid delicioso, una ciudad humana en la que todo se encontraba al alcance de la mano. Quedábamos citados para tomar el aperitivo en distintos establecimientos de la calle Serrano: Roma, Mozo, José Luis, Hevia...

Solíamos también acudir al Real Club de la Puerta de Hierro. Cuando a mediados de mayo quedaron abiertas las instalaciones de su maravillosa piscina, íbamos a bañarnos con frecuencia. Bueno, sólo a bañarnos, no. Pasábamos el día rodeadas de grupos, de chicos con los que almorzábamos debajo de las sombrillas. Jugábamos alguna partida de cartas y, en último término, entre chapuzón y chapuzón, todos nos esmerábamos en sacar lo mejor de nosotros mismos con el fin de seducir, algo infinitamente más *exciting que* cualquier partida de naipes. Nuestro principal objetivo era salir de allí cuando la tarde se ponía, habiendo ligado plan para cenar en cualquier establecimiento o terraza agradable de Madrid.

Estas salidas solían llevarse a cabo en grupo. De este modo, luego acabábamos todos yendo a tomar unas copas a los lugares de moda, como Milford, *Mr. Khan*, Parsifal... y cenábamos en Alduccio, El Viejo León, Casa Lucio... Cuando salíamos por la noche, además de Gitanillos (mi *boîte* preferida), también frecuentábamos Tartufo, La Boîte, Vanity... donde bailábamos limpios, bronceados y pidiendo guerra. ¿Se le podía pedir a la vida algo más que, después de aquella jornada, acabar en brazos del chico que te gustaba, bailando *Capri, c'est fini* de Hervé Vilard? ¡No lo creo!

Era importante en este sentido utilizar todo tipo de estrategias para saberse mover como auténticas *salonnières* posmodernas. Es decir, una no podía dejarse ver con cualquiera. Si el chico que te proponía salir era feo, no popular y, por tanto, «de pereza», era de una torpeza inaudita aparecer junto a él allá donde se sabía nos encontraríamos con gente conocida. De ahí que, en este caso, proponíamos a nuestra pareja ir a un sitio poco frecuentado por nuestros amigos, como podía ser la *boîte* del Hotel Monte Real. Para esto debíamos imaginar todo tipo de disculpa con el afán de engañar al hombre «pereza» en cuestión, algo que no siempre era fácil. Y es que él no

entendía, a menos que fuera un auténtico lince, lo que de verdad tratábamos de ocultar: a él mismo... Estábamos, lo acepto, traumatizadas por una palabra que se usaba con demasiada frecuencia, incluso con ligereza, que era el equivalente a la tumba social de cualquiera: «desprestigio». De ahí que todas fuéramos capaces de cualquier cosa con tal de que ni tan siquiera nos rozara. Algo en lo que no se podía caer.

En otras ocasiones, el problema era justo el contrario. Si te llamaba un chico considerado oficialmente «bárbaro», tú salías sin siquiera plantearte si te apetecía o no hacerlo. Entonces no sólo salías, sino que procurabas exhibirlo con el fin de dar celos. Ni que decir tiene si esto ocurría cuando una ya había tirado la toalla pensando que no recibiría ninguna llamada para salir. ¡Esa sensación era parecida a acariciar el cielo con tus manos! Ahora, en ningún caso, el asunto de las salidas fue algo natural y espontáneo. Más bien todo lo contrario. Recuerdo al respecto alguna conversación telefónica que se podría catalogar de «habitual»:

—Mercedes, ¿te ha llamado?

—¡Qué va! ¿Y a ti? —preguntaba tu amiga angustiada, sin poder disimular su deseo de que, al menos, nos encontráramos las dos en la misma situación. No existía ningún tipo de generosidad desbordante.

—Pero ¿no te ha llamado él o no te ha llamado nadie? —preguntabas tú, queriendo saber más.

Con el amor propio herido, te hacía una confesión que, seguro consideraba vergonzante:

—No me ha llamado nadie. Y no entiendo, porque Joaco Eraso me dijo ayer que saldríamos hoy.

—Bueno, tú tranquila. Si ya hablasteis de esa posibilidad será que lo da por hecho y te llamará más tarde. —En ese sentido, yo siempre procuré ser o, al menos, mostrarme más generosa que mis amigas.

—Y dime, a ti si te llama Pedro Jover, ¿sales con él o no?

—Pues depende de ti. A estas alturas prefiero cenar contigo en tu casa o en la mía y hacer unas risas que salir con Pedro, aunque le quiera mucho.

—Bea, si seguimos hablando, no van a poder comunicarse con nosotras ni aunque lo deseen, algo que empiezo a dudar.

—Tienes razón. Dejemos libres los teléfonos. ¿Vale?

—Vale. Hasta luego.

Y a las dos se nos escapaba una risa nerviosa antes de colgar el auricular.

Tras una hora y media evitando no sólo no utilizar el teléfono, sino que no lo hicieran tampoco el resto de los habitantes de la casa, volvíamos a ponernos en contacto:

—Beatriz, ¿te ha llamado alguien?

—No. Y ya no creo que lo hagan. ¿Y a ti Joaco?

—Me acaba de llamar. Tenías razón, él daba por hecho que lo único que teníamos

pendiente era quedar en la hora. Pero contaba con salir conmigo.

—¡Qué bien! ¡Me alegro!

Yo, quizá, decía esto con la boca pequeña. Pero ella no disimulaba ni por un segundo su triunfo frente a mí. ¡Qué poco solidarias hemos sido siempre las mujeres con las mujeres!

—Y ¿adónde vais a ir? —inquiría yo.

—Vamos a cenar a Alduccio y, después, a Gitanillos. Estarás de acuerdo conmigo que Joaco es como de llevar a Gitanillos ¿no?

—Sí, claro, ya lo creo. ¡Estupendo porque, además, te va a ver Santi Pan de Soraluze y le dará un ataque de celos!

—¿Tú crees?

No sé para qué me lo preguntaba estando hasta tal punto segura de todo ello. *She was fishing for compliments...*

—No es que lo crea. Es que estoy segura. Ya lo verás. Pero ahora, si no te importa, vamos a dejar un poco el teléfono libre para poder yo quemar mis últimos cartuchos.

—¡Hija, no seas pesada, Bea! ¡Dime qué me pongo! Es que no sé si salir toda de negro, en plan sofisticado o si, por el contrario, vestirme entera de cuero con aquel traje de chaqueta pantalón de Fancy que me compré en Biarritz...

—Si te parece, lo vamos pensando. Y, mientras tanto, aunque ya sé que empiezan a no ser horas, pues por si acaso...

—Bueno, como quieras. No es para chafarte, ¿eh? Pero yo no creo que vaya a llamarte ya nadie...

—Bueno, hasta luego —casi colgaba el teléfono porque si por ella fuera, habríamos dado mi caso por perdido y nos hubiéramos puesto a comentar su *toilette* durante tres horas.

A veces sí pasaba que, cuando comenzabas a asumir que nadie te llamaría, que te quedarías aquella noche en casa, sonaba un teléfono al que tú, ya tan ajena al problema, no contestabas ni apenas oías. Entonces, se escuchaba a alguien del servicio, a Juliana, por ejemplo, buscarte por la casa.

—Que te llaman al teléfono, hija.

—Gracias, Juliana. Y ¿quién es?

—No te lo puedo decir. Contestó Fermín y me lo dijo, pero no he entendido bien.

A veces podía ser el pesado de turno o también aquella llamada que estabas esperando con ansiedad. ¡Al fin, al fin! Llamaría a mi amiga: «¡Me ha llamado Gonzalito Ussia! Hemos quedado en cenar en no sé dónde. Pero luego, iremos a bailar a Gitanillos. Nos veremos.» Y, entonces, una vez que te entregabas a decidir si ella debía de ir tipo «viuda alegre fácilmente consolable» o «ultralanzada como para simular un reto a todos los hombres de la tierra» y se tomaban decisiones, preguntabas tú cómo te aconsejaba vestirte. No sé por qué lo mío solía solucionarse con mucha más rapidez que lo de las demás. Quizás empezaba a darme cuenta de que

no me prestaban mucha atención. O tal vez yo no me fiaba de sus opiniones dichas sin concentración alguna. Casi prefería terminar la conversación telefónica con mi amiga de una vez para centrarme en mi baño y, sobre todo, en mi ropa. Cuando ya, contenta, ponía una música apetecible mientras se llenaba mi bañera, aparecían inevitablemente Alfonso, Álvaro e, incluso, uno de mis padres o los dos al mismo tiempo para hacer la pregunta del millón:

—Pero ¿qué pasa? ¿Vas a salir?

—Sí, he quedado.

—Pero, vamos a ver, has quedado ahora mismo, ¿no?

—¿Cómo ahora mismo?

—Sí. En la última hora y media. Es que, después de almorzar, dijiste que seguramente no ibas a salir.

—Es que entonces no pensaba...

—Bien. Yendo al grano, te acaba de llamar un chico ¿no?

—No es que me acabe de llamar. Pero...

Nunca me dejaban acabar la frase:

—Y tú, como tonta, en vez de hacerte de valer, sales con un cantamañanas que ya vemos el interés que puede tener en salir contigo.

—¿Por qué no iba a tener interés?

—Porque de haberlo tenido, te habría llamado hace cuatro, cinco horas o, incluso ayer o anteayer...

—Pero...

—Pero nada. ¡Eres una blanda y una fatal estratega! ¿Tú crees que esta salida te va a merecer la pena?

—¡Claro!

—Por favor, Beatriz, por lo menos no digas tonterías. Sabes muy bien que esta salida te perjudica. ¿Imaginas a cuántas chicas habrá llamado antes que a ti ese pájaro para salir esta noche?

Comenzaba yo a tener mi autoestima por los suelos:

—Pues no. No lo había pensado.

—¡Pues a tropecientas! Nadie con interés llama a estas horas. Así que le habrán dado plantón tras plantón. Pero como ya sabrá que siempre puede, a última hora, quedar contigo...

—¡No digáis tonterías!

—No te engañes, Beatriz, sabes muy bien que estamos únicamente diciéndote la verdad. Y sobre todo no te engañes pensando que esta falta de dignidad quedará entre vosotros dos. ¡Qué va! Ésta es la típica cosa que se comenta entre los hombres. Mañana, cantidad de chicos sabrán que eres «mujer fácil».

No llamaba de vuelta al tipo en cuestión para decir que no podía salir no por falta de ganas, sino para reafirmarme en mi postura. Y es que si no lo hacías, mi familia era la típica familia que iba devorándote lenta pero inexorablemente hasta reducirte a

la nada. Así, achicados, todos resultábamos ser más manejables. Y, de otro lado, tenían un sentido del orgullo y de la dignidad que se remontaba al Paleolítico. Lo cierto es que, siempre por algún asunto de señoras y su dignidad, mis hermanos se pegaban a muerte con cualquiera un día sí y otro también.

Eso sí, yo salía pero casi a punto de llorar. Pensando que, efectivamente, el chico en cuestión habría llamado a muchas otras para salir aquella noche. Que me había llamado a mí por pura eliminación. En fin, que salía, pero hecha un trapo, sintiéndome fatal y creyendo que tenía que hacerme perdonar la vida. Por ello, procuraba entretenerlo desesperadamente. Así, como primera medida, comenzaba a escucharle contar unos rollos espantosos como si fuera la cosa más interesante que había oído en mucho tiempo.

Capítulo 32

Antonio Ordóñez, el Maestro

Estábamos en plena temporada taurina de San Isidro. Mis padres tenían siempre un abono en el tendido del 9, considerado uno de los *collet monté* de las Ventas. Entonces era inconcebible que un español no fuera un loco de la fiesta nacional. Y, probablemente más inconcebible aún, entre la gente que mis padres frecuentaban porque era una manera de hacer patria y no eran tiempos de mostrar ningún tipo de ambigüedad al respecto.

Mis padres y su grupo de amigos, entre quienes estaban los encantadores gemelos Nacho y Javi Aranduy, este último uno de los hombres más entrañables que he conocido; Dolores Aguirre y Fritz Lipperheide; Álvaro Cruzar y Virgi Zubiría; Chindas Villagodio y Marichu Sangro; Ignacio Aguirre, tío de Esperanza; Luis Gana e Isabel O'Shea, se hicieron con su propio ídolo en el mundo taurino. En el caso de los míos, Antonio Ordóñez era el Maestro por antonomasia. A la vez, consiguieron hacerse amigos personales de él y de su mujer, Carmina Dominguín, un ser maravilloso. Por eso, además de perseguirlo por las plazas españolas y francesas, como la de Dax, se convirtieron en íntimos amigos del matrimonio. Incluso, entre ellos y algunas personas de su círculo llegó a haber roces y pequeñas mezquindades por conseguir el primer puesto en el *ranking* de confianza del torero. De hecho, un grupo grande de forofos, entre los que se encontraban papá y mamá, consiguieron que Ordóñez con su mujer y sus dos hijas veranearan en Las Arenas. Alquilieron una casa preciosa con jardín donde comenzaba la avenida del Triunfo, hoy paseo de Zugazarte. Creo que fue una temporada en la que el Maestro no pudo torear por alguna razón de salud y se convirtieron en los veranos más locos del municipio porque todos sus fans se dedicaron a tratar de epatar al matrimonio con cenas de gala, fiestas en casas particulares, paseos en barco y otras actividades que llenaron Las Arenas de grandes banqueros, ejecutivos de importantes empresas nacionales y, fundamentalmente, de gente del sur, de Sevilla sobre todo, que venían tras el Maestro.

De la misma manera, todos se trasladaban a Ronda, incluidos mis padres y sus amigos, cuando tenía lugar la corrida goyesca, en septiembre. Eran invitados por el matrimonio Ordóñez, bien a su casa o al hotel cuando ya ésta no daba más de sí. Por alojarse en el hogar del torero se dieron muchos piques entre los amigos del diestro. Todos pretendían ser los elegidos y para ello hacían méritos durante todo el año.

La belleza y buen hacer del diestro hizo que muchas señoras trataran de acaparar su atención. No en todos los casos con mala fe, pues eran, a su vez, amigas de su mujer. Seguramente por pura vanidad. ¡Y es que ahí era nada el que el torero te lanzara de una u otra manera los tejos! A mí, que les gustara no me parecía nada extraño. En cuanto lo conocí, comprendí que era un hombre de un inmenso atractivo: grande, facciones bellísimas, una forma de cabeza tan varonil y un pelo moreno siempre tan repeinado... Ahora bien, me sorprendía hasta qué punto llegaba la mitomanía de sus admiradores en general, ya fueran hombres o mujeres, reacción más propia de adolescentes. Tal vez, esto mismo las rejuvenecía pensando que podrían amar en él todo lo que habían comprendido que no querían en sus propias parejas.

Esta pasión me resultaba incomprensible, seguramente porque era muy joven para entender ciertas pasiones de los adultos que me rodeaban. ¡Fueron tantas las amigas de mi madre, y ella misma, quienes confesaron que habían guardado luto riguroso a la muerte de Manolete! Y éste, a juzgar por las fotografías ¡no podía gustarles físicamente! Era tan sólo una manera llena de matices de dejar a salvo sus creencias, sus pasiones, sus frustraciones... Todo un cúmulo de cosas que, en el día a día, no estaba permitido manifestar.

Y también era algo similar a lo que vivía el servicio pero más sofisticado. Es decir, como la represión que se vivía en la España de aquellos años era infinita y la sufrían todas las clases sociales, esto debía salir por algún lado. Por tanto, mientras las duquesas, condesas o señoras bien perseguían a los toreros, las doncellas de todas las casas cantaban unas coplas con unas letras tan y tan pasionales que a mí, personalmente, me daban miedo. Recuerdo un día, por poner un ejemplo, cómo Juliana cantaba en el cuarto de plancha a voz en cuello:

*«Que se me paren los pulsos si te dejas de quereeer
que repiquen las campanaaas
si te miento alguna veeeez...»*

Era entonces cuando, sin imaginar mi madre que era algo muy parecido a lo que vivía ella y muchas de sus amigas, rogaba a quien se encontrara más cerca:

—Por favor te lo pido, cierra la puerta. Si siguen berreando esa terrible canción, me va a dar algo. ¡Qué horror! ¿Cómo pueden aprender esas truculentas letras?

—Es que las venden en unos papelillos de colores en las puertas del Metro —contestaba Ángela, muy ufana de satisfacer la curiosidad de mi madre.

—No digas tonterías, niña. ¡Cómo van a vender ese horror en papelitos! Será que están oyéndolas todo el día en la radio...

Por la noche, aparecía Ángela con una hoja verde que entregaba a mi madre con enorme agrado. Ésta miraba con recelo aquel papel:

—¿Qué es esta cochinada?

—Tú lee, mamá. Tú lee...

—*Me tienes, pero de nada te vale.*

Soy tuya porque lo dice un papel.

Mi vida la controlan las leyes.

*Pero en mi corazón, que es el que siente amor,
tan sólo mando yo.*

—Ángela, ¿qué es este espanto?

—No. Si yo no las compro. Es Juliana la que tiene miles de papelitos así con las letras de las canciones.

Y es que ¡cuánto se parecen las reacciones de los seres humanos ante temas capitales como el amor, el desamor, la traición, la soledad! ¿Y por qué nos cuesta tanto admitirlo? La diferencia esencial entre unos y otros consiste en la manera de manifestar los sentimientos.

Como preámbulo de mi cercana puesta de largo, mi madre dijo que les acompañara a una cena con Antonio Ordóñez. Ese interés repentino por su parte hacia mi persona estaba relacionado directamente con mi presentación en sociedad y la necesidad de ir adquiriendo mundología.

Me arreglé con gran esmero, pues reconozco que estaba ansiosa por conocer al torero, no porque me interesara nada el mundo taurino, sino porque era un ídolo y, a los dieciocho años, me parecía todo un acontecimiento conocerle en persona. En aquellos momentos todo valía para un plan que yo consideraba como de categoría, y quería estar mona. Bueno, esto es de una humildad enorme que, por entonces, yo al menos no tenía. Pienso que aspiraba a bastante más que a que me encontraran «pasable».

La cena tenía lugar en el chalé de Puerta de Hierro de unos amigos de mis padres, precisamente aquellos por quienes ellos entraron en el círculo del Maestro. La posibilidad que a mí se me brindó (por puro churro o por una extraordinaria habilidad de mi madre) de disfrutar de la compañía del diestro fue inmensa. Fui colocada en la mesa, a su izquierda. Tal vez, pensé luego, mamá había sido capaz de decirle que así lo pidiera él, porque me sorprendió mucho la insistencia de Ordóñez para hacer esto posible, repitiendo varias veces con enorme gracia:

—Que esta chica tan guapa se siente a mi vera...

Se trataba de un hombre socialmente encantador. Y también de un *charmeur* que comprendías que se pudiera llevar a las mujeres de calle. Se notaba que le gustaba la gente, la conversación y la juerga. Para mí, no era comparable a su cuñado, Luis Miguel Dominguín, cuestión que por aquellos tiempos llenó horas enteras de tertulia y a causa de la cual corrieron, también, ríos de tinta. Por lo que escuchaba a los mayores, existía una pugna inmensa entre ellos para ser considerado el mejor diestro.

Los detractores de Ordóñez decían que éste sentía un gran miedo en el cuerpo cada vez que se ponía delante del toro. Para sus admiradores, este hecho era el claro síntoma de una persona sensible e inteligente. En cambio, me harté de oírlos decir que Luis Miguel mataba de pena... Estaba claro que para mis padres, sus amigos y otros muchos aficionados, no había color. Pero no únicamente por la manera de torear sino por su carácter, su genio... En cambio, había otros que opinaban que la manera de torear de Dominguín era más depurada, más elegante y, a su vez, encontraban que su personalidad —un inquieto hombre que reconocía sus carencias culturales y sabía rodearse de aquella gente que podía llenarlas— era mil veces más atractiva. Es cierto que trató a intelectuales y personas importantes del Régimen como López Bravo, Juan Antonio Vallejo-Nágera e, incluso, el mismo Caudillo, por quien fue muy apreciado. El torero de Ronda cautivó con su magia a la duquesa de Alba, al escritor Ernest Hemingway y al director de cine Orson Welles. De hecho, las cenizas de este último reposan en la que fuera la finca del Maestro, en la malagueña villa de Ronda.

Al cabo del tiempo se dijo que aquella pugna entre los cuñados era algo que magnificó el padre de Dominguín, quien a su vez era suegro y apoderado de Ordóñez. Con ello contribuía a que ambos tuvieran sus seguidores y que los admiradores de uno y otro fueran muchos. Es decir, que se trató de una labor de *marketing* que aquel hombre llevó a cabo para mantener a ambos diestros en la cumbre.

Desde mi puesto de honor a la izquierda del Maestro, tuve ocasión de gozar de su sentido del humor, su vitalidad. También es cierto que su manera de ser tan próxima daba pie a que le hicieras preguntas. Y como yo me he pasado mucho más de media vida preguntando, lo recuerdo como una de mis víctimas. Aunque debo decir, a pesar de que no suene nada modesto, que me daba la impresión de que a él le hacía gracia que me interesara por su mundo y su persona. Mi madre, que se encontraba sentada cerca de nosotros, cuando la cena tocaba a su fin, me hizo un gesto expresivo de aprobación. Más tarde, cuando nos encontramos de frente en el vestíbulo, confirmó su descubrimiento:

—Así me gusta, Beatriz, que seas capaz de mantener una conversación con cualquier persona tratando de agradar y de aprender. Que la timidez, ya a tu edad, no sea un obstáculo que te impida caer simpática.

—Gracias, mamá —dije despistada, aunque, inmediatamente, me sentí muy ridícula.

—Es que es cierto. Me ha comentado el Maestro que, además de guapa, eres una persona muy interesante y...

—¿Te lo ha dicho? —no quería mostrar mi ilusión, pero ésta era casi indisimulable.

—Sí, hija, claro. Es que hay algo que es mucho más importante que la belleza: ser abierta, entretenida, en una palabra, tener mundo. ¡Fíjate que pienso que, en ese sentido, tú no tendrás problema alguno!

Me pareció un poco raro que mi madre no hubiera supuesto esto sin necesidad de

que yo cenara junto a su ídolo. Pero, viniendo de ella, podía considerarlo como un auténtico *compliment*.

Capítulo 33

Ignacio, la voz de la conciencia

Aquella calurosa primavera aconteció una penosa escena familiar, de las más terribles de mi vida y de la que fui un silencioso e impotente testigo. Estuvo protagonizada por mi madre e Ignacio. ¡Hubiera dado cualquier cosa para estar ausente de casa cuando sucedió! Fue un domingo al anochecer y podría, perfectamente, haberme encontrado en el cine, bailando o simplemente tomando algo con mis amigas. De hecho, aquel fin de semana tanto Silvia como Guiomar lo habían pasado en casa. Sí, estudiamos un poco para los exámenes como habíamos prometido. Pero lo habíamos hecho el sábado por la tarde y también el domingo después de almorzar pensando, precisamente, en dar una vuelta a última hora. Guiomar se agobió porque necesitaba unos apuntes que había dejado en el colegio para acabar de repasar el examen de la siguiente semana y decidieron regresar antes de lo habitual al internado. Yo me encontraba despistada, buscando a Ignacio por la casa para dejarle escuchar una canción italiana que, la noche anterior, había bailado sin parar en Top Eden con Manolo Manzano-Monís. Quería compartir con él aquella voz siniestra y maravillosa, al mismo tiempo, de Adriano Celentano:

*Questa e la storia
Di uno di noi
anche lui nato per caso in via Gluck...*

Lo busqué en su habitación sin éxito. Me dirigí a la biblioteca y tampoco estaba allí. Cuando caminaba hacia nuestro cuarto de estar, escuché la voz de mi madre desde su gabinete con tono de pocos amigos. Quedé parada en el pasillo, escuchando. Como tantas veces, discutía con Ignacio con aquella agresividad desmedida con la que solía hacerlo:

—¡Eres un tipo muy raro!

—¿Raro? ¿Por qué raro?

—Porque eres un chico sin voluntad, sin ilusiones, sin proyectos... ¡No te entiendo! Yo a tu edad estaba llena de vida, ésa que tú no tienes...

—¡Puede que tengas razón! —la voz de Ignacio sonaba menos resignada que otras veces—. Lo cierto es que tú y yo no nos parecemos en nada.

—No, hijo mío, no. Gracias al cielo, no nos parecemos en nada. Yo podré ser muchas cosas, estaré llena de defectos. Pero desconozco la holgazanería.

—El que no sea como a ti te gustaría que fuera no significa, necesariamente, que sea un holgazán.

—Y tú, ¿cómo definirías tu actitud existencial? ¡Todo el día con esa especie de *laissez faire, laissez passer*! Por cierto, antes que nada, te agradecería no permanezcas sentado en esa butaca. ¿No te has dado cuenta que es la única en toda esta habitación en la que se encuentra el fular que voy a ponerme esta noche? ¡Tu sino es ser patoso, está claro!

—Ah, perdón, lo siento. No me he dado cuenta como podrás comprender, pero no creo que sea tampoco para ponerse así...

—¿Cómo así? ¿Qué quieres decir cuando dices «así»? —A mamá se la notaba cada vez más crispada.

—Pues lo que oyes... —Ignacio se mostraba especialmente peleón.

—¡No tolero ni toleraré nunca tus impertinencias! Y ahora, contéstame, ¿cómo es «así»?

—Pues exactamente como te has puesto, mamá, fuera de ti. Bueno, como casi siempre que no se te rinde pleitesía...

—He dicho, Ignacio, que no aguanto una impertinencia tuya. ¡Eres un chico amargado y siempre lo has sido! Pero, además, en los últimos tiempos, tienes la osadía de pretender erigirte en la voz de mi conciencia, y eso no voy a consentírtelo ni ahora ni nunca. ¡Hasta ahí podríamos llegar!

—No trataba de ser impertinente. Simplemente me he atrevido a decir lo que pienso. Eso es lo que tú no consientes. ¿Cómo ibas a hacerlo?

No había visto a Ignacio así en mi vida. ¿Adónde quería ir a parar?

—Mira, guapo —mi madre gritaba muy alterada—, otra cosa, porque son varias y variadas las que no soporto de ti, es que me hagas perder el tiempo y quieras llamar mi atención, algo en lo que estás empeñado desde siempre. Sencillamente, Ignacio, quiero que sepas que tengo muchas cosas que hacer más interesantes que discutir contigo. ¿Te enteras de una vez?

—A mí tampoco me gustan muchas cosas que tú haces y me tengo que aguantar.

—¡Pídeme disculpas en este instante! ¡Pídeme disculpas, te repito! —insistía mamá al borde de la histeria.

Se oyó un silencio y, a continuación, una orden tajante de mi madre:

—¡Haz el favor de abandonar mi gabinete!

Yo no daba crédito a las palabras de Ignacio, pero mi madre tampoco:

—¿Qué pasa? ¿Que te remuerde la conciencia cuando me ves delante de ti?

—Empiezo a pensar, Ignacio, que estás con copas. ¡No eres más que un pobre borracho!

—Seré un borracho, pero ¿nunca has sido capaz de pensar si tienes tú algo que ver con mi problema?

—¿Problema? ¡Tú eres un vicioso sin voluntad! —El genio vivo de mi madre se había disparado por completo.

—¡Quién fue a hablar! Alguien que debería comportarse con más dignidad, no sólo por ti misma, sino por tu marido y tus hijos.

Apenas había acabado la frase, cuando el chasquido de la mano de mi madre sobre el rostro de Ignacio sonó con enorme violencia.

—¡Fuera de aquí! —gritó mi madre.

A estas alturas, los gritos de mamá se empezaron a oír por toda la casa y los pasos presurosos de mi padre venían en dirección hacia donde yo me encontraba. Me escondí en el cuarto de baño. Entretanto, yo oía a Ignacio chillarle a mamá:

—¡No me pegues porque no respondo de mí!

—¡Patricioooo! —gritó ella con verdadera desesperación, con mucha angustia—. ¡Patricioooo!

Pude ver a mi padre que entraba precipitadamente en el gabinete de mamá:

—Pero ¿qué es lo que está ocurriendo aquí? ¿Qué son esos gritos? ¿Es que habéis perdido la cabeza los dos?

—Patricio, haz el favor de echar a este idiota de mi gabinete. No quiero volverlo a ver en todo lo que me queda de vida. ¡Es un indeseable!

—¡Connie, no digas cosas de las que puedes arrepentirte! ¡Un poco de *self control*!

—¡Nunca me arrepentiré! Podría arrepentirme únicamente de una cosa, ¡de haber traído al mundo a este imbécil que no ha hecho en toda su vida nada excepto crearnos problemas!

—¡Connie, controla tus nervios! ¡Tú, Ignacio, abandona ahora mismo la habitación! Ya hablaremos despacio.

—¡Que se vaya, Patricio, que se vaya de casa! —los nervios de mi madre habían estallado y para entonces se encontraba presa de un verdadero ataque de histeria—. ¡No quiero ver a este tarado nunca más!

Mi reacción fue cobarde, lo confieso. Al suponer que Ignacio saldría de inmediato del gabinete de mamá y accedería al pasillo, seguí escondida para que no me viera. Estaba muy nerviosa y asustada. Jamás en mi vida había escuchado decir a mi madre insultos tan vulgares. Es cierto que, de vez en cuando, tanto ella como sus hermanos —más que mi padre y su familia— no tenían inconveniente en decir un taco con gracia: un carajo, una mierda, un ajo y agua (a joderse y a aguantarse) porque según había oído comentar siempre a mi hermano Alfonso, la familia real era muy propensa a los tacos y en la familia de mamá había quedado esa costumbre, ése no hacer aspavientos ante una serie de palabras, en principio, malsonantes. Pero sobre todo, lo que me había afectado más era el brutal enfrentamiento entre mi madre e Ignacio. Me sentía fatal y me dirigí a mi habitación para meterme en cama antes de que pudiera nadie darse cuenta de mi desolación.

Pasé la noche entera sin pegar ojo. Primero lloré mucho, muchísimo. Después, las

lágrimas se me secaron. Yo misma me sentía como una fuente a la que se le ha cerrado el grifo. Para entonces, llorar no me resultaba suficiente. Tendría que haber gritado por todo el dolor que atravesaba mi pecho. Claro, ésta era la tristeza del alma de la que también me habló Ignacio cuando me confesó que sí, que bebía... Y ¿adonde se habría ido él? Yo no lo había vuelto a sentir por la casa. No me imaginaba que pudiera estar en buen estado sino todo lo contrario. Lo veía vagando por las calles, con la satisfacción de haber soltado aquella bomba de relojería como ella se merecía —pensaría él— y, de otro lado, solo. Solo y sin una mano amiga tendida en ninguna dirección. Porque, claro, mis otros hermanos también le ignoraban. Por eso estaba todo el día aislado, atormentado, a su aire, tan descolgado del resto de mis hermanos mayores. Éstos, bajo la influencia de mamá, también lo encontraban torpe, patoso y un «pepito grillo» de la conciencia ajena. Ni social ni académicamente tenía éxito. Al final, ya se sabe, a la gente le gusta rodearse de *winner*s y esto era algo que mamá fomentaba sin tregua. Ella, tan jugadora, odiaba perder y, más si cabe, a los perdedores... Adoraba, por el contrario, a todo aquel que supiera venderse bien. Daba igual si, finalmente, daba gato por liebre. Le fascinaba la gente con verborrea, que supiera entretener, que dejara entrever su amplísima cultura, algo que, como ella no poseía, le epataba hasta límites insospechados... En realidad, sentía una enorme *faiblesse* por los granujas, los calaveras...

Capítulo 34

Cónclave familiar

Durante todo el día siguiente funcioné como una autómatas. Nada más llegar del *Finishing*, busqué a Ignacio por toda la casa. Ni rastro. Mi hermano no apareció en todo el día.

Esta noche, para mi sorpresa, estando todos vestidos y colocados según el estricto protocolo impuesto por mamá en la mesa, no se habló ni una sola palabra de nada que rondase lo conflictivo. Únicamente, la ausencia de Ángela indicaba que algo especial podía ocurrir. Antes de entrar en el comedor, Juliana me había comentado que por orden de mamá, mi hermana pequeña cenaría con *miss* Snowdon en el *office*. Traté de escrutar las caras de mis hermanos una por una. Diría que Alfonso era sabedor de algo, por supuesto inexacto, de lo que había ocurrido. Seguramente, Álvaro también. Mi madre les habría cogido por banda a los dos y habría inventado un *racconto*, naturalmente a su favor. Sin embargo, pensé que Marta no sabía una palabra. Mi padre, cariacontecido, comía en silencio, mirando a mi madre de vez en cuando y riéndole, como siempre, las ocurrencias más o menos ingeniosas de las que hacía gala.

A los postres, mamá pidió a Fermín que sirvieran el café en la biblioteca. Cuando, también por indicación suya, quedaron cerradas las puertas de la enorme habitación, mi padre —resultaba patético que todavía se erigiera, por indicación de mi madre, en portavoz de ambos— comentó que nos habían reunido para informarnos de algo que debíamos conocer. Mis hermanos intercambiaron una mirada cómplice. Seguramente habían sido aleccionados para aprobar, con tacto y delicadeza, lo que mi padre nos iba a comunicar. Mi hermana, sin embargo, mostró sorpresa ante el largo discurso de mi padre:

—Vuestra madre y yo lamentamos comunicaros que, después de una gran afrenta de vuestro hermano Ignacio hacia ella, hemos llegado a la conclusión de que es verdaderamente imposible el consentir que siga viviendo con todos nosotros. Ignacio fue siempre un chico difícil y no ha sido poca la paciencia que vuestra madre ha tenido para tratar de llegar a un acuerdo con él. Pero no ha sido posible. Y, sobre todo, después de las cosas que, con tanta amargura y sin justificación alguna, le profirió ayer noche.

«¡Qué vergüenza!», pensé yo, indignada por dentro. También pensé en la suerte

de Constanza, que, al estar casada, había salido de este círculo de poder ominoso. Pero tuve que contenerme y seguir oyendo en silencio la perorata justificativa de mi padre:

—Como Ignacio no tiene de qué vivir, puesto que no ha acabado ninguno de sus estudios, le pagaremos una pensión y una cantidad de dinero al mes. Así, volverá la paz familiar a esta casa.

Mi madre no hacía nada más que poner gestos de sufrimiento, de mujer fuerte del Evangelio otorgando, con su mirada fija e, incluso, un poco ausente, su beneplácito a las palabras de papá. Alfonso y Álvaro estaban, definitivamente, adiestrados para hacer frente a las preguntas o comentarios que pudiéramos hacer las chicas. Yo no dije nada, lo cual creo que a mamá, como no lo esperaba, no le sentó nada bien. Hubiera preferido alguna observación por mi parte en defensa de Ignacio para que allí mismo, y para siempre, me callaran mis hermanos mayores. No le di ese gusto. Pero Marta comenzó a llorar y logró enfurecer a mi madre:

—Y esas lágrimas de cocodrilo, ¿a qué vienen ahora, Marta?

—Es que siento pena de Ignacio, mamá.

—Tú siempre animando. ¿Crees que yo no siento pena? ¿Crees que no lo he intentado por activa y por pasiva?

—Es que si Ignacio tiene un problema con el alcohol ¿qué va a ser de él viviendo a su aire? —insistía mi hermana.

—Comprendo tu preocupación —era Alfonso quien contestaba, seguramente porque mi madre le habría hecho alguna señal para no aparecer ella como la única mala—. Pero ¿cómo puede remediarse? Es injusto que una persona a la que se le han dado infinidad de posibilidades para tener una vida no sólo digna, sino agradable, haga infelices a los que le rodean. ¿O no?

—A veces no te conozco, Alfonso —dijo Marta sollozando—. No sé cómo se soluciona, pero ¿tú serás capaz de vivir tranquilo pensando que tienes un hermano con un problema de alcohol, de personalidad, de lo que sea, tirado en una pensión, solo?

—Marta...

Comenzó a decir mi madre con mirada de hiena, pero Alfonso, con todo respeto, la interrumpió:

—Perdona mamá. Déjame a mí contestar a Marta. Antes que nada, decirte que me siento profundamente ofendido si crees que los problemas de un hermano me son indiferentes. Lo que no consiento ni consentiré nunca es convivir con un individuo, sea o no hermano, que es capaz de colocar a mamá en situaciones incómodas y desagradables. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

—Sobre todo cuando hablamos de alguien que, en absoluto, se deja ayudar. Que hemos intentado recuperarlo para la vida normal sin el más mínimo éxito —añadió mi padre.

Marta insistía en su tesis, pasando por alto la regañina que mi madre y Alfonso le

estaban dedicando:

—Es que yo no acabo de entender. ¿Cómo puedes decir, papá, que Ignacio no es capaz de recoger las ayudas que le hemos intentado dar si estamos reconociendo que es un alcohólico? ¿Acaso puede alguien pensar que él vive, desde hace ya tanto tiempo, de la manera tan marginal como lo hace porque le da la gana? ¿Pensáis que él no sufre?

—¡Nadie ha dicho eso! —replicó Alfonso—. Pero son muchas las oportunidades que, si quisiera, tendría a su disposición para salir del pozo en el que se halla inmerso. Estoy convencido que si el tipo de ayuda que nosotros podemos brindarle no le vale, papá y mamá no tendrían inconveniente alguno para que hiciera una cura de desintoxicación en Suiza, que es a donde va la gente que quiere de verdad curarse...

—Por supuesto... —contestó mi madre con la mirada en el infinito, en el más allá, en nadie, para luego posarla sobre la mía. Quería calcular mi reacción, que le seguía extrañando. No, ni por todo el oro del mundo iba yo a entrar en aquella especie de juicio sumarísimo.

Poco más dio de sí la encerrona. Con un seco y rotundo «creo que la información está ya dada. Buenas noches a todos», nuestra madre dio por terminada la reunión. Es decir, nada de ruegos y preguntas después de aquel *meeting*. Bastante que había consentido en dejar hacer alguna observación. No podía asegurar por el momento que mis hermanos fueran nada más que dos traidores. La devoción que sentían por mamá, en especial, Alfonso, el primogénito, era tal que podían llegar a engañarse a sí mismos por sacarle la cara. Me tranquilizó, sin embargo, confirmar que Marta era un ser sensible y de buenos sentimientos.

Respecto a mi padre, me pareció un cobarde. ¡Qué vergüenza sentí por tener un padre así, sin coraje, sin fuerza, sumiso hasta la auténtica humillación! Mamá había repartido los papeles de antemano y a él le había adjudicado el de un simple e insignificante secundario. No se fiaba de su marido. Tenía mucha más fe en que sus dos hijos mayores la protegerían para que nadie pudiera derribarla, tirarla del caballo del que, por supuesto, no se iba a bajar nunca...

Me dirigí a mi habitación con un silencio que de, tan denso, iba convirtiéndose en una manera de ser. Al menos, de puertas adentro. Estaba claro que en casa, aquel que pestañeaba, perdía... Yo no pensaba pestañear más. Al menos, de momento.

Capítulo 35

La hipocresía, una forma de vida

Los exámenes se echaban encima y la sensación de tener que estudiar se imponía. Ahora iban a ser muy pocos o ninguno los fines de semana que podría pasar con mis amigas, especialmente con Silvia y Guiomar. Tampoco me importó demasiado, pues el hecho de tenerlas a ellas invitadas en casa daba una sensación de normalidad hogareña que en absoluto yo quería mostrar ante mi madre mientras su actitud con Ignacio no cambiara. Ya se encargaban Alfonso y Álvaro de ese *métier* para que mamá no se disgustara y, por supuesto, para que por nada del mundo se sintiera culpable. Mis hermanas no les seguían como ellos y nuestros padres hubieran querido. Se las veía tristes, taciturnas y replegadas en sí mismas. Todos habíamos entendido que se acabaron los momentos de los comentarios. Era un trágala en toda regla y, además, doloroso.

Pasaban los días y yo seguía en mi actitud de respeto, por supuesto, hacia mi madre, pero no de incondicionalidad, que era a lo que ella estaba acostumbrada. Una tarde, mientras tomábamos café en la biblioteca con mi hermana Constanza, que había venido a almorzar, mi madre me abordó desde otro ángulo:

—Creo, Beatriz, que sería bueno ir pensando en tu puesta de largo. No hay que dejar las cosas para última hora. ¿No te parece?

Involuntariamente, dejé traslucir en mi frase un cierto desánimo:

—Supongo que sí. Pero hay tiempo.

—No creas que hay tanto —contestó ella, contrariada.

—Le comenté algo yo el otro día a Beatriz sobre ese asunto —dijo Marta, cariñosa—. Claro que no se debe esperar a última hora. Los modistos están ocupadísimos de cara al verano. Sobre todo, claro, los buenos.

—¿Y qué tipo de modisto sería adecuado para que le hiciera un traje de debutante? —preguntó mi madre a Constanza.

—No sé, pero conviene que esté especializado en trajes de noche. El resto es indiferente porque con la percha que tiene... —dijo mi hermana, sonriendo con complicidad.

—Sí, la percha está muy bien. Pero no me ayudáis diciendo que cualquiera. Marta, ¿a ti quien te hizo el primer traje de noche?

—Pedro Rodríguez, mamá, como a Constanza. ¿No te acuerdas que Gran se

empeñó en «convidarnos a traje»?

—Pues mira, Beatriz, como estoy convencida de que a ti la abuela no te habría encargado un traje en Pedro Rodríguez, sino seis, tu padre y yo te regalamos uno. O tal vez, dos. ¿Qué te parece, Paddy? —exclamó mi madre.

Mi padre no levantó los ojos del periódico, y mi madre insistió:

—Patricio...

—Sí, dime, Connie...

—¿Te parece bien que regalemos a Beatriz un par de trajes de Pedro Rodríguez por su puesta de largo?

—¿Es que está de moda ponerse uno encima de otro? —preguntó mi padre, también de buen humor.

—¡Ya sé! —dijo mi madre, dirigiéndose a nosotras en general, y a mis hermanas en particular—. ¿Qué os parece que Pedro le haga dos y, como su verano será muy movido, el resto que se los confeccione Hontanares?

—¡Fenomenal! —exclamaron casi al tiempo—. Y a ti, ¿que te parece, Bea?

—A mí, bien —contesté sin más.

—Pues hija, ¡podrías ser más expresiva! No pensarás que unos trajes de modistos de esa categoría es lo normal a tu edad. Parece que estuviéramos diciendo que te los compraremos en Sepu...

—Me hubiera hecho gracia esta salida de mi madre, tan típica de ella, pero anímicamente no estaba para bromas.

—Otra cosa... —siguió diciendo mamá—. Supongo que tendrás ya *chevalier servant* para el baile, ¿no, Beatriz?

—¿*Chevalier servant*? —Yo, despistada—. ¡Pues de momento, no!

—No quiero decir que ya tengas un chico con el que bailar el rigodón. Pero alguna idea...

—Todavía no he pensado en ello. Pero casi prefiero que en los ensayos me adjudiquen un chico que decirle yo a alguien: «¿Bailarías conmigo el rigodón?»

—¡Ah no, querida! —era imposible que mamá no dejara de manifestar su lado práctico—. De eso nada. Ese tipo de detalle tienes que apalabrarlo con anterioridad. Esas chicas que llegan al ensayo sin pareja es que les pasa algo...

—¿Cómo que les pasa algo? —pregunté ingenuamente.

—Pues que son siempre las típicas feas, acomplexadas, incapaces de decir a un chico guapo y lucido que les haga de pareja. ¡Eso es un descrédito total para empezar tu verano que se supone será el más *exciting* de tu vida!

—Pero...

—Pero nada, hija. ¿Sabes la de veces que he tenido que oír yo en el Golf o en el propio Marítimo suplicar una amiga a otra que hiciera el favor de pedir a su hijo que le echara un cable a la fea de su niña? Para eso ¡que no te vista Pedro Rodríguez, ni Hontanares, ni nadie!

—En eso tiene toda la razón mamá —comentó Marta muy seria y convencida—.

Una cosa es que todavía no hayas apalabrado ese baile con nadie y otra, que te lo juegues a los chinos. ¡A saber quién puede tocarte en suerte!

—A mí no me daría la más mínima vergüenza decirle a un joven de buena planta que fuese mi *chevalier servant*. Vergüenza, otras cosas —dijo mamá, segura de sí misma—. Pero si no te ves capacitada para elegir, pensaré yo en hijos de amigos nuestros que sean decorativos.

—¿Decorativos? —había un reproche implícito en mi sorpresa.

—Sí, hija, decorativos. Ten muy claro que el hecho de que bailes con él esa noche es un acto social de cara a la galería. Que nada te compromete con el chico en cuestión. Que no estamos promoviendo ningún tipo de compromiso matrimonial...

—Bien. Ya lo pensaré —respondí no muy convencida.

—Otra cosa que debemos tener claro, para pedir sitio con antelación porque luego suele haber problemas, es a cuánta gente vamos a invitar —dijo mi madre, pensativa.

—¿Te refieres a mis amigos? —pregunté, con un cierto distanciamiento a todo lo que se estaba hablando sobre mi futura puesta de largo.

—Me refiero a los tuyos y fundamentalmente a los nuestros. Es decir, tú tienes que hacer un listado e invitar cuanto antes a las personas que te interesen por dos razones —mi madre, qué duda cabe, era una innata maestra de ceremonias—: una para que, cuando alguien más lo haga, estén ya invitados por ti. Y otra más importante, porque debes asegurarte todos los festejos que puedas para el verano. Ten en cuenta que las chicas que se ponen de largo dan una fiesta particular aparte. Bien en su casa, en el Sporting, en el Golf o en el propio Marítimo. Tú debes procurar estar invitada a todas. Luego, si no quieres, no vas. Todo menos no ser requerida...

—¡Claro! Tú luego haces lo que quieres, pero...

Mi madre no dejó terminar a Marta:

—Y, por supuesto, debes tener en cuenta que nosotros, tu padre y yo, somos los que te introducimos en sociedad, así que debemos de corresponder con mucha gente que constantemente nos invita a eventos semejantes. Además, lo divertido de este tipo de baile es, precisamente, que se mezclen las generaciones. Pocas cosas hay tan absurdas como esa teoría que tiene cierta gente de que los de dieciocho deben estar con los de dieciocho, los de treinta con los de treinta, los de sesenta con los de sesenta...

Estaba harta de tanta clase de mundología cuando, por suerte, Fermín pidió permiso para entrar:

—Perdón que interrumpa, señora marquesa. Luis Hidalgo llama por teléfono a la señorita Beatriz.

—Mamá, ¿puedo?

Mi madre hizo un gesto afirmativo con la cabeza, como si fuera una reina que te perdona la vida. Antes de abandonar la biblioteca, le escuché preguntar a mis hermanas:

—¿Quién es ese tal Hidalgo?

—No tengo idea —contestó Constanza.

—Y tú, Marta ¿sabes quién es Hidalgo?

—No, mamá. No sé quién es.

—Pues enteraros. Creo que es hora que a esta chica se le siga un poco la pista.

Capítulo 36

Encuentro con Ignacio

Luis Hidalgo, uno de los mejores amigos de mi hermano, me dijo que Ignacio quería verme. «¿Qué donde me venía a mí bien quedar?» «¡Donde le diera la gana!» Nos citamos a las siete en Embassy. ¡Qué alegría!

¿Cómo iba a explicar al pobre Ignacio que todo en casa había vuelto a su cauce sin él, sin su presencia? ¿Cómo decirle que no contaba con el apoyo de sus hermanos y sí con una especie de impotente compasión por parte de las chicas? No, no podía hacerlo. Pero aún quedaban otras cosas por aclarar que yo estaba dispuesta a callar por no hacerle daño. ¿Iba a confesarle que escuché, llena de cobardía, su discusión con mamá? Tampoco lo haría. Tal vez fuera él quien quisiera decírmelo y, en ese caso, todo cambiaba. Si las cosas se presentaban así, yo me sentiría mucho más libre para desahogarme también. Si no, no lo llevaría contra las cuerdas. Él era la víctima, el desaparecido sobre cuya sombra, como si hubiera muerto, había vuelto toda una familia anormal a una más que aparente normalidad. Yo no debía pensar en mí misma, sino en mi hermano. Y, por tanto, ir abierta a la conversación que Ignacio quisiera mantener. Era mi hermano querido. No tenía que estar tan nerviosa. No iba a examinarme de Preuniversitario...

A las siete menos cinco minutos bajaba por la calle Ayala hasta alcanzar la puerta de Embassy sin llegar al chaflán que el establecimiento hace con el paseo de la Castellana. Me senté en una mesa para dos que me ofreció el camarero. A éste, de nombre Alfredo, le dije que en cuanto llegara mi hermano Ignacio le dijera que le esperaba en una de las mesas de la esquina. Le aguardé consumiendo una coca-cola a pequeños sorbos. Calculé el tiempo que había transcurrido desde aquella fatídica tarde de domingo en la que dejé de verlo. Sólo dos semanas y media, por largo que se me hubiera hecho. Cuando Ignacio apareció en el salón de té con un pantalón vaquero, un polo azul claro de cachemir y una americana inglesa de *tweed*, por poco doy un salto. Nos abrazamos, pero él con una timidez que disimulaba:

—Beatriz, tampoco se trata de montar aquí un número. Hay mucha gente conocida que puede pensar que llego del frente... ¡No seas melodramática!

Estaba delgadísimo. Pero no era esto lo que más me impresionó. Cuando nos sentamos frente a frente, Ignacio no era mi hermano de siempre. Su mirada ya había sido alcanzada por la sombra que inevitablemente hace presa en todo perdedor. Una

imagen literaria que convierte a los hombres en ejemplares más atractivos. Porque su tormento no puede contenerse únicamente en el alma, y emerge al rostro y a los ademanes.

La voz de Ignacio era más ronca, seguramente de tanto fumar y beber. ¿Cómo era posible esta transformación en quince días? Bueno, no era exactamente así. Ignacio había sufrido desde hacía mucho tiempo y era ahora cuando esta metamorfosis se había completado en él.

—Don Ignacio, ¿qué tomará? —interrumpió el camarero y yo casi me alegré para asumirlo de una vez, para dejar de mirarlo como el que observa una aparición.

—Alfredo, tráeme un JB con mucho hielo —dijo mi hermano.

Se quedó un tanto absorto en mi coca-cola, y en cuanto el camarero desapareció, dijo como para justificarse:

—Sé que es muy temprano para empezar a beber. Pero lo cierto es que ahora estoy bebiendo mucho, Bea. No han sido tiempos fáciles. Tampoco quiero echar la culpa de que yo beba a nadie. Hace tiempo que lo hago. Supongo que será mi responsabilidad.

A continuación, sacó un paquete de cigarrillos de uno de los bolsillos de su americana y me ofreció:

—¿Quieres?

—Sí, gracias —dije, mientras sacaba uno de aquella arrugada cajetilla. Con gesto automático, tomó un encendedor Dupont de plata, que yo no conocía, y me ofreció fuego antes de prender su propio cigarrillo. Luego, se interesó por mí:

—Cuéntame de ti, Beatriz. ¿Qué tal todo?

—Bueno, lo pasé fatal cuando desapareciste, Ignacio. Y hasta que Luis no dio contigo, estuve nerviosísima. Y es que podías haber avisado. No otra cosa, eso no lo esperaba. Pero, al menos, decir claramente en casa que no te esperaríamos.

—¡No se lo merecen! —replicó en un tono duro sin paliativos—. Además de todo lo que había ocurrido, no iba a llamar para tranquilizar los ánimos de nadie. Entre otras cosas, porque estoy convencido de que precisamente intranquilos tampoco estaban.

—Hombre, Ignacio... No sé exactamente cuál es la palabra para definir el estado de ánimo que había en casa. Pero las chicas, bueno y supongo que todos, claro, no estábamos tranquilos. Tampoco lo estarían papá y mamá por mucho que traten siempre de disimular.

Apuraba su *whisky* como si fuera un condenado a muerte con mucha sed. También fumaba un cigarro tras de otro. Pero no iba a ser yo quién le sermoneara:

—Y, dime, ¿dónde has estado estas dos semanas?

—Por ahí, borracho, como diría mamá.

Su amargura era un hecho.

—¡No seas tonto! Me refiero a dónde has estado viviendo.

—La verdad es que he tenido suerte. Justo la segunda noche que daba vueltas sin

rumbo, me encontré a Gloria, una azafata que conocía de hace tiempo y me he instalado en su casa. A petición suya, no vayas a creer que en plan gorrón.

—Entonces, ¿estás viviendo con ella?

—Por el momento, sí. Tiene un apartamento en la Torre de España, y allá estoy.

—Pero Ignacio...

Se adelantó a cualquier observación por mi parte jugando, como nunca hubiera creído que fuese capaz de hacerlo, la baza del cinismo:

—Te diré que el hecho de que sea azafata tiene para mí unas enormes ventajas.

—¿Qué quieres decir exactamente? —estaba dispuesta a oír todo lo que de este ser sufriente viniera.

—Pues muy sencillo. Depende de las semanas, pues no todas son iguales. Pero, según a donde vuela, hay semanas que está dos, tres y hasta cuatro días fuera. Es evidentemente una buena cosa ya que, durante todo este tiempo, yo puedo estar solo, o bien haciendo lo que me da la gana sin que nadie me moleste.

—Y lo compensas estando muy pendiente de ella cuando está en Madrid... —añadí yo muy seria.

Me miró fijamente a los ojos mientras que, con expresión ausente, al escuchar ruido de vasos y botellas por nuestro derredor, pidió otra copa:

—Alfredo, ponme otro *whisky*, por favor. Y tú, Beatriz ¿no quieres un *drink* de verdad, de adulto, como si fueras una persona normal? —Hizo este comentario con una amplia sonrisa, con mucha suavidad para no correr el menor riesgo de molestarme.

—Bueno, sí —casi me pareció mal no acompañarlo. Es algo que la gente que bebe mucho lleva con impaciencia, con mucho sentimiento de culpabilidad—. Pero si no te importa, yo prefiero un *gin-tonic*.

—Bien. Alfredo, trae para la señorita un *gin-tonic*.

—¿En qué estábamos? —pregunté, ya que nuestra conversación había quedado en un punto interesante.

—Pues en que está muy bien que tomes tú también un *drink*. Es que si no, si uno bebe alcohol y el otro toma agua, es casi imposible la comunicación.

—Sí, puede que tengas razón. Pero me decías que vives con tu amiga la azafata en la Torre de Madrid. Y que ella suele estar fuera. Pero cuando está aquí suples su soledad...

—Pues es exactamente así, pero a lo burro. Mira, Beatriz, has demostrado, otra vez más, tu cariño —no se atrevió a decir amor porque en casa esas palabras eran como de pueblo—. Eres la única persona con la que cuento en esa absurda familia que tenemos, así que, si no te importa, te voy a ser claro.

—¡Cómo me va a importar, Ignacio! Te lo agradecería en el alma, precisamente porque me importas —yo tampoco dije «porque te quiero», por si le resultaba excesivo—, te pido que seas lo más franco que puedas conmigo.

—¿Incluso ordinario si es que viene a cuento? Bueno, no quiero decir ordinario,

sino ser directo...

—Sí, tú cuéntame las cosas, Ignacio, como te salgan.

—Mira, mi amiga la azafata es una buscona. Y a ella no le importa nada que yo ocupe su casa mientras está fuera volando. A su vuelta, yo debo compensarla. Pero no creas que lo que quiere es que la saque a cenar y al cine.

—Y ¿qué quiere?

—Sexo.

—¡Ah! —Me quedé bastante cortada, sin saber qué tipo de comentario procedía ahora de mi parte para que no pensara que me había escandalizado.

—Y entonces, cuando está ella, pues hija ¡leña al mono! Perdóname la expresión, ¿vale?

—Claro, estás perdonado. Pero ¿no estáis enamorados uno de otro?

—¡Qué va! Se trata de un simple trueque. Pero, al menos, es un intercambio en el que nadie engaña a nadie ¿me entiendes?

—Sí, entenderlo, claro que lo entiendo. Lo que no sé es qué futuro puede tener esa historia...

—El futuro, como en todas las historias, depende de ella. Siempre el siguiente paso depende de la mujer. Puede que el día que menos me lo espere, se canse y no quiera verme más. Y cabe, también, otra posibilidad infinitamente más temible...

—¿A qué te refieres?

—A que se enamore de mí. Espero que no, porque a mí no me puede gustar menos y sería incomodísimo. ¡Eso sería lo más pesado!

—¿Y en ese caso, Ignacio?

—¡Pues pies en polvorosa!

—Si quieres que te diga la verdad y, por supuesto, sin meterme a juzgar nada, me parece demasiado tiempo para vivirlo en la cuerda floja. Debe de resultar desgastante. Sobre todo si tú no estás ni vas a estar nunca enamorado de ella...

—Pues sí, efectivamente. No es la mejor de las relaciones posibles. Pero recuerda, Bea, que no estoy en un momento como para elegir... ¡Con sobrevivir me doy con un canto en los dientes!

No había dado más que cuatro sorbos a mi *gin-tonic* cuando, de nuevo, levantó un poco su voz ronca:

—¡Alfredo, otro *whisky*, por favor!

¡Esto no podía ser! ¿Adónde iba este chico así, bebiendo como un cosaco y fumando como una chimenea, sin más obsesión que sobrevivir? ¿Conviviendo con una azafata que quería sexo de la que ya sabía que jamás se enamoraría? Pero era un superviviente y, como bien decía, no estaba en condiciones de elegir. Tampoco yo podía engañarlo y animarlo a que pidiera un perdón en casa que estaba segura no alcanzaría. No iba a dejar que se humillara. Pero, al menos, debía informarle:

—¿Sabes, Ignacio?

—¿Qué es lo que debo saber? Pero sin recriminaciones éticas o morales de tu

parte, ¿eh?

—No. No pensaba hacerte ninguna. Pero quiero que sepas que, dos días más tarde de tu discusión con mamá, se dijo algo en casa sobre la posibilidad de costear una pensión y darte también un tanto al mes para que pudieras arreglarte, de momento, la vida. De hecho, Germán, el administrador, trató de localizarte.

Explotaron su orgullo y amor propio heridos:

—¡Ni lo menciones, Beatriz! ¿Crees que puede ser ético, por mi parte, aceptar algo semejante de papá y mamá cuando me han hecho lo que me han hecho? ¡Eso sería infame! Además, sabrás ya a estas alturas que, con ello, lo que intentan es cubrir su expediente de cara a la galería.

—Sólo quería que lo supieras.

—Beatriz, hazme un favor y déjame un buen recuerdo de nuestra cita. No me hables de ellos. No quiero saber nada de nuestros padres. Tampoco de Alfonso o de Álvaro. Imagino muy bien las reacciones de ambos.

—Si hablaras con papá para, al menos, contemplar la opción que ellos te ofrecen...

—Bea, no lo voy a hacer ni ahora ni nunca. Papá es un cero a la izquierda, un consentidor. ¡No me hagas hablar, por favor! ¿Quieres otra copa?

—No, gracias, Ignacio. Lo que sí me gustaría es saber de qué manera quedamos en contacto. Porque, claro, tú a casa no vas a llamarme.

—No, evidentemente, no. Tal vez sea mejor que te quedes con mi número de teléfono.

—Sí, pero lo que me da miedo es que no parece que tu estancia ahí pueda durar mucho tiempo.

—Podemos llegar a un acuerdo. Te quedas con mi número de teléfono y, en el caso de mudarme de domicilio, te dejaría una nota a tu nombre aquí, en Embassy.

—Bien. Se la podrías dejar a Alfredo... Pero a tu domicilio actual, de momento, puedo llamarte con tranquilidad, ¿no?

—Sí, claro, con toda la tranquilidad del mundo —ya la lengua no le respondía como le responde a alguien sobrio.

—¡Es que, enseguida, querré saber algo de ti! —le dije, mientras nos abrazábamos. No fue un abrazo fuerte, sino una especie de simulacro.

—Bueno, guapa —me pareció que, aunque fuese por los efluvios del alcohol, se emocionó cuando se dirigió a mí—, haz el favor de cuidarte. Ya sabes, Beatriz, lo que hay y, por tanto, lo que puedes esperar de una gente como la que te rodea. ¡No pidas peras al olmo! Y protégete. Sobre todo, protégete. Por cierto, se me olvidaba. La próxima vez que nos veamos, te pediré que me traigas parte de mi ropa, unos libros y, algo que me interesa mucho más: unos discos que son míos. ¡Sin ellos, la vida siempre me resultará mucho más difícil!

—Perfecto, así lo haré.

—Y ni una palabra de nuestra cita, ¿eh?

—No hace falta que me lo recuerdes. ¡No soy tonta!

Se me saltaban las lágrimas cuando subía hacia la calle Serrano. Ignacio había dado un salto al vacío. Su existencia, marcada por unos padres y una determinada educación, le habían conducido a un viaje sin retorno. Escapó de unas redes que le humillaban hasta un punto imposible de consentir. Pero para hacer esto, no tuvo más remedio que meterse en otras absolutamente destructivas.

Capítulo 37

Billy aparece en mi vida

Para cuando terminamos el curso, a mediados del mes de junio, ya habíamos visitado a Pedro Rodríguez en Barcelona y a Hontanares, en Madrid. Mi puesta de largo ya tenía fecha en el calendario. Sería el 5 de agosto.

Un día había quedado con una amiga en tomar una copa en Mozo, en la calle Serrano, antes de cenar. Llegué un poco antes de la hora prevista y, de pronto, me encontré en una mesa de la terraza del bar con Álvaro hermano, que esperaba a alguien. Los días eran ya más largos y apetecía disfrutar de la luz después del largo invierno. Álvaro, siempre amable y un tanto frívolo, iba vestido con americana de hilo *beige* y un pantalón gris de verano. Su camisa azul clara, confeccionada para llevarla abierta, dejaba ver una cadena gorda de oro y una medalla. Su cabellera lisa de natural, la llevaba sujeta con kilos de fijador. «Cada vez —pensé— se parece más a papá.» De cara era tan guapo como él o más. Pero lo que no había heredado eran aquellas piernas kilométricas de nuestro progenitor, que le hacía parecer un *lord* inglés. Y digo inglés porque la estatura de los hombres españoles, por entonces, no era excesiva. ¡Tal vez era ésta la razón por la que las mujeres la valorábamos tanto!

—Bea, ¿has quedado citada con alguien? —me preguntó mi hermano al verme.

—Sí, con María Eugenia Satrústegui. ¿Y tú?

—Con unos amigos. Pero ven, siéntate conmigo. Dime qué quieres tomar y charlemos un rato.

—Una coca-cola, gracias.

—¿Una coca-cola? Veo que sigues siendo una juergas, ¿eh?

—Ya ves... Pero dime, ¿de qué quieres charlar? —pensé que iba a mostrar interés por alguna amiga mía, que pretendía tirarme de la lengua. Pero me equivoqué.

—Quiero que me cuentes algo de Ignacio. El tiempo pasa y el tío no da señales.

—Pero Álvaro, ¿qué tipo de señales pretendes que dé cuando casi todos en casa os habéis portado con él de pena?

—¿A qué llamas portarse de pena, Beatriz? ¿A que nos pongamos del lado de mamá ante el hecho impresentable de que un hermano se harte de decirle impertinencias?

—No, Álvaro. Las cosas no son como parecen. Ni tampoco como mamá, en ocasiones, las cuenta...

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso mamá se inventó aquella terrible discusión que mantuvo con Ignacio? ¡Es que no te entiendo!

—No digo que se la inventara —me mostraba cauta, calculando hasta dónde podía llegar en mis apreciaciones con Álvaro en lo que a nuestra madre se refería—. ¡Claro que no se inventaría aquella terrible discusión! Lo que sí digo es que tiene la habilidad de interpretar las cosas a su manera. Y su manera no coincide siempre con la realidad...

—Así que, según tus palabras, soy yo quien debe de interpretar que mamá es una aventada. Mira, Bea, yo no quiero discutir contigo. Pero hay cosas inaceptables.

—Entonces, si quieres, Álvaro, si vas a actuar con la misma intransigencia con la que, en su día, actuasteis tú y Alfonso, me callo, lo dejamos.

—Yo no he dicho eso. Muy por el contrario, te he preguntado por Ignacio porque alguien me dijo el otro día que, con frecuencia, se le ve por ahí sopa perdido. Y, si quieres que te diga la verdad, estoy preocupado por él.

—Me alegro de que te preocupes. Primero porque ya iba siendo hora. También porque su situación es muy mala y, cualquiera que sienta por él algo de cariño, debería preocuparse.

—Pero ¿qué hace? ¿Vive, al fin, en la pensión que papá y mamá le ofrecieron?

Imposible seguir. A la vez que María Eugenia se acercaba a mí sonriente, un amigo de Álvaro vino hacia la mesa y, antes de saludarlo a él con un apretón de manos que vino a ser como una llave de judo, besó mi mejilla, preguntándome:

—Beatriz, ¿te acuerdas de mí?

—¡Cómo no! —dije, mirando por encima de su hombro a mi hermano y guiñándole el ojo para que me echara una mano.

—Mira, Billy —saltó Álvaro muy rápido—, mejor te presento. Guillermo Torrent, marqués del mismo título —siempre había que decir el nombre del hombre primero por sí, la dama, por cualquier circunstancia no quisiera saludarlo— y María Eugenia Satrústegui.

Éste tendió su larga mano a Mau (así la llamamos coloquialmente), mientras yo me sentí tranquila porque jamás lo hubiera reconocido por su físico. Sí por el nombre, pero ¡hacía tanto tiempo que no nos veíamos y había cambiado tanto!

Cuando yo conocí a Billy Torrent era un chico alto y desgarbado, como si le faltaran aún varios centímetros por crecer. Sin embargo, Álvaro me acababa de presentar a un hombre hecho y derecho, guapo a rabiar, con unos ojos negros chispeantes y unos labios muy sensuales. Billy, más que derecho, era tieso. Alto como el quicio de una puerta y, también, perfectamente vestido con pantalón blanco, camisa a rayas azules claras y blancas, y un *blazer* que parecía diseñado por el mejor sastre de la tierra —sería, qué duda cabe, la percha—. También me hicieron mucha gracia sus zapatos bicolores, negros y blancos, como los que nuestros padres siempre llevaban durante el verano.

Una vez que todos nos saludamos, Álvaro les preguntó qué querían beber. Mau

pidió un *gin-tonic* de Gordon's y Billy, un *whisky* con soda. Bajo aquella sombrilla que no servía para nada porque ya se estaba poniendo el sol, seguimos hablando los cuatro en animada charla. ¡Qué atractivo resultaba Billy! ¡Qué ocurrente en sus comentarios! ¡Que *charmeur* en una palabra! Él llevaba el peso de la conversación. Ahora, no era ese tipo de persona que una vez que se sabe escuchado se aprovecha y no permite meter baza a nadie. ¡Esto me encantó de él! Era un magnífico conversador, pero a base de involucrar a todo el grupo en su inteligente e imaginativo coloquio. Al cabo de una hora larga, apareció un grupo de amigos de Álvaro disculpándose con él y con Billy por su tardanza. No sé qué dijeron de un pinchazo de una rueda en la cuesta de Las Perdices... A mi hermano y a su amigo, para entonces, les daba exactamente lo mismo. Como si no hubieran aparecido para nada. Ellos, *whisky* a *whisky* y risa a risa, tenían muy claro lo que querían hacer. Sólo estaba pendiente por su parte el hacernos una invitación formal:

—Mau y Beatriz, no tendréis plan para cenar, ¿no? —preguntó Billy con su voz grave.

—Pues no sabemos... —respondí.

María Eugenia y yo nos miramos con una mirada cómplice que, sin lugar a dudas, implicaba consentimiento.

—¿Cómo que no sabéis? —dijo Billy con esa enorme *suplesse* del hombre que, sabiendo que gusta, no consiente que se le note.

—Es que...

—No aceptamos excusas de ningún tipo —dijo Álvaro, tomando a Mau de pronto de la mano—. Si habéis quedado con alguien ya sabéis lo que tenéis que hacer: ¡desquedar!

—Pero ¡qué cara! —dije yo, dando una suave patadita por debajo de la mesa a mi amiga para que al aceptar no se notara que no teníamos, realmente, ninguna cita.

—Estos momentos, estos planes improvisados son los que hay que aprovechar en la vida —dijo Billy con un entusiasmo que te hacía sentirte segura y bien—. Vamos los cuatro a cenar por ahí a algún sitio agradable y, después, ya veremos... ¡La noche es larga!

—Bueno, esperad un momento —dije, dando de nuevo una suave patada al zapato de María Eugenia—. Voy a telefonar para decir que no nos esperen...

Mientras abandonaba aquella mesa para entrar en el interior del local donde pensaba hacer que telefoneaba —no fueran a creer ninguno de los dos que éramos una especie de segundo plato—, oí que ambos preguntaban a María Eugenia sobre el lugar adonde podíamos ir a cenar. En cuanto estuve de vuelta de mi pequeña trampa social, me dirigí a Mau y dije con voz firme:

—Tranquila porque ya lo he solucionado.

—¿Qué es lo que has dicho a modo de disculpa? —preguntó ella, rápida, al menos para quedar de acuerdo en la mentira piadosa.

—Que nos hemos encontrado con mis padres, Constanza y su marido y nos han

invitado a cenar con ellos.

—Bien, porque como éramos varios, tampoco les hacemos tanta faena...

Esta complicidad existente con mi amiga era perfecta. Siempre valoré mucho la amistad. Pero, en mi opinión, no hay auténtica amistad si no existe una gran dosis de entendimiento, de conexión entre dos personas que, en el fondo, se complementan. Por tanto, la una sabe de la otra tanto o más cuando calla que cuando habla. Una vez salvado nuestro amor propio, nos comentaron la posibilidad de dirigirnos a cenar a la Trattoria donde, además de una buena cocina italiana, podríamos disfrutar de la noche, puesto que tenía un delicioso patio para cenar fuera. Me pareció una magnífica idea y, después de que tanto Álvaro como Billy tomaran otra copa, nos dirigimos hacia allí.

La cena resultó deliciosa y los cuatro lo pasamos fenomenal. El tándem Álvaro-Mau funcionó muy bien porque ampliaron la base sólida de confianza que, de antemano, existía entre ellos. Y en cuanto a Billy yo, no sé ni qué decir... Tratando de ser clara y concisa, el entendimiento entre nosotros era casi epidérmico. Esto lo pensé después de cenar, cuando los cuatro nos dirigimos a bailar a una *boîte* de moda, Top Eden. Con todo lo que me cortaba la presencia de mis hermanos, puesto que siempre la nuestra había sido una relación enormemente jerárquica, consentí —como si no pudiera evitarlo— unos pequeños detalles por parte de Billy hacia mi persona que, luego, una vez en la cama a altas horas de la madrugada, no entendía por qué habían resultado, en su momento, tan naturales. Evidentemente, él era un hombre de mundo y sabía cómo tratar a las mujeres. Sus manos resultaban tan expresivas que hablaban por él cada vez que quería transmitir cualquier pensamiento u opinión. Esto hacía que tomara la tuya, la besara, te tomara por la cintura o, de pronto, te plantara un beso en la mejilla. Otra cosa a su favor: bailaba como los ángeles. Algo que, por principio, a las mujeres nos enamora. Y bailaba, además, igual de bien un *rock* que un tango o un *slow*:

«*Nous n'irons plus jamais,
Ou tu m'a dis je t'aime,
Capri, c'est fini...*»

Era entonces, sobre todo bailando *slow*, cuando su cara buscaba la mía y, coqueto, me susurraba al oído algo gracioso, o bien recitaba las estrofas de la canción, que sabía de memoria.

Serían las tres y media de la madrugada cuando, en el coche de Álvaro, fuimos primero a dejar a María Eugenia a su casa en la calle de Almagro. Después me dejaron a mí. Álvaro y Billy todavía siguieron dando tumbos por la noche en busca de una última copa.

Siendo sincera, debo confesar que me sorprendí a mí misma telefoneando a Mau nada más llegar a casa. Sabía que aquella noche ningún miembro de su familia se

encontraba en Madrid. Necesitaba charlar con ella e intercambiar impresiones. Me encontraba eufórica y no era capaz de dormir:

—Mau, ¿cómo lo has pasado?

—Yo de cine —me contestó, riéndose—. Y tú, por lo menos, de cine mudo...

—¿Por qué lo dices?

—Hija, Bea, ¡no había más qué veros a los dos! El cuarteto en general ha funcionado. Tú sabes que quiero mucho y me divierte tu hermano Álvaro. Pero ¡lo vuestro! Bueno, vosotros habéis ido muy lejos.

—Pero María Eugenia —yo con risa y tono de mujer entontecida—. ¿Qué quiere decir muy lejos? ¡No acabo de entenderte!

—Muy sencillo. Eso se llama *falling in love* —contestó rotunda.

—¡No digas tonterías, Mau!

—¿Tonterías? ¿Qué más quieres que ocurra en unas cuantas horas? ¡De no haber estado Álvaro habrías caído en sus brazos! Y eso que mucho, lo que se dice mucho, tampoco te has cortado...

—Pero ¿qué es lo que he hecho? Si he hecho algo anormal, dímelo ahora mismo —pedí un poco agobiada y menos pletórica.

—No, Bea, si anormal no era. Es mucho más sencillo que eso, Cupido ha hecho de las tuyas y os habéis enamorado...

—Sí, claro, y hemos puesto fecha de boda...

—No. No era el momento para hacerlo. Eso ya llegará.

Y así, poco a poco y sin apenas darme cuenta, comenzó la historia de una seducción que se mezclaría con otra historia paralela.

Capítulo 38

Lo que pudo ser y no fue

Me telefoneó Perico Valdés. Quería saber de mí, de mi vida y, claro, quería verme. Quedamos una noche para cenar temprano.

Reconozco que me encantó ver aquella cara limpia de Perico, su amplia y sincera sonrisa y su hoyuelo en la barbilla. Pero, sobre todo, aquellos ojos limpios y abiertos a todo lo que podía interesarle, que era tanto.

—¡Qué gusto verte, Bea! Se me ha hecho largo desde la última vez que nos vimos. Pero el proyecto de fin de carrera me ha absorbido por completo —dijo Perico, expresivo y natural, en cuanto nos reunimos.

Yo estuve a punto de decir que «también a mí se me hizo muy largo todo este tiempo». Pero estuve contenida:

—Me parece una maravilla que lo tuyo sea tan vocacional. Bueno, lo cierto es que arquitectura es algo que no creo se pudiera hacer de otra manera.

—Claro que se puede hacer, Bea. Pero es lo de siempre: todo cambia si lo que haces te gusta o no. Para mí, la felicidad en esta vida consiste en una gran medida en trabajar haciendo lo que, de verdad, te gusta hacer.

—Tienes razón. ¡Ahí es nada! ¡Trabajar en lo que a uno le gusta!

—Pero te prometo, Beatriz —dijo solemne—, que durante esta temporada tan dura, en los peores momentos, pensaba en ti y todo el peso que sentía encima, se suavizaba...

—Bueno, Perico no seas exagerado —dije yo.

—Te lo digo, Bea, porque es cierto. Sabes que para mí siempre has sido algo especial. También sabes, o deberías saber, que yo nunca miento.

Yo por poco me atraganto con el *gin-tonic*.

—¡No te pongas tan trascendental, Perico! Es que eres tan profundo que, a veces, me asustas.

—¿Te asusta, Bea, que te haga partícipe de mis sentimientos? —preguntó como incrédulo o, al menos, sorprendido.

—Bueno, tampoco es eso, Perico. Pero es que, a veces, me resultas un punto demasiado...

—¿Y es que acaso a ti te gusta la frivolidad?

Esta pregunta, tan desdeñosa aunque no lo pareciera, me picó:

—No creo ser ninguna frívola. Ahora, convendrás conmigo en que tampoco hay que ser siempre y, en cada momento, Sócrates.

—¿Por qué te engañas a ti misma, Beatriz? —preguntó, con más suavidad en su voz.

—¿Engañarme yo? ¡A veces dices unas cosas, Perico!

—Pues déjame decirte que, en mi opinión, te engañas y con frecuencia. Con mucha más frecuencia de lo que deberías...

Y añadió en un tono de voz apenas audible:

—Para ser tal como eres. Para ser feliz, en una palabra...

—¿Para ser feliz o para ser como a ti te gustaría que yo fuera?

—A mí me gustas como eres, Bea. Yo lo digo por ti, por tu propia coherencia, por tu felicidad sobre todas las cosas.

No sabía cómo frenar aquella peligrosa confianza, así que corté por lo sano:

—¿Por qué no vamos a cenar como me habías prometido? ¿Has terminado tu copa?

Yo, al menos, necesitaba un respiro, y cambiar de local me ayudaría. Pidió la cuenta y me preguntó adonde me apetecería ir. Me desarmaba esa personalidad de mi amigo tan sólida, sin fisuras. Con el cambio de lugar, también logré variar de conversación. Pero era un espejismo tratar de cambiar a Perico. Le pregunté por sus planes de futuro en mi afán de seguir otra vía distinta a aquella que acabábamos de abandonar. Tenía las ideas, como siempre, muy claras: había contactado solo, por sus propios medios, con un prestigioso arquitecto inglés que le había aceptado para realizar prácticas en su estudio de Londres.

Después de cenar, tomamos otra copa en un *pub*. Hacia la una de la madrugada, me dejó en casa:

—Lo he pasado, como siempre, fenomenal contigo. ¿Saldrás conmigo si te llamo?

—Claro que saldré contigo. Si ya lo sabes...

—¿A pesar de que te diga cosas como la que te dije antes que te molestó tanto?

—Ni siquiera me acuerdo a qué te refieres. De modo que mucho no me ha debido molestar —dije, creyendo salir airosa de la situación con esta pequeña mentira.

—Entonces, déjame repetírtelo. Eres oro puro, pero no serás feliz hasta que aceptes que, de vez en vez, juegas la baza de la frivolidad. Algo que, en absoluto, te hace bien. Es probable que pienses, más de una vez, que te gustaría ser frívola. Pero, créeme, Bea, eso es como si naces rubio o moreno, alto o bajo... ¡No se puede modificar!

Y cuando dejé de mirarlo fijamente con la intención de retirarme sin decir nada, noté sus labios sobre los míos en un beso que, por breve y ligero, apenas lo fue. Volví sobre mis pasos y me metí dentro del portal en silencio y un tanto perturbada. ¡Pero qué descaro el de Perico! ¡Si parecía que nunca había roto un plato! A lo mejor, debería de haberle dicho lo de Billy. Pero ¿qué era lo de Billy? ¿Podía decirle que

estaba enamorada de él, sin magnificar el asunto? ¿Tal vez que había redescubierto a un chico con el que salía frecuentemente? Porque para informarle de que salía, de vez en cuando con un tal Billy... faltaba consistencia en la relación. No sabía... Estaba confusa... No era capaz de pensar en nada... O puede que no quisiera hacerlo.

Las semanas pasaron y, al mismo tiempo, el follón que yo tenía en la cabeza fue en aumento. Para entonces, mis salidas las compartía ora con Billy, ora con Perico. Pero yo seguía sin decir a ninguno de los dos nada sobre la existencia del otro. Por eso no era fácil que, de pronto, aceptaran una negativa para vernos que no estaba ni tan siquiera bien formulada. ¡Era horrible reconocerlo pero me gustaban los dos! Cada uno por unas cosas totalmente diferentes a las del otro. Era como si aquellos dos seres se complementaran. De ahí que me gustara en Perico su esforzado rigor, su clara vocación y proyecto de vida, la visión sobrenatural que le otorgaba un envidiable equilibrio. De Billy me atraía la manera de tomarse la existencia con un optimismo basado en la buena estrella. Una buena estrella que, sin duda, le acompañaba; su *joie de vivre* le permitía hacer broma de todo, tanto de lo divino como de lo humano... Y ¿por qué no decirlo? Esa desidia elegante en la manera de moverse, en el vestir, en su manera de hablar tan atractiva y un poco *snob*... Y, sobre todas las cosas, su piel. La piel de sus manos que siempre buscaban la ocasión de acariciar... ¡Y cómo acariciaban, Dios mío!

María Eugenia era la amiga con la que más hablaba de estas dudas que me atormentaban. Ella conocía a los dos y, últimamente, era quien más sabía de mis andanzas. Por supuesto, se trataba de una mujer con ideas mucho más nítidas que las que yo tenía ante la vida, ante todo. No obstante, como buena amiga, trataba de ayudarme. Algo para lo que yo creo que, cada vez con más fuerza, iba sintiéndose impotente:

—Bea, yo no sé qué decirte porque no me resulta fácil ponerme en tu lugar... ¡Jamás en la vida creo que me pasaría a mí el no saber por qué hombre me decidiría!

—¿Por qué te parece muy raro el que me gusten los dos, el que me atormenten las dudas?

—¡Pues sí! ¿Cómo podría decirte otra cosa? Me parece no raro, sino rarísimo, que entre dos hombres que te cortejan no sepas por cuál decidirte. ¡Sobre todo cuando entre ambos la diferencia es abismal!

—Y ¿por qué crees que estoy metida en este lío? ¿Qué me aconsejas para salir de él?

—Antes de nada, que reflexiones y sepas cómo te gustaría que fuera la persona con la que compartir tu vida. ¡Es que son tan diferentes entre sí! Por consiguiente, sería tan distinta tu existencia si decidieras ennoviarte con uno u otro...

Capítulo 39

Silvia se pone de largo

La Costa Brava, y S'Agaró en concreto, donde tenían un palacete los padres de Silvia, era de una belleza fuera de lo común. Se trataba de una pequeña urbanización muy elitista entre Sant Feliu de Guíxols (pueblo antiguo, marinero y con casta) y Playa de Aro (pueblo de mentira construido como se hace un decorado para turistas). En la urbanización de S'Agaró estaba el Hostal de La Gavina, hotel lujosísimo, entre la playa de Sant Pol y cala Sa Conca. Esta playa era privada, propiedad de los residentes de la urbanización. La playa de Sant Pol estaba más concurrida, era menos salvaje y menos bonita, a pesar de que aún había casetas de madera bicolors, como las de principios del siglo pasado, que alquilaban los veraneantes. La parte de la playa más próxima al hotel era propiedad del municipio y había que pagar para disfrutar de ella. También existía un anexo al Hostal (La Taberna del Mar) frente a la playa de Sant Pol. Este establecimiento no es como el actual, sino que era más sencillo, más marinero, y donde se podía comer, tomar el aperitivo o una copa... Desde la terraza del comedor, por las noches, cuando íbamos a cenar, unos focos iluminaban el agua del mar que casi llegaba a nuestros pies. Las olas nos salpicaban con ese ruido siempre igual y siempre distinto, que te adormece como un quitapenas. La urbanización contaba con canchas de tenis, piscinas dentro del hotel y en domicilios particulares, y hasta una ermita propia a donde íbamos a misa los domingos. Pero con todo, a mí lo que más me gustaba era el paseo de Ronda, que bordeaba todas las casas que daban al Mediterráneo. Empezaba en La Gavina y acababa en la playa de Sa Conca. Si por un lado del paseo se podía contemplar la exuberante vegetación de los jardines de los chalés, por el otro iba a ras del mar, rodeando los edificios.

El palacete de los padres de Silvia contaba con enormes ventanales por donde se podía ver el cambiante Mediterráneo, a ratos verde y otros, azul. El estruendo de las olas al estrellarse contra los muros de contención del paseo me impresionaba, sobre todo, por las noches, cuando el silencio se hacía denso.

El gran día de Silvia se acercaba y los nervios que había en su casa iban en aumento. El número de personas de servicio era inmenso. Pero Montserrat, su madre, no delegaba en nadie. Estoy convencida de que, además de ser enormemente exquisita y perfeccionista, tenía muy claro que el hecho de haber organizado aquel festejo fastuoso para introducir a Silvia en sociedad contaba con un componente que

si era igual que en otros casos similares, por su parte estaba más claramente asumido: una puesta de largo era una inversión.

Los agoreros se habían precipitado, como siempre, a desvelar unos augurios climatológicos no muy buenos: que si soplaría tramontana, que si *garbí*, que a lo mejor, *llevant*, que es más incómodo... Por si acaso, en el inmenso jardín habían mandado colocar una enorme carpa. Por la mañana del día señalado, se sacaron las vajillas de Limoges, la cristalería de Bohemia y los manteles y servilletas de hilo que, con grandes coronas como iniciales, se fueron colocando en mesas redondas de diez comensales cada una. Los cubiertos de plata, donde también estaba marcada la corona de sus títulos, fueron limpiados y colocados por el servicio, aunque la madre de Silvia fue luego de mesa en mesa comprobando que todo, absolutamente todo, se encontraba en perfecto orden.

El Hostal de La Gavina tenía todas sus habitaciones ocupadas por los invitados al baile, llegados de diferentes lugares de España. Fue un verdadero rompecabezas el hacer, con un mínimo de lógica, los tarjetones donde se ponían los nombres de las personas para colocarlos en su mesa correspondiente. No hubo ninguna norma por la que esto se rigiera que no fuera la intuición. En unos casos porque las personas se conocían entre sí; en otros, por todo lo contrario, porque no se conocían en absoluto y pensábamos que les podría gustar aquel encuentro. De todo esto me ocupé yo con la madre de Silvia y nos llevó muchísimo tiempo. Eran numerosas las personas que asistirían que ella no conocía y viceversa, de modo que cuando me preguntaba:

—Beatriz, ¿quiénes son unos que se apellidan Cobián? —Yo tenía que explicarle lo más breve y claro posible:

—Son dos hermanos como de veinticinco y veintisiete años, muy guapos y...

—¿Abiertos, mundanos, simpáticos? O, tal vez, no tanto...

—Son encantadores, madrileños y que pasan el verano en San Sebastián.

—Ah bueno —contestaba Montserrat, aliviada—. Entonces les voy a poner junto a una chica de los Quijano, de Santander, y una Rius, catalana y monísima... —Y así, íbamos buscando, uno por uno, acomodo a todos ellos.

Imposible de explicar la cantidad de ramos de flores que se empezaron a recibir desde el día anterior. También regalos y telegramas. Es decir, los funcionarios de correos de Sant Feliu de Guíxols, durante dos o tres días, no hicieron más que ir y venir desde la oficina de Correos hasta la casa.

La iluminación del jardín, absolutamente impresionante, fue encargada a un equipo de especialistas venidos expresamente desde Valencia, a los que ya, con anterioridad, mis anfitriones habían hecho otros encargos. Las dos orquestas que darían vida al baile llegaron de Barcelona con tiempo suficiente para instalar los altavoces no sólo en el jardín, sino también en los salones de la casa y en la carpa, así como para hacer las pruebas de sonido pertinentes. Había un grupo que aparecería a media noche. Pero esto era una sorpresa para Silvia de la que se encargaron muy bien sus padres de no desvelar antes de tiempo.

El traje de Silvia llevaba dos días colgado de la lámpara del planchero como si se tratara de un traje de novia. Era precioso: de gasa azul turquesa con escote palabra de honor, talle alto y muy, muy *evasé*, como era la moda por entonces. Naturalmente, Silvia se había ocupado de tener un bello bronceado para ese día. La esteticista vino a maquillarnos a última hora de la tarde. Ésta fue la excusa para pedir el té en la habitación de la homenajeadá, donde nos encerramos las mujeres de la casa. Al fin, pudimos separarnos un poco de los hombres (su padre y sus dos hermanos, Jorge y Juan), quienes, en realidad, estaban más nerviosos que nosotras.

Mi traje era de organza verde. Muy escotado por delante. Mamá me había dejado un collar negro de azabache que había sido de su abuela y que era mi único adorno. También eran negros los guantes hasta por encima de los codos, como de «Gilda», y los zapatos forrados de tela de raso. Guiomar no pudo acudir porque la fecha le coincidía con la puesta de largo de una prima hermana en Jerez.

Anaranjada y prepotente, la luna llena parecía observar todos los preparativos colocada sobre el mar frente al palacete. La gente comenzó a llegar tímidamente. Nadie en estos casos quería ser el primero en aparecer para evitar que todos los ojos se volvieran hacia el recién llegado. Era mucho mejor hacer la entrada cuando ya la gente estaba moviéndose de un lado para otro y así pasar inadvertido. En la cocina, entre el personal contratado y el de la casa, llevaban preparando las viandas desde hacía tres días. Una parte del servicio, perfectamente uniformada, se encargaba de recibir a los invitados que llegaban hasta la misma entrada en sus propios coches, en algunos casos conducidos por un *chauffeur*. Había muchísima gente joven, como era lógico. Pero al igual que en otras puestas de largo, también los padres de Silvia habían invitado a sus amigos.

En aquellos años, las mujeres catalanas se vestían una barbaridad. Esta costumbre, que antes nos chocaba tanto, es algo que en la actualidad ha dado la vuelta. Hoy es la mujer de una cierta clase social madrileña la que casi siempre se presenta en los lugares *overdressed*. Algo tan ordinario o más que ir en vaqueros porque, como es sabido, nada hay tan incorrecto como presentarse en una casa más vestida que la anfitriona. Ahora, en Madrid, puede ocurrirte convidar a alguien a tomar una coca-cola y que se te presente vestida con un traje «palabra de honor» o casi. Sin embargo, la catalana es más discreta y moderna. En el norte, siempre fuimos mucho más sobrias.

El baile fue como una pasarela de modelos, de diseños, de modistos, de tejidos: gasas, tules, terciopelos, organdí, drapeados, chantillí... Los hombres vestían esmoquin y muchos llevaban la chaqueta blanca de verano. Las botonaduras, como los gemelos, eran de oro, de ónice y oro o con un brillante incrustado. Lo que, por supuesto, no vi fueron esas moderneces que a mamá le chiflaban y que hacía ponerse a mis hermanos: la banda escocesa de la cintura y la pajarita haciendo juego. Esa moda que ella consideraba tan *à la page* no había llegado aún a la sociedad catalana.

Se sirvió un cóctel en el jardín mientras iban llegando todos los invitados. Creo

que asistieron unas trescientas personas, de modo que, como se había previsto, se trató de un cóctel largo. Durante este tiempo, mi amiga, sus padres y hermanos se ocuparon de hacer las presentaciones pertinentes entre las personas que iban a compartir mesa. La mía fue una de las más animadas. No en vano era íntima amiga de la anfitriona. Además, había participado en todo lo referente a la colocación de los invitados. A pesar de ello, siempre puedes equivocarte. Pero no. Esta vez había buscado mi lugar y, sin duda, lo había encontrado. Para empezar, conocía a todos los comensales excepto a dos catalanes muy simpáticos, Alonso Costafreda y Enrique Domenech. Los tres pusimos nuestro granito de arena para que la cena resultara amena.

Después de servirnos los postres y el café, la orquesta, por indicación de la señora de la casa, comenzó a tocar el *Vals del Emperador* con el que abrieron el baile Silvia y su padre. Hacían muy buena pareja y, además, como él era bastante bien mandado, le habían prácticamente obligado a ensayar aquel vals, lo que incrementó el lucimiento de ambos. Sólo cuando terminaron de bailar entre los cálidos aplausos de los asistentes, Silvia abandonó los brazos de su padre para deslizarse por la pista en brazos de sus hermanos. Después, prácticamente todos los chicos invitados a la cena le pidieron un baile. Esto era obligado a menos de querer quedar como un auténtico cochero. A modo de deferencia, por estar hospedada en su casa, el padre de Silvia me sacó a bailar. Seguido, algunos de sus amigos que también lo eran de mis padres, hicieron lo mismo.

A mí nunca me ha gustado nada bailar con hombres mayores. Es una de las cosas que más me ha hecho pensar siempre hasta qué punto nuestras madres estaban en la inopia o fingían estarlo con respecto a sus amigos. Daban por hecho que, por serlo, eran dignos de toda su confianza. Así, el que uno de ellos nos sacara a bailar a las chicas jóvenes les parecía algo gracioso y simpático. Tú, naturalmente, eras incapaz de negarte a su petición. Por otra parte, sabías por pura experiencia que más de uno y de dos de aquellos que eran considerados tan próximos a tus progenitores se aprovecharían para achucharte cuando no fueran vistos e, incluso, apretarte contra ellos o meter pierna. Estaban convencidos, como así era, de que tú serías incapaz de comentar nada de esto con nadie. ¿Cómo ibas a ser capaz de decir que te metía mano al bailar un íntimo amigo de tu padre? ¡Pero el hecho es que sí lo hacían! Por todo esto, por la violencia a la que estabas expuesta mientras bailabas con cualquiera de ellos, en el momento en el que Enrique Domenech se acercó a pedirme el siguiente baile, respiré. ¡Cuánto he odiado, toda mi vida, a los viejos verdes! Sobre todo porque, transcurrido el tiempo, cuando hemos tenido edad para poder comentar estas cosas con nuestras amigas, resulta que todas habíamos sido víctimas de este tipo de acoso llevado a cabo por «amigos de toda confianza».

Las dos orquestas resultaron ser muy buenas. No recuerdo sus nombres, pero una de ellas actuaba con mucho éxito en una célebre sala de fiestas de la Ciudad Condal. Interpretaron música muy variada: tango, pasodoble, *rock*, *twist*... En un determinado

momento, José, el padre de Silvia, pidió silencio para anunciar la sorpresa que tenía preparada para su hija. ¡Por poco nos desmayamos! Allí estaba, en vivo y en directo, llegado expresamente desde París para semejante acontecimiento, el magnífico, el mundialmente conocido, el poeta, el artista europeo de mayor repercusión: ¡Yves Montand! Y, claro, nos faltó tiempo para comenzar a bailar en aquel incomparable marco, como diría la prensa y las revistas de sociedad en los días siguientes, *Je reviens te chercher...*

Bailaba con Juan, el hermano de Silvia cuando, al mirar por encima de su hombro, vi a Billy apoyado en la terraza abierta al mar. Pensé, en un primer momento, que podía tratarse de una alucinación causada por el *champagne*, pero tampoco había bebido tanto. El mismísimo Billy, tan alto, tan guapo, tan perfectamente plantado con un esmoquin azul marino que, sin duda, le habían confeccionado a medida, me buscaba con su mirada de pillo. Como ya eran varios los días que había convivido bajo el mismo techo que Juan y como era mucho más que probable que me hubiera sacado a bailar por pura galantería, tuve la confianza suficiente como para interrumpir el baile antes de que la canción acabara. Me dirigí hacia Billy con cara muy seria. ¡Pero si no le habían invitado! ¿Sería capaz de una osadía semejante? Me puse frente a él:

—¡Te exijo me digas qué estás haciendo aquí!

—¡Cómo me gustas, Bea, cuando te enfadas!

Y usando el viejo truco de defenderse atacando, continuó:

—Sabes muy bien, Beatriz, que si hay alguien que debería de estar enfadado, ése soy yo.

—¿Enfadado tú? ¿Por qué motivo?

Tuve que contener la rabia que me hacía convertir mi voz en grito. Por poco me muero de vergüenza al ver que la gente nos miraba. Billy me tomó del brazo y me llevó hacia una esquina del jardín que se encontraba menos iluminada que el resto:

—¡Enfadado por muchos motivos y muy serios! ¿Te parece lógico, quizá, que estemos saliendo juntos y, de pronto, desaparezcas de mi vida?

—Yo no he estado nunca comprometida contigo. Es ésta la razón por la que a ti no te queda otro remedio que respetar mis silencios, mis ausencias... —le contesté, indignada.

—Pues a mí no me parece la tuya una actitud razonable y equilibrada, sino todo lo contrario. ¡A veces disfrutas complicándote la vida!

—Mira, Billy, de todo eso no es el momento de hablar. Antes que nada, te agradecería me explicaras qué haces esta noche en un baile al que en ningún momento has sido requerido.

—¡No me riñas, Beatriz! —rogó con una sonrisa casi irresistible en sus labios mientras se arrodillaba a mis pies y me besaba la mano—. Llevo tiempo sin verte y cuando consigo averiguar tu paradero y seguir una fuerza interior que me grita que debo presentarme, cuanto antes, ante ti... ¡No me lo chafes! Tú no tienes idea de todo

lo que yo te quiero. Ni de lo mal que lo he pasado sin noticias tuyas.

—Sí, fatal —dije, ablandándome y con tono de sorna.

—No tolero que no me creas, Bea. ¡Claro que lo he pasado fatal sin saber de ti! Eres una inconsciente...

—Tú, Billy, sí que eres inconsciente y caprichoso. ¿Quién te ha dicho que estaba en este baile?

—¡Qué más da! ¡No pensarás que he venido a casa de tu amiga por el baile! ¡Hay tantos lugares para bailar... pero siempre sin ti!

—Muy bonito, Billy...

—No, Beatriz, eso no. No te consiento que pienses que he venido hasta aquí porque no tenía otra cosa que hacer. Te he dicho ya varias veces que te quiero. Cuando me he enterado de donde podía encontrarte, he venido hasta aquí para hacértelo saber.

Al tiempo que decía esto, me estrechó entre sus brazos sujetándome por la cintura, desplazó mi cuerpo hacia el suyo y nos fundimos en un abrazo. Entonces, cuando sentí esa especie de ascensor interior dentro de mí, tiré la toalla, aunque traté de cortar, de volver a la realidad:

—Billy, creo que es fundamental que te presente a Silvia y a sus padres. No puedes estar en una casa donde yo me alojo sin ser presentado a mis anfitriones.

—Vamos y me presentas a quien te parezca oportuno. Pero antes, déjame mirarme en tus ojos que esta noche, iluminados por la luna, parecen aún más verdes que nunca.

Todo este discurso no fue más que una artimaña suya para besarme en los labios. Cogidos de la mano, fuimos en busca de nuestros anfitriones. Antes que nada, me lancé a buscar a mi amiga. Noté su indisimulada expresión de asombro en su rostro. Miraba a Billy, a quien conocía por fotografía, sin dar crédito a lo que veía. De inmediato, me miraba a mí como pidiéndome una explicación con su mirada. Pero creo que yo seguía ausente... en las nubes... Supongo que Billy se dio cuenta de que no se trataba de un momento fácil para mí y se adelantó con ese mundo que le caracterizaba:

—¡Mi queridísima Silvia! ¡Soy un gran maleducado! Pero ya sabes todas las tonterías que los hombres somos capaces de hacer por amor...

Y mientras lo decía, me miraba casi como echándome a mí la culpa de su cara dura. ¡Qué desparpajo, Dios mío, qué desparpajo!

—No te preocupes, Billy, ¡qué tontería! ¡Me encanta que estés aquí! —dijo mi amiga con extremada educación, aunque evidentemente desconcertada.

—A mí, Silvia, sí que me gusta estar aquí, en este soberbio lugar y en este magnífico baile. Pero, sobre todo, me encanta estar aquí porque estaba deseando conocerte. Eres francamente guapa...

—Gracias, Billy por tu cumplido.

—Silvia, creo que debería presentar a Billy a tus padres —le comenté muy seria

en el momento en el que un chico con americana blanca le pedía bailar.

—¡No seas tan formal, Bea! —ya se la había metido Billy en el bolsillo, algo que sabía hacer como nadie—. Luego se los presentas. ¡Pasadlo bien!

Mientras se alejaba de nosotros dando vueltas en la pista con su pareja, mi amigo no dudó en sacarme a bailar, inclinando con un gesto enormemente aristocrático su cabeza y tomando mi mano en su mano. Bailar era un salvoconducto que permitía permanecer abrazados a un hombre y una mujer. Danzamos ajenos a los invitados, a las horas... Nuestros cuerpos se rozaban al son de la música, como lo hacían nuestras mejillas. Comenzó a besarme la oreja derecha, incluso a morderla con mucha suavidad, y a susurrarme al oído palabras de amor, mientras bailaba con un ritmo y de una manera tan fantástica... Yo me dejaba hacer porque, ciertamente, me sentía enajenada. Mi amigo tendría muchas, muchísimas cosas regulares e, incluso, malas. Pero no era fácil el permanecer impasible a aquellos detalles para los que nada le frenaba. Si, en un determinado momento, quería localizarte, era capaz de dar la vuelta al mundo en globo o en patines. Nada se le ponía por delante a la hora de sorprender a una mujer.

Vimos amanecer en la playa, después de haber mantenido el contacto físico más serio que yo había mantenido hasta entonces con cualquier hombre. La arena y el mar fueron testigos de mi pasión, de su locura, del ataque irreprímible de deseo que a ambos nos embargó. A lo lejos, oíamos algunas melodías mezcladas con el oleaje que, hasta bien entrada la madrugada, permanecieron como telón de fondo de nuestra nueva manera de descubrir, juntos, el gozo...

Cuando los primeros rayos del sol nos sorprendieron, sin apenas darnos cuenta, yo me encontraba destemplada y cubierta por la americana azul del esmoquin de Billy. Él me miraba en silencio, con su camisa de seda y botonadura de oro abierta y sus *pumps* en la mano, unos zapatos de gala como de paje con lazo zapatero por delante, del tipo que utilizaba mi padre y, finalmente y a requerimiento de mamá, también mis dos hermanos mayores. Comprendo que había que tener mucha personalidad y un refinamiento extremo para lucirlos. Su cabello castaño claro y grueso que, en su momento, había sido domado gracias a la gomina, y que ahora le caía lacio por el rostro, realzaba aún más su poderoso atractivo. Su inesperada aparición me había alegrado por un lado, evidentemente. Pero por otro, y más desde el amanecer junto a él en la playa, me inquietaba. Era consciente de la atracción fatal que este hombre ejercía sobre mí. Sentía una desagradable sensación, la de no ser dueña de mi voluntad cuando estaba junto a él. Intuí que, al ser muy inteligente, lo aprovecharía, lógicamente, a su favor.

Cuando, al fin, Silvia y yo pudimos conversar a solas, su curiosidad estaba a punto de estallar:

—Comprenderás, Bea, que mi impaciencia no puede soportar más tensión. ¡Qué impresión me ha dado verle aparecer de pronto! No quiero ni pensar lo que habrás sentido tú...

—Pues yo, Silvia, si quieres que sea sincera ¡Por poco me muero! Llegué a pensar que se trataba de una aparición. Pero luego, sentí admiración por esa especie de simpático descarado que tiene Billy. Es que no se le pone nada por delante. Y menos cuando se trata de impresionar a una mujer.

—Pero, dime, ¿en algún momento habíais comentado la posibilidad de que viniera?

—¡Qué cosas dices! Si hacía tiempo que no nos veíamos. Como sabes, en cuanto comencé con las dudas entre Perico y él, lo dejé de ver...

—Pues sí, Bea, ¡menuda aparición!, como tú dices. Pero agradable, ¿eh?

—¿Qué quieres decir? —pregunté yo inquieta porque así era como me sentía.

—¡Pues que el tal Billy es un cañón! ¡Qué bárbaro! ¡Qué guapo!

—¿Lo dices en serio? —pregunté, deseando oír sus comentarios tan halagadores de nuevo.

—Billy es mucho mejor que guapo. Su atractivo resulta indescriptible. ¡Tan varonil, tan mundano, tan elegante!

—Pero a ti también te ha gustado siempre Perico para mí, Silvia...

—Sí, es cierto. Pero es que son dos hombres tan diferentes. Además, me parece que tan distintos son por dentro como por fuera. ¡Menudo lío tienes con las dos opciones! Perico me encanta, por supuesto. Pero el atractivo de Billy debo decirte que no lo había visto hasta el momento en hombre alguno.

—Tanto Silvia que estoy agobiada.

—¡Yo creía que estabas encantada de haberlo visto! Aunque no fuera más que por pura vanidad, el hecho de que se haya presentado así, por sorpresa, para verte, lo encuentro fascinante...

—Pues yo no creas que estoy tan fascinada.

—Eso es lo que no entiendo, Bea. ¿Son, otra vez más, las dudas lo que te atormentan?

—Las dudas sí, claro. Pero también comprobar que Billy me atrae como si fuera un imán... Y...

—¿Y...? ¿Eso te pone triste? ¡A mí me produciría una enorme alegría sentirme correspondida!

—Es que, a mitad de la noche, nos acercamos hasta la playa a ver amanecer...

—¡Qué romanticidad, Bea! Lo encuentro maravilloso.

—Bueno, pero...

—¡Ah! Ya sé, otra vez tus escrúpulos —dijo de manera contundente.

—Escrúpulos, no exactamente. Cuando piensas que tal vez algo que hiciste no deberías de haberlo hecho, pueden ser escrúpulos. Pero cuando, por el contrario y, sabiendo que lo que hacías estaba mal, lo consientes... ¡Eso ya no son escrúpulos!

—Beatriz, me espanta que te atormentes de este modo. No sé ni me importa hasta dónde habéis llegado. Pero creo que a lo hecho, pecho. ¿De qué vale ahora lamentarse? ¡Disfrútalo, hija!

Billy se hospedó en La Gavina. Pasé unos días maravillosos junto a él. Me resultaba tan difícil no caer en sus trampas, siempre llenas de sutileza y de humor, en sus abrazos eternos, casi hasta el ahogo que me trasmitían aquel calor que yo nunca había sentido. Un día, después de rodearme con sus brazos con toda la fuerza del mundo, guardé silencio.

—¿Por qué te has quedado así? —preguntó, sorprendido.

—¿Cómo dices? —contesté, ausente.

—Digo que qué te pasa. ¿Por qué ese silencio, Beatricita?

—Estaba pensando...

—*A penny for your thoughts...*

—No, Billy, no es nada especial. Pensaba que nunca en mi vida nadie me había abrazado como tú lo has hecho.

—¿No te había abrazado un hombre así, como yo te abrazo?

—No me refiero a un hombre, Billy. Hablo de que nadie, tampoco cuando era pequeña, me había abrazado así hasta ahora.

—¡No me digas eso, amor!

—Es que es verdad...

—Pues no me lo digas —Billy me miraba a los ojos con una ternura infinita, como si pudiera llegar a derretirse—, porque me vas a hacer llorar. ¡Eres tan exagerada!

—Yo no exagero nada. Te he dicho la pura verdad.

—Beatriz —respondió, besándome las manos—, de ahora en adelante nunca te va a faltar mi abrazo cariñoso y apasionado. Con él voy a tratar de ganar el tiempo perdido. Hay que borrar aquella época en la que, por lo que veo, no te sentiste querida...

Tan pronto estábamos cenando en cualquier masía entre pueblo y pueblo como visitábamos País, merendábamos en Calella o nos acercábamos a Palamós a comer pescado fresco. Billy había venido en su coche italiano importado, ligero y rápido como un rayo. Le encantaba la velocidad, correr. Pero respetaba mi terror a la carretera y, cuando íbamos juntos, bajaba el pistón. Tenía este hombre algo muy raro que yo no había conocido antes: era fácil estar junto a él. Así, los días a su lado eran como horas. Y las horas, como minutos. Su alegría de vivir era contagiosa. Nos reíamos mucho. Creo que las mujeres jamás olvidamos a los hombres que nos hacen reír. Sin embargo, los hombres nunca olvidan a aquellas mujeres que les hicieron llorar.

Pasaron aquellos días con una rapidez vertiginosa. Una tarde, Billy partió hacia Biarritz, donde iba a participar en un campeonato de golf. Lo peor siempre son las despedidas, sobre todo cuando dejas de ver a alguien con quien has sido feliz. Me quedé hecha polvo. José, padre de Silvia, amoroso, trataba de entretenerme cuando entablábamos conversación. Yo, con la curiosidad que me caracteriza, aproveché para saber más sobre Cataluña y los catalanes:

—Estoy verdaderamente impresionada con la Costa Brava, es de una belleza increíble... ¡Qué naturaleza! ¡Qué casas! Se nota que el nivel de vida es aquí muy alto.

—Es cierto, Beatriz —me decía, contento de tener alguien que le escuchara atentamente, ya que había tocado un tema que era de su agrado— que, como dices, el poder adquisitivo en Cataluña, a diferencia del resto de España, es alto. Aquí es difícil disimular que hay un círculo amplio de gente que vive muy bien, en casas espléndidas.

—Sin embargo, encuentro poco pretenciosa a la gente...

—Es que en Cataluña, para ser aceptado por lo que podríamos llamar alta sociedad, no hace falta ser título. ¡Ni mucho menos! Si eres correcto, eres admitido sin la menor dificultad. Tu apreciación sobre la discreción catalana es acertada. Mira, yo salí con una chica, Marita Maristany que solía decir: «Nosotros, la burguesía catalana», y yo le corregía: «Marita, tú no eres burguesía catalana. Tu madre es prima hermana de siete grandes de España. Del marqués de Linares, de Alfaraz... Tú estás emparentada con toda esa gente, de modo que puedes considerarte de la aristocracia.»

—¿Y por qué no lo hacía?

—Supongo que, como su padre era dentista, ella no se consideraba aristócrata.

—En un par de ocasiones estuve en el Liceo y, de paso, estuvimos en el Círculo, y me dio la sensación de que eran unos sitios muy exclusivistas...

—Es que Beatriz, el Liceo es lugar de cita obligado no sólo si te gusta la ópera o el *ballet*, sino porque ahí acude todo aquel que es considerado alguien en Barcelona. En un determinado momento, fue el marco donde la gente de poder y dinero se exhibía. Es ya muy manida la anécdota de que todo hombre que se tenía por triunfador llegaba a acudir al Liceo en unas ocasiones con su mujer y, en otras, con su amante. Dependiendo de los trajes, las pieles o las joyas que éstas lucieran, se calculaba la fortuna del hombre en cuestión. Si una de ellas no estaba a la altura de la otra, a él se le consideraba un miserable.

—¿Es cierto que una vez al año los hombres vais al Liceo vestidos de frac?

—Eso ya pasó a la historia —contestó el padre de Silvia—. La mía fue una de las últimas generaciones que se vistió de frac. En una ocasión, sólo fuimos tres hombres con frac y el resto llevaba esmoquin. Uno era el conde de Sert, un señor elegantísimo; otro, nunca supimos quién era; el tercero era yo. Nadie más.

—Por Silvia sé que vosotros vais mucho al Liceo...

—Pues mira, te diré, Beatriz —se notaba perfectamente que pertenecía al Cuerpo Diplomático. Sólo estas personas o las que están perfectamente educadas se dirigen a todo el mundo por su nombre de pila. Para eso se molestan en aprenderlo— que, habitualmente, vamos al Liceo los martes y los jueves. Los sábados y domingos suele ir gente no tan elegante —me dijo riéndose—, que trabaja durante la semana y que aprovecha los días de asueto para asistir a las representaciones porque, a pesar de todo, se trata de personas cultas a las que les gusta la ópera...

—Mi padre habla muy bien del Círculo del Liceo, dice que es uno de los mejores clubes masculinos de toda Europa. Cuando va a Barcelona, suele quedar allí a almorzar o cenar con sus amigos.

—Efectivamente, es un lugar extraordinario para citarse. Además, para ser miembro del Círculo hay que presentar varios avales, lo que restringe mucho el acceso. Prácticamente nos conocemos todos y, para hacer honor a la fama que tenemos los catalanes, te confesaré que ahí también se habla de negocios, pero tranquilamente, sin agobios.

—Entonces, se parece al Ecuestre, ¿no?

—Absolutamente, aunque yo diría que el Ecuestre es todavía más exclusivista, y a donde suele ir gente más mayor.

—Cambiano de tema, ¿quién era la mujer estupenda de negro que estaba en el baile?

—Seguro que hablas de Naná Barteló. Ha sido la mujer más guapa de Europa.

—Sí, es guapa. Pero tal vez estés exagerando un poco, ¿no?

—¿Cómo que exagero? Mira, Naná Barteló era una chica mayor que yo y por eso, mis posibilidades con respecto a ella fueron siempre limitadas. Jamás en lo que me queda de vida podré olvidar el primer día que la vi salir del mar con un biquini verde. Y de puro guapa resultaba irreal. Parecía una sirena.

—José, veo que la Barteló te encantaba —dije yo, divertida.

—¡Ya lo creo! Sus ojos eran como dos faros en una noche de tormenta —comentó gracioso y tierno—. Lo que ocurría es que eran tantos los chicos mayores que iban tras ella que yo lo tenía francamente difícil, porque manejaban grandes cantidades de dinero, tenían coches deportivos y un ritmo de vida inalcanzable para mí. ¡Ay, aquellos veranos en Cala d'Or, cerca de Palma, que ya nunca volverán!

—He oído decir que Cala d'Or es un sitio muy bonito y muy elitista.

—Es como el paraíso terrenal. La Cala Vieja está rodeada de villas blancas hasta la punta, donde hay una pequeña playa maravillosa. Había un club privado en el que se reunían familias que se conocían de generaciones. Todos eran amigos de todos. Desde la casa en la que yo estaba invitado se llegaba directamente al mar por una escalerilla. Nadábamos un poco y, cada vez que encontrábamos la correspondiente escalerita en una de las casas de nuestros amigos, subíamos y tomábamos algo en la pequeña terraza que, normalmente, se habían hecho construir sobre las rocas. Allí había aperitivos con los que nos obsequiaban unos y otros...

—Según me contaron, Cala d'Or era propiedad de una familia de payeses —dije yo, tratando de saber más.

—Te han contado bien —respondió José—. Lo que pasó es que un día llegó a tan paradisíaco lugar un personaje ibicenco llamado don Pep Costa, un caricaturista de ingenio. Muy inteligente, muy listo, que había sido secretario para asuntos culturales de don Juan March. Don Pep hizo una grandísima fortuna y también ayudó a ganar mucho dinero a March. Y es que Costa, junto a un par de socios, le compró a la

familia de payeses tres o cuatro calas más: Cala Fe, Cala Esperanza, Cala Llonga y Cala Gran. El vendedor, el payés en cuestión, era el cartero del pueblo. Es fácil imaginar la rabia que sentiría al ir cada mañana a entregar el correo y ver todas aquellas tierras maravillosas pobladas de unas villas blancas cuyos terrenos había vendido por dos reales y medio. Me contaron que Costa estaba asociado con un tal Rubio. Pero al final, le compró todo a su socio y se quedó como único propietario. Aún hoy debe de tener una enorme cantidad de terrenos allí... Don Pep Costa, con mucha visión, mandó construir en la cala las típicas casas tradicionales ibicencas: blancas, con un toque árabe, muy mediterráneo, y no volvió a levantar ninguna otra clase de construcción. Además —esto me pareció una idea más que brillante—, cada vez que vendía un terreno, en el contrato de compra-venta hacía incluir una cláusula mediante la cual prohibía levantar cualquier otra clase de construcción. Las parcelas son estupendas, pues permiten tener dentro de ellas la casa, el jardín y árboles. Muchos árboles.

—¿Y quiénes veraneabais en Cala d'Or?

—Pues Conchita Badía, cuya casa estaba contigua a la de mis amigos y era uno de los puntos donde parábamos para tomar algo entre chapuzón y chapuzón; Jorge Balletllá de Monsolís, un hombre adorable, hermano del marqués de Monsolís, y casado con Vanesa Collins, a la que le lleva unos veinte años; los Portabella, propietarios de Danone; una chica Jover, hija del propietario de Pulligan, que más tarde se casaría con un sobrino del escritor Jaime Gil de Biedma, ¡qué chica tan encantadora y maravillosa!; los hijos de los embajadores de México y Holanda en España; y los hijos de un alto cargo del Ministerio de Industria que abastecía a sus amistades de coches extranjeros porque todos los coches de importación y sus licencias pasaban por él.

—Por cierto, este Jimmy Doliñac que viene esta noche a cenar, ¿qué tal es?

—Los Doliñac no tienen fortuna, pero son «gente muy bien». En Barcelona, solemos almorzar en su casa de vez en cuando. Estando un día con ellos conocí al marqués de Mura, un Dalmases, que tiene una torre en Sitges preciosa. Jimmy está casado con una alemana. Tiene un cuñado escocés que iba al Liceo con el traje típico de su país: la falda, la boina con la pluma y las medias de lana hasta las rodillas. Esto es un cotilleo que te cuento antes de que lleguen ellos.

De pronto apareció Silvia, que con guasa preguntó a su padre:

—¿Por qué siempre encuentras en Beatriz la víctima que escucha, indefectiblemente y con buena cara, tus interminables conferencias?

—Lo siento Beatriz, creo que Silvia tiene razón.

—No le hagas caso. Yo estaba encantada escuchándote porque siempre me cuentas cosas interesantes.

Fueron unos días felices los que pasé en S'Agaró. Me indigno cuando en el resto de España juran y perjuran que los catalanes no te invitan a sus casas. A veces he pensado que esto deben de decirlo esas gentes que no son invitadas ni por catalanes,

ni por gallegos, ni por salmantinos, porque, sencillamente, no deben ser de recibo...
Creo sinceramente que cuando los catalanes son amigos, son unos amigos espléndidos.

Capítulo 40

«*Mis primeras galas de mujer*»

En Las Arenas comenzaron los ensayos para mi presentación en sociedad. Unas cuantas señoras ociosas —evidentemente, no podría ser de otra manera— y amigas de mi madre se encargaban de explicarnos cómo teníamos que llevar a cabo toda aquella *mise en scene*. Para eso, quedábamos citados una tarde y otra, seguidas, hasta que daban por buena nuestra incapacidad de actuar como las reglas del más estricto protocolo exigían.

Acudíamos con nuestras parejas, pues ellos y nosotras debíamos de estar coordinados para la «exhibición» de tan señalado día. Abriríamos el baile con nuestros padres respectivos o hermanos mayores en caso de ausencia del progenitor. Después, el rigodón lo bailaríamos con nuestro *chevalier servant*, que en mi caso se trataba de Jaime Salazar, un gran amigo de mi hermano Álvaro. Jaime, además de tener un magnífico aspecto, era especialmente encantador. Fue uno de los escasos amigos que triunfó plenamente en la vida. Y cuando me refiero a que triunfó quiero decir que trabaja en lo que le gusta y se ha convertido en un destacado especialista en historia, derecho y heráldica. Y es nada menos que miembro de la Real Academia de la Historia.

A mi madre le pareció estupendo que Jaime fuera mi acompañante, lo que me dio pie para comprobar que hasta entonces no se había fiado en absoluto de mi criterio. Por si acaso, eran tres al menos los hijos de sus amigos que ella guardaba escondidos como si de un trío de ases se tratara para pedirles que me hicieran de pareja. ¡Ni que yo fuera tonta del bote!

Los gritos a los que nos sometimos todos durante aquellos pesadísimos ensayos fueron espantosos. A veces, comentaba a Jaime que me daban ganas de abandonar el salón y dejar a aquellas brujas plantadas que no paraban de decirme:

—¡Beatriz, déjate llevar! Estás bailando con un hombre y no debes pretender imponer tú el compás. Es el hombre quien debe hacerlo. Tú, simplemente, debes seguirlo. ¡Atención! ¡Comenzamos de nuevo!

Y otra vez colocaban un disco con el perro de la Voz de su Amo, de color naranja, en el *pick-up* para repetir el baile.

—¡Parad, parad la música! —gruñía de pronto una voz aguda.

Y vuelta a empezar desde el principio:

—Iñigo, debes tomar, literalmente tomar —decía aquella voz tan cursi— a Cristina entre tus brazos. No abandonarla a su suerte como si fueras un hombre blando que baila con miedo...

Por supuesto, como los padres no iban a ir allí a ensayar el vals —se daba por hecho que saldrían airosos de la situación— era con nuestras mismas parejas con las que también practicábamos esa modalidad de baile de salón. Nunca comprendí la paciencia de los chicos. La nuestra, a fin de cuentas, podía ser comprensible en cuanto a la libertad que nos proporcionaría el acceder al mundo de los adultos. Pero ver a aquellos chicos siguiendo las instrucciones de aquellas señoras al pie de la letra, me chocaba. Además, como siempre había más chicas que chicos, los verdaderamente cotizados como parejas de postín se ponían dos y tres veces de largo. Ellos decían, siempre que tuvieran mucha confianza contigo, que les resultaba imposible el negarse a hacerlo si una dama se lo pedía. Era comprensible su actitud. Pero yo habría emigrado. Para colmo, el día de autos, cuando menos, debían enviar un gran ramo de flores a nuestros domicilios si es que querían quedar medianamente bien. En el caso de tener otro interés algo mayor, sus madres o hermanas compraban en alguna joyería un detalle que, junto a las flores, hacían llegar a casa...

Cuatro días antes de mi fiesta —esperé hasta entonces por consejo de Marta, quien decía que no debería darles mucho tiempo para reaccionar— y teniendo ya localizado pero sin haber dicho nada a Ignacio, piqué una mañana temprano en la puerta del gabinete de mamá. Todavía estaba en cama mas oí su voz de lejos:

—¡Adelante!

Cuando llegué hasta ella, estaba manteniendo, para no variar, una conversación telefónica:

—En ese sentido, haced el favor de sentirlos libres como pájaros porque, comprenderás, Teresa, que yo a estas alturas no voy a ofenderme. Si creéis que es mucha la gente que va a dar calabazas a los Aguirre, cenad en su mesa. Yo, todas las mías las tengo completas.

Se incorporó un poco más en su lecho lleno de cuadrantes, almohadones, almohadas, encajes, puntillas, sedas... y me preguntó más bien risueña:

—Y ¿bien? Me parece que empiezan a traicionarte los nervios, ¿no?

—No creo, mamá.

—¡Pues tienes una cara de velocidad interior! ¿Adónde vas?

—He quedado para ir a pasar el día en el caserío de Antón Echevarri. Pero antes, de todo, quería hablar contigo.

—Tú dirás... Te escucho.

—Mamá, me parece horrible... Mira, mamá, según pasan los días, tengo una pena enorme.

—¿Pena? ¿Por qué pena? ¡Al grano, hija, al grano, que siempre te eternizas!

—Es que siento mucha pena cuando pienso que no va a estar Ignacio en mi puesta de largo y...

—¿Ignacio? —por un momento creí que iba a preguntar a qué Ignacio me refería—. Pues me temo que vas a tener que aguantarte la pena porque a día de hoy, no ha tenido la delicadeza de pedirme disculpas por su intolerable actitud. Pero antes aclaremos algo.

Su dura firmeza se imponía siempre a los sentimientos:

—¿Tú tienes contacto con él? ¿Lo ves? ¿Sabes qué es lo que hace?

—Bueno yo no sé mucho de él —me pareció tan normal mentirla—, pero no hemos perdido todo el contacto. Es que es el hermano que va por encima de mí y...

—¿Crees acaso que no sé dónde ubicar a Ignacio entre mis hijos? Lo que ocurre es que hay cosas sencillamente inaceptables.

Yo estaba dispuesta a salirme con la mía, aunque tuviera que aguantar el chaparrón materno:

—Pero ¿si viene a mi puesta de largo y, en lugar de parar en casa, se instala en casa de un amigo?

—Eso yo no quiero ni puedo evitarlo. Le consideraré un invitado tuyo que, para mí es, sencillamente, persona *non grata*. Con no tratarlo...

—Entonces, si no se aloja en casa, puedo invitarlo, ¿no?

—¡Qué voy a decirte! Creo que, a buen entendedor, pocas palabras bastan.

Tampoco resultó fácil convencer a mi hermano para que aceptara venir a Las Arenas. Lo encontré muy lejos de un mundo al que ya, por pura reacción, había comenzado a odiar con todas sus fuerzas. El desamor le había hecho madurar mucho en un corto espacio de tiempo y, probablemente, no de la mejor manera posible. Por eso, en su nuevo ambiente, sórdido y despiadado, en el que la meta era nada más y nada menos que la supervivencia, no tenían cabida cursiladas del tipo de la *high life* que, por otro lado, había despreciado siempre. Me dio varias razones para explicar su inasistencia pero ninguna era de peso, convincente: que ya era tarde y no le sería fácil dejar Madrid pues estaba al cuidado de la casa y del perro de su amiga azafata; que él nada tenía que ver con aquel tipo de plan que le parecía un *flash back* hacia el Paleolítico por mucho que se tratara de mi fiesta; hasta que dijo la verdad, que no quería ver a papá ni a mamá, ni tampoco a Alfonso y a Álvaro.

Tras un largo tira y afloja, decidí jugar otro tipo de carta:

—Tienes razón. Te estoy pidiendo demasiado y me disculpo, de corazón, por haberlo hecho. ¡Olvídate de esta conversación que hemos mantenido!

Se hizo el silencio, como si por las líneas telefónicas hubiera pasado un ángel. Noté que mi hermano se ablandaba, según yo le iba dejando libertad para elegir.

—Bea, ¿sabes qué? —preguntó de pronto, solícito.

—¿Qué?

—*Touché*. Voy a ir. Voy a ir a pesar de todo. Y es que tú te mereces eso y mucho más. Llamaré a los Echevarrieta para que me hagan un sitio.

—Gracias, Ignacio. Es lo que más ilusión me hace de todo ello.

Por fin, llegó la noche, mi noche. Los salones del Real Club Marítimo del Abra

rebosaban de flores especialmente colocadas para la gala de debutantes. Yo era una de ellas. Por la tarde, nos hicieron el reportaje gráfico en las terrazas inmensas del Club que se asomaban al Abra, también inundadas de flores. Aparte de que se quería conservar el recuerdo de aquel día, había que enviar alguna fotografía con los nombres de las debutantes y sus acompañantes a la prensa local y nacional, para que se diera a conocer al mundo, su mundo, que unas cuantas hijas de las buenas familias vestíamos nuestras «primeras galas de mujer». Nos hicieron posar a todas juntas y luego a cada una por separado en las escaleras principales del Club.

Después, a eso de las diez de la noche, tuvo lugar la cena, en la que se volvieron a hacer las fotos de rigor, como se harían también al iniciar el baile con nuestros padres respectivos. Cuando llegamos al Marítimo, el presidente del mismo, Álvaro Líbano, hombre guapo y encantador, conocido como «Pincelín» por su siempre impecable vestimenta e íntimo amigo de mis padres, nos recibió con un gran ramo de rosas para cada una de las debutantes y un marco de plata. Nos dijo que era para que pusiéramos en él la fotografía de aquel día memorable.

La cena resultó soberbia. Todas nuestras mesas estaban montadas en la terraza. Mi primer baile fue el *Vals del Emperador* con papá y, la verdad, nos salió bastante bien. Mi padre bailaba estupendamente. ¡Parecía un profesional de la danza! Y, vestido con su esmoquin azul marino ¡resaltaba tanto su buena pinta! El tan ensayado rigodón con Jaime Salazar (guapísimo, con chaqueta blanca de esmoquin de verano, peinado y oliendo como un auténtico príncipe) creo que puedo decir, sin caer en exageraciones, que lo bordamos. Fuimos enormemente aplaudidos. A pesar de todo, hay que reconocer que aparte de que ambos contáramos con sentido del ritmo, los fastidiosos ensayos no resultaron baldíos... Fueron tres las orquestas que se encargaron de amenizar la noche: Filippo Carletti, Slow & Company y Los Tres Sudamericanos. Yo no quiero engañar, pero pienso —no porque me lo dijera la gente, ¿qué podía decirme?— que estaba guapa. El traje de Pedro Rodríguez, que entre mi madre y él habían diseñado para la ocasión, resultó ser un éxito por lo original del diseño. Era de seda salvaje y de color rosa palo con un escote subido por delante, para evitar semejanzas con los de las demás debutantes, y un amplísimo escote por la espalda. Llevaba unos largos guantes, por encima del codo, haciendo juego. La combinación del color del vestido con mi piel bronceada resultó perfecta.

Nunca pude comentarlo con nadie, pues hubiera sido una especie de sacrilegio, pero debo decir en honor a la verdad que, aunque la gente lo pasó muy bien, yo, particularmente, me aburrí bastante. Supongo que fue debido a un cierto estado de ánimo melancólico y no a nada objetivo. También porque al ser la homenajeadada era una manera indefectible de estar con todos y con nadie. Ahora, el baile en sí resultó perfecto. Todo salió a pedir de boca. Guiomar y Silvia guapísimas, tuvieron un enorme éxito, el que, por otra parte, era normal cuando se trataba de chicas nuevas en la plaza. Confirmaron su asistencia cantidad de amigos míos que pasaban el verano en San Sebastián, Zarauz, Fuenterrabía, Santander y Biarritz.

Pero mi estado de ánimo era bajo. Reconozco que fue un golpe muy fuerte la llegada de Ignacio mi hermano a la cena. Le había yo dejado, previamente, su vestimenta en casa de Echevarrieta. ¡Agradecí tanto verlo llegar!, aunque con mirada ausente, nerviosísimo por más que quisiera ocultarlo y sólo pendiente de localizarme. Había hecho llegar unas flores para mí a casa, al muelle, cuando yo sabía que andaba corto de dinero, acompañadas de una tarjeta amorosa en la que me deseaba todo lo mejor porque, sencillamente, me lo merecía...

Fue para todos los que estábamos al tanto de la historia (mi familia, mis íntimas amigas y los suyos ya a aquellas alturas) muy incómoda su llegada. Y es que pasamos un mal rato desconociendo tanto su posible reacción como la de mis padres al verlo. Como ya mi madre me había anticipado, en el mismo instante en el que Ignacio hizo su aparición en la terraza, lo miró de arriba abajo con desdén, guardó el más férreo de los silencios y mantuvo la expresión más indiferente que un ser humano puede mostrar por otro. Mi padre se hizo el despistado.

Sí me entristeció la reacción de Alfonso y de Álvaro. Los chicos —al igual que mis padres— lo llegaron a mirar como si no lo vieran. Constanza y Marta, llegados los postres, se acercaron a él con el mayor cariño y estuvieron los tres charlando un rato amigablemente. Ignacio me sacó a bailar. También se apresuró a hacerlo con Silvia y Guiomar, por quienes sentía una gran simpatía. Después, se quedó sentado solo en una de las mesas y bebiendo sin parar *whisky* tras *whisky*. Probablemente se sintiera mal por mi culpa. No debería haber insistido tanto en que viniera porque lo que ocurrió era predecible. Hacia las seis de la mañana, borracho como una cuba, Juanchu y Horacio Echevarrieta tuvieron que llevarlo a su casa, donde se alojaba.

Ignacio regresó al día siguiente a Madrid. Con el tiempo me haría partícipe de lo mal que lo pasó. Fundamentalmente por la reacción de Alfonso y Álvaro. Me dijo que habían acabado para él. Que además de ejercitar la delicadeza de no comentar nada sobre mamá para no ponerles en una situación incómoda, había tenido que soportar que le trataran como a un apestado.

Tenía razón, pero llegó un momento en el que el dolor amargo de mi hermano me hacía sufrir como pocas cosas me habían hecho sufrir hasta entonces. Su dolor era descarnado. También pensaba en la necesidad que los demás teníamos de seguir viviendo. Por eso, *malgré moi*, empecé a desconectar, como el resto de la familia, de su realidad autodestructiva.

Capítulo 41

Un verano fou

Fue el verano loco por excelencia. Me asomé a un mundo, el de los adultos, en el que nunca acabé de encontrar mi lugar. Pero, por otro lado, ningún recuerdo idealizado de la infancia guardaba dentro de mí con la suficiente añoranza como para mirar hacia atrás. Sólo con que algunas de las cosas y, sobre todo, de las personas que conociera conservaran algún gramo de misterio, me conformaba. Y sí, encontré el misterio en alguna gente. Creo que existía. Pero de no ser así, era capaz de imaginar lo inimaginable para justificar una vida que comenzaba, tal vez, con demasiado peso a las espaldas. Siempre nos quedaría París... Y, siempre, también, la música que lo adornaba y elevaba todo a la categoría de romántico. Puede que no fuera más que un espejismo.

Tanto Guiomar como Silvia se quedaron varios días más en casa. ¡No parábamos! Teníamos las jornadas llenas de planes de la mañana a la noche. Playa o piscina o, si el tiempo era malo, aperitivo en Tamarises o Zubia. Después de almorzar en la playa, en el Golf o en Jolaseta, regresábamos a casa para arreglarnos. Cada noche teníamos un festejo, en diferente lugar y con diferentes personas. Todas y cada una de las debutantes de aquel verano fuimos organizando nuestra propia fiesta. Nos dábamos cita un grupo grande de gente joven al que se añadía otro de foráneos venidos expresamente para el acontecimiento, lo que daba mucha categoría al mismo.

También estuvimos invitadas, por gente de Madrid, a puestas de largo en el Tenis de San Sebastián. Nos alojamos en la espléndida villa que tenía tía Baby, viuda y sin hijos. Era una mujer muy simpática y sociable que no nos daba, en absoluto, la lata e incluso le hacíamos compañía, razón por la que estaba deseando que lo pasáramos bien y alargáramos nuestra estancia junto a ella. No era la mitad de bella que mamá. Tampoco era tan rápida e intuitiva, pero sí contaba con una humildad que mi madre desconocía y que la hacía enormemente próxima y amable.

Casi a diario hacíamos planes para regresar a Bilbao y, mis amigas, a sus respectivos lugares de veraneo. Pero tía Baby y mamá se encargaban de telefonar a sus padres para obtener su permiso y prolongar la estancia allí unos cuantos días más. Y es que no resultaba fácil abandonar la ciudad porque los planes eran siempre estupendos y estábamos divertidísimas.

Sin duda de ninguna clase, hubo una persona clave para conseguir en aquellos

años este ambiente en la capital donostiarra: Javier Satrústegui. Según decían unos y otros, el mayor acierto fue nombrarlo presidente del Tenis. ¡Le dio un auge y una elegancia a la Real Sociedad de Tenis como nadie había conseguido antes! Muchos extranjeros se reunían en él. Venían desde Biarritz o San Juan de Luz, donde veraneaban. Esta mezcla de gente, decían, era sólo posible gracias al buen hacer de Javier Satrústegui, tío de unas íntimas amigas mías. Se trataba de un hombre guapo y encantador que no tenía rival como relaciones públicas, que tenía amigos por todo el mundo y que, además, dedicaba lo mejor de sí mismo para conseguir realzar el Real Club de Tenis que había fundado su padre, Jorge Satrústegui y Barrié, en 1904. Lo transformó en una sociedad totalmente internacional, llevando a cantantes tan importantes como Peppino di Capri, Janny Alex, Los Panchos, Johnny Hallyday, Sylvie Vartan, Charles Aznavour... «¡Cómo vais a perderos esas galas!», decían tanto mamá como tía Baby, una en Bilbao y la otra en San Sebastián, constantemente conectadas vía telefónica. Y claro, no nos las perdíamos. Íbamos elegantísimas con trajes cortos de gasa con volantes. Los míos, de una gasa maravillosa que mi madre y yo habíamos comprado en su día en Biarritz. Además, lucíamos *echarpes* y unos pendientes largos de bisutería italiana, muy coloristas, que estaban considerados como el último grito.

Y es que era mucho todo lo que teníamos que hacer... Por entonces conocimos el «todo» San Sebastián. Tía Baby tenía un abono para siete personas en la plaza de toros del Chofre, a la que acudíamos con diferentes invitados que ella en persona se encargaba de citar. En esta época, los carteles de las corridas de San Sebastián eran tan importantes como los de san Isidro de Madrid o los de la Feria de Abril sevillana. La capital donostiarra, por entonces, parecía la capital de España pero con mar. Y es que en esa bella ciudad pasaba el verano toda persona poderosa de la época. Durante el estío, solía fondear frente a la playa de La Concha *el Azor*, el barco en el que Franco veraneaba con su familia. Él y su esposa, doña Carmen Polo, se instalaban en el palacio de Ayete. En el palacio de La Cumbre quedaba instalado el Ministerio de Jornada, donde se reunían algunos ministros y altos cargos del Gobierno. Durante un tiempo, al reclamo de esta estancia, San Sebastián fue la capital política en la que por puro y duro interés económico, mucha gente compraba o alquilaba grandes casas donde pasaba el verano con una frenética actividad social que giraba en torno a la figura de Franco y su esposa. El antifranquismo que practicaban era más efectista y, a la vez, más cínico. Nunca me pareció conciliable que, de una parte, hubiera familias enteras que se jactaban de cerrar las persianas de su casa en el instante en el que el *Azor* hacía su aparición en la bahía de La Concha y, a la vez, fueran las mismas que, sin ningún inconveniente, ostentaran grandes cargos de la empresa pública con los que se enriquecieron muchísimo. La debilidad del ser humano en general es, en todos los sentidos, inconmensurable...

Por la mañana íbamos a la playa, siempre que hiciera medianamente bueno, y aquel verano tuvimos mucha suerte. En Ondarreta, nos reuníamos con un enorme

grupo de gente que conocíamos de Madrid. Había algunas madrileñas que eran consideradas como más lanzadas que nosotras. Nunca supe bien si se comentaba que eran lanzadas por el simple hecho de ser exitosas o si, por el contrario, era cierto que tenían éxito porque eran más lanzadas. Había mucha envidia con respecto a este asunto y algo que no me parecía casual: las chicas consideradas lanzadas eran todas guapísimas. Hablo de las hermanas Girod, que estaban afincadas en Madrid. Eran altas y esbeltas, con una elegancia felina en sus movimientos, con unas piernas largas de gamo y un pelazo rubio natural que yo no había visto hasta entonces. Sus ojos azules eran inmensos y tan expresivos que casi parecían contar con vida propia. A una le fue bien en su matrimonio con un hombre riquísimo y popular. La otra, más inteligente e inquieta, con peor suerte, acabó en brazos de unos y otros mientras no se resignaba a no encontrar al hombre de su vida. La vi hace poco tiempo. Físicamente no es ni sombra de lo que fue. Pero las guapas de verdad retienen un atractivo que se acrecienta con la edad. Las arrugas de su rostro denotan todo lo que ha vivido. También se ha humanizado mucho y es hoy una persona interesantísima, comprensiva y abierta a todos los que la buscan. Creo que en su mirada que, naturalmente, ha perdido brillo, puede leerse la huella que dejan los amores errados y que es sinónimo de sabiduría.

En ese grupo de madrileñas también se encontraban unas argentinas fascinantes que pasaban los inviernos en Madrid. Eran dos morenazas de aúpa. Ese tipo de mujer objetivamente bella pero que, sobre todas las cosas, gusta a los hombres por su tirón, por su fuerza. Una fuerza que las mujeres raramente percibimos. Estas dos hermanas acabaron casándose con dos hermanos, creo que arquitectos, y fueron más que razonablemente felices. Se les tenía algo de inquina porque en lugar de estar con todo nuestro grupo, ellas ya salían con distintos chicos que las telefoneaban para quedar y hacer, así, plan aparte y no de pandilla.

El resto de chicos y chicas estábamos todos juntos en una especie de «U» que hace la playa de Ondarreta. Nos llamaban «la colchoneta». Cada año el grupo compraba una colchoneta grande y azul que, una vez inflada, tenían allí para, antes que nada, ser reconocidos. También para apoyar la cabeza y, sobre todo para tumbarnos, ya que como nos quedábamos a almorzar en la playa, eran muchas las horas que pasábamos allí, echados cuan largos éramos, mientras nuestros huesos pegaban sobre nuestras toallas. Parecía que todo el mundo de nuestra edad pretendiera resarcirse de tantos años en los que habíamos tenido terminantemente prohibido el almorzar en la playa.

Aunque a decir verdad, las únicas que contábamos con una buena organización, una buena intendencia en este sentido, éramos nosotras tres. Tía Baby, amorosa, encargaba cada mañana a su cocinera Flora, persona excepcional que llevaba veinte años en su casa, que nos preparara gazpacho, que tratara de conservar frío a base de añadir hielos antes de meterlo en un termo; unos filetes empanados, una ensalada verde bien aliñada y, de postre, una macedonia de frutas. Los alimentos los introducía

en unos envases de plástico, los famosos *tupperware*, que en España todavía no se conocían y que a mi tía le habían traído de Estados Unidos. Claro, al llegar con semejante acopio de provisiones, nos tocaba compartirlo, ya que el resto únicamente contaba con un bocadillo. No es que fuera muy corriente quedarse a comer en la playa, pero para nosotros, un grupo enorme y divertido, fue lo habitual durante toda aquella temporada.

Hacia las siete de la tarde, y por indicación de tía Baby, solíamos invitar a su casa a todas las personas de nuestra pandilla. Su servicio nos preparaba café con leche y té con galletas y tostadas. Así, en traje de baño aún, era agradable encontrarte con una merienda sencilla. Luego, cada uno se iba a su casa. Nos bañábamos, nos arreglábamos y nos dirigíamos al Bar Pepe en la avenida de Zumalacárregui, de Ondarreta, donde habíamos quedado para proseguir la juerga. Este local era comodísimo, pues, a diferencia de los de Madrid, se podía ir sola —no es que esto fuera raro, sino lo normal— y era en él donde nos encontrábamos con cantidad de gente. ¡Había una mezcla realmente enriquecedora! Catalanes como los Senmenat, los Fígols y a veces, pero con menos frecuencia, los Camps. También Johnny y Pili Güell, que tenían una casa soberbia (Oroi-Mena) junto al palacio de Miramar. En ella estuvimos un par de tardes jugando al tenis y al frontón. También catalán, a pesar de que sus orígenes fueran bilbaínos, estaba el bello Beto. Beto Uriarte, hermano pequeño de Ana Mari, viviría una relación sentimental con la simpática Tessa de Baviera mucho más tarde en el tiempo. De Madrid es difícil recordar quién había porque ¡estaba todo el mundo! Navarro Reverter, atractivo y especial que acabaría casándose con la guapísima Victoria Taboada; Carlos Sueca, José Vicuña, los Sáez Luca de Tena, los Torre Maura, los Roca, los Ramón y Cajal, los Nardiz...

En el Pepe solíamos estar de nueve a once de la noche y luego nos íbamos a cenar. Había varios restaurantes de moda a los que acudíamos en pandilla. Excepto que, por la razón que fuera, un pollo te hubiera invitado a cenar a ti en un *tête-à-tête*, estaban el Rotacho, que en realidad no pasaba de ser una taberna a la vuelta del Pepe, por lo que nos quedaba muy cómodo. También subíamos hasta la mitad del monte Igueldo para cenar en Recondo, a Chomin en Ondarreta o nos llegábamos a Hernani para cenar en Ramonene. ¡Ah! También fuimos varias veces a Derteano, que era una tasca muy buena donde una camarera, vestida de negro con delantal blanco y cofia, nos servía la mesa. Derteano se encontraba al lado del Club Náutico, yendo hacia el puerto.

Siempre pensé que nos movíamos en un mundo tan pequeño como una canica y me consta que hubo gente a la que le faltó el oxígeno. Yo me llené, lo confieso, de gabardinas. Quería divertirme, no pensar y, por ello, supongo, en general encontraba a la gente encantadora. Pero lo cierto es que aquella sociedad tan cerrada no pasaba de ser un puro engaño. Para empezar, quienes no manejaran mucho dinero no podían ni acercarse a nosotras. Y es que, por supuesto, cuando hablo de todos estos planes, estoy dando por hecho, o por sabido, que todo lo que fueran copas, cenas, tabaco,

gasolina... ¡nos lo pagaban los chicos! En algunos momentos, en casa de tía Baby, comentaba yo algo alarmada con mis amigas:

—¡Pero estos chicos con los que salimos para invitarnos constantemente a todo tienen que contar con una gran fortuna!

—¡Claro! ¡Es que son señoritos y, aunque aún no tengan fortuna propia, sus padres les dan un tanto para que hagan un buen papel en sociedad! —saltaba Silvia que, en cuanto a «pelas» se refería, como buena catalana, era la más realista.

—Y esto ¿qué significa? ¿Acaso estamos condenadas a conocer sólo a chicos ricos y, en cambio, existen otros, menos afortunados, que tienen que salir, por definición, con gente de menos posibles?

—¡Ay, por Dios, hija, no vayamos a complicar ahora las cosas! —decía, con mucha gracia, Guiomar—. No quiero verte, Bea, con comecocos de cabeza. Nos habías prometido que no te los permitirías porque si no, no hay quien viva...

—Es que, Beatriz —nuevamente era Silvia quien hablaba con un pragmatismo incontestable—. Es a los padres a los que les compensa que sus hijos salgan con toda la gente que ellos consideran adecuada para intentar casarlos bien...

Más de una noche fuimos a Guetaria, a casa de los Arteche. Eran unos chicos no guapos, sino guapísimos. A las hermanas no las llegué a conocer. Pero ellos eran de campeonato. Joaquín y Jaime vivían en una casa encima del famoso Ratón de Guetaria, con todo el mar Cantábrico enfrente, que parecía meterse por sus ventanas. A mí siempre me dio la impresión de que eran muy artistas y bastante golfos. En el jardín de la casa de sus padres habían montado una *boîte*, La Guarida. Las bañeras viejas, cortadas por la mitad y llenas de almohadones eran los asientos de la misma. Supuse que las habrían cogido de un desguace a menos que, ellos o algún amigo, hubieran cambiado, de pronto, todas las bañeras de su casa. En cuanto alguien sugería la posibilidad de acabar allí, telefoneaban a un *disc-jockey* —daba igual la hora que fuera, debía de ser alguien a quien pagaban muy bien— para que les mantuviera la música, hasta que después de dos o tres horas, decidía cualquiera de los presentes que ya estaría animado el Chiki Tennis. Hasta aquí nos acercábamos con Rafa Zunzunegui o More Levison, que no se despegaban de Silvia ni de Guiomar. More era amigo de Alfonso hermano y, por tanto, mucho mayor que nosotras. Era un tipo excéntrico y divertido que no dejaba indiferente: podía caerte fatal o, por el contrario, tenerle mucho cariño. Yo, sobre todo, por la amistad con mi hermano mayor, le quería. Además, excepto cuando bebía mucho que, como todo el mundo en esas circunstancias, se ponía pesadísimo, era simpático y cariñoso. Un vividor que a mí me trataba como si fuera una niña pequeña. Seguramente era así, como a la hermana pequeña de su amigo, como me veía.

En el Chiki era como estar invitado a una fiesta particular. Todos nuestros amigos se encontraban allí, como si, cada uno a nuestro aire, hubiéramos estado haciendo tiempo para volver a vernos con más ganas aún. Estaban los Nardiz, Javier y Lola, Choni Herrera Oria, los Satrústegui, los Barcaiztegui, Silvia y Javier (amigo siempre

entrañable), los Elio, los Rivera, los Luca de Tena, los Aguilar (Ñaco, Borja, Carlos), los Arteaga, Iñigo, hoy duque del Infantado, los Serrano Suñer, los Goizueta, los gemelos Peñalver, los Gaytán de Ayala, los Maestre y muchos más...

Mi madre, para *epatar* a los padres de Silvia y de Guiomar, consiguió que las tres asistiéramos a otro baile de debutantes en el Palais, en Biarritz. Esta posibilidad, cuando menos, sonaba muy bien, como muy internacional. Consistió en un baile de gala lleno de madrileños y catalanes que pasaban el verano en San Sebastián o Zarauz, además de un grupo de «gente bien» francesa que ya había cambiado la Costa Azul por Biarritz para veranear a causa de la saturación de ésta. Asimismo, era frecuente que las grandes familias españolas tuvieran casa en el otro lado de la frontera, como los Beamonte, los Figueroa, los Portago y otros muchos.

Tuvimos la ocasión de compartir baile con personajes muy conocidos: el príncipe Jorge de Inglaterra y Marina de Grecia, duques de Kent; el Aga Khan; Gracia y Rainiero de Mónaco, o el duque de Windsor y la Simpson, a quien todo el mundo miraba como si fuera el auténtico diablo por haberse divorciado dos veces, tener una lista inmensa de amantes de dudosa reputación y haber hecho posible que su actual esposo, Eduardo, renunciara al trono de Inglaterra por casarse con ella. Todos ellos acudían cada año al Palais para asistir a aquel baile de debutantes. Entre los españoles, recuerdo que estuvieron los estupendos hermanos Ortúzar, un Guardamino, Patrick y Guy Léglise, los Satrústegui, Ñachi y «El pelos» Caro...

No es que este baile, a pesar de todo su ringo-rango, resultara más divertido que nuestros planes diarios. Pero mi madre le ponía tanta ilusión y tanta imaginación que conseguía hacérselo vivir como si fuera el colmo. Además, los rentabilizaba perfectamente. Para empezar, se ocupaba de llevar a Alfonso y Álvaro a quienes convencía para que fueran pareja de alguna princesa centroeuropea por loro o decadente que ésta fuera. En su opinión, el ramillete de jóvenes que ella aportaba, en cuanto a la estética que era lo que de verdad importaba, no estaba nada mal. También se encargaba de que todos nosotros fuéramos retratados con personas que ella consideraba *the best*. Luego, estas fotografías aparecían en revistas como la francesa *Point de Vue* y mamá quedaba de maravilla cuando se las hacía llegar a los padres de mis amigas.

Capítulo 42

La Brigada del Amanecer

Regresamos, al fin, a Las Arenas. Guiomar y Silvia viajaron para encontrarse con sus respectivas familias. Fue aquel mismo inolvidable verano cuando un asunto más que turbio, para el que yo no estaba preparada, vino a desbaratar mi seguramente forzada alegría. Cuando ya el verano tocaba a su fin, asistí a una cena de gala en el Marítimo. Después de bailar como una peonza al ritmo que Carletti nos tocaba, un grupo de amigos decidimos bajar a la *boîte* del Club, llamada La Goleta, con maderas lustrosas, ojos de buey y forma de auténtico barco... Era un poco absurdo el meterse dentro porque la noche era magnífica, pero lo hicimos con la disculpa de bailar música disco con letras muy románticas:

*«Espera, aún la nave del olvido no ha partido,
no condenemos al naufragio lo vivido,
por nuestro amor, por nuestro ayer
yo te lo pido...»*

Estoy viendo con qué pasión, con qué amor, bailaban esta canción Patricia Libano, un icono de la belleza del municipio, y el cañón de Ramón Portuondo, quien acabaría siendo su primer marido...

Al cabo de un rato, y antes de dirigirnos a casa, aparecimos de nuevo por la terraza, donde quedaba únicamente la mesa de mis padres y sus amigos, un grupo grande que permanecía allí bebiendo copas.

—¡No entiendo lo que hacen aquí aún a estas horas, menudo aguante! —comenté a Ana Alvear, una amiga mía de Madrid que siempre pasaba el verano en Las Arenas.

Ella, despistada, sin percatarse en absoluto que mis padres se encontraban allí, me contestó:

—Pero, Bea, ¡eres, a veces, tan ingenua!

—¿Por qué ingenua?

—Porque este grupo no hace más que lo que hace noche sí y noche también.

—Ana, no te entiendo...

—¡Pues que pertenecen todos ellos a la «Brigada del Amanecer»!

—¿Brigada del Amanecer? ¿Pero eso qué es?

—¿No ves cómo en el centro de la mesa tienen un jarrón de plata de donde van sacando un llavero tras de otro?

—Sí, lo veo. Pero eso ¿qué tiene que ver con lo de la brigada? —pregunté, inquieta.

—Pues que son los más golfos del mundo, que hacen unas cosas inimaginables...

—Inimaginables como qué —inquirí yo, más inquieta aún.

—Pues como intercambiarse llaveros para saber quién se acuesta con quién esta noche. Bueno, no sé si tanto como acostarse... La gente lo cuenta así y ellos no lo han desmentido... Quizá sólo sea una farolada para...

—*Pour épater le bourgeois?* —pregunté yo, incrédula.

—¡Sí, exactamente eso!

—¡Me estás tomando el pelo! —No quería oír nada de lo que Ana decía.

—Yo con cosas así no juego —dijo muy seria—. Mis padres, por ejemplo, y otras personas no los tratan.

—¿No los tratan? —pregunté como idiotizada.

—No, claro que no. ¡Por sinvergüenzas! Aunque hay otros grupos que pretenden acercarse a ellos porque los encuentran muy liberales, elegantísimos...

—¿Y qué más hacen? —mi desasosiego era más fuerte que mi dignidad. Ana seguía hablando sin darse cuenta que mis padres estaban entre aquella gente. Yo, por pura prudencia, debería haber cortado el tema, pero no fui capaz.

—De repente, cuando están todos tocados por el alcohol, como ahora, se le ocurre a uno de ellos volar a Niza para desayunar en Montecarlo...

—¿Y?

—Se va todo el grupo a Sondica, alquilan una avioneta particular y vuelan hasta el Principado. Al parecer, no hace muchos días, salieron hacia allá con lo puesto, que forma parte del juego. Se alojaron en el Hôtel de París de la capital monegasca y, desde allí, tuvieron que encargarse que les llevaran ropa de calle para no salir vestidos de etiqueta. Después, tanto los hombres como las mujeres salieron a comprarse conjuntos de todo tipo: trajes de baño, camisones, pijamas y nueva ropa de vestir para acudir a la Ópera, a cenar y más tarde al Casino.

En el fondo, me negaba a aceptar que mis padres formaran parte de semejante grupo de personas insustanciales, por calificarlos de manera suave. Con rapidez inusitada, me vino a la mente el hecho de que, en verano, era frecuente el enterarse, cuando nos despertábamos, que ellos habían decidido a última hora pasar el fin de semana fuera de casa. Me vino a la mente que ya en vida de Gran —cosa que la contrariaba sobremanera—, no era raro que por la mañana temprano se produjera una llamada telefónica en la que mi madre comunicaba a Fermín, sin ningún tipo de detalle, su cambio de planes.

—Y ¿qué más se dice que hacen? —lo mío ya se había convertido en una incontinencia interrogadora.

—Otra de las cosas que ha llegado a mis oídos es que, fundamentalmente los

hombres, fingen estar muy preocupados por sus hijos respecto a las drogas y...

—¿También se drogan?

—No. Ellos, no. ¡Qué cosas dices! Sabes que las personas que han comenzado en este municipio a coquetear con las drogas pertenecen, en general, a una generación intermedia entre nosotros y nuestros padres.

—Ya...

—Por eso dicen que, sobre todo, los padres hacen como que están muy preocupados por sus hijos y esto les permite el acceso directo a las amigas de ellos que fuman canutos, esnifan o ¡Dios sabe lo que hacen!

—¿Y?

—Y aprovechándose del estado en el que ellas se encuentran, tratan de ligárselas hasta donde pueden.

—Pero ¿quieres decirme que viven todos ellos en una permanente orgía?

—¿Cómo lo interpretas, Bea? Por supuesto, se habrá exagerado mucho. Pero, a pesar de todo, así, como para calificarlo de normal no es, ¿no?

—Seguramente tienes razón —respondí—, sobre todo porque la palabra «orgia» es muy fuerte para ser utilizada por gente tan conocida socialmente...

En aquel instante mi padre, tambaleándose entre las mesas, es decir, claramente ebrio, al bajar hacia el cuarto de baño me vio y me dijo:

—Es muy tarde, Beatriz, deberías estar ya en casa.

En ese mismo momento, Ana se dio cuenta de la metedura de pata tan inmensa que acababa de cometer. Se puso roja como un cangrejo y, sin mirarme a la cara, hizo un amago de pedirme perdón. Como no coló, intentó quitar hierro a sus afirmaciones.

No le sirvió de nada. Nos despedimos nerviosas, sin saber bien qué decirnos la una a la otra. Necesitaba estar sola. Rechacé la compañía de José Luis Aznar para dejarme en casa. Recorrí el muelle de Churruca, mientras, pensativa, miraba el mar y el sol que aparecía por el monte Serantes. Me sentía acorchada. No podía estar segura de nada de lo que había oído. Sobre todo, no podía estar segura de que mis padres se divirtieran con semejantes prácticas tan heterodoxas. Pero hay cosas en las que la sola duda lo empeora todo.

Al llegar al piso del Muelle, lo único que deseaba, de manera obsesiva, era dormir. Dormir por mucho tiempo. Me acerqué al gabinete de mi madre y, de su pastillero de plata, saqué una píldora verde que ella siempre tomaba a modo de somnífero. No pegué ojo. Estuve pendiente de la puerta, a mi pesar, por si oía el llavín de papá en la cerradura. Este ruido se produjo al fin, cuando ya era totalmente de día.

Mientras daba vueltas y más vueltas en mi cama, no podía dejar de pensar en la abuela. ¡Cuanta razón tenía cuando se reía sobre los matrimonios por amor! El matrimonio, bien visto, es una unión antinatural. El jurar a alguien que vas a permanecer junto a él de por vida cuando eres tan joven es un acto de una tal insensatez... Como ella decía, es mucho mejor organizar un matrimonio de interés

mutuo en el que pueden poner, entre ambos cónyuges, las bases sólidas para una convivencia, al menos, tranquila que ¡ahí es nada! Uno pone los títulos y el otro el dinero. El dinero contante y sonante, que es fundamental. Claro, así siempre se ha dicho que, en Bilbao, las bodas se llevaban a cabo por puro interés. Que los novios, o más bien sus progenitores, se encargaban de hacer soberbios seguimientos para calcular las acciones de la familia contraria, el número de miembros a los que les iba a tocar heredar y cosas de este tipo... Yo nunca creí que fuera algo que se diera en Bilbao más que en otro lugar de España. Pienso que se trataba de una costumbre de una cierta clase social. Una clase social que se negaba en rotundo a arriesgar nada de lo que tenía. Mucho menos, por algo tan poco relevante, en el fondo, como una unión matrimonial.

Capítulo 43

El tiempo vuela

Tras mi entrada en sociedad, me sentí acogida por ésta sin el más mínimo problema. Había terminado el *Finishing* y no tenía muy claro a qué dedicarme de momento. Algunas de mis amigas ya estaban comprometidas y con perspectivas de casarse a corto o medio plazo. También yo empecé a salir asiduamente con Billy. De hecho, éramos pareja en casi todos los eventos sociales, aunque me resistía a pronunciar la palabra «noviazgo», pese a su insistencia.

Decidí dejarme llevar por los acontecimientos sin complicarme la vida. A la vuelta del verano continué asistiendo a fiestas, entre las que empezaban a figurar las peticiones de mano. Durante los fines de semana, que siempre acabábamos por alargar para convertir dos días en cuatro en el peor de los casos, entre mi padre y Billy me introdujeron en el mundo de la caza. Era una forma de alternar con gente como otra cualquiera. También acudí a fiestas fantásticas fuera de España. De ellas, la primera y, quizá por eso mismo, la que mejor recuerdo, se celebró a comienzos del mes de diciembre de aquel crucial año de 1966. Fue una fiesta por todo lo alto ofrecida por el barón Alexis de Rede, en París.

Tanto por haber sido mi puesta de largo como para irme introduciendo en el ambiente cosmopolita fuera de nuestras fronteras, mamá me invitó a acompañarla a la fiesta de su amigo Alexis. Mi padre tenía asuntos urgentes relacionados con sus tierras y yo fui designada para sustituirle.

Era una fiesta de disfraces, lo cual en principio, me resultaba divertido, pues me acordaba de otras similares en las que siempre fueron muy originales los atuendos de la gente. En esta ocasión, también los invitados iban disfrazados pero con sedas, bordados, terciopelos... y es que era obligado lucir trajes orientales. Nos dimos cita en el palacio Lambert, hogar del barón de Rede. No sé qué me impresionó más, si el vestuario allí desplegado o la cantidad de objetos que llenaban las habitaciones de la mansión. Cuando se lo comenté a mi madre, me dijo que, por supuesto, había cosas valiosísimas, porque Alexis era un gran coleccionista de obras de arte: muebles, cuadros, objetos de plata y de cristal... El palacio era un auténtico museo.

Yo salí bastante airoso del «examen» al que me sometió mamá, pues en realidad de eso se trataba. De verme actuar con la desenvoltura y el estilo que se suponía nos habían enseñado en el *Finishing School*. La verdad es que yo también me sentí

bastante orgullosa de mí misma, pues fui capaz de hablar en inglés y francés sin problema, manteniendo conversaciones con gente diversa que unos y otros me fueron presentando: el mismo Alexis, un hombre muy atractivo, el excéntrico pintor Salvador Dalí que iba acompañado de Gala y al parecer de un transexual, aunque de éste debo decir que, en mi opinión, no era el único que andaba por allí. También conocí, aunque no hablé con ella, a Brigitte Bardot, la *sex symbol* francesa, y a otros actores galos que, por lo visto, eran muy famosos, aunque a mí no me sonaban de nada. Sin embargo, quien más me impresionó por su elegancia, su belleza y su *savoir faire* fue la baronesa de Rothschild, Marie Héléne, que acudió acompañada por su marido, Guy de Rothschild, y que vivían también en el palacio Lambert, pero en la otra mitad del edificio.

Cuando regresamos a Madrid, mi madre se dedicó a contar con todo tipo de detalles a mis hermanos cómo había sido la fiesta y a mostrarles las fotografías en las que aparecía rodeada de gente del Gotha, de personas famosas del mundo del espectáculo y, supongo, de muchos *nouveaux riches* y de muchos vividores.

Así, viendo pasar la vida y sin la menor responsabilidad, dejaba pasar los días y también los meses. Sin apenas darme cuenta, pronto me encontré de nuevo en Las Arenas para pasar un nuevo verano.

Volvimos a reunirnos los mismos de siempre. Indudablemente, todos habíamos crecido. Los automóviles eran más lujosos que los de años anteriores y muchos *gasolinos* dejaron de serlo para convertirse en barcos más grandes. Ahora contábamos con la posibilidad de encontrar playas más solitarias o navegar por toda la cornisa cantábrica a la búsqueda de un pueblo pintoresco.

Invitado por mis padres, amigos de los de Billy, éste vino a almorzar un día a Las Arenas. Previamente había enviado a mamá un tronco de Brasil de la floristería Allende. Como el gran seductor que era, en su tarjeta y junto a su título nobiliario, sólo escribió una frase: «No veo el momento de conocerte». No había más que mirar a mi madre a la cara para saber que acababa de ser presa de aquella singular misiva:

—¡Qué duda cabe de que la clase, el mundo, te lo proporciona la cuna! ¡Y sólo la cuna! —recalcó—. Beatriz, estás saliendo con un gran *charmeur*... ¡Claro, a poco parecido que sea a su padre!

El éxito del almuerzo estaba cantado. Mi madre, gran anfitriona, nos deleitó a todos y, especialmente a Billy, con sus ingeniosas anécdotas, una de las cuales se refería a un amigo común de la familia de mi amigo y de la nuestra:

—¡Qué genial la historia que nos contó ayer Eduardo Olabbarri de su primo el que acaba de morir! No es que sea gracioso el que haya muerto de repente, claro, sino lo que pasó cuando fueron a ver la cuestión de la herencia. Por lo visto, era tan maniáticamente ordenado que se había pasado la vida entera con sobres de dinero guardados en una cómoda con llave. De modo que en ese aspecto estaban todos tan tranquilos creyendo que tenía las cosas organizadas, pero cuando abrieron la cómoda se encontraron con el disparate más grande que nadie pueda imaginar. En principio,

cada sobre estaba destinado a distintos conceptos como sastre, farmacia, clubes, criados, alimentación, zapatería, etc. Y, tachados todos estos conceptos, se encontraron que, a lápiz, había escrito: «Sastre debe a Alimentación 65 000 pesetas; Alimentación debe a Farmacia 19 700 pesetas; Criados deben a Zapatería 36 000 pesetas». ¡Y han terminado todos sus hermanos locos tratando de interpretar semejantes anotaciones!

Pero, en su caja fuerte, con relación a las acciones, también tenía escrito otra nota aclaratoria: Acenor debe a BBV 3 000 000 ptas; Iberduero debe a Altos Hornos de Vizcaya 17 300 000 ptas; Cementos Leona debe a Banco Hispano Americano 67 345 000 ptas. Así que todo ha sido una complicación impresionante. La anécdota es, sin duda, una de las más graciosas que he oído desde hace tiempo —mi madre reía con ganas— pero, lo mejor, es cómo lo cuenta Eduardo. ¡Qué hombre tan divertido! Yo pío porque me lo coloquen en cualquier cena junto a mí.

Si mi madre se ganó a Billy, éste conquistó a toda mi familia. Con Alfonso se notó, de inmediato, una mutua y gran corriente de simpatía. Marta y Ángela, más tímidas, acabaron por compartir la animada tertulia. Billy estuvo enormemente simpático con papá. Intuitivo, cuando mi padre comenzó a hablar de sus temas favoritos, la caza y el campo, Billy lo escuchó atentamente y le hacía preguntas de experto a las que mi padre respondía encantado.

Durante la sobremesa, en la biblioteca, Fermín entró para decirme que una señorita llamada Gloria preguntaba por mí. Me dio un vuelco el corazón, pero disimulé y salí aparentando calma hacia el teléfono del vestíbulo. Gloria llamaba para decirme que mi hermano Ignacio estaba ingresado en el Hospital de la Paz, en la habitación 207, con una neumonía. Aproveché para hacerme saber que no estaba dispuesta a hacerse cargo de alguien que últimamente sólo aparecía por su apartamento completamente borracho, cuando aparecía. Esperaba que comprendiera su situación y manifestó claramente que a partir de ahora, ella se desentendía de Ignacio porque para eso él tenía una familia. Tuve que sentarme para tomar oxígeno y digerir lo que acababa de oír. La alarma respecto a Ignacio se había disparado.

Llamé al aeropuerto para reservar un billete en el primer vuelo Bilbao-Madrid que hubiese. No quedaban plazas. Pregunté la posibilidad de quedar apuntada en la lista de espera pero me confirmaron que era muy improbable conseguir billete, ya que había doce personas que, con anterioridad, habían quedado registradas en la misma. No sabía qué hacer. Escribí una nota en un trocito de papel: «Alfonso, tengo que hablar contigo y el resto de los hermanos cuanto antes. Acabad esta tertulia. Nos vemos en la estatua de Churruga. Pasa la nota.» ¡Se iban a dar un susto enorme, pero no había otra alternativa!

Al regresar a la biblioteca, donde mi familia y su invitado seguían en una entretenidísima conversación, pensé en todos los mundos que pueden existir a la vez. En aquel momento, Billy hablaba del tipo de plan que hacía su familia en Biarritz, de la gente *snob* de Madrid que pensaban, equivocadamente, que el hecho de hacerse

con una cabaña en el Palais les confería una clase que no iban a tener en su vida. Porque, sencillamente, hacer un alarde de poderío invitando a treinta personas a comer langosta, bajo una carpa, junto a la piscina, no les convierte en gentes con clase, sino sólo en nuevos ricos. Contaba anécdotas de su comportamiento con semejantes tipos e imitaba hasta qué punto los advenedizos, que eran legión, hacían la pelota a los que ellos consideraban *high class*. Además, los imitaba. Pero no sólo con su acento o su manera de hablar sino que, de pronto, se levantaba de su silla y comenzaba a escenificar. Toda mi familia, incluso papá, tan poco aficionado a ese tipo de chascarrillo, le jaleaba con sus sonoras carcajadas. Y, como estaba cantado, mi madre lo halagaba en exceso, le tomaba de la mano mientras con la otra se enjugaba las lágrimas con un pañuelo y le decía:

—Quiero que sepas, Billy, que eres un ser amoroso. ¡Hacía tanto tiempo que nadie me hacía reír cómo tú lo estás haciendo!

—Gracias, Connie —contestaba Billy, acercando la mano de mi madre a sus labios con ademán de besarla.

Alfonso estaba a mi lado y, en uno de tantos momentos en los que todos atendían a la historia que Billy contaba, puse la nota en sus manos al tiempo que le pedía discreción con un gesto. Lo bajó a la altura de la mesa en la que unos gruesos libros de arte hacían de parapeto y la leyó. La preocupación se dibujó en su rostro. Seguido, me miró a los ojos queriendo averiguar de qué podía tratarse para que fuera tan urgente. Mi expresión era hierática, no podía ni debía aflojar un músculo de mi rostro para no delatarme. Comprobé cómo, en la siguiente ocasión de despiste más o menos generalizado, Alfonso le pasó el papel a Álvaro. La reacción de éste fue, más o menos, similar. Estuvo rápido porque, en lugar de hacérselo llegar a Marta, no quiso correr ningún riesgo y, en cuanto pudo interrumpir a Billy y a mamá, algo no especialmente sencillo, se dirigió a Marta:

—No quisiera molestarte, pero te agradecería en el alma que me dieras el número de teléfono de los Escoriaza en San Sebastián. Debo avisarles, cuanto antes, que me es totalmente imposible acudir mañana a la puesta de largo de Paloma. Es que empieza a ser tarde y todo menos quedar mal...

Noté enseguida la contrariedad de Marta. Era lógico que pensara que no era el momento de hacerla levantar para llevar a cabo una gestión que podía esperar. Pero no dijo nada, se levantó, y sonriendo por la conversación que mantenían mi madre y Billy, salió de la biblioteca seguida por Álvaro. A Alfonso se le iba la vista hacia mí sin poder evitarlo. Yo procuraba no coincidir con su mirada.

A los pocos minutos, Marta y Álvaro hicieron su aparición en la sala. Éste, con la misma hoja que yo había utilizado para lanzar mi mensaje.

—Billy —dijo Álvaro de pronto—, me prometiste enseñarme tu coche y me voy a tener que marchar. ¿Por qué no bajamos un momento y me das en él un voltio?

—¡Qué pesado eres, Álvaro! —saltó mi madre airada—. ¿Te parece correcto interrumpir una tertulia por ese amor que tienes a todo lo que lleva un motor?

—Perdona, mamá —dijo Álvaro—, pero no te enfades por eso... ¡Es que Billy tiene un Alfa Romeo impresionante!

—¡Ah, yo te lo enseño encantado! —respondió Billy un poco cortado por no saber a quién dar gusto.

—Antes que nada, Cuéntamelo a mí, Billy, ¿qué es lo que tiene tu coche? —preguntó mi madre, tratando de retenerlo.

—No, Connie, nada especial. Para empezar, no es mi coche. El mío lo tengo en el taller. Es un coche de casa que lo utilizamos cuando alguno lo necesita. Pero el auténtico propietario es mi padre. Ahora, si te parece bien, puedo enseñárselo a Álvaro y subir de nuevo.

—Mamá —dije yo de pronto, acordándome de algo que le había oído por la mañana—, pero ¿tú no tienes hora reservada en la peluquería del Carlton?

—Sí, claro que sí. Pero no tan temprano. ¿Quién tiene buena hora?

—Connie, no es temprano en absoluto —dijo papá con suavidad—. Son las cinco y media.

—¡No lo puedo creer! —comentó mamá, incorporándose—, si me retraso no voy a llegar ni siquiera a peinarme... Marta, por favor, di a Espe que ya estoy yendo hacia allí. De paso, en la cocina, que digan a Jesús que me espere abajo con el coche. Andando no llego.

La despedida entre mi madre y Billy fue breve y expresiva:

—Bueno, Billy, ¡no sabes cuanto me ha gustado conocerte! —dijo mi madre, mientras ponía la cara para que fuera besada por su nuevo admirador—. Quiero que sepas que eres un amor. Supongo que vas a quedarte unos días por aquí...

—Un par de días más, quizá —contestó Billy, tras plantar un suave beso en la mejilla y tomar sus manos entre las suyas para, sin llegar a besarlas, hacer el gesto—, pero nos veremos. Pienso decir a mi padre, que como te he dicho es un gran fan tuyo, que todo lo que dice sobre ti es insuficiente... Y, por supuesto, quiero verte de nuevo cuanto antes. Me quedo con sensación de conversación interrumpida... Bueno, supongo que esto es algo que le ocurrirá a todo el mundo que te conoce.

—*Que tu est un grand charmeur!* Triunfarás...

Parecía que aquel intercambio de frases versallescas no iba a acabar nunca pero, al fin, mi madre abandonó la biblioteca rumbo a su habitación. Me acerqué a Billy y le dije en voz baja:

—Despídete de papá porque hemos quedado abajo con los hermanos.

Así lo hizo. Por supuesto, no con la misma efusividad, pero sí con una gran simpatía.

—Tenemos mucha prisa. Mis hermanos están esperándonos abajo —le dije sin poder disimular del todo mi angustia—. Vamos a llegarnos, cuanto antes, a la estatua de Churruca.

—¿A la estatua de Churruca? Pero ¿qué tenemos qué hacer allá?

—Tengo que hablar con Marta y los chicos de un problema urgente.

—Bueno —él, lógicamente, no entendía mi urgencia—, no sabes cómo me ha caído tu madre de bien. ¡Es única! ¡Es un tipo!

—Gracias, Billy. Pero eso ahora no me importa nada.

—¿Por qué eres tan brusca? Has estado rara. ¿Qué te pasa? —Que tenemos problemas, Billy.

—¿Qué tipo de problemas tenemos ahora? —preguntó.

No pude contener unas lágrimas que, inoportunas, se agolparon en mis ojos:

—Se trata de Ignacio...

—¡Ay, lo siento! ¡Perdóname, Beatriz! ¡No tenía ni idea!

No contesté nada. Me limité a ir muelle arriba hasta que, a lo lejos, les divisé. Billy, con discreción, me dijo que si teníamos que hablar, él esperaría tranquilamente en un banco desde el que podía observar el trasbordador, la ría y la salida al Abra. Me pareció correcta su decisión. Nada más llegar junto a ellos, no me anduve con preámbulos:

—Se trata de Ignacio —dije tajante.

—¿Qué le pasa? —preguntó, nervioso, Alfonso.

Yo hacía grandes esfuerzos para no ponerme a llorar:

—Está mal.

—¿Qué quieres decir exactamente? —preguntó Álvaro, angustiado.

—Está ingresado en La Paz con una neumonía y parece que es grave.

—Pero ¿quién le trata? —Marta requería información visiblemente disgustada.

—No tengo ni idea —respondí.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Alfonso, tratando de mantener la calma.

—Me he enterado por una amiga suya azafata, con quien vive...

Alfonso, más tranquilo, inquirió:

—Pero ¿vive allí o es que vive con ella?

—No lo sé bien. No ha sido nunca una relación que he visto clara. No sé si vive por necesidad o por... —iba a decir amor, pero no quería engañarlos—. Bueno, creo que vive con ella porque no tiene otro lugar mejor para vivir.

—¡Eso no lo puedo escuchar! —exclamó Alfonso, fuera de sí de nuevo—. Papá y mamá le ofrecieron la posibilidad de pagarle una pensión y a él no le dio la gana porque...

—¡Alfonso por favor! —saltó Marta, enérgica—. Creo que no es el momento para volver sobre una historia que ya es pasado.

—Tiene razón Marta —intervino Álvaro, tratando de apaciguar aquellos ánimos tan alterados—. Ahora no es el momento de hablar de la pensión famosa. Ahora, hay que hacer algo por Ignacio.

—Y ¿qué hacemos? —a Marta, como a mí, se le saltaban las lágrimas.

—La pregunta que hace Marta es normal —dijo Alfonso—. Pero a ella hay que añadirle algo, ¿qué hacemos sin que se enteren de nada de esto papá y mamá?

—Bueno —respondí—, a mí, el que ellos se enteren me parece secundario. Lo

primero, en este momento, es Ignacio. Ahora, quizá sea mejor esperar a ver cuál es realmente la situación. Creo que es importantísimo el presentarse en Madrid lo antes posible.

—Yo también creo, como dice Bea, que es urgente que vayamos cuanto antes a Madrid... —dijo Marta.

Sin embargo, para Alfonso, el proteger a mis padres era siempre prioritario:

—Sí, efectivamente, tendréis razón. Pero existe un pequeño problema que no parece que contempláis...

—¿A qué te refieres? —preguntó Marta.

—A que no sé cómo podemos justificar el salir, de pronto, los cuatro pitando en agosto y a Madrid. ¡Cómo si fuera algo tan fácil!

Un silencio espeso nos dejó paralizados.

—Siempre podemos ir Marta y yo —comenté—, y quedaros vosotros, de momento, aquí.

Álvaro, seguro que presa de mala conciencia, también quería acudir junto a Ignacio cuanto antes:

—No sé si eso es aún más complicado que el inventarnos algo para ir los cuatro.

—¿Y qué se os ocurre? —preguntó Marta.

Yo no sabía ni me importaba cómo arreglar lo de mis padres. Lo único que quería era estar al lado de Ignacio:

—¿Como qué? Estamos en una emergencia. Me he puesto antes en contacto con Iberia y esta tarde no hay plazas para viajar a Madrid. Hay que agarrar un coche y...

—¿Y si le decimos a Billy que invente un ojeo o lo que sea en cualquiera de las fincas de sus padres? —sugirió Álvaro.

—¡Eso estaría bien! —admitió Alfonso—. Pero, dime, ¿dónde quedó Billy?

—Billy está sentado en un banco del otro lado de la estatua. No sabe más que hay problemas con Ignacio. Pero si queréis, se le puede resumir. Tal vez él, con la cabeza más fría, pueda organizar una mentira piadosa mejor de lo que podemos hacerlo nosotros en este momento.

¡Menos mal que estuvieron de acuerdo! Fui en busca de Billy y le contamos el asunto que nos tenía sin vivir. Le expusimos el problema que podría organizarse si nos íbamos los cuatro de repente. Y, también, como decía Álvaro, que nos fuéramos Marta y yo. Algo que, efectivamente, sonaba a cuento chino. Le hablamos de la posibilidad de utilizar la trampa del ojeo en alguna de sus fincas. Que uno de sus hermanos lo podía haber organizado y que enterados, nos apetecía unirnos al grupo.

Estábamos los cuatro tan sobrepasados que decretamos que fuera él quien se ocupara del asunto. Entre otras cosas, porque si comenzábamos a hablar todos nos pillarían en la mentira sin duda alguna. Así, nosotros con Billy, nos acercaríamos a casa a hacer una maleta que fuera un poco acorde con el plan que nuestro amigo esbozaba. Él se lo comentaría a mi padre, echándole la cara que le echaba a todo y esperaríamos a que llegara mamá de la peluquería. A partir de ese momento, Billy

tendría que esforzarse más para hacerle la historia creíble a ella. ¡Mano de santo! Esa verborrea que Dios le había dado la utilizó para organizar toda la trampa sin dejar un solo cabo suelto. Nos sorprendió a todos la naturalidad con la que nuestra madre aceptó el improvisado plan. ¡Tan arrebatador le resultaba Billy!

Capítulo 44

Hospital General de la Paz

Billy nos llevaba a los cuatro en su Alfa después de convencer a Alfonso y Álvaro de que no merecía la pena ir en dos coches. Fue un viaje triste y silencioso, en el que casi no mantuvimos conversación alguna. Sólo había respuestas a aquellas preguntas inevitables:

—¿Alguien se ha acordado de llamar a Constanza? —inquirió Marta, preocupada.

—No —contestaron los chicos sin más comentarios.

—Pensé hacerlo, pero me ha parecido mejor esperar a ver cómo está Ignacio. No vamos a alarmarla sin tener más información —dije yo.

—¿Queréis tomar algo en el parador de Aranda? —preguntó Billy, tratando de introducir una pequeña dosis de tranquilidad en aquel viaje, mientras tomaba mi mano, algo que hizo de manera intermitente durante todo el trayecto:

—Por mí, no —contesté—. Si vosotros queréis...

—Por mí tampoco, ¿vosotros queréis parar para tomar algo? —preguntó Alfonso, rompiendo su silencio.

—Yo no quiero tomar nada —dijo Álvaro—, pero, la verdad, necesitaría, cuando buenamente podamos, parar en cualquier sitio para ir al cuarto de baño. O ¿estáis pensando en llegarnos a Madrid sin mear?

—¡Álvaro! —exclamó Marta, pues era ésta una de las palabras a las que nuestra madre nos había transmitido un rechazo frontal.

—¡Perdón! Quería decir sin hacer pi-pí. ¿Te parece mejor así, Marta? —preguntó burlón Álvaro, sin obtener respuesta.

A la una de la madrugada comenzamos a ver las luces de la ciudad a lo lejos. Los chicos pensaban que, al ser ya muy tarde, deberíamos dirigirnos a casa y, en cambio, estar en el hospital muy temprano por la mañana. Yo dije que me iba directamente a ver a Ignacio. Tras una corta discusión, se acordó que dejaríamos a los hermanos en casa y Billy nos llevaría a Marta y a mí a La Paz.

Cuando llegamos, todas las puertas del centro médico estaban cerradas a cal y canto, excepto la de Urgencias. Intentamos entrar por allí.

—Buenas noches —me dirigí a un celador de mediana edad y con cara de pocos amigos—. Mire, tenemos un hermano ingresado en la habitación 207. Perdona por la hora pero llegamos en este momento de viaje...

—Pero no son horas de visita, como usted comprenderá... —dijo de manera poco tajante.

—¡Cómo no voy a comprenderlo! Lo que ocurre es que, al parecer, está grave y, claro, ya se imagina usted qué viaje hemos hecho.

—¿Qué número de habitación me dijo?

Marta y Billy miraban con admiración mis buenas artes para conseguir aquello que me proponía:

—La 207...

—Y ¿cómo dice que se llama?

—Ignacio Villachica.

—Sí. Hay otro enfermo con él.

—Sí, ya lo sé —mentí—. Pero yo no voy a molestar al otro enfermo.

—Es posible que la otra persona esté acompañada. Porque claro, en cuanto están pachuchos se suele quedar un familiar con ellos para estar pendientes del suero o de alguna otra cosa. Con su hermano no hay nadie, ¿no?

—No. Como es verano estaba solo en Madrid —sentí haber hecho este comentario, en el fondo, tan clasista. ¿Acaso no era verano para él? Y allí estaría noche tras noche.

—Pero, usted tendrá la seguridad de que está solo, ¿no?

—Sí, claro —contesté absolutamente convencida.

—Es que si hay alguien y le ven arriba las enfermeras de planta, me juego mi puesto de trabajo. ¡Suba, ande suba!

—Muy amable. No tengo palabras para agradecerle... —le dije, satisfecha.

Marta pareció relajarse una vez comprobado que ella no podía subir conmigo. Probablemente, habría librado una batalla interior: querría subir y, a la vez, estaría aterrada. Marta se creía más frágil de lo que realmente era. Al menos, se autoprotegía muy concienzudamente. Ella y Billy me desearon lo mejor en silencio, sin decir nada. Luego me pidieron que bajara a informarles sobre Ignacio en cuanto me fuera posible.

Tomé un ascensor hasta la segunda planta. Una vez allí, un poco asustada por aquellas enfermeras que hacían peligrar el trabajo del celador, busqué la habitación 207. Al entrar, una mujer de mediana edad, sentada en una butaca de escay negro, se me quedó mirando con una gran cara de susto. Cuando se recuperó de la sorpresa, noté que mi inesperada presencia le aliviaba.

—Buenas noches —dije en el registro de voz más bajo del que fui capaz.

—Buenas noches —me deseó ella casi en el mismo tono.

Dejé mi bolso en la silla blanca metálica que, en principio, era para el acompañante de Ignacio. Me acerqué a su cama. ¡No era posible ver, sin estremecerse, a mi pobre hermano allí solo con aquella expresión cadavérica! Instintivamente, le tomé una mano que ardía, primer síntoma de su alta temperatura. Sus ojos entreabiertos me miraron casi sin vida. Besé su frente sudorosa y, a su oído,

musité:

—Ignacio, soy Bea.

No reaccionó. Le costaba abrir los ojos.

—¿Qué? —dijo, de pronto, en alta voz, alarmado.

—Digo Ignacio que soy Bea —volví a hablarle al oído—. He venido a verte y ya no me moveré de tu lado hasta que no estés bien.

Entonces, entreabrió los ojos y una media sonrisa asomó a sus labios:

—Bea, ¡qué bien que estés conmigo, Bea!

—¿Cómo estás?

Una fatiga continua y unos esporádicos y fuertes ataques de tos me hicieron darme cuenta que las frases que le dirigiera debían ser estrictamente las necesarias:

—Mal, Bea. Muy mal. No sé bien qué dicen los médicos de una neumonía... Pero no son capaces de bajarme la fiebre.

—Creo que debes hablar lo menos posible porque estás agotado. No te desgastes tratando de hacerme la visita. Yo voy a quedarme aquí contigo toda la noche.

—Gracias, Bea —quiso abrir los ojos de nuevo y apenas lo consiguió.

—Me han traído unas personas que me esperan abajo por si no podía quedarme. Voy a decirles que me quedo contigo y subo. Mientras tanto, intenta dormir...

—Contigo al lado, tal vez sea posible —y el pobre apretaba mi mano, queriendo transmitir un agradecimiento sincero—. ¡Tú nunca fallas! ¡Tú siempre estás!

Tenía grandes dificultades para hablar. Le pregunté a la señora de mediana edad si sería tan amable de custodiar mi bolso mientras bajaba a informar a las personas que me habían llevado hasta el hospital de cómo estaba Ignacio y a decirles que pasaría la noche allí.

—Yo no soy nadie para emitir opinión. Pero mejor hará usted si se queda. A este chico, yo le veo muy fastidiado. ¡Pobre, aquí tan solo!

Juraría que, al oírla, me puse roja en aquella penumbra. Ya sabía que había dado con una compañera de fatigas de gran calidad humana. De tan buena madera que no comprendería, en absoluto, que mi pobre hermano, a menos que se encontrara solo en el universo, permaneciera allí tan desasistido. Otra vez más, la mujer me hizo pensar en la poca solidaridad que, por lo general, nos gastamos las personas consideradas de alto *standing*, como diría una amiga mía. Los otros, la clase trabajadora, no concebían ciertas cosas de primer año: como no ayudar los padres a los hijos cuando éstos tienen, a su vez, niños; la vecina a la suya cuando lo necesita; el dejar a un enfermo noches enteras solo en un hospital por más que los nuestros las llamaran clínicas... Ellos tienden a ayudarse porque saben, desde niños, cómo es la vida de dura. De ahí esa frase que repiten sin parar cuando agradeces algo: «No tiene importancia. Unas veces por ti y otras por mí». En definitiva, lo que realmente nos diferencia de esta gente —por supuesto a su favor— es que ellos no han contado con los medios suficientes como para practicar la frivolidad o el cinismo filosófico.

Bajé, muy sigilosamente, en ascensor a la recepción. Mi amigo de la garita daba

cabezadas mientras trataba de escuchar un programa de radio. Me vio acercarme a la puerta y preguntó si me iba. No. No veía bien a mi hermano y me iba a quedar. Lo mismo les dije a Marta y a Billy. Sin saber cómo ni dónde, éste ya se había agenciado un botellín de cerveza.

—Pero ¿cómo de mal está? —preguntó Marta, inquieta, en tanto que Billy, en silencio y con una enorme prudencia, me acariciaba con la mirada.

—No sé cómo explicarte, Marta. No he hablado con ningún médico y no será posible hacerlo hasta mañana. Pero creo que sigue con una temperatura muy alta y... —se me quebró la voz— está muy penoso...

Ambos intercambiaron una mirada cómplice y asustada. ¿Por qué estaba yo así? ¿Cómo estaba Ignacio realmente? Nadie podía decirnos nada a aquellas horas y, aunque nosotros no estuviéramos acostumbrados, en los hospitales públicos, los médicos pasaban una vez al día a ver a sus enfermos. Y, por supuesto, el parte sobre su estado de salud no era nada que estuviesen dispuestos a repetir a cualquier familiar que se les presentara.

—Si te parece, Bea —dijo Marta bastante asustada—, me voy a casa a descansar un rato porque aquí no hago nada y mañana, muy temprano, me presento a relevarte.

—Bien —contesté, ausente.

—Bueno, tal vez sea una tontería lo que acabo de decir. Porque siempre puedo quedarme aquí, en las urgencias, si a ti te da más tranquilidad.

—¡Qué va! ¡Qué tontería! Vete a casa a dormir. Y tú, Billy, vete a la tuya y descansa que tienes que estar agotado.

—Gracias, amor, pero no te preocupes por nosotros. A mí, quien me preocupa eres tú... —No le dejé continuar:

—A mí, quien me preocupa es Ignacio...

Fue entonces cuando Billy me abrazó con fuerza y Marta, seguido, al despedirse, me tendió la mano y apretó la mía como si, con ello, quisiera transmitirme la poca fuerza con la que contaba.

Regresé a la 207 impacientada por los diez minutos que había perdido lejos de mi hermano. Al entrar, mientras me acercaba a su cama en silencio, la mujer me dijo:

—¡No sabe cómo se ha puesto cuando la ha llamado y ha visto que no estaba!

—¿Me ha llamado? —repetí contrariada.

—Sí. ¿Usted no se llama Beatriz?

—Sí. Así me llamo.

—Unas veces gritaba Beatriz y, otras, Bea... Creo que ha confundido su presencia con una alucinación. Y es que como a lo largo de la tarde ha delirado en varias ocasiones...

—¿Ha delirado?

—Sí, sí. Porque las cosas que dice, de pronto, es de persona que no está en sus cabales. Yo ya se lo he dicho a la enfermera. Pero no crea usted que me hizo ningún caso...

De nuevo con la mano de Ignacio en las mías, aproveché para decirle que era yo, que estaba allí, que no pensaba moverme hasta que se encontrara bien. Esta vez, apreté un poco mi mano y sonrió ligeramente. Sentada en la silla, junto a él y, al ver que la mujer me miraba espabiladísima, con los ojos como un búho, me interesé por ella:

—Este chico ¿es su hijo?

—Así es. ¡Llevamos aquí casi veinte días!

—¿Tanto tiempo? Y ¿cuál ha sido la causa?

—Para mí, una negligencia médica. Pero como éstas son palabras a las que no tenemos derecho los pobres, pues aquí estamos, pagándola y, por supuesto, teniendo mucho cuidado para no decir nada por lo que puedan pensar que les estás culpabilizando.

—Y ¿qué es lo que ocurrió?

—Una operación de una hernia discal. Pero, cuando ya todo estaba resuelto y pensábamos irnos a casa, se le empezaron a manifestar unos síntomas rarísimos. El chico no podía respirar y lo tuvieron cinco días enteros a base de Urbason, empeñados en decir que era una complicación alérgica.

—¿Y...?

—Pues ya, a punto de hacerle la traqueotomía, lo bajaron al quirófano y, cuando el cirujano le tocó un punto en la garganta, creo que el pus salía a chorros.

—Una infección...

—Eso es lo que nos han dicho porque no tuvieron la valentía de decir que se trató de un virus de quirófano.

—¡Qué burrada!

—Sí, claro. Aprovechándose de nuestra ignorancia, nos dijeron que era un caso rarísimo, que se llama «angina de Ludwig» y que no se había visto en España desde la posguerra y en las aldeas más perdidas... Y a ver, ¿qué va a hacer una? ¡Pues seguirles el juego! Y alegrarse, encima, porque tu hijo no ha muerto.

—¡Qué horror! —exclamé, pensando en mi pobre hermano.

—Así son las cosas, maja. Bueno, perdón, ¿puedo tutearla?

—Sí, por supuesto.

—¡Es que como te veo tan joven! Si tengo una hija que será de tu edad. La mayor de todos. Éste es el tercero y tengo cuatro.

—Yo, como sabes, me llamo Beatriz.

—Y yo Adela Roneldo, para cualquier cosa, cuenta conmigo.

—Muy amable. Es que nos han avisado esta tarde —yo, en realidad, ante un ser tan espabilado, sentí que me estaba justificando— de que mi hermano estaba mal.

—Yo a tu hermano no lo veo bien. Está muy nervioso, y con la fiebre tan alta y que no para de toser...

—Y tú, ¿les has visto agobiados, Adela?

—¿A quiénes? ¿A los médicos? Justo cuando pasaron a visitarlo estaba

despidiendo yo abajo a mi hija mayor. Pero ya hasta mañana... nada. Te digo que eso de la medicina como algo vocacional ha pasado a la historia. Muchas de las personas que trabajan en los hospitales lo hacen sólo para ganar dinero. No porque tengan ninguna vocación.

—Puede que algunos sí. Que tengas razón.

—Es que si ves la cara que me ha puesto la enfermera jefe cuando he ido a decirle que a tu hermano lo encontraba mal... Y eso que ella ya estaba aquí cuando el «pobriño» deliraba, llamando a vuestra madre.

Decidí guardar silencio a ver si Adela se decidía a imitarlo. No era capaz de seguir oyendo esas cosas que contaba de Ignacio. Me negaba a aceptar que, tan malo como estaba, fuera mamá una de sus grandes frustraciones y que encima lo pusiera de manifiesto. En una palabra, que siguiera sufriendo tanto... ¡Pobre! ¡Que vida tan dura, aparentemente, por causas tan banales! Me faltó nada para echarme a llorar. Me puse de pie para tratar de ver en su rostro un leve signo de paz que pudiera tranquilizarme. ¡Pero mi deseo no resultaba nada fácil! Sus labios cortados, casi con grietas y con un ligero tono amarillado, su respiración densa e intermitente —ayudada por la mascarilla de oxígeno— y sus accesos de tos no tranquilizaban nada, sino todo lo contrario. Me quedé absorta mirando el gota a gota que, tan lentamente, penetraba en sus venas.

—Del suero dije que me ocuparía yo. Por eso estoy tan espabilada. Y es que, como es tan malo dejárselo puesto una vez que ha acabado, había decidido pasarme la noche a duermevela.

—¿Cómo a duermevela? ¿Por mi hermano?

—Sí, maja. Le dije a la enfermera jefe que ya estaría yo al tanto y no he querido más que dar una cabezada de vez en cuando.

—Eres muy amable, Adela —susurré yo lo suficientemente alto para que me oyera.

—No, hija, no. Yo no es que sea amable. Lo que sí soy es madre... Y lo que más puede dolernos es un hijo. Mucho más que todo lo que pueda ocurrirnos a nosotras. Yo pensaba en tu hermano cuando lo vi tan solo y, por supuesto, también en tu madre. Ella ¿cuándo va a venir?

—Es que —otra vez tenía que justificarme ante ella porque siendo tan franca y directa sería difícil que entendiera nuestro lío familiar—, nuestra madre todavía no sabe nada...

—¿No le habéis dicho que vuestro hermano está grave?

¿Por qué ponía el dedo en la llaga diciendo «grave»? Sí, no quería pensarlo, pero era obvio que Ignacio estaba muy mal.

—Pues no sabe nada aún porque ella está algo delicada —a mentir de nuevo— y hemos preferido venir nosotros para calibrar qué hay que decirle y cuándo...

—Ya te digo, Beatriz, que yo bien al chico no lo veo... ¡Dios no lo quiera! Pero ¡a ver si vais a calcular mal los tiempos!

Debí de poner tal cara que intentó recular:

—¡Mujer, no! Yo no digo que vaya a pasar lo peor. Pero también te confieso que si a mí, en calidad de madre, me ocultaran una cosa así, no sería capaz de perdonarlo en la vida.

¿Y ahora? No iba a explicarle que hablábamos de alguien enormemente especial, *snob*, frívola, mundana, inteligente... No iba a contarle el conflicto que, en su día, tuvieron ella e Ignacio y que era ésa la razón de que mi hermano llevara años viviendo fuera de casa...

—Espero que no, sinceramente —tal vez le respondí con un punto de crispación.

Me ofreció unas pastas pero mi estómago se había cerrado. Luego, nos quedamos en silencio. No sé si porque, como era lógico, teníamos poco en común, poco que decirnos, y ya habíamos agotado todos los temas posibles. O bien, porque estaríamos las dos agotadas pensando que era poco el tiempo que quedaba para que aquel edificio que parecía una nave a la deriva —probablemente, nunca mejor dicho— se pusiera en marcha. Adela, mi nueva amiga, tenía ya una enorme práctica para, en aquella butaca, hacerse un nudo en sí misma y poder, al menos, descansar a ratos. Yo llevé también una butaca de la sala de espera para pasar en ella toda la noche. Era lo habitual, pues las sillas de tubo metálicas acababan con los huesos de cualquiera. Había dos camas vacías, pero no dejaban usarlas para los acompañantes, debían estar disponibles para un posible ingreso, según nos dijeron las enfermeras.

Las toses, la respiración entrecortada y alguna palabra sin sentido continuaron a lo largo de toda la noche. La consciencia no me pareció que la recuperara en ningún momento. Esto era algo que, por principio, me aterrorizaba. Estando así las cosas, pensaba yo, no sé hasta qué punto habría que acabar por contar a papá y mamá lo que ocurría con Ignacio. Bueno, antes que nada, había que esperar, lógicamente, a escuchar un diagnóstico de los médicos, a los que trataría de abordar al día siguiente. Bueno, no sé porque hablaba del próximo día si ya comenzaba a amanecer y la luz entraba por las ranuras de una persiana poco bajada.

Un ataque de tos de Ignacio me hizo dar un respingo en la silla. Para entonces, Adela salía del cuarto de baño totalmente peinada con laca y todo. Yo me sentía sucia. Quería ducharme, pues no tenía la menor idea de cómo iba a presentarse el día, aunque seguro que no sería como cualquier otro. Y ¿cuándo podría ducharme en casa? La toalla sin usar de mi hermano reposaba sobre la mesilla que cada enfermo disponía para meter sus propias pertenencias. Me vi a mí misma preguntando a mi compañera de infortunio:

—Adela, ¿te ocuparías un poco de mi hermano mientras me ducho en un momento? Es que como llegué de viaje y todo, siento una enorme necesidad de tomar una ducha.

—¡Claro, maja, tú tranquila! Para que pasen consulta quedan, al menos, un par de horas.

Sentí cierto asco de tener que usar un cuarto de baño por el que habrían pasado

cantidad de enfermos y sus familiares. No era aprensiva, pero sí me produjo cierto desasosiego el pensar que no estuviesen bien limpios aquellos aseos. Para colmo, tuve que quitar las bacinillas destinadas a los enfermos que, como si de un armario se tratara, estaban colocadas dentro de la pequeña bañera. «En, fin, nada va a mejorar o a empeorar porque me duche. Y cualquier cosa es mejor afrontarla con sensación de limpia que con la contraria», me dije.

Cuando terminé de asearme, Adela bajó a la cafetería a desayunar. Yo me imaginé cómo podía estar la cafetería y dándole un billete que no me aceptó, le pedí que me subiera un té. Le puse como disculpa que prefería no moverme por si aparecía algún médico. Sobre las diez de la mañana, aparecieron tres doctores acompañados por una enfermera. Era evidente que uno de ellos llevaba la voz cantante, que era el jefe de servicio. Saludaron con un distante y lejano:

—Buenos días. ¿Podrían salir un momento de la habitación?

Y así lo hicimos Adela y yo. El hijo de ésta era un chico guapo, de mirada limpia y bondadosa. Distaba mucho de ser tan despierto como la madre. Pero ya se veía que no era, simplemente, debido a su edad sino a una manera diferente de ser. Adela, como todos, se quería ir a casa cuanto antes y tenía la esperanza de que el alta de su hijo se produjera de un momento a otro. Yo pensaba en todo esto para no ocuparme, probablemente, de nuestro problema. ¿Cómo abordar las noticias que me iban a dar sobre el estado de salud de Ignacio? ¿Cómo sonsacar a aquellos médicos que, al parecer, no sólo no estaban acostumbrados a dar explicaciones, sino que, perfectamente, podían darlas inexactas, aproximadas y siempre ambiguas? Tenía que decirles en el corto espacio de tiempo que, según Adela, te dedicaban, cómo veía a Ignacio de mal. Sin dejar de escucharlos, por supuesto. Sabía que si no, no me quedaría tranquila... Y todo esto para intuir que el resto de mis hermanos, contando también conmigo, podían perfectamente decidir hacer la gestión de encontrar un médico particular en una clínica de Madrid y trasladarlo allá...

Se abrió la puerta unos minutos más tarde. Los médicos, precedidos por la enfermera, abandonaron la habitación. El jefe de planta se dirigió a mí:

—Su familiar no mejora —comentó con evidente preocupación.

—Doctor, ¿cree usted que asistimos a un proceso grave?

—Sí, sí lo creo.

—Y, perdóneme, no quisiera asediarse pero ¿tiene usted algún diagnóstico concreto para lo suyo?

—Tiene una neumonía muy rebelde. Estamos tratando de atajarla por todos los medios. ¿Ha tenido otros episodios parecidos con anterioridad?

—No, doctor, no los ha tenido. Que yo recuerde...

No me aclararon gran cosa. Ignacio estaba grave, se estaba haciendo todo lo posible para atajar la infección, pero de momento no podían decir mucho más. Antes de volver a la habitación llamé a casa desde la cabina telefónica instalada en la planta. Alfonso contestó de inmediato sin poder contener un reproche:

—Pero, Beatriz, ¿nos tienes a todos en ascuas! ¿Cómo es posible que no se te ocurra telefonar para informarnos de lo que está pasando?

—Lo siento, Alfonso, he preferido esperar a la visita de los médicos para hacerlo.

—Pero, dime —preguntó muy intranquilo—, ¿cómo está?

—Mal.

—¿Mal? —contestó, contrariado—. ¿Qué quieres decir?

—Pues mal, Alfonso. Tiene una neumonía que no controlan. La temperatura altísima, que en ocasiones le hace delirar, no remite. Y yo he notado preocupación por su estado de salud en el jefe de planta... No respira bien y eso que está con oxígeno.

—Pero ¿está consciente? —inquirió mi hermano mayor, consternado.

—A ratos. Pero yo te diría que los menos.

—Bea, tal vez, la derecha sería sacarlo de ahí... ¿Qué tipo de confianza nos pueden dar unos médicos y una medicina de la Seguridad Social?

—Eso ya no lo sé. No sabría qué decirte, Alfonso. Supongo que habría que calibrar todo para tomar una decisión acertada. Y, dime, ¿Marta y Álvaro?

—¡Pero si ellos dos están desde hace dos horas en el vestíbulo del hospital esperando a eso de las visitas porque, al estar tú con él, no les han dejado pasar hasta que los médicos abandonaran la planta...!

—¿Que están aquí?

—Claro. No hacen más que telefonearme por si sé algo.

—Pues ahora mismo bajo. A ver si nos permiten pasar a todos porque yo no sé nada del régimen de visitas, de cómo funcionan estos centros.

—A mí me han dicho que esperaban por si llamabas aquí o si se te ocurría bajar para verte y charlar contigo. Ya les han dicho cuáles son las horas de visita. Sólo se puede pasar de dos en dos. Marta pretende sustituirte para que descanses. Pero hay que pensar lo que te he dicho. ¡No podemos estar pendientes de un centro donde no te permiten pasar cuando quieres! ¡Es incomodísimo!

Por un segundo pensé que era el comentario que habría hecho mi madre ante el mismo caso.

—Bueno, Alfonso, te dejo para ver a estos pobres...

—Bien, Bea, luego iré yo por ahí y hablaremos tranquilamente.

Bajé en un ascensor lleno de gente que salía del centro médico a la calle. Mi amigo, el celador que estaba la noche anterior en la garita, se había ido. En su lugar se encontraba un chico joven. Le dije que salía un momento para hablar con mis hermanos con el fin de que me dejara salir o, en su defecto, que permitiera entrar a Marta como acompañante. No estaba nada segura de que fuera yo a aceptar el cambio. Ignacio no estaba bien y, por cansada que estuviera, no iba a dejar de estar con él. Puede que, de ver a Marta allí, se llevara un gran susto pensando que estaba verdaderamente grave.

Mis dos hermanos se levantaron como resortes de aquellas sillas de plástico al

verme. Prefirieron no reprocharme nada e ir al meollo:

—¡Cuéntanos, Beatriz! —exclamaron ambos.

—Mal. Ignacio está mal —dije con evidente preocupación.

Los ojos de Marta se llenaron de lágrimas.

—Acaban de pasar los médicos ¿no? —dijo Álvaro, tratando de aparentar la calma que no tenía.

—Sí, hace un rato. Ya he hablado con Alfonso porque no sabía que estabais aquí.

—¿Y? —Marta no era capaz de decir mucho.

—Una neumonía que no remite...

Pensé, inmediatamente, que estaba dando las explicaciones repetidas que se dan en estos casos.

—Pero ¿se puede decir que está grave? —preguntó Álvaro.

—Sí, lo está. Y lo malo es que veo a los médicos muy despistados... no consiguen que remita la temperatura y respira con mucha dificultad.

El silencio entre los tres podía cortarse con una sierra. Ninguno de nosotros sabíamos qué decir hasta que Marta, por el lado práctico, lo rompió:

—Bea, debes irte a casa. Nos han dicho que hay horas de visita pero que siempre puede estar con una persona. Por eso, yo me puedo quedar ahora mientras tú descansas.

—No, Marta. Yo no me quiero ir. Esta tarde podéis venir a verlo. Pero yo ahora, no lo quiero dejar. Ya descansaré luego...

—Creo, de todos modos, que Marta tiene razón —dijo Álvaro—. ¡Tienes una cara de agotamiento! ¿Has calculado las horas que llevas aquí en tensión?

—No podéis haceros una idea de lo que es capaz de aguantar la gente. Hay personas que llevan veinte días sin dormir, pasando la noche en una butaca... ¡Con qué blandenguería hemos sido educados!

—¡Por favor, Bea! No es el momento de hacer examen de conciencia... —suplicó Álvaro.

—Bueno —añadió Marta, en el fondo, aliviada—, en ese caso, esta tarde, a las cinco, venimos. Y, por supuesto, esta noche me quedo yo con Ignacio para que tú descanses.

—Ya hablaremos de eso luego —respondí.

—No hay nada que hablar —dijo Marta muy seria.

—Bueno, venid a las cinco y hablamos tranquilamente de todo.

—Por cierto, Bea, Billy está preocupado por tu agotamiento y, naturalmente, por el estado de Ignacio —dijo Álvaro—. Quiere que le llames en cuanto puedas.

—Decidle, por favor, que lo haré luego, cuando vosotros vengáis.

Y allí, en la habitación 207, junto a la cama de Ignacio, me quedé mirándolo con tanta pena en mi corazón que pensaba que podía rompérsese en cualquier momento. Le coloqué la mascarilla de oxígeno, poniéndole bien las gomas por detrás de la cabeza. Mi hermano seguía conservando una maravillosa forma de cabeza, ésa que

había tenido desde niño. Por lo demás, cuando le daban los accesos de tos, la mascarilla se le torcía y debía colocársela bien de nuevo. Aprovechaba entonces para tomarle de la mano, para refrescar su frente con mi pañuelo empapado en agua. Seguía ardiendo y con dificultad para abrir sus ojos.

—¿Estás mejor, Ignacio? —pregunté en voz baja.

—¿Quién eres? —contestó, sobresaltado.

—Soy Bea. Te estoy cuidando.

—Ah, Beatricita, qué gusto que estés aquí. ¿Qué me pasa? —preguntó con enorme cansancio.

—Has tenido un catarro terrible. Pero ya todo va mejor. Mucho mejor —le mentí por pura lógica.

—¿Y tú me cuidas?

—¡Claro! Llevo desde ayer cuidándote.

—Estarás cansada...

Era sensible hasta en estas circunstancias.

—¡Qué va! No te preocupes.

—¿Qué es esto?

—Es oxígeno. Para que respires mejor porque tienes un trancazo enorme. Ahora, vamos a dejar de hablar y te lo voy a poner de nuevo. Con el oxígeno vas a respirar mejor y podrás dormir, que es lo que te hace falta.

—Pero ¿tú te vas a ir? —su pregunta transmitía angustia.

—No. Ya te he dicho que puedes dormir tranquilo. Yo no voy a irme de aquí de ninguna manera.

—¡Tú nunca me has fallado! —Sus ojos quedaron fijos en los míos.

—Por eso, procura dormir. Te voy a poner la mascarilla y luego hablamos. ¿Te parece?

No dijo nada. Pero le vi o le quise ver más relajado. Cada dos horas o cosa así, se presentaba una enfermera con un termómetro para que yo se lo pusiera. A los diez minutos, entraba de nuevo por la puerta y lo hacía con unas hojas en las que apuntaba la temperatura de mi hermano con una orden clara de no soltar prenda. Estaban pendientes de su fiebre porque a José, el hijo de Adela, únicamente le ponían el termómetro dos veces al día: por la mañana y a media tarde.

«Hay que llamar a Constanza. En cuanto vengan los hermanos tengo que decirlo. Hay que llamar, sin falta, a Constanza», me decía a mí misma. Y ¿Billy? ¿Qué iba a hacer Billy en Madrid con semejante panorama? Le diría luego, cuando hablara con él, que regresara a Biarritz, que hiciera su vida porque yo no estaba para nada.

A las cinco y cuarto de la tarde hizo su entrada en la habitación con un cuidado extremo Marta. Abajo, en la sala de espera, habían quedado Álvaro y Alfonso, ya que necesitaban nuestros pases para acceder a la planta. Bajé hasta la sala de espera. No podría decir cuál de los dos estaba pasando peor rato. Sus miradas quedaron fijas en la mía, queriendo saber sin siquiera cruzar palabra. Alfonso se acercó a mí y me besó

con cariño. Creo que, de manera inconsciente, trataba de retrasar el momento de subir a ver a aquel Ignacio ausente, en un estado de salud desastroso. Le cedí mi pase a Alfonso. Álvaro, pasando su brazo por mi cuello, preguntó:

—¿Cómo está?

—Más o menos igual. Cada dos horas entran para observar la temperatura.

Al cabo de media hora, Alfonso bajó rojo de ira. Tiró el pase al suelo y conminó a Álvaro para que le acompañara a la calle:

—Vámonos, Álvaro, Ignacio no quiere vernos a ninguno de los dos. Me ha echado de la habitación y dice que tampoco quiere verte a ti. ¡Es intolerable! ¡Que se pudra! ¡Por mí, como si se muere!

Supongo que el silencio de Álvaro y mío le hizo volver en sí:

—Bueno, tal vez no haya que tenerle nada en cuenta. Ahora estará muy mal, yo no lo dudo, pero puesto a destilar rabia y mala gaita, se queda solo...

—Efectivamente, pienso que no hay que tenerle nada en cuenta. Él lleva mucho tiempo muy dolido con vosotros. Ya le comenté en una ocasión a Álvaro que a mí me pareció fatal cómo reaccionasteis los dos ante lo que ocurrió, pero...

—¡No digas eso, Bea! Acepto que a ti no te gustara nuestra reacción. Pero ante una cosa así, las posibilidades de reacción son infinitas. Y no existe un canon que te avise qué es lo correcto y lo que no —dijo Alfonso, justificándose.

—Yo pienso olvidarme de este Ignacio que acaba de rebotar toda su rabia contra nosotros. Pienso que puede tener razón para hacerlo —exclamó Álvaro a punto de saltársele las lágrimas—, y su situación es tan terrible que no voy a ser yo quien le juzgue. ¡Es espantoso todo ello, Alfonso!

—Sí, pero...

—¡No seas terco, Alfonso —Álvaro insistió, mientras vi cómo pasaba un pañuelo con sus iniciales por sus ojos acuosos—, reconoce que atraviesa por una situación límite!

—Pero, vamos a ver, Bea, evidentemente está no mal sino fatal. Pero ¿tú crees que está para morirse, como dice Álvaro?

—Yo no lo sé, Alfonso. Yo le veo muy mal.

—Es que, en ese caso, habría que decir algo a papá y mamá. No podemos intuir nosotros a nuestro aire la gravedad de Ignacio. Sobre todo, si ya sois dos los que pensáis que puede morir...

—También hay que llamar, inmediatamente, a Constanza —me acordé de pronto.

—Bien, lo de Constanza está claro —dijo Alfonso preocupado—, pero lo que hay que aclarar, sobre todas las cosas, es la posibilidad de decirlo en casa. A lo mejor, como nosotros no hacemos ya nada en Madrid, podríamos regresar a todo correr a Las Arenas y hacérselo saber...

—No me parece mal —dijo Álvaro, agobiado ante la posibilidad de que se nos fuera el tema de las manos.

—Pues entonces, actuemos. Vamos a llamar a Iberia para conseguir dos billetes

de avión. ¿Qué hace Marta? A ver si va a tratarla como a nosotros... —comentó Alfonso.

—No. Le ha preguntado si prefería que se fuera y le ha dicho que no —contesté.

—Bien. Así os quedáis las dos con él, que siempre es mejor —manifestó Álvaro, conciliador.

En el momento en el que tomaron el ascensor y me quedé sola, me eché a llorar. ¡Qué barbaridad todo lo que habíamos tenido que ver! ¡Cuánto sufrimiento baldío! ¡Qué desencuentro y qué herida, la que no se cerró en su momento, surgía de nuevo con virulencia en la peor de las ocasiones! ¡Qué desconcierto y qué soledad! Cuando el llanto remitió un poco, busqué la cabina telefónica para avisar a Constanza. ¡Eran tantas las cosas que tenía que contarle que no sabía, realmente, por dónde empezar! Al fin, se lo resumí todo cómo pude. Me abrasó a preguntas con un disgusto monumental y dijo que, para la noche, ella estaría por el hospital porque creo que era solamente una hora o algo así lo que tardaría en bajar de la sierra, donde se encontraba veraneando con su familia política.

También llamé a Billy. Estaba nerviosísimo esperando mi llamada. Pretendió reñirme porque seguía encerrada en el hospital:

—Pero si han ido tus hermanos, aprovecha para descansar. ¡Te vas a morir!

Tuve que contarle el horror al que acabábamos de asistir y cómo los chicos iban a tomar un avión a Bilbao para avisar a mis padres de la gravedad de Ignacio.

Subí nerviosa hasta la habitación. Marta estaba en la puerta llorando. Le pedí que me contara lo sucedido. Marta empezó desde el principio, desde que ella se presentó en la habitación:

—Hola Marta.

—Hola, Ignacio. ¿Cómo te sientes?

—¡Bah! Regular. Ya ves... con un catarro espantoso, toses, flemas... ¿Por qué has venido? —preguntó con curiosidad.

—Para verte, Ignacio, guapo.

—Pero ¿Bea se ha marchado?

—No. Ha bajado un momento a la cafetería pero regresa enseguida.

Y, de pronto, sin estar convencido de lo que veía, preguntó:

—¿Quién más está ahí? No será alguno de mis hermanitos, ¿no?

Marta aprovechó aquel callejón sin salida:

—Sí, es Alfonso que ha venido a verte, a interesarse por ti. Abajo también está Álvaro.

—¿A interesarse por mí? —dijo mientras se retiraba la mascarilla y pretendía incorporarse con una fuerza que parecía sobrenatural.

—Sí, Ignacio. Hemos venido todos a interesarnos por ti, a cuidarte —insistió Marta, presagiando lo peor.

—Pues para interesarse por mí es tarde. Por mí tendrían que haberse interesado hace mucho tiempo...

Y, mientras se sentaba en la cama, con un ataque de fatiga, siguió diciendo:

—Yo ahora no necesito que se interesen por mí más que aquellos que nunca me traicionaron. Pero no este par de cobardes que...

—Ignacio, por favor —rogó Marta con la voz quebrada, mientras Adela, discretamente, abandonaba la habitación—. ¡No puedes salir de la cama! Con el gota a gota no se juega...

Pero, para entonces, Ignacio, con un pantalón de pijama azul claro y descalzo, se había puesto de pie y gritó descompuesto:

—¡Fuera! ¡Largo de aquí! Las personas necesitamos apoyo mientras estamos vivas y no cuando estamos a punto de tirar la toalla. ¡Fuera!

—Ignacio, te pido por favor que no trates así a Alfonso y que vuelvas, inmediatamente, a la cama —dijo enfadada Marta por si conseguía paralizar su ira.

—¡Fuera! ¡Dejadme en paz! Tú y Álvaro no sois más que dos cobardes, castrados por una madre mala y chantajista. A las pobres chicas las ha anulado, que ya es bastante. ¡Pero vosotros dos sois unos castrados con complejo de Edipo!

Otro ataque de tos hizo que, por poco, se cayera al suelo. No podía hacer aquel esfuerzo. Marta lo sujetó por el brazo mientras mi hermano mayor, impactadísimo, abandonaba la habitación.

—¿Quieres que yo también me marche? —preguntó Marta, aterrada, cuando Ignacio alcanzó de nuevo la cama, buscando como un poseso la mascarilla.

—No. He dicho que vosotras habéis sido anuladas. Pero no es como lo de ellos. ¡Bastante tenéis con el daño que os ha hecho! —dijo con la respiración entrecortada.

—Ignacio, quédate en silencio que te estás poniendo peor. Voy a colocarte la mascarilla y vas a guardar silencio en este instante...

Cuando entré en la habitación, Ignacio se agarró con fuerza a mi mano. Cerró los ojos y unas pocas lágrimas resbalaron por su mejilla. Yo miraba a Marta, que debía de sentir la misma impotencia que yo. Le pedí, con la mirada, que se acercara para sostener la otra mano de Ignacio.

¡Qué rencor tan terrible era aquel que atenazaba a Ignacio en contra de ellos! No es que yo pretendiera juzgarlo. Era sólo una realidad que se acababa de poner de manifiesto con toda su crudeza. ¡Qué cosas les había dicho tan fuertes!

Cada vez más, me iba pesando el cuerpo. Por eso, sin pensármelo dos veces, cogí mi bolso y le dije a Marta:

—Si no te importa, voy a ir a casa a descansar un rato. ¡Tengo miedo del agotamiento que empiezo a notar!

—¿Cómo habría de importarme? Vete y descansa todo lo que puedas. Ya te dije que esta noche me quedo yo con Ignacio.

Sabía que Billy se enfadaría por no haberlo llamado para que viniera a recogerme pero me daba lo mismo. Era ahora cuando sentía la imperiosa necesidad de salir de aquel centro médico. Parecía que hacía siglos que no había estado en la calle, me sentí libre. ¡Al fin un poco de aire puro!

Paré un taxi para que me dejara en casa. Me preparé un baño de espuma. Me zambullí en la bañera y una sensación relajante recorrió mi cuerpo entero. ¡Qué poco valoramos las cosas pequeñas que, en el fondo, son tan importantes! Y es que la vida no es más que un cúmulo de pequeñas cosas... Me dio miedo quedarme dormida en el agua. Salí al poco tiempo y me puse un albornoz que había cogido limpio del armario de la ropa blanca en el planchero. En el *office* había un paquete de la pastelería Mallorca que, sin duda, habían traído mis dos hermanos mayores. Contenía diversos tipos de sándwiches y un tortel. Me lo comí todo. Llevaba tiempo sin probar bocado. Encontré en la nevera una jarra de gazpacho que, seguro, habían llevado los chicos, también de Mallorca. Lo bebí con mucho gusto. Llegué al salón pensando en telefonar a Billy. Me coloqué en la butaca cómoda desde la que, normalmente, mi padre veía televisión, porque contaba con una especie de *puff* para los pies. Y, sin poder evitarlo, me quedé profundamente dormida. Cuando el reloj del pasillo me despertó con su carillón, eran las once de la noche. ¡Qué barbaridad! Y ahora ¿cómo hacía para ponerme en comunicación con Billy y con Marta? Antes de nada para que no se alarmaran, para dar señales de vida. También para que Marta me contara de Ignacio y, así, poder telefonar a Las Arenas.

Llamé a Billy, que me contestó con los nervios de punta:

—Pero ¿dónde estás metida? Llevo horas esperando tu llamada. Si no pensabas salir del hospital, habérmelo dicho... ¿Es que ha empeorado la situación?

Le conté lo que me había pasado, que me había quedado dormida. Lo comprendió. A continuación llamé a Bilbao. Por fortuna, fue Alfonso hermano quién me contestó el teléfono:

—¿Vuelves ahora del hospital?

No me sentí con fuerzas para contarles lo que había dormido por la tarde. Entre otras cosas porque imaginaba el número que tendrían allí y no les interesaría lo más mínimo.

—Sí. Más o menos —respondí.

—Es que nos hemos imaginado que saldrías un poco tarde y que sería al llegar a casa cuando nos darías noticias.

—No hay novedades por aquí. Ignacio no está ni mejor ni peor. Parece que el oxígeno le ayuda a respirar y, hasta mañana, no sabremos nada nuevo. Y dime ¿por ahí?

—Ya hemos hablado con papá y mamá.

—¿Y...?

—¡Horrible! ¡Un disgusto enorme! Mamá se desmayó y, en mitad del vahído, comenzó a decir cosas raras. Al volver en sí, no ha parado de repetir que le dijéramos que todo era mentira, que queríamos acabar con ella...

—¿Y papá? —quise saber yo.

—Papá quería salir en cuanto se lo hemos dicho —respondió Alfonso—. Pero hemos conseguido que esperen a mañana. Álvaro y yo les acompañaremos.

—Mejor. Mucho mejor que no vengan hasta mañana. El médico, por fuerza, mañana tendrá que decirnos algo.

—Bien, Bea, espero que esta noche duermas bien. ¡Tienes que estar como un trapo!

—Sí, estoy agotada. ¡Ah! Llegó Constanza del pueblo de la sierra. Pero yo ya no estaba.

—Y va a dormir en casa, supongo...

—Sí. Al parecer, se quería quedar ella en lugar de Marta. Pero ésta no se lo ha permitido.

—Bien. Mañana estaremos todos juntos.

—Un abrazo.

—Otro...

Salí a cenar con Billy, como habíamos quedado. Me condujo a la terraza de un italiano muy de moda, en la que habíamos cenado ya en diversas ocasiones. Le pedí, otra vez, que regresara a Biarritz, que yo veía mal las cosas y que éstas podían prolongarse. Billy se resistía:

—Es que a mí me compensa quedarme contigo aunque sea para verte a ratos.

—Sí, pero mañana llegan mis padres y, seguramente, todo va a complicarse más porque ya los turnos tendrán que ser para estar con Ignacio y, a la vez, para no dejarlos solos a ellos en casa.

Le confesé que esperaba que no se quedaran muchos días porque, una vez que lo hubieran visto, no pintaban nada en Madrid en plena canícula. Se empeñó en que durmiera cuanto antes. Al llegar a casa, bajó del coche para abrirme la puerta del portal mientras se despedía de mí. Lo hizo con un abrazo fuerte, pecho contra pecho, tirando hacia atrás mi melena con una de sus manos. Luego, con suavidad y maestría, me besó los labios. Un beso que me encantó y que me supo a menta... Me dijo que se iba a tomar unas copas a Richelieu para, tal vez después, dar una vuelta por Gitanillos.

—¿Por qué bebes tanto, Billy?

—Exageras, Bea, yo bebo sin pasarme. Como una persona normal. Es que si quedas con unos amigos, no vas a tomar batidos de chocolate...

—Un día te arrepentirás —dije con un inmenso cansancio.

Constanza no había llegado. ¡Qué raro, era tarde! ¿Habría sucedido algo? ¿Estaría Ignacio peor? Ya en camión, me tumbé en la cama con idea de esperarla. Y, de pronto, como si hubiera pasado un solo minuto, sonó el despertador. Lo había puesto con el tiempo suficiente para llegar, sin prisas, a la visita de los galenos. A los pies de mi cama encontré una nota de Constanza: «Despiértame cuando te levantes. Quiero ir al hospital contigo. Duermo en el cuarto de mamá. Un abrazo, Constanza.»

Alcancé el gabinete de mi madre, después su habitación, en la que dormía mi hermana. Sin mediar palabra, me tiré junto a ella en la inmensa cama, la abracé y, cuando se despertó, ambas rompimos a llorar con un enorme desconsuelo. Todo era

horrible. Pero, al menos, Constanza se unía a nosotros en aquellos momentos. Su presencia amortiguaba la orfandad que yo siempre había sentido.

Desayunamos en la cafetería que había debajo de casa. Queríamos hablar de muchas cosas, pero no era el momento. Teníamos muy claro que era imprescindible llegarnos al hospital cuanto antes. Tomamos un taxi y a las 9.30 horas entrábamos por el vestíbulo del centro médico. Yo había recomendado a Constanza que se quedara en casa descansando. Que no era seguro que nos fueran a dejar entrar a ambas sin ser hora de visita. Y que no iba a esperar abajo, sentada en una silla de plástico, hasta que la dejaran subir a planta. No aceptó esta posibilidad bajo ningún concepto. Me aseguró que estaría mucho más tranquila allí, aunque fuera sentada en el vestíbulo, que en casa sola y esperando noticias. Me confesó que sus nervios estaban de punta y que no había sido capaz de pegar ojo en toda la noche. Aprovechándome del hecho de que eran pocas las personas que durante el mes de agosto ocupaban el hospital, y dando por hecho que era ésta la razón por la que hacían la vista gorda, nada más llegar a la puerta de entrada utilicé todos los recursos a mi alcance y, una vez más, conseguí que nos fuera permitido algo que, en principio, iba en contra de las normas por las que se regían: mi hermana mayor subió al segundo piso del edificio conmigo.

¡Cómo no iba a estar nerviosa Constanza! A mí me era imposible no apreciar los latidos de mi corazón con verdadero frenesí cada vez que, de nuevo, subía a la habitación de Ignacio. Todas y cada una de las veces, la eterna pregunta que sin querer formular siquiera, me mordía en el alma: «¿Cómo lo encontraré? ¿Habrá empeorado?» Una vez en la puerta de la 207, asomé la cabeza antes de entrar. Allí se encontraba la pobre Marta sentada en el potro de tortura. Acariciaba la mano de Ignacio que, con oxígeno y dificultad, respiraba mientras dormía o, al menos, dormitaba. Al vernos, dejó la mano de nuestro hermano con sumo cuidado reposando en el embozo de su sábana. Se levantó y, haciéndonos un gesto para que saliéramos de la habitación, se vino tras nosotras. Marta y Constanza se abrazaron. Trataban de aguantar el tipo por difícil que resultara. Intenté posponer la demostración de emociones:

—Bueno, antes que nada, Marta, ¿cómo ha pasado Ignacio la noche?

—Teniendo en cuenta que bien no está, creo que no se puede decir que haya estado peor. Incluso yo diría que respira algo mejor.

—¿Ha tosido mucho? ¿Ha vuelto a delirar?

—Creo que han sido dos las veces que se ha despertado sobresaltado. Debía de estar soñando porque el sobresalto tenía que ver con el horror de ayer. Creo que dijo algo así como: «¡Largaros, fuera de aquí cobardes, que no sois más que un par de cobardes!» Y al cabo de un par de horas, volvió a repetirlo en voz alta...

—Bueno, pues ahora, cuando pase la visita del equipo médico, hay que estar muy atentas a lo que nos dicen. Tengo la impresión de que hoy pueden darnos un diagnóstico. Y, luego, hay que pensar lo que diréis a papá y mamá, que ya se habrán puesto de camino.

—¿Qué es eso de lo que les vamos a decir? En todo caso, diremos —comentó Constanza muy seria.

—No. Conmigo no contéis porque no es fácil que entre la postura de Alfonso y la mía, con respecto a este asunto, podamos llegar a un consenso...

—No entiendo, Bea. ¿Es que tu postura, con respecto a este asunto, y la de Alfonso son irreconciliables?

—Sí, Constanza, ¡por supuesto!

—Pero ¿en qué sentido lo dices? —preguntó Marta, con todo el sueño del mundo a cuestas...

—Pues porque yo no les ocultaría nada. Lo tengo más claro que el agua. Si de mí dependiese, nunca sería brutal. Pero, al mismo tiempo, os aseguro que no les ocultaría el más mínimo detalle relacionado con la gravedad de Ignacio.

—Vamos a esperar a ver qué es lo que nos dice tu amigo, el jefe de planta, esta mañana. Pero yo tampoco soy partidaria de ocultarles nada. Todo el dolor que sea gratuito, sí, pero...

—Es que partimos de diferentes supuestos —le interrumpí suavemente con la intención de aclarar posturas—. Vamos a ver, seamos sinceras, ¿vosotras creéis que se estarán muriendo de dolor por la enfermedad de Ignacio? Porque si así fuera, bien que lo han disimulado... Llevan siglos sin hacer el menor gesto. Muchas veces habría jurado que hasta se han olvidado de su existencia.

—¡Bea, por Dios, no seas tan cruda! ¡Sólo oírte me hace daño! —musitó Constanza casi a punto de llorar.

—Yo, sinceramente Bea, también creo que exageras. ¿Piensas que Ignacio es alguien que les da igual? ¡No, qué va! Una cosa es que no sepan cómo abordar su problemática y que terminen por huir de él, que esto sí es cierto, pero llegar a pensar que nada les importa... Ni tan siquiera que esté gravemente enfermo...

—Ya tenemos edad de pensar cada uno de nosotros lo que nos dé la gana. Aunque yo no coincida con vosotros, no me voy a oponer a decirles aquello que os parezca conveniente. Entre otras cosas, porque como no se enteran de nada que no quieran enterarse...

Nos encontrábamos charlando sobre las diferentes maneras de enfocar el problema ante mis padres cuando vi entrar al fondo del pasillo al jefe de planta y sus ayudantes. Visitaban habitación por habitación y, por tanto, tardarían un rato hasta que llegaran a la 207. Las habitaciones del hospital no estaban llenas ni mucho menos. De ahí que el recorrido de las visitas las hicieran los doctores con mucha más celeridad de la que esperábamos. Pronto nos encontramos al equipo médico frente a nosotras en el pasillo.

Entraron en la habitación. Mientras examinaban al hijo de Adela, besé a Ignacio sonriéndole y, por primera vez en todos aquellos días, me devolvió su sonrisa. Esa que hacía ver su dentadura blanca y casi perfecta. Salí con el equipo médico al pasillo donde estaban mis dos hermanas. Éstas, con la discreción que les caracteriza, se

retiraron un poco. Pero fui yo quien, después de pedir permiso al doctor, les hice unirse al grupo. Tenía verdadero interés en que fuéramos las tres quienes oyéramos las explicaciones que parecía nos iba a dar.

—Bueno, señoras —dijo entre solemne y cariñoso el jefe de planta—, creo que estamos en disposición de decirles que la neumonía empieza a remitir. Hoy he encontrado mejor su estado general, pero...

—Pero... —dije impaciente e, incluso, mal educada.

—Pero aclarar que se trata de una neumonía muy fuerte. Ha estado muy grave y, en ese estado, permanece todavía.

—¿Sigue grave? —preguntó Marta atónita, como si no pudiera creerlo.

—Sí. Lo cierto es que sigue grave. Pero los antibióticos que le estamos administrando por vena le van haciendo efecto...

Nos turnamos para no dejar a Ignacio solo pero queríamos, a la vez que tomamos algo a modo de almuerzo rápido, estar de vuelta para la hora en la que calculábamos que mis padres llegarían al hospital. Mis hermanas estaban nerviosísimas por el encuentro. A mí, lo que verdaderamente me preocupaba era que Ignacio pudiera echarme en cara el haber hecho partícipes de su problema a nuestros padres. Pensaba jurarle que yo no había sido, que los otros hermanos tomaron la decisión de hacerlo porque así lo aconsejaron los médicos. Y, si había necesidad y, antes de que desconfiara de mí, prefería decirle la verdad: que había estado muy, muy grave.

Aparecieron papá y mamá acompañados de Constanza y Marta. De alguna manera habían conseguido permiso para acceder todos a la planta sin necesidad de pases ni limitación de visitas. Papá llegó con un traje *beige* de gabardina que yo, acostumbrada a lo que había sido mi medio durante aquellos días, me pareció más propio de ir a los toros, a barrera, en la plaza de Las Ventas que de ir allí a visitar a mi hermano. Llevaba también camisa azul con listas blancas de las que, el mejor sastre de Bilbao, Lozano, le hacía siempre a medida y, en los pies, unos calcetines de hilo y zapatos italianos tipo mocasines. Mi madre no le iba a la zaga: apareció con un traje italiano de Pucci en tonos azules y verdes (sus preferidos) y su rubio pelo con mechas, que disimulaban sus canas, recogido en un moño.

Al verlos llegar, mamá me hizo un gesto con la mano con el que no sugería, sino ordenaba, que no empezáramos a besarnos ni a meter ruidos innecesarios. Bien, no nos besaríamos. Afortunadamente, el chico de Adela se encontraba solo en aquel momento. Mis padres quedaron absortos mirando a Ignacio, quien parecía dormido y respiraba de manera arrítmica a pesar del oxígeno. Antes de dejarles a solas con mi hermano, vi cómo mamá se acercaba para besarlo en la frente. Papá, con la enorme discreción de siempre, quedó a los pies de la cama de su hijo, dándole prioridad a ella.

Nos encontrábamos en el pasillo con Constanza esperando que todo se desarrollara con un mínimo de normalidad cuando, de pronto, oímos la voz de Ignacio, rota por la tos pero enérgica hasta la ira:

—¡Pues mal! —dedujimos que mi madre le había preguntado cómo se encontraba—. ¿No te das cuenta de que estoy fatal? Pero es así, fatal, como llevo años. Prácticamente, desde que he nacido estoy igual de mal. Y, fundamentalmente, por tu culpa...

—¡Ignacio —mi padre se dirigió a él con energía, pero sin el menor éxito—, te pido que no hables así a tu madre!

—Pero, papá ¿cómo quieres que le hable a una persona que, a día de hoy, después de todo lo que ha ocurrido, se presenta a decirme tonterías cuando llevo una vida con el alma rota por su culpa?

—¡Pero no seas así de vengativo, hijo! Si te hemos hecho daño, si no hemos sabido tratarte, la culpa es tanto mía como suya.

—¡Eso no es cierto, papá y tú lo sabes! En nuestra familia ella ha sido la que ha organizado, manipulado, castrado a todo bicho viviente...

—¡Ignacio, no te consiento que hables así a tu madre! —oímos decir a mi padre.

También se oía la tos de Ignacio que tapó las últimas palabras de papá mientras nosotras, aterradas, no sabíamos qué hacer.

—Es, para mí, una liberación decirlo. Porque, mira, he llegado a pensar que puede que yo no sea hijo tuyo...

—¡Ignacio, te exijo silencio!

—Por una vez, hablemos claro, tú como yo, papá, sabes que puedo no ser hijo tuyo.

—¡Ignacio! —mi madre se había callado durante demasiado tiempo y, ahora, era ella quien atacaba:

—Si te mantienes en esta actitud, nuestras relaciones deben mantenerse como hasta ahora, inexistentes.

Al terminar de decir estas palabras, se echó a llorar.

—Sigamos así. Al menos, para conservar la paz que tengo desde que dejé de verte. Y ahora, papá, si quieres, tú puedes quedarte, y si decides marcharte, lo respetaré. Pero tú, mamá, vas a salir de esta puta habitación ahora mismo —gritó Ignacio.

Escuché el ruido que la silla metálica hizo al levantarse mamá. Me decidí a entrar a por ella. Al menos, para acompañarla en su humillante salida. Cuando entré, Ignacio había retirado la mascarilla del oxígeno y se disponía a despachar, literalmente, a mamá de su habitación. Papá, de pie, tenía los ojos totalmente enrojecidos, no sabía bien si sujetar a Ignacio para evitar una posible caída al suelo o, si por el contrario, sostener del brazo a mi madre por si, a su vez, no podía resistir el agravio al que había sido sometida. Algo que no había conocido, ni de lejos, en toda su vida. Fui yo quien me ocupé de mamá y la saqué de la habitación. Debo reconocer, a riesgo de parecer un monstruo, que la pena que por ella sentía era sólo relativa.

Mi padre permanecía abrazado a Ignacio y, con la voz entrecortada, pretendía amainar su ira y hacerlo reflexionar. Tarea que no parecía, en principio, nada fácil:

—Hijo, no puedes tratar así a tu madre. Insisto en que es más que posible que no hayamos sido capaces de entenderte. Pero, si así fuera, yo no quiero escabullirme de la parte de culpa que me corresponde.

—Tú no tienes apenas culpa, papá. Siento tener que decirte que siempre he sido consciente de que era mamá la que mandaba en vuestro matrimonio. Ella siempre se ha aprovechado de los más débiles.

—¿Qué quieres decir? ¿No crees que en todo este atroz desencuentro tú tendrás algo de culpa? Bueno, la culpa, fundamentalmente, será nuestra. Pero algo malo o no muy bueno habrá recibido ella de tu parte.

—No, papá, no. Las cosas que ella hace no han sido nunca racionales sino arbitrarias. ¡Jamás te ha dado la categoría que te mereces, aunque no fuera más que por aguantar sus desplantes, casi siempre, con buena cara! Ella arremete y si la persona agredida, en vez de responderle de inmediato, le va aguantando una cosa aquí y otra allá, en lugar de valorar su paciencia o su bondad, piensa, de inmediato, que es tonto. Y te conviertes en alguien despreciable para ella.

Dejé que terminara su razonamiento con aquella frase de inmensa crudeza. Después, me acerqué a él y, acariciando su brazo, intenté apaciguar su ánimo con suaves palabras:

—Venga, Ignacio, tranquilízate, no vale la pena que pases este mal rato. Cuidado con el gota a gota que se te va a salir y, si así fuera, tendrían que volver a pincharte en la vena de nuevo.

Mientras, mi padre nos miraba desencajado, sin saber qué hacer. La tormenta de rayos y centellas que venía amenazando desde antiguo había estallado y nadie se había librado de sus efectos. Bueno, había ganado el amor propio dolido durante tanto tiempo de Ignacio. Pero, en realidad, todos nos habíamos quedado vacíos. Papá se despidió en silencio de Ignacio. Me inspiró ternura la forma en la que besó a mi hermano en la frente. Este, como si quisiera demostrarle su reconocimiento, su cariño, le daba golpecitos en la espalda. Yo lo despedí con mi mejor sonrisa.

Ignacio estaba agotado. Su respiración era muy dificultosa y, de inmediato, le coloqué la mascarilla de oxígeno. No pasó mucho rato hasta que le oí dormir con un ligero ronquido arrítmico.

Capítulo 45

La oportunidad perdida

Billy seguía en Madrid. Llegó un momento en el que decidí no insistir más para que abandonara la ciudad. Comencé a pensar que estaba en ella mucho más entretenido de lo que me podía imaginar. Él seguía diciendo que prefería quedarse junto a mí. Que no me dejaría sola en aquella circunstancia tan adversa. Pero como lo cierto es que no procedía que estuviera en el hospital, cada mañana se acercaba a Puerta de Hierro, donde me enteré por terceros que se reunían todos los amigos que, por diversas razones, se encontraban en Madrid. Algunos, incluso, seguro que habían alegado problemas de trabajo inexistentes para justificar su estancia de *rodríguez* en la ciudad. Una vez en el Club, organizaban partidas de golf para almorzar, después, en la piscina. A los postres, con copa y puro, formaban unas timbas de cartas en el mismo recinto bajo la sombra de sus frondosos árboles. Y, después de beber como cosacos, cuando la tarde tocaba a su fin, iban organizando planes para la noche. Si yo podía salir con él, Billy venía encantado a buscarme. Pero si esto no era posible, daba una vuelta —siempre, en su argot, el salir a la aventura era «dar una vuelta»— con sus amigos por las terrazas de moda para acabar tomando más copas aún en la Boîte, Top Eden, Gitanillos o cualquiera de las *boites* que más animada estuviera en aquel momento.

Mis padres regresaron, de inmediato, a Las Arenas con Alfonso y Álvaro. Mis hermanas mayores y yo permanecemos en Madrid haciendo turnos. Paulatinamente, la salud de Ignacio iba a mejor, lo que me permitió salir casi a diario con Billy por la noche. A veces, nos encontrábamos con personas conocidas. En otras ocasiones, buscábamos un rato de soledad entre nosotros. Constantemente, Billy me pedía en matrimonio. Yo seguía sin querer comprometerme con él y dando largas. Aunque pronto me di cuenta de que lo nuestro, por más que me empeñara, no podía ser calificado de amistad. En cualquier momento, presionada por él y, de otro lado, por mi madre, podría verme abocada a un matrimonio que no estaba segura de desear.

De la noche a la mañana, en lugar de hablar hasta el infinito de la terrible situación en la que Ignacio le había colocado a su llegada a Madrid, como habíamos previsto, mamá hizo todo lo contrario. Como si de un estado amnésico se tratara, no volvió a mencionar aquel episodio. Tampoco mencionó al menor de sus hijos nunca más. Y cambió de asunto con una radicalidad poco normal. Para justificar su derrota,

dirigió sus pensamientos hacia otros asuntos que nada tenían que ver con mi hermano. Parecía que éste hubiera muerto. Y era sólo papá quien nos telefoneaba todos los días para preguntarnos por su salud. Los nuevos pensamientos, que bien podían ser calificados de obsesiones en mi madre, eran extraños en su conjunto. Uno de ellos me concernía a mí, tal y como yo había vaticinado el día en que conoció a Billy. Todo su interés estaba en que yo me casara con él cuanto antes. Para ello, se deshacía en elogios hacia su persona, en consejos «de corazón»:

—¡Beatriz, no tienes idea del hombre que tienes junto a ti! ¡Y cómo te mira! ¡Cómo te trata! No conozco a hombre alguno que hubiera sacrificado su verano sólo por estar contigo.

Y, claro, como yo no iba a decirle que me constaba lo bien que lo estaba pasando en Madrid con viejos y nuevos amiguetes, insistía hasta el aburrimiento:

—Te diré que su padre ya fue un hombre enormemente codiciado en toda la sociedad de la época. Y, para colmo, el hijo es mejor...

La escuchaba en silencio porque era inimaginable el no hacerlo. Pero le respondía con vaguedades para, a continuación, cambiar de tema. Algo que, por supuesto, le sentaba fatal. A esto, había que añadir las preguntas y los comentarios que hacía a mis hermanas:

—¿Cómo creéis que va el asunto entre Beatriz y Billy? ¡Ya podéis animarla a que no pierda ese tren! Es que como esta chica ha ido siempre de original, no tiene la menor idea de que los hombres que pueden gustarnos mucho no son los adecuados para casarse con ellos y viceversa...

Una tarde, hacia las ocho, cuando nos dirigíamos a José Luis, en Serrano, nos dimos de narices junto a la calle Hermanos Bécquer con Perico Valdés. No sé por qué pero me quedé muy cortada. Demasiado como para no pensar después que esa especie de gran impacto debía de responder a algún sentimiento profundo. Me sorprendió mucho el desdén con el que ambos, desde el primer instante, se trataron. Perico preguntó con cautela pues, pronto, debió de notar que Billy no era, precisamente, un amigo de toda la vida. Quiso saber, aparentando que su interés se debía a pura cortesía, qué es lo que hacía en Madrid en agosto. Yo también le contesté por encima. Le dije que un hermano mío estaba fastidiado. Al cabo de un segundo, mientras nosotros dos entablábamos conversación, Billy, muy en sus puntos, dijo de una manera no especialmente delicada:

—Siento mucho interrumpir, Beatriz, pero hay gente que nos está esperando y vamos a llegar tarde.

Su reacción me pareció de una inseguridad en sí mismo pasmosa y, a la vez, me irritó:

—Sí, Billy, ahora vamos. Pero es que Perico me contaba algo de su proyecto de fin de carrera...

—Pues, Bea, lo siento. Para eso es mucho mejor que quedéis en otro momento. Contigo es imposible citarse con nadie. Tienes la manía de llegar tarde a todos los

sitios.

Perico lo miraba a estas alturas con un desprecio total. Sin embargo, ante tal impertinencia, decidió no seguir haciéndose el educado. Sencillamente, prescindió de él. Así, las pocas palabras que, en presencia de Billy, nos cruzamos, me las dirigió únicamente a mí, ignorando, por completo, a mi acompañante. Cuando ya nos despedíamos, se volvió con rabia y dijo todo lo alto que pudo, precisamente para que su comentario fuera oído por Billy:

—Beatriz, como es tan incómodo hablar con un invitado de piedra que, además, tiene una prisa loca por tomarse una copa, casi te llamo por teléfono por si pudiéramos vernos. Así, yo me acabaría de enterar de lo que haces en Madrid y, de paso, siempre que te interese, podría contarte lo de mi proyecto de fin de carrera...

—¿Quién es este imbécil con pinta de curilla del Opus? —preguntó Billy, indignado cuando quedamos solos.

—Ese chico tan guapo que en absoluto tiene pinta de cura —yo estaba muy molesta por su comportamiento chulesco—, es un íntimo amigo mío. De modo que te agradecería no hicieras sobre él comentarios despectivos.

—¿No me digas, Bea, que no parece un cura del Opus?

—¿Por qué dices idioteces?

—Tan bien rasurado, tan cuidado en su vestimenta y, a la vez, tan sobrio, creyendo que es un tema capital para el universo su proyecto fin de carrera... ¡Pobre imbécil!

—Billy, piensa lo que te dé la gana de él, aunque no tienes ni medio dato para juzgarle. ¡Habría que saber, y con razón, lo que él ha pensado de ti!

—No tengo el menor interés en saberlo...

—Es mi amigo. Un gran amigo. ¿O sigues sin enterarte? —repetí, enojada.

—También la gente inteligente se equivoca —contestó, queriendo hacer una gracia que me sentó fatal.

Había llegado el momento de cortarle de una vez. Me daba igual si aquella insistencia en ofender se debía a las copas que, para aquellas horas, tenía entre pecho y espalda:

—La próxima vez que hagas un comentario despectivo sobre él, te prometo que me marcho a casa.

—Pero Bea, ¿debo pensar que te ha gustado alguna vez el cursi ese o, incluso, que te gusta aún?

Sin pararme a escuchar una sola palabra más de sus labios, paré a un taxi. Alcancé la calle Velázquez en un Seat malo y destartado, que olía a gasoil. Subí a casa y comprobé con gusto que no había nadie aún. Me preparé un baño, después un *gin- tonic* y me dispuse a recibir a mis hermanas, si no en la cama, casi a punto de meterme en ella. A las diez de la noche sonó el teléfono. Estaba segura de que serían papá o Billy. Ninguno de los dos. En el otro lado de la línea, la sugestiva voz de Perico Valdés me hacía una propuesta:

—Perdona que no haya esperado mucho para hacer la llamada que prometí hacer y que debiste de creer que se trataba de una amenaza.

—Para mí tus llamadas nunca son amenazas... ¡Eres tonto!

—He pensado que nada tenía que perder. Quería probar suerte, como ignoro cuánto tiempo más vas a quedarte en Madrid...

—Estoy esperando que se enderece el asunto de mi hermano, que fue el que me trajo aquí. Va rápido. Pero, hasta que no esté más resuelto, me quedaré.

—Y siendo así ¿por qué no salimos a tomar una copa?

—¡No sé qué decirte Perico! —yo lo que estaba era aterrada de hablar con él a solas—, estoy bastante cansada y pronto, lo que se dice pronto no es...

—Como quieras, Beatriz. Te entiendo muy bien. Si te parece...

Tenía, en el fondo, muchas ganas de verlo:

—¿Qué es lo que me propones?

—Cualquier cosa mediante la cual pudiera llegar a verte, cuanto antes, mejor.

Me hizo reír su salida y quedé con él. Pero, nada más hacerlo, comencé a ser víctima de una gran mala conciencia: «¡Esto me pasa por salir con Billy como si fuera mi novio formal! Y no pienso dejarme vencer por esa insana sensación. No tengo el menor inconveniente en decirle, en su momento, que vi a Perico. ¡Sólo faltaba!»

Perico era mucho Perico. En un primer momento, estuvimos los dos un poco cortados. Creo que él se mordió mucho la lengua para no caer en lo mismo que había caído Billy: ponerle verde sin conocerle de nada. Lentamente, fuimos restableciendo aquella especie de complicidad sin límites que siempre había presidido nuestra amistad. Cuando menos lo esperaba, me vi a mí misma haciéndole partícipe de todo lo que estábamos pasando con Ignacio, de la pésima relación de éste con mamá, del último encontronazo que, al parecer, había roto toda posibilidad de un mínimo entendimiento entre ambos para siempre... Y un sinfín de cosas más. A mi vez, me interesé por su vida, por su proyecto fin de carrera, por sus planes de futuro... También indagué en sus amores. Salía con una chica desde hacía seis meses. Pero no estaba convencido de estar enamorado. Fue entonces cuando me juró que, por más que se empeñaba, con ninguna mujer que no fuera yo había conseguido sentir «amor del bueno». ¡Claro que las había monas y monísimas, inteligentes, entretenidas...! Pero esa conformación de cabeza, esa unión que, en un determinado momento había sentido —y sentía— cada vez que estaba junto a mí no le resultaba posible encontrarlo en otra mujer.

«Palabras, palabras», pensé, aunque advertí que me sentía enormemente halagada. Su piel, cuando se ponía, aunque no fuera más que para darme fuego, en contacto con la mía, me encendía por dentro. Y aquel inolvidable cogote, sus dientes, sus labios... Y, quizá sobre todo, esa ilusión intacta de querer llevar un tipo de vida a todas luces vocacional, esa fuerza de voluntad que movía montañas, esa exigencia para consigo mismo que nunca desfallecía... Todas estas cosas me seducían.

Llegó un momento en el que no creo que pudo resistir por más tiempo la pregunta. Quería saber de Billy:

—Bea, ese chico con el que te vi esta tarde ¿quién es?

—Guillermo Torrent —respondí con laconismo.

—No. El nombre me da igual. Me gustaría saber, si no te importa, qué es lo que representa para ti, ¿es amigo, novio?

—No sé —le respondí pensativa.

—Es decir, es novio... —dedujo él de inmediato.

—Te aseguro, Perico, que no sé lo que es. Que salgo con él es un hecho. Pero es como si ciertas cosas hubieran venido rodadas hasta mí. O como si no tuviera la fortaleza de enfrentarme a pensar qué es, cómo es, qué quiere y, naturalmente, qué es lo que quiero yo...

—Pues si me lo explicas así de claro, espero poder decirte que no te pega nada.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Por qué no me pega nada?

—No sé, pero, evidentemente, él no hizo nada para caerme bien, sino todo lo contrario. Aparte de este hecho, aunque nada hubiera ocurrido en nuestro encuentro, seguiría diciendo que no te pega nada.

—No creas, Perico, que te entiendo. Ni siquiera un poco...

—Es el típico novio que hubiera elegido tu madre para ti. Pero nunca tú. ¡Ya me entiendes!

En contra de nuestra costumbre de siempre, en lugar de dar un paseo, nos habíamos sentado en una terraza de la Castellana donde habíamos tomado una copa y luego otra. De pronto, Perico se puso muy serio y, mirándome fijamente a los ojos, dijo:

—*And then I go and spoil it all by saying something stupid like I love you...*

—¡No digas tonterías, Perico! ¡Qué aburrido que me digas, cada vez que nos vemos lo mismo! —frivolocé.

Pero lo cierto es que aquella noche no pude conciliar el sueño. A la mañana siguiente, me levanté temprano para ir al hospital. «¡Qué raro que no haya telefonado Billy!», pensé. Pero, inmediatamente, lo imaginé la noche anterior en una juerga de las que organizaban a diario sus amigos de Puerta de Hierro. Parecía como si se hubieran propuesto quemar Madrid. Y pienso que, poco a poco, entre todos lo iban consiguiendo.

Mi hermano, por fortuna, iba mejorando, ahora a pasos agigantados. Nunca hablé con él de aquello que había acontecido durante la visita de papá y mamá. Él parecía no querer recordarlo. Teníamos que ir buscando un lugar para que viviera. Ignacio seguía resistiéndose, como gato panza arriba, a aceptar un dinero que mis padres querían darle para solucionar su problema de manutención. Jaime cuñado, el marido de Constanza, que de manera extremadamente cariñosa había bajado de la sierra para verlo durante aquel verano, le encontró una pensión en la calle Leganitos donde, por poco dinero, podía vivir mucho mejor que lo que había vivido hasta el momento. El

dinero para sufragar estos gastos lo conseguiría a través de papá. Pero, para hacer esto posible, hizo que éste le jurara que todo quedaría apuntado para que, el día de mañana, figuraran en su testamento todas y cada una de las pesetas que había gastado de modo que le fueran retenidas en beneficio del resto de los hermanos.

Cuando Ignacio recibió el alta médica, se había hecho un poco tarde para volver a Las Arenas. Una mañana, hablé con Guiomar, quien me pidió que me fuera a Jerez a pasar unos días. Iba a celebrarse la feria de la vendimia y me aconsejaba despejar mis dudas entre Billy y Perico. Necesitaba un descanso tras toda la temporada tan dura que había vivido. Acepté encantada.

Capítulo 46

Feria de la vendimia

El día 2 de septiembre *ya* estaba en Jerez de la Frontera, acompañada de Guiomar y sus primos. Éstos eran muy señoritos, pero eso sí, simpáticos a más no poder. Me habían hablado tanto de su tierra que estaba deseando conocerla.

—Mira, Beatriz —me dijo Guiomar—, la sociedad de Jerez es mucho más divertida que la sevillana.

—¿En qué sentido?

—Es una gente a la que se le nota mucho la mezcla que tienen de ingleses... Viajan más, cazan fuera de sus tierras, de su provincia e incluso en el extranjero, a donde no tienen el menor problema en desplazarse.

De esta manera comenzó una amena conversación con mi amiga, su madre y su hermana mayor. Me gustaba estar con ellas por su carácter tan alegre y extrovertido.

—Y también se nota mucho que viven mejor en sus casas —añadió Inés madre—. Me refiero a dentro de sus casas y no a aparentar fuera de ellas. De hecho, suelen tener muy buenas cocineras. Es que el sevillano, en su casa, no gasta. Es muy austero. La clase alta tiene muchos criados y cree que eso es ya vivir muy bien. Pero está muy equivocado. En Sevilla, las casas se abren previo aviso y de uvas a peras. En Jerez, por el contrario, las casas están abiertas. Ponen a tu disposición su coche de caballos, te organizan una cacería en el coto...

—En estos detalles externos sí hay una diferencia enorme entre la sociedad sevillana y la jerezana, aunque luego, a la hora de casarse, a los jerezanos también les gusta matrimoniar con las de Jerez —sentenció Inés hija.

—Pero hay muchos jerezanos y jerezanas casados con vascos, catalanes, madrileños... —dije yo, sorprendida de esta última apreciación.

La madre de Guiomar se puso, de pronto, muy solemne:

—Es cierto. Pero con una salvedad importante. Son muchas las bodas que se han organizado en Jerez con gente catalana, madrileña o vasca. Los de Jerez siempre han hecho buenas bodas. Al menos, en lo que a lo material se refiere.

—Creo que estás exagerando... —dijo Guiomar.

—No, hija, no. Yo nada más digo la verdad. Creo que en ese sentido, la sociedad jerezana junto a la bilbaína y la catalana son las que celebran más matrimonios por interés.

—¿Y quiénes son los considerados «plin» en este momento en Jerez? —pregunté, dispuesta a conocer algo más de esta gente.

—Los Pantera, por ejemplo —contestó, de nuevo, Inés madre—, que es el mote que tienen los Domecq. Me refiero a Perico Domecq y su mujer, Paloma Bolarque.

—Bueno —ahora era Inés hija quien trataba de satisfacer mi curiosidad—, lo cierto es que antes de casarnos, Jorge y yo estuvimos saliendo con una pandilla de jerezanos muy divertida. Es verdad que estaban Perico Domecq, como dice mamá, y su hermano Pepe, Petra Lianza, Alfonso Caballero —al bello, alto, rubio y fascinante Alfonso Caballero lo conocía yo de Madrid—, Petrucci Blázquez —una mujer valiosa que lo persiguió hasta el matrimonio, a la que yo conocería luego en Madrid y que desgraciadamente moriría de cáncer—, y los Maldonado —que eran los pollos más guapos, más atractivos y más frescos de Jerez—. A los Maldonado Gordon, como a tantos de su círculo, se les nota su obsesión por Inglaterra hasta en la vestimenta.

—¿Y en qué les notas su obsesión por Inglaterra? —preguntó Guiomar a su hermana.

—Pues que, por ejemplo, ellos llevan las chaquetas de *sport* raídas como todos los ingleses de buena familia. ¡Esto entre nosotras, porque delante de ellos no se puede decir! Es que siempre ha habido bastante rivalidad entre los hombres de Jerez y los de Sevilla.

—Es cierto lo que dice tu hermana, Guiomar —intervine yo—. El sevillano es mucho más cursilón en el vestir. No tiene la clase del jerezano. Tú misma me has comentado más de una vez que a la feria de Jerez los sevillanos, salvo excepciones claro, no van. En cambio, los jerezanos siempre han ido a la feria de Sevilla en grupo y salen con sevillanas, pero nunca con los sevillanos.

Me parecieron bastante certeras las observaciones que hicieron mis amigas y su madre cuando pasamos aquellos días en Jerez. Fuimos mucho al Hotel Los Cisnes, que estaba en la Calle Larga, la única calle importante que existía, y también al Club de Polo, el equivalente al de Puerta de Hierro madrileño o al Pineda sevillano. Aparte de estos dos lugares básicos, como me habían ya advertido, hicimos mucha vida en casas particulares, en cortijos, a donde fuimos requeridas a almorzar con sus consiguientes paseos a caballo. ¡Un planazo!

El «snobismo» del hombre jerezano era inconmensurable. Yo pensaba que, como buenas andaluzas, mis amigas y su madre habrían exagerado con respecto a este asunto. Creo que se quedaron cortas. Lo que no me habían comentado suficientemente, sin embargo, es la distinción de estos hombres, sus buenas plantas, su nivel de *charmeurs* de alta escuela, que injustamente hacía que les fueran perdonadas una y mil cosas. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Así es la vida!

Yo estuve durante toda mi estancia obsesionada con los porcentajes. Si llegabas a un grupo en el que se encontraran cinco hombres, con toda seguridad podías jurar que tres de ellos eran literalmente de quitar el hipo. Ellos, qué duda cabe, estaban

orgullosos de sí mismos. Y sobre la capital hispalense y sus habitantes, sus rivales, tenían las ideas tan claras como los sevillanos sobre ellos. No albergaban, por ejemplo, la menor duda sobre la diferencia entre su feria y la de Sevilla. Consideraban la sevillana más internacional —creo que esto lo aceptaban porque, sencillamente, era una obviedad— pero, la suya era infinitamente «más exclusiva».

—Se sabe que Hemingway iba a la de Sevilla. Pero no dudes que tratándose de Niarchos o de quien quieras que sea verdaderamente de la *high*, no dudaría en venir a la nuestra. Entre otras cosas porque estarían invitados a cualquiera de nuestras casas —me explicaba un chico guapísimo al que, francamente, le tiré los tejos durante aquellos días—. Y es que para entrar en casa de un sevillano la cosa es complicada... ¿No ves que ellos no salen de su provincia? No porque no tengan *tela* ni nada parecido. Es que, simplemente, no les parece necesario y terminan por creer que el mundo es tan pequeño como un mapa de primero de bachillerato.

Luego, el amigo del susodicho, seguía la explicación:

—A nosotros, por el contrario, nos encanta salir no sólo de Jerez, sino de España. En cuanto tenemos la más mínima ocasión, nos vamos a cazar a Inglaterra. Y te digo Inglaterra porque entre ellos y nosotros siempre ha existido una *liaison* por el amor que ambos profesamos a los caballos.

Solíamos ir a la playa de los Terry, que en la actualidad se llama Vistahermosa. Es una urbanización de los Osborne en lo que, por entonces, no había más que dunas. Me hacía gracia que la llamada Casa Grande de entonces, y que ahora han convertido en el golf de El Puerto de Santa María, fuese una casa del más puro estilo vasco. Cerca, en la playa de Fuentebravía, por cierto, tienen sus casas todos los Medina. Fue allí, en su orilla donde se rodó el famoso anuncio del caballo blanco de los Terry a galope junto al mar. ¡Qué belleza! Yo estaba impresionada. También fuimos mucho a unas playas soberbias en Zahara de los Atunes que ellos consideraban las mejores de Europa. En mi opinión, su andalucismo les hacía ser un pelo exagerados, aunque no dejo de reconocer que sí eran magníficas. Fuimos bastante a Zahara porque solamente tardábamos una hora en llegar. Junto a la playa se encontraba la finca Las Lomas, de Ramón Mora Figueroa y su mujer, Carmen Domecq, personas simpatiquísimas que nos convidaban continuamente.

De cuando en cuando, la madre de Guiomar me preguntaba si había hablado por teléfono con mamá porque había llamado la noche anterior. Mis respuestas solían ser las mismas:

—No, Inés, no he hablado con ella... Sí, sí, la llamaré yo, no te preocupes...

Lo cierto es que jugábamos al escondite ya que, en aquella finalmente larga estancia, a mí me ocurrió lo mismo que a Guiomar en el norte: cuando pensaba en llamarla, imaginaba que habría salido a cenar o bien que estaría en el campo, a donde era una lata telefonar. Y es que seguíamos con el engorroso asunto de tener que pedir las conferencias a una centralita de Telefónica en la que las señoritas que nos atendían, normalmente muy antipáticas, nos decían siempre que las demoras podían

ser de horas. Con Madrid o cualquier otra ciudad de España comenzaban a resultar más sencillas las comunicaciones, pero si pedías que te pusieran con el pueblo de Águilas, en Murcia, pongo por caso, podías esperar horas enteras hasta que contaran con la posibilidad de conectarte. De ahí que hubiera gente que se quedaba días enteros quieta parada en casa para hablar con alguien a lo largo y ancho de la geografía española. El hablar con el extranjero, de no ser algo totalmente necesario, a nadie se le ocurría, pues podían transcurrir tres días de espera para realizar la conexión. Por eso, nunca podré olvidar cuando, de pronto, preguntabas a alguien:

—¿Qué vas a hacer esta tarde?

Te respondía, con la misma naturalidad con la que tú lo tomabas:

—Nada, porque tengo que poner dos conferencias. Necesito hablar con un pueblo de Badajoz y con Tarragona.

A mi madre, en idea tan poco sacrificada, le debía de pasar lo mismo. Y, claro, no animaba el hecho de que, cuando al fin, después de reclamar cuarenta veces tu conferencia, esperar la demora y, casi siempre, enfadarte con la señorita de turno, contestaran en la casa que la persona a la que estabas buscando —en este caso, yo— había salido.

No obstante todas las dificultades telefónicas que hoy parecen de otro siglo, cuando hablaba con mi madre, la conversación era de una superficialidad que me enfermaba:

—¿Qué tal Beatriz? No, ni me digas cómo lo estás pasando porque sé por Inés madre que no paráis...

No acababa de entender para qué, entonces, me llamaba a mí:

—Sí, sé que has hablado con ella. Es cierto que lo estamos pasando colosal. Es una gente, amabilísima, abierta...

No tenía el más mínimo interés sobre lo que yo pensara de los andaluces. Tampoco, que era lo peor, lo disimulaba en absoluto:

—Pero ¿en el baile de quién estuvisteis anoche?

—De los Medina. De Inés y Felipe Medina.

—¿Saben que eres hija nuestra?

—Pues no recuerdo bien, mamá, si al presentarme alguien dijo...

—¡Siempre con tonterías! Que si no sé bien, que puede que sí y puede que no... ¿Es que no eres capaz de concentrarte ni cuando eres presentada a los anfitriones de un baile?

—Creo que sí. Creo que Guiomar les dijo que...

—Con creo no me vale. ¡Eres la representación de la duda!

Aquel tipo de conversación me ponía de un gran mal humor. ¿Acaso mi madre pretendía que fuera con una banderola en la mano en la que dijera que era hija de Constanza y Patricio Villachica? Por eso cambiaba de asunto:

—¿Cómo están papá y los hermanos?

—Bien. Todos muy bien. Y dime, Beatriz, ¿te pones la ropa idónea para cada

ocasión? ¿Combinas bien los trajes con los guantes, los pendientes y todo lo demás?

—Sí, mamá...

Desde hacía mucho tiempo su obsesiva preocupación por los trapos me había hecho casi odiarlos.

—Pero, a ver —exactamente igual que si me estuviera examinando en el colegio —, con el traje drapeado azul que me ha dicho Inés que llevabas el otro día, ¿qué bolso de noche usaste?

No podía resistir tanto desprecio ni tanta idiotez y comenzaba a contarle auténticas mentiras:

—Mamá, ¿me oyes? ¿Me escuchas mamá?

—¡Claro! ¡Perfectamente! —contestaba contrariada.

—Es que yo he empezado a escuchar un incomodísimo ruido de fondo que tapa tu voz...

Y cuando creía que ante un problema técnico tan grande como ese que, perfectamente, podía presentarse en cualquier momento tendría que darse por vencida, iba directa al asunto que más le podía interesar:

—Entonces, si no me oyes bien, dime, Jorge padre ¿sigue saliendo con unas y otras y dejando en casa a Inés?

«¡Qué horror! —pensaba yo—. ¿Y si alguno de la familia levantara el auricular de uno de los teléfonos de la casa y la cazaran preguntándome semejante cosa? Pero si era tan amiga de Inés madre ¿por qué no se lo preguntaba directamente a ella? Y, si no lo era, ¿qué más le daba?»

—Mamá, no te oigo. Se te va la voz y cada vez te escucho peor. Tal vez haya alguna interferencia... intentaré llamarte mañana...

Capítulo 47

Todo sigue igual

Siempre había un momento en el que era necesario volver a la realidad. Era entonces cuando me planteaba si, de verdad, había merecido la pena retrasar el plantar cara a los problemas. Bueno, al menos, durante los días transcurridos en Jerez me había relajado con Guiomar y su familia. También con sus amigos, tan agradables. Pero la vuelta a Madrid, y más aún la vuelta a casa, se me hacía francamente dura.

Mis padres y mis hermanos estaban ya instalados en Velázquez, organizándose, cada uno, su propio invierno como debía o podía. En Madrid, ya había comenzado ese clima de finales de septiembre en los que la temperatura era alta durante el día pero que, indefectiblemente, bajaba mucho por las noches. Me impactó una barbaridad el aspecto de mi madre nada más verla. No su fachada, que se mantenía erguida y bella como siempre. Pero sí su mirada, que quedaba perdida en el horizonte, sin rumbo, con demasiada frecuencia y, también, en la lentitud de sus movimientos. Creo que tampoco la manera en la que hablaba era la suya tan inconfundible, sino que pronunciaba despacio como si tuviera que pensar en cada palabra para conseguir decir una frase entera. Daba la impresión de que, desde el terrible enfrentamiento con Ignacio, se estuviera produciendo en ella una extraña metamorfosis.

En cuanto me vio, me hizo entrar en su gabinete. Todo lo que en los días pasados me había dicho por teléfono, lo repitió como si en un *vis à vis* fueran a llegarme más hondos sus consejos. Me sorprendió que, a veces, al tratar de hacer hincapié en ellos, utilizaba las mismas palabras empleadas desde que empezó a darme la calandracá. Parecía que se las había aprendido de memoria para que, de esa forma, hicieran más efecto en mí: «Billy es un hombre de los que ya no existen; te ha llegado el momento de sentar la cabeza; te tengo pánico porque no sabes lo que quieres...», y así permanecía durante horas repitiéndome lo mismo.

La preocupación de papá por el estado de salud de mi madre era evidente. Casi siempre hablaba muy poco. Pero, cuando estaba preocupado por algo, quedaba muy ensimismado y era necesario sacarle las palabras con sacacorchos. Marta comentó que se había puesto en contacto con el mejor neurólogo de Madrid y que éste iba a recibirla en un par de semanas. Los demás disimulamos nuestra preocupación como pudimos. Y, por supuesto, como ya estaba tácitamente pactado, de Ignacio no se dijo

ni una sola palabra. Yo había hablado con él aquella tarde, ya que no lo había hecho durante todos los días que, con Guiomar, permanecí en Jerez. Según me dijo, su estado de salud era bueno. Se encontraba bien y lo que más me tranquilizó fue que estaba asistiendo a todas las revisiones médicas para las que le citaban. Además, en la pensión que Jaime había encontrado para él en la calle Leganitos estaba contento. Quedamos en vernos cualquier día de la siguiente semana.

Como ya era costumbre, en el momento en el que terminábamos de tomar café en la biblioteca y tanto mi padre como mis hermanos comenzaban a desaparecer para atender sus ocupaciones, mamá, indefectiblemente, volvía a la carga:

—No es por repetirlo, Beatriz, comprenderás que para mí no es más que una lata, pero peor aún me parece no hacerte ver que el hecho de no concretar, de no arreglarte con Billy de una vez...

Marta me miraba implorante, pidiéndome paciencia.

—Es un error y sólo un error —proseguía mamá—. Pero, dime monina, algo que me intriga ¿qué esperas del matrimonio? ¿Si el matrimonio no es ni más ni menos que lo que es! Y no vayas a creer que el hecho de tener junto a ti a alguien sin problemas económicos es poca cosa. Es, en realidad, todo a lo que se puede esperar. Y no te digo nada si, encima, es guapo y bien plantado como lo es Billy.

Billy me llamó, como todos los días, para invitarme a cenar. Decidí hablar claramente con él de algo que me preocupaba, su desmedida afición a la bebida:

—Mira, Billy, ya he tomado una decisión clara y es que no voy a salir contigo a menos que me prometas que no vas a beber tanto.

—Pero ¿qué quiere decir «tanto»? —preguntó, enfadado.

—Justo lo que tú bebes. Es decir, yo comprendo tomar una, dos y hasta tres copas en una noche. Lo que me parece terrible es beber una o dos ginebras como aperitivo, vino en la cena y, después de cenar, todos los *whiskies* que pueden caer, por cierto, llegar a ser seis o siete o ¡Dios sabe cuántos!

—Bea, te juro que creo que tienes razón en lo que dices. Voy a beber mucho menos. Soy el primero que está convencido de que no puedo seguir así.

—Pero no se trata de una cuestión de puro voluntarismo, Billy. Lo que estamos hablando implicaría un tratamiento, unas medicinas, algún tipo de ayuda terapéutica. Porque el tener buenas intenciones está muy bien, pero no es suficiente.

—¿No me estarás insinuando que me vea un psiquiatra como si fuera un loco?

—No. Estás muy confundido. El que a alguien le vea un psiquiatra no significa que esté loco ni mucho menos. ¡Es algo muy distinto! Para empezar significa que es consciente de su propio problema, con lo cual ya no está tan loco...

—Eso no, Bea. Eso no me lo pidas porque no lo haré nunca. Debería bastarte con que reconozca, humildemente, que tienes razón. El resto debes dejarlo a mi fuerza de voluntad. Y es que la satisfacción de poder superar este problema a base de fuerza de voluntad debe recompensarme del sacrificio. Además, no puedo pensar que todo ello es gracias a un determinado médico o a unas pastillas. Tú cree en mí.

Me convenció por completo. Pero no sus buenos propósitos sino que ya, aquella misma noche, pidió un zumo de tomate como aperitivo y eliminó el vino de la cena. Durante todo el rato que permanecimos después en Gitanillos, bebió dos *whiskies* con agua y mucho hielo. Evidentemente, de esta manera, Billy era otra persona. Ésa de la que yo podía estar enamorada perfectamente.

Capítulo 48

La enfermedad de mamá

Pasamos un invierno muy duro y el desánimo respecto a la enfermedad de mamá nos invadió, al darnos cuenta de que sería un proceso irreversible. La primavera de 1969 fue uno de los momentos más tristes en nuestra casa.

Mi relación con Billy se fue asentando. En algunas ocasiones me atormentaba la duda de si, después de dejarme en casa, se iría con sus amigos a tomar copas. Se lo pregunté más de una vez y poco faltó para que se enfadara seriamente conmigo.

A mi madre el neurólogo le había mandado hacerse muchísimas pruebas. Esas pruebas de aparatos que empezaban a llegar a España y que pocos médicos sabían manejar. De ahí que tardaran tanto en darnos los resultados. Era indiferente o, al menos, no era fundamental el contar o no con influencias —mis padres contaban con todas las del mundo—, es que, sencillamente, se trataba de armarse de paciencia.

Cuando todas las pruebas estuvieron listas y el neurólogo la recibió de nuevo, nos dio las peores noticias que podíamos esperar: demencia senil. Papá llegó a pedir, a través de un primo hermano suyo, por entonces con un cargo importante en la embajada de España en Londres, cita con uno de los mejores neurólogos ingleses. A ella, durante un tiempo, esta idea le pareció acertada y, sin poner el más mínimo inconveniente, aceptó. Todos en casa estábamos muy preocupados y, algunos, también enormemente decaídos, pues la enfermedad de mi madre avanzaba cada vez más deprisa. Pero, al mismo tiempo, éramos sabedores de que debíamos poner todo de nuestra parte para disimular, para quitar peso a aquella terrible situación.

Creo que para mí, el síntoma, el gran síntoma de hasta qué punto mi madre estaba mal fue el hecho de que la víspera de su partida hacia Londres —Alfonso y Marta iban a acompañar a mis padres—, después de tener todo el equipaje preparado por su doncella, al llegar la noche comenzó a llorar como si de una niña pequeña, muy pequeña se tratara. Decía que ella no quería moverse de casa, que sabía muy bien que nuestra intención era dejarla en un hospital donde pasaría sola las navidades... El efecto que este desmoronamiento de mi madre causó en nosotros, y sobre todo en papá, fue inmenso. ¡No podíamos creerlo! Ella siempre tan brava, tan autoritaria, tan cruel con toda persona en la que advirtiera el más leve signo de debilidad, se encontraba perdida, temblorosa, en un puro llanto... No sabíamos qué hacer después de haber agotado nuestras palabras para convencerla de que nada de lo que decía

tenía fundamento alguno. ¡No había manera! No se bajaba del caballo... Pero no con esa seguridad tan suya, sino achantada. Lloraba, cada vez más, inconsolable. Después de que mi padre hablara con nosotros en la biblioteca, se decidió que, de momento, no la moveríamos de casa. Papá habló con su primo para explicar la razón por la que se negaba a llevarla a la fuerza. Nuestro familiar en Londres lo comprendió perfectamente y, con ganas de ayudar, dijo que lo que debíamos hacer era enviarle todas las pruebas que le habían hecho para él, a su vez, hacérselas llegar al eminente y afamado neurólogo.

Pienso que fue también en este momento cuando sentí verdadera ternura por mi madre. De inmediato, me acordé de Ignacio hermano. Si él la hubiera visto así, todos sus juicios sobre ella se habrían venido abajo. Estábamos ante un ser en plena decadencia que, desde una torre de marfil donde controlaba el mundo y sus habitantes, tiritaba de frío interior, de miedo. Yo lo pasaba tan mal que, por momentos, pensaba que casi la prefería como antes. Y es que no sé hasta qué punto es aceptable sin volverse loco el ser testigo de esa especie de caída de los dioses, de ver a un mito, por así decirlo, derrumbarse hasta límites que, claramente, rozaban lo esperpéntico.

A Billy le afectó también el deterioro de mamá. Ésta, de vez en cuando, preguntaba por él con ilusión, también como si fuera una niña pequeña que esperara a un amigo del cole. Por eso, con frecuencia, le hacía subir, cosa a la que él accedía con amabilidad. El gabinete de mi madre se había convertido en el mundo que ella era capaz de abarcar. *Miss Snowdon* la cuidaba con la misma eficiencia con la que, en otros tiempos, cuidó de nosotros, sólo que, evidentemente, con menos naturalidad.

La figura de *miss Snowdon*, nuestro ángel de la guarda particular, me hacía reflexionar mucho. Era difícil de entender y menos de justificar que hubiera en el mundo personas como ella que, por vivir la vida de los demás, hubieran dejado de vivir la suya propia. ¡Qué injusto, Dios mío, qué injusto! Se trataba de personas que no habían hecho otra cosa que chupar rueda de la vida ajena. Sí, personas que por buscarse una manera de subsistir tan absorbente, se habían metido de tal modo en el devenir de otras gentes que no habían contado con el tiempo de ser conscientes de su propia existencia. Y ¿cómo podía aceptar esta nueva injusticia? ¿Con qué cara íbamos nosotros a pedirle que habiéndose ocupado de nuestra educación, para colmo, cargara ahora con la demencia de mamá? Pero lo peor es que ni tan siquiera hubo que pedírselo. Fue algo con lo que todos nosotros contábamos, incluida ella misma. Nunca se le hubiera ocurrido hacer nada que no fuera permanecer allí, al pie del cañón. ¿Cómo podríamos pagar su existencia no vivida si no había suficiente dinero en el mundo para compensar semejante destino?

El imparable deterioro de mi madre hacía emerger, distorsionada, su verdadera personalidad. Sus obsesiones, sus inquietudes, sus monólogos daban cuenta de una parte de lo que ella había sido en su día. Para percatarse, había que contar con dos cualidades imprescindibles: unos nervios de acero y una gran dosis de psicología que

hiciera ligar comentarios que, aparentemente, nada tenían que ver entre sí. Las cosas fueron tomando un cariz que cada cual interpretaba como podía pero que, sin duda de ninguna clase, a todos nos afectaba sobremanera:

—Patricio —decía severa, de pronto, aunque mi padre no se hallara en la habitación—, te digo no y mil veces no. Bajo ningún concepto aceptaré salir a cenar con esos amigos tuyos que me parecen impresentables.

Luego, quedaba un rato en silencio, como si estuviera escuchando una respuesta, a la que inmediatamente contestaba:

—No, yo no soy tonta y no me vas a engañar. ¡Qué tendrá que ver que sean de Zaragoza para que sean unos garrulos! En Zaragoza hay, como en todos los sitios, gente muy bien y gente muy mal. Y tus amigos, no sólo son mal sino que, encima, son unos pretenciosos.

Ante tal declaración solemne de principios, quedábamos todos mudos. Siempre alguno de nosotros se agobiaba más y salía del gabinete de mamá en busca de nuestro padre, dando por hecho que ella esperaba una contestación por parte de éste. Pero no era así. Ella seguía perdida en su mundo. Lo que decía carecía de sentido. Pero, a la vez, al hablar, lo hacía casi con la misma contundencia con que lo había hecho toda su vida. Por eso, excepto que se echara a llorar (entonces ya nuestro dolor era casi insoportable), tardamos bastante tiempo en llegar a la conclusión de que mamá no esperaba réplica alguna a sus comentarios. De que se bastaba a sí misma para mantener un monólogo en el que se expresaba como si conversara con otra persona.

Mi padre, lógicamente, estaba destrozado. Se refugió en un mutismo casi absoluto. Era como si hubiera sufrido un ataque de amor propio y de antemano supiera que nada ni nadie podían mitigar su pena. En una palabra, como alguien que no es capaz de asumir aquello con lo que la vida, de pronto, le sorprende. La imagen de mi padre era la de la desesperación más radical. Yo observaba —y lo comentaba después con mis hermanas— que le costaba sangre el solo hecho de poner un pie en aquel gabinete donde estaba teniendo lugar el deterioro de su mujer. Siempre que podía, evitaba entrar, y si algo le empujaba a ello, su visita era más breve que la de los médicos. En un principio, creí verlo vejado, humillado, como si sintiera una gran vergüenza ajena por todo lo impúdico que puede llegar a ser la demencia, ya que la persona que la padece es capaz de decir auténticas barbaridades precisamente porque ha perdido todo lo que tenga algo que ver con las maneras, con el pudor. Su repudio llegó a ser tan emocional, tan falto de racionalidad, que le hablaba tan crispado como nunca le había hablado jamás:

—Connie, me dicen que hablabas de unos amigos míos de Zaragoza. No sé a quiénes te refieres. ¿Podían ser unos que veraneaban en Zarauz?

Pero, para entonces, mi madre había abandonado el asunto de la supuesta gente impresentable aragonesa y su cabeza andaba por rumbos bien diferentes. Tan diferentes que, con una parsimonia y un aplomo muy de ella, de pronto, decía a propósito del Club Marítimo del Abra:

—La verdad es que este club no es, para nada, lo que era. ¡Parece mentira que el baile vaya a dar comienzo en unos minutos y el servicio no se haya molestado en limpiar los cristales! Pero ¿nadie se ha dado cuenta que estos últimos días hemos sido víctimas de las mareas vivas?

—¿Cómo has almorzado hoy? —le preguntaba mi hermano Alfonso, con lágrimas de impotencia en los ojos para cambiar de asunto.

—¡Opíparamente! —contestaba con gran firmeza.

—Y ¿qué te han traído para almorzar, mamá?

—Pues... pues...

—¿No era verdura? —salía Marta al paso, intentando echarle una mano.

—Sí, verdura, sí —respondía mamá, pensativa y con la mirada ausente—. Bueno, y no me acuerdo qué más porque a mí lo único que me ha gustado ha sido la verdura...

Ángela nos dio una lección a todos al asumir la enfermedad de mamá y nos sorprendió aún más cuando, animada por nosotros para que se pusiera de largo de una vez, nos dijo tajantemente que ella nunca haría semejante paripé, tan absurdo y trasnochado. La vida no era tan de color de rosa, añadió, y que no intentáramos llevarla por nuestro camino.

Con dos años menos de los que yo tenía, mi hermana me hizo ver que ella pertenecía a una generación con otra visión del mundo. Incluso la reacción ante mi madre y su enfermedad era más pragmática. De este modo, aparecía con la guitarra:

—¿Qué quieres cantar, mamá?

—Pues lo que sé. Tú me acompañas.

Se sentaba junto a Ángela y se ponía a cantar sin el menor error en la letra:

—Ahí te va mi despedida, prieta chula, porque mañana me voy...

Comenzaba, así, mi madre una especie de corrido mexicano con un tono de voz claro y potente. Mientras, Ángela buscaba el tono adecuado para rasgar su guitarra hasta que mamá le decía:

—Tú, toca treinta y tres.

Y continuaba, alegre y cantarina esta triste canción:

—Vengo a cantarte mi despedida para que te acuerdes de un pobre amor. Quiero dejarte toda mi vida entre las notas de esta canción. Si estás dormida, rompe tu sueño para que hasta tu alma llegue mi voz, que está cantando quien fue tu dueño que en esta noche te dice adiós.

Cuando terminaba de cantar, respiraba hondo y satisfecha, como quien cumple con un deseo muy profundo. Nosotros quedábamos totalmente confusos, sin saber qué decir, hasta que nuestra propia madre, con otra incoherencia cualquiera, nos daba pie para una respuesta:

—Y yo, ¿soy duquesa de qué?

—Mamá, no eres duquesa, eres marquesa de Villachica —respondía alguno de nosotros, tras unos segundos de duda y de cruce de miradas.

—Pero yo, finalmente, ¿con quién me casé?

La expresión de desánimo se asomaba a todos y cada uno de nuestros rostros y, también esta vez, alguien se lanzaba a contestarle:

—Con Patricio Villachica, mamá.

—¿Con Patricio Villachica? Pobre, ¡qué bueno y qué pesado era!

Estar con ella, acompañarla, no era tarea fácil ni mucho menos. Por supuesto, decidimos que las visitas de amistades quedaban rigurosamente prohibidas. Para estar con ella era imprescindible contar con una gran paz que no siempre era fácil mantener. Por eso nos turnábamos para que, mientras ella estuviera acompañada por *miss* Snowdon y uno o dos hijos, el resto hiciera su vida. No había nervios que aguantaran semejante tensión. Y es que incluso lo que en un principio pudo hacernos reír con el tiempo daba ganas de llorar.

Recuerdo un día en el que Constanza, que venía a verla con una enorme frecuencia, apareció con su hijo pequeño. Mi hermana mayor, orgullosa, lo sacó del cochecito inglés donde lo llevaba para mostrárselo a la abuela. Mi madre quedó extasiada mirando a la pobre criatura y, cuando todos pensamos que iba a intentar sostenerlo en sus brazos, sólo comentó:

—Ya se ve que el pobre niño no será ningún paradigma de la distinción. Esto estaba cantado. ¡Tiene a quién salir!

Por supuesto, Constanza no lo tuvo en cuenta. Pero, seguro que algo que, objetivamente, hubiera podido resultar ocurrente, no le habría hecho la menor gracia. Y, de paso, tampoco a ninguno de nosotros porque en todo ello veíamos la obsesión de siempre contra Jaime, sólo que, ahora, encubierta por la demencia. Billy fue enormemente solidario. Venía a verla con regularidad, y nunca jamás olvidó una caja de bombones, una rosa, unos caramelos de La Pajarita, que sabía entusiasmaban a mi madre, y otros mil detalles. Mamá se alegraba de verlo —otra obsesión de su vida— y lo recibía con sonrisas de oreja a oreja, casi como el que ve una visión. Luego, nos íbamos a cenar y seguía demostrándome su meritoria abstinencia. Su fuerza de voluntad provocaba en mí una enorme admiración. Además, trataba de animarme, consciente del terrible momento por el que mi familia estaba atravesando:

—Hace unos días que yo veo algo mejor a tu madre...

—Yo no. La encuentro fatal. De mal en peor.

—¡Hija, Bea, no seas cenizo! —protestaba él—. No digo que esté como para tirar cohetes ni mucho menos. Pero hace unas semanas...

—Está fatal, Billy.

—Beatricita, eso ya lo sabemos. Es evidente que está fatal. Pero últimamente está más alegre, con lo que en ningún momento queda la duda de que sufra lo más mínimo.

—Eso es algo que yo no diría con tanta seguridad.

—Pero dime, ¿la ves sufrir? ¿No es cierto que últimamente es un ser risueño?

—Sí, pero...

—¿Qué cenarán los señores? —interrumpía entonces el *maître* de turno, al que Billy siempre conocía y tuteaba.

—Pues... Ahora te decimos el menú. Pero no beberemos alcohol. Si quieres, Manolo, puedes ir trayendo agua mineral...

Después de cenar, instalados en cualquier *boîte* o *pub*, disfrutaba de uno de los dos *gin-tonics* acordados previamente, me sujetaba una mano y me decía:

—Yo todo menos agobiarte, princesa. Pero, de verdad, dime ¿cuándo crees que podríamos fijar fecha para nuestra boda?

—¡Qué cosas dices, Billy! ¡Cómo vamos a plantear ahora, precisamente ahora, un matrimonio en mi casa!

—Bea, si no es ahora, tendremos que hacerlo en un corto espacio de tiempo. Por desgracia, lo de tu madre, como os dijo el neurólogo, puede llegar a ser un proceso larguísimo...

—Bueno, ya veremos. De momento, ni hablar —replicaba yo con firmeza.

Billy tenía razón. A medida que transcurrían no ya los meses, sino los días, el estado mental de mi madre empeoraba, pero no su fortaleza física. El eminente neurólogo inglés, al igual que sus colegas españoles, vaticinó en su momento que el proceso sería irreversible. En vista de lo cual, nunca se volvió a intentar que mi madre saliera de casa, pues el más mínimo comentario sobre ir a Londres o a cualquier otro lugar del extranjero para una consulta le creaba tal desasosiego, tal ataque de pánico, que decidimos no volver a mencionar el asunto.

—Además —nos decía mi padre, sumido en aquella silenciosa desesperación—, a estas alturas ¿qué es lo que nos puede decir el galeno inglés? ¿Tal vez hacer un cálculo del tiempo que puede vivir? ¡Para eso yo no la llevo a Londres a la fuerza! Tanto da. ¡Si esto es peor que no tenerla! Al menos vosotros, más pronto que tarde, tendréis que volver a reengancharos a la vida. Y es que la propia vida os lo va a demandar.

Aquellas palabras me inspiraron una terrible lástima. Era evidente que su ánimo también estaba peor cada día. Después de algún comentario de este tipo, tan crudo, regresaba a ese mutismo del que apenas podía ya salir. Pienso que a alguno le sorprendió su reacción por inesperada. Creo que fue entonces cuando descubrimos que el amor que sentía por ella debía de ser mucho mayor que lo que suponíamos.

—En el fondo —comenté yo un día con Marta hermana—, ha sido una pena que se hayan pasado la vida chinchándose el uno al otro por verdaderas tonterías.

Un día del mes de junio, Álvaro se encerró en el despacho con papá. Marta, Ángela y yo estábamos en el gabinete de mamá. Ángela acompañaba a mamá con su treinta y tres, cuando mi hermano llamó a la puerta, pidiendo permiso para entrar:

—¡Adelante! —dijo Marta en voz queda mientras mi madre, un día más, cantaba a voz en cuello:

—Ahí te va mi despedida, prieta chula, porque mañana me voy...

Álvaro se quedó mirando a mi madre como si alucinara. Por su expresión

asustadiza pude comprender que, tal vez, lo normal fue su reacción y no la nuestra. Para entonces, nuestra sensibilidad hacia sus manías o costumbres ya se había vuelto más acomodaticia. Esperó como un solo hombre y, cuando hubo acabado la canción, optó por ir al grano, supongo que para pillarla antes de que le diera por otro tema. Tomándola de su mano, nos espetó a todos:

—Mamá —nos miraba a las tres con una sonrisa triste y cómplice— si no te parece mal, voy a casarme el próximo otoño.

—¿Quién se va a casar? —preguntó mi madre.

—Yo, mamá. Me voy a casar, siempre que te parezca oportuno, el próximo otoño.

—Querido, ¿conoces a la chica como para casarte?

—Sí, claro, mamá, es Paula del Rosal. Hija de tus amigos catalanes de toda la vida...

—En este momento no sé quién es porque, de conocerla, hace mucho que no la veo. Y, claro, yo no puedo acordarme de todo el mundo porque, sinceramente, si recordara a toda persona que me es presentada, no me cabrían en la cabeza...

El disparate ya estaba servido y, por esta razón, viendo la infinita tristeza de Álvaro, intentamos dejar de insistir en que se acordara de su futura nuera:

—¡Enhorabuena, Álvaro! —gritamos las tres mientras lo abrazábamos—. ¡No sabes cuánto nos alegramos!

—¡Al fin una buena noticia! —añadí yo en voz baja.

Precisamente, justo después de hacerlo, me vinieron a la cabeza las palabras de papá sobre que la propia vida se encargaría de reclamarnos. A mi hermano Álvaro la vida ya le había dado un tirón en la solapa para que se incorporara a sus filas. También pensé de inmediato que en el momento en el que Billy se enterara de la decisión que Álvaro y su novia habían tomado, a mí me quedarían menos o ninguna excusa para aplazar *sine die* una convocatoria de boda. Esa que él me reclamaba con insistencia.

—Y ¿cuándo será eso, en septiembre u octubre? —preguntamos a Álvaro.

Y, de repente, como pasaba tan a menudo, la voz de mi madre se dejó oír imperativa:

—Yo no puedo casarme en septiembre porque tengo ópera...

—¿Qué dices mamá? —preguntó mi hermano muy disgustado.

—No le hagas caso. ¿Es que crees que es consciente de todas las cosas que dice? —preguntó Marta, impacientada.

—Y ¿es que tú crees que estas cosas que dice puedo yo escucharlas con toda naturalidad, como si fuera normal no contar con una persona para nada? —respondió airado Álvaro.

—Yo no he dicho que no contéis conmigo, lo que he dicho, simplemente, es que yo, en septiembre, tengo ópera. Esto no quiere decir que no pudiera asistir de ningún modo. Sólo que ya se verá quién acudirá este año al festival de... de... de...

—Salzburgo —completaba la frase alguna de nosotras.

Para entonces, sólo Salzburgo permanecía en su memoria, absolutamente ajena a fechas y calendarios.

—Eso. De ese pueblo perdido. ¡No sabéis lo que es llegar hasta él! Bueno, lo cierto es que está en el culo del mundo.

Yo no le había escuchado decir semejante palabra a mi madre en la vida. Con la enfermedad, cada vez se volvía peor hablada.

Eran así muchas las horas que pasábamos junto a nuestra madre. Otras muchas las pasaban *miss* Snowdon y los profesionales de la estética que se llegaban a casa, previa llamada telefónica, naturalmente, para que el aspecto de mamá fuera, como ella hubiera deseado, siempre impecable. Por eso, dos veces por semana la visitaba la manicura. O bien su peluquera de toda la vida, que le lavaba su cabello y se lo recogía en aquel moño bajo y rubio con mechas en la parte frontal de su cabeza. También venía, de vez en cuando, su pedicuro, su masajista y todas aquellas personas de confianza que, durante tantos años, habían colaborado a hacer de su existencia algo más agradable de lo que, en general, era la vida de los demás. *Miss* Snowdon, con la aprobación de todos, mantuvo siempre muy a gala que el hecho de que tener mermadas sus capacidades mentales no impediría en absoluto el cuidado externo de su señora. Papá seguía sufriendo en silencio y vagaba por la casa como un alma en pena. Era evidente que trataba, por todos los medios, de no alargar las breves visitas de cortesía que hacía a su mujer cada mañana y cada noche antes de retirarse a sus habitaciones. Las hermanas y hermanos de nuestros padres telefoneaban continuamente interesándose por ambos. También se producían muchísimas llamadas de amigos con el mismo fin. Pero mi padre no se ponía al teléfono. Siempre nos pedía a una de las chicas que atendiéramos por él dichas llamadas y que mostráramos nuestro agradecimiento. Llegó un momento en el que nadie preguntaba por él. Cuando Fermín anunciaba que una determinada persona esperaba en la línea telefónica, éramos nosotras, sin preguntar nada a nuestro padre, quienes la atendíamos. Claro que el interés de unos y otros era muy de agradecer. Pero ¿a qué negarlo? También se trataba de un *métier* muy cansado porque era algo parecido al arte de hablar sin decir nada. Y eso sí, haciendo en todo momento gala de nuestras mejores maneras y repitiendo siempre las mismas fórmulas:

—¡Qué encantadora, no imaginas cuanto agradecemos vuestro interés! No te preocupes, sin falta, le comento a papá que has llamado. Sabes que él no se pone al teléfono pero, sin embargo, agradece infinito vuestro cariño...

Llegó un momento en el que casi nos peleábamos porque fuera otro el que tuviera que pasar así diez minutos repitiendo lo mismo. ¡Y es que producía tal desgaste emocional atender las llamadas!

Como me había imaginado, en cuanto se enteró de la fecha de la boda de Álvaro, Billy aprovechó para tratar de fijar la nuestra:

—¿Te das cuenta, Bea, que tenía razón cuando te decía que hay ciertas cosas que no pueden, a pesar de todo, retrasarse hasta el infinito?

—Bueno, eso depende de cómo se viva todo... —respondía yo con terquedad.

—¡Pero qué obstinada eres! ¿Tú crees que Álvaro, por haber tomado la decisión de casarse, quiere menos a tu madre?

—Pero hay que tener en cuenta que Álvaro y Paula viven separados. Ella está en Barcelona y, efectivamente, una vez se le han arreglado las cosas a mi hermano...

—Pues hablas de nuestro caso. Es exactamente lo mismo. La única diferencia es que nosotros dos vivimos en Madrid. Pero en cuanto a...

Yo no le dejaba ni terminar la frase:

—¡Te parecerá poca la diferencia!

—Mira, Beatriz, hace unos días estuve hablando con mis padres de nuestro matrimonio y del impedimento que puede suponer el estado de salud de tu madre. Papá me dijo que podíamos contar con uno de los pisos de los que es propietario y que tiene en alquiler. Nos quiere regalar un piso pero deberíamos de decidir cuál preferimos para que, en cuanto termine el contrato de arrendamiento, en lugar de alquilarlo de nuevo, lo dejen libre para que se ponga a nuestro gusto. Siempre habrá que hacer algunas obras...

—Pero ¿cómo nos va a regalar un piso? Yo creo que, en mi familia, la casa la pone ella.

—¡No seas antigua, Bea! Ese comentario está trasnochado. Ahora las cosas las pone o las debe de poner el que puede.

—Pero es que seguro que si hablo con papá, será él quien quiera comprarme el piso.

—Yo creo que te estás equivocando. En mi familia, la casa la pone el novio. El hombre compra la casa y paga el traje de la novia. Eso es así de toda la vida.

—Puede que sí, que tengas razón. Yo para estas cosas soy un verdadero desastre. Sin embargo, a Constanza se la compró papá.

—Ese caso es especial, quizá. Al no tener Jaime ni sus padres fortuna o patrimonio... Quiero decir que al tratarse de un chico que vive, exclusivamente, de su propio trabajo, pues no es un caso típico. Te digo que, por norma general, en mi familia, es el hombre quien pone la casa...

—¿Y qué aporta la mujer?

—Bea ¡no seas prosaica! La mujer, que yo sepa, paga la boda y pone el *trousseau*, el ajuar.

—Bueno, esperaremos a que pase el lío de la boda de Álvaro para plantear lo nuestro —contestaba yo, tratando de escabullirme.

—Al menos, decidamos qué piso es el que queremos porque, como dice Matías, el administrador, el de la calle Castelló y el de Núñez de Balboa están a punto de finalizar los contratos de arrendamiento. Deben saber a quién pueden prorrogar el contrato y a quién no.

Nada de lo que decía era absurdo, sino muy razonable. Tanto es así que, un día, sin siquiera saber cómo lo hice, me vi en el despacho de mi padre hablando con él. Le

expliqué la razón por la que le planteaba el asunto de mi matrimonio. Pareció comprenderlo sin ningún *problema*:

—Entiendo muy bien lo que me dices. Es totalmente lógico todo lo que me explicas del piso. Ahora, lo que tendrás que decirme es el tipo de boda que deseas y, por supuesto, la fecha en la que se celebrará.

—Pero papá, si no encuentras que es el momento adecuado, si consideras que, para este año, es suficiente con la de Álvaro, esperaremos tranquilamente...

—No hace ninguna falta que os planteéis esperar. ¿A qué? ¿A qué deberíais esperar si, con respecto a tu madre, el tiempo no existe? Y, por supuesto, la boda de Álvaro no invalida o retrasa la vuestra. Lo que sí te pediría, hija mía, es que a pesar de que debería ser yo quien se pusiera en contacto con los padres de Billy, y aunque en última instancia tendré que hacerlo, vayas tú adelantando y tomando decisiones por ti misma para no hacerme a mí entrar ahora en ese campo. Es que no me siento capaz...

—Papá, siento mucho lo mal que lo estás pasando. Y, por otro lado, me produce cierta sensación de mala conciencia el hecho de que, al mismo tiempo, te estemos hablando de bodas, matrimonios... ¡No me parece justo!

—Pues lo es, Beatriz, lo es. Vosotros tenéis contraído con la vida el compromiso ineludible de vivirla. Y ese momento ha llegado. No trates de contenerlo. Es inútil...

Aquella misma noche, comenté a Billy la conversación con mi padre. Se alegró muchísimo y, un par de días más tarde, estábamos viendo una serie de pisos de los que su padre era propietario con el fin de decantarnos por el que consideráramos más conveniente. En el paseo de la Castellana había una posibilidad que me parecía que era por la que Billy hubiera apostado. Pero a mí, el piso, en realidad magnífico, no me convencía. El de la calle Núñez de Balboa estaba muy bien y lo mismo me parecía otro de la calle Montesquiza. No obstante, eran propietarios de una casa soberbia en la colonia de El Viso, que era el que me hacía más ilusión. Se trataba de una casa de tres plantas con un pequeño jardín con ese aspecto tan agradable que confieren las casas inglesas. Había pertenecido hasta su muerte a un hermano soltero y, al parecer, calamitoso de mi futuro suegro.

Billy estaba tan contento y con tantas ganas de complacer que no dudó en aceptar la casa de El Viso que, a pesar de contar con tres pisos, era recogida, y rechazó el piso de Castellana que, a mí personalmente, se me antojaba tan desangelado como una plaza de toros. Mi novio, al habla con su padre y el administrador de éste, se puso manos a la obra y pronto todo estaba siendo arreglado, aunque por distintas etapas. La primera fue no renovar el contrato a los actuales inquilinos. Después, nos pusimos en contacto con un arquitecto, amigo y colaborador de mi futuro suegro con el fin de que nos hiciera un proyecto de renovación total del edificio. Esto fue muy divertido e ilusionante. Eran muchas las posibilidades que tenía aquel chalet y, por tanto, muchas las diversas obras que podían acometerse. Cada día, Billy sacaba un plano y ambos comentábamos lo que nos convendría transformar:

—Si tiramos este par de tabiques, en lugar de tener dos salones pequeños, podríamos hacer uno grande al que habrá que añadir el despacho, la biblioteca, la terraza...

—Y ¿no crees que, tal vez, deberíamos de agrandararlo más aún eliminando el despacho? Porque no nos engañemos, Billy, ¿tú crees, realmente, que al despacho vas a darle algún uso?

—Si tu pregunta viene con bala —contestaba riéndose, con un excelente humor— y quieres que te conteste, con honestidad, debo confesarte que, efectivamente, no soy un hombre de despacho. Es más, siempre me ha sorprendido que tanto mi padre como mi abuelo o como tantos miembros de familias ajenas estén tantas horas metidos en los despachos... Ahora, tener un espacio para...

—Es que ése lo tenemos porque, en la primera planta, donde iría nuestra habitación con nuestro vestidor y nuestro cuarto de baño, hay también dos habitaciones más de invitados y, de una de ellas, que también es enorme, podríamos sacar un despacho-biblioteca. Me gustaría tener un pequeño cuarto de estar, donde se está muchísimo porque, al no ser grande, suele ser muy acogedor.

A mis hermanos les pareció nuestro proyecto de boda tan bien como la de Álvaro. Cuando confesé que, a veces, me atormentaban los remordimientos por dejarlos, me llegaban a decir cosas como:

—¡Pero Bea, no seas tonta! Tú sabes la ilusión que mamá tendría si fuera consciente del paso que vas a dar... Si era lo que realmente ella quería para ti —decía Alfonso.

—El que te cases no significa que vayamos a perderte —añadía Marta, siempre tan generosa—, también Constanza está casada y sigue siendo una más...

Así, poco a poco, fue tomando forma la boda que decidimos celebrar en diciembre. De este modo, tendríamos tiempo para que la casa quedara como queríamos y, por otro lado, también daríamos un respiro a todos entre la boda de Álvaro y la mía.

Con el verano y el calor las cosas se complicaron, ya que mamá se negaba en rotundo a salir de casa. Al fin se decidió que la casa de Las Arenas quedaría abierta para que nosotros nos fuéramos turnando, de manera que alguien siempre estuviera en Madrid con ellos. Papá, si cabía, se encontraba peor que antes. Yo, al menos, le notaba enormemente minado y superado por la situación. Cada rato encontraba una disculpa para pedir un vino blanco, un oporto, un *whisky*... Lo peor es que esta costumbre que él fue convirtiendo en rito generalmente la llevaba a cabo en la más absoluta soledad.

Paula, la novia de Álvaro, se empleó a fondo para organizar su boda; nosotras debíamos hacer todo lo que estuviera en nuestras manos para ayudar a nuestro hermano. Fueron muchas las vueltas que se dieron para determinar qué tipo de boda iban a celebrar. Mi hermano consideraba que debería tratarse de algo discreto e íntimo. Pero enseguida nos dimos cuenta de que la familia de ella, aunque intentaba

respetar nuestra particular situación, no sabían dónde cortar. Era la primera hija que contraía matrimonio y estaban abrumados por todos los compromisos que tenían contraídos. Yo veía agobiado a Álvaro. Este trataba de dar explicaciones tanto a papá como a todos nosotros hasta que un día, cansada de encontrarlo entre la espada y la pared, le dije lo que sinceramente pensaba:

—Me duele, Álvaro, verte tan agobiado por algo tan tonto como el número de invitados de tu boda...

—¿Por qué lo dices? —preguntó con una ingenuidad enternecedora.

—Pero ¿tú crees que no veo cómo lo estas pasando de mal al tratar de justificar algo que no tiene razón de ser?

—Se nota, ¿no Bea?

—¡Se nota una barbaridad! Perdona si me meto en un asunto que no me concierne, pero es que no puedo seguir viéndote así. Sobre todo, porque no hay necesidad alguna.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, impaciente.

—Que una vez que tenemos tan claro que mamá no asistirá a vuestro enlace, ¿qué más da que vayan cien o trescientas personas? Te recuerdo que cuando pensasteis en una boda íntima, era cuando aún ninguno de nosotros quería aceptar la posibilidad de que, para entonces, mamá seguiría incapacitada para acudir. Ahora que no es más que una triste realidad... ¡Casaros como teníais pensado en un principio!

—Es que mis suegros están llenos de compromisos y ya son tres las discusiones grandes que he mantenido con Paula.

—Pero de ese enorme compromiso de tus suegros eras conocedor desde hace tiempo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que la boda de mucha gente es algo que tú ya habías aceptado hace mucho. Luego, pasó lo que pasó y de ahí que se cambiaran los planes. Pero una vez que mamá no va... ¡Déjate llevar y no discutir más!

—No imaginas, Beatriz, cuanto te agradezco este acertado comentario que me estaba amargando la vida. Y ¿tú crees que a papá no le molestará?

—¡No le conoces! El pobre papá no se molesta por esas cosas. Y tú deberías saberlo. También que, de ser un poco consciente, mamá estaría encantada que tu boda fuera socialmente sonada, como diría ella, porque es una boda que siempre le gustó mucho.

En una de sus frecuentes visitas, Billy le comunicó a mi madre nuestro próximo enlace:

—Connie, ¿ya te ha dicho Beatriz que nos casaremos en navidades?

—¿Vais a casaros en navidades? ¡Qué divertido! —Eran ya muchas las ocasiones en las que, en lugar de «qué bien», decía «qué divertido».

Inmediatamente después de manifestar su alegría, de la manera más inesperada, preguntó entusiasmada:

—¿Y va a asistir mucha gente? —nos miramos muy sorprendidos todos los que en aquel salón nos encontrábamos, y me pareció que su pregunta merecía una contestación normal:

—No. No será de mucha gente, mamá. A la que, finalmente, acudirán muchos invitados será a la de Álvaro. Pero a la nuestra, no.

Pero aquel resquicio de escéptica esperanza, nunca duraba mucho. Mi madre, viendo entrar en el salón a Ángela, le pidió que llevara la guitarra. Se sentó como siempre, junto a mamá, y comenzó a tocar un treinta y tres un poco más sofisticado que de costumbre. Mi madre, como si hubiera esperado años a oír los acordes, comenzó de inmediato a cantar con sentimiento:

—Ahí te va mi despedida, prieta chula...

Me había acercado a la cocina a pedir una coca-cola y mis sospechas dejaron de serlo para convertirse en realidad cuando, al pasar a la altura de la biblioteca, escuché un lamento contenido de mi padre que, golpeando la pared, gritaba con rabia:

—¡Dios mío! ¿Por qué?

Se me llenaron los ojos de lágrimas. No era posible regresar así a la sala donde estaba el resto de mi familia. Sentí, de pronto, unas ganas irreprimibles de hablar con Ignacio hermano. Tuve suerte. Di con él y charlamos un rato. Lo encontré como siempre: sus amigas, sus copas, su falta de futuro... Pensé que él se interesaría por mamá. Ni tan siquiera preguntó por ella. Le comuniqué la decisión que habíamos tomado Billy y yo de casarnos. Pretendió hacer que se alegraba y, bueno, no digo que no lo hiciera, pero desde luego no fue de la manera que yo esperaba. Debía aceptarlo: mi hermano había cambiado tanto que era otra persona totalmente irreconocible.

Aquella misma noche, Billy me preguntó por qué razón había dicho yo a mi madre que nuestra boda no sería de mucha gente. No es que él no fuera a respetar cualquier decisión que yo tomara al respecto. Pero sentía curiosidad por las razones auténticas que me habían llevado a decir eso:

—Nunca lo había comentado contigo pero lo cierto es que, desde que a Constanza hermana le pusieron la proa de aquella manera tan cruel, cuando se casó con Jaime, me hice una especie de promesa a mí misma.

—¿Y puede saberse a qué promesa te refieres? —preguntó con gesto serio.

—Que si algún día me casaba, nunca lo haría de forma distinta a la que a ella le forzaron a hacerlo. Y, además, en este momento, con mamá así, me parece lo único coherente.

—Respeto mucho lo que me dices de Constanza. Pero la otra razón se me escapa. ¡Si hace dos días me comentabas lo que le habías dicho a Álvaro sobre su matrimonio!

—Es que nada tiene que ver. Yo lo que trataba, al hacerlo, era que no tuviera problemas con Paula y su familia. Ellos habían programado desde un principio su matrimonio de esa manera. Yo, por el contrario, no.

—¿Y suponiendo que mis padres quisieran ese otro tipo de boda, con mucha

gente?

—Pues mucho me temo que tendrían que aguantarse... —contesté, riéndome.

—¡Qué descarada eres! ¿Y por qué tendrían que aguantarse?

—Por varias razones. La primera porque, al contrario que en la boda de mi hermano, aquí la chica soy yo y siempre se debe tener en cuenta, sobre todas las cosas, la opinión de la novia. Y otra, porque exceptuando casos concretos, no me parece de persona de una enorme sensibilidad empeñarse en dar un festejo por todo lo alto con el problema que tenemos en casa...

—Tienes toda la razón, Bea. Mis padres son muy sociables y están llenos de amigos. Pero, a la vez, son respetuosos con el tipo de boda que cada uno de nosotros elijamos. Además, les pillamos en un momento en el que están bastante alicaídos. No sé qué tipo de movimiento poco favorable para ellos se ha producido hace poco en Bolsa. Están preocupados.

—No pasa nada por retrasar unos meses...

—¡Qué cosas más raras dices! ¿Tú no sabes cuanto cambia el humor de las personas que pueden ser considerados grandes inversionistas? Hay que tener los nervios de acero y, por supuesto, desconectar de todos los rollos financieros que pretenden colocar a todo el que se deja.

—¡No seas bárbaro!

—No, no lo soy. Hablo por experiencia. Es que es algo que no he entendido jamás. Las personas con mucho dinero, como ellos, pueden utilizarlo de dos maneras. Una más conservadora y sin sobresaltos y otra, la que papá ha elegido que podría definirse como de infarto diario. ¡Pues allá él! Además, te aseguro que todo lo que pueda sonar a ruina en la vida de mis padres sería una ruina a la que se abrazarían gustosos millones de españoles.

Capítulo 49

De blanco y por la Iglesia

La boda de Álvaro en Barcelona fue enormemente triste. «Menos mal —me dije— que por fin habían decidido celebrarla como quería Paula. Cuantas más personas y más ruido, menos tiempo para pensar.» Toda la *high* nacional se encontraba en aquel *happening*. Papá, después de mucho dudar, optó por asistir a la iglesia y no al banquete. No se sentía con fuerzas para afrontar un almuerzo en un acto tan multitudinario. Nos pareció muy acertada su postura.

Dos semanas antes de mi matrimonio, que se celebraría el 15 de diciembre, Perico Valdés me llamó por teléfono:

—Perico ¡qué alegría oír tu voz! Llevo meses para llamarte y, al final, pasa el tiempo y no he llegado a hacerlo —le dije con toda sinceridad.

—Es que, Bea, eres como el Guadiana... apareces y desapareces sin previo aviso. He telefoneado alguna vez para hablar contigo pero o bien no me contestó nadie el teléfono, o comunicaba sin parar e, incluso, en una ocasión, te dejé un recado.

—Recado que nunca llegó a mis oídos... Ahora, lo verdaderamente importante es que, al menos, para mí, es como si nos hubiéramos visto la semana pasada.

—Sí, en eso tienes razón. Pero llega un momento que yo, francamente, preferiría verte de verdad. ¡Si te soy sincero, estoy harto de imaginarte!

—¡Tú siempre tan cariñoso! —contesté, halagada.

—¡Si no me dejas ser otra cosa! A ver, cuéntame cómo te va la vida, con quién sales, a cuántos hombres tienes, en este momento, a tus pies...

—¡Me hablas como si fuera una casquivana!

—Es que, en cierto modo, nunca has dejado de serlo... ¡Por eso me intrigas tanto!

—¿Te intrigo?

—Claro. Siempre que escucho tu voz, me intrigas, me interesas... y no te cuento si te veo... ¡me enamoras!

—¡Por Dios, Perico, no me digas tonterías! —yo me había puesto violenta y se me notaba aunque quisiera evitarlo.

—Y ahora ¿qué es lo que he hecho mal? ¿Por qué te pones así, de pronto?

—No. Yo no he dicho que hayas hecho nada mal. Quizás ha habido un malentendido o será que estoy nerviosa. Todo menos intentar decir nada que no siento.

—¿Acaso querías decir algo que no me has dicho?

—Pues sí, Perico. Quería decirte que me caso.

—¿Qué?

Traté de fingir una enorme naturalidad:

—Que me caso...

—¡Bea, dime que me estás tomando el pelo!

—Es cierto.

Se produjo un silencio profundo y dolorido por parte de ambos.

—¿Quién es el afortunado?

—Ese chico con el que iba un día por la calle cuando me encontré contigo...

—¿Qué quieres que te diga, Beatriz? ¿Cuándo vas a casarte?

—El próximo día quince.

Su silencio esta vez fue más largo:

—¿De diciembre?

—Sí. En un par de semanas.

—Pues Bea, no me queda más que desearte todo tipo de felicidades. Como siempre, quiero para ti lo mejor.

—Gracias, Perico. La boda vamos a celebrarla en la intimidad. Y, por otro lado, me consta que no querrás venir, pero...

—No. Te lo agradezco muchísimo, Bea. No me es posible asistir. Ahora, te agradezco muchísimo tu invitación. Un beso, Beatriz.

—Un beso fuerte, Perico.

Me quedé chafadísima, muy triste y decaída. ¿Por qué me importaba tanto la reacción de Perico? ¡Pobre! Se había quedado destrozado con la noticia. Pensaba, naturalmente, que no le haría gracia. Pero nunca que se lo tomaría así... Tal vez era esa química que siempre había sentido por él lo que, al mismo tiempo, me hacía sentirlo muy cómplice, considerarlo tan buena persona, alguien realmente admirable... con quien tal vez hubiera podido ser feliz de haberme casado con él. Pero yo había optado por otro camino.

El 15 de diciembre tuvo lugar nuestra boda en San Lorenzo, la finca que mi padre tenía en Extremadura, la misma donde se habían casado Constanza y Jaime en su día. Ellos, en una época del año más agradable, en primavera. Es probable que el hecho de tener que bajar hasta allá con un frío considerable, e incluso que la ceremonia fuera fijada a las doce de la mañana, hiciera desistir a algunas personas de asistir. Pero si de algo no tuvimos duda, fue de que todos los que allí se encontraban era por verdadero cariño, por auténtico interés. La víspera se sirvió una cena para todos los que ya nos encontrábamos en el campo. También en esta ocasión la sirvió Lhardy y resultó sencilla y agradable. Acudieron todos los hermanos de papá y mamá y sus amigos más íntimos, a los que mi padre no veía desde hacía tiempo y que deseaban fervientemente encontrarse con él. Papá, lógicamente, fue mi padrino y desempeñó su papel a las mil maravillas. A pesar de que sus profundas ojeras daban una idea de su

desastroso estado anímico.

Mi traje había sido confeccionado por Manuel Pertegaz. Por un momento, se me ocurrió comentar con Billy que para una boda tan íntima me parecía un poco absurdo recurrir a este modisto. Pero la misma tarde que se lo dije —como, efectivamente, eran los padres del novio quienes se hacían cargo de la factura de mi traje— me telefoneó Casilda, la madre de Billy, para, literalmente, broncearme.

Para ella era lo mismo que si papá hubiera decidido que, al ser algo íntimo, en lugar de que nos sirviera Lhardy, podíamos llamar al mesonero del pueblo más próximo. No había hablado mucho con ella en otras ocasiones. Me pareció una mujer lista, con carácter y nada de lo que decía parecía tonto o inoportuno. Me convenció, me vestiría Pertegaz. Lo mismo que me había convencido, amablemente, de la hora fijada para la ceremonia, ya que, de este modo, la gente contaba con la posibilidad de regresar a Madrid en el mismo día. Pero no de noche cerrada como tendrían que haber hecho de casarnos más tarde. Un pariente de ellos, jesuita, celebraría la ceremonia.

Mi traje era muy sencillo, resaltando mi silueta, que es de lo que se trataba, según el modisto. Me gustaba Pertegaz porque a mí también me gustaban las líneas sencillas, esas que sólo puede permitírselas un magnífico modisto. Era un vestido de raso con escote de barco y llevaba un tocado de tul ilusión que escondía mi pelo, recogido en un moño bajo. Mis hermanas habían mandado traer, también de Madrid, a la maquilladora que, a través de mamá, conocíamos de toda la vida. Fue quien nos maquilló a todas. Desde las once cuarenta y cinco, Billy estaba con su madre en la puerta de la capilla de la finca.

Mientras me vestía, me preguntaba una y otra vez qué hubiera pensado mi abuela María de este enlace. Desde la ventana de la buhardilla, Marta hermana nos relataba, como si de una emisión radiofónica se tratase, quiénes iban llegando al pequeño templo. Cuando la calesa nos recogió a mi padre y a mí, yo iba presumiendo de padrino, a pesar de su innegable bajón físico. Y es que, todavía, vestido de chaqué, corbata sobre una camisa de cuellos duros, *pumps* y chistera puesta, y no en la mano, como la llevan todos los que no saben qué hacerse con ella, era un auténtico *dandy*. El pobre trataba de disimular su tristeza y mostraba una sonrisa sin ser consciente de que, como si de una mueca se tratara, se le quedaba helada en sus labios. Por entonces, lo normal era que los testigos fueran hombres. Nunca mujeres. De ahí que como tales, firmaran mis hermanos Alfonso y Álvaro, mis tíos Diego y Juan, hermanos de mi padre, y mis primos Carlos y Enrique Zulueta, además de grandes e íntimos amigos de mis padres y de los de Billy, como Iñigo Salinas, Iván Allende Salazar, Lucas Maldonado, Juan de Asúa y Enrique Silvela.

Mi futuro marido estaba realmente elegante y guapísimo. Iba acompañado por su madre y madrina, que vestía un precioso vestido de organza de color azul añil con un precioso tocado del mismo color. El almuerzo resultó bueno y simpático. A media tarde, muchos de los invitados emprendieron viaje de regreso a Madrid y otros se

quedaron junto a mi familia en la finca. Mi regalo de boda —ya que nos saltamos la petición por razones obvias— fue un juego de brazaletes y gargantilla de oro labrado con incrustaciones de esmeraldas. Esto y el solitario de mi abuela fueron las joyas que lucí en este día tan señalado. Mi regalo para Billy fue un reloj de oro Patek Philippe y unos gemelos de Suárez, también de oro con un brillante, que igualmente lució en la ceremonia.

Nosotros también regresamos a Madrid en el mismo día, para dirigirnos al hotel Ritz, donde pasamos nuestra primera noche de amor. La pasión reprimida por ambos hasta entonces se desbordó incontenible. Billy me descubrió un mundo nuevo. Era un amante experto, al que al principio, seguramente por aspectos culturales, me costó mucho el entregarme. No habíamos sido educadas para la entrega plena y desinhibida. Una vez más, se notaba que los hombres de nuestra generación habían disfrutado de una libertad sexual que a nosotras nos había sido negada. De ahí que a pesar del deseo profundo que mi marido me inspiraba, no fui capaz de manifestarlo ni aquella primera noche ni en las siguientes. Me costó tiempo el hecho de hacer el amor con Billy verdaderamente relajada. Por supuesto, ayudaba el hecho incuestionable de que mi marido, en la cama, bien podía ser considerado como un virtuoso. De ahí que supo tener la ternura, la comprensión y la paciencia suficientes para aceptar lo que a mí me ocurría: un pudor inadecuado, obstinado, que me impedía llegar a ser yo misma.

Nuestro viaje de bodas fue fantástico. Billy, junto a sus padres, habían elegido un viaje de casi un mes por toda la vieja Europa que ellos tan bien conocían. Recorrimos todos y cada uno de los rincones que nadie debía dejar de ver dentro del continente: Italia, de norte a sur, visitando Milán, Turín, Venecia, La Toscana, Sicilia... Francia con sus castillos de La Loire, la Costa Azul, París, Londres, Lisboa, Ginebra, Viena, Atenas, las islas griegas... Hoteles soberbios, restaurantes de ensueño, las mejores salas de fiestas y sus espectáculos, en muchos casos, irrepetibles...

La única pega que yo encontraba era que, cada día, mi recién estrenado marido buscaba una justificación para beber un poquito más. Yo no dudaba en recriminarlo. Pero sus respuestas eran siempre del mismo tipo:

—No te pongas así, eres muy exagerada, deberías tener en cuenta que estamos en nuestro viaje de bodas, algo que nunca volverá a ocurrir...

Y acababa, indefectiblemente, con una solemne promesa:

—Puedes quedarte tranquila porque en el mismo instante en el que pisemos de nuevo suelo español, las copas extraordinarias de estos días habrán acabado para siempre.

A pesar de que la época no fuera la mejor, disfrutamos muchísimo. Me encontraba a gusto en su compañía. Tanto es así que como si de una auténtica excentricidad se tratara, pasamos los dos mano a mano la Navidad en el Danielli de Venecia. Para fin de año habíamos elegido París. Debo aceptar que después de ponernos en contacto con ambas familias, yo no eché en falta a nadie. Me bastaba con

tener a Billy a mi lado, que, cariñoso, me mimaba tanto. También es cierto que existía algo que nos unió durante el viaje: un parecido e, incluso complementario, sentido del humor. Me he reído mucho, muchísimo con Billy. Esto sí que no puedo negarlo. Ni quiero.

Capítulo 50

Just married

La vuelta fue dura. Yo tenía una sensación interna muy fuerte, demasiado fuerte, como de dar cerrojo a un período de tiempo, que no volvería jamás. Algo extraño era mi creencia, desde el primer momento, que aquellos ratos de deliciosa soledad a dos no serían fáciles de recuperar. También hacía ilusión el hecho de estrenar casa. Para nuestro regreso, mis hermanas se habían ocupado de que tanto los pintores como los tapiceros o los electricistas hubieran terminado su tarea. Así, la llegada triunfal que hicimos muertos de risa, yo en los brazos de él, en plan americano, fue inolvidable. Inolvidable es, desde luego, ese sentimiento de ser propietario de un hogar.

Las camas nuestras (dos colchones unidos en un mismo somier) estaban hechas con sábanas de hilo de las que yo había aportado con mi *trousseau*. No recuerdo bien pero pienso que, después de tranquilizar a nuestros familiares diciendo que habíamos llegado, pasamos casi dos días no sin salir de casa, sino de la cama. También sin servicio porque era fin de semana y no se incorporarían hasta el siguiente lunes... Apuramos al máximo estos únicos e irrepetibles momentos.

Al llegar el lunes, la normalidad se impuso. Tuve que levantarme temprano para recibir a la cocinera y a la doncella que, por ahora, considerábamos sería más que suficiente para atender la casa. Por supuesto, venían recomendadas por alguien del servicio de casa de mamá, con lo cual se trataba de personas de toda confianza. A mediodía, nos acercamos a almorzar a Velázquez, a casa de mis padres. Por aquellos lares parecía haberse detenido el tiempo, excepto por el agotamiento que, si una ponía atención, podía ver reflejado en la cara de *miss* Snowdon, del pobre papá, de mis hermanas y, por supuesto, de mi propia madre. Éste era un asunto del que yo había huido como de la quema. Nunca me he sentido con fuerzas para tratar de calibrar el dolor o la ausencia del mismo de alguien que tiene la cabeza perdida. Al principio, cuando mi madre cayó enferma, traté de tranquilizarme pensando igual que todos: no sufría, no se enteraba de nada. Pero jamás llegué a creerlo de una manera total. Y sólo el resquicio que quedaba en mi cabeza para la duda me atormentaba una barbaridad. Los monólogos disparatados se sucedían sin parar. Ya ni siquiera era capaz de despistarte por un segundo haciéndote creer que había enganchado algo de lo que se le había planteado.

—¡Hola, mamá, qué gusto verte! —dije yo, abrazándola.

—Hola, mona —era evidente que no me reconocía—, me alegra que, al fin, te hayas dignado a hacerme una visita. Por cierto, ¿no te has encontrado con tu prima Lucía, que acaba de salir de aquí?

Yo no tenía ninguna prima Lucía, ni nadie con ese u otro nombre se acababa de marchar de sus salones.

—No, mamá. No me he encontrado con nadie.

—Y usted, ¿quién es? —preguntó a Billy, a la vez que éste le entregaba un regalo de Hermés que le habíamos comprado en París.

—Connie, soy Billy, el marido de Beatriz.

—Pues quiero que sepa —el paquete, al que no había dado la menor importancia, lo había colocado sobre un almohadón— que yo no tengo por costumbre hablar con desconocidos. Es que —bajaba la voz como intentando no ser escuchada— ¿sabe qué?

—¿Qué? —respondió Billy, siguiendo su incongruente conversación.

—Es que *miss* Wallace es muy mala y no nos permite que tomemos caramelos por si nos envenenan.

—Mamá —me lancé yo a decir con voz compungida—, abre el paquete porque no son caramelos lo que tiene dentro. Es algo que compramos para ti en París y te va a gustar.

—Si vas a París, papá... —comenzó a entonar aquella vieja canción que no oía cantar a nadie desde nuestra más tierna infancia y opté por abandonar sus habitaciones. ¡No podía resistir aquella imagen!

A mi padre lo encontré también muy mal. Seguía sin asumir la realidad y yo lo comprendía. Se trataba de algo muy duro, demasiado, como para ser encajado por alguien que, seguramente, esperaba otra cosa para el final de sus días. De ahí que a pesar de mostrarse conmigo igual de cariñoso que de costumbre, yo notara que su estado de ánimo estaba por los suelos. Su opción por el silencio seguía vigente. Mis hermanos estaban algo mejor. A fin de cuentas, ellos entraban y salían y, como es lógico, no cargaban con la responsabilidad de tenerla junto a sí continuamente.

Este mismo día por la tarde aprovechamos para cambiar algún regalo de boda. Como todas las personas que asistieron eran de confianza, las telefoneé para contar con su permiso. Por ejemplo, nos habíamos juntado con dos vajillas de Sèvres idénticas. Cambiamos una de ellas por otra con un dibujo diferente. También aproveché para ir a la peluquería y acabamos cenando, como estaba previsto, en casa de mis suegros.

Me sorprendió muchísimo el encontrar a Guillermo, el padre de Billy, tan cariacontecido pero, al menos, salvaba el tipo. Lo que ya me alarmó es que, Casilda, su madre, nos recibió en cama. Eso sí, con una fuente tan inagotable de disculpas que, con toda seguridad, le habría sido más sencillo vestirse y evitarlas.

—Mamá ¿qué te ocurre? —preguntó Billy, mientras la besaba.

—Es como una especie de infinito agotamiento. Vamos, yo creo que es un simple *surmenage*.

—¡Qué faena, Casilda! Y ¿desde cuándo estás en cama? —pregunté yo, tratando de ser cariñosa.

—No llevo más que tres días. He intentado levantarme para cenar con vosotros, aunque fuera en bata. Pero lo cierto es que no me siento con fuerzas. ¡Qué cosa tan mala es el *surmenage*!

—¡Mamá, no exageres! —comentó Billy, mientras le tomaba la mano que, desde una mañanita de puntilla antigua de color rosa, sacaba para tal propósito con sensación de desgana.

—Te aseguro, hijo, que he intentado, por todos los medios, levantarme, vestirme y...

—Bueno —interferí yo, porque me agobiaba que se sintiera obligada a dar tanta explicación—, eso no tiene importancia. Lo que siento es que te encuentres mal. El *surmenage* debe de ser algo horrible.

—¡Verdaderamente horrible! —saltó ella casi sin dejarme acabar, sintiéndose comprendida, aunque, para ser sincera, yo no tenía ni la más ligera idea de lo que aquella enfermedad podía suponer—. Es como un desmadejamiento no solo físico, sino de espíritu, que te hace sentir a morir. No se lo deseo ni a mi peor enemigo...

—Bueno —por fin intervino Guillermo, mi suegro—, ahora, creo que ha llegado el momento en que seáis vosotros quienes nos contéis cosas de vuestro viaje.

—¡Pues una maravilla! —dije yo lo más expresiva que pude.

—¡Fantástico! —terció Billy—. Ha sido un acierto el elegir el viejo continente porque ahora ya sí que podemos decir que conocemos Europa a fondo. Y es que como la vieja Europa no hay nada en el mundo...

—Tienes razón —comentó Casilda, al tiempo que suspiraba como un alma en pena—. Europa siempre será Europa. Déjenme de Asia, de Latinoamérica y de otros países que, sin duda, tendrán su interés. Pero lo que yo siempre he tenido claro es que un viaje de placer es eso, un viaje placentero. Yo, para ver pobreza, hambre, miseria, regímenes políticos terribles... —no sé cómo calificaría ella el nuestro—, para eso, la verdad, me quedo en casa.

Un criado muy rimbombante anunció que «los señores duques estaban servidos» y, sin más dilación, pasamos al comedor mi suegro, Billy, mi cuñado Fernando y Sweetie, la hermana pequeña de mi marido. Yo captaba cierta tensión en el ambiente. Lo atribuía, claro está, a que no los había tratado lo suficiente y, de momento, no me sentía cómoda en su presencia. Tenía ganas de salir corriendo, algo que no nos costó mucho hacer ya que, en cuanto nos fue servido el café, el mismo criado rimbombante de antes se acercó a mi recién estrenado suegro y con toda solemnidad le dijo: «Al señor duque le espera el masajista en sus habitaciones.»

«¡Qué personajes tan extraños!», pensé. La una con *surmenage* y sin parar de explicar lo inexplicable y el otro, bueno, perdón, Guillermo, que se hacía masajear a

aquellas horas de la noche y después de cenar... ¡Qué par de elementos! De todos modos, tal vez adivinando mi deseo, Billy aprovechó que su padre se levantara para decir que estábamos rendidos y desear a toda su familia buenas noches.

Nada más salir, le confesé a mi marido lo raros que había encontrado a sus padres. Sobre todo, mi extrañeza porque yo jamás los había conocido así. De haberlo hecho, ya los tendría catalogados y no me hubieran chocado las actitudes que habían mostrado durante el par de horas que con ellos pasamos. Me reconoció que sus padres eran especiales. Pero, a la vez, me juró que él era el primer sorprendido por su comportamiento. No tenía idea de a qué podía deberse. Tampoco estaba en el *mood* de comenzar nuestra vida haciendo conjeturas que nos llevaran a imaginar cosas extrañas. Yo no me sentía cómoda y, como lo pensaba, en un determinado momento, pregunté a Billy si aquel estado de ánimo podía responder a algo relacionado con nuestra boda o con mi persona más concretamente. Por poco se enfada. Me prohibió, de manera tajante, que siguiera diciendo ese tipo de cosas. Me aseguró que al día siguiente hablaría con sus padres y si lo consideraba necesario, también con sus hermanos para averiguar la razón última de aquella actitud tan chocante.

Después me pidió que fuéramos a La Boîte a tomar unas copas por si veíamos a alguien conocido. Sí, claro que los encontramos. Allí estaban varios amigos nuestros después de haber cenado en diferentes restaurantes. Por supuesto, Billy, a pesar de que yo le recordé que ya estábamos de vuelta, en Madrid, no se conformó con las dos copas que había estado bebiendo durante bastante tiempo. Tuve que guiar yo el coche hasta casa porque no lo veía a él en condiciones de hacerlo. Tendría que hablar con mi marido muy seriamente. Pensé que me habría encantado hacer el amor con Billy esa noche, pero con las copas que tenía encima, mejor olvidarse. Lo confieso, me acosté un poco frustrada. No calculé para nada entonces que casi nunca hay que quejarse, ya que todo puede llegar a ser mucho peor...

Enseguida pude comprobar que, además de ser una gente de toda confianza la que formaba nuestro nuevo cuerpo de casa, se trataba también de unas personas con mucha experiencia, muy bien enseñadas. Desde muy temprano por la mañana comenzaron a limpiar la casa con gran profesionalidad: dieron cera en toda la parte de recibo, limpiaron a fondo toda la plata... En el momento en el que timbré, como había indicado a la doncella, calentaron la leche y nos subieron a nuestra habitación el desayuno en sendas bandejas. No faltaba ni un detalle: el zumo de naranja para ambos, el té con limón para mí, el café con leche para Billy, las tostadas, la bollería, la mantequilla y la mermelada de frambuesa.

Después, mientras yo tomaba un baño, Billy se duchó en su cuarto de baño. Había telefonado a su padre y había quedado con él a media mañana en su despacho. Mi marido era guapo a rabiar. Se vistió con un pantalón de franela gris, una camisa cruda y un *blazer* azul marino que adornaba con una preciosa corbata de Hermés, una de las muchas que se había comprado en París. Sus zapatos italianos y sus gemelos de oro le daban un aire enormemente cosmopolita. Nuestra despedida, aquella mañana, fue

larga. Me hacía carantoñas y me apretaba contra sí mientras a mí me daba la risa porque parecía que nos estuviéramos diciendo adiós para un par de años cuando, en realidad, íbamos a vernos de nuevo a mediodía, en poco más de tres horas.

En el tiempo que Billy pasó fuera de casa me dediqué a enseñar al nuevo servicio a hacer las cosas a nuestro gusto. Por las noches, debíamos tener un termo de agua fría cada uno en nuestra mesita de noche; las camisas del señor marqués no siempre, pero en general, se planchaban con un poco de almidón, sobre todo, las que utilizaba para el frac o el *smoking*; la prensa debían subirla, cada día, con el desayuno, y así varias cosas más. También, organicé los días de salida de cada cual para que nunca la casa quedara sin nadie. Aunque nosotros nos encontráramos fuera, era necesario que una persona guardara siempre el chalet. Además, su obligación era abrir la puerta, contestar el teléfono con las palabras adecuadas y anotar en un bloc el nombre o el título de toda persona que hubiera telefonado. A cierta hora de la tarde, debían bajar las persianas y echar los cortinones de toda la casa, encender la chimenea de nuestra habitación y, en fin, toda esa serie de detalles para los que cada cual tiene su gusto.

Hablaba por teléfono con Constanza hermana cuando Billy, con un color malísimo en su rostro, apareció en el cuarto de estar. Me encogí de hombros y con la mirada le pregunte qué ocurría. Miró hacia otro lado y me alarmé. Le dije a mi hermana que no podía seguir hablando, que la telefonaría mas tarde. Mi marido estaba blanco y mudo. Me costó mucho trabajo que dijera de una manera coherente qué era aquello tan malo que estaba ocurriendo. Él se ceñía a frases sueltas poco comprensibles:

—El *surmenage* es depresión profunda —dijo con mucha angustia en su voz.

—No sé a qué te refieres, mi amor. ¿De qué hablas?

—Mamá. El *surmenage* de mamá no es más que una profunda depresión. Porque claro, han sido tantas las veces en las que ella aconsejaba a mi padre que no tuviera todo o prácticamente todo su capital en una misma cesta...

—Pero no entiendo, Billy, qué tiene que ver el *surmenage* de tu madre con el capital de tu padre. Explícate mejor.

—¡Es que papá no sabe por dónde puede salir ahora! Y yo no tengo idea...

—¿Me estás hablando de un revés económico?

—¡Eso! ¡De eso te estoy hablando! Pero yo no lo llamaría revés, sino debacle...

—No sé bien a qué te refieres —dije yo suavemente, tratando de tranquilizarlo.

—Debido a uno de los mayores batacazos de la historia en Bolsa, papá ha tenido que hacer una escandalosísima suspensión de pagos... ¡Tendremos que hipotecar todo!

Mientras me lo contaba, trataba de contener las lágrimas...

—Resume, Billy, sé que hablas de un cataclismo pero cómo es de grande lo desconozco...

—Total, Bea, total, nos hemos quedado literalmente en la calle.

—¿Y...?

—Nos van a embargar todo, empezarán por las fincas y, luego, vendrán a por los bienes inmuebles de su propiedad que, a los efectos, eran ya nuestros...

—Pero ¿no hay nada que pueda mitigar esa avería? ¿Ha hablado ya tu padre con un buen abogado?

—Ya lo creo. Ha hecho venir al considerado mejor especialista de Barcelona y ha sido éste quien le ha confirmado que no se puede hacer nada. Además, estaba su administrador con él en su despacho. Un administrador que ha sido su mano derecha toda la vida y que llora por las esquinas. ¡Era un águila, un auténtico águila! Siempre le decía: «Señor duque, en este momento hay que comprar, sin más dilación, iberdueros; o me he permitido la confianza, al no localizar al señor duque, de comprar azucareras.» Y, a los pocos días, cualquier gestión que de él hubiera venido comenzaba a dar frutos. Iberdrola pegaba un subidón tremendo y Azucarera se colocaba entre las empresas cuyas acciones más cotizaban en Bolsa.

Yo trataba de tranquilizar a mi marido, pensando que era ésa mi obligación. Pero él proseguía, obstinado:

—Fíjate, Bea, que ha habido momentos en los que hemos pensado si el administrador contaría con información privilegiada... ¡Como él es tan afecto al Régimen y a muchos de sus ministros, pues en muchos casos nos asaltó la duda! Pero ése no era nuestro problema. ¡Si los chivatazos en Bolsa han existido siempre! Bea. Ponme un *whisky*...

—Si es la hora de almorzar, Billy...

—Yo no voy almorzar. Me siento fatal. Si no te importa, me voy a acostar. Pero, eso sí, tráeme un *whisky*.

¡Qué pronto tuve que ponerme brava con Billy con lo desagradable que me resultaba!

—¡Eso es una facha! Lo que no puedes es desmoronarte de esa manera por grave que sea el asunto, que no dudo que lo sea. ¿Por qué te quieres acostar? ¿Arreglas algo metido en cama y bebiendo *whisky*?

—Es que no me siento bien...

Me mostré dura pensando que iba a convencerlo porque no podía resistir el ver cómo un hombre tan joven, al primer contratiempo grave, era capaz de tirar la toalla, incluso físicamente, metiéndose en cama. Aunque nunca hay que olvidar que la genética tiene una fuerza descomunal y era eso, exactamente eso, lo que había hecho Casilda, su madre, bautizándolo con una palabra bonita y ambigua como *surmenage*.

—Lo entiendo. Pero que lo que debes hacer es almorzar, aunque antes te bebas un *whisky* y después trates de descansar.

Me miró a los ojos como un colegial asustado y me dijo, mientras deshacía el nudo de su corbata:

—Lo siento, Bea. Me encuentro mal. Me meto en cama. Y, por favor, no me hagas repetir de nuevo que necesito un *whisky* cuanto antes.

Me sentí totalmente desconcertada ante la reacción de Billy y la que se nos venía

encima. Las cosas fueron tomando un cariz peor cada día. Mi suegro se apoyaba en Billy. No es que esto me pareciera mal. Lo que pasa es que enseguida pude ver que se trataba de un hombre débil. Estaban prácticamente todo el día juntos y cuando mi marido regresaba a casa, no tenía humor para nada. Empezó a no querer salir con nuestros amigos y era yo quien tenía que animarlo para distraernos un poco. Le escuchaba, le atendía, le tranquilizaba, pero no me parecía bueno que permaneciéramos solos en casa dando vueltas a lo mismo.

Billy tenía vergüenza de mostrarse en público. Hasta cierto punto podía entenderlo, ya que hablamos de un Madrid muy pequeño, de una especie de pueblo grande con corrillos donde todo se conocía y comentaba al segundo. Todo el mundo sabía del batacazo que mi suegro se había dado. Mi familia se preocupó mucho por nuestra situación y, como es lógico, por mi estado de ánimo porque, la verdad, ya era tener mala suerte el llegar de viaje de bodas y encontrarte con semejante panorama... Yo procuraba mostrarme lo mejor que podía, no era cuestión de dar pena. Mi padre, siempre tan señor, telefoneó a mi marido para decirle que quería verlo. Me consta que mantuvieron una conversación en la que papá se deshizo en amabilidad con él. También Álvaro quiso, con la mayor discreción, procurar un acercamiento especialmente cariñoso hacia Billy, no sólo como cuñado sino como amigo. Fue él quien tuvo la fuerza de hacerle salir a cenar por primera vez desde la debacle. Lo que sí resultó ser como una causa-efecto fue la cantidad de alcohol que mi marido comenzó a ingerir. Si ya durante nuestro recorrido por Europa era muy superior al trato al que habíamos llegado, la noticia de la ruina familiar le fue empujando, cada vez más, a ingerir grandes dosis de alcohol. Por las noches, cuando llegaba agotado a refugiarse a casa, más que cenar, lo único que le interesaba era tomar sus copas. Poco a poco, fui sintiéndome muy sola. Mi marido aguantaba un gran número de copas sin llegar a la borrachera —pienso que ya era un síntoma de alcoholismo, algo que por entonces, no se me pasaba por la cabeza—, pero sí llegaba un momento en el que tampoco estaba normal. No era capaz de seguir conversaciones, se obstinaba en contar la misma cosa una y otra vez... En fin, que yo empecé a sentirme muy alejada de esta persona que, sin estar borracha del todo, tampoco se mostraba precisamente sobria.

Esta circunstancia, por supuesto, influyó, y mucho, en nuestras relaciones sexuales. Nuestros encuentros amorosos empezaron a tener lugar por las mañanas temprano, cuando nos despertábamos o, en su defecto, después de desayunar. Pero, para entonces, ya el teléfono no paraba de sonar, o él estaba nervioso porque debía estar en una notaría acompañando a su padre a cierta hora... El desencuentro se instaló en nuestras vidas, aunque yo hacía por no verlo. Era enormemente duro aceptar aquella realidad, tal cual era, en tan corto espacio de tiempo que había transcurrido desde nuestra boda. Yo, casi siempre optimista, pensaba que las cosas llegarían a apaciguarse, que los ánimos y los nervios volverían si no a su cauce, sí a un estado mejor, más tranquilo y saludable... Mientras, debo confesar, porque así es

como lo siento, que me comporté con él como una auténtica *geisha*. Ante todo, debo decir que me salía de natural y, además, pretendía con ello mitigar sus angustias, sus pesares... Y, por supuesto, sin esperar nada a cambio. Sencillamente, porque mi marido no estaba para nada. Cierto es que, de vez en vez, comentaba:

—¡Qué sería de mí sin ti, Bea! Siento mucho haber comenzado el matrimonio así, has tenido muy mala fortuna... Pero algún día recompensaré tu paciencia con creces.

Según fue pasando el tiempo, estas frases amables las fue espaciando hasta llegar a considerar que mi actitud era la adecuada como esposa. Que yo estaba ejerciendo ni más ni menos el papel que me correspondía.

De pronto, se produjo un cambio en sus costumbres y mi marido empezó a salir de nuevo, pero solo. Telefoneaba desde cualquier lugar para darme siempre las mismas excusas:

—Bea, estoy en Mozo tomando una copa y me he encontrado con unos amigos de San Sebastián. No te digo que vengas porque ya sabes cómo son los vascos, están todos solos, sin mujeres. Enseguida iré para casa...

Es decir, me daba las cosas hechas y, por supuesto, no me dejaba la menor posibilidad de poder apuntarme a sus diversos planes. Parece que la vergüenza del principio se le había pasado por completo. Por eso, otro día me telefoneaba tarde, a las once de la noche:

—Bea, me he encontrado con César y con su primo Manolo y me han traído, literalmente, a cenar a La Trainera... No te lo he dicho antes porque estaba convencido de que era un plan que no te apetecería nada. Ya sabes cómo son éstos, cuentan chistes salvajes de esos que no me apetece nada que tú escuches. Pero, tranquila, porque en cuanto termine de cenar, voy para allá.

Por supuesto, regresaba a casa muy tarde y con muchísimas copas en el cuerpo. Para colmo, ni tan siquiera pedía disculpas. Cada día que pasaba, el alcohol le hacía más efecto. Empezó a mostrarse agresivo:

—Me ha dicho tu hermano Alfonso que tu madre está algo peor.

—Sí. El médico estuvo ayer a verla y, según dijo, está peor de reflejos de lo que estaba hace un mes —contestaba yo, tratando de ejercer la virtud de la paciencia.

Entonces seguía hablando, pero la lengua le resbalaba por más esfuerzo que quisiera hacer por evitarlo:

—¿Y se puede saber por qué no me has comentado nada? Me has hecho quedar como un idiota de cara a tu familia.

—¿En qué momento crees que tengo tiempo para comentarte algo bien sea de mi madre o de cualquier otra cosa? —respondía yo, ofendida ante tan injusta salida.

—Siempre ha sido buena la táctica de defenderse practicando un buen ataque... Ahora voy a ser yo quien tiene la culpa de que no me hayas informado sobre tu madre.

—Mira, Billy, no quiero discutir.

—No quieres discutir pero, por cualquier cosa, me llevas la contraria. ¡Alfonso

habrá pensado que soy un idiota o que no hay comunicación alguna entre tú y yo!

—Es que, comunicación, lo que se dice comunicación...

No me dejó acabar la frase, gritándome:

—¿Qué es para ti la comunicación? ¡Dime qué debo de hacer para que tú sientas que tenemos una verdadera y auténtica comunicación! ¡Cómo se nota que tú no tienes preocupaciones!

Solía quedarme callada ante este tipo de salida. Incluso aunque hubiera estado leyendo hasta oír su llavín en la puerta de casa, me hacía la dormida con el fin de no discutir. Pero pocas veces respetaba mi sueño. Era muy corriente que, sin el menor cuidado, diera un golpe en la cómoda o tratara de despertarme para preguntar por un pijama verde que no encontraba. En estos momentos yo no sabía cómo actuar: si enfadarme, no hacerle caso o, por el contrario, acercarme hasta su vestidor, que era lo que terminaba por hacer, donde, indefectiblemente, encontraba el pijama que reclamaba. Hasta que, con una falta total de delicadeza, debió de pensar que su comportamiento era tan normal como mi respuesta. Yo sufría mucho. Recuerdo aquellos tiempos con una angustia difícil de describir. No, no había nacido para mártir. Tampoco para estar sometida a alguien de aquella manera. Pero aguantaba. Y lo hacía porque no se me ocurría absolutamente nada para cambiar las cosas. No quería dar a todo ello la categoría de drama, algo que hubiera justificado que me desahogara, al menos, con alguna de mis hermanas. ¡Era terrible decir en voz alta todo lo que yo pensaba acerca de nuestra vida en común!

Los asuntos financieros de su familia, en lugar de mejorar, iban de mal en peor. Casilda, mi suegra, seguía en cama. Y, al parecer, no tenía intención alguna de salir de ella. Siempre comentaba que una tía suya, francesa para más señas, un día decidió ingresar en cama y nunca más se puso en pie. Ella llevaba camino de hacer lo mismo. Pero con una gran diferencia: su tía llegó a convertir su habitación en el lugar donde, siempre desde su lecho, recibía a las visitas, desarrollando una intensa vida social. Mi suegra, siempre más societera que sociable, pasaba las horas sola en su dormitorio, donde, fundamentalmente, se dedicaba a hacer palabras cruzadas. Se había empeñado en permanecer fuera del mundo. De un mundo que, por el momento, no le proporcionaba más que disgustos. Ella nada preguntaba y se resistía a interesarse por cómo iban las cosas...

Un día en el que yo me presenté en Velázquez para ver a mis padres, encontré a mi madre un poco peor que lo que había previsto el neumólogo la última vez que la vio. Se le empezaban a cerrar los ojos a cualquier hora del día. Con el fin de quitarle una terrible excitación que la carcomía y que, además, no la dejaba dormir, la medicaban para que estuviera más tranquila, lo que equivalía, en realidad, a más sedada. Sus monólogos, sus salidas a veces tan ingeniosas por extemporáneas que resultaran, parecían haber llegado a su fin. Ahora, cada vez más, tenía problemas para mantener el equilibrio; también iba hablando cada vez menos. El brillo de su mirada, para entonces, era inexistente. Pasé a ver a papá a su despacho. Los años le habían

caído de golpe encima y le encontré terriblemente avejentado. Siempre amoroso, se interesó por mí:

—Beatricita, llevo tiempo muy preocupado contigo. ¡Esta historia de la ruina fulminante de tus suegros que os afecta tanto tiene que haber resultado un desastre para encauzar un matrimonio! Algo que, al menos en los primeros tiempos, no es fácil...

La voz quería jugarme una mala pasada dando pie a la congoja que no sabía cómo impedir:

—Tienes razón, papá. No puedo engañarte...

—Claro que no, mi sol, no me engañes. ¡Tienes derecho a quejarte, a desahogarte!

—No, papá, yo quejarme no quiero y desahogarme, tampoco. Tú ya tienes bastante con lo tuyo. Pero no puedo ocultar, ya que me lo preguntas, que no está siendo fácil, nada fácil, el llevar esta situación que, al menos a Billy, le sobrepasa.

—Pero tú siempre has sido muy fuerte, Beatriz. Recuerdo cuánto te quería la abuela María. Siempre dijo que, aunque pensáramos lo contrario, tu personalidad era única. Siendo tú muy pequeña, se quedaba mirándote arrobada para comentar seguido: «Esta chica será una maravilla o un desastre. Pero lo que debéis saber es que vulgar, como otra más, no lo será en la vida...».

—¿Eso decía Gran?

—Continuamente, hija mía.

—Bueno, tú no te preocupes, papá —respiré hondo para cambiar de asunto—. Todo se arreglará...

Y como me mirara con mucho escepticismo, añadí:

—Y si no se arregla, ya veremos lo que hacemos. Siempre queda la calle de en medio para salir por ella.

En ese momento no fui consciente de que acababa de decir algo que podía sonar a tontería, a frase hecha, pero que, sin embargo, resultó enormemente premonitorio. Mi padre me miró con mucha ternura. Tomó mi mano y dijo:

—Ya le comenté el otro día a Billy que yo podría adelantar tu herencia y, también, algo de dinero. Lo que pasa es que tu marido no quiso ni oírme decir esto... Se sintió como humillado.

—Es que Billy no ha atravesado una situación así en su vida. Es un hombre que, en realidad, no ha sido educado más que para ser rico, para llevar las cosas que su padre tenía y, ahora, se siente perdido. No sabe qué hacer...

—Tú sabrás ayudarlo, estoy seguro de ello. Eres lista y, por eso mismo, poco pretenciosa. Seguro que eres una gran ayuda para Billy y que todo mejorará. Pero tienes que prometerme algo...

—Dime, papá.

—Que en el momento en el que a ti te parezca adecuado, vas a tener la confianza de pedirme dinero y, si hace falta, sin tan siquiera contar con tu marido. Hay veces en

las que pienso que es dinero todo lo que tengo.

—Gracias, papá.

El auténtico problema me lo había desvelado mi padre sin darse cuenta. Yo no era nada pretenciosa. Eso es algo que, desde siempre, sabía. Tampoco era tonta. Naturalmente, me gustaba vivir bien porque era así como había vivido. Pero era Billy quien necesitaba mucho dinero y muchas seguridades para no sentirse angustiado. Era normal. Pero no veía cómo mi marido podía ser capaz de conformarse con otra vida diferente, más austera de la que hasta entonces había llevado.

Al llegar a casa, no le comenté nada de la conversación con mi padre. Sin embargo, él, con lágrimas en los ojos, me dijo que era probable que, en unos meses, tuviéramos que dejar El Viso para irnos a otro barrio más modesto. Quise echarle valentía a las cosas:

—Si quieres que te diga la verdad, Billy, a mí lo que estás diciendo casi me alegra. Bueno, entiéndeme, no es que me alegre, pero sí me tranquiliza.

—¿Cómo que te tranquiliza? —me había entendido mal y me alegré porqué alegrar... no quiero ni pensar lo que le habría parecido—. ¿Te tranquiliza dejar una casa preciosa que, con toda ilusión, habíamos decorado para vivir en ella?

—No me entiendas mal. Quiero decir que si las cosas vienen mal dadas y hay que apretarse el cinturón, considero normal vivir de otra forma distinta a la que habíamos planificado.

—¡Qué horror! ¿Te imaginas que tenga que oír que es casi una bendición el tener que mudarnos a un lugar que seguro será un barrio de pobres?

—Billy —tomé su mano en la mía—, las cosas son mucho peores pensadas que vividas. Si hay que bajar el pistón, se baja. Es peor quedarnos paralizados, haciendo la misma vida que hasta ahora y, al mismo tiempo, sabiendo que está fuera de nuestras posibilidades.

—¡O sea que hasta puede ser fenomenal mudarse a una barriada de obreros!

—¡No te pongas así! Entre un chalet como éste y una barriada de obreros habrá un término medio que...

Sus gritos me alteraron, sobre todo porque se estaba poniendo histérico:

—¡No te enteras! ¡No existe el término medio para nosotros! ¡Estamos en la más grande de las bancarrotas! ¡Es que pareces una monja del Sacré-Coeur! ¡Vamos a pertenecer y vivir en la clase media! ¡Ese asqueroso invento de Franco!

—Tampoco viven tan mal —dije, intentando suavizar la discusión.

Se puso a gritar como un energúmeno:

—¡Seguro que lo piensas! Tienen nevera, un 600 y, cuando ya están a punto de cascar, la empresa les regala un reloj Omega y un dinerillo para comprarse una casa de octava de pianola en Cogollos del Obispo, donde pasan los veranos...

—¡No seas tan cruel, Billy, me haces daño y te lo haces a ti mismo!

—Bea, prefiero que te quejes, que maldigas y hasta que blasfemes a esta reacción santurrón.

Y, sin esperar ninguna contestación, con una amargura infinita, le daban ataques de risa nerviosa.

—Tranquilízate, Billy. Además, nada de lo que has dicho es gracioso. Más bien, todo lo contrario.

—Pero al menos, no he hecho lo que tú.

—¿Y qué he hecho yo?

—Tratarme como si fuera un anormal. Porque yo sé bien que en eso de «contigo pan y cebolla» no aguantas un *round*... Terminarás por ponerme los cuernos con el primer tío que pueda ofrecerte una buena vida.

Esta última frase la comentó en voz baja, pero tuvo la poca fortuna de oírla. De nuevo me colocaba en una situación difícilísima. No sabía si darle un bofetón por su ofensa, si sentir lástima por él, si no tener en cuenta nada de lo que dijera... Pero ya no me resultaba fácil. Yo también quería aclarar ciertas cosas que para una convivencia, aunque no fuera la mejor de las posibles, eran necesarias. La primera, que se cuidara muy mucho de perderme el respeto. Sabía que, por su carácter, en el momento en el que se lo consintiera una vez, iba a creer que podría hacerlo siempre:

—A lo de que te voy a poner los cuernos, no te respondo. Sólo te pido que hagas el favor de tenerme el respeto que merezco. Al resto, por simplificar, puedo decirte que soy capaz de vivir con menos de lo que he vivido hasta ahora. Lo que es importante para mí es con quién. Yo no puedo convivir con una persona en el plan en el que estás tú en ningún lugar del mundo. Sí podría hacerlo, porque te quiero y me he casado contigo para lo bueno y para lo malo, si cambiaras de actitud, si fueras más respetuoso no sólo conmigo, sino contigo mismo, y aceptaras de una vez que no pasa nada por vivir de una manera diferente a la que habíamos planeado.

—¡Tú a mí no me das lecciones! —ya se había levantado, de nuevo, para servirse otra copa—. Y no me las das porque no te las tolero. ¿Sabes una cosa? Desde que has llegado, estamos discutiendo. Así que, en este momento, me largo. Me voy por ahí a airearme, que es lo mejor que puedo hacer.

No daba crédito a la última escena que acababa de vivir. Era sincera cuando decía que aceptaba mejor la ruina absoluta en la que nos encontrábamos que aquella actitud de mi marido hacia mí, que me hacía sentirme fatal. Ya ni siquiera hablábamos de respeto. Me estaba tratando como a una vulgar puta, de esas que uno sabe que ha comprado y que no permanecerá por mucho tiempo a su lado cuando, por la razón que sea, él deja de tener dinero. No me había casado con Billy por dinero. Es que ni tan siquiera se me había ocurrido tan asquerosa idea. Ahora, ciertamente, si mi marido no reaccionaba y procuraba tomarse las cosas de otro modo, yo no iba a poder aguantar mucho tiempo a su lado. Y ¿qué haría? ¿Adónde ir? ¿En quién apoyarme? Y todas estas preguntas me ahogaban de pura angustia. ¿Es que, acaso, estaba diciéndome a mí misma, sin pronunciarlo, que estaba dispuesta a separarme? Pero ¡si nadie de nuestro círculo, excepto dos chiflados, se separaba, daba igual como fueran los matrimonios! Y ¿qué iba a pensar la gente? Pues verde y con asas y, en eso, era

darle la razón a Billy: todo el mundo pensaría que me había casado con él por puro interés y que, al arruinarse, lo plantaba. ¿Qué me importaba lo que la gente dijera? A mí, personalmente a mí, nada. Pero luego, una no estaba en este mundo sola. Tenía padre, hermanos, cuñados...

Todas estas consideraciones se repetían continuamente en mi cerebro, hasta que se convirtieron en un pensamiento circular del que no podía desprenderme, no me dejaba dormir por más esfuerzo que yo tratara de hacer. Como mi padre, a partir de aquel día, mi propio instinto de supervivencia me sumió en un silencio muy denso. Pensaba que así sería más fácil no discutir. Pero Billy siempre encontraba una causa para hacerlo a pesar de que prácticamente no nos veíamos en todo el día.

Al poco tiempo, además de estar enormemente desmoralizada, se me añadió una nueva preocupación: hacía días que la regla no me bajaba. No le había dado importancia alguna pero, desde la última y desagradable discusión, había comenzado a ponerme nerviosa. Pensé en pedir hora en el ginecólogo que había atendido a Constanza, sin siquiera llamar a ésta porque, de inmediato, iba a notar mi depresión. Luego, no llamé tampoco al doctor. Decidí esperar.

Pero lo cierto es que no me sentía bien. Achaqué mi malestar (estómago revuelto, mareos) a los disgustos. Ya para entonces, Billy era impredecible. Decía que vendría a almorzar y luego no aparecía ni telefoneaba para avisar o bien, después de haber dicho que no almorzaría en casa, hacía su entrada en el salón. Me fijé que solía coincidir esta modalidad cuando luego se cambiaba de traje de *sport* a traje oscuro y, entonces, como si de puras matemáticas se tratara, ya no vendría a cenar. Le pedí una y mil veces que avisara si venía como si no, por pura educación. Pero era hablar con un frontón. Un mediodía, se presentó en plan chulo:

—Como no te importa nada y casi te da gusto sentirte clase media, debo decirte que ya se ha encontrado comprador para esta casa.

Mi reacción fue sincera porque ya había asumido que debíamos de abandonar El Viso:

—¿Y cuándo debemos dejarla?

—¡Que maravilla tener una mujer así de virtuosa que no se sobrecoge al tener que abandonar su hogar!

—Billy, no empieces —dije muy brava, hartísima—, si me sobrecogí hace tiempo que lo hice. Si ahora hay que pasar a la acción, se pasa.

—Pues para que te enteres de adonde vamos a tener que mudarnos, como sé y me consta que no te importa nada, que eres una mujer todo terreno, te diré que está viendo el administrador de alquilar una casa de dos habitaciones en Guzmán el Bueno. ¿Qué? Te hace ilusión ¿a que sí?

—¡No te aguanto, Billy! Ya está bien de compadecerte. ¡Eres un malcriado y, a la hora de la verdad, se nota! Una ruina es una hora de la verdad. Y para nada comparable a otras desgracias como puede ser la muerte de un ser querido.

—Si piensas eso... —ya tenía una copa de *whisky* en la mano—, si de verdad

crees que he reaccionado tan mal, te pediría que, en lugar de echarme a mí la culpa de todo, hicieras un poco de examen de conciencia. Será que tú, la mujer que conmigo vive, no me presta la ayuda necesaria...

Abandoné el cuarto de estar y esta vez sí que yo no me sentí con fuerzas más que para alcanzar la cama. Dije que me dolía mucho la cabeza, que me encontraba mal — no mentía— y que no me pasaran ninguna llamada porque iba a intentar descansar. Le oí decir, mientras yo subía por la escalera a nuestra habitación, que le avisaran cuando el almuerzo estuviera listo.

Lloré sin parar por todo lo que hacía meses debería haber llorado. No era capaz de saber cómo tratarlo y nos estábamos haciendo un daño mutuo que nada en este mundo podía justificar... Fue también aquella tarde cuando, de pronto, me acordé de Perico. ¿Qué sería de él? Le intenté borrar de mi pensamiento.

Billy entró en la habitación a cambiarse. Yo me hice la dormida, aunque no le importó demasiado, pues hizo todo tipo de ruidos, habló por teléfono con no sé quién desde allí mismo y, finalmente, abandonó la estancia vestido de riguroso azul marino y repeinado como sólo lo hacía en algunas ocasiones: con gomina. Además, dejó una estela de olor a Eau Sauvage, de Christian Dior, que indicaba que su cita era importante. El olor de la colonia que tanto me gustaba se me quedó impregnado toda la tarde en la habitación y acabó por producirme vómitos.

Capítulo 51

Sí a la vida

Un acto reflejo me empujó a telefonar a la consulta del ginecólogo de Constanza. No quise darme a conocer como su hermana por si acaso. Di mi nombre como marquesa de Torrent. Una señorita muy amable me dio cita para el día siguiente. Acepté con cierto temor. Esperaba, con toda mi alma, no estar embarazada. Pero, a la vez, quería salir de dudas. Éstas no tardaron más de veinticuatro horas en despejarse. Sí, esperaba un hijo. Ya decía mamá que, a nosotras, con mirarnos, nos embarazaban y que esto era un claro síntoma de buena salud. Me quedé sin palabras. Creo que el médico me lo notó:

—Dudo si le he dado una buena noticia o si, por el contrario, habría preferido disfrutar un poco más antes de engendrar...

—No. Siento una gran alegría. Pero como no me lo esperaba pues...

Tras decirme que volviera en un mes y que, por supuesto, podía llamarle para cualquier cosa, nos despedimos con un fuerte apretón de manos. Salí de la consulta total y absolutamente aturdida. No sabía qué hacer ni adonde ir y, sobre todo, lo que no sabía era cómo decírselo a Billy. Estaba incapacitada para imaginarme una reacción de su parte, pero algo me decía que ésta no sería, en ningún caso, buena. «Sólo faltaba —me decía a mí misma, tratando de animarme—, que encima tenga que disculparme por haber quedado embarazada. Si no hubiera querido tener hijos de momento, al menos, tendría que haberlo comentado conmigo.» Mi religión no me permitía hacer el acto si no era con el fin de procrear... Aunque Billy no fuera católico practicante, hasta ahí digo yo que conocería la religión católica. Pero es que mi marido actual era otro hombre que nada tenía que ver con aquel que me cortejó, que me asedió, con quien tanto me reí... Ahora vivía con alguien que nadie, en ningún momento, me había presentado. Y con el que, por supuesto, jamás se me hubiera ocurrido hacer planes de futuro.

Vagué por las calles sin rumbo. Me acerqué a pasear al parque de El Retiro y, después, subí por General Mola. Llegué a la plaza del Marqués de Salamanca, donde, de pequeña, había jugado con mi hermana Ángela y mis primos Zulueta. Por hacer tiempo, me acerqué a la calle de Torrijos para observar las aceras en las que, durante la Navidad, íbamos con *miss* Snowdon recorriendo puesto tras puesto para completar el Belén o para reponer las figuritas que se nos rompían continuamente: «¿Me puede

dar una hilandera? No ésa no. La que tiene la blusa verde. Y dos pajes, sí el del rey Melchor y Baltasar...» Y todos los días a comprar musgo porque en casa, con aquella calefacción tan potente, se secaba... Mientras tanto, oíamos por unos altavoces malísimos, como los de las barracas, a los diferentes puestos rivalizando entre sí. Se mezclaba *Campana sobre campana* con *Dime niño, de quién eres*, que sonaba en el puesto de al lado. Lo que más me gustaba era el papel del cielo con ese color azul añil intenso con estrellas plateadas que Francisco, el mecánico de la abuela, colocaba con chinchetas en la enorme pared. Sé que debería haber dicho que los que más me gustaban eran la Virgen o el Niño Jesús, pero siempre encontré que les ponían una sonrisa boba que me producía un rechazo inmediato.

Con estos recuerdos sobre la infancia desaparecida seguí caminando por Francisco Silvela, pasé por la Clínica de San Francisco Javier, donde había visto por primera vez un «nido», cuando nacieron algunos de mis primos pequeños, y llegué a la plaza de la República Argentina. Una vez aquí, me interné en la colonia de El Viso. Me preguntaba cuál sería la mejor manera de comunicar a Billy lo que debería de haber sido una buena nueva. No se me ocurría nada que me asegurara su alegría por la noticia.

Me encontraba tumbada en nuestro dormitorio cuando sonó el teléfono. Pilar, la doncella, tocó a la puerta:

—Señora marquesa, han llamado de Gitanillos para decir que de parte del señor marqués que no vendrá a cenar.

—Pero ¿quién dice que llamó?

—Es que no se dio a conocer, señora marquesa.

—Bien, Pilar, muchas gracias —contesté, aparentando normalidad.

¡Era indignante! ¡Mandar a un propio —seguro que el pobre chico que aparca los automóviles— para decir que el señor marqués no vendrá a cenar en lugar de hacerlo él mismo! Evidentemente, yo no le importaba nada. Todo iba cuesta abajo la rodada en nuestra relación. Pero esta insolencia yo no la iba a pasar así como así. Marqué el número de Gitanillos. Las voces, la música y el chocar de los vasos producían un ruido de fondo que casi no dejaban oír. Pedí que me pasaran con el marqués de Torrent.

Permanecí a la espera. Por fin, la voz de un Billy con muchas copas se oyó por el auricular:

—¿Allo? ¿Allo?

En ningún momento se imaginó que yo pudiera telefonar al local:

—Billy soy yo.

—¿Cómo? ¿Quién llama?

—Soy Beatriz.

—¡Ah! ¿Qué quieres? ¿Pasa algo?

—Pasa que no son maneras de decir que no vienes a cenar haciendo telefonar a una persona...

—Mira, mona...

—¿Cómo que mona? —le interrumpí, ofendida al máximo, pero tratando de guardar la compostura.

—No te entiendo nada. ¿Acaso pasa algo con tu madre? —respondió, agresivo.

—Con mamá no pasa nada. Es algo entre tú y yo.

—Pues si no es nada urgente ¡al demonio se le ocurre telefonear aquí para hablar de pájaros y flores! ¿No te he hecho llegar el recado de que no voy a cenar?

—Sí, sí han llamado.

—Entonces, ¡déjame en paz! No creerás que porque no tenga dinero voy a ser un marido de éstos que parecen colegiales atemorizados por una mamá que les reprende. ¡Ya hablaremos!

La lengua se le trababa y, de pronto, me quedé oyendo el pi, pi, pi de un teléfono en el que habían cortado la comunicación. Traté de pensar. No se me ocurría nada. ¿Tal vez tendría que contactar con Álvaro mi hermano, su amigo, para que le hablara en serio? ¿Hasta qué punto podía meter a Álvaro en un asunto que no pertenecía más que a nuestra intimidad? Puede que, al saber que iba a ser padre, todo cambiara. O, por lo menos, cambiara lo suficiente como para mantener una relación mejor. No es que tuviera ninguna fe en esta probabilidad. Pero necesitaba creer en ella para conciliar el sueño. Me costó muchísimo. Horas después, Billy entró en nuestra habitación totalmente beodo. Tropezó, tiró al suelo un florero que se hallaba en mi *chiffonnier*, puso a correr el grifo de mi bañera... La indignación me iba subiendo como si de un termómetro se tratara, pero supe contenerla. Incluso supe hacerme la muerta porque aquello no era hacerse la dormida. Mejor no hablar. No debíamos cruzar una palabra por el bien de ambos. Había que esperar, al menos, a la mañana siguiente en la que le daría la noticia.

¡Como una bomba! Le sentó mi embarazo como una auténtica bomba:

—¡No te puedo creer! ¡Me estás gastando una broma!

—No, Billy, no es ninguna broma. Estoy esperando un hijo tuyo.

—¿No se te ocurrió tomar medidas al darte cuenta del momento terrible que atravesamos? —gritó, rojo de ira.

—Yo ese tipo de medidas no las tomo. Y, por si no te acuerdas, te diré que ni siquiera habíamos comentado que nos vendría mal el tener un hijo ahora.

—Es que tú siempre tan lista, tan inteligente... pero hay cosas que caen por su propio peso y una de ellas ¡es que nos viene de pena un hijo en estos momentos!

—Mira, Billy —intenté plantarle cara para ver si lo reducía un poco—, hay cosas por las que no estoy dispuesta a pedir perdón y una de ellas es por haberme quedado embarazada.

—¿Te das cuenta de qué es lo que podemos ofrecer a un niño que llegue ahora al mundo? ¡Eres una gran egoísta!

—¿Cómo egoísta? No sé a qué te refieres...

—¿A ti te hubiera gustado nacer en un momento en el que tus padres se

encontraran arruinados? ¡Cómo se nota que nunca te ha faltado el dinero!

—Mis padres tienen mucho dinero, es cierto, pero su unión ha sido muy frustrante. El dinero ayuda pero no siempre da la felicidad —respondí, enérgica.

—No me digas esas chorradas porque no soy capaz de digerirlas... Eres como una monja revirada. De ésas que dicen lo que no piensan...

—¡Billy, no tolero que me faltes al respeto! Creo que yo, con muchos más motivos que tú, no te he faltado todavía al respeto nunca.

—¡Claro! ¡Pobre víctima! Ella, con tantos motivos para mandarme a la mierda, pero es tan buena que no lo hace, que se aguanta porque su educación no le permite otra cosa. ¡Son tantas las cosas que las niñas bien tendríais que aprender de las putas!

—¡Billy!

—Sí, de las putas, que por lo menos no te engañan. A ellas les pagas pero no te prometen amor eterno porque no te lo tienen ni lo van a sentir nunca por ti. Y ahora, dime, niña bien, ¿con qué cara digo yo a mis padres que, para colmo de males, estás embarazada?

—A mí el cómo das esa noticia a tus padres, la verdad, no me importa nada. Yo voy a hablar con mi padre y con mis hermanos y...

—Claro, con tu padre. Con tu maravilloso padre que no ha hecho más que esperar a que me encontrara en la calle para tratar de humillarme y dejar claro que, tal vez, podríamos disponer de un dinero tuyo.

—Eso no te lo consiento. Hace falta ser idiota para pensar que mi padre ha tratado de humillarte...

Y, antes de acabar la frase, cuando menos lo esperaba, mi marido me cruzó la cara, dejándome marcados todos sus dedos. Luego, abandonó la habitación. Y al cabo de una hora escasa, se marchó como si nada hubiera pasado.

Hasta allí había llegado mi matrimonio. La decisión ya estaba tomada y, por eso, aunque no podía parar de llorar, en cierto modo, estaba más tranquila. No sabía, no tenía idea de cómo lo iba a hacer. Pero lo haría contra viento y marea. Yo tenía un niño en mis entrañas a quien no podía recibir tan mal. Era mi hijo y, efectivamente, resultaba dolorosísimo pensar que llegaría a este mundo cuando ya sus padres estuvieran separados. Pero era peor, en mi opinión, criarlo en un ambiente tan terrible como era el que yo estaba sufriendo desde que regresamos del viaje de bodas, con un ser totalmente enloquecido. Me pregunté una y mil veces si cambiarían las cosas en el supuesto de que Billy se disculpara. No. Tenía claro que habíamos emprendido un camino en el que no existía la vuelta atrás. Era el final de una relación que no había resultado ser más que un espejismo, un capricho. O, cuando menos, algo muy poco sólido, preparado únicamente para funcionar cuando las cosas vinieran bien dadas y nunca en caso contrario.

¿Cómo y a través de quién iba a llevar a efecto mi decisión? Ante todo, con mucha discreción, ya que si, por ejemplo, cualquiera de mis tres hermanos se llegaba a enterar de que me había abofeteado, lo hubieran cosido a tortazos. Sólo el mero

hecho de que hubiera puesto una mano encima a una mujer y, máxime, si ésta era su hermana, sería bastante para romperle la cara sin dudarlo. Pero yo no buscaba violencia, sino todo lo contrario.

Me quedé en casa varios días mientras que la inflamación de la bofetada fue, poco a poco, remitiendo hasta desaparecer. Sólo entonces me acerqué a Velázquez a ver a mis padres. También, lo confieso, iba a allí porque, a pesar de todo, era el lugar donde yo me encontraba más a gusto. Era entre aquellas paredes donde había crecido, donde había sido tan feliz como infeliz, pero donde me había sentido en algunos momentos querida. Ora por la abuela, ora por *miss* Snowdon y también por papá y mis hermanos.

Mi obligación hacia el niño que tenía en mis entrañas consistía en proporcionarle una vida mejor que la que yo había vivido. Seguramente era esto lo único en lo que me mostraría ambiciosa. Nunca por mi culpa, mi hijo sería víctima de la maldad o la irresponsabilidad de las personas mayores. No. A mi hijo le podrían faltar muchas cosas. Nuestro futuro no estaba claro, pero habría algo que nunca podría reprocharme: convertirme en víctima para el resto de mis días. Mi padre estaba en el despacho. Tras saludarlo, escrutándome con su mirada llena de ternura, me preguntó:

—¿Cómo van las cosas, hija?

—Bueno, digamos que no muy bien, papá. Pero...

Le iba a decir que ya hablaríamos otro día pero, por fortuna, sonó el teléfono de su mesa de trabajo y aproveché para salir fuera. Di vueltas por la casa como perro sin collar. No vi a ninguno de mis hermanos, todos estaban ocupados en sus cosas. Por poco me desahogo con *miss* Snowdon ya que, desde hacía tiempo, ella se fijaba en todo lo que yo decía o hacía, como si percibiera hasta qué punto llegaba mi infelicidad. Cuando volvía al despacho de mi padre, le oí lamentarse en voz alta e, impresionada, me escondí como cuando era niña y vigilaba a los mayores:

—Entiéndeme, Juan —supuse que hablaba por teléfono con un hermano suyo, el más próximo en edad y amistad—, yo me quejo del mal fario con el que la vida me ha señalado. Seamos sinceros por una vez, ¡claro que era Connie la mujer con la que yo me empeñé en vivir! Y sí, tienes razón, estuve loco de amor por ella y conseguí hacerla mi mujer. También estoy de acuerdo contigo en que hemos pasado juntos toda la vida. Pero eso sí, sabiendo desde el primer momento que no me pertenecía a pesar de ser mi mujer y la madre de mis hijos... Esto es muy duro de soportar. Y, ahora, cuando el declive nos ha sorprendido de la mañana a la noche, cuando yo, por fin, había pensado que ella se ocuparía de mí en la etapa final de nuestras vidas, resulta que soy yo quien tiene que seguir cargando con todo, como siempre. Y para colmo, ni tan siquiera puedo cambiar impresiones con ella porque ha perdido la cabeza. Hasta el final, el reparto de papeles le ha beneficiado a ella. ¡Me siento estafado por la vida!

Estuve a punto de entrar a consolar a mi padre. Quería abrazarlo fuerte, no sólo como hija, sino como ser humano sufriente. Mi pobre padre, tan desgraciado, tan incomprendido, quizá por su propia culpa, por no haber sido capaz jamás de cortar a

tiempo una relación nefasta que afectó a toda una familia. Esto no iba a permitir que fuera lo que a mí me ocurriera. Pero ¿de qué viviría una vez separada?

Sólo había algo evidente: la necesidad imperiosa de trabajar. Trabajar ¡qué palabra tan corriente para el común de los mortales y tan desconocida para unos cuantos, entre los que me encontraba! Como decía una amiga mía: «Antes de nada, tendremos la menstruación —que en nuestro minúsculo mundo se denominaba “agapito” o “la visita”—, después nos pondremos de largo y, seguido, seremos felices.» En esto se resumía nuestra herencia de mujeres.

Estoy en cama con algún vomito que otro. Tengo miedo. También siento asco porque, cuando menos lo espere, Billy hará su aparición en esta maldita alcoba. Maldita porque, desde hace ya tiempo, cada noche cuando llega tarde, huele a un perfume distinto de señorita bien. De alguien que, si me descuido, puede ser perfectamente una prima mía o alguien que se hace pasar por amiga íntima ya que, en un cierto círculo, este tipo de cosa funciona así y nadie se rasga las vestiduras por ello... Y, durante toda la noche, mi olfato, que ahora se encuentra especialmente sensible, olerá a una mezcla de su colonia con la de la señorita en cuestión y, sobre todo, a alcohol... Un infierno con el que quiero y voy a acabar.

Capítulo 52

La caída de los dioses

¡Qué gran verdad eso de que las desgracias nunca vienen solas! Yo vivía sola con mi hijo, fruto de mi matrimonio con Billy, de quien me había separado. Billy se había ido de España con todas las consecuencias, es decir, sin querer hacerse cargo de sus responsabilidades como padre. Por mi parte no había inconveniente si como contrapartida me dejaba tranquila. Todavía estaba intentando fijar el suelo sobre mis pies cuando la tierra tembló de nuevo. La catástrofe era total. Ya no era sólo un problema mío, personal e incluso familiar, sino de grupo. De ese grupo social al que yo pertenecía por nacimiento. El triste papel de mensajero de la desgracia le tocó nuevamente a mi padre. Uno de sus grandes amigos, a quien yo también conocía, había sido secuestrado en su propia casa, en Neguri, a primeras horas de la mañana del día 20 de mayo de 1977. Al día siguiente, los periódicos daban la noticia. La voz de papá al teléfono era débil y temblorosa:

—Beatriz, hija, ¡qué horror!

—¿Qué pasa, papá?

—¡No puedo creerlo! ¡Han secuestrado a Aceituno! ¡A Javier Ybarra! ¡Qué horror!

—¡Pero, qué estas diciendo! ¡Ahora mismo voy para ahí, tranquilo, papá, llego en seguida!

Colgué inmediatamente el auricular. Tuve que sentarme a los pies de mi cama unos segundos antes de tomar un taxi e indicar al conductor que me dejara en Velázquez. Las piernas me temblaban. Pensé en la banda terrorista. El país estaba tratando de salir del letargo político tras la muerte de Franco y se preparaban las primeras elecciones generales bajo el reinado de Juan Carlos I. El año anterior, ETA había secuestrado a varios empresarios y personas importantes de la vida vasca y luego los había liberado. Bueno, a todos no. A Ángel Berazadi lo tuvieron casi un mes retenido y apareció muerto de un tiro en la nuca. El llamado «impuesto revolucionario» se estaba infiltrando en la vida de muchos de nuestros amigos y conocidos, aunque era un tema tabú, no se hablaba de ello en público. Me hacía todas estas reflexiones mientras iba en el taxi. La noticia me había impresionado, sí, pero la voz de papá sonaba tan patética que sentí un miedo vago, un miedo desconocido hasta entonces. Su salud no estaba como para ser puesta a prueba con este tipo de

golpe brutal. Bastante tenía con cuidar de mamá.

Una vez en casa de mis padres, pasé directamente al despacho. Mi padre estaba hundido en su sillón. El *ABC* descansaba sobre sus rodillas. Cuando me miró, tenía los ojos bañados en lágrimas.

—Es un buen hombre, buen español, buen vasco... —dijo mi padre—. ¿Quién puede quererle mal?

Me fijé en la página por la que estaba abierto el periódico. Ansiosa, devoré la noticia del secuestro: «Entre ocho y media y nueve menos veinte de la mañana de ayer, dos comandos secuestraron a Javier de Ybarra y Bergé. El conocido financiero se encontraba en su domicilio de Neguri. Los secuestradores iban armados y vestidos de enfermeros...»

Tuve que interrumpir la lectura para saludar a mis hermanos, que se fueron incorporando con el mismo gesto preocupado que seguramente tenía yo. *Miss* Snowdon apareció con una bandeja en la que traía un té inglés que su hermana le enviaba con periodicidad y con el que nos obsequiaba continuamente. ¡Siempre tan pendiente de todos nosotros! Papá se sintió indisputado y llamamos a su médico de cabecera. Como habíamos imaginado, el disgusto le había producido una subida de tensión. Rápidamente, el doctor le recetó un tranquilizante y aconsejó, al mismo tiempo, que permaneciera en cama. Percibí el desasosiego de mis hermanos y la sincera preocupación de *miss* Snowdon ante otra tenebrosa realidad que nos colocaba de nuevo en una situación muy complicada y, en un arranque de los míos, tomé la decisión: me quedaría en Velázquez, junto a mi familia y *miss* Snowdon, hasta que mi padre se sintiera mejor. Sabía que esto suponía una estancia sin fecha fija, pues su mejoría quedaba supeditada a la suerte que corriese su queridísimo amigo. Paradojas de la vida, el hogar de Velázquez volvió a convertirse en mi hogar y en el de mi hijo, al menos temporalmente.

El médico nos dijo que mantuviéramos a papá al margen de lo del secuestro, pero eso era tan sólo un deseo. Algo de todo punto imposible. Me convertí en su «lectora» y de esta manera, con la excusa de su debilidad, yo le filtraba las noticias. También procuré que los amigos que venían a verle no le transmitieran sus preocupaciones y temores, y que las visitas no resultaran largas en exceso para evitar que se fatigara. De mamá no tuve que preocuparme, ella permanecía absorta en su mundo, y casi agradecí a Dios que la hubiera librado de este suplicio.

Seguíamos el suceso a través, sobre todo, del *ABC*, el periódico habitual de casa, y, por supuesto, a través de *El Correo Español-El Pueblo Vasco*, de cuya empresa editora —Bilbao Editorial, S. A.— era Ybarra presidente. También ocupaba cargos importantes en otros sectores: presidente de Babcock-Wilcox, presidente del Tribunal Tutelar de Menores de Vizcaya, consejero del Banco de Vizcaya e Iberduero, consejero del *Diario Vasco*, de San Sebastián, y presidente de la Comisión de Monumentos Histórico-Artísticos de Vizcaya. Asimismo, era académico de la Real de la Historia. Es decir, era una de las personalidades más destacadas no sólo del País

Vasco, sino de España, pues también había desempeñado otros puestos importantes con anterioridad.

Hablé por teléfono con algunos amigos y amigas de San Sebastián y Bilbao. Estaban igual de afectados que nosotros. También tenían miedo. Decían que el secuestro de Javier podía estar relacionado con el impuesto revolucionario, que a Ybarra, como a otros industriales y financieros vascos, se les había reclamado. Un pago de 10 millones de pesetas.

A la mañana siguiente, el periódico reproducía una carta de los once hijos —a algunos de ellos les conocía personalmente, otros eran amigos de mis hermanos mayores— a su padre, con la esperanza de que éste la leyera. Me sobrecogió su entereza:

Querido padre:

Tenemos la seguridad de que tu fe en Dios te estará ayudando a superar estos momentos. Queremos que sepas que todos tus hijos estamos muy unidos, participando de tu fe y de tu fortaleza. Estamos con una gran serenidad, encomendándote en todas nuestras oraciones, pero con la lógica preocupación por la falta de noticias. Te enviamos todos tus hijos un cariñoso y emocionado abrazo.

Firmaban la carta: Tere, Juan Antonio, Luz, Amelia, Javier, Enrique, Borja, Ramón, Ana y Cosme. No sé si me dejo a alguno en el tintero pero, en fin, firmaban la misiva todos ellos.

Los días transcurrían lentos y una nueva rutina se había instalado en la vida de todos nosotros: leer el periódico antes incluso de desayunar. Especialmente yo, pues había dado orden de que me lo pasaran a mí antes de darle cualquier noticia a mi padre. Estaba tan afectado que temíamos lo peor. Yo le proporcionaba el estado de la cuestión siempre edulcorado, aunque no por eso era menos duro de explicar y, por supuesto, de asumir. ETA había enviado un comunicado a la prensa haciéndose responsable del secuestro, realizado a través del comando «Zaharra». Cuando lo leí —a mi padre se lo oculté por la dureza del mismo—, lo comenté con mis hermanos y comprendimos que, tal y como afirmaba el comunicado, nuestro mundo estaba amenazado de muerte. Iban a por nosotros, a por todos: «... Con el arresto de don Javier de Ybarra, hemos golpeado uno de los pilares sustanciales en los que se asienta el actual Estado opresor: la oligarquía. Don Javier de Ybarra, reconocido miembro de la clase dominante en el Estado español, representa un típico ejemplo cualificado de poderío económico y político, estrechamente relacionado con las más altas esferas del todavía intransigente búnker franquista. Sus vínculos familiares y financieros alcanzan a tan conocidos clanes como los Oriol, Churruca, etcétera, detentadores, todos ellos, del sistema de explotación en el que se halla sumido el pueblo trabajador vasco...»

Tuve el presentimiento de que algo terrible iba a ocurrir, tanto por la dureza del lenguaje como por los hechos en sí y las exigencias: tanto dinero sería imposible de reunir y si no pagaban, se le usaría como escarmiento para otros financieros...

Los días que siguieron hasta el desenlace fueron despiadados: un día apareció el coche en el que se lo habían llevado, un Seat 124-D blanco, alquilado en Bilbao. Lo habían abandonado cerca de la casa del secuestrado, cerca de la pista de patinaje sobre hielo Nogaro, a la que tanto había acudido con mis amigas y amigos. Juan Antonio Ybarra, el hijo mayor, había venido a Madrid para entrevistarse con Martín Villa, el ministro de la Gobernación, como todavía se decía entonces. Al parecer, Javier había enviado una carta a sus hijos en la que decía que se encontraba bien de salud y con su fe cristiana fortalecida. Efectivamente, recuerdo que era un hombre de profunda religiosidad. Varios miembros de ETA fueron detenidos en Francia, entre ellos Miguel Ángel Apalategui, alias *Apala*, del que se comentaba que era el «presunto» dirigente de ETA político-militar que habría ordenado el secuestro.

Sin apenas darnos cuenta, mayo terminó sin que Javier apareciera. Su familia proseguía las negociaciones —a papá le comentaron que habían rebajado a 500 millones la cantidad exigida, aunque seguía siendo una barbaridad— mientras la policía y la guardia civil lo buscaban inútilmente. A través de la prensa, padre e hijos volvieron a cartearse. ¡Qué horrible esta incertidumbre! No hacía más que pensar en cómo estarían Juan Antonio, Tere, Amelia, Borja... Hacía un año que murió su madre y ahora esto...

El 17 de junio había elecciones generales y fui a votar. Curiosamente, antes la política no me importaba, y ahora me sentía comprometida. Quizá era mi situación personal, mi hijo, la nueva vida tan bruscamente iniciada... evidentemente también influía la situación en el País Vasco, muchos amigos se habían empezado a marchar de allí o a radicalizar sus posturas... sabía de personas que mantuvieron estrechos vínculos de intimidad con otras con las que ahora ya no se hablaban... ¿Hasta cuándo duraría el secuestro de Javier Ybarra? ¿Seguiría vivo? Todo esto se me pasaba por la cabeza en oleadas que se mezclaban con escenas de mi infancia y de mi juventud en San Sebastián, de los bailes en la discoteca del Club Marítimo del Abra, *La Goleta*. ¡Dios mío, el Marítimo! ¡También había desaparecido! El que construyeron después ya no era como aquel antiguo edificio decimonónico, que tenía tanta solera... Echo cuentas y me percató de que fue destruido por un incendio provocado en 1973... no hubo víctimas, pero pudo haberlas porque había gente dentro cuando unos hombres irrumpieron y arrojaron varios cócteles molotov tras haber rociado de gasolina todo el edificio... Las llamas lo devoraron en minutos. Recuerdo el enfado y la desolación de todos nosotros ante semejante hecho. La sensación que tuve entonces fue algo así como si nos arrancaran jirones de nuestra piel al mismo tiempo, jirones de nuestra vida...

El día que nos llamaron de Bilbao para decirnos que habían matado a Javier fue uno de los peores de mi vida. Después, otra llamada nos desmintió la noticia. La

tensión nerviosa estaba llegando a límites insoportables. La prensa del día siguiente confirmó que se había tratado de una «falsa alarma», aunque se reproducía el texto en el que se comunicaba el vil asesinato que, según la primera noticia, se habría perpetrado en la tarde del 18 de junio, y se daba cuenta también del lugar donde supuestamente se encontraría el cadáver: «Carretera de Ceanuri a Vitoria. En el alto de Barazar, tomar la pista que comienza junto al bar restaurante, a mano derecha, llegar hasta cerca de un local, especie de taller con tejado de uralita blanca, y junto a este refugio particular. Unos metros antes de llegar al refugio hay una pista forestal. Seguir este camino unos 300 metros aproximadamente y entre unos pinos a mano izquierda se encuentra el cuerpo. Está tapado con un plástico de color oscuro y con unas ramas...»

Debajo del texto, había un plano explicativo en el que se había dibujado un cuadrado con un RIP. ¿Cabía mayor cinismo? El teléfono no paró de sonar en casa. Imposible evitar que mi padre no se enterara de la noticia. Nuestros nervios estaban destrozados. No dormíamos, apenas comíamos, apenas vivíamos con la incertidumbre.

El golpe definitivo, el que por un lado nos dejó sumidos en el mutismo y el estupor y por otro, convirtió en realidad lo que ya se sospechaba —por cruel que suene decirlo—, fue la portada del *ABC* del jueves 23 de junio de 1977, una fecha que nunca olvidaré, con el rostro de Javier mirando a la cámara en aquel día que, ignoro la razón y el momento, le captaron en un primer plano, y unas pocas palabras: «Todos los partidos condenan la nueva salvajada de ETA. ATROZ ASESINATO DE JAVIER DE YBARRA.»

¿Cabe asesinato más ignominioso? Sobraba cualquier comentario. Si todos nosotros estábamos destrozados, ¿cómo estaría su familia? Lágrimas de impotencia, de dolor, de rabia... Sólo mi madre y mi hijo permanecieron ajenos a tanta desgracia. Era terrible reconocerlo pero la muerte de Javier nos asustó: ¿y ahora qué? Fue un torpedo en la línea de flotación de nuestra clase social, mejor dicho, de la clase de mi familia, pues yo me sentía alejada —por mis propias circunstancias— de ese ambiente, de esa manera de entender la vida; pero había participado, sí, y muchas de las personas próximas a mi seguían inmersas en ella.

Me llamaron algunos amigos. Estaban asustados. Pensaban que ahora podían ir a por ellos. O por lo menos, exigirles ese mal llamado impuesto revolucionario, que no es otra cosa que una práctica mafiosa: la vida a cambio de un precio en metálico. Estaban aterrorizados. Muchos de ellos me dijeron, o me dejaron entrever, que se iban a ir de lo que había sido su hogar hasta entonces, de su tierra, para comenzar una nueva vida en otro sitio. Si se quedaban, su vida ya no sería la misma...

Sumida en esta vorágine de hechos, planteamientos, argumentaciones, justificaciones... me sentí naufragar mientras leía cómo fue hallado el cuerpo, en el sitio que se había anunciado previamente. Con un tiro en la nuca, cubierto por un plástico y hojas, el cuerpo sin vida de Ybarra yacía a unos 25 metros del caserío de

Rekarte. En sus manos, un devocionario y un rosario. A su lado, enrollada, la gabardina. Me temblaban las manos mientras leía en voz alta, para mi padre y *miss* Snowden, el informe forense: «Tiene una herida por arma de fuego con entrada por parte posterior occiso-temporal izquierda, con salida en la región frontal derecha en dirección oblicua de abajo a arriba y de izquierda a derecha. El óbito fue instantáneo y data de unos tres días, aproximadamente.»

A continuación, leí la nota escrita a vuela pluma por Enrique Ybarra, que había estado presente en el levantamiento del cadáver de su padre: «Ante la dolorosa muerte de mi padre, quiero dar testimonio de la fe viva que mantuvo a lo largo de toda su vida. Que su ejemplo de hombre honesto y trabajador sirva para que una vez por todas termine la violencia en todas sus formas. El espíritu de su fe nos mantiene viva la imagen de nuestro padre, hombre que tanto hizo por Euskal Erría y por España.»

«Un hombre bueno», «Increíble atrocidad», «El nuevo crimen coloca definitivamente a ETA fuera de toda ley y toda conciencia civilizada», «La familia no desea que se politice el hecho»... fueron algunos de los titulares de la prensa en los días siguientes. Parecía confirmarse que murió el sábado día 18, justo al finalizar el plazo establecido para la entrega del rescate de mil millones. Según *Deia*, la familia, que habría entregado 400 millones, habría seguido negociando cuando ya estaba muerto. Ahora, se había recluso con su dolor en *Bidarte*, la residencia de la calle de los Chopos, en Neguri. La zona estaba vigilada por las fuerzas de seguridad y no se permitía el acceso de la prensa, como no podía ser de otra manera.

Mi padre quería saberlo todo, que no se le ocultara nada. Temíamos por él, el impacto había sido brutal en su ánimo, como en el de todos nosotros. En la parroquia de San Ignacio de Loyola, en Guecho, se celebró el funeral por el eterno descanso de Javier de Ybarra. Miles de personas acudieron a despedirle, a rendirle el último homenaje. Después lo llevaron al panteón familiar del cementerio de Derio. Lo conocía. Como conocía la iglesia de San Ignacio de Loyola que fue, en el pasado, la parroquia a la que pertenecían Gran y sus hijos. Era un trozo de nuestra vida y de nuestros recuerdos lo que también se enterraba aquel día.

—Nada será igual a partir de ahora. Mi mundo se ha acabado... —dijo mi padre—. ¿Para qué seguir viviendo?

Qué pena tan inmensa sentía por papá, por todos los que formaban el grupo que le rodeaba, por los míos... por los Ybarra envueltos en su dolor...

No era por dármeles de intuitiva, de inteligente... pero lo que hablaba con mis amigos estos días empezaba a manifestarse en la realidad. Como consecuencia de la muerte de Ybarra, el *Correo Español* recogió la intranquilidad que reinaba entre los empresarios vascos. Igualmente recogía el «trasvase de capital vasco a la Rioja: se especula con unos 5000 millones de pesetas en bancos y cajas». También decía que algunos miembros del PNV habían recibido amenazas de ETA... La caída de los dioses no había hecho más que empezar...

Galería de imágenes



La infancia, tan breve como mágica, es siempre un período existencial lleno de posibilidades. No todas ellas son buenas como tanta gente se obstina en creer.





Los vástagos de la alta sociedad al cuidado, en su primera infancia, de una figura fundamental: las aías, institución a la que la elegancia de sus uniformes daba cuenta del buen balance de la familia para la que prestaban sus servicios. De ahí que la rivalidad entre «sus señoras» las hiciera vestirse un poco más exóticas cada día.





El hecho de no pertenecer a una familia numerosa, por aquel entonces, producía casi desconfianza. ¡Era algo tan inusual!... En el sur comenzaban a vestirnos de faraloes mientras, en el norte, siempre cuanto más clasicismo, mejor: los chicos, de marinero. Cuando «la nube de verano pasajera» se convertía en incesantes chubascos no había más que colocarse el chubasquero –nunca mejor dicho– y las katiuskas para jugar en los charcos...



Con la doctrina impartida para recibir el Sacramento de la Primera Comuni3n fuimos algunos los ni1os que percibimos la complicaci3n de la vida. 3Renunci3bamos, de verdad, al mundo, al demonio y a la carne?, pero 3qu3 significaban promesas tan solemnes?





La inteligente simpatía de Aguirre Gonzalo.



El bello embajador Antonio Garrigues con Fernando María Castiella.



La atracción fatal de una mujer antipática:
Wallis Simpson, junto al duque de Windsor.



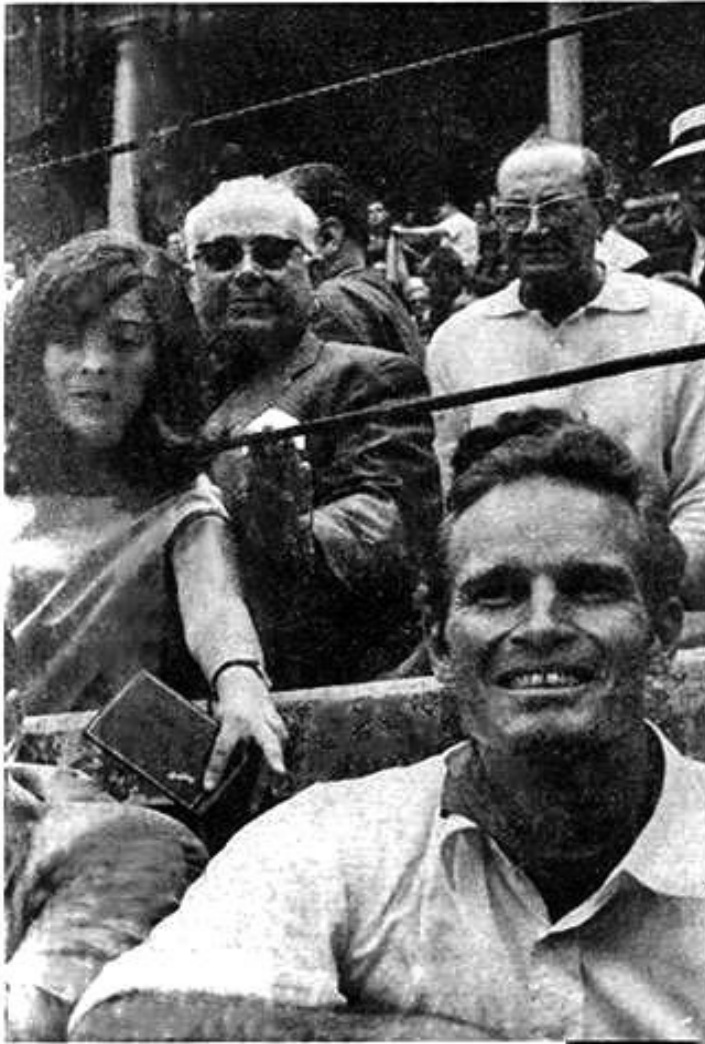
Carlos Hugo de Borbón Parma. ¿Una alternativa?





Desaparecido el Chofre, la plaza de toros donostiarra, por razones no especialmente convincentes, hay que recordar que las grandes figuras del toreo del momento –como el Cordobés, Jaime Ostos, Paquirri o Antonio Ordóñez– habían ofrecido tardes de gloria a la afición norteña.





Corrían los años en los que en cualquiera de las plazas españolas podía verse con asiduidad a figuras tan relevantes como Charlton Heston, Orson Welles o Hemingway, para quien el descubrimiento de la tauromaquia, y, en concreto, la de Antonio Ordóñez, cambió su existencia.



Cristóbal Balenciaga, la máxima representación de la elegancia, vestía a todas las mujeres que acudían a su taller, convirtiendo en exclusivos sus modelos.



Cada temporada tenía lugar un prestigiosísimo desfile en el que mostraba sus nuevas creaciones. Los postizos y el cabello cardado también formaban parte de la moda de la época.



El filósofo Xavier Zubiri junto a su esposa, Carmen Castro. Ella era hija de don Américo Castro, algo que mucha gente desconoce.



Camilo José Cela es presentado por Mercedes Sáez Alonso antes de impartir una conferencia.



El doctor Gregorio Marañón, el matrimonio Larraya y Severo Ochoa charlan, animadamente, en un almuerzo.



César González Ruano es entrevistado.



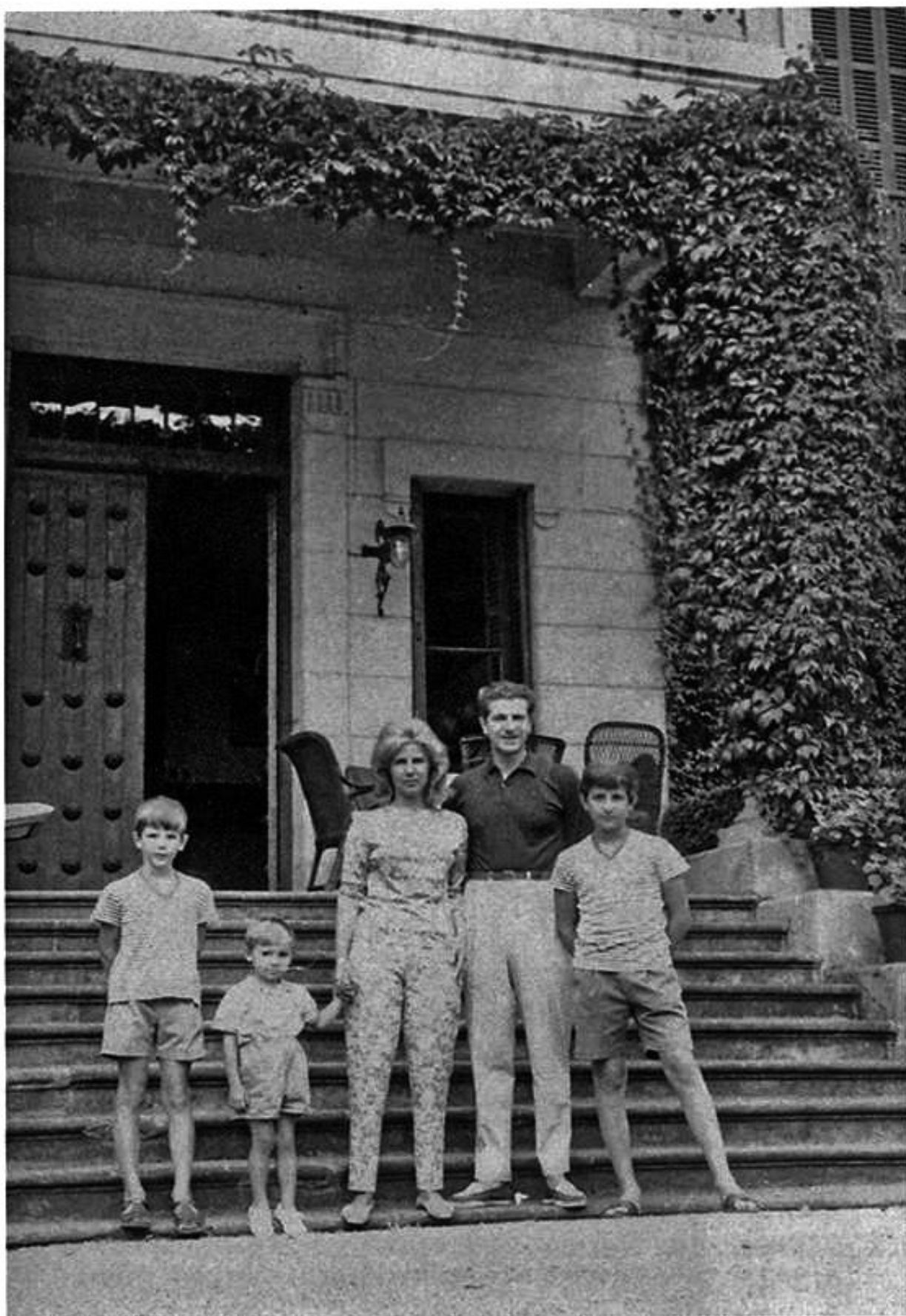
Cristóbal Colón, duque de Veragua.



El conde de Villapadierna y el marqués de Valderas. Representantes —en ambos casos, por azar— de un estamento social en el que se llevaron a cabo grandes traiciones. En la mente de muchos de ellos había una clara obsesión: quedar posicionados junto a caballo ganador como si la vida se tratara de un concurso de hípica.



La duquesa de Alba en la playa de Ondarreta.



También con su marido, Carlos Martínez de Irujo, y los hijos de ambos en el palacio de Arbaizenea, su residencia en la capital donostiarra.



El palacio de Ayete, residencia veraniega del general y su familia.



El general Franco a su llegada a la Salve el 14 de agosto de 1964.



Un nutridísimo grupo de personas se asoma a la Concha para ver las famosas regatas que se celebran cada verano en su bahía.



A los nietos del Generalísimo les resulta fácil seguir las regatas sin empujones.



La reina Fabiola y su marido, el rey Balduino de Bélgica, en su residencia de Zarauz.



Franco, su esposa y su hija con los reyes de Bélgica en el Azor.



Fabiola y Balduino, acompañados por los numerosos nietos del Caudillo.



La decadencia física del general iba, poco a poco, siendo un hecho.



Mientras tanto, su yerno, el marqués de Villaverde –un auténtico don Juan– descansa, todo vestido de blanco, en el *Azor*.



Ya por entonces –dentro de lo que se consideraba *upper class*– si no jugabas al golf no eras nadie. Pero no era suficiente contar con un magnífico *drive*. Había que presentarse a campeonatos y ganarlos, como la dama a la que le es otorgado un gran trofeo.



24 de julio de 1955:
recibimiento al Caudillo en
San Sebastián.



Franco preside un Consejo de
Ministros en el palacio de
Ayete.



Gtegorio López Bravo,
ministro de Asuntos
Exteriores, junto a su esposa y
un colega centroeuropeo
acudiendo a una cena de gala.



Los nietos del general pasean
por los jardines del palacio de
Ayete.

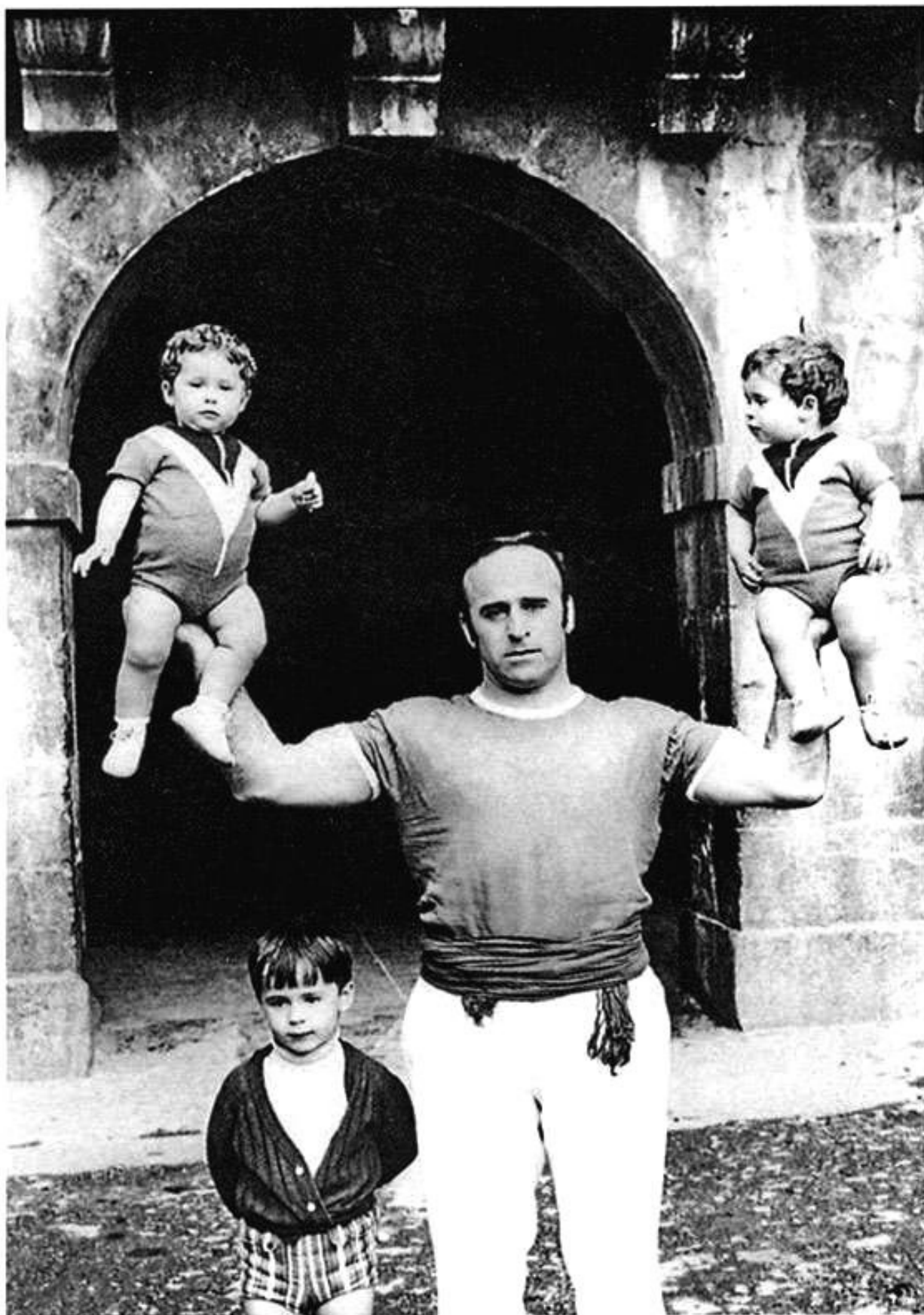


Un leve y romántico *cheak to cheak* o tal vez un beso robado, los mayores no paraban de danzar. Claro, ¡como tontos!



Tanto los edificios de Neguri, Santander, Cataluña o Sevilla no son lo que eran. No se asemejan ni en la manera de construirlos ni en la abismal diferencia de su tamaño. Nadie quiere hoy esos casuplones porque no es habitual contar con el servicio necesario para mantenerlos diariamente.





Las costumbres vascas eran muchas y variadas. Así, desde Aguerre II, levantador de pesas para el que dejar suspendidos en la nada a dos chavales no es más que un juego de niños, pasando por el *out boards* en el Urumea o el esquí acuático en las aguas de la bahía.



No se puede olvidar
—dentro de los usos
y costumbres vascos—
el exquisito *aurreku*
de honor que con motivo
del santo patrón, san
Ignacio de Loyola,
se marcan las autoridades
vestidas de chaqué el 31
de julio de 1962.



Tanto en el hipódromo de Lasarte como en Fadura (Vizcaya), el deporte ecuestre era una tradición y en él concursaban los mejores jinetes no sólo nacionales sino también internacionales. Era, sin duda, una buena ocasión para lucir –lo mismo hombres que mujeres– los nuevos modelos de la temporada. ¿Existiría un acto reflejo de comparar todo lo relacionado con la hípica a las carreras de Ascot? Seguro que la respuesta, al menos en Bilbao, era afirmativa.



Lo que no faltaba en el portal de todo el que se preciara de ser alguien –tanto en Barcelona, Madrid, Sevilla o cualquier otro punto de la geografía española– era un fiel mecánico. Éste esperaba «la orden» durante horas, y aunque los señores no fueran a necesitar sus servicios, debían hacer guardia por si, de pronto, a cualquier miembro de la familia se les antojaba un *brioche* o bien un *biscocho* de Soletilla.



Maximilian Schell acompañado de una señorita donostiarra.



Tita Cervera, hoy baronesa Thyssen, y Lex Baxter.



Alberto Sordi.



Por aquellos años, el Festival de Cine de San Sebastián era un acontecimiento objetivamente importante. De ahí tantos y tantos rostros conocidos de la gran pantalla, como Vittorio Gassman (en la foto) que en él se daban cita. No llegaría a la altura del que se celebraba en Cannes pero casi...



Deborah Kerr con su marido, Peter Viertel, Monica Vitti y Audrey Hepburn con Mel Ferrer fueron otros célebres invitados al festival. La foto inferior recoge algunos cineastas incondicionales al mismo: Victor Erice, Elías Querejeta, José Luis Egea o Alfredo Mayo.



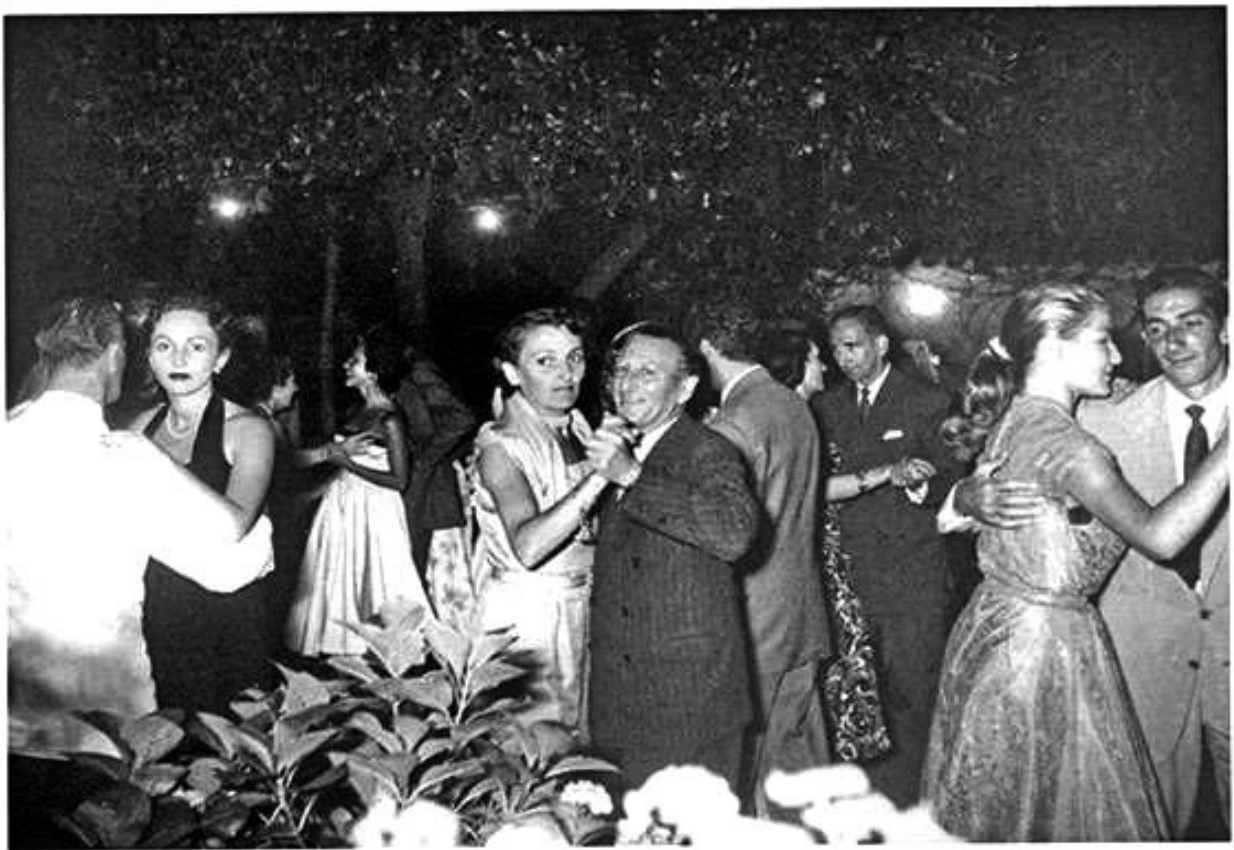


La mezcla de tan variados personajes producía pasión en aquella España oscurantista: Federico Fellini junto a François Truffaut, Esther Williams y Fernando Lamas o hasta el mismísimo Hitchcock.

También se dejaban ver –no se prodigaban– Johnny Hallyday y Silvie Vartan, la pareja de cantantes más *in* (lo que hoy se diría *fashion*) de mediados de los 60. *La plus belle pour aller danser* o *Retiens la nuit* fueron canciones con las que muchos miembros de una generación se enamoraron. O, al menos, así lo creían por entonces.



Actuaciones tan diferentes como la de Los Panchos o Lola Flores, *la Faraona*, levantaban una auténtica conmoción social. Todo ello era un motivo que la alta sociedad aprovechaba para festejar por todo lo alto en su exclusivo club, o bien abriendo sus salones.



Dichas actuaciones daban lugar, como decíamos, a que jóvenes y no tan jóvenes organizaran cenas y bailes continuos.



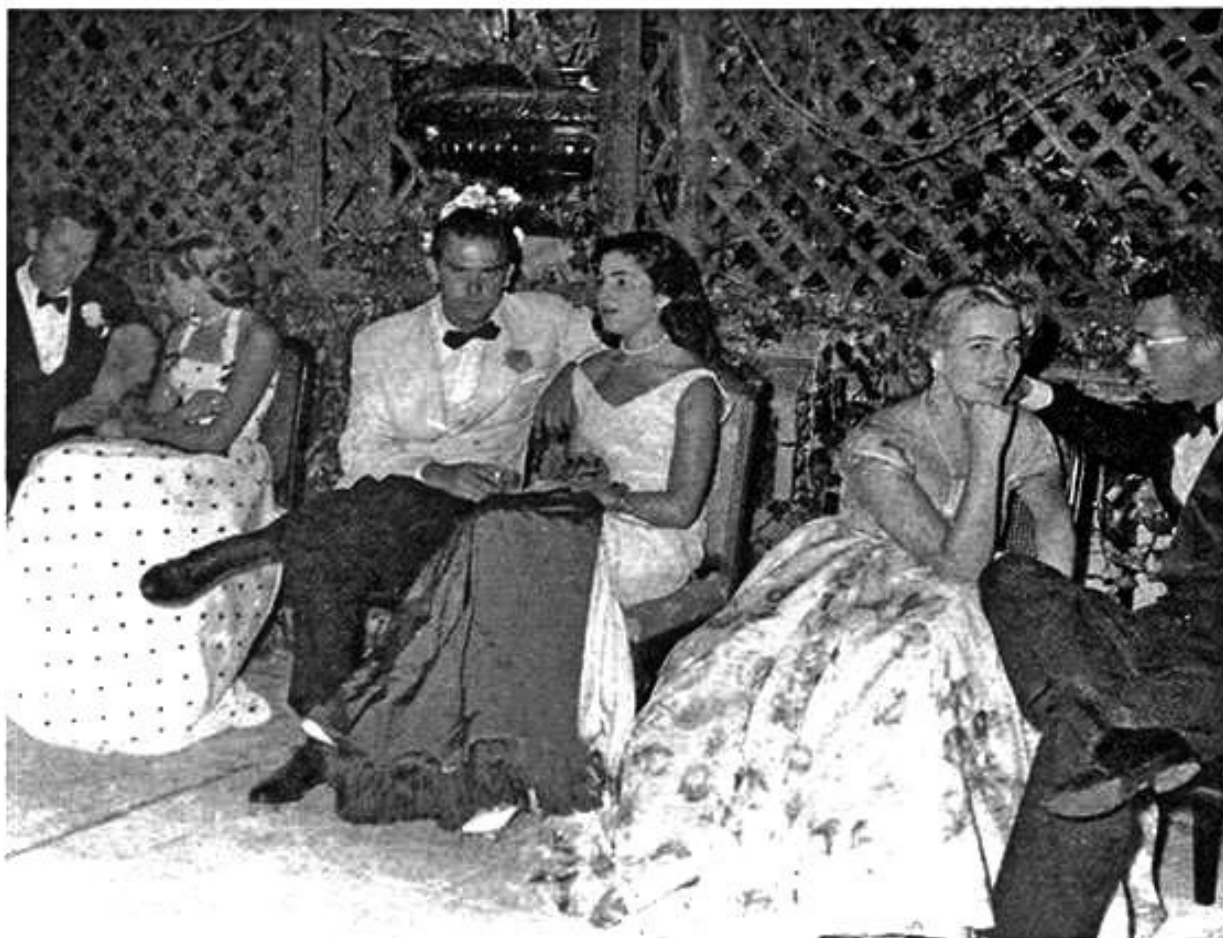
Nunca faltaron las bodas sonadas. Tampoco las ganas de aprovechar éstas para obtener el típico retrato de familia.



Gala de los Lunes en el Club de Tenis (1966).



La *beautiful* se desliza por diversas pistas de baile nacionales y extranjeras.



No existía en aquellas edades nada inventado que otorgara al hombre la posibilidad de abrazar a una mujer si no era bailando. Como lo sabíamos, no siempre, pero sí en ocasiones —sobre todo si aquel que osaba intentarlo no te gustaba—, utilizábamos elementos defensivos como la «Guía telefónica»...



Invitación del excéntrico marqués de Cuevas a uno de sus numerosos y cosmopolitas bailes.



En las fincas de los terratenientes andaluces había, al menos, dos cosas que nunca faltarían: una pequeña plaza de toros donde tenían lugar los tentaderos en los que probar la bravura del ganado (y el pavor del invitado al que solían someter a la prueba de torear al alimón) y un magnífico patio con olores embriagadores en el que los anfitriones procuraban que te repusieras del susto.



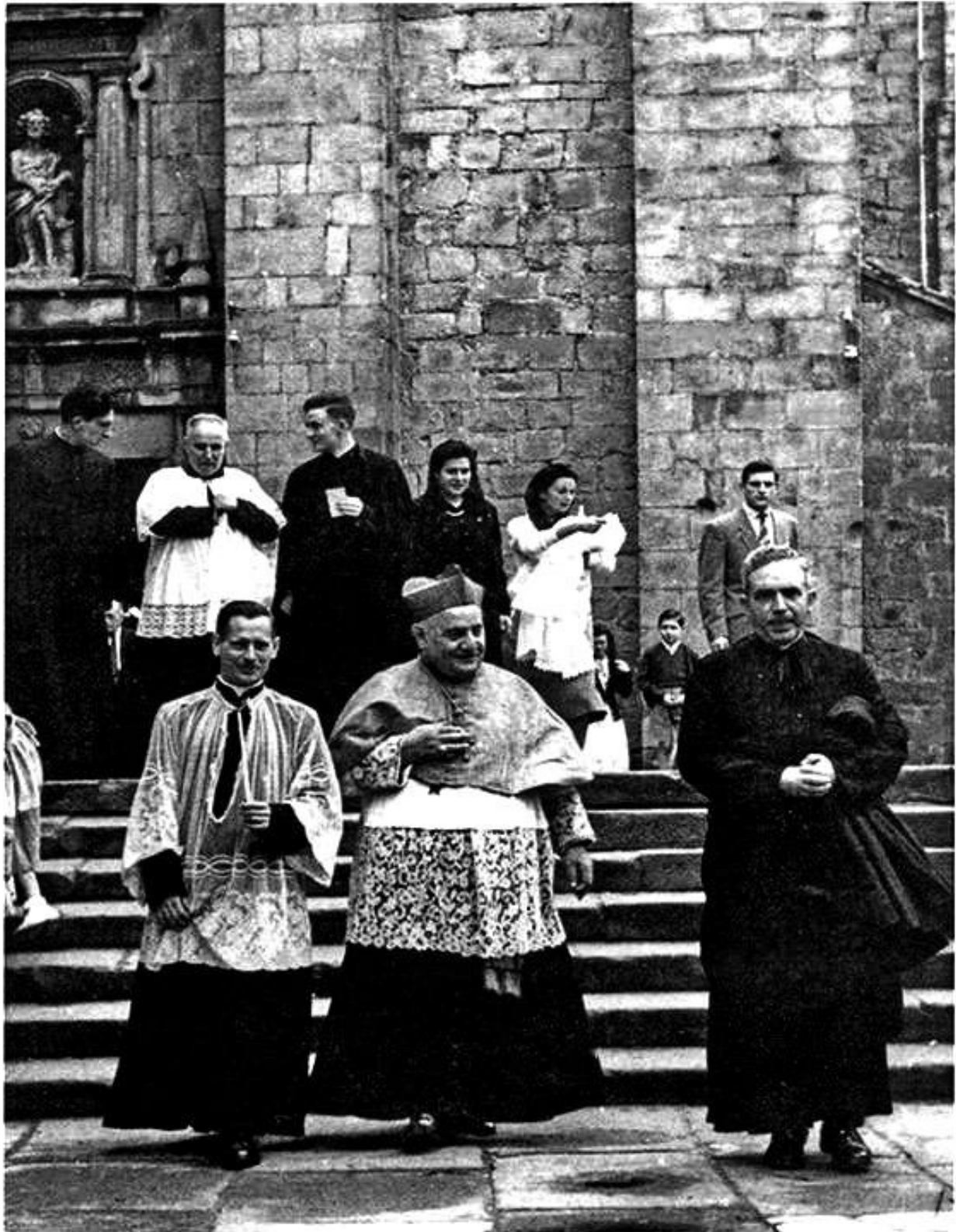
De la meseta para abajo eran habituales las monterías. También la gente jugaba al golf, aunque el paisaje de los campos seleccionados para practicar este deporte parecieran lunares.



El pueblo (no pensamos que el llano) rinde homenaje a la estatua de la reina madre (María Cristina).



También aguarda el Cambio de los Tiempos con la terrible incertidumbre del que desconoce el porvenir. Por eso, muchos de ellos tratan de mitigar su angustia con los acordes y el movimiento de un ballet clásico.



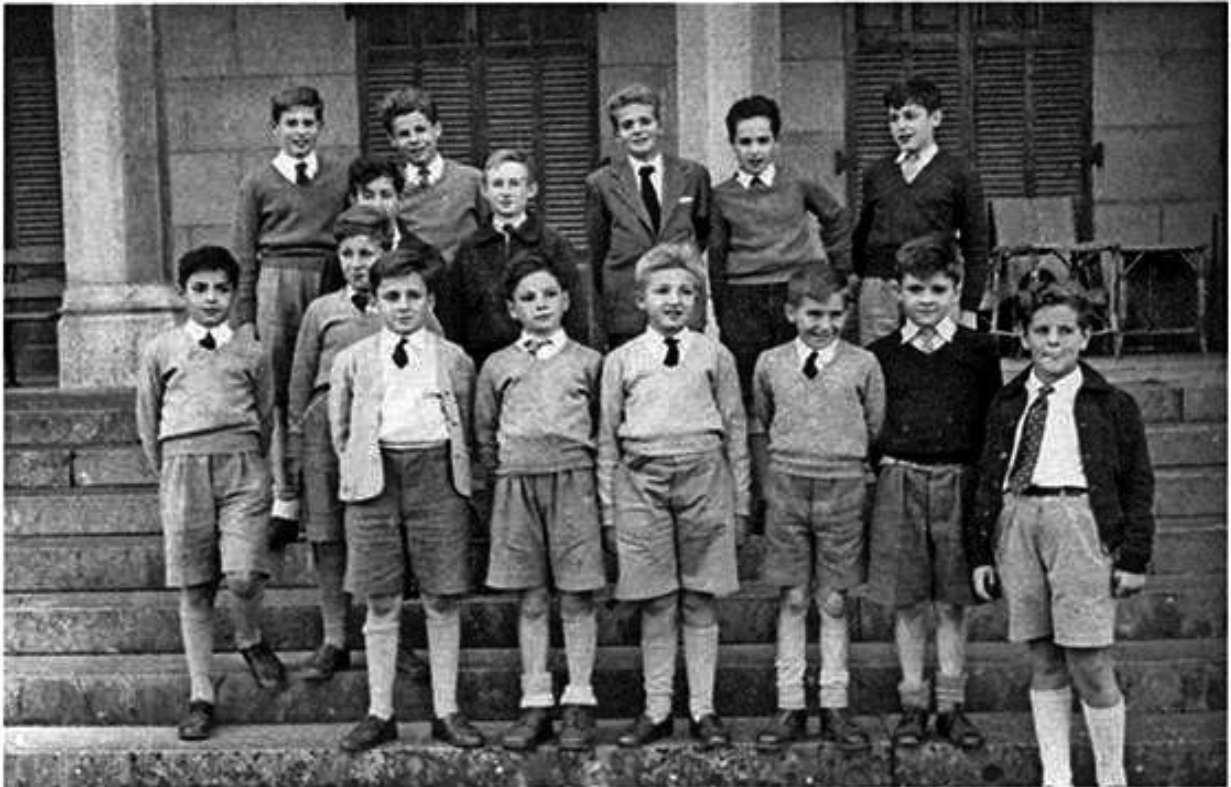
El cardenal Roncalli, quien más tarde se convertiría en el papa Juan XXIII, realiza una visita a España.



¿Acaso habían ya abandonado las bellas damas el deseo de ser princesas, como diría Sabina? ¡No! La velocidad era un riesgo muy *exciting*, y la velocidad de cruceo que podían alcanzar esos automóviles, inmensa.



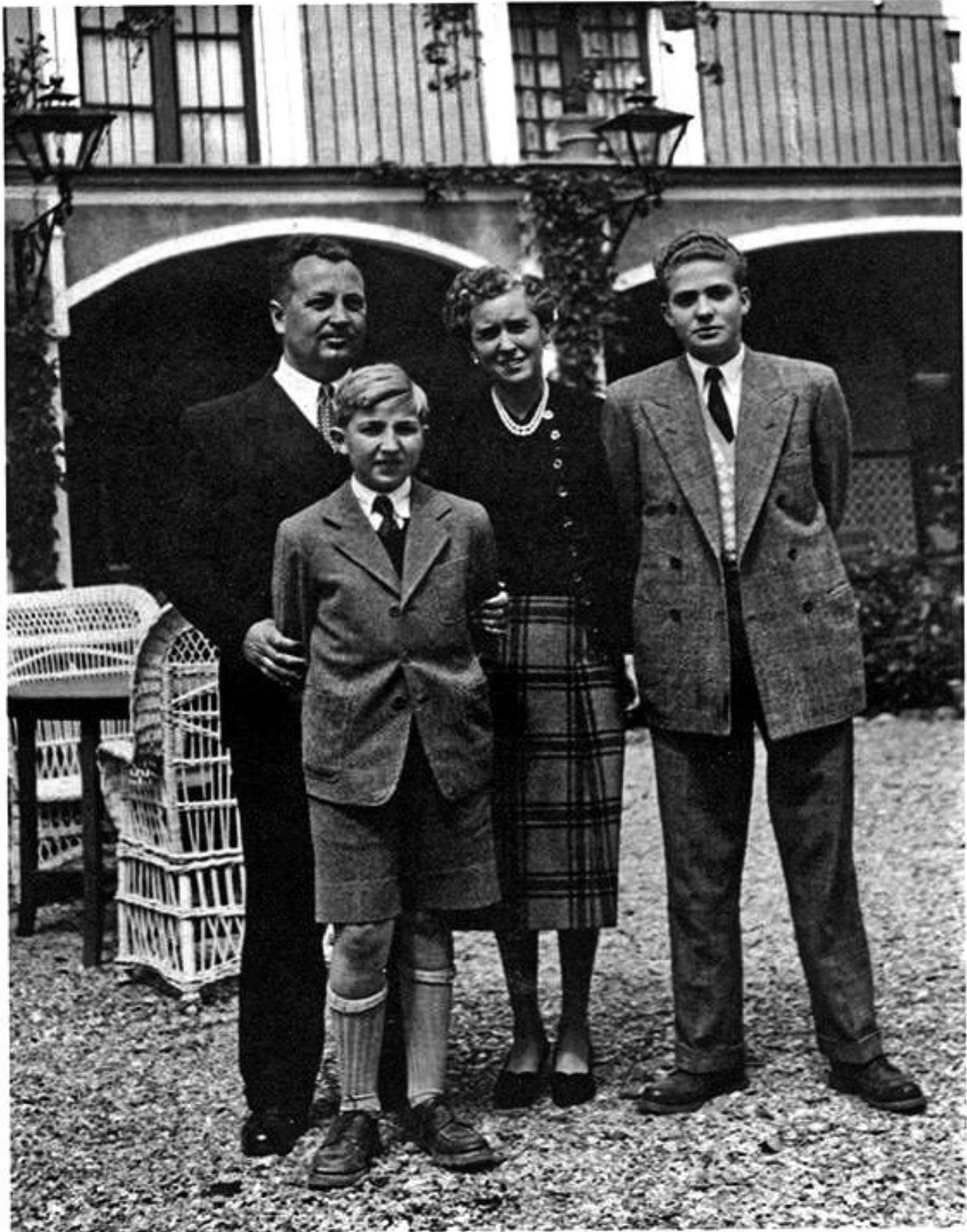
Una niña baja de un Rolls-Royce con aires de princesa. Sabina se equivocó.



Don Juan Carlos y su hermano, Don Alfonso de Borbón, en el palacio de Miramar, rodeados por sus compañeros. Éstos fueron niños de las edades de ambos elegidos dentro del restringido grupo de la aristocracia española.



El Príncipe Juan Carlos participa en un concurso hípico.



Don Juan Carlos y Don Alfonso junto a los barones de la Torre en su casa de Cintruénigo (Navarra).



Era primordial lucir el traje de faralae más original de la Feria de Abril de Sevilla.



Paseando por el recinto ferial por la mañana a la grupa con cualquier sevillano vestido de corto –de los que ejercen– o bien con alguien de Madrid, que no se atrevía a dar el paso y vestía traje de chaqueta, se podía ligar muchísimo.



María Begoña Aranguren Gárate (Bilbao, 1949). Es una periodista y escritora española, sobrina del filósofo José Luis López-Aranguren. Su padre, Félix Aranguren Sabas (Bilbao, 08/02/1903 - Guecho, Euskadi, 26/01/1984), ingeniero de minas, fue presidente del Consejo de Administración de Ferromet, S. A. y Ferroastur, S. A., tras la Guerra Civil fue el encargado por el régimen franquista de dirigir los Altos Hornos de Vizcaya, que habían «sobrevivido» a la misma. Con su esposa, María de las Nieves Gárate Azcárraga (fallecida el 13 de octubre de 1996), formó una numerosa familia de catorce hijos (José Félix, Nieves, Luis, Juan Andrés, Purificación, Teresa, José Ignacio, Francisco, Marta, Eduardo, Julio, Joaquín, Begoña y Eugenia). Begoña, penúltima hija, empezó su trayectoria profesional como articulista del periódico Deia. De 1985 a 1989 efectuó ochenta entrevistas a personalidades del mundo de la política, la cultura, las ciencias y el arte, entre ellos, Julio Caro Baroja, Gabriel Celaya, Pablo Serrano, Nuria Espert y Plácido Domingo. Luego, participó en programas de Euskal Telebista. Creó con Isabel Vergarajáuregui Satrústegui una productora, Maradentro, con la que colaboró con Canal+, dirigiendo el programa Epílogo, en el que entrevistó a más de sesenta personalidades, en forma de testamento audiovisual emitido tras su muerte, y gracias al cual mereció un Premio Ondas en 2001.

En 1999 contrajo matrimonio con el aristócrata y actor José Luis de Vilallonga, del cual se separó dos años y medio después, pero nunca se divorció legalmente y hoy es su viuda. Sería el segundo matrimonio de Begoña, que anteriormente estuvo casada con Íñigo Larroque Allende, padre de sus dos hijos, Íñigo y Jimena.

Es ganadora del premio Azorín de novela 2010 con su penúltimo libro El amor del rey.

Obras:

El fuego que no quema (Ed. Plaza & Janés, 2000); Conversaciones con José Luis de Vilallonga.

La mujer en la sombra. La vida junto a los grandes hombres (Ed. Aguilar, 2002).

Lucía Bosé. Diva, divina (Ed. Planeta Singular, 2003).

Memorias. Emanuela de Dampierre. Esposa y madre de los Borbones que pudieron reinar en España (Ed. La Esfera de los Libros, 2003).

Vilallonga, un diamante falso (Ed. La Esfera de los Libros, 2004); Testimonio de una relación sentimental.

Alta sociedad (Ed. Planeta, 2006); La insólita corte del franquismo.

La buena educación (Ed. Planeta, 2007).

Toda una vida (Ed. Planeta, 2009).

El amor del rey (Ed. Planeta, 2010). Premio Azorín 2010.

Niño mal de casa bien, el último gozador del siglo xx (Ed. Planeta, 2011).

Tras tus pasos (Ed. Planeta, 2014).

Notas

[1] *El Diario Vasco*, 11 de agosto de 1960 <<

[2] *El Diario Vasco*, 11 de agosto de 1960 <<